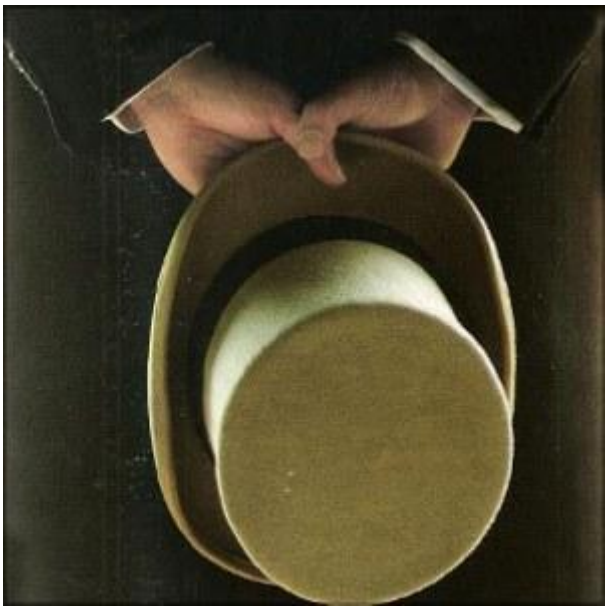
FREE LIBROS
FreeLibros
"Compartir cultura no es delito"
www.freelibros.com

Donald Mccaig

Rhett Butler



Para Paul H. Anderson,
fiel fiduciario.
Ante todo, mantened la caridad unos para con otros,
porque la caridad cubre la muchedumbre de los pecados.
Pedro, I: 4-8

ÍNDICE

PRIMERA PARTE ANTEBELLUM....4
1 Asuntos de honor....5
2 Rosemary Penelope Butler....29
3 «Mi querido hermano Rhett…» 41
4 La Semana de las Carreras....45
5 Notas en botellas....48
6 La venta de un negro....55
7 El matrimonio es un honroso estado… 65
8 Un baile patriótico 68
9 Una barbacoa en una plantación de Georgia....78
10 La Viuda Alegre 89
11 Menudos amantes....99
12 Un bastardo....108
13 Un legendario comandante rebelde 123
14 Casados....133
15 El refugio de un niño....139
16 El barrio quemado 145
17 Prendas de amor 152
18 La huida del zorro....163
19 El fajín de seda amarilla....175
20 Un río de sangre....182
21 Arde Atlanta 186
22 Después de Franklin....195
23 El último burlador del bloqueo....205
SEGUNDA PARTE LA RECONSTRUCCIÓN....216
24 Una plantación de Georgia después de la guerra 217
25 Una plantación de la Tierra Baja después de la guerra 228
26 Lo de abajo arriba....236
27 El más rápido que hubo jamás....240
28 Bajo arresto federal 249
29 La horca en el jardín 256
30 El engaño....261
31 Una belleza del Sur....266
32 La señorita Elizabeth se arrodilla 273
33 Los Demócratas del Miércoles por la Noche 275
34 Un maldito error 285
35 El Baile de la Cuarterona 289

36 Una casa para *monsieur* Watling 302
37 Una estúpida broma 308
38 Una túnica blanca 311
39 Prodigios Naturales 322
40 El hijo de un asesino 328
41 Los árboles de las botellas 330
42 Legados 341
43 La fiesta de cumpleaños de Ashley 344
44 El deseo 348
45 Ella 349
46 Eugenie Victoria Butler 351
47 Una ciudad católica 354
48 La señorita Melly pide ayuda 361
49 El velatorio 366
50 La colina detrás de Doce Robles 368
TERCERA PARTE TARA 373
51 Will Benteen 375
52 La cálida tierra 382
53 El telegrama 398
54 Glasgow 399
55 La sequía 404
56 Las tres viudas 409
57 La lluvia 417
58 El glorioso Cuatro de Julio 425
59 Ha llegado mi día 438
60 Mañana es otro día 443
Agradecimientos 449
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA 451

PRIMERA PARTE

ANTEBELLUM

1
Asuntos de honor

Una hora antes del amanecer, doce años antes de la guerra, un carruaje cerrado cruzaba velozmente la Tierra Baja de Carolina. El camino del río Ashley estaba negro como la pez salvo por las luces laterales del coche, y la niebla que penetraba en remolinos por las ventanillas abiertas humedecía las mejillas de los pasajeros y el dorso de sus manos.

—Rhett Butler, maldita sea la obstinación de tu alma. —John Haynes se arrellanó en su asiento.

—Si tú lo dices, John. —Butler levantó la abertura del techo del carruaje para preguntar—: ¿Ya estamos cerca? No me gustaría hacer esperar a esos caballeros.

—Nos estamos acercando al dique principal, amo Rhett.

Aunque era el adiestrador de los caballos de carreras del padre de Rhett y el criado de mayor rango de Broughton, Hercules había insistido en conducir el carruaje de los jóvenes. Rhett se lo había advertido:

—Cuando se entere de que nos has ayudado, mi padre se enfadará.

Hercules se había puesto en tensión.

—Amo Rhett, le conozco desde que era un niño. Fui yo, Hercules, quien lo montó en su primer caballo. Usted y el señor Haynes aten sus caballos a la parte de atrás. Esta noche yo conduciré el coche.

Las mofletudas mejillas de John Haynes no encajaban con una barbilla de insólita resolución. Su boca formaba una línea triste.

—Me encantan estos marjales —dijo Rhett—. Qué demonios, nunca quise ser plantador de arroz, ¿sabes? Mi padre hablaba de las variedades de arroz y de cómo dirigir a los negros, pero yo no oía nada porque soñaba con el río. —Con ojos brillantes de emoción se inclinó hacia su amigo—. Me deslizaba a través de la niebla valiéndome de un remo. Una mañana sorprendí a una tortuga mordedora deslizándose por un resbaladero de nutria, se deslizaba por simple placer John, ¿alguna vez has visto sonreír a una tortuga mordedora?

»No sé cuántas veces he intentado pasar junto a una tortuga dormida sin despertarla. Pero su cabeza de serpiente asomaba enseguida por debajo del ala, los ojos totalmente alerta, no adormilados como uno pudiera pensar, y —chasqueó los dedos— se sumergía rápidamente. Las codornices de pantano no eran ni de lejos tan precavidas. No sé cuántas veces he doblado un recodo y cientos de ellas han echado a volar. ¿Te imaginas volar a través de una niebla tan espesa como ésta?

—Tienes demasiada imaginación —dijo su amigo.

—Muchas veces me he preguntado por qué eres tan cauteloso, John. ¿Para

qué sublime objetivo te reservas?

John Haynes se frotó las gafas con un pañuelo húmedo y las dejó empañadas.

—Cualquier otro día me sentiría halagado por tu preocupación.

—Por Dios, John, perdóname. Es cosa de los nervios. ¿Tenemos la pólvora seca?

Haynes acarició el reluciente estuche de caoba que descansaba sobre sus rodillas.

—Yo mismo la he tapado.

—¿Oyes al chotacabras?

El rápido golpeteo de los cascos del caballo, el chirrido del cuero de las guarniciones, los gritos de Hercules: «¡Atrapadlos, tunantes, atrapadlos!» Y el canto de tres notas del chotacabras. Chotabras… ¿no había oído John algo acerca de Shad Watling y un chotacabras?

—He tenido una buena vida —dijo Rhett Butler.

Puesto que John Haynes pensaba que la vida de su amigo había sido un auténtico desastre, se mordió la lengua.

—Unos cuantos momentos agradables, unos cuantos buenos amigos, mi querida hermanita Rosemary…

—¿Has pensado en Rosemary, Rhett? Sin ti, ¿qué será de ella?

—¡No tienes que hacerme esta pregunta! —Rhett se volvió hacia la oscura ventanilla—. Por el amor de Dios. Si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías?

Las palabras que encerraba la porfiada mente de John Haynes eran «yo no estaría en tu lugar», pero no pudo pronunciarlas, a pesar de ser las más verdaderas que jamás hubiera habido en este mundo.

Rhett llevaba el negro y espeso cabello peinado hacia atrás, vestía una levita con forro de seda *jacquard* roja y el sombrero que descansaba a su lado en el asiento era de piel de castor. El amigo de John era el hombre más lleno de vida que éste jamás hubiera conocido, tanto como puedan serlo las criaturas salvajes. Si lo mataban de un disparo, Rhett Butler se quedaría tan vacío como el pellejo de un puma colgado en la valla del mercado de Charleston.

—Ya estoy deshonrado —dijo Rhett—. Cualquier cosa que ocurra no podría deshonrarme más. —De repente sonrió—. Eso dará a las viejas cotillas algo para chismorrear.

—Ya lo has conseguido un par de veces.

—Pues sí. Vaya si les he dado temas jugosos a las gentes respetables. ¿Quién les ha ofrecido más motivos que yo a los que señalan a los demás con el dedo en Charleston? Pero si es que ya me he convertido en el coco. —Engoló la voz—: «Niño, si no te portas bien, ¡acabarás como Rhett Butler!»

—A ver si dejas ya de decir tonterías —repuso John en un susurro.

—John, John, John…

—¿Puedo hablarte con toda sinceridad?

Rhett enarcó una oscura ceja.

—No puedo impedírtelo.

—No hace falta que sigas adelante con esto. Dile a Hercules que dé la vuelta… Disfrutaremos de un paseo matinal y regresaremos a la ciudad para zamparnos un buen desayuno. Shad Watling no es un caballero y tú no estás obligado a batirte con él. Watling no pudo encontrar a ningún caballero de Charleston que lo apadrinara. Tuvo que insistir para que un desventurado turista yanqui le prestara este servicio.

—El hermano de Belle Watling tiene derecho a una satisfacción.

—Por el amor de Dios, Rhett, Shad es el hijo del capataz de tu padre. ¡Es un empleado suyo! —John Haynes agitó la mano en gesto despectivo—. Ofrécele una compensación económica… —Hizo una pausa, consternado—. ¿No estarás haciendo… haciendo todo esto… por la chica?

—Belle Watling es mejor que muchos de los que la condenan. Perdóname, John, pero no debes oponerte a mis motivos. Hay que satisfacer el honor: Shad Watling contó mentiras acerca de mí y yo tengo que desafiarlo.

John tenía muchas cosas que decir, pero apenas podía hablar.

—Rhett, de no haber sido por lo de West Point…

—¿Te refieres a mi expulsión? Esa fue simplemente mi última y más llamativa deshonra. —Rhett tocó el brazo de su amigo—. ¿Tengo que enumerarlas todas? Más deshonras y fracasos que… —Meneó tristemente la cabeza. Estoy harto de las deshonras, John… ¿Tendría que haberle pedido a otro que fuera mi padrino?

—¡Maldita sea! —exclamó John Haynes—. ¡Maldita sea tu estampa!

John Haynes y Rhett Butler se habían conocido en la academia de Cathecarte Puryear de Charleston. Para cuando Rhett se fue a West Point, John ya trabajaba en la empresa naviera de su padre. Tras la expulsión y el regreso de Rhett, John veía ocasionalmente a su antiguo amigo por las calles de la ciudad. En algunas ocasiones Rhett estaba sobrio, aunque la mayoría de las veces no. A John le disgustaba ver a un hombre tan naturalmente apuesto como él vestido con desaliño y apestando a alcohol.

John Haynes era uno de aquellos jóvenes sureños de buena familia que asumen las apariencias de las virtudes cívicas como si éstas les fueran innatas. John era miembro de la junta parroquial de St. Michael y el director de baile más joven de la Sociedad de Santa Cecilia. Aunque envidiaba el ánimo de Rhett, John jamás acompañaba a éste y sus amigos —«los Juerguistas del coronel Ravanel»— en sus rondas nocturnas por los burdeles, garitos de juego y tabernas de Charleston.

Como consecuencia de ello, John se había sorprendido al verlo aparecer en las oficinas de Haynes & Son del muelle, pidiendo su ayuda para un asunto de honor.

—Pero, Rhett, ¿y tus amigos? ¿Andrew Ravanel? ¿Henry Kershaw? ¿Edgar

Puryear?

—Ya, pero es que tú, John, estarás sobrio.

Pocos hombres y mujeres lograban resistirse a la seductora sonrisa de Rhett Butler, y, en efecto, John Haynes tampoco lo logró.

Puede que John fuera un poco aburrido. Jamás se enteraba de los divertidos escándalos que ocurrían hasta que la sociedad de Charleston empezaba a cansarse de ellos. Cuando repetía alguna humorada fruto del ingenio de otra persona, invariablemente se equivocaba. Aunque las madres de Charleston lo consideraran un «buen partido», las muchachas se burlaban de él detrás de sus abanicos. Sin embargo, John ya había sido padrino de duelo un par de veces. Cuando el deber llamaba a la puerta, John Haynes siempre estaba en casa.

El dique principal de la plantación Broughton era una ancha barrera de tierra que separaba sus arrozales del río Ashley. El carruaje se sacudió cuando abandonó el dique para girar tierra adentro.

John Haynes jamás se había sentido más desdichado. Aquel asunto —aquel desagradable y mortífero asunto— seguiría adelante independientemente de lo que él pudiera hacer. El honor tenía que ser reparado. No era Hercules el que conducía el carruaje, sino las huesudas manos del Honor. No eran las pistolas Happoldt del calibre 40 lo que descansaba en el estuche de caoba, sino el Honor, preparado para escupir reproches. Una melodía resonaba en la cabeza de John: *«No te habría podido amar, Cecilia, sino hubiera amado más el honor…»* ¡qué canción tan rematadamente estúpida! Shad Watling era el mejor tirador de la Tierra Baja.

Se adentraron en una vereda cubierta de matorrales y tan poco transitada que el musgo negro que colgaba de las ramas de los árboles acariciaba el techo del carruaje. A veces, Hercules tenía que levantar las ramas más bajas para que el vehículo pasara por debajo.

Con un sobresalto, John recordó la historia de Shad Watling y el chotacabras.

—¡Ah! —exclamó Rhett con nostalgia—. ¿No lo aspiras? El perfume del marjal; espadañas, arrayán, áster de mar, gases del marjal, barro. Cuando era pequeño, tomaba mi bote y desaparecía varios días, viviendo como un piel roja. —La sonrisa de Rhett se perdió en su ensueño—. Déjame que te pida un último favor. ¿Conoces a Tunis Bonneau?

—¿El marino liberto?

—Si lo ves, pregúntale si recuerda el día que navegamos por el río hasta Beaufort. Pídele que rece por mi alma.

—¿Un negro liberto?

—Cuando éramos pequeños jugábamos juntos en el río.

Una vaga luz grisácea se filtraba en el carruaje. Rhett miró por la ventanilla.

—Ya hemos llegado.

John consultó su saboneta.

—Faltan veinte minutos para el amanecer.

El campo del honor era un pastizal de algo más de una hectárea bordeado por sombríos cipreses y musgosos robles perennes. El pastizal se perdía en la

niebla, de donde provenía una áspera voz que se desgañitaba: «¡So! ¡So, vaca! ¡So, vaca!»

Rhett bajó del carruaje frotándose las manos.

—Bueno. Éste es mi destino. Cuando era pequeño y soñaba con las glorias que me esperaban, jamás imaginé algo así.

El ganado mugía entre la niebla.

—No vayamos a pegarle un tiro a una vaca —dijo Rhett, estirando los brazos—. Mi padre se pondría furioso si hiriésemos una de sus reses.

—Rhett…

Éste apoyó una mano en el hombro de su amigo.

—Ahora te necesito, John, y confío en que dispongas las cosas como es debido. Por favor, ahórrame tu razonable y bienintencionado consejo.

John se tragó su consejo y pensó que ojalá no se hubiera acordado de Shad Watling y el chotacabras. Después de que Langston Butler construyera la gran mansión de Broughton, su capataz, lsaiah Watling, se había trasladado a vivir con su familia al antiguo hogar de los Butler, a dos pasos de los arrozales y las cabañas de los negros. Unos grandes robles perennes, que eran unos jóvenes arbolillos cuando los Butler llegaron por vez primera a la Tierra Baja, arrojaban su sombra sobre la pequeña y sencilla alquería. Aquel chotacabras que se alojaba en el roble perenne los saludaba desde el amanecer hasta el ocaso.

Al parecer Belle, la hija de los Watling, pensaba que el pájaro estaba buscando pareja. Su madre, Sarah, decía que el pájaro estaba triste. La cuestión de si estaba buscando pareja o bien llorando de pena se resolvió un amanecer poco después de que ellos se hubieran instalado allí, con el sonido de un disparo que reverberó en toda la casa. Cuando su madre entró en la habitación, la humeante pistola de Shad Watling descansaba en el alféizar de la ventana. «Ese pájaro del demonio ya no volverá a despertarme nunca más», masculló Shad. Desde sesenta pasos y sin apenas luz, le había arrancado la cabeza al menudo chotacabras.

—¿Tú has oído hablar de aquel chotacabras? —le preguntó a su amigo.

—Es sólo una historia, John. —Rhett encendió una cerilla rascándola en la suela de la bota.

—Shad Watling ha matado antes, Rhett.

La cerilla chisporroteó mientras él encendía el cigarro.

—Pero sólo a negros y hombres de su clase.

—¿Crees que tu alto linaje desviará una bala?

—Pues claro —afirmó Rhett solemnemente—. ¡Para algo tiene que servir el alto linaje!

—Viene alguien —anunció Hercules desde su elevado asiento.

Respirando afanosamente, un joven emergió de la niebla. Llevaba la levita colgada del brazo y las perneras de los pantalones mojadas.

—Condenadas vacas —masculló. Se cambió la levita de brazo y le tendió la mano a John Haynes, aunque lo pensó mejor y prefirió limitarse a hacer una torpe reverencia—. Tom Jaffery. De Amity, Massachusetts. A su servicio, caballeros.

—Bueno, Tom —sonrió Rhett—, parece que su visita a Charleston va a ser memorable.

El joven era dos o tres años más joven que Rhett y John.

—Esto jamás se lo van a creer en Amity.

—Historias espeluznantes, Tom. Las historias espeluznantes son el principal producto de exportación del Sur. Cuando les cuente esto a sus amigos, ponga el acento en el diabólicamente apuesto y gallardo Rhett Butler. —Y arrugó la frente con aire pensativo—. Si yo contara la historia, no mencionaría las vacas.

—¿Ha llegado su gente? —le preguntó John al joven yanqui.

Tom señaló con la mano el banco de niebla.

—Watling y también ese doctor Ward. No se tienen demasiado aprecio el uno al otro.

John tomó del brazo al muchacho y se alejó del alcance del oído de Rhett.

—Señor Jaffery, ¿ha sido usted padrino de esta clase de asuntos otras veces?

—No, señor. En Amity apenas si hay duelos. Quiero decir que en la época de mi abuelo puede que sí, pero hoy en día ya no. Soy un novato en estas lides, por así decirlo. Mi tía Patience pasó a mejor vida y me legó una suma de dinero, con la cual me dispuse a conocer el país. Tom, me dije, si no ahora, ¿cuándo lo vas a hacer, hombre de Dios? Y allí estaba yo, admirando el puerto de Charleston, que es, si me permite decirlo, en todo y por todo igual que nuestro famoso puerto de Boston. Sea como fuere, allí estaba yo cuando el señor Watling se me acercó y me preguntó si era un caballero, a lo cual yo contesté que así lo esperaba, ciertamente. Cuando el señor Watling me propuso que fuese su padrino, pensé: «Tom, has venido a conocer el país y vaya si lo conocerás.» Jamás tendría una oportunidad como ésta en Amity.

John no le mencionó que el hecho de que Shad Watling hubiera elegido a un yanqui desconocido como padrino era un insulto deliberado.

—¿Y está usted familiarizado con sus deberes?

—Nosotros los padrinos tenemos que encargarnos de que todo se desarrolle como Dios manda.

John miro al joven yanqui con semblante pensativo.

—Nuestro primer deber es buscar la reconciliación entre los contendientes —dijo con la tristeza propia del hombre que ha fracasado en el cumplimiento de este deber.

—Bueno, mi apadrinado dice que no considera la posibilidad de llegar a una reconciliación. Dice que se propone disparar al corazón del señor Butler. Él y el señor Butler son viejos conocidos.

—Pronto amanecerá. Por regla general, la salida del sol es nuestra señal —observó John.

—Si la salida del sol es buena para ustedes, lo es también para nosotros.

—Cuando el sol asoma por encima del horizonte, los caballeros eligen sus pistolas. Como parte desafiada, su hombre elige primero. Vamos a cargar ahora —dijo John, y apoyó el estuche de caoba en el guardabarros del coche, lo abrió y sacó

una pistola. La suave y estriada culata le pareció tan viva en su mano como si acabara de agarrar una serpiente de agua—. Como ve, las pistolas son idénticas. Bajo su mirada, yo cargaré una pistola. Usted cargará la segunda.

John vertió la pólvora, puso una redonda bala de plomo en un trozo de hule y la introdujo. Colocó el fulminante bajo el percutor y amartilló parcialmente el arma.

Esto jamás se lo van a creer allá en casa —dijo Thomas Jaffery.

La mañana era cada vez más luminosa y la niebla ya se disgregaba en franjas de luz cuando dos espectrales vehículos aparecieron como flotando al otro lado del prado: un calesín de un solo caballo y un carro de granja tirado por un mulo.

Rhett Butler desató su caballo de detrás del carruaje y apoyó el rostro contra el grueso cuello del animal.

—No estás asustado, ¿verdad, *Tecumseh?* No lo estés. Nadie te va a hacer daño. —Y se dirigió a su amigo—: En este prado, John… aquí cultivaban añil en tiempos de mi abuelo. Hay un estanque en el bosque donde los patos de cola larga incuban sus huevos. A las ratas almizcleras les encantan sus polluelos y a veces una nidada está nadando apaciblemente cuando, de pronto, un polluelo es arrastrado hacia abajo… todo es tan rápido que no tienen tiempo de alejarse agitando las alas. Aquí es donde Will, nuestro supervisor del dique, cazaba ratas almizcleras.

—Rhett, en cuestión de unos segundos estarás hablando con Watling. ¿Qué disculpa aceptarás?

Rhett cerró los ojos.

—Shad Watling sostiene que soy el padre del hijo de su hermana. Yo he dicho que Shad es un embustero. Si él reconoce su mentira, yo retiraré mi desafío.

—¿Le ofrecerás una compensación? ¿Dinero para que la chica pueda ir a algún sitio a alumbrar a su hijo?

—Si Belle necesita dinero, yo se lo daré. El dinero no tiene nada que ver con esto.

—Como amigo tuyo que soy, Rhett…

—John, John… —Hundió el rostro en el cuello de *Tecumseh*—. Un verdadero amigo me ayudaría a acabar con este asunto.

El carro de Shadrach Watling estaba lleno a rebosar de ruedas rotas, cubos de rueda y aros.

—Buenos días, señor Jaffery, señor Haynes. Veo que ha traído a Butler…

—Shad… —dijo John.

—Hoy tendrá que ser «señor Watling».

—Señor Watling, confío en que podamos llegar a un arreglo.

—Creo que Butler dejó arreglada a mi hermana. Y creo que yo lo arreglaré a él.

—Al tratarlo a usted como un caballero, Rhett Butler le hizo un cumplido.

—Estoy pensando en irme al Oeste —espetó Shad—. Maldita sea, estoy harto de la Tierra Baja. Bastardos ricos y negros. Negros y bastardos ricos. Tengo primos en Misuri.

—Dondequiera que vaya, necesitará dinero. Si su hermana Belle se fuera con usted, el escándalo terminaría.

Watling soltó una risita.

—¿Butler me ofrece dinero?

—No, señor —repuso John—. Se lo ofrezco yo.

—Todo se reduce a dinero, ¿verdad? —dijo Watling, soltando otro salivazo. Shadrach Watling era imberbe y corpulento—. Pues no, esta vez no. Esta vez debo ajustarle las cuentas a Butler. Mi padre le dio una buena paliza a Belle, pero ella no reconoce que fue Butler quien la ultrajo, nunca lo admitirá. Pero yo sé que fue él. Estoy deseando meterle una bala en el cuerpo. Nunca sirvió de nada como joven amo, y tengo entendido que tampoco como soldado. Butler no vale ni una bota llena de meada caliente. Shad contempló el río.

—Enseguida se hará de día. Tengo cuatro ruedas estropeadas para el carretero y él empieza su jornada muy temprano. Como soy la parte ofendida, yo estableceré la distancia. Supongo que cincuenta pasos serán suficientes para que yo acierte y él falle. No quisiera que me pillara una bala perdida.

Sus pequeños y manchados dientes brillaron en una silenciosa sonrisa.

Envuelto en gruesas prendas de lana, el médico estaba roncando en su coche. Cuando John Haynes le dio una palmada en la punta de la bota, Franklin Ward abrió los ojos y bostezó.

—Ah. Bien, vamos allá…

Se desabrochó la bragueta, bajó y apartó el rostro. El pestazo de su orina hizo arrugar la nariz a John. El médico se secó los dedos en los faldones de la levita y luego le tendió la mano a Rhett.

—¡Ah, el paciente, supongo!

Rhett esbozó una sonrisa.

—¿Tiene usted instrumentos para extraer la bala, doctor? ¿Sondas? ¿Vendas?

—Estudié en Filadelfia, señor.

—No me cabe duda de que Filadelfia es una excelente ciudad para cursar estudios.

Shad Watling se acercó por detrás, sonriendo con aire ausente mientras se rascaba el muslo.

—Señor Butler —preguntó Tom Jaffery—, ¿por qué se quita la camisa?

—¿Me la sujetas, John? Me quito la camisa, amigo yanqui, para que la bala no me introduzca tejido en la herida.

—A lo mejor se desnuda para gastar una broma. —Shad Watling miró a su delgado contrincante con desprecio—. Lo que es yo, no suelo quitarme más ropa de la necesaria.

—Caballeros —lo interrumpió John—, ésta es una terrible y tremenda situación y debo insistir en si el honor no quedaría satisfecho por medio de una rectificación del señor Watling y una disculpa y una recompensa por parte del señor Butler.

El gélido aire del amanecer puso piel de gallina en los brazos de Rhett.

—Cincuenta pasos bastarán —dijo Shad—. Butler, ¿recuerda a Will, su compañero negro? ¿Cómo Will suplicaba compasión? Si me suplica compasión, a lo mejor dejo que se vaya. —Volvió a dejar los dientes al descubierto—. Déjenme ver las pistolas. Yanqui, ¿ha estado atento mientras el señor Haynes las cargaba? No habrá cargado dos veces una pistola, ¿verdad? ¿Y si una de ellas ya tenía una carga en el cañón y le ha echado una segunda encima?

El yanqui se horrorizó.

—¡El señor Haynes es un caballero!

—¿Le hizo una muesca a su bala? Un pequeño cerco marcado en la bala para que haga más daño. Ha examinado su bala, ¿verdad, yanqui?

El joven Jaffery repitió:

—El señor Haynes es un caballero.

—Por supuesto que sí. Y los caballeros no marcan las balas, no señor. Ni cargan dos veces la pistola. Bueno, ¿cuál de estas dos ha cargado el señor Haynes?

—He cargado la más cercana —dijo John.

De pronto sonó una trompa en el bosque, una larga y exuberante nota, como cuando los cazadores del zorro avistan a su presa. Segundos más tarde, con las ruedas chorreando humedad, un landó descubierto apareció traqueteando en el campo del honor. Dos alegres jóvenes iban de pie entre los asientos, uno de ellos soplando una trompa que soltó para agarrarse al respaldo del asiento a fin de que la brusca parada no lo lanzara por los suelos.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Nos hemos perdido el espectáculo?

El anciano cochero soltó una carcajada.

—Ya os dije que llegaríamos a tiempo. —Y añadió: ¿Veis cómo el coronel Jack ha encontrado a estos bribones?

El coronel Jack Ravanel había sido un respetable plantador de arroz hasta que mataron a su mujer Frances. No se sabía si la subsiguiente vida disoluta de Jack se debió al dolor o bien a la ausencia de frenos matrimoniales. En Charleston, donde la borrachería caballerosa sólo estaba vedada a los clérigos, el coronel Ravanel era un borracho a secas. En una ciudad en la que todos los caballeros se entregaban a los juegos de azar, Jack había sido expulsado de todos los clubs de juego respetables. No obstante, era un genio con los caballos y por ello la Charleston amante de los caballos le había perdonado muchas cosas.

John Haynes se acercó al landó.

—Caballeros, éste es un asunto de honor. El decoro…

Los jóvenes vestían chaquetillas de brocado, chalinas de vivos colores y pantalones tan ajustados que los suspensorios resultaban innecesarios. A pesar de ser lo bastante mayor como para ser el padre de los chicos, Jack Ravanel iba

vestido de la misma manera.

—Una moza campesina se queda preñada, ¿y eso es un asunto de honor? —El de la trompa soltó un trompetazo—. Vamos, Johnny Haynes. Ésta es una de las malditas bromas de Rhett Butler, eso es lo que es.

John montó en cólera.

—Henry Kershaw, eso es una afrenta. No eres bienvenido aquí.

El corpulento Henry se tambaleó.

—¿Quieres decir que el primo Rhett lo va a hacer en serio? Maldita sea, Edgar, mañana sentaré la cabeza. Rhett, ¿eres tú? Pero ¿estás loco? Llevamos horas recorriendo estos malditos marjales. El coronel Jack dice que antes estas tierras eran suyas, pero entonces debía de estar sobrio. ¡Edgar Puryear, no te quedes para ti solo todo el whisky!

Tom Jaffery terció:

—Señor Haynes, ¿esto es normal?

—¿Usted es el yanqui de quien nos han hablado? —preguntó Henry.

—Sí, señor. De Amity, Massachusetts.

—Uno no tiene la culpa del lugar donde nace. Oiga, no será uno de esos condenados abolicionistas, ¿verdad?

Rhett atajó a John dándole una palmada y preguntó en voz baja:

—Edgar, Henry, Jack… ¿habéis venido aquí para verme morir?

Edgar Puryear adoptó una expresión de disculpa.

—Jack nos aseguró que todo era una broma, Rhett; ¡una broma! Dijo que tú jamás te batirías con un hombre por… por…

—¿Una broma, Jack? Si mi padre descubre su participación en esto, lo lleva al asilo.

—¡Querido Rhett, no seas tan cruel con el viejo Jack!

—Henry Kershaw está borracho, y en ese estado es capaz de cualquier cosa. Edgar Allan ha venido para mirar; es un mirón de primera. Pero ¿qué ha sacado a rastras al viejo réprobo del cálido lecho de su puta en una mañana tan fría como ésta?

Jack Ravanel esbozó una sonrisa de disculpa.

—Pero hombre, Rhett, si el viejo Jack ha venido para ayudarte. ¡He venido para hacerte entrar en razón! Nos beberemos un buen trago y recordaremos los buenos tiempos. Rhett, ¿te he dicho alguna vez lo mucho que admiro a *Tecumseh?* ¡Por Dios, ése sí es un caballo!

Por un instante, Rhett se quedó pasmado. Después su boca se torció en una risita que acabó en una carcajada tan sonora que no tuvo más remedio que doblarse por la cintura. Su risa se contagió a los alegres muchachos que lo miraban sonrientes, e incluso el joven yanqui rió.

Rhett se enjugó los ojos.

—No, Jack, usted no se va a quedar con *Tecumseh,* John, si muero, mi caballo es tuyo. Bueno, Watling, elige arma.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó Henry boquiabierto de asombro—. ¡Rhett

va en serio!

El coronel Jack entornó los ojos y, descargando la fusta, apartó su tiro de caballos.

John cerró brevemente los ojos en una muda plegaria y dijo a continuación:

—Caballeros.

Shad Watling se había perdido algo, para gran regocijo de Rhett. Algo se le había escapado. Su presa había pisado la trampa pero la había dejado vacía. Shad tomó una pistola y la examinó como buscándole algún defecto.

—Joven amo Butler —masculló—. ¡Por Dios, cómo lo adulaban los negros!

La otra pistola de cañón largo colgaba de la mano de Rhett; su sonrisa era tan ancha que bajaba por su brazo desnudo hasta la boca del arma como si ésta estuviera sonriendo.

En la mañana fluvial, un fornido hombre airado se situó espalda contra espalda con un sonriente hombre semidesnudo.

Cada uno de ellos avanzaría veinticinco pasos. Cuando el sol asomara totalmente por encima del horizonte, John Haynes daría la orden de que se volvieran y dispararan.

Los contendientes se apartaron veintitrés, veinticuatro, veinticinco pasos… El sol se levantó del todo.

—Esto jamás se lo van a creer en Amity —murmuró Tom Jaffery.

El sol iluminó un blanco espacio hasta la orilla del río. Con voz clara, John Haynes gritó:

—¡Caballeros! ¡Dense la vuelta! ¡Fuego!

Una ráfaga de aire alborotó el cabello de Rhett Butler, que giró en redondo, ofreciendo un perfil de esgrimista mientras levantaba la pistola.

Shad Watling disparó primero, un estallido de blanco humo en la boca de su arma cuando el percutor golpeó el fulminante.

Nueve años antes

Ante el gesto de impaciencia de su padre, el hijo mayor de Langston Butler se preparó para recibir el castigo de la vara. Se quitó la camisa y la dejó doblada sobre el respaldo de una silla.

El chico se volvió y afirmó las manos en el escritorio de su padre. La suave cubierta de cuero cedió levemente bajo su peso. Clavó los ojos en el tintero de cristal tallado. Puede haber un mundo de dolor en un tintero de cristal tallado. El primer varazo lo pilló por sorpresa. El tintero estaba medio lleno de tinta negro azulada. Rhett se preguntó si esta vez su padre no conseguiría detenerse. Cuando su vista se empañó, el tintero pareció flotar en una bruma de lágrimas.

Esta vez su padre también se detuvo.

Con las manos crispadas de frustración, Langston Butler arrojó la vara al suelo y gritó:

—¡Te digo, muchacho, que si no fueras mi hijo, probarías el látigo!

A los doce años de edad, Rhett ya era muy alto. Su piel era más oscura que la de su padre y su espeso cabello negro como el azabache denotaba la presencia de sangre india.

A pesar de que la espalda del chico era un mapa de franjas moradas, éste no había suplicado compasión.

—¿Puedo vestirme, señor?

—Tu hermano Julian es obediente. ¿Por qué tiene mi hijo mayor que desafiarme?

—No sabría decirlo, señor.

El despacho de Langston era tan sencillo como lujosos eran los aposentos de la familia en Broughton. Un ancho escritorio, una silla de recto respaldo, un tintero, un secante y unas plumas constituían todo el mobiliario. Del riel de los cuadros no colgaban grabados ni pinturas. Unas ventanas sin cortinas de tres metros de altura ofrecían un amplio panorama de los vastos arrozales de la plantación.

El chico tomó la camisa blanca de cambray del respaldo de la silla y, con una imperceptible mueca, se la echó sobre los hombros.

—Te niegas a acompañarme a las sesiones de la legislatura. Cuando hombres importantes se reúnen en Broughton, desapareces. El mismísimo Wade Hampton me preguntó por qué no ve jamás a mi hijo mayor.

El chico permaneció en silencio.

—No quieres hacer trabajar duro a nuestros negros. ¡Te niegas a aprender cómo hacerlos trabajar duro!

El chico siguió callado.

—De hecho, se puede decir que rechazas todos los deberes propios del hijo de un caballero de Carolina. Eres un renegado. —Langston se enjugó el sudor de la pálida frente con su pañuelo—. ¿Tú crees que yo disfruto con estos castigos?

—No sabría decirlo, señor.

—Tu hermano Julian cumple con sus obligaciones. Julian me obedece. ¿Tú por qué no quieres obedecer?

—No sabría decirlo, señor.

—¿Cómo que no sabes? ¡Será que no quieres! Tampoco quieres acompañar a tu familia a Charleston. En cambio, juras que te escaparás.

—Sí, señor, y lo haré.

El enfurecido progenitor miró fijamente los ojos del muchacho.

—Pues entonces, ¡que te pille la fiebre, por Dios bendito!

A la mañana siguiente, la familia Butler se fue a su residencia de Charleston sin su hijo mayor. Aquella noche Dollie, la comadrona de color, untó con ungüento las ronchas de la espalda del chico.

—El amo Langston es un hombre muy duro —dijo.

—Odio Charleston —dijo Rhett.

En las plantaciones del río, las semillas de arroz se sembraban en el barro en abril y las compuertas del dique se abrían para que el agua cubriera los retoños. El arroz se inundaba otras tres veces antes de la cosecha de septiembre. El mantenimiento y el funcionamiento de las compuertas grandes y pequeñas del dique era tan importante para la cosecha que Will, el supervisor del dique de la plantación, ocupaba en la jerarquía de los esclavos el segundo lugar detrás de Hercules. Will obedecía al amo Langston y a Isaiah Watling, pero a ningún otro hombre, ni siquiera a Shad Watling, el hijo de veinte años del capataz.

Will disponía de una cabaña para él solo. Tenía una mesa, dos sillas, una cama de hierro forjado y tres agrietadas escudillas españolas que Louis Valentine Butler había encontrado en el *Mercato.* Tras una prudente espera de un año después de la muerte de su primera esposa, Will se había casado con Mistletoe, una agraciada muchacha de quince años.

Temiendo las mortales fiebres, los plantadores de la Tierra Baja evitaban permanecer en sus plantaciones durante los meses de más calor. Cuando Langston abandonaba la ciudad para inspeccionar su cosecha, llegaba al romper el alba y se marchaba antes de que oscureciera.

Descalzo y sin camisa, su hijo cazaba, pescaba y exploraba los marjales que bordeaban el río Ashley. Al joven Rhett Butler lo educaban los caimanes, los airones, las águilas pescadoras, los charlatanes de los arrozales, las nutrias y los jabalíes. El chico sabía dónde encontraba sus hierbas el hechicero de los negros y dónde desovaba el barbo. A veces permanecía varios días ausente de Broughton y, si su padre visitaba la plantación durante una de sus ausencias, jamás preguntaba por su hijo.

El capataz Watling supervisaba las inundaciones y la eliminación con azada de las malas hierbas que rodeaban las tiernas plantas de arroz. Watling decidía cuándo envenenar a las ratas almizcleras que se ocultaban en el dique y cuándo disparar contra los charlatanes de los arrozales.

A pesar de ser más resistentes a la fiebre que sus amos blancos, los negros trabajaban con el agua hasta las rodillas en el pantano subtropical e inevitablemente algunos caían enfermos. En la enfermería de Broughton, Sarah, la mujer del capataz Watling, y la joven Belle administraban a las víctimas corteza de quina y pegajoso té de olmo. La mujer blanca y su hija ayudaban a Dollie a traer al mundo a los bebés y aplicaban ungüento a las espaldas de los hombres y mujeres que su marido y padre había azotado.

Algunos negros decían que el amo Langston no era tan propenso a coger el zurriago como el jefe Watling. «El amo Langston sabe que ningún hombre que acabe en la enfermería podrá trabajar.» Otros preferían a Isaiah Watling. «El jefe Watling es muy duro, desde luego. Pero no te da con el látigo a no ser que no tenga más remedio.»

El joven amo Rhett agobiaba a los criados de su padre con toda suerte de preguntas prácticas: ¿por qué las compuertas del dique eran de madera de ciprés? ¿Por qué no se limpiaba el arroz con azada después de la inundación de la

cosecha? ¿Por qué la semilla de arroz se aventaba a mano? Los negros se comían el pescado y las piezas de caza que Rhett les llevaba y el muchacho blanco pasaba los domingos, el día de descanso de los negros, en sus cabañas. Rhett acompañaba a Will en sus inspecciones del dique y a menudo ambos compartían la comida del mediodía a la orilla del río.

Cuando experimentaba la necesidad, Shadrach Watling visitaba las cabañas de los negros después del ocaso. Por regla general, Watling mandaba alejarse a la muchacha de la familia: «Ve a dar un paseo por el bosque.» A veces Shad daba al marido o el padre una garrafa de aguardiente para que pasaran el rato.

Pero Mistletoe, la nueva esposa del supervisor del dique, no quería tontear con el hijo del capataz y, una vez que Shad Watling no quiso irse de su cabaña, Will lo echó a la calle, circunstancia que encantó a los demás negros.

Cuando Langston Butler se enteró de lo ocurrido, le explicó al capataz Watling que los negros no tenían que burlarse del hijo del capataz porque después se burlarían del propio capataz y, al final, del mismísimo amo.

En Broughton vivían trescientos negros con un puñado de blancos, algunos de ellos mujeres. ¿Qué impedía a aquellos negros rebelarse y matar a los blancos? Langston Butler le había dicho a Isaiah Watling que la revuelta no se podría sofocar una vez que los negros hubieran empezado a murmurar y a afilar sus azadas y cuchillos. Sólo había una manera de sofocar la rebelión: aplastando la primera mirada de desafío, el insolente murmullo, la primera risita irrespetuosa.

—Will es un buen negro —dijo Watling.

—Tu chico se encargará del castigo.

—¿Shadrach? —Los ojos de antracita de Watling miraron al amo—. ¿Está usted satisfecho de mi trabajo?

—Ha sido satisfactorio.

—Antes de venir aquí, yo era un hombre independiente.

—Ahora no lo eres.

Watling inclinó la cabeza y musitó:

—Tengo que decirle una cosa, amo Langston. Will tenía un motivo. Mi Shadrach… Shadrach es un gandul inútil.

—Pero es blanco —replicó el amo Langston.

Aquella mañana de agosto el cielo estaba demasiado claro; el aire, muerto y espeso.

El molino de arroz de la plantación Broughton era de ladrillo; la casa de aventamiento, de tablas encaladas. La granja, las cabañas de los negros y la enfermería eran de una mezcla de cal y caparazones de ostra machacados. Alto y sin ventanas, con su maciza puerta reforzada con barras de hierro, el llamado almacén de la carne de Broughton era tan siniestro como un alcázar medieval. Todos los domingos por la mañana, de pie delante de aquel depósito de abundancia, el capataz Watling repartía las raciones semanales a la servidumbre.

«Gracias, jefe Watling», «Le estamos muy agradecidos, jefe».

Isaiah Watling era el que repartía todas las cosas buenas y también la fuente de todos los castigos.

El poste de los azotes de Broughton era un simple tocón de ciprés negro de dos metros de altura y medio de diámetro. Tenía una argolla de hierro para atar las muñecas de un hombre.

Will le había pedido al joven amo que intercediera y Rhett se había enfrentado al capataz.

—¡Watling, te estoy dando una orden!

Isaiah Watling miró al muchacho como si fuera un objeto curioso arrojado a la orilla por la marea.

—Joven Butler, cuando usted desafió al amo Butler para quedarse aquí, yo le pregunté quién era el amo cuando él se iba a la ciudad. El amo Butler me dijo que tenía que cumplir sus órdenes y que usted no podía darme ninguna orden. Ahora bien, joven Butler, los negros están aquí para ver cómo se hace justicia y aprender lo que es el respeto. La insolencia de Will le ha ganado doscientos azotes.

—Eso lo matará. Maldita sea, Watling, será un asesinato.

Isaiah Watling ladeó la cabeza como si prestara atención a algo muy débil y lejano.

—Los negros son propiedad de su padre. Muy pocos de nosotros, joven Butler, alcanzamos la independencia.

El zurriago de su hijo Shad estaba perezosamente enroscado cuando él arrancó del cobertizo del pozo un capullo de jazmín de trompeta. Los negros guardaban silencio, los hombres delante, las mujeres y los niños detrás. Los niños más pequeños se agarraban a las faldas de sus madres. Cuando el capataz ató las muñecas de Will, éste no opuso resistencia.

Rhett Butler aún no había adquirido su arrojo de adulto y no pudo contemplar como mataban a su amigo. Cuando Watling dejó al descubierto la espalda de Will, Mistletoe se desmayó y Rhett se alejó hacia el río, sordo al chasquido del látigo y los gemidos de Will, que no tardaron en convertirse en gritos.

Rhett saltó a su esquife, soltó el cabo de amarre y dejó que el río se lo llevara. Cayó un aguacero y él se quedó empapado hasta el tuétano. La embarcación iba a donde la corriente la llevaba. La lluvia tamborileaba en las orejas del muchacho, que pestañeaba para quitársela de los párpados.

Rhett Butler juró que cuando fuera un hombre jamás volvería a sentirse indefenso.

La lluvia caía sobre el muchacho, cada vez más fuerte. Rhett no veía la proa de su embarcación y el agua entorpecía los remos.

La vela estalló en pedazos y perdió un remo. Cuando un tronco de ciprés que bajaba por el río amenazó con hacer zozobrar la embarcación, él rompió el otro

remo tratando de apartarlo. Examinó el trozo que le quedaba como si, de haber tenido la habilidad necesaria, aún hubiera podido remar con él. Achicó el agua hasta que le dolieron los brazos. Cuando gritó para aliviar la presión de los oídos, el viento le arrebató el grito y se lo llevó muy lejos.

El río rebasó los diques e inundó los arrozales y el esquife de Rhett estuvo a ratos en el canal y a ratos deslizándose por lo que antaño fueran hectáreas del mejor arroz dorado de Carolina.

De repente, como si lo hubieran arrojado a la playa de otro universo, el viento y la lluvia cesaron. En la calma, el esquife de Rhett navegó suavemente a través de la clara luz en lo alto de un embudo que se elevaba hasta un cielo de un azul tan oscuro que Rhett imaginó ver las estrellas. Había oído hablar del ojo del huracán, pero jamás pensó que pudiera encontrarse en uno de ellos.

La corriente azotó el inundado esquife contra una mellada orilla de árboles rotos y arrancados de cuajo. Rhett amarró el esquife a una rama antes de trepar por la orilla, siguiendo el sonido de unos martillos.

De joven, Thomas Bonneau había sido liberado por el amo que lo había engendrado. Su padre blanco le legó dos hectáreas y media de tierra en una aplanada loma junto al río, donde Thomas se construyó una modesta casa de barro cuyas gruesas paredes habían resistido huracanes anteriores. Bonneau y un chico de aproximadamente la misma edad que Rhett se encontraban en el tejado, arreglando unas tejas.

—Mira, papá, allí hay un chico blanco —dijo el muchacho, Tunis.

Ambos bajaron al suelo y Thomas saludó al medio ahogado Rhett.

—Venga con nosotros, joven amo. Estas paredes nos han cobijado hasta ahora. Dios quiera que nos cobijen un poco más.

Dentro de la casa de una sola habitación, Pearl, la esposa de Thomas Bonneau, y dos hijos menores estaban amontonando troncos, trampas para peces, un tajo de cocina y unas jaulas de gallinas para formar una insegura montaña hasta las vigas del techo.

—No es la lluvia del huracán ni el viento lo que te mata —explicó Bonneau mientras cogía una viga—. El viejo huracán levanta una marea que le ahoga.

Tunis le pasó los hijos menores a su padre, el cual los acomodó a su lado bajo su poderoso brazo. Cuando todos estuvieron sentados a horcajadas en una viga, Bonneau habló con un sonsonete.

—Y Dios le dijo a Noé: «La tierra está toda corrompida a causa de los hombres y yo voy a arrojar sobre la tierra un diluvio de aguas. Pero tú y tu familia flotaréis sobre las aguas…» —Lo que dijo a continuación se lo llevó el viento.

Cuando la crecida llegó hasta la casita hecha con cemento de cal y caparazones de ostras machacados, la golpeó con violencia y derribó la puerta. La espuma del agua se arremolinó en los pies colgantes de Rhett mientras la viga en que permanecía sentado a horcajadas vibraba entre sus muslos. Thomas Bonneau

echó la cabeza atrás, cerró los ojos y los tendones de su cuello se tensaron mientras alababa a Dios.

Eso fue lo peor.

Tal como sucede con todas las tormentas, aquélla también terminó, las aguas regresaron a su cauce y, como siempre ocurre en estas ocasiones, el sol iluminó un resplandeciente y nuevo mundo.

—Si no me equivoco —dijo Thomas Bonneau—, veo un guacamayo en aquel árbol de allí. —Un maltrecho pájaro azul y amarillo permanecía aferrado sin fuerzas a una rama deshojada—. Sólo el Señor sabe desde dónde ha sido empujado hasta aquí.

Sacaron fuera los embarrados troncos y las trampas rotas de peces y Pearl tendió una cuerda para poner la ropa a secar. Ella se quedó con su enagua mojada mientras se secaba su vestido; los demás se quedaron en cueros.

Tunis y Rhett recogieron peces arrojados a la orilla por la tormenta mientras Thomas Bonneau encendía una hoguera con la seca corteza interior de un cedro.

Cuando todos estuvieron sentados alrededor del fuego dando la vuelta a los peces ensartados en palillos, Thomas dio gracias a Dios por haber salvado a su familia y al joven amo.

—Yo no soy el joven amo —dijo el muchacho blanco—. Soy Rhett.

Diez días después, cuando Rhett regresó a Broughton, Will había sido enterrado en el cementerio de los esclavos y Mistletoe, vendida. La plantación Broughton se había convertido en varios kilómetros de hediondas y ahogadas plantas de arroz.

Langston Butler supervisaba personalmente la cuadrilla que estaba arreglando las grietas del dique principal mientras la de Watling restauraba los diques interiores. Los hombres empujaban carretillas de material de relleno; las mujeres y los niños vaciaban baldes y cubos en las grietas.

El padre de Rhett llevaba las botas sucias y varios días sin afeitarse. Sus cuidadas manos estaban agrietadas, las uñas, estropeadas. Saludó a su hijo:

—Te dábamos por muerto. Tu madre está deshecha de pena.

—Mi madre tiene un corazón muy tierno, señor.

—¿Dónde has estado?

—El liberto Thomas Bonneau me salvó del huracán. He estado ayudando a su familia a arreglar su casa.

—Tu deber estaba con tu gente.

Rhett no respondió.

Su padre se pasó el antebrazo por la sudorosa frente.

—La cosecha se ha perdido —dijo en tono distante—. Un año de trabajo destruido. Wade Hampton me pidió que me presentara candidato a gobernador, pero ahora, naturalmente… —Butler contempló los implacables ojos de su hijo—. ¿Te ha enseñado algo el destino del supervisor del dique?

—Sí, señor.

—¿Humildad? ¿Obediencia? ¿La debida deferencia a la autoridad?

—A menudo le he oído decir, padre, que el conocimiento es poder. Acepto esa definición.

A pesar de las urgentes necesidades de Broughton, aquella misma semana Langston Butler acompañó a su hijo a Charleston para que empezara a adquirir la educación que distingue a un caballero de la Tierra Baja.

Cathecarte Puryear era el intelectual más destacado de Charleston y la ciudad se enorgullecía de él, tal como lo hubiera hecho de cualquier otra rareza: un novillo de dos cabezas o un pato parlante. En sus años de estudiante, Cathecarte había sido compañero de Edgar Allan Poe en la Universidad de Virginia y, como es sabido, la poesía es contagiosa.

Los polémicos ensayos de Cathecarte Puryear en el *Southern Literary Messenger* habían dado lugar a dos desafíos a duelo que él había aceptado, pero en ambas ocasiones, tras haber proclamado su opinión de que los asuntos de honor los habían «creado los mentalmente incapaces para los mentalmente incapaces», Cathecarte había disparado su pistola al aire. Jamás nadie volvió a desafiarlo. No hay honor —y puede que haya deshonra— en el hecho de desafiar a un hombre que no responde a los disparos.

Cathecarte era el presidente de la Sociedad de Santa Cecilia, que patrocinaba sublimes conciertos y los bailes más populares de Charleston. Casi todos los intelectuales de Charleston eran clérigos o, como el unionista Louis Petigru, abogados de profesión, pero, gracias a la considerable fortuna de su difunta esposa, Catherine Puryear jamás había tenido que ganarse el pan. Impartía enseñanza a unos cuantos jóvenes caballeros de buena familia porque, tal como a menudo explicaba, «*noblesse oblige*».

Eleanor Baldwin Puryear (fallecida en 1836) era el tema poético preferido de Cathecarte. Los incultos decían que el hecho de intercambiar la cuantiosa dote de Eleanor por la inmortalidad literaria era un mal negocio.

Un fatigado y preocupado Langston Butler describió cómo era su hijo al posible profesor del muchacho:

—Mi hijo mayor es inteligente pero muy insolente. Desprecia mis órdenes y rechaza las distinciones de rango y raza que constituyen el fundamento de nuestra sociedad. Aunque Rhett sabe leer, escribir y sumar, los caballeros no reconocerían a mi hijo como un igual.

Cathecarte lo animó con expresión radiante:

—La mente de los jóvenes es una *tabula rasa,* señor. Nosotros podemos labrar sobre esta pizarra en blanco cualquier cosa que queramos.

Langston esbozó una cansada sonrisa.

—Esperemos que así sea.

Cuando Langston se hubo ido, el profesor dijo:

—Siéntese, joven, siéntese. Anda paseándose por ahí como un animal enjaulado.

Y en rápida sucesión preguntó: «¿De qué célebre general fue maestro Aristóteles, joven? Por favor, decline el verbo *amare.* ¿Qué rey británico sucedió a Carlos I? Explique la doctrina de la separación de poderes. Recite "El cuervo" del señor Poe y "La Belle Dame sans Merci" del señor Keats.» Cuando el silencio empezaba a resultar agobiante, Cathecarte esbozó una sonrisa.

—Parece ser, joven, que yo sé muchas cosas que usted ignora. ¿Qué es lo que usted sabe?

Rhett se inclinó hacia delante.

—Sé por qué las compuertas de los diques están hechas de madera de ciprés. Todo el mundo dice que las hembras del caimán se comen a sus crías, pero no es cierto; las llevan en la boca. Los exorcistas negros obtienen cuatro curas distintas a partir del estramonio. Las guaridas de las ratas almizcleras siempre tienen una entrada subacuática.

Puryear parpadeó.

—¿Es usted un filósofo nato?

El muchacho descartó semejante posibilidad.

—No, señor. Soy un renegado.

Después de su entrevista con Cathecarte Puryear, Rhett subió unos empinados escalones hasta el sofocante calor de una habitación esquinera cuya ventana daba al puerto de Charleston.

Unas prendas sucias estaban diseminadas sobre una cama deshecha y unas lustrosas botas de montar descansaban sobre la almohada de la otra.

Rhett deshizo su maleta, arrojó las botas al suelo y se sentó junto a la ventana que daba al puerto. Cuántos barcos. Qué inmenso era el mundo. Se preguntó si alguna vez conseguiría hacer algo.

Media hora más tarde su compañero de habitación subió ruidosamente por la escalera. Era un muchacho delgado que se apartaba nerviosamente el rubio cabello que le caía sobre la frente. Cogió las botas y las examinó con recelo.

—Tú eres Butler, supongo.

—¿Y tú eres?

El muchacho se irguió.

—Yo soy Andrew Ravanel. ¿Te dice algo?

—Pues no me dice nada. ¿Tendría que decírmelo?

—¡Bueno, pues creo que más te valdría!

Y se dispuso a soltarle un puñetazo, pero Rhett se le adelantó y le propinó uno en el estómago. El chico cayó sobre su cama, tratando de recuperar el resuello.

—No tendrías que haberlo hecho —boqueó—. No tenías ningún derecho a…

—Ibas a pegarme.

—Bueno. —La sonrisa de Andrew Ravanel era tan inocente como la de un ángel—. Bueno, puede que lo hubiera hecho. Pero puede que no.

En el transcurso de los meses siguientes, Rhett comprendió lo solo que había estado hasta entonces.

Andrew Ravanel era un chico de ciudad; Rhett jamás había vivido en un sitio donde parpadeaban las luces de gas. Rhett veía la faceta práctica de las cosas; Andrew era un soñador. Andrew se escandalizaba por la indiferencia que a Rhett le inspiraban las jerarquías sociales. «Rhett, no tienes que darle las gracias a un criado por servirte; el hecho de servirte es su razón de ser.»

Rhett destacaba en matemáticas y a Andrew le gustaba poner a prueba a su amigo pidiéndole que sumara mentalmente cantidades complejas. Rhett no sabía cómo lo hacía, pero lo hacía.

Andrew no apreciaba mucho el estudio y Rhett le daba clase.

Los restantes alumnos de Cathecarte Puryear eran Henry Kershaw, un corpulento muchacho de diecisiete años que se pasaba las noches en la ciudad; el propio hijo de Cathecarte, Edgar Allan, que era algo así como el acólito de Henry Kershaw, y John Haynes, heredero de la Compañía Naviera Haynes. El padre de John, el congresista Haynes, aprobaba la pedagogía de Cathecarte Puryear, pero no su sentido común. Como consecuencia de ello, el hijo del congresista vivía en casa.

Cuando la noche refrescaba la gran ciudad portuaria, Rhett y Andrew se asomaban a la ventana de su dormitorio discutiendo cuestiones de deber, honor y amor… las grandes cuestiones con las cuales todos los muchachos tenían que enfrentarse por su cuenta.

Rhett no comprendía los estados melancólicos que a veces abrumaban a Andrew. Aunque éste era valiente hasta la temeridad, cualquier minucia era suficiente para hundirlo.

—Es que Cathecarte se muestra paternalista con casi todo el mundo —le explicaba pacientemente Rhett—. Eso es lo que hace. No tienes que hacerle caso.

Rhett no podía razonar con Andrew ni bromear con él para librarle de su desesperación, pero permanecía silenciosamente a su lado en sus horas más oscuras porque al parecer eso lo aliviaba.

Aunque Cathecarte Puryear despotricaba contra «esos incultos plantadores», jamás discutía la tradición de Charleston según la cual los jóvenes tenían que armar la gresca hasta que finalmente se casaban. El padre de Andrew, el coronel Jack Ravanel, le dio a conocer a Rhett las bebidas alcohólicas y, al cumplir el muchacho los quince años, lo acompañó al burdel de la señorita Polly.

Cuando Rhett bajó por la escalera, el viejo Jack lo miró sonriendo.

—Bueno, señorito. ¿Qué piensa usted del amor?

—¿Del amor? ¿Así es como se llama eso?

Tras haber pasado tres años estudiando con Cathecarte Puryear, Rhett podía hacer cálculos, leer latín (con la ayuda de un diccionario), recitar los nombres de todos los reyes ingleses desde Alfredo y los caprichos de todas las prostitutas más guapas de Charleston, y sabía que en los naipes una simple escalera jamás de los jamases podría ser mejor que una escalera real.

El mismo año que en el Senado de Estados Unidos se debatió la anexión de Tejas, Cathecarte Puryear publicó su célebre carta. No se comprendió por qué razón Cathecarte experimentó el impulso de dar a conocer sus opiniones. Algunos pensaban que envidiaba la creciente fama del poeta Henry Timrod; otros decían que se debía al rechazo de los poemas de Cathecarte por aquel mismo *Charleston Mercury* que había publicado su insolente carta (con la aclaración entre paréntesis de la no responsabilidad del editor con sus puntos de vista).

«La negativa de un estado a obedecer las leyes federales —escribía Cathecarte Puryear— es una extraordinaria insensatez; y los partidarios de esta doctrina son unos insensatos. ¿Puede creer cualquier hombre en su sano juicio que el gobierno federal permitirá que una camarilla de caballeros de Carolina establezca qué leyes federales va a obedecer y cuáles no? Algunos de estos caballeros pronuncian en voz baja la temida palabra «secesión». Confío en que, cuando el señor Langston Butler y sus amigos cometan finalmente suicidio, lo hagan en privado sin arrastrarnos a los demás a su locura.»

A pesar de que el padre de Rhett no pudo desafiarlo —«el muy villano se ha burlado del código del honor»—, sí pudo apartar a su hijo de la influencia de Puryear. Mientras su carruaje bajaba por la calle King, Langston le dijo a Rhett:

—El senador Wade Hampton ha contratado un profesor para sus hijos. Por consiguiente, te dará clases también a ti. —Miró con escepticismo a su hijo—. Rezo para que no se te hayan contagiado las traicioneras creencias de Puryear.

Rhett estudió el amargo y enfurecido rostro de su padre y pensó: «Quiere que sea un hombre como él.» Saltó del carruaje, corrió a esconderse detrás del carro de un cervecero y desapareció calle abajo.

Thomas Bonneau dejó la red que había estado remendando.

—¿Qué está haciendo aquí, joven?

Rhett esbozó una incierta sonrisa.

—Espero ser bien recibido.

—Pues no lo es. Usted causa problemas.

Con las galas colgando de una mano, Tunis salió fuera. Sostenía *Los amigos del marino* en la otra.

Desesperado, Rhett sentenció:

—Ese libro no explica bien los aparejos de un queche.

Tunis puso los ojos en blanco.

—Papá, creo que el joven amo Butler cree que es un marino. ¿Te imaginas?

Rhett vestía una chaqueta azul sobre una camisa de suave seda. Sus

pantalones eran tan ajustados que no se atrevía a tocarse los dedos de los pies.

Los Bonneau iban descalzos y los sucios pantalones de cáñamo de Tunis tenían una cuerda por cinturón.

—No tengo ningún otro sitio adonde ir —dijo serenamente Rhett.

Tunis lo estudió antes de soltar una carcajada.

—Treinta y cinco kilos de ostras me costó este libro y ahora el joven amo viene a decirme que está equivocado. —Thomas Bonneau hinchó los carrillos y soltó una bocanada de aire—. Supongo que luego me arrepentiré. Siéntese aquí y le voy a enseñar a remendar una red.

Los Bonneau recogían ostras en la isla Morris y pescaban en la Sullivan. Rhett se levantaba con ellos horas antes del amanecer, trabajaba con ellos y se reía con ellos. Un memorable domingo en que Thomas, su mujer y sus hijos menores estaban en la iglesia, Rhett y Tunis salieron a navegar con el esquife de Thomas bordeando la costa hasta Beaufort.

El joven Butler jamás hubiera imaginado que pudiera ser tan feliz.

Todos los negros del río Ashley estaban al corriente de la existencia del «hijo» blanco de Thomas Bonneau, pero tuvieron que transcurrir trece semanas antes de que Langston Butler descubriera el paradero de Rhett y un día más antes de que la lancha de Broughton amarrara en el inseguro embarcadero de los Bonneau.

Langston Butler miró desde su elevada estatura a Thomas Bonneau.

—Muchos legisladores desean exiliar a los negros libertos o devolverlos a la esclavitud. Esta es también mi opinión. Si vuelves a inmiscuirte en los asuntos de mi familia, te juro que tú, tu mujer y tus hijos tendréis que probar el látigo del señor Watling.

Durante la larga travesía corriente arriba hasta Broughton, Langston no le dirigió la palabra a su hijo y, cuando desembarcaron, se lo entregó a Isaiah Watling y lo instruyó:

—Será un bracero de los arrozales como cualquier otro. Si huye o desobedece, dale a conocer el zurriago.

Watling asignó a Rhett una cabaña en el sector de los negros. Su camastro de paja estaba lleno de pulgas.

El caudal del agua se había agotado dos semanas atrás y el arroz estaba creciendo estupendamente. En su primera mañana en los campos, había tantos mosquitos y jejenes que Rhett se los tragó a bocados. Veinte minutos después del amanecer, el sofocante aire lo dejó sin resuello.

Hundido en el barro hasta las rodillas, utilizaba la azada hasta donde alcanzaban sus brazos sacando una pierna después de la otra antes de pasar al siguiente tramo.

Corpulento y montado en un imponente caballo, Shadrach Watling lo vigilaba todo desde el dique.

Al mediodía, la cuadrilla de trabajo hacía una pausa para comer unas judías con harina de maíz que se servían con cuchara de una olla común. Puesto que Rhett no tenía escudilla ni cuchara esperaba a que otro terminara para que le prestara las suyas.

Aquella primera tarde estaban a 38°C y unos destellos rojos y morados jugueteaban delante de los ojos de Rhett.

Según la costumbre, cuando un obrero terminaba la tarea asignada, su tiempo le pertenecía. A las tres de la tarde algunos de los hombres más fuertes abandonaron el campo y a las cinco sólo seguían trabajando un par de mujeres de mediana edad y Rhett. A las ocho y media, cuando Rhett terminó, él y Shad Watling se quedaron allí.

—Será mejor que tenga cuidado con las serpientes —dijo Shad sonriendo—. La semana pasada perdimos un negro en esta parcela.

Rhett aliviaba el frenético ritmo de trabajo, comida y vuelta al trabajo con retazos de agitado sueño. Cuando apareció una víbora de agua, contempló con indiferencia cómo se deslizaba junto a sus piernas desnudas.

Montado en su alto y huesudo mulo, el capataz Watling vigilaba todas sus cuadrillas. El mango del zurriago que colgaba del arzón de su silla de montar estaba descolorido a causa del sudor de su mano. A pesar del calor, el capataz vestía una levita negra y camisa abrochada hasta la barbilla. El sombrero de paja de ala ancha le ceñía la cabeza de cabello cortado al rape.

El sábado a la hora de cenar llamó a Rhett.

Watling tenía orejas y nariz grandes, largos brazos y grandes manos; su rostro estaba surcado por las arrugas del duro trabajo y la amargura. Posó su mirada pálida y vacía en Rhett.

—Cuando yo estaba en quiebra y vine a Broughton muchos avenamientos atrás, usted era un niño ingobernable, pero yo pensé que había esperanza. Está escrito que algún día superaremos las tribulaciones. Joven Butler —el capataz arreó a su mulo—, nuestro día llegará.

Al llegar la segunda semana, Rhett trabajaba tan bien como cualquier vieja y a la tercera ya podía competir con un negro de diez años.

Por la noche se tumbaba en un tajo en el patio de la entrada.

Aunque los negros de Broughton habían recibido la orden de evitarlo, éstos le pasaban comida de sus magras provisiones.

En septiembre el joven Butler ya era un bracero de los arrozales de la plantación Broughton en régimen de jornada completa.

Mientras los delegados de Carolina subían a bordo de la goleta para dirigirse a Baltimore y a la convención del Partido Demócrata, el senador Wade Hampton se apartó con Langston Butler para hacerle una pregunta acerca de los rumores que corrían sobre que el hijo de Langston estaba trabajando en los arrozales junto con los negros.

—Mi hijo necesita disciplina —dijo Butler.

Wade Hampton era un gigante propietario de 3.500 esclavos. Frunció el entrecejo y explicó que el Partido Demócrata no podía permitirse el lujo de un escándalo.

—Señor, mi hijo necesita disciplina.

Entonces el senador Hampton dispuso lo necesario para el ingreso de Rhett Butler en la Academia de West Point.

Cuando Isaiah Watling se acercó aquella noche al sector de los negros a lomos de su montura, Rhett estaba sentado con las piernas cruzadas en la puerta de su cabaña, contemplando cómo los charlatanes de los arrozales sobrevolaban el río.

Watling desmontó.

—El amo Butler le quiere en la ciudad —dijo—. Una embarcación espera en el embarcadero. —Tras una pausa, añadió—: Para ser un chico blanco, ha sido usted un negro bastante bueno.

En Charleston, Rhett se bañó y afeitó. La ropa tuvo que adaptarse a su nueva musculatura. Antes de que se le curaran todas las picaduras de insectos subió a bordo de una goleta rumbo al norte.

El joven Rhett permaneció junto a la barandilla mientras la nave abandonaba el puerto de Charleston. Habría tenido que estar emocionado ante sus perspectivas, pero no lo estaba. Su cuerpo no se sentía cómodo con ropa de caballero. Fort Sumter se fue haciendo cada vez más pequeño, hasta quedar reducido a un punto en el océano gris.

2
Rosemary Penelope Butler

La hermana de Rhett tenía cuatro años cuando éste se fue de la Tierra Baja, y más tarde, cuando la niña trataba de recordar a su hermano, por mucho que intentara forzar sus pensamientos, una imagen se insinuaba en su mente: el lobo de la tapa de su libro de cuentos. El lobo tenía un hocico muy largo y era muy fiero, pero ¡qué astucia la suya y qué dientes tan grandes tenía!

Las semanas que Rhett permaneció escondido en casa de los Bonneau, la cólera de su padre llenó todos los rincones y esquinas de su residencia particular en Charleston. Los criados caminaban de puntillas, la pequeña Rosemary permanecía oculta en el cuarto de los niños y Elizabeth Butler se retiraba a su dormitorio con una fuerte jaqueca. Rosemary pensaba que Rhett debía de ser muy poderoso y muy malo puesto que su padre lo odiaba tanto.

A la niña le salió un salpullido en los brazos y las piernas. Se despertaba al menor ruido y no podía volver a dormirse. Cuando no pensaba en aquel lobo feroz, cuando lograba pensar en muñecas o bailarines o vestidos bonitos, entonces el lobo no acechaba en las oscuras sombras bajo la ventana de su dormitorio y tampoco escondido debajo de su cama.

Elizabeth, la madre de Rosemary, había sido la amada y única hija del acaudalado Ezra Ball Kershaw. Como obediente y devota esposa que era, Elizabeth confiaba en que la Biblia daría respuesta a todas sus preguntas y le haría justicia cuando fuera necesario. Rezaba por sus hijos y, sin decírselo a él, también por su marido. Elizabeth emprendió una acción insólitamente audaz y le preguntó a su amiga Constance Fisher —no había en todo Charleston nadie más respetable ni más rico que la abuela Fisher— si Rosemary podría pernoctar algunas noches en casa de los Fisher. La abuela Fisher accedió de inmediato.

—Rosemary y mi nieta Charlotte cuidarán la una de la otra.

Aquella tarde, la ropa y las muñecas preferidas de Rosemary se empaquetaron y se cargaron en el carruaje de la abuela Fisher. A partir de entonces, Rosemary durmió más noches en la mansión de los Fisher en East Bay que en su propia casa. El sarpullido desapareció.

La pequeña Charlotte Fisher era una niña tranquila que jamás se quejaba y siempre pensaba bien de los demás. Creía que el hermano de Rosemary no podía ser tan malo como decían. Nadie era tan malo. Charlotte nunca protestaba cuando su hermano mayor, Jamie, le gastaba bromas. Una tarde en que estaba de mal humor, Rosemary le arrebató su muñeca preferida. Charlotte no quiso aceptar la muñeca cuando Rosemary se arrepintió de su proceder. Llorando, Rosemary

abrazó a su amiga.

—Charlotte, perdóname, pero cuando quiero algo, lo quiero ya.

Tres años después de la partida de Rhett, Jamie, el hermano de Charlotte, irrumpió en el salón familiar.

Charlotte cerró su libro marcando la página con el dedo y lanzó un suspiro.

—Sí, hermano…

—Sí, a ti le lo digo.

Con los brazos cruzados, Jamie se apoyó contra el sofá para no arrugarse los pantalones.

—Jamie…

—Rhett Butler ha sido expulsado —soltó de repente Jamie—. Ha regresado a Charleston, aunque sólo el cielo sabe por qué. —Jamie enarcó teatralmente las cejas—. Lo que quiero decir es que nadie, pero lo que se dice nadie, va a recibirlo. Vive con el viejo Jack Ravanel. Él y Andrew siempre fueron uña y carne.

Rosemary frunció el entrecejo.

—¿Qué significa «expulsado»?

—Echado. Exiliado. ¡Absoluta y totalmente deshonrado!

Rosemary se entristeció. «¿Cómo puede un lobo no ser un lobo?», se preguntó.

Jamie se apresuró a añadir:

—No tienes que preocuparte, Rosemary. Tu hermano tiene amigos. Andrew y Henry Kershaw. Edgar Puryear… la… bueno… toda esa gente.

Lo cual no sonó muy tranquilizador. Previamente Jamie había deleitado la mesa de la cena de los Fisher con historias acerca de «los Alegres Juerguistas». Todo lo que Rosemary había oído decir acerca de aquellos jóvenes era malo o alarmante.

Aquella noche, la abuela Fisher regañó a Jamie por haber disgustado a la niña.

—Pero Rhett está deshonrado. Eso es verdad —insistió Jamie.

—La verdad, Jamie, no siempre es agradable.

La reaparición de Rhett Butler indujo a los Alegres Juerguistas a cometer nuevos desafueros. Rhett se las arregló para introducir delante de las mismas narices de los directores de baile a dos de las agraciadas y excesivamente engalanadas prostitutas de la señorita Polly en el Baile del Jockey Club. Antes de que las acompañaran a la salida, las sonrientes muchachas reconocieron a un miembro de la junta parroquial de St. Michael que hasta entonces había gozado de una excelente reputación.

Una medianoche, en el exterior de un antro de juego de la zona del puerto, dos rufianes se acercaron a Rhett. «Sólo tengo una bala en la pistola —les dijo

serenamente éste—. ¿Quién quiere la bala y quién quiere que le rompa el cuello?» Los ladrones huyeron.

Rhett y Andrew llevaron una docena de caballos de Tennessee a Charleston en cuatro días, cambiando de caballos en un santiamén. Según los rumores, habían conseguido dejar atrás a los legítimos propietarios por los pelos.

Y todo Charleston comentó con asombro el hecho de que, por una apuesta de dos dólares, Rhett con los ojos vendados hubiera saltado con su castrado *Tecumseh* por encima de la valla de púas de hierro de metro y medio de altura del cementerio de St. Michael. El domingo por la mañana, los curiosos feligreses y el enfurecido vicario examinaron los profundos hoyos que los cascos de *Tecumseh* habían dejado en el césped. Los jinetes expertos se estremecieron.

Jamie Fisher tenía más buen corazón de lo que él estaba dispuesto a reconocer y censuró la noticia.

—Rhett juega al póquer —dijo Jamie. Y bajó la voz hasta dejarla en un susurro—: ¡Y juega por dinero!

—Por supuesto que sí —replicó la sensata Charlotte—. De algún sitio tiene que sacar el dinero, ¿no crees?

Aunque las chicas no conocían todos los pecados de Rhett, sabían que eran muy numerosos. Una mañana en que la comprensiva Charlotte llamó repetidas veces a «mi pobre y querida Rosemary», ésta le dio un manotazo en el ojo. La desconcertada niña rompió a llorar y entonces Rosemary se arrojó en sus brazos y, tal como suelen hacer las niñas, ambas se consolaron mutuamente.

Una mañana muy especial en que la abuela Fisher entró en el salón familiar, Charlotte olvidó la tostada que estaba untando con jalea de grosellas y Rosemary dejó su taza de té.

La abuela Fisher no parecía precisamente radiante de satisfacción. Estudió a Rosemary como si el rostro de la chiquilla pudiera responder una pregunta.

—Abuela —preguntó Charlotte—, ¿ocurre algo?

Constance Fisher meneó la cabeza muy levemente y echó los hombros atrás.

—Rosemary, tienes una visita en el saloncito privado.

—¿Una visita, abuela? ¿Para mí?

—Tu hermano Rhett ha venido a buscarte.

El lobo del cuento cruzó velozmente por la cabeza de Rosemary y ésta miró a Charlotte, alarmada.

—No estás obligada a verlo, niña —añadió la anciana—. Si lo prefieres, le digo que se vaya.

—Rosemary, tu hermano está deshonrado —dijo Charlotte angustiada.

Rosemary apretó los labios hasta formar una obstinada línea. Ahora ya era lo bastante mayor como para enfrentarse con el lobo de un cuento. Además, sentía curiosidad: ¿se le notarían a su hermano los pecados en el aspecto? ¿Sería jorobado o peludo o llevaría las uñas largas? ¿Olería mal?

Mientras bajaban por el pasillo, la abuela murmuró:

—Rosemary, no tienes que comentarle esta visita a tu padre.

Rhett Butler no era un viejo lobo peludo. Era joven y alto y el cabello negro le brillaba como ala de cuervo. Llevaba una chaqueta castaño rojiza de cervatillo y el sombrero de plantador negro descansaba en sus grandes manos como si fuera un viejo amigo.

—Pero ¡a quién tenemos aquí! —dijo su hermano—. No me tengas miedo, chiquitina.

Cuando Rosemary contempló los risueños ojos de Rhett, el lobo ya había desaparecido para siempre.

—No tengo miedo —dijo ella.

—La abuela Fisher me ha dicho que eres pura chispa. Y creo que lo eres. He venido para llevarte a dar un paseo.

—Joven Butler, puede que yo viva para lamentarlo. No sé cómo demonios hizo para que lo expulsaran de West Point… —la abuela levantó una mano con gesto autoritario— y no deseo saberlo. Pero John Haynes habla muy bien de usted, y John tiene la cabeza en su sitio. Como su padre se entere de que ha estado aquí, se sentirá…

Rhett esbozó una sonrisa.

—¿Indignado? La indignación es la más querida compañía de mi padre. —Rhett se inclinó en una respetuosa reverencia—. Estoy en deuda con usted, abuela Fisher. Devolveré a Rosemary a casa a la hora de cenar. —E hincó la rodilla en tierra para que su estatura fuera pareja a la de la niña—. Hermana Rosemary, tengo un brioso caballo y el cabriolé más ligero de toda la Tierra Baja. ¿No te gustaría volar?

Aquella tarde Rosemary conoció a *Tecumseh,* el castrado Morgan de tres años de Rhett. El cabriolé era poco más que un asiento de caña entretejida sobre unas altas ruedas cuyos rayos eran más delgados que los dedos de Rhett. *Tecumseh* flotaba al trote, pero cuando Rhett le ordenó que galopara, el cabriolé salió en estampida.

Cuando Rosemary hubo volado más de lo que convenía que volara una niña, volvieron a la casa de la abuela Fisher. Rosemary jamás se había sentido más segura que en los brazos de su hermano.

En su segunda visita, Rhett la llevó a navegar. Todo el mundo en el puerto parecía conocerle. El balandro a bordo del cual subieron pertenecía a un liberto que llamaba a su hermano por su nombre de pila. Rosemary se sorprendió al ver que su hermano estrechaba la mano de un negro.

Aquella tarde el puerto de Charleston estaba lleno de embarcaciones de pesca, queches de cabotaje y goletas transoceánicas. Con la bandera nacional ondeando en el parapeto, Fort Sumter guardaba la boca del puerto. Las olas eran más altas una vez fuera del puerto y el rocío del agua dejo a Rosemary completamente empapada.

Cuando regresaron a casa de la abuela Fisher, la niña estaba tostada por el sol, cansada y pensativa.

—¿Qué ocurre, chiquitina?

—Rhett, ¿tú me quieres?

Su hermano le acarició suavemente la mejilla.

—Como a mi propia vida.

Inevitablemente, Langston se enteró de que su hijo había visitado a los Fisher y se llevó a Rosemary a Broughton.

Un mes después, la niña se despertó pasada la medianoche a causa del rumor de un carruaje en la calzada —el carruaje de la abuela Fisher— y, antes de despertarse por completo, Charlotte ya estaba en su dormitorio y entre sus brazos.

—Oh, Rosemary. Siento mucho lo que está ocurriendo.

Fue entonces cuando Rosemary Butler se enteró de que su hermano Rhett se iba a batir en duelo al amanecer con Shadrach Watling, que una vez le había arrancado la cabeza de un disparo a un chotacabras.

El amanecer vino y se fue. Al oír los lejanos disparos, la madre de Rhett corrió a la ventana del saloncito privado y parpadeó, mirando con miope intensidad.

—Seguramente son los cazadores del mercado disparando contra las palomas silvestres —comentó Julian, el hermano de Rhett.

Eulalie, la esposa del doctor Ward, se mostró de acuerdo, asintiendo con la cabeza.

La cálida mano de Charlotte Fisher buscó la fría de Rosemary y se la apretó con fuerza.

Mientras una mancha de rubor encendía sus cenicientas mejillas, Elizabeth llamó con la campanilla a un criado.

—Vamos a tomar un refresco.

Rosemary cerró los ojos con fuerza y rezó en silencio: «Te lo ruego, Dios mío, protege a mi hermano. Te lo ruego, Dios mío. ¡Protege a Rhett!»

Tan silenciosas como ratones de iglesia, escondidas detrás del curvado brazo de un confidente, Rosemary y Charlotte se encontraban en el rincón más alejado de la espaciosa y fría estancia.

Constance Venable Fisher carraspeó para expresar su opinión.

—¡Langston ha elegido un momento especialmente desafortunado para hacer sus cuentas!

El severo juicio de la señora Fisher traspasó la puerta del salón privado, recorrió el pasillo, bajó por la gran escalinata y atravesó el salón público hasta llegar al despacho de Langston Butler.

—Mi padre es un hombre de costumbres regulares —contestó Julian—. El sábado por la mañana siempre hace las cuentas.

Sentada en la silla de respaldo recto que había ocupado tal como le correspondía por su condición de solterona, la señorita Juliet Ravanel dijo:

—A veces los hombres disimulan sus temores detrás de la meticulosidad. A lo mejor, el señor Butler…

—¡Bobadas! —exclamó Constance Fisher—. Langston Butler es tan terco como un cerdo.

Tío Solomon, el criado de Broughton, sirvió té y una bandeja de pastelillos de jengibre de aquellos que la cocinera sólo preparaba durante la Semana de las Carreras. Cuando la señora Butler pidió jerez, Tío Solomon contestó:

—Pero, señora, todavía no ha amanecido del todo. El sol está empezando a despuntar.

—Tomaremos jerez —insistió ella. Al oír que Solomon cerraba la puerta con excesiva brusquedad, añadió—: Tal como dice el señor Butler, «los negros se aprovechan de la bondad de sus amos».

—Todo el mundo recuerda que los Butler consiguieron mantener la esclavitud en la Constitución de nuestro país. —La señorita Ravanel evocó un motivo de orgullo con el cual todos los presentes estaban perfectamente familiarizados. La señora Butler picó el anzuelo.

Pues sí. El querido tío Middleton de mi esposo encabezó la delegación de Carolina del Sur…

Sí, querida —dijo Constance Fisher amablemente—. Todo eso lo sabemos. Rhett no se parece para nada a Middleton. Rhett más bien tira a su abuelo Louis Valentine.

Elizabeth Butler se cubrió la boca con una mano.

—No tenemos que hablar de él. Langston jamás menciona el nombre de su padre.

—Pero ¿por qué no, querida? —repuso jovialmente Constance Fisher—. América es una nueva nación. El dinero ensangrentado se limpia en una sola generación.

Broughton había sido una improductiva plantación de añil que no servía para mantener a los hermanos que la habían heredado. Louis Valentine Butler se fue a Nueva Orleans, donde se asoció para toda la vida con el bucanero Jean Lafitte, mientras que Middleton Butler optó por el comercio de esclavos. Se hacían auténticas fortunas con la importación de esclavos, pero los capitanes de Middleton pagaban demasiado por ejemplares enfermos, de tal manera que los negros que sobrevivían al llamado Middle Passage (el paso intermedio, entre la costa occidental de África y las Indias occidentales, la parte más larga de la travesía de los barcos negreros) se vendían con rebaja en los mercados. Middleton abandonó el negocio cuando el consejo municipal de Charleston le ordenó arrojar a los negros muertos al agua en alta mar. Los cadáveres aparecían en la playa de White Point donde la alta burguesía de Charleston daba sus paseos los días de descanso.

Puesto que no eligió ningún bando hasta que la Revolución americana estuvo ganada, Middleton Butler adquirió ciento sesenta hectáreas confiscadas a los colonos leales a Gran Bretaña. En su calidad de delegado en la convención de

Filadelfia, Middleton consiguió incluir la esclavitud en la Constitución recién aprobada.

En 1810, Louis Valentine Butler capturó el *Mercato,* un barco español cargado de plata, en aguas de Tampico y adquirió quinientas hectáreas de tierra de primera calidad para los arrozales de Broughton. Langston Butler, el hijo de Louis Valentine, discutía violentamente con su padre y se fue a vivir con su tío soltero Middleton. Louis Valentine adquirió mil hectáreas más. El dinero para la compra procedía de los trofeos capturados en aguas de Tejas. (Aunque Louis Valentine juraba que eran barcos españoles y mexicanos, las malas lenguas decían que los barcos enarbolaban la bandera americana.)

Los distintos capataces de Broughton habían tenido dificultades para mantener el extravagante establecimiento de Middleton en Charleston.

Una clara mañana de 1825, Louis Valentine Butler zarpó de Galveston en *The Pride of Charleston* y jamás se le volvió a ver. Aquel mismo año los acreedores de Middleton Butler asistieron al funeral de aquel caballero, rindiendo homenaje al patriota americano al tiempo que exigían el pago de las deudas al heredero Langston Butler. Este vendió doscientos esclavos para atender las exigencias de los acreedores y se casó con Elizabeth Kershaw, la única hija del acaudalado Ezra Ball Kershaw. La señorita Elizabeth era famosa por su religiosidad y la vulgaridad de sus rasgos.

Cuando vino al mundo Rhett Kershaw Butler, el primogénito de Elizabeth, el niño apretaba el amnios en su puño, una circunstancia que, según los hechiceros de Broughton, era un insólito y poderoso presagio. No dijeron si para bien o para mal.

A pesar de que la trata de esclavos africanos había sido declarada ilegal dos décadas atrás, a veces arribaban al puerto de Charleston barcos negreros, y Langston Butler era un buen comprador de angoleños, coromantees, gambianos y ebós: africanos de la costa resistentes a las fiebres y familiarizados con la producción de arroz. Completó la plantación Broughton con mil hectáreas del coronel Ravanel (que tras la muerte de su esposa estaba demasiado abatido como para negociar un acuerdo provechoso).

El padre de Rhett había fundado la Sociedad Agrícola del Río Ashley. Tras experimentar con distintas variedades de arroz, Langston eligió la Soonchurcher Puddy, una variedad africana que aventaba bien y producía un grano compacto. Cuando Wade Hampton lo invitó a presentarse candidato a la legislatura de Carolina, Langston ingresó en el club masculino más rico y exclusivo de la Tierra Baja.

La mañana del duelo de Rhett, Julian, el hijo menor de Langston, tomó té mientras las damas bebían jerez. Al ver que Solomon no le llenaba la copa hasta el borde, Constance Fisher la golpeó impacientemente con el dedo.

Desde detrás del confidente Charlotte Fisher aspiró el aroma de los pastelillos de jengibre: un cálido cosquilleo al fondo de la nariz. Lanzando un suspiro, apartó a un lado sus deseos. ¿Cómo podía estar pensando en pastelillos

de jengibre mientras el hermano de Rosemary tal vez estuviera herido o muerto? Charlotte respetaba profundamente la sabiduría de los mayores —a fin de cuentas, los mayores eran mayores—, pero aun así había llegado a la conclusión de que estaban equivocados con respecto a Rhett Butler.

—Belle Watling es guapa para ser una palurda —comentó la poco agraciada señorita Ravanel.

Elizabeth Butler meneó la cabeza y dijo:

—Esa chica ha puesto a dura prueba la paciencia de su padre.

Cuando Langston estaba ausente, Elizabeth se unía a la familia del capataz para rezar con ella las oraciones dominicales. Se sentía vagamente reconfortada por la sencilla alquería en la que otrora había abrigado la esperanza —una atolondrada esperanza de recién casada— de poder llevar una existencia feliz. El inconmovible cristianismo de Isaiah Watling la consolaba.

El campo del honor es… es un hermoso prado a la orilla del río, los robles están cargados de musgo negro. Cuando me casé, soñé con que Langston y yo quizá podríamos ir a merendar allí algún día. Habrían sido unas meriendas preciosas. —La señora Butler bajó los ojos—. Hablo demasiado; les ruego que me perdonen.

Contempló el reloj de péndulo en cuya serena esfera un dorado cuarto de luna se estaba hundiendo lentamente en un mar esmaltado. Volvió a llamar a Tío Solomon. ¿Había dado cuerda recientemente al reloj y, en caso afirmativo, había tocado las manecillas?

—No, mi ama. —Solomon se pasó la lengua por los labios—. Le doy cuerda los domingos. ¿Quiere que se la dé ahora?

Ella lo mandó retirarse con un lánguido gesto de la mano.

—¡Una disculpa bastaría! —dijo la señora Butler—. Nadie espera que Rhett se case con esa chica.

—¡Excelente idea! ¡Una disculpa! —La señorita Ravanel aplaudió.

—¡Mi hermano jamás se disculparía! —La protesta de Rosemary sobresaltó a los mayores, que se habían olvidado de las niñas—. ¡Shad Watling es un matón y un embustero! ¡Rhett jamás se disculparía ante él! —A pesar del arrebol de sus mejillas, no estaba dispuesta a retractarse de una sola palabra.

Cuando la sensata Charlotte apretó el brazo de su amiga, Rosemary apartó su mano.

—A Rhett nunca le gustó Charleston. —La señora Butler puso los ojos en blanco—. Rhett decía que la única diferencia entre los caimanes y los charlestonianos es que los caimanes enseñan los dientes antes de morder.

—Rhett se parece a su abuelo —repitió Constance Fisher—. Ese cabello negro como ala de cuervo, esos ojos tan risueños… —Su voz retrocedió en el tiempo—. Dios mío, cómo bailaba Louis Valentine.

—¡No entiendo por qué esa chica no se ha marchado! —exclamó Elizabeth—. Tiene conocidos en Misuri.

La señorita Ravanel reconoció que había muchos bastardos en Misuri. Puede

que hubiera más en Misuri que en Tejas.

Julian Butler comprobó su reloj con el de péndulo y retrasó este último.

—No oiremos los disparos. Están demasiado lejos.

Su madre emitió un jadeo.

Julian —dijo Constance Fisher—, tu hermano puede que sea un tunante, pero tú eres un estúpido.

Él se encogió de hombros.

—La última escapada de Rhett ha trastornado nuestra casa. Hasta los criados tienen las caras largas. Y pensar que la cocinera había preparado estos pastelillos para los invitados distinguidos… —Julian les dedicó una inclinación de la cabeza—. Incluso la felicité. Y ella dijo: «Oh, no, amo Julian. Los he hecho para el amo Rhett. Para cuando termine el combate.»

Charlotte susurró:

—Por favor, Rosemary, no digas nada más. Tenemos que hacernos las muertas. Con lo que a mí me gustaría comerme un pastelillo de jengibre —añadió con añoranza.

El gran reloj de péndulo continuaba con su tictac.

Julian carraspeó.

—Señora Ward, estoy menos familiarizado con las primeras familias de Savannah de lo que debería. Usted era una Robillard, creo.

La señorita Ravanel recordó un chisme.

—Fue un Robillard el que estuvo a punto de sellar una desafortunada Alianza… con una prima, ¿verdad?

—El querido primo Pierre. Mi hermana Ellen pensaba que Pierre era magnífico. —Eulalie soltó una risita (ya iba por la tercera copa de jerez)—. Supongo que un león te parece magnífico… hasta que te come.

La señorita Ravanel recordó los detalles:

—¿No enviaron los Robillard al exilio al primo Pierre y casaron a la chica con un tendero irlandés?

Eulalie trató de defender la dignidad de la familia.

—Mi hermana Ellen se casó con un hombre muy afortunado. Ella y el señor Gerald O'Hara tienen una próspera plantación de algodón cerca de Jonesboro. Se llama Tara. —Arrugó la nariz—. Por la finca de su familia en Irlanda, supongo.

—Jonesboro… ¿No está en Georgia? —La señorita Ravanel reprimió un bostezo.

—En efecto. Ellen escribe que su hija Scarlett es «una Robillard al *cien por cien*».

—¿Scarlett? Qué nombre tan curioso. Scarlett O'Hara… hay que ver estos irlandeses.

Con las manos a la espalda, Julian se situó de pie junto a la ventana.

—Ahora ya habrá terminado.

La voz de Elizabeth terció con falsa esperanza:

—Rhett y Shad ya habrán hecho las paces y se habrán ido a la taberna del

señor Turner.

—Julian —dijo Constance—, si tu padre ya ha terminado de hacer las cuentas, ¿podría ser tan amable de reunirse con nosotros?

—El trabajo de Langston Butler nunca termina —entonó Julian—. Siete mil hectáreas, trescientos cincuenta negros, sesenta caballos, incluyendo cinco de los mejores purasangres…

—Pero sólo dos hijos —replicó Constance—. Uno de los cuales puedo que esté agonizando a causa de una herida de bala.

Elizabeth Butler se llevó una mano a la boca.

—Rhett está en la taberna del señor Turner —dijo en un susurro—. Tiene que estar allí.

Cuando oyó los cascos de un caballo, Rosemary corrió a la ventana y la abrió de par en par de tal manera que el húmedo aire penetró de inmediato en la casa. Poniéndose de puntillas, la niña asomó el tronco fuera.

—¡Es *Tecumseh*! —gritó—. Reconocería su galope en cualquier sitio. ¡Presta atención, mamá! ¿Lo oyes? Rhett viene hacia aquí. ¡Es él! ¡Es *Tecumseh!*

La niña abandonó corriendo la estancia, bajó atropelladamente la ancha escalera, pasó por delante del despacho de su padre y salió fuera a la calzada de caparazones de ostra pulverizados donde su hermano estaba refrenando su sudoroso caballo. Un sonriente Solomon sujetó la brida de *Tecumseh.*

—Me alegro de su vuelta a casa, amo Rhett —dijo Solomon—. Todos los negros nos alegramos.

El joven desmontó y levantó a su hermana del suelo. La estrechó con tal fuerza que la dejó sin respiración.

—Siento haberte asustado, chiquitina. Por nada del mundo querría asustarte.

—¡Rhett, estás herido!

Su manga izquierda estaba vacía. El brazo colgaba en el interior de la negra levita.

—La bala no ha tocado el hueso. Al amanecer soplan ráfagas de viento junto al río. Watling no contaba con ello.

—Oh, Rhett, qué miedo he pasado. ¿Qué haría yo si te perdiera?

—No me has perdido, niña. Sólo los buenos mueren jóvenes.

Apartó a su hermana a la distancia del brazo como para grabarse su imagen en la memoria. Sus ojos negros parecían un poco tristes.

—Ven conmigo, Rosemary —dijo, depositándola en el suelo.

Por un emocionado instante, la niña interpretó erróneamente sus palabras: pensó que ella y Rhett iban a huir de aquella triste casa, que ella se despediría de todo aquello desde la grupa de *Tecumseh* mientras hermano y hermana se alejaban al galope.

Siguió a su hermano a una alargada y desierta veranda que se abría en la fachada de la casa. Rhett rodeó con su brazo sano los delicados hombros de su

hermana y la hizo volverse para que ambos pudieran contemplar aquel mundo que les pertenecía. En el centón de los cuadrados arrozales iluminados por el sol, las cuadrillas de esclavos sembraban marga cantando mientras trabajaban. Aunque las palabras no se podían oír, el tono era dulce y melancólico. El arco de la marea del río Ashley perfilaba el dique principal de Broughton. En aquel dique, un jinete galopaba hacia el campo oriental y hacia Isaiah Watling.

—Las malas noticias viajan en el caballo más rápido —dijo Rhett en voz baja. Tras una pausa, añadió—: Jamás olvidaré lo hermoso que es todo esto.

—¿Ha… Shad Watling ha…?

—Sí—contestó Rhett.

—¿Estás triste? Era un matón. No tienes que ponerte triste.

Rhett la miró sonriendo.

—Qué maravilla eres.

La señora Butler y sus invitados esperaban en el salón público.

Al ver la manga vacía de su hijo, Elizabeth Butler emitió un jadeo y pareció sufrir un vahído. Julian la ayudó a sentarse en un banco murmurando:

—Querida madre. Madre, por favor.

Eulalie Ward abrió los ojos como platos.

—¿Franklin? —graznó.

—Señora, su Franklin no ha sufrido más daño que el de su propio frasco de bolsillo. El buen doctor no tiene valor para estas cosas.

Con el libro mayor en la mano, Langston Butler salió de su despacho y se acercó a los estantes, donde lo colocó entre sus iguales. Volviéndose, miró a su hijo mayor.

—Vaya, la oveja negra ha regresado.

Se acercó a la Biblia familiar y la abrió por las páginas en que se anotaban los nacimientos, las bodas y las muertes de los Butler desde que se imprimiera el libro en 1607. Sacó del chaleco un cortaplumas de plata para afilar su pluma de ganso. Luego apoyó la pluma en el reluciente atril de nogal y apretó la punta con fiereza. Con trémulas manos examinó el historial de la Biblia.

—Los Butler se han enorgullecido de contar con patriotas, fieles esposas, hijos obedientes y respetables ciudadanos —dijo—. Pero hay un rasgo perverso en nuestra sangre y algunos de los que figuran en este libro, entre ellos mi propio padre, han sido carne de horca. —Su enfurecida mirada retó a la abuela Fisher a desafiarlo con su opinión contraria. Langston prosiguió—: Hoy tenemos que enfrentarnos con un vástago desobediente, un joven rebelde e impertinente. Cuando su padre le exigió un comportamiento aceptable, este joven lo desafió.

Elizabeth Butler lloraba en silencio y Julian reprimió un carraspeo.

—Cuando, a punto de perder la paciencia, este padre matriculó al chico en West Point, ni siquiera sus famosos y severos profesores pudieron domeñarlo. El cadete Butler fue expulsado y devuelto a la Tierra Baja, donde demostró ser un

disoluto libertino y dejó preñada a una muchacha de las clases bajas. ¿Le ofreciste dinero a Watling?

—Usted es el rico plantador, señor, no yo.

—¿Por qué desafiaste a Watling?

—Watling mintió acerca de mí, señor.

Su padre rechazó la respuesta con un gesto de la mano.

—¿Watling ha muerto?

—Ya se ha librado de la maldad.

Con trazos lentos y firmes, Langston tachó el nombre de su hijo de la Biblia. Tapó el tintero, secó la punta de la pluma y la dejó en su sitio.

Luego, sin pronunciar palabra, guió a su familia y sus amigos a través de la ancha puerta hacia los aposentos familiares. Julian tomó de la mano a Rosemary antes de que ésta se pudiera escapar.

Langston Butler cerró las hojas de nogal de la puerta y se situó de espaldas a ella. El aire brilló con un tenue resplandor entre padre e hijo.

—Puesto que ya no tiene usted nada que ver con la familia Butler, señor, puede irse.

3
«Mi querido hermano Rhett…»

En los años sucesivos la pequeña Rosemary siguió escribiendo fielmente a su hermano. Le hablaba de su poni pío *Jack,* que tenía unos modales de lo más exquisitos. Rosemary cabalgaba con *Jack* a todas partes. «Madre dice que me estoy convirtiendo en una india salvaje —escribía—. ¿Tú has conocido a algún indio salvaje? Cuando le digo que salte, *Jack* menea la cabeza, pone los ojos en blanco y agacha las orejas. ¡Creo que se siente insultado!»

La vez que una serpiente mocasín mordió a *Jack,* Rosemary escribió que ella y Hercules se habían pasado toda la noche al lado de su poni moribundo. Aunque su pulso era firme, la carta estaba manchada por sus lágrimas.

Rosemary había regresado con los Fisher y escribía comentarios acerca de aquella casa.

> Charlotte no piensa mal de nadie. No creo que su hermano Jamie pretenda ser cruel, pero sus amigos son inteligentes y temerarios y Jamie tiene que comportarse como ellos. Una mañana llegó a casa mientras Charlotte y yo estábamos desayunando. ¡Jamie llevaba la ropa sucia! ¡Entró dando trompicones y olía muy mal! Charlotte le hizo un reproche y Jamie la llamó «melindrosa entrometida». Ella apretó los labios y se negó a hablarle. Durante días y días Jamie se comportó como si nada hubiera ocurrido, pero ¡al final se disculpó! Charlotte es exactamente igual que la abuela Fisher… ¡la mejor amiga, pero más terca que un mulo!
>
> ¡Jamie es más bueno de lo que él quiere que creamos! Cuando no está con sus amigos, nos cuenta divertidas historias. ¡Algunas son mentira! ¡Le encantan los caballos y es el mejor jinete que he visto en mi vida! Hercules deja que Jamie monte a *Gero,* ¡aunque padre se pondría furioso si lo supiera! ¿Te he hablado de *Gero*? Hercules dice que es el purasangre más rápido de toda la Tierra Baja.
>
> Los amigos de Jamie son Andrew Ravanel, Henry Kershaw y Edgar Puryear. ¿No eran también amigos tuyos? Jamie dice que John Haynes es un «joven pelmazo», pero ¡no se atrevería a criticarlo delante de la abuela Fisher! John Haynes pregunta si sé algo de ti, ¡y yo siento tener que decirle que no!
>
> Si fuera mayor, me reuniría contigo y podríamos viajar incluso a Egipto. Me gustaría mucho ver las pirámides. ¿Tú has visto las pirámides?

De la misma manera que Rosemary sabía que Jesús amaba a los niños, sabía que los abolicionistas eran malos y que los yanquis odiaban y temían a los sureños, incluso a los niños como ella. Por experiencia directa, sabía que los

mayores discutían acaloradamente de política y que las amistades se hacían o rechazaban según lo que otros mayores estuvieran haciendo en el lejano Congreso de Estados Unidos.

Cuando Rosemary tenía diez años, el Congreso aprobó el llamado Compromiso de 1850 y tanto los partidarios de la anulación, la doctrina según la cual un estado no está obligado a obedecer ciertas leyes federales, como los unionistas fueron amigos durante algún tiempo. Langston Butler, que no había vuelto a hablar con Cathecarte Puryear desde que apartara a Rhett de su tutelaje, saludaba a Puryear con la cabeza cuando se cruzaba con él en la calle Queen.

Cuando se publicó la novela *La cabaña del tío Tom* de la señora Stowe, todo Charleston deploró la publicación de un libro tan perverso. La abuela Fisher dijo que era demasiado sencillo para Rosemary y Charlotte.

—¿Cómo puede ser demasiado sencillo para los niños? —preguntó Rosemary, que anhelaba leer aquel libro del que todo el mundo hablaba.

—Sencillo en el sentido de que es demasiado ingenuo —rezongó la anciana.

En su siguiente carta, Rosemary preguntaba si Rhett había leído *La cabaña del tío Tom.*

Aquella breve tranquilidad política terminó cuando Rosemary tenía catorce años y el Congreso aprobó la Ley Kansas-Nebraska. En el Oeste, los propietarios de esclavos y los abolicionistas se estaban matando unos a otros.

Hacia aquella misma época Rosemary empezó a prestar más atención a los solteros que en Charleston se consideraban los mejores partidos. «Edgar Allan Puryear dijo que Andrew Ravanel hacía trampas a las cartas y entonces Andrew lo desafió en duelo —escribió—. Todo el mundo pensaba que se iban a batir, pero Edgar pidió perdón y ahora la gente piensa que Edgar es un cobarde. Jamie Fisher llama a Andrew un jinete "muy bello". ¿Tú crees que se puede llamar "bello" a un hombre?

»Henry Kershaw golpeó con su bastón a un sastre liberto delante de su taller cuando éste le exigió el pago de lo que le adeudaba. El hombre murió de resultas de las lesiones. (¡Padre bromeó diciendo que el sastre había recibido su merecido!)»

Rosemary describía el entierro del congresista Haynes, en cuyo transcurso los asistentes habían bloqueado la calle Meeting desde Queen hasta White Point. «John Haynes volvió a preguntarme por ti. ¡Cuánto desearía tener alguna noticia tuya, querido hermano!

»¿Recuerdas cuando me visitaste la primera vez que regresaste de West Point? ¡Yo era tan pequeña y tú me parecías tan alto! ¿Recuerdas cuando salimos a navegar?

»El sábado pasado *Gero* ganó a *Planet,* del señor Canby, y a *Chapultepec,* del coronel Ravanel. Hercules se llevó todo el mérito y quiso pedir toda una caja de champán para celebrar su victoria. Hercules dijo que quería "invitar a todos los

caballeros blancos". ¡Menuda ocurrencia! Padre devolvió a Hercules a Broughton para que "enmendara sus modales".»

Rosemary le aseguraba a Rhett: «¡Madre te quiere, Rhett! ¡Yo lo sé!» Pero aquello no era más que una conjetura; tras el destierro de su hijo mayor, Elizabeth Butler rompía a llorar las pocas veces que se mencionaba el nombre de Rhett.

Los asesinos abolicionistas de la lejana Kansas habían roto sus largas relaciones de amistad con Charleston. Los primos dejaban de hablar con los primos. Los charlestonianos antaño tenidos por unos exaltados ahora eran alabados como visionarios. La abuela Fisher evitó que los amigos de Langston Butler expulsaran al unionista Cathecarte Puryear de la Sociedad de Santa Cecilia. En respuesta a ello, Butler volvió a apartar a su hija de quince años del hogar de los Fisher.

A partir de entonces, Rosemary sólo pudo ver a Charlotte y Jamie Fisher en las reuniones sociales. A Rhett le escribió: «Jamie y Juliet, la hermana de Andrew Ravanel, se han convertido en amigos del alma. Ella y Jamie afilan sus lenguas el uno contra el otro para poder usarlas después con sus víctimas.»

Rosemary le decía a su hermano que Andrew Ravanel se había quitado de encima a Mary Loring. Todo Charleston esperaba que Andrew y Mary se comprometieran en matrimonio, pero, según los más mordaces rumores, Mary se había ido de repente a Split Rock, Carolina del Norte. Y ahora Andrew cortejaba a Cynthia Peterson.

«Mi doncella Cleo tiene buena intención, pero se disgusta por naderías. ¡Cleo es una chismosa!

»¿Recuerdas a la pequeña y pizpireta Sudie? Pues, bueno, Sudie se casó con Hercules y ya ha tenido su primer hijo! ¡Hercules se siente muy orgulloso! ¡Te envía recuerdos!»

Y concluía: «Escribe, por favor. Te echo tremendamente de menos y ansío recibir noticias tuyas. Tu querida hermana Rosemary.»

Hercules le había dicho a Rosemary adonde tenía que enviar sus cartas.

Al preguntarle Rosemary cómo conocía el paradero de Rhett, Hercules se echó a reír.

—Señorita Rosemary, ¿usted no sabe que los caballos hablan entre sí? Allá donde van, los caballos hablan. Yo me introduzco a escondidas de noche en sus establos y prestó atención.

Así pues, Rosemary dirigía sus cartas a «Rhett Butler, San Francisco, Territorio de California» y a «Rhett Butler, Reparto General, Nueva Orleans, Luisiana». Las sellaba cuidadosamente y duplicaba el franqueo.

—Asegúrate de enviarlo hoy mismo, Tío.

—Sí, señorita —contestaba Tío Solomon, a pesar de que sus cartas ponían un tanto nervioso al viejo criado.

Rosemary jamás volvió a tener noticias de su hermano y, a medida que

pasaban los años, sus cartas semanales pasaron a convertirse en quincenales y después en mensuales.

La última se escribió la víspera de la presentación en sociedad en el Baile del Jockey Club. En aquella carta, la joven Rosemary de dieciséis años confesaba sus temores de que ningún muchacho firmara en su carnet de baile y de que su blanco vestido de raso fuera más propio de una niña que de una mujer.

Cleo se agitaba a su alrededor.

—Nos retrasaremos si no deja de escribir y empieza a vestirse, amita.

Rosemary hizo caso omiso de su doncella y salió al patio, donde Hercules estaba almohazando a *Gero.*

Sin ningún preámbulo, Rosemary dijo:

—Es inútil que le escriba a mi hermano. Mi hermano ha muerto.

—No, el amo Rhett no ha muerto.

Rosemary se llevó las manos a la boca.

—¿Cómo lo sabes?

—Los caballos saben…

Rosemary pateó el suelo.

—¡Hercules! Ya no soy una niña.

—Sí, señorita. —Hercules suspiró—. Ya veo que no lo es.

Rosemary volvió a entrar hecha una furia y Hercules reanudó su tarea con el caballo.

—Calma, *Gero.* El disgusto de la señorita Rosemary se debe a que va a ir al Jockey Club y teme que los jóvenes caballeros no le presten la debida atención.

Rosemary terminó de escribir su carta: «Aunque algunas de mis cartas puedan haberse perdido, tienes que haber recibido otras. Tu silencio es demasiado cruel. Ojalá conociera tu paradero y tus circunstancias. Yo siempre te querré, hermano, pero, en vista de tu obstinado silencio, ya no volveré a escribirte.»

Y cumplió su palabra. No le escribió a Rhett que su presentación en sociedad había sido notable ni que Andrew Ravanel la había galanteado descaradamente y sacado a bailar cuatro valses. Tampoco que, en el descanso, la abuela Fisher le había dicho:

—John Haynes está loco por ti. Una chica no podría aspirar a nada mejor.

Ni que ella había replicado, echando la cabeza atrás:

—John Haynes no sabe sentarse en una silla de montar. Es un milagro que no se haya roto la crisma.

—¿Y en cambio Andrew Ravanel sí sabe?

—Es el hombre más apuesto de Charleston. Todas las chicas más guapas suspiran por él.

—Creo que lo que tú llamas suspirar, querida, los alegres amigos del señor Ravanel lo llaman «hacer el ridículo» —replicó Constance Fisher.

4
La Semana de las Carreras

Tres años antes de la guerra y nada menos que nueve años después de que Rhett Butler abandonara la Tierra Baja, una tarde de febrero Rosemary se encontraba delante de su espejo de cuerpo entero, estudiándose con semblante insatisfecho. Se consideraba demasiado alta y su tronco se le antojaba demasiado largo para los gustos de la moda del momento. Llevaba el vulgar cabello cobrizo separado por una crencha en el centro y ondulado en ricitos. Sus francos ojos grises, pensaba ella, eran su único rasgo agradable. Se sacó la lengua.

—¡No eres mi amiga! —se dijo.

Su vestido, de un tejido estampado de lustroso algodón con motivos de color verde, iba a ser estrenado durante la Semana de las Carreras.

La Semana de las Carreras era la culminación de la temporada social de Charleston. El arroz ya se había cosechado, secado, aventado, descascarillado, vendido y expedido; a los negros se les habían repartido sus lotes anuales de ropa y habían disfrutado de sus vacaciones de Navidad. Las familias de las plantaciones se encontraban en la ciudad y sus mañanas estaban llenas de cotilleos acerca de las insólitas actividades de la víspera y las expectativas acerca de la velada siguiente. Los elegantes carruajes nuevos y los más antiguos —remozados y relucientes— se paseaban por el gran bucle formado por East Bay, la calle Meeting y otra vez East Bay. Las últimas modas de París (adaptadas por los creadores de patrones londinenses y cosidas por las costureras libertas de Charleston) eran admiradas en los bailes del Jockey Club y la Sociedad de Santa Cecilia. Los visitantes yanquis se extasiaban ante las impresionantes residencias urbanas, las multitudes de negros, los espléndidos caballos de carreras y las más bellas muchachas del Sur.

Cleo irrumpió en el dormitorio de Rosemary retorciéndose las manos.

—Amita, hay alguien que quiere verla.

—Bajo enseguida. Acompaña al caballero al salón.

—Es que… Amita, está esperando en el patio. Y… no es un caballero. —Cleo apretó fuertemente los labios. No pensaba añadir nada más.

Las estancias públicas de la residencia urbana de estilo griego de Langston Butler contenían chimeneas de mármol labrado y arrimaderos de madera de cerezo barnizada. Una umbrosa galería rodeaba todo el primer piso de la casa.

La escalera de los criados en la parte posterior era estrecha y empinada y estaba sin pintar. Subiendo por aquella escalera los criados llevaban las bandejas y soperas para las cenas políticas del amo. Brazadas de ropa de cama limpia subían

por aquellos peldaños. Y bajaban las sábanas sucias, las fundas de almohada, la ropa interior y los manteles. También bajaban con cuidado los orinales de la familia.

Durante aquella temporada, sólo quince criados de Broughton atendían las necesidades de los Butler. Tío Solomon, Cleo, Hercules y Sudie y la cocinera tenían una habitación para cada uno encima de las dependencias de la cocina/lavadero. Los criados de inferior rango dormían apretujados en unos pequeños cuartos encima del establo.

Por regla general, el patio era una colmena de actividad donde se lavaba y se hacía la colada, se limpiaban los establos y se almohazaba a los caballos, pero aquel día *Gero* iba a participar en la carrera de las dos en punto y todo el mundo estaba en el hipódromo.

—¿Hola? —llamó Rosemary.

El establo olía a grasa de eje, aceite de pata de vaca y estiércol. Los caballos levantaron la cabeza con curiosidad por encima de las puertas de sus compartimientos.

El visitante de Rosemary sujetaba con tal fuerza el paquete que hasta le había hecho muescas con las uñas.

—¡Vaya, pero si es Tunis! ¿Tunis Bonneau?

Como su padre, Tunis Bonneau había sido pescador y cazador del mercado, pero últimamente trabajaba como piloto por cuenta de Haynes & Son. Rosemary lo conocía de vista, aunque jamás se habían hablado.

—Tunis Bonneau… ¿no me dijo alguien que te habías casado?

—Sí, es verdad. El pasado septiembre. Mi Ruthie es la hija mayor del reverendo Prescott.

Las gafas de montura metálica de Tunis y su solemne expresión le conferían el aspecto de una versión en negro de un maestro de escuela puritano. Su ropa estaba impecablemente limpia y planchada y él olía ligeramente a jabón de lejía.

—Me han podido que lo traiga esto.

Bonneau le tendió el paquete e hizo ademán de dar media vuelta para marcharse.

—Espera, Tunis. Por favor. No hay ninguna tarjeta. ¿Quién lo envía? —Al desenvolverlo, el paquete dejó al descubierto un enorme chal de seda amarilla orlado de exquisitos nudos negros—. ¡Madre mía! Pero que chal tan bonito.

—Sí, señorita.

Cuando la virginal muchacha se lo colocó sobre los hombros, el chal la acarició y la hizo sentirse vagamente incómoda.

—Tunis, ¿quién me lo envía?

—Señorita Rosemary. No quiero molestar al amo Langston.

—¿Ha sido… ha sido Andrew Ravanel?

—No ha sido Andrew Ravanel. No, señorita.

—No te irás de aquí hasta que me lo digas —repuso Rosemary con decisión.

Tunis se quitó las gafas y se frotó la señal que le habían dejado en el caballete

de la nariz.

—Él pensaba que sus cartas no llegaban hasta usted y entonces me pidió que le trajera esto. Le he visto en Freeport. No ha cambiado nada. —Tunis volvió las gafas entre sus manos como si fueran un objeto desconocido—. Yo navegaba como piloto en el *John B. Elliot,* transportando arroz y algodón y llevando ruedas de locomotora para el ferrocarril de Georgia. En cuanto lo vi, supe que era él. Rhett Butler no ha cambiado nada.

Rosemary notó un nudo en la garganta mientras se agarraba al borde de un compartimiento para no tambalearse.

—Rhett estuvo con aquellos piratas de Nicaragua, pero ya ha dejado ese negocio.

—Pero es que… ¡Rhett ha muerto!

—Oh, no, señorita. El señor Rhett no ha muerto. Está vivito y coletudo. Él siempre ve el lado divertido de las cosas.

—Pero… pero… ni una sola palabra me ha dicho en nueve años. Tunis Bonneau arrojó su aliento sobre los cristales de las gafas y los frotó con su pañuelo.

—Señorita Rosemary, su hermano le escribía. Le escribía muy a menudo.

5
Notas en botellas

Hotel Occidental
San Francisco, Territorio de California
17 de mayo de 1849

Querida hermanita:

Aunque he desembarcado del *Glory of the Seas* hace seis largas horas, la tierra se sigue moviendo bajo mis pies.

Nuestro capitán y su hijo nos han acercado en bote a la orilla temiendo que el *Glory* se uniera a los centenares de barcos abandonados por sus tripulantes, que han acabado convirtiéndose en buscadores de oro. Sus mástiles son como un triste bosque al lado del muelle Largo.

El muelle propiamente dicho era un hervidero de gente en busca de restaurantes y hoteles, burdeles y casas de juego. Los fulleros se ofrecían para comprar y vender oro. Un hombre muy bien vestido suplicaba sospechosamente una comida.

Jugué a las cartas en mi travesía alrededor del cabo de Hornos. Como pronto iban a ser muy ricos, los aspirantes a buscadores de oro despreciaban el dinero contante y sonante que ya tenían en sus manos y jugaban como si la prudencia tuviera absoluta fe en su glorioso futuro. Por consiguiente, llegué a esta ciudad con un considerable avío (el dinero que el aventurero utiliza para financiar sus futuros descubrimientos de yacimientos).

Durante la tediosa travesía alrededor del cabo de Hornos, los aventureros explicaron por qué se habían alejado de sus ocupaciones, sus amigos y su familia para emprender una peligrosa travesía y enfrentarse a un incierto futuro. Como un solo hombre y hablando completamente en serio, todos insistieron en que no lo hacían por ellos mismos. ¡De ninguna manera! Se enfrentaban a la aventura por aquellas esposas y aquellos hijos que habían dejado a sus espaldas. ¡Habían abandonado a sus familias por el bien de estas! ¡Por lo visto, las esposas y los hijos americanos no pueden estar satisfechos hasta que un aventurero padre de familia los colma de oro!

Esto no es Charleston. Las aceras entarimadas de San Francisco bordean calles fangosas que me descalzan los zapatos. Las tiendas y las cabañas de madera coexisten codo con codo con edificios de ladrillo tan nuevos que hasta relucen.

Hace tres años, antes de que se descubriera el oro, San Francisco tenía ochocientos habitantes. Hoy presume de treinta mil. Desde el muelle hasta las protectoras colinas, la ciudad resuena con los golpes y el estruendo de la construcción de nuevos edificios. A esta ciudad, hermana, se apresuran a llegar

todos los trotamundos que no tienen raíces firmes.

Chinos, irlandeses, italianos, yanquis de Connecticut y mexicanos: la nueva ciudad está llena de gente nueva y de proyectos novedosos.

Aunque os echo mucho de menos a ti y a mis amigos de la Tierra Baja, no soy un desterrado. Siento el júbilo de un prisionero liberado a la luz de una nueva mañana. ¡Hay otras ciudades además de Charleston y son buenos lugares donde vivir!

Por favor, escríbeme aquí al hotel. Ellos me guardarán la correspondencia. Cuéntame de Charlotte y la abuela Fisher y especialmente de tus andanzas. De mi antigua vida, querida hermana, tú eres lo que más añoro.

Tu amante hermano,

RHETT

12 de marzo de 1850
Goodyear's Bar, Territorio de California

Querida hermanita:

El Goodyear's Bar es un campo de oro tremendamente feo; un barrizal de lomas punteadas de cobertizos, tiendas y cabañas sin ventanas donde los afortunados mineros ganan ocasionalmente dos mil dólares con una carretilla de mineral de oro.

Pero hasta los ricos aventureros tienen que comer y a veces sus picos y palas se estropean, y el mínimo decoro (y también las noches con temperaturas bajo cero) exige pantalones y zapatos.

Hermana, me he convertido en mercader, uno de esos aburridos sujetos cuyos esfuerzos sostienen todas las aristocracias. Con mi avío, compré un pesado carro de carga y cuatro resistentes mulos. Pagué el doble de lo que hubiera pagado en Carolina a cambio de cecina, whisky, harina, picos, palas y rollos de lona.

Cargué mi carro y todas mis pertenencias en un vapor que subió río arriba hasta Sacramento, donde estuve ocupado en fruslerías hasta que los caminos hacia el alto país del oro estuvieron expeditos. Hermana, tu hermano el mercader se abrió paso a paletadas entre los ventisqueros para llevar sus mercancías a Goodyear's Bar.

Jamás me habían dispensado semejante bienvenida. No llegaban provisiones al campamento desde octubre; los mineros estaban muertos de hambre y acogieron a tu hermano con vítores.

¡Tenían oro pero nada en que gastarlo! En menos de una hora vendí todo lo que tenía, menos mis revólveres y un mulo.

Regresé a través de los ventisqueros, vigilando el camino a mi espalda. Tenía muchas cosas que proteger. Cuando deposité mi botín en la cámara del banco Lucas y Turner, hasta el severo señor Sherman, el socio gerente, enarcó las cejas.

Aunque te he escrito desde que llegué a California, no he recibido respuesta. Rezo para que estés bien y ansío recibir noticias tuyas.

Ahora es momento de un baño caliente y de irme a la cama.

Tu amante hermano,

RHETT

17 de septiembre de 1850
Hotel St. Francis
San Francisco, California

Querida hermanita:

No le digas a padre que me he convertido en una persona respetable. Butler Mercancías Generales tiene un despacho en un segundo piso de Union Square y almacenes en Stockton y Sacramento.

¿Reconocerías a tu hermano con un oscuro traje de calle, unas pulcras polainas y una inofensiva bufanda? Me siento como un actor de una comedia muy rara. Se me da bien ganar y conseguir dinero. Quizá porque veo el dinero como un producto sin ningún significado religioso.

Ya no juego a las cartas. El hecho de enviar carros cargados a campamentos de oro como Goodyear's Bar, Bogus Thuner y Mugfuzzle (aunque no sea una metrópoli, Mugfuzzle existe) hace que el póquer me parezca un juego sin importancia. ¿Por qué tendría yo que permanecer sentado noche tras noche en una estancia que apesta a humo de tabaco sólo para privar a unos borrachos insensatos de su dinero?

Los aventureros están locos de codicia. Ninguna compañía de seguros quiere asegurar sus vidas. El cólera los mata, la bebida los mata y los accidentes los matan. Puesto que no hay ley en los campamentos, las disputas suelen resolverse a golpes de zapapico, puñetazos o armas de fuego. Cuando falla todo lo demás, suelen suicidarse.

Los aventureros están tan dispuestos a batirse como nuestros aristócratas de la Tierra Baja, pero sus motivos son más transparentes. Aquí no se habla del «honor».

Nosotros los californianos decimos «allá en América» para referirnos a nuestro antiguo hogar. Aquí apenas se comentó el inteligente compromiso del señor Clay y la muerte del señor Calhoun.

Aquí los hombres se mueven más rápido, pero no son más listos.

No he recibido ni una carta de ti y ya no la espero. No es posible que hayas muerto… yo lo adivinaría. Supongo que padre te ha prohibido que me escribas.

Es posible que las cosas mejoren incluso en Broughton, y el hecho de escribirte te mantiene viva en mi mente y mi corazón. Intuyo tu amor mientras te escribo y te lo devuelvo decuplicado.

Tu fiel corresponsal,

RHETT

19 de junio de 1851
Hotel St. Francis
San Francisco, California

Mi queridísima Rosemary:

«Los Patos de Sydney graznan esta noche.» Eso es lo que dicen los graciosos de esta ciudad cuando a un hombre honrado le roban, lo apalean o le pegan un tiro. Aunque San Francisco siempre ha tenido elementos peligrosos, la reciente inmigración de presidiarios australianos puestos en libertad ha acrecentado su peligro.

No estoy preocupado por mí, por mis negocios o mis carreteros. Tengo una inmerecida fama de fiereza.

Tal como nos enseñó el señor Newton, a cada reacción le corresponde otra reacción igual y contraria, por lo que, cuando me invitaron a comer con tres destacados ciudadanos, sospeché de sus motivos.

El banquero W. T. Sherman es mayor que yo, tiene la cara triangular de una mantis religiosa, una corta barbita y unos ojos enormes. Los ojos castaños se consideran suaves y reveladores de carácter. Los de Sherman son tan reveladores como dos trozos de carbón. Es asmático y uno de los hombres más pálidos que he visto en mi vida. Ni él ni nadie le augura una larga vida. Es un hombre muy práctico que no se echa atrás en caso necesario.

Collis Huntington es uno de los hombres que creen que su propia rectitud les otorga el derecho a acobardar a otros hombres. Es un competidor de Butler Mercancías Generales y ambos nos hemos medido en combate un par de veces.

El doctor Wright, el menos importante de este triunvirato, es nervioso, viste como Beau Brummell y afirma haber inventado la expresión «el París del Pacífico» para describir esta ciudad. Que yo sepa, no tiene otros logros de que jactarse.

Comimos en un comedor privado del St. Francis en el que, después de los habituales rodeos, me propusieron incorporarme al núcleo de una milicia de ciudadanos que, tal como dijo elegantemente Huntington, «ahorcaría a todos los ladrones y sinvergüenzas de esta orilla de la bahía».

El señor Sherman dijo que los desórdenes ciudadanos amenazaban sus intereses comerciales, y habló de la «necesidad» de emprender alguna acción.

Le recordé a Sherman que la necesidad no siempre es justa o digna.

Huntington y Wright se mostraron ofendidos. Creían que yo iba a ser su aliado natural: un hombre capaz de matar con sus propias manos.

No les dije ni que sí ni que no.

Hermana, no soy un hombre reflexivo, pero aquella noche me pregunté en quién me había convertido. ¿Qué distingue a un mercader que ahorca a un ladrón para proteger su negocio de un plantador que azota a un negro hasta matarlo por su supuesta insolencia? Llegué a la conclusión de que no quería ser un hombre de esta clase. De la misma manera que no quiero que me ahorquen, tampoco seré un verdugo.

He decidido probar fortuna en otro sitio. Se está organizando una milicia de voluntarios para derrocar a los amos españoles de Cuba y puede que les eche una mano. Si puedes escribir, recibiré la correspondencia en Reparto General, Nueva Orleans.

Tu desconcertado hermano,

RHETT

14 de marzo de 1853
Hotel St. Louis
Nueva Orleans

Mí querida hermanita:

Los charlestonianos se escandalizarían al ver esta ciudad. Es tan francesa. Los ciudadanos de Nueva Orleans —tan buenos católicos ellos— están muy interesados por la comida, la bebida y el amor… aunque no necesariamente en este orden. En el barrio viejo, el Vieux Carré, la fragancia del pecado se filtra a través de los capullos de azahar y limón. Puedo asistir a un baile todas las noches: de etiqueta, popular, de máscaras o bien la clase de baile al que hay que asistir con una pistola en el bolsillo. Juego a las cartas en el McGarth's, Perritts o en el Boston Club. Frecuento cuatro hipódromos, tres teatros y la Ópera francesa.

Esta ciudad es el puerto de origen de los filibusteros. Estos jóvenes americanos han adoptado como credo personal el concepto del Destino Manifiesto, acuñado por el periodista O'Sullivan, para referirse al derecho otorgado por Dios a poseer el continente. Su destino es, manifiestamente, conquistar y saquear cualquier nación caribeña o sudamericana incapaz de defenderse. Muchos creen que Cuba podría ser un estupendo estado americano después de que echemos a los españoles.

He invertido en varias expediciones filibusteras. Si la demanda aumenta los beneficios, el patriotismo convierte el riachuelo en una crecida. Hasta ahora no he experimentado la tentación de enrolarme.

Nueva Orleans es una ciudad llena de bellas mujeres y sus damas criollas son cultas, cosmopolitas y sensatas. Me han enseñado muchas cosas acerca del amor, una actividad que sólo cede el lugar al anhelo de Dios.

No cabe duda de que mi amante criolla, Didi Gayarre, me quiere. Me quiere hasta la locura. Después de seis meses de convivencia, está deseando casarse conmigo, darme hijos y compartir mis inciertas fortunas. Es todo lo que un hombre puede desear.

Pero yo no la quiero.

Mi inicial fascinación se ha convertido en aburrimiento y en un ligero desprecio por mí mismo y por Didi por haber fingido creer aquello que sabemos que no es cierto.

El amor, querida hermana, puede ser terriblemente cruel.

No pienso quedarme con ella por compasión. La compasión es todavía más cruel que el amor.

Cuanto menos la quiero, más se desespera Didi y sólo la separación física curará nuestro problema.

Estuvimos cenando con Narciso López, un general cubano que está organizando una expedición. Ya cuenta con trescientos o cuatrocientos voluntarios, suficientes, me aseguró, para derrotar al ejército español. Una vez que hayamos desembarcado, los patriotas cubanos engrosarán nuestras filas. Guiñando el ojo, me dijo que hay oro en las áreas españolas. La Habana, añadió, es una ciudad muy bonita.

Didi no prestó atención a su andanada de motivos. Lucía un vestido de brocado de corpiño alto y un vistoso sombrero rojo. No comió nada. Se pasó el

rato haciendo pucheros. Las tortillas habrán sido perfectamente cocinadas y el champán estaba debidamente helado, pero Didi se mostraba malhumorada y ponía reparos a todo lo que decía el general: no, los cubanos no se levantarán en armas, el ejército español es mucho más poderoso que unos centenares de aventureros americanos.

López, que es un hombre muy presumido, explicó que Cuba nos haría ricos.

—Es el deber del hombre blanco, Butler —advirtió.

—¿Hacernos ricos? —repliqué en tono de guasa.

—Nuestro deber es transformar un país primitivo, supersticioso y autoritario en una moderna democracia.

Esta teoría dio lugar a un torrente de enfurecidas palabras en francés por parte de Didi, cuyo significado exacto es posible que López no comprendiera del todo, aunque sin duda captó su esencia.

El general se inclinó y añadió con una condescendiente sonrisa:

—Butler, ¿es usted uno de esos tipos a quienes su chica les dice lo que tienen que hacer?

Didi se levantó tan bruscamente que volcó la cubitera del champán. Clavó unos alfileres en su brillante sombrero rojo y me dijo:

—¿Rhett? Por favor…

—Tiene usted que disculparnos, mi general —dije yo.

Noté a Didi muy tensa. El portero del St. Luis indicó a nuestro coche que se acercara.

Una sucia pordiosera bajaba renqueando por la calle murmurando débiles súplicas.

López nos siguió hasta la acera para disculparse.

—Señor Butler, no pretendía incomodarlos, ni a usted ni a su gentil acompañante… ¡Madre de Dios, qué…! —La mendiga se había acercado lo bastante para ofender su olfato. Era una de aquellas desesperadas criaturas que prestan sus servicios a los estibadores irlandeses detrás de los muelles. La mano le temblaba mientras suplicaba una limosna—. ¡Lárgate! —El general la amenazó con su bastón.

—No, mi general. —Mientras rebuscaba una moneda de diez centavos, vi un rostro familiar por debajo de la mugre—. Dios bendito, ¿eres… eres Belle Watling?

Lo era, querida hermana, una mujer a la que no creía que volvería a ver en mi vida. John Haynes había pagado la marcha de Belle de la Tierra Baja, pero yo ignoraba que se hubiera instalado aquí.

Unas semanas más tarde, Belle me dijo:

—Siempre me gustó el mar. Pensé que las cosas serían distintas aquí.

Al parecer, Belle se enredó con un tahúr que la utilizaba como garantía cuando se quedaba sin dinero. El hijo de Belle está en el asilo de huérfanos.

Intentaré mejorar su situación antes de que el general López y yo embarquemos rumbo a Cuba.

Belle te ruega que no le digas nada a su padre, Isaiah. Es una persona tan repudiada como yo.

Con todo mi cariño,

RHETT

Julio de 1853
Cuba

Mí querida hermana Rosemary:

La playa de bahía Honda es la más hermosa que he visto en mi vida. La arena plateada y el cerúleo mar parecen una eternidad interminable… un destino hacia el cual ciertos oficiales españoles me están empujando.

Las fuerzas españolas no fueron derrotadas y los cubanos no nos recibieron como libertadores. En fin.

Huir de los brazos de Didi para caer ante un pelotón de fusilamiento español no fue la más inteligente de mis maniobras.

He puesto en movimiento una atrevida jugada y es posible que todavía pueda escapar a mi destino, pero las circunstancias son desfavorables y el tiempo apremia.

Un cabo me promete echar al correo esta carta. Como la botella que el naufrago en una isla arroja al mar, rezo para que encuentre a alguien que la lea.

Que dulce es la suave y tibia arena. Qué aves tan graciosas son las lavanderas chapoteando en los bajíos. Aunque sus vidas no duren más de unas cuantas estaciones, son tan criaturas de Dios como nosotros.

Hermana, si he de darte un consejo es éste: vive tu vida. No permitas que nadie más la viva por ti.

Los españoles nos han ordenado cavar nuestras tumbas como diversión vespertina. Como caballeros americanos que somos, naturalmente nos hemos negado. Ja, ja. ¡Que se ensucien las manos los campesinos!

Rosemary, de entre todas las personas que he conocido en esta benigna tierra sólo lamento dejarte a ti…

Piensa en mí alguna vez,

RHETT

6
La venta de un negro

A Rosemary le daba vueltas la cabeza.

—¿Qué mi padre quemó las cartas de mi hermano? ¿Y las mías también?

—Un día vi a Solomon en el mercado del pescado y nos detuvimos a charlar. Al viejo Solomon no le gustaba entregarle las cartas al amo Langston, pero tenía que hacer lo que le mandaban.

Rosemary se mareó. Hizo la pregunta que, como obediente hija de Langston, jamás se había atrevido a formular:

—Tunis, ¿por qué odia mi padre a su hijo mayor?

Tunis Bonneau era un liberto: un negro libre de pasear por las calles sin un pase; libre de asistir a las ceremonias de la Primera Iglesia Baptista Africana (siempre y cuando estuviera presente un blanco); libre de casarse con una liberta o con una esclava que hubiera comprado, rescatándola de la esclavitud. No podía votar ni presentarse para ningún cargo, pero podía tener su propio dinero, ser propietario de bienes y viajar sin un pase. También podía aprender a leer.

Puesto que no eran propiedad suya ni eran blancos, los libertos ponían nerviosos a los amos.

De ahí que Tunis Bonneau no viera lo que veía, no hablara de lo que sabía y fingiera una absoluta ignorancia. Cuando los blancos le hacían preguntas, Tunis contestaba: «El señor Haynes me ha dicho que lo haga» o «Eso se lo tendrá que preguntar al señor Haynes».

A pesar de saberlo muy bien, Rosemary estaba demasiado trastornada como para pensar con claridad, y por eso agarró a Tunis por la manga como para arrancarle las respuestas.

—¿Por qué odia mi padre a su primogénito?

Tunis suspiró y le dijo todo lo que ella jamás había querido preguntar anteriormente.

Mientras Tunis informaba a Rosemary acerca de Will, el supervisor del dique y protagonista de aquel lejano verano en que Rhett se había convertido en un bracero de los arrozales a tiempo completo, Langston Butler estaba perdiendo una carrera de caballos. El hipódromo Washington era un óvalo de seis kilómetros bordeado por los más viejos robles de Charleston. La sede de estuco blanco del club estaba reservada a los socios del Jockey, pero la tribuna principal de tablas de madera y el inmenso prado estaban abiertos a todo el mundo. Tanto los blancos como los negros, los libres como los esclavos, fueron testigos de la derrota de Butler.

Los caballos de Virginia y Tennessee acudían a Charleston porque tenía la pista más rápida y los premios más cuantiosos del Sur. Caballos, mozos y preparadores se alojaban en unos espaciosos establos en cuyos amplios pasillos centrales se llevaban a cabo las ventas de caballos y de negros.

La carrera del mediodía había sido un desquite entre *Gero,* de Langston Butler, y *Chapultepec,* de Jack Ravanel. Los caballos iban muy igualados, las apuestas eran muy rápidas y ambos iniciaron la carrera en medio del clamor de las tribunas. Aunque *Chapultepec* iba por detrás en la curva exterior, adelantó al fatigado *Gero* en la recta y ganó por dos largos. En el cercado del caballo ganador, el coronel Jack reía jubiloso.

En la balaustrada del club, tres alegres jóvenes y la hija solterona del coronel Jack disfrutaban con la extravagante satisfacción del coronel.

—Jackie, Jackie —decía Jamie Fisher, entre risas—. No tienes que tirar al tigre de la cola. Juliet, tu padre hace una reverencia tremendamente relamida.

Edgar Puryear era un asiduo estudioso de los hombres que ostentaban el poder y ahora estaba observando al capataz de Langston Butler conversar con su amo.

—Mmm, ¿qué estarán tramando esos dos?

—¿Y eso a quién carajo le importa? —rezongó Henry Kershaw—. ¡Préstame un águila doble![*]

Henry Kershaw era tan corpulento como un joven oso en la plenitud de sus fuerzas y tenía un carácter muy parecido al de tal animal.

—Henry, es mi águila doble la que has apostado en *Gero.* No tengo otra. —Edgar Puryear se volvió el bolsillo del revés—. O sea, caballeros, y señora, ¿cómo va Langston a igualar tan siquiera el tanteo?

—A lo mejor no pagará sus apuestas —apuntó Juliet Ravanel.

—No, no, mi dulce Juliet —dijo Jamie Fisher—. Confundes un caballero de Charleston con otro. Langston, el padre de Rosemary, es el matón; tu padre, Jack, es el estafador.

La señorita Ravanel lo miró con desdén.

—No sé ni cómo te aguanto.

—Porque te aburres mortalmente —replicó Jamie.

A pesar de que la áspera solterona y el menudo joven eran inseparables, el escándalo ni siquiera los rozaba. Cualquiera que fuera el carácter de la relación entre ambos, todo el mundo sabía que no tenía nada de romántica.

La siguiente carrera empezaría a las dos. Los blancos y los negros se paseaban por la pista y los prados mientras en la sede del Jockey Club los criados destapaban canastas de comida y descorchaban botellas.

En la pista de carreras, los subastadores anunciaban la venta de negros:

—Negros de John Huger. ¡Braceros de arroz, aserradores, braceros de algodón, mecánicos, criados domésticos y niños! ¡Cien ejemplares de primera!

[*] Moneda de oro de 20 dólares *(N. de la T.)*

Edgar Puryear le pidió a un subastador un catálogo de las ventas y deslizó el dedo por la lista.

—Andrew quiere apostar por el lote sesenta y uno. Cassius, dieciocho años. Músico.

—Cassius se venderá por mil —dijo Henry Kershaw.

—Por mil cien por lo menos —lo corrigió Jamie Fisher.

—¿Un águila doble? —apostó Henry.

—Tú no tienes un águila doble —replicó Jamie.

A pesar de que pesaba casi cuarenta kilos más que él y estaba acostumbrado a salirse con la suya, Henry Kershaw lo miró sonriendo. Cualesquiera que fueran sus intenciones, dada la riqueza de Fisher, hasta los jóvenes osos en la plenitud de sus fuerzas sonreían.

—Juliet, ¿para qué quiere Andrew a un músico de banjo? —preguntó Edgar Puryear.

—Cuando Andrew está triste, la música le eleva el ánimo.

Henry bebió un trago y le ofreció a Juliet su frasco de bolsillo, pero ésta lo rechazó con un leve estremecimiento.

—¿A que no sabéis qué caballo vi la semana pasada tirando del carro de pescado de un negro?

—*¿Tecumseh?* —preguntó Jamie Fisher—. ¿Acaso Rhett Butler no les dejó su caballo a los Bonneau?

—El mejor ejemplar Morgan de la Tierra Baja tirando de un carro de pescado —se lamentó Henry—. Le ofrecí doscientos, pero el negro dijo que no estaba autorizado a vender el caballo.

—*Tecumseh* vale mil —dijo Edgar—. ¿Por qué no obligaste al negro a vender?

Henry esbozó una sonrisa.

—Puede que tú lo hubieras intentado, Edgar, pero a mí no se me ocurriría. Rhett puede regresar algún día.

—Pero ¿dónde estará? —preguntó Jamie.

—¿Nicaragua, Santo Domingo? —dijo Henry encogiéndose de hombros.

—Me han dicho que está en Nueva Orleans. Belle, Butler y su pequeño bastardo… Menuda familia, ¿verdad?

Juliet Ravanel enarcó las cejas.

—Edgar, te enteras de unas historias fascinantes. ¿Acaso la chica Watling no se fue a casa de unos parientes de Kansas?

—De Misuri. Pero no, no fue allí. Los Watling de Misuri están en contra de los abolicionistas. ¿Es que no lees los periódicos?

—Vamos, Edgar —contestó Juliet coqueteando—, ¿por qué íbamos a leer los periódicos las damas frívolas cuando nuestros caballeros nos lo cuentan todo?

Jamie carraspeó para disimular una sonrisa.

—Creo —dijo la señorita Ravanel— que es más interesante preguntar qué hará la hija de Langston con mí querido hermano. Rosemary se le está insinuando claramente.

—Siempre hay alguna desvergonzada que se insinúa a Andrew. No sé por qué lo soporta —terció Jamie con desdén.

—Por la misma razón por la que te soporta a ti, querido Jamie —replicó Juliet sonriendo con dulzura—. Mi hermano necesita a sus admiradores.

—¿Cuánto tiempo tardará Andrew en atrapar a la señorita Rosemary? —se preguntó Edgar con aire pensativo.

—Antes de que termine la Semana de las Carreras.

Juliet apostó cinco dólares.

Bajo la sombra de los robles del otro lado de la pista de carreras, la abuela Fisher, su nieta Charlotte y John Haynes estaban comiendo. Haynes & Son había puesto anuncios en Filadelfia y Nueva York: «Semana de las Carreras de Charleston: viaje de ida y vuelta, alojamiento, comida. ¡Todo incluido!» John alojaba a sus turistas en el hotel Mills de la calle Queen, donde el señor Mills ponía la mejor mesa de Charleston.

Un turista de Nueva York no ocultaba sus simpatías abolicionistas y ofendió a algunos sureños que participaron en una excursión en goleta a Baltimore. Pero cuando el supuesto abolicionista descubrió que el señor Mills era un negro liberto, rechazó el alojamiento y exigió la devolución del dinero. Puesto que en Charleston no quedaban habitaciones libres durante la Semana de las Carreras, al final el hombre aceptó su habitación, pero siguió insistiendo en que le devolvieran el dinero.

—Los principios yanquis son extraordinariamente flexibles —dijo John Haynes—. Charlotte, esta tarde no pareces tú. ¿Dónde está la radiante sonrisa de nuestra Charlotte?

—Charlotte está soñando despierta con Andrew Ravanel —dijo la abuela Fisher, dando unas autoritarias palmadas a la canasta de la comida—. La cocinera guisa el mejor pollo de las Carolinas.

—¡Abuela! ¡No estoy soñando despierta!

—Pues claro que sí, querida. Andrew Ravanel es galante, atrevido, apuesto y encantador, y está en la ruina. ¿Qué jovencita podría pedir un mejor pretendiente?

Tras alabar el pollo de la cocinera, John añadió:

—Esperaba ver a Rosemary esta tarde. Anoche le pedí un vals, pero su carnet de baile ya estaba lleno.

A pesar de los esfuerzos de las mejores costureras de Charleston, Charlotte Fisher no era atractiva. Su cabello carecía de brillo, su tez presentaba un tono apagado y su cintura se parecía más a la de una abeja que a la de una avispa. Charlotte apretó los labios.

—No estoy muy segura de que Rosemary y yo sigamos siendo amigas.

—Charlotte, no seas necia. Tú y Rosemary sois amigas desde los cinco años —la reprendió su abuela.

John Haynes lanzó un suspiro.

—¿Por qué las más encantadoras bellezas de Charleston tienen que competir por el mismo caballero? Un sujeto tan vulgar como yo no tiene ninguna posibilidad. Aunque no tengo nada en contra de Andrew, si tropezara y se rompiera su aristocrática nariz (una ligera desfiguración, no le deseo nada peor), no lo lamentaría demasiado.

La abuela Fisher dijo:

—John, tienes que perseverar.

Haynes sonrió.

—Supongo que sí. Tengo que preguntarles a las damiselas: «¿No cree que podría ser un excelente marido?»… Gracias, abuela Fisher, voy a probar un muslito.

Los espectadores y los compradores empezaron a dirigirse hacia el alargado establo que albergaba la venta de negros. Dentro, los interesados se mezclaban libremente con la mercancía. Las negras llevaban sencillos vestidos de algodón y turbantes hechos con pañuelos, mientras los hombres vestían chaquetas de basto paño de hilo y lana y se sujetaban los pantalones con cuerdas. De conformidad con el capricho de cada uno, los flexibles sombreros de los hombres presentaban formas llamativas, prácticas o muy poco atractivas. Los niños negros llevaban ropa más limpia y más nueva que sus padres.

Los compradores novatos de esclavos mostraban aquella expresión indiferente y perspicaz que adoptan los hombres cuando no están en su ambiente.

Cassius, el músico que codiciaba Andrew Ravanel, permanecía apoyado contra la puerta de un compartimiento con los brazos cruzados y el banjo colgado del hombro. Era un joven muy negro de suave rostro y figura rolliza, con una expresión complaciente que algunos blancos consideraban irrespetuosa.

—Déjame oír cómo tocas eso, muchacho.

Cassius dio unas respetuosas palmadas a su banjo como si éste tuviera vida propia.

—No puedo, amo. No, señor. El subastador dice que soy igual que una chica guapa: ¡no puedo dar nada a cambio de nada! El que me compra, compra mi música… amo —añadió solemnemente—. ¡Puedo hacer que un severo presbiteriano se ponga a brincar!

Casi todos los negros procuraban caer simpáticos, en busca de amables compradores o de otros que pudieran adquirir una familia entera.

—Sí, amo, soy un bracero de arroz a tiempo completo —decían—. Llevo en los arrozales desde pequeño. Conservo casi todos los dientes, sí, señor. La coz de un caballo me rompió la nariz. No se me dan bien los caballos. Mi mujer es lavandera y mi hijo es un bracero de un cuarto de jornada, aún no ha alcanzado su pleno desarrollo.

Los braceros recibían la orden de volverse hacia aquí y hacia allá para que resultaran visibles sus posibles defectos. A algunos les decían que corrieran rápidamente hacia delante y hacia atrás, y a otros que saltaran sin moverse del sitio mientras los astutos compradores examinaban su fuerza y resistencia.

—¿Cuántas veces vas al dispensario, chico?

—¿Dices que has parido tres hijos vivos? ¿Con estas caderas que tienes?

El subastador mostraba un semblante risueño y sonrosado y mantenía muy buenas relaciones con los compradores.

—Mire, señor Cavanaugh, no hace falta que puje por este lote. El cincuenta y dos es lo que usted necesita: chica de piel clara, catorce años, lote cincuenta y dos. ¿Ve cómo me acuerdo de usted? ¿Lo ve?

»Señor Johnston, si usted no ofrece más de setecientos dólares por este joven de primera, ¡es que no es tan listo como yo creía! Setecientos, setecientos, he dicho setecientos. ¿No vais a ayudarme, muchachos? Setecientos a la una, setecientos a las dos. ¡Adjudicado por setecientos dólares a la plantación Drayton!

El subastador bebió un rápido sorbo de agua.

—Les recuerdo, caballeros, nuestras condiciones. El afortunado postor paga la mitad de su oferta en efectivo y firma una garantía para el envío del resto no más tarde de treinta días, garantizado por una hipoteca sobre el negro adquirido. —Esbozó una ancha sonrisa—. Y ahora sigamos con la venta. Lote cincuenta y uno: Joe es un muchacho de primera, doce o trece años. Sube a la plataforma, Joe, que te vea la gente. Bueno pues, Joe no es uno de esos muchachos zanquilargos; ya está empezando a llenarse y, en cuestión de un año, será un bracero a tiempo completo. Un comprador listo… —el subastador se acercó el dedo a la nariz y guiñó el ojo— podría comprar a Joe muy barato, alimentarlo bien y, a la siguiente siembra, ya tendría un hombre crecido, ¡comprado al precio de un muchacho! Joe, date la vuelta y quítate esa camisa. ¿Ven ustedes alguna marca en la espalda? El señor Huger era un caballero excelente, pero no le tenía miedo al zurriago, eso ni hablar. Joe nunca necesitó que lo azotaran porque Joe es un negro respetuoso, ¿verdad, Joe? ¿Oigo doscientos dólares, doscientos dólares? Doscientos, doscientos, quinientos, tengo quinientos. ¿Oigo quinientos cincuenta, quinientos cincuenta, quinientos cincuenta?… Adjudicado al señor Owen Ball, de la plantación Magnolia.

Andrew Ravanel se apoyó contra la puerta de un compartimiento vacío. Sus nervudas piernas de jinete iban enfundadas en unos pantalones color cervato, su camisa con chorrera estaba enmarcada por las solapas de una corta chaqueta amarilla, su sombrero de ala ancha era de paño de piel de castor y sus botas presentaban el intenso brillo de los frecuentes lustrados. Levantó un indolente dedo en dirección a Puryear y Kershaw mientras éstos se acercaban. Tenía tez de trasnochador y su pálida piel era tan transparente que casi dejaba entrever sus estados de ánimo, había cierta tensión bajo su elegante languidez, como si el muy lechuguino fuera un muelle enroscado.

Edgar Puryear prendió una cerilla para encender el cigarro de Andrew y señaló con la cabeza a la muchacha que había subido a la plataforma.

—Buena moza.

Henry Kershaw estiró el cuello para identificar al postor.

—Es el viejo Cavanaugh. No sé si la mujer de Cavanaugh sabrá que necesita una criada.

—Puede que sea doncella… —dijo Andrew arrastrando las palabras.

Henry soltó una risotada y Edgar preguntó:

—¿Aquél no es el hombre de Butler? ¿Isaiah Watling? Allí, detrás del poste.

—Es curioso que pudiera quedarse en Broughton después de que Rhett matara a su hijo —dijo Andrew.

—El pobre es una basura blanca —dijo Henry en tono desdeñoso—. Los trabajos de capataz no son tan fáciles de encontrar como los hijos. Si Watling quiere más hijos, puede ir a las barracas de los negros y hacerlos.

—Pero ¿no dicen que Watling es muy devoto? —preguntó Andrew.

—Eso parece. Él y Elizabeth Butler rezan juntos cada vez que el viejo Langston no está en la ciudad. Claro que hay maneras y maneras de rezar.

—Henry, eres un tipo vulgar —dijo Andrew sin la menor animosidad—. Lote sesenta y uno. Ese es mi Cassius.

Kershaw se rascó donde se rascan los hombres vulgares y dijo:

—Se me ha vaciado la petaca. Me voy al club. ¿Edgar?

—Yo me quedo.

Andrew abrió la puja por Cassius con cuatrocientos dólares.

—Tengo cuatrocientos… ¿seiscientos? ¿Está seguro, señor? Sí, señor. Tengo seiscientos dólares por este joven y espléndido negro. El banjo va incluido… un solo precio por los dos.

—Pero ¿por qué puja Watling? —preguntó Edgar—. Langston no necesita a ningún intérprete de banjo.

Al llegar a los ochocientos, todo el mundo abandonó, menos Isaiah Watling y Andrew Ravanel.

Watling ofreció novecientos cincuenta.

Cuando Andrew ofreció mil dólares, Watling levantó la mano hasta conseguir llamar la atención de todo el mundo. Después se subió a una caja de clavos, logrando con ello rebasar con la cabeza y los hombros a la muchedumbre que lo rodeaba.

—Señor Ravanel, he recibido instrucciones del amo Butler. Y tengo que preguntarle que, si gana a este negro, ¿cómo piensa pagarlo? ¿Dónde tiene el dinero en efectivo para pagar hoy? ¿Tiene los quinientos dólares?

Andrew se tensó como si le hubieran propinado un golpe. Cuando se volvió hacia Edgar Allan, su amigo había desaparecido. Los que estaban más cerca de él fingieron no verlo. Y los que estaban más lejos disimularon sus sonrisas.

—¡Calma, señores, calma! —terció el subastador.

—Usted nos expuso unas normas —le recordó Watling al subastador—. Supongo que se atendrá a ellas.

—¡Sí, sí! —gritaron algunos.

—Las normas son las normas.

—Aténgase a las condenadas normas.

—Pero ¡Watling, por el amor de Dios, yo…! —gritó Andrew.

—Señor Ravanel, yo no actúo en nombre propio. Actúo en nombre del amo Langston Butler. Es el amo Butler el que pregunta al señor Ravanel: ¿dónde están los quinientos?

—¿Está diciendo que mi palabra, la palabra dada por Andrew Ravanel…?

—¿Su palabra? —preguntó una voz anónima.

—¿La palabra de un Ravanel? —dijo otra voz, soltando una risotada.

—Si el señor Ravanel no los tiene, señor subastador, mis novecientos cincuenta dólares compran al negro. Lo pagaré todo y en efectivo.

La noticia de la humillación sufrida por Andrew Ravanel (algunos la llamaban su «justo castigo») corrió como la pólvora por el club. Jamie Fisher experimentó la sensación de que alguien le había pegado una puñalada por debajo del corazón.

Cuando Jamie localizó a su amigo, los blancos nudillos de Andrew asían con fuerza la barandilla de la tribuna principal.

—Mi amigo Edgar lo veía venir —dijo—. Edgar Puryear adivina estos juegos desde un kilómetro de distancia. Pero, al volverme hacia él, Edgar ya no estaba. He visto a Henry Kershaw perder mil dólares en la tirada de una carta. Pero ¿dónde estaba el amigo Henry? —Los dolidos ojos de Andrew recorrieron la muchedumbre, la cual se mostraba más indiferente a su suerte de lo que él había imaginado—. Y tú, mi amigo Jamie Fisher, el caballero más rico de las Carolinas. ¡Quinientos dólares son pura calderilla para ti!

—Lo siento, Andrew. Si hubiera estado aquí…

—Por el amor de Dios, Jamie. ¡No puedo soportarlo! ¡Delante de todo el mundo… lo que se dice de todo el mundo! ¡Dios mío! Habrías tenido que ver cómo se burlaban de mí. ¡Andrew Ravanel, Andrew ha pujado y no podía pagar! ¡Dios mío, Jamie, quisiera morir!

—Si desafías en duelo a Watling seré tu padrino…

—Jamie, Jamie. No puedo desafiar a Watling. —La voz de Andrew era tan débil como el caballo de un trapero—. Isaiah Watling tiene tan poco de caballero como tenía su hijo. Si desafío a Watling, será como declarar que no soy un caballero.

—Pero Rhett se batió con Shad Watling.

—¡No quiero hablar de Rhett Butler, Jamie! ¡Nunca he querido hablar de Rhett! ¡Y creo que lo he dejado bien claro! —Cuando intentó encender un cigarro, le temblaban tanto las manos que arrojó la cerilla al suelo—. ¡Maldito Langston Butler! Conozco al subastador; hubiera aceptado mi pagaré.

—No es más que un intérprete de banjo, Andrew.

—¿Que no es más que un intérprete de banjo? —La tensa carcajada de Andrew fue como un acto de condescendencia ante la ingenuidad de Jamie—.

¿Acaso Langston Butler tiene en proyecto organizar una velada musical? A lo mejor Butler quiere recibir clases de banjo. ¿Tú lo crees, Jamie? A mí me parece que Butler se ha comprado un bracero extremadamente caro para los arrozales. —Andrew siguió hablando como si estuviera explicando algo a un niño—. Butler ha querido vengarse de Jack Ravanel humillando a su hijo. Ahora todo Charleston sabe quién es Andrew Ravanel. ¡Andrew Ravanel se ha mostrado tal cual es!

A Jamie se le hizo un nudo en la garganta.

—Andrew, yo… no sé… Eres tan estupendo y tan insólito. Yo no…

Andrew lo interrumpió con un gesto. Unos negros con brazales del Jockey Club habían empezado a apartar a la gente para despejar la pista.

—¿Andrew?

—Por el amor de Dios, Jamie. ¿Quieres callarte?

Mientras se despejaba la pista, una amazona se abrió paso al trote entre los empleados, haciendo caso omiso de sus indicaciones de que abandonara la pista.

Andrew se quedó helado: un halcón que vislumbra su futuro.

—Pero bueno, si está aquí Rosemary —dijo con un hilillo de voz.

—Buscándote a ti, seguro. —El alivio ante aquella distracción hizo que la voz de Jamie se elevara una octava—. Andrew, tengo que contarte lo que ocurrió con la divertida apuesta de Juliet…

—Vamos, Jamie. Aquí pasa algo. Rosemary está disgustada. Mira cómo sujeta el bocado, le pide a su caballo que se lance al trote y después lo refrena.

Los empleados del Jockey Club gritaron:

—¡Señorita!

Y también:

—¡La carrera, señorita!

Pero tuvieron que pegar un brinco para apartarse de su camino. Rosemary buscaba entre los rostros de la gente a lo largo de la barandilla de la tribuna mientras su chal amarillo de seda ondeaba a su espalda cual desafiante bandera.

—Hay que ver —dijo Andrew en tono pensativo—. Qué enojada está, ¿verdad?

El caballo de Rosemary se encabritó cuando ella tiró bruscamente de las riendas.

—¡Maldita sea, caballo, a ver si te estás quieto! ¡Andrew! ¡Andrew! ¿Dónde está mi padre? ¿Has visto a mi padre?

Y entonces Andrew Ravanel se sumió en una fría y profunda calma. El tiempo se había reducido a aquel simple momento.

—Mi preciosa Rosemary —dijo Andrew en tono casi nostálgico—, tu amado progenitor ha abandonado la pista de carreras.

Un comisario de carreras del Jockey Club, un hombre blanco que ostentaba el verde fajín de su oficio, se acercó presuroso a ellos.

—¡Madam! ¡Madam!

—¡Maldito caballo! ¡Maldito! ¿Te estarás quieto? —Rosemary echó mano de la fusta—. Tengo que encontrar a mi padre. —Esbozó una mueca—. He tenido

noticias. Hoy he averiguado por qué razón mi padre está auténticamente condenado.

Con gesto autoritario, Andrew obligó al comisario de carreras a detenerse en seco, cruzó la entrada de la pista, sujetó la brida del caballo de Rosemary y consiguió que su agitada amazona se calmara.

Un comisario de carreras, una amazona, un caballero sujetando la brida de su caballo… por lo demás, la pista estaba desierta.

La furia que ardía en el centro de la escena atrajo todas las miradas.

En la galería del club, un visitante yanqui se volvió hacia su anfitrión de Charleston:

—¿Qué demonios ocurre?

El anfitrión contestó:

—Ahora está en Charleston, Sam. Disfrute de nuestros fuegos artificiales.

Si Rosemary no hubiera estado atrapada en su muda e impotente rabia, el tono excesivamente dulce de Andrew habría constituido una advertencia para ella.

—Espera un momento, querida Rosemary. Ya lo arreglaremos. Mira, deja que te ayude.

Andrew formó un estribo con sus manos y Rosemary desmontó deprisa.

—¿Crees que tengo que seguir llamando «padre» a Langston Butler, Andrew? Me mintió. Destruyó a mi hermano. Es…

—Langston Butler tiene que responder de muchas cosas.

Andrew Ravanel la estrechó entre sus brazos y, delante de todo Charleston, le dio un apasionado y prolongado beso en los labios.

7
El matrimonio es un honroso estado…

—Creo que a Rosemary le gustó bastante —dijo Andrew en tono despreocupado.

Él, su padre, Jack, y Langston Butler se encontraban de pie en el vestíbulo de la residencia particular del coronel Jack en la calle King. La estancia se encontraba en muy malas condiciones, las anchas tablas del suelo arañadas por las espuelas y los bancos estropeados de tanto utilizarlos como sacabotas.

Butler ni se había quitado el sombrero ni había dejado el bastón en la bastonera. Agarraba el bastón como si éste pudiera convertirse en un arma.

—No están en juego los impulsos románticos de mi hija.

Butler vació una bolsa encima de la mesa del vestíbulo. Su desdeñoso dedo índice revolvió los pagarés, los documentos de crédito y los compromisos de pago.

—Veinte céntimos por dólar es el justo valor de mercado del honor de Ravanel.

—¿Quizá tiene usted intención de prometer en matrimonio a su hija con mi hijo, señor? —preguntó el coronel Jack en tono esperanzado.

—¿Un Ravanel por yerno? —Unas manchas rojas florecieron en las pálidas mejillas de Butler—. ¿Un Ravanel por yerno mío?

Andrew Ravanel hizo ademán de acercársele, pero su padre se lo impidió.

—He venido para comunicarle que he comprado sus documentos de crédito e hipotecas y que, a partir de esta fecha, éstos se me adeudan a mí. Esta casa y sus restantes propiedades serán vendidas para satisfacer sus deudas. Por consiguiente, *Chapultepec* correrá con la enseña Butler.

—Bueno, Langston —dijo el coronel Jack esbozando una sonrisa—. No ha venido usted a nuestra humilde casa para adueñarse de ella. Los Butler ya se apoderaron de las mejores tierras de Jack y un agricultor como usted no puede ambicionar los pobres terrenos que todavía conservo. Le conozco, Langston. Le conozco desde que era un ambicioso y arrogante mozo con un corazón más duro que un pedernal. ¿Tiene usted alguna oferta para el viejo Jack, algún pequeño acuerdo que pueda acallar los chismorreos y, si me permite la sugerencia, mejorar aunque sea en pequeña medida la suerte de los Ravanel? Tengo derecho a ello, señor.

Langston esbozó una sonrisa singularmente desagradable.

—Su esposa Frances era admirada por todos, Jack. No había en toda la Tierra Baja una dama más gentil y amable que ella.

Ravanel palideció.

—No le permito que hable usted de mi esposa, Langston. No manchará usted su bendito nombre.

Butler dio una palmada al montón de documentos.

—¿Quiere usted prestarme toda su atención? Esta noche en el baile del Jockey Club anunciaré el compromiso de mi hija con el señor John Haynes. Después de mí anuncio, su hijo presentará una disculpa pública por cualquier malentendido que pueda haber provocado su indecoroso comportamiento de esta tarde en las carreras. —Clavó su fría mirada en Andrew—. Puede que estuviera usted ebrio, señor. Quizá se alegró tanto al enterarse del compromiso de mi hija que se olvidó de sus modales. —Se encogió de hombros—. Le dejo a usted los detalles. Si no puede decir una mentira verosímil, estoy seguro de que su padre podrá adiestrarlo. Cuando yo haya aceptado su disculpa, usted anunciará su compromiso con la señorita Charlotte Fisher.

—Señor, no me casaría con esa chica aunque cada uno de los defectos de su cara valiera diez mil dólares.

—Como quiera.

Langston Butler esperó en silencio mientras los Ravanel, padre e hijo, soltaban todas las impotentes y acaloradas palabras que tenían que soltar antes de aceptar lo inevitable.

Al ver la alegría de su nieta, Constance Fisher aceptó a regañadientes su compromiso con Andrew Ravanel.

Para huir de la casa de su padre, Rosemary accedió a casarse con John Haynes; las revelaciones de Tunis habían hecho que su vida allí le resultara intolerable. Cuando así lo manifestó, Langston replicó:

—Yo no te pregunto por qué obedeces, simplemente exijo que lo hagas.

Cuando la pareja de novios se reunió en privado en el salón de Langston Butler, John Haynes dijo:

—Rosemary, esto es mucho más de lo que yo nunca me hubiera atrevido a esperar. —Hincando la rodilla delante de ella, añadió—: aunque temo tu respuesta, querida mía, tengo que saberlo. ¿Es nuestra boda una decisión tuya?

Rosemary vaciló antes de contestar:

—Lo intentaré, John.

El impasible y respetable John Haynes se convirtió en un feliz y sonriente muchacho.

—Pues bueno. ¡Dios mío! Pues bueno. Nada podría ser mejor. Mi queridísima Rosemary. Mi queridísima Rosemary…

Charlotte y Andrew se casaron en abril y Charlotte fue, si no una hermosa novia, sí por lo menos una novia radiante. Las damas de Charleston chasquearon la lengua y confiaron en que el matrimonio hiciera sentar la cabeza a Andrew Ravanel.

Langston Butler regaló un cierto intérprete negro de banjo al señor y la

señora Ravanel. Ni siquiera Isaiah Watling había conseguido convertir a Cassius en un bracero de los arrozales.

Dos semanas más tarde, cuando Rosemary y John Haynes subieron al altar de St. Michael, él resplandecía de felicidad. Ella estaba muy cálida y pronunció sus promesas en voz tan baja que sólo la oyeron algunos en los primeros bancos.

Cuando la gente salió de la iglesia, Tunis Bonneau esperaba fuera, sujetando un caballo ruano por la brida.

—¡Dios mío! —exclamó Rosemary—. *¡Tecumseh!*

—Su hermano Rhett se lo regala a usted y al señor Haynes, señorita Rosemary —dijo Tunis—. Me escribe que le desea muchas felicidades en el día de su boda.

Langston Butler se volvió hacia su nuevo yerno.

—Señor, voy a quedarme con este animal y yo decidiré su destino.

John apretó la mano de su esposa.

—Gracias, señor, pero no. El caballo es un regalo de mi amigo y hermano de la señora Haynes que ella y yo aceptamos con placer.

8
Un baile patriótico

Pocos charlestonianos creían que el beso de Andrew Ravanel en la pista de carreras hubiera sido tan inocente como más tarde aseguró el caballero, pero ahora las partes afectadas estaban felizmente casadas. Gracias a las nuevas conexiones de Andrew con los Fisher, Langston vendió discretamente los documentos de crédito del coronel Jack a cincuenta céntimos por dólar.

El señor John Haynes y esposa paseaban en un precioso *sulky* azul con *Tecumseh* entre los limoneros. John había pagado trescientos dólares por el vehículo para satisfacer el capricho de su mujer, según se comentaba.

Algunos decían que Rhett Butler había sido visto en Nueva York. Un capitán de barco inglés le dijo a John que su cuñado estaba especulando en la bolsa de Londres. Tunis Bonneau, que ahora era el principal piloto de Haynes & Son, dijo que Rhett se encontraba en Nueva Orleans.

Aunque los Haynes mostraban el debido respeto a los padres de Rosemary e intercambiaban cumplidos después de los oficios del domingo en la iglesia, la joven pareja ocupaba un banco aparte y Rosemary visitaba a su madre sólo cuando su padre no estaba en la ciudad. Los esposos Haynes vivían tranquilamente en el número 46 de la calle Church y, a su debido tiempo, tuvieron una hija a la que bautizaron como Margaret Ann.

Andrew Ravanel y su esposa se instalaron en el establecimiento de East Bay de los Fisher. Los prestamistas de Charleston se enteraron consternados de que Constance Fisher no se haría responsable de las deudas de Ravanel.

Cassius, el nuevo criado de Andrew, acompañaba a éste a todas partes, aguardando en el exterior de los garitos de juego y las tabernas hasta altas horas de la madrugada. Cassius conducía a casa el caballo de su amo al amanecer mientras Andrew daba cabezadas en la silla. Cuando Andrew, Jamie, Henry y Edgar Allan salían de caza, Cassius les preparaba las sencillas comidas, les lustraba las botas y les tocaba alegres melodías. Henry Kershaw insistía en decir que la temporada que Cassius había pasado en los arrozales de Langston Butler había mejorado el estilo del negro. La música de Cassius se había vuelto más «sentida», aseguraba Henry.

Cuando la abuela empezó a quejarse con excesiva frecuencia de las costumbres de Andrew, el señor y la señora Ravanel abandonaron el hogar de la infancia de Charlotte y se fueron a vivir a la mísera residencia particular del coronel Jack, donde la pareja convivía con el caballero y su hija, Juliet.

En tiempos más felices, semejantes cuestiones habrían podido despertar más curiosidad, pero los tiempos no eran felices. La «secesión» —que durante treinta años había sido un murmullo entre los exaltados— se había convertido ahora en un grito a pleno pulmón.

El 16 de octubre de 1859, John Brown asesinó la paz. Desacreditó a los pacificadores, dividió a las familias en unionistas y secesionistas y separó a los presbiterianos, los episcopalianos y los baptistas en feligresías norteñas y sureñas. Con un puñado de hombres, unos confusos planes y una voluntad de matar por principio, Brown bajó a Harpers Ferry, Virginia, con la intención de provocar una insurrección de esclavos. Llevaba mil afiladas picas de acero para que los esclavos las utilizaran contra sus amos.

Los plantadores de la Tierra Baja tenían pánico a las insurrecciones. Los refugiados franceses de la insurrección de Santo Domingo (entre ellos los Robillard, padres de Eulalie Ward) habían llegado con sus terribles historias de inocentes asesinados en sus camas, mujeres violadas, cerebros de niños arrojados a los umbrales de las puertas. Las insurrecciones de esclavos lideradas por Nat Turner y Denmark Vesey habían fracasado, pero John Brown era un blanco respaldado y financiado por los blancos. Algunos yanquis afirmaban que el asesino era un santo.

Después de la incursión de Brown, los moderados quedaron desacreditados, los revolucionarios como Langston Butler se hicieron con el control de la legislatura y los hombres normalmente prudentes estuvieron pendientes de todas sus palabras. Cathecarte Puryear fue expulsado por votación de la Sociedad de Santa Cecilia.

A pesar de que John Brown fue apresado, juzgado y ahorcado, en la Tierra Baja empezaron a formarse milicias antes de que su cuerpo se hubiera enfriado: la Brigada de la Palma, en referencia a la palma cana o sabal, emblema de Carolina, los Rifles de Charleston, la Caballería Ligera de Charleston, la Legión de Hampton. Los buques británicos descargaban rifles, cañones y uniformes en los muelles de Charleston. Los jóvenes juraron dejar la bebida y los garitos de juego empezaron a vivir tiempos difíciles. Cassius dominaba las nuevas canciones patrióticas en cuanto se escribían.

El año transcurrido entre la incursión de Brown y la elección de Abraham Lincoln estuvo preñado de malos presagios. Siete ballenas piloto quedaron varadas en las arenas de la isla Sullivan. Los gansos volaron al sur dos meses antes de lo habitual. Los exorcistas negros murmuraban y profetizaban la guerra final del Apocalipsis, el Armagedón. Jamie Fisher le dijo a su hermana Charlotte que se sentía como un pájaro hipnotizado por una serpiente.

Andrew Ravanel fue elegido capitán de la Caballería Ligera de Charleston. Cuando se inició una suscripción para facilitar uniformes a aquella compañía de élite, todas las diferencias se dejaron de lado y Langston Butler hizo una generosa aportación.

Un sábado de principios de noviembre por la mañana, el coronel Jack fue encontrado muerto en la escollera situada detrás del muelle Adger. A pesar de que el reverendo William Prescott, el suegro de Tunis Bonneau, mencionó la defunción del viejo pecador en su sermón del domingo, la muerte del viejo Jack pasó por lo demás inadvertida. La atención de Charleston se centraba más bien en las elecciones presidenciales que iban a celebrarse el martes siguiente.

De entre los cuatro candidatos de aquel año, sólo uno estaba considerado un abolicionista declarado y, a pesar de que obtuvo casi tres millones menos de votos que sus rivales y ni un solo voto en los estados sureños, aquel hombre fue elegido presidente. Muchos blancos sureños pensaban que la única diferencia entre el presidente Abraham Lincoln y John Brown consistía en que éste estaba muerto.

Justo seis semanas después de la elección de Lincoln, la Convención Popular de Carolina del Sur se reunió para un breve debate y aprobó por unanimidad un Decreto de Secesión. Las campanas de las iglesias repicaron, los milicianos desfilaron y en las calles se encendieron hogueras.

Las nuevas milicias se adiestraban en el hipódromo Whashington. La Caballería Ligera de Charleston vestía pantalones grises, botas de caña alta de cordobán, y una chaquetilla verde entrecruzada con galón dorado. Los hombres se tocaban con un quepis gris y los oficiales lucían un sombrero negro de plantador adornado con una pluma de airón.

Edgar Puryear y Henry Kershaw fueron elegidos tenientes y Jamie Fisher se alistó como jefe de exploradores.

Las damas de Charleston acudían a admirar los terribles ejercicios de adiestramiento de la Caballería Ligera: con la mano izquierda en la espalda y la derecha en el sable, los audaces jinetes extraían la hoja formando un brillante arco de plata antes de lanzarse a través de filas de muñecos de paja. Los muñecos tenían palos de escoba a modo de rifles y vestían el uniforme azul de los federales.

Las damas admiraban a aquellos jóvenes que habían desdeñado los deshonrosos colores de la bandera roja, blanca y azul en favor de la nueva y valerosa enseña de la palma de Carolina.

Rosemary lanzó vítores hasta enronquecer.

Andrew Ravanel se había transformado. El melancólico jaranero recuperó la alegría, el hombre insensible a las angustias de los demás se volvió solícito. Como siervo de la nueva república, Andrew se convirtió en rey.

Como ladrones en la noche, la guarnición federal de Charleston se retiró al interior de Fort Sumter, la poderosa fortaleza insular situada en el centro del puerto de Charleston. Los indignados charlestonianos protestaron ante la confiscación de aquella propiedad de Carolina y Lincoln fue informado de que cualquier intento de abastecer o enviar suministros a Fort Sumter sería duramente rechazado.

Cuando regresaba a casa tras haberse pasado toda la mañana aplaudiendo

los ejercicios de adiestramiento de los caballos, a Rosemary se le caía el alma a los pies. Respiraba hondo y procuraba consolarse: «Meg me está esperando.» Las mañanas en que la Caballería Ligera no hacía ejercicios, Rosemary se despertaba con dolor de cabeza y se quedaba en la cama hasta el mediodía.

Rosemary Butler Haynes sabía que no tenía que ceder al desánimo. John Haynes era un hombre bueno. ¿Acaso había afirmado alguna vez que era un jinete? Al contrario, siempre bromeaba acerca de sus escasas habilidades en la silla de montar. Si John tenía los dedos manchados de tinta, significaba que estaba haciendo negocios: ¿cómo no los iba a tener manchados?

Sin embargo, algunas mañanas cuando su marido se iba al trabajo ella se quedaba sola en casa, el recuerdo del beso de Andrew Ravanel la desesperaba. Se había abierto un abismo entre ella y Charlotte. Cuando su amiga del alma la visitaba en el número 46 de la calle Church, la respuesta era siempre: «La señorita Rosemary no está en casa»; «La señorita Rosemary está indispuesta.» ¿Cómo podía ella charlar con su amiga, que compartía el hogar de Andrew, su vida, sus brillantes esperanzas, su lecho?

Rosemary se esforzaba en borrar de su mente todas las pesadumbres al pensar en lo que habría podido ser su vida.

Su marido le hacía pequeños regalos; un florero de plata; un broche de filigrana de oro rosa. ¿Acaso tenía John la culpa de que el florero fuera demasiado recargado o de que el broche no hiciera juego con la ropa que ella llevaba?

John jamás hablaba de política y nunca iba a ver los ejercicios de adiestramiento de la Caballería Ligera. Incluso defendía a los pocos unionistas que todavía quedaban en Charleston: «¿Es que no podemos discrepar sin pelearnos con los hombres honrados?»

Excepto el domingo, todas las mañanas John se desplazaba a pie desde la calle Church hasta su despacho en el muelle de Haynes & Son. Se pasaba todo el día negociando con capitanes de los barcos, armadores, consignatarios y representantes de las compañías de seguros. Un atardecer de primavera, Rosemary se encontraba por casualidad junto a las ventanas de la fachada cuando su marido subió corriendo los peldaños de la casa con una alegre sonrisa en los labios. A partir de entonces evitó acercarse a aquellas ventanas a la hora en que su marido tenía que regresar a casa. Rosemary se quedaba en su habitación mientras John se pasaba una hora jugando con Meg antes de cenar.

Después de la cena, ambos permanecían junto a Meg mientras ésta rezaba sus sencillas oraciones y después la acostaban. A continuación, John le leía a Rosemary un fragmento de alguna obra de Bulwer-Lytton o de algún otro instructivo novelista.

—Claro que a lo mejor prefieres algo más ligero, ¿verdad, querida? ¿Tal vez una de las obras del señor Scott?

John daba por finalizadas las noches con unas oraciones por Charleston y por el Sur. Rezaba para que sus dirigentes fueran juiciosos. Rezaba por la salud y la felicidad de sus amigos y parientes, uno por uno, nombrándolos a todos. En lo alto

de la escalera, cuando ambos se volvían para dirigirse a sus dormitorios separados, John preguntaba algunas veces a su esposa en tono esperanzado cómo se encontraba. «No, querido —murmuraba ella—. Esta noche no.» A veces Rosemary se sentía tan culpable que contestaba con excesiva alegría: «Ah, pues me encuentro muy bien, John.» Entonces su marido pasaba la noche con ella y a la mañana siguiente abandonaba la casa silbando. Rosemary habría deseado con toda su alma que John no silbara. Los silbidos le daban dolor de cabeza.

Su hijita era la felicidad compartida de ambos. «Cuando acompañé a Meg al White Point Park, ella se levantó con su chal amarillo y saludó a los soldados. Al ver que un soldado de caballería desenvainaba el sable para responder a su pequeño saludo, el chirrido de la hoja contra la vaina asustó tanto a Meg que la pobre chiquitina rompió en sollozos», decía el padre. «¿Has visto lo que ha hecho nuestro diablillo con sus zapatitos azules? Nunca le gustaron y por eso pidió a Cleo que se los diera a alguna niña más pobre. "Tengo demasiados zapatos", argumentó», decía la madre.

Misisipí, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana y Tejas siguieron el ejemplo de Carolina del Sur y abandonaron la Unión.

A pesar de que aquel invierno era excepcionalmente frío —había nevado en el Piedmont—, los charlestonianos hicieron caso omiso de las molestias para asistir a la primera Semana de las Carreras que se celebraba en la Carolina del Sur independiente.

John Haynes había cancelado sus excursiones marítimas a Nueva York y Filadelfia, pero había sustituido las cancelaciones con turistas de Richmond y Baltimore.

Los expertos en caballos decían que la contienda entre *Gero,* de Langston Butler, y *Albine,* de John Cantey, iba a ser la carrera más emocionante desde hacía cien años; corrían rumores de que Butler había rechazado una oferta de 25.000 dólares por *Gero.*

El Hibernian Hall se había adornado con motivos patrióticos para la celebración del Baile de la Sociedad de Santa Cecilia. Los alegres estandartes de las compañías de las milicias de Charleston adornaban las paredes y una soberbia (aunque un tanto extravagante) águila se había pintado sobre la pista de baile.

En su calidad de director del baile, John Haynes lucía una flor blanca en el ojal.

La orquesta de la Sociedad estaba integrada por criados domésticos liberados de sus habituales obligaciones. Uno de los chistes que más solían circular por Charleston era que Horace, el director de la orquesta, no sabía leer ni una sola nota de las partituras que con tanto esmero colocaba delante de sí. No obstante, su versátil orquesta interpretaba solemnes cuadrillas francesas con tanta maestría como los alocados *reels* escoceses preferidos por los más jóvenes y que corrían a cargo del brillante banjo de Cassius.

Aquella noche en vísperas de la guerra, las beldades de Charleston estaban más guapas que nunca. Aquellas jóvenes vírgenes representaran todas las gracias

y oraciones por las que jamás hubieran luchado y muerto los valientes. Nadie que estuviera presente en el baile aquella noche pudo olvidar jamás su conmovedora belleza.

Los galanes que las acompañaban mostraban una actitud solemne y orgullosa bajo el peso de las graves responsabilidades que habían asumido. No muy por debajo de sus visibles bravuconerías estaban las esperanzas que abrigaban todos de ser dignos de su misión cuando llegara el momento de la prueba.

La fiebre de la guerra iba convirtiendo la alegría en histerismo. Abandonarían los federales Fort Sumter o habría que bombardear el fuerte para que se rindieran? ¿Se separarían Virginia y Carolina del Norte? Langston Butler y Wade Hampton estaban en Montgomery, Alabama, para contribuir a facilitar la elección de un presidente interino para los nuevos Estados Confederados de América. Toombs, Yancey, Davis… ¿cuál sería el hombre del momento?

—Pero, Jamie —dijo Rosemary—, ¿cómo no te has puesto el uniforme?

—Vestido de uniforme parezco un mono presumido —repuso el delgado joven.

El rostro de Rosemary estaba arrebolado a causa de la emoción.

—¿Iremos a la guerra, Jamie? Es terrible que lo diga, pero espero que sí.

—Andrew también está sediento de sangre. —Jamie se encogió de hombros—. Míralo. ¡Luciendo espuelas en el Baile de Santa Cecilia! ¡Qué barbaridad!

Andrew Ravanel la miró sonriendo. Rosemary evitó su mirada.

—¿Y tú, Jamie? ¿Tú qué piensas?

—Yo no soy muy partidario de la guerra. Bueno, combatiré si tengo que hacerlo, pero la guerra será una situación tremendamente incómoda. —La irónica sonrisa se borró de sus labios—. ¿Qué efecto ejercerá la guerra en nuestros caballos? ¿Qué les importa la política a los caballos?

Juliet Ravanel dio unos golpecitos con su abanico al codo de Jamie. Aquellos días la señorita Ravanel estaba muy solicitada como bordadora de banderas de regimiento y su nueva importancia la había dulcificado. Su vestido de baile de tafetán estaba impecablemente cortado y cosido, pero, por desgracia, el morado no era el color que más la favorecía.

—Señora Haynes —dijo ésta, haciendo una burlona reverencia—. Qué gala tan espléndida, ¿verdad? ¿Tiene el carnet lleno?

—Los bailes que no ha reservado John los han pedido los ancianos primos Haynes. Unos hombres medio calvos con dientes como de madera y un aliento que tumba, están deseando escoltar a su cautivadora pariente.

La señorita Ravanel estudió su carnet.

—Jamie, tengo libres dos valses y el paseo alrededor de la pista.

—¿Prometes no llevar la iniciativa?

La sonrisa de Juliet habría podido congelar el agua salada.

Siempre y cuando procurara no pisarle los dedos gordos durante los pasos más complicados, John podía apañárselas para bailar con ella una cuadrilla. Rosemary esbozó una hierática sonrisa durante el *deux-temps*.

—Perdona, querida —le dijo su marido en voz baja—. Disculpa. Menudo patoso estoy hecho.

La mano de John apoyada en su espalda estaba tan plana como una bandeja de carne y la mano que le rodeaba el talle era fuerte y posesiva. Inclinándose después ante ella, John le dijo muy serio:

—Eres la mujer más guapa del salón. Y yo soy el marido más feliz de Carolina del Sur.

Rosemary reprimió el impulso de retirar la mano.

—¿Sólo de Carolina del Sur? —consiguió decir.

—De todo el mundo. De todos los benditos continentes del bendito mundo.

Sus carnosos y cálidos labios le besaron la mano.

Otro *deux-temps* y un paseo alrededor de la pista. Mientras se preparaban para la cuadrilla, hubo un revuelo en la entrada y otro director se acercó a toda prisa a ellos. John inclinó la cabeza para prestar atención al susurro del hombre. Luego se volvió hacia su mujer:

—Querida, tengo que irme al muelle. Alguien ha desembarcado unas municiones que quizás estén destinadas a los yanquis. Cédeles a otros mis bailes. Por favor, no dejes que yo te estropee la velada.

Ella se lo prometió.

Diez minutos después de la partida de su marido, Andrew Ravanel se acercó a Rosemary. Apestaba a ron de Malagueta y ligeramente a sudor. Hizo una profunda reverencia.

—Rosemary…

—¿Acaso nos hablamos usted y yo, capitán Ravanel?

Andrew esbozó una sonrisa contrita.

—Tienes todo el derecho a estar enojada. Soy el peor bribón de toda la Tierra Baja.

—La última vez que mantuvimos tratos, usted me comprometió, señor. Creo que le debo mi condición de casada.

—¿Y te encuentras en peor situación? No me cabe duda de que John Haynes es un… esposo apropiado.

Rosemary entornó los ojos.

—Tenga cuidado, señor.

Él enarcó las cejas con fingida expresión de asombro.

—Si he vuelto a ofenderte…

—No le he perdonado su anterior ofensa —dijo Rosemary.

—¡Ni yo mismo me la he perdonado! Permanezco despierto de noche preguntándome si mi insensato beso fue digno de consideración. Pero, Rosemary, ¿no fue un momento arrebatador? ¡Dios mío! Jamás olvidaré… Rosemary, yo

desprecio la ironía. ¿No la aborreces tú también? Qué irónico fue que mi declaración de amor nos separara… y nos arrojara a cada uno en brazos de otra persona.

—¿Declaración de amor? Capitán, ¿acaso me considera idiota? ¿Cree usted que yo habría podido interpretar erróneamente como una declaración de amor lo que usted hizo?

Andrew se acercó una mano al pecho.

—Cuando esté mortalmente herido en algún lejano campo de batalla, mis últimos pensamientos serán sobre aquel beso. ¿Dejarás que me vaya a la guerra sin concederme un vals?

—En una extrema situación, señor, los últimos pensamientos de una persona se centran en los seres queridos. Cuando usted pase a recibir la eterna recompensa, lo que evocará será el rostro de Charlotte, no el mío. A no ser, claro, que una conquista más reciente aparte a un lado a Charlotte.

Andrew se ruborizó y después soltó una carcajada tan contagiosa que las parejas más cercanas esbozaron una sonrisa. Andrew volvió a llevarse la mano al corazón.

—Rosemary, no puedo prometer fidelidad, pero te garantizo la posesión exclusiva de mis últimos pensamientos.

—No habrá ninguna guerra, de todos modos.

—Mi querida Rosemary, pues claro que habrá una guerra. Nuestros uniformes están planchados, las espadas se han afilado y las pistolas se han cebado. Rosemary, la orquesta está afinando sus instrumentos. No he olvidado lo maravillosa bailarina que eres.

El hecho de bailar con Andrew Ravanel constituyó una peligrosa y brillante conversación. Andrew se adelantaba a sus matices y los realzaba; sus ritmos constituían un reflejo de los suyos y parecían comentarlos.

La música —uno de los valses del señor Strauss al compás de tres por cuatro— terminó demasiado pronto. Mientras otros bailarines rendían tributo a sus parejas, Rosemary agitó su abanico.

—¿Otro?

Andrew bailó con ella todos los bailes que tenía reservados John. Durante el primer intermedio, la abuela Fisher se la llevó a un aparte.

—¡Charlotte se ha ido llorando! ¡Rosemary, piensa en lo que estás haciendo!

Pero Rosemary no podía pensar en ello. Se había reprimido demasiado tiempo.

A medianoche, después de la cuadrilla, las parejas hicieron el paseo alrededor de la pista antes de dirigirse al comedor para tomar el refrigerio. Los hombres salieron a la veranda para fumar y los efluvios del tabaco derivaron hacia el interior de un comedor excesivamente caluroso a pesar de su alto techo. Los hombres y mujeres a los que Rosemary conocía de toda la vida se negaban a mirarla. Parecía haberse vuelto invisible.

—Si nos tienen que ahorcar por el robo de una oveja, que nos ahorquen por

el de cien —le murmuró Andrew al oído. Y levantando la voz añadió—: Henry Kershaw, bribón. ¿Querrás cenar con nosotros?

¿Nosotros? ¿Nosotros? Rosemary no contaba con convertirse en un «nosotros».

—No —balbució, apartando su brazo del de Andrew.

Los caballeros le abrieron paso al ver que se dirigía a la veranda.

Al otro lado de la calle, en el círculo de luz de gas del exterior de la taberna de Garrity, unos milicianos borrachos estaban cantando.

¡Maldición, maldición, maldición!

Constance Fisher se acercó a ella arrebujándose en su chal.

—Niña, ¿dónde has dejado tu capa?

Rosemary meneó la cabeza.

—Tengo que decirte, querida…

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Rosemary.

—Oh, abuela Fisher, soy una tonta, una tonta tremenda. ¿Qué es lo que he hecho?

La anciana se relajó un poco.

—Niña, has sido extremadamente imprudente.

—¿Qué pensará John? ¿Qué pensará Charlotte?

—Yo en su lugar…

—¡Oh, abuela Fisher! ¿Qué voy a hacer ahora?

Rosemary se agarró a la balaustrada para no perder el equilibrio. La anciana la asió por los hombros.

—Harás lo que siempre han hecho las damas de Charleston que reciben a niños mulatos que se parecen a sus maridos como gotas de agua o son despertadas por las pisadas de borracho de sus maridos: esbozar una sonrisa y dar a entender que Dios está en el Cielo y que nada (absolutamente nada) está mal en este mundo suyo.

Rosemary se pasó el resto de la velada sentada al lado de la abuela Fisher. Cuando Andrew Ravanel intentó acercarse, la enfurecida mirada de la anciana lo obligó a retirarse.

Andrew bailó con la muchacha más joven y encantadora del baile, la cual no le apartó ni un instante su mirada de adoración.

«Es un imán —pensó Rosemary—. ¿Qué piensa un imán de las consecuencias?»

Muy entrada la noche se produjo otro revuelo en la entrada. Radiante de felicidad, John Haynes se abrió paso hacia el lugar donde se encontraba su esposa. Apartó la inoportuna mano de Juliet Ravanel con un: «Otra vez será, Juliet, por favor.»

El moreno caballero que había seguido a John al interior del Hibernian Hall le entregó su capa a un criado. Poco a poco, los bailarines interrumpieron sus bailes, se volvieron y miraron.

Rosemary emitió un jadeo.

Un clavel adornaba las anchas solapas de terciopelo de Rhett Butler. La pechera de su camisa lucía unas vistosas chorreras; sus botones eran pepitas de oro del tamaño de guisantes. Sujetaba un sombrero de ala ancha de plantador. Las manos de su hermano eran mucho más grandes de lo que Rosemary recordaba.

—Buenas noches, capitán Butler —dijo Horace—. Llevábamos mucho tiempo sin verle.

—Buenas noches, Horace. Y tú… tú debes de ser Cassius, el hombre del banjo, ¿verdad? Eres famoso, hijo. Han oído hablar de tus habilidades hasta en Nueva Orleans.

Cassius rasgueó tres solitarias cuerdas.

—Señor, mil gracias, señor. Creo que todo el mundo ha oído hablar del capitán Butler.

Rhett levantó las manos.

—Por favor, no interrumpan el baile por mí. No quiero estropearles la fiesta. Hay demasiadas cosas que celebrar. ¿Quién habría podido vaticinar que la valerosa ciudad de Charleston iba a aguijonear al dormido gigante federal?

Cuando Rhett inclinó respetuosamente la cabeza, el negro cabello le brilló.

—Edgar Puryear; o sea que ahora eres un oficial. Y tú eres Henry Kershaw, ¿verdad? ¡Dios mío, pero si eres el teniente Henry Kershaw! Y mi viejo amigo Andrew Ravanel…

Andrew se había quedado sin habla y patidifuso.

Rosemary no había olvidado las familiares arrugas de expresión de los ojos de su hermano. ¿Cómo habría podido ella olvidar su gallardía? Como en un sueño, se acercó a él.

Los ojos de Rhett dejaron de sonreír.

Cassius rasgó las primeras y delicadas notas del *Slumber My Darling* de Stephen Foster y se detuvo.

—Pequeña Rosemary, mí querida hermana. —Los ojos de su hermano estaban humedecidos por las lágrimas cuando tomó sus manos—. ¿Me concedes el honor de este baile?

9
Una barbacoa en una plantación de Georgia

Rhett Butler llevaba sin sentirse tan impotente desde aquella noche, seis años atrás, en que había estado bebiendo whisky en la veranda de la casa del coronel Jack y pensó que no había nada en la vida por lo que mereciera la pena vivir.

¡Fort Sumter bombardeado! Pero ¡a qué se creían que estaban jugando aquellos necios!

—Yo me haré cargo del envío en la cabeza de línea del tren, señor Kennedy —dijo Rhett—, mi banco de Atlanta asumirá el pago del cheque.

Frank Kennedy se acarició la rala barbita de color jengibre y dio la vuelta al cheque de Rhett como si en el dorso pudiera haber más información.

—Sí, claro —dijo—. Naturalmente…

—Si está preocupado…

—Oh, no, señor Butler. No, señor.

Kennedy meneó la cabeza con excesiva energía.

Ambos hombres permanecían de pie en la zona principal de la tienda de Kennedy en Jonesboro. De las vigas colgaban capazos de heno, jamones ahumados y horcas. Los pasillos estaban llenos de bienes no perecederos y suministros agrícolas. La tienda olía a linimento, melaza y brea de pino.

¡Los respetables ciudadanos de Charleston, Langston Butler entre ellos, habían prendido fuego a la hoguera de la guerra! ¡Aquellos relamidos, virtuosos y malditos insensatos tan aficionados a cantar himnos!

Un dependiente negro estaba echando trementina a un recipiente de barro, otro estaba barriendo el suelo. A pesar de su modesto aspecto, Kennedy era un hombre de posibles que tenía cincuenta esclavos, un segundo establecimiento en Atlanta y cientos de hectáreas de plantaciones de algodón de primera calidad de Georgia.

Rhett le había comprado a Kennedy la cosecha almacenada y pensaba ganar una fortuna. Habría tenido que sentirse satisfecho.

Pero se sentía fatal.

—Su fama de hombre de negocios es excelente… —Kennedy parpadeó y trató de rectificar—. Quiero decir que…

Rhett le miró con rostro inexpresivo.

—¿Que algunos dicen que soy un renegado?

Kennedy se pasó una mano por el cabello.

—No quería ofenderle, señor. No era mi intención.

Dobló el cheque y lo metió en su billetero. Tras haberse guardado el billetero

en el bolsillo, se dio unas palmadas en éste.

Rhett Butler no le manifestó su creencia de que los renegados te pueden robar o desafiar a duelo, pero no te dan la lata con tonterías.

Al avergonzado comerciante se le ocurrió una idea.

—Oiga, Butler. —De manera inconsciente, Kennedy volvió a palmearse el bolsillo—. ¿Tiene algo que hacer esta tarde? ¿No le gustaría disfrutar de un día en el campo? El hijo de John Wilkes se va a prometer en matrimonio y John ha organizado una barbacoa. Todo el mundo está invitado. La hospitalidad de Doce Robles… Nunca podría ensalzarla lo suficiente. —Se quedó en blanco mientras buscaba una frase de alabanza—. ¡La hospitalidad de Doce Robles es famosa en todas partes! —Señaló vagamente hacia el norte—. Nada menos que hasta Atlanta. Le ruego que me acompañe. Le devolveré a tiempo para que tome el tren.

Puesto que su tren no salía hasta las diez de la noche y, en el abatido estado de ánimo en que se encontraba, la tarde en el hotel Jonesboro se le habría hecho interminable, Rhett Kershaw Butler aceptó la intrascendente invitación de Frank Kennedy. Más a menudo de lo que estamos dispuestos a reconocer, las decisiones intrascendentes cambian nuestras vidas.

El coche de un solo caballo de Kennedy pasó por delante de unos bosquecillos de ciclamores. Los calicantos perfumaban el aire y los cornejos brillaban como fantasmas en las arboledas que bordeaban el camino.

Aquel paisaje, el norte de Georgia en todo su esplendor, le robó el corazón a Rhett. Había pasado el invierno en Manhattan, donde la guerra era el tema de conversación en todos los comedores y los clubs de caballeros. Rhett había oído hablar a Abraham Lincoln en el Cooper Union y pensaba que aquel larguirucho y carilargo sujeto del Oeste podría ser un poderoso enemigo. Cien mil yanquis estaban formando regimientos. Había viajado a New Haven, donde un fabricante de armas de fuego le había dicho al afable señor Butler que no conseguía encontrar la maquinaria que necesitaba. «Tengo más contratos de los que puedo atender —se quejó el hombre—. Butler, ¿usted puede ayudarme a conseguir tornos para fabricar cañones?»

Un domingo por la tarde, Rhett había recorrido el Arsenal de Brooklyn, donde se estaban construyendo cien buques de guerra. En medio del estruendo de los martillos, los obreros forjaban y revestían los cascos de cobre mientras los pintores permanecían encaramados a los andamios y centenares de mujeres cosían las velas. En domingo.

Entretanto, el Sur se preparaba valerosamente para enfrentarse a Goliat.

¡Malditos insensatos!

Rhett Butler amaba la tierra sureña: sus gentiles cortesías y su hospitalidad, los exaltados temperamentos que se ocultaban debajo de aquella lánguida manera suya de hablar arrastrando las palabras. Sin embargo, cuando un hecho les resultaba desagradable, los sureños le negaban validez. Pues, ¿cómo podía un hecho pasar por encima de la gallardía?

Frank Kennedy interpretó erróneamente el silencio de Rhett, pensando que

se debía a la incomodidad propia de un desconocido que va a presentarse de repente en una fiesta a cuyo anfitrión no conoce. Frank trató de tranquilizarlo. Su anfitrión, John Wilkes, era «un caballero de Georgia de la vieja escuela», y Ashley, el hijo de Wilkes, aunque más joven, naturalmente, pertenecía también a la vieja escuela. La futura esposa de Ashley, Melanie Hamilton, era «una criatura muy delicada», pero, según aseguró Frank, «una auténtica chispa».

Al no obtener respuesta de su invitado, Frank pasó a mencionarle a los jóvenes herederos de las acaudaladas familias que asistirían a la fiesta: los Tarleton, los Calvert, los Munroe y los Fontaine.

—La vez que Tony Fontaine le pegó un tiro en la pierna a Brent Tarleton (¡estando ambos bebidos hasta las cejas!) se lo tomaron a broma. ¡A broma, imagínese! —Frank meneó la cabeza: un hombre juicioso deplorando el comportamiento de otros hombres a los que hubiera deseado hasta cierto punto parecerse.

Rhett Butler no era suficientemente sentimental como para no sacar partido de la encrucijada. En el Sur se cultivaban dos tercios del algodón mundial y Rhett esperaba que la Armada de Lincoln bloqueara los puertos sureños. Cuando los puertos se cerraran, los precios del algodón se pondrían por las nubes. El algodón de Rhett estaría a salvo en las Bahamas antes de que se hicieran efectivos los bloqueos federales.

Pero el dinero no era nada: como ceniza en la boca. Rhett se sentía como un adulto que contempla jugar a unos niños. Gritaban, gesticulaban, interpretaban el papel de indios, soldados ingleses durante la guerra de Independencia o soldados yanquis. Se pavoneaban y jugaban a la guerra. A Rhett le daban ganas de llorar. Se sentía impotente para evitarlo. Absolutamente impotente.

El silencio de su invitado incomodaba a Frank Kennedy. Y por eso seguía hablando por los codos:

—John Wilkes no es ningún patán, señor Butler. Le aseguro que no. No sabe usted la de libros que contiene la biblioteca de los Wilkes; ¡creo que John tiene centenares de ejemplares! John Wilkes ha leído todo lo que un caballero tiene que leer y su hijo Ashley es como él. Como suele decirse por aquí, «la manzana nunca cae muy lejos del árbol». También tendrá ocasión de conocer a Gerald O'Hara. ¡Un hombre estupendo! Gerald es de Savannah. No originariamente, claro, originariamente Gerald procede de Irlanda. Y no es que yo tenga nada en contra de los irlandeses. Le hago compañía a su hija Suellen, lo cual significa que no tengo nada en contra de los irlandeses, ja, ja.

Mientras esperaba una respuesta de Rhett, observó que sus ojos parecían perdidos en la distancia.

—En cualquier caso —añadió Frank para llenar el silencio—, Gerald compró la plantación de Tara y así fue como se instaló en el condado de Clayton. —Miró severamente a su caballo y soltó una risita—. Suellen es una mujer muy guapa. —Se dio una palmada en la rodilla para acentuar sus palabras—. Una auténtica belleza de Georgia.

Continuaron el viaje en silencio.

Rhett recordaba Charleston, donde sus ex compañeros de escuela estaban ahora al mando de los cañones que disparaban contra Fort Sumter mientras sus mayores pronunciaban discursos a cuál más beligerante.

¿Podría Rhett convencer a Rosemary y John de que abandonaran el Sur? «Sólo hasta que todo esto se aclare, John. California ofrece muchas oportunidades para un hombre como tú. O Londres, John. ¿No le gustaría a tu hija visitar Londres? Y Rosemary…»

Andrew Ravanel y Rosemary habían causado un escándalo en aquel baile patriótico y ahora John y Rosemary no se dirigían la palabra.

—Mi Suellen puede ser muy «temperamental» —estaba diciendo Frank Kennedy—. Pero enseguida se arrepiente. Usted es un hombre de mundo, Butler. Sabe a qué me refiero.

Rhett se mordió su «temperamental» lengua.

Cruzaron el río Flint y subieron trotando una loma. La casa de la plantación, con su azotea y sus numerosas chimeneas, era más pequeña que la de Broughton, pero muy señorial. Unas anchas columnas corintias sostenían un tejado que daba sombra a unas verandas en tres lados de la casa.

—Usted mismo lo verá —insistió Frank Kennedy—. La hospitalidad de Doce Robles… ¡es legendaria!

Reinaba mucho ajetreo en el espacio destinado a los vehículos, donde los jinetes desmontaban y los carruajes descargaban a sus ocupantes. Los mozos negros se hacían cargo de los caballos mientras los invitados blancos intercambiaban entusiastas saludos con los vecinos a los que llevaban una semana sin ver.

El aroma de la carne de cerdo asada se mezclaba con el humo de la leña de nogal americano.

En la veranda, muchachas ataviadas con sus mejores galas coqueteaban con unos elegantes jóvenes que lucían ajustados pantalones grises y camisas de lino con chorreras. Los más viejos hablaban solemnemente de síntomas y remedios mientras los niños correteaban por el césped tan rápidos como golondrinas.

¿Sería aquélla la última de las espléndidas y hermosas tardes sureñas? ¿Sería aquello el funeral de las tierras del Sur?

En la veranda, Frank y Rhett fueron recibidos por un aristocrático caballero de blanco cabello acompañado por una joven pariente.

—John Wilkes, su hija la señorita Honey Wilkes, el señor Rhett Butler. El señor Butler y yo hemos mantenido unas negociaciones comerciales esta mañana y he pensado que nos vendría bien escapar un rato de nuestras preocupaciones. Espero que no te importe, John.

—Mi casa está abierta a todos los caballeros —se limitó a contestar Wilkes—. Sea usted bienvenido a Doce Robles, señor.

—Es usted demasiado amable.

—¿Su acento, señor?

—De la Tierra Baja, señor, nacido y criado allí.

Wilkes frunció el entrecejo.

—Butler… Rhett Butler… ¿no fue allí donde…? Me parece recordar…

El destello que se encendió en los ojos de su maduro interlocutor le dijo a Rhett que Wilkes «recordaba» algo efectivamente, lo cual, sin embargo, no fue suficiente para alterar su sonrisa.

—Supongo que no importa. ¡Tom! Trae la bandeja. El señor Kennedy y el señor Butler han tenido un polvoriento viaje.

Honey Wilkes estaba saludando alegremente con la mano.

—Oh, mira, papá. Son los O'Hara. ¡Frank Kennedy! ¡Debería darte vergüenza! ¿No vas a ayudar a bajar a Suellen?

Frank se apresuró a cumplir con su deber. Con una cortés inclinación de la cabeza dirigida a su anfitrión, Rhett se retiró a un apartado rincón de la veranda. Estaba pensando que ojalá no hubiera acudido a aquella fiesta.

Doce Robles zumbaba como un enjambre de abejas durante su parada nupcial. Aquel día se concertarían bodas y se produciría algún que otro escándalo. Revoloteando entre los perfumes de las flores y los que procedían de París, entre la alegría, los coqueteos y las bromas, los idilios nacían con tanto frescor como si jamás ningún hombre o ninguna muchacha los hubiera vivido anteriormente.

Los ojos de Rhett se posaron en una muchacha muy joven ataviada con un vestido de baile verde.

—Dios mío —murmuró mientras el corazón le daba un vuelco.

No era una gran belleza: barbilla puntiaguda y mandíbula prominente. Estaba tan pálida como exigía la moda —las damas jamás exponían su piel a la brutalidad del sol— y rebosaba vitalidad. Mientras Rhett la miraba, ella rozó el brazo de un joven con un gesto íntimo e indiferente a un tiempo.

Al percibir la mirada de Rhett, la muchacha levantó la vista. Durante un ardiente segundo, sus desconcertados ojos verdes se cruzaron con los negros de Rhett antes de echar displicentemente la cabeza atrás y seguir adelante con sus coqueteos.

La inminente guerra quedó de repente olvidada, así como la futura devastación. La esperanza renació en Rhett Butler como una saludable primavera.

—Dios mío. —Se humedeció los labios con la lengua—. Pero ¡si es como yo!

Su corazón se serenó. Apartó la mirada, sonriendo para sus adentros. Llevaba mucho tiempo sin volverse loco por una mujer.

El olfato de Rhett siguió los efluvios que rodeaban la casa de la plantación hasta la barbacoa, donde, repartidas bajo la sombra de los árboles, había unas mesas cubiertas con manteles de hilo belga, puestas con cubiertos de plata inglesa y vajilla de porcelana. Se sentó a una parcialmente ocupada y un criado le entregó un plato y una copa de vino. Cuando sus pensamientos volvieron a centrarse en la muchacha, meneó la cabeza y se bebió una segunda copa de vino.

Aunque la carne de cerdo tenía un fuerte sabor ahumado y la ensalada de patatas constituía una perfecta mezcla agridulce, dos jóvenes achispados, sentados

al extremo de la mesa, lo estaban mirando con expresión airada; al final hicieron un comentario imposible de pasar por alto. Así que Rhett rechazó el pastel de fruta y especias picadas y se apartó a la sombra de un venerable nogal negro para encenderse un cigarro. Cuando John Wilkes se le acercó, Rhett felicitó a su anfitrión.

—Una hospitalidad como la suya, señor, no rebasa la línea Mason-Dixon que separa Pensilvania de Maryland. La hospitalidad no puede sobrevivir a los inviernos yanquis.

—Es usted demasiado amable. El señor Kennedy me dice que ha estado usted en el Norte recientemente.

—En efecto, señor.

—¿Cree que lucharán?

—Lo harán. Abraham Lincoln no enarbolará la bandera blanca.

—Pero yo estoy seguro de que nuestros valerosos jóvenes…

—Señor Wilkes, yo soy un forastero y usted me ha acogido en su casa. Creo que eso define al buen samaritano. Le estoy muy agradecido, señor.

—¿Lo bastante como para decirle a su anfitrión lo que piensa acerca de las posibilidades de los confederados?

—El señor Kennedy me dice que posee usted una espléndida biblioteca. Tal vez más tarde pueda usted mostrármela.

Aquella chica —la de los ojos y el vestido verdes— estaba sentada entre sus pretendientes como si su otomana de palisandro fuera un trono. Era una princesa; no, una joven reina rodeada de sus caballeros preferidos. La muchacha respondía con excesivo entusiasmo a los cumplidos y las bromas, casi como si fuera una joven actriz sobreactuando en la interpretación de su primer papel importante.

—Pero ¡qué disparate! —exclamó, burlándose de la torpe ocurrencia de un admirador.

A pesar de la visible consternación de Suellen O'Hara, Frank Kennedy se empeñaba en llevarle a la chica los más exquisitos bocados, una humilde tarea de la cual cualquiera de los criados de Wilkes hubiera podido encargarse. Rhett estaba casi esperando que el hombre se arrodillara de un momento a otro a sus pies.

Wilkes siguió la mirada de Rhett.

—Scarlett O'Hara. Bonita, ¿verdad?

—Scarlett. —Rhett saboreó el nombre—. Pues sí, sí lo es.

—Me temo que nuestra Scarlett es una rompecorazones.

—Eso porque jamás ha encontrado a un hombre que la comprenda.

Wilkes intuyó la vehemencia de Rhett y frunció el entrecejo.

—¿Acaso los pretendientes y los bailes no son lo que debe ocupar a una joven? ¿Preferiría usted que Scarlett centrara los pensamientos de su preciosa cabecita en la guerra, los ejércitos y la política?

—Espero de verdad que jamás tenga que hacerlo —contestó Rhett—. Hay cosas peores que la belleza y la inocencia.

—Mi hijo Ashley se ha alistado.

Wilkes señaló a un delgado joven sentado con las piernas cruzadas al lado de una muchacha que debía de ser su prometida. Ashley Wilkes era la viva imagen de su padre: alto, de ojos grises, cabello rubio y la serena apostura propia de un aristócrata. Su prometida rió con donaire de alguna broma confidencial.

Wilkes se sinceró con aquel forastero precisamente porque Rhett era un forastero.

—Algunas de mis amistades, hombres influyentes y previsores, están enviando a sus hijos a Europa.

—Señor Wilkes, a nosotros ya no nos queda la posibilidad de tomar decisiones acertadas, sólo nos quedan las dolorosas.

Wilkes lanzó un profundo suspiro.

—Supongo que tiene usted razón. —Y al punto volvió a convertirse en el perfecto anfitrión—. Disculpe. Creo que los gemelos Tarleton llevan demasiado tiempo junto al tonel de brandy.

Scarlett coqueteaba, aceptaba con modestia todos los cumplidos, halagaba con descaro y, de vez en cuando, bajo los párpados entornados, lanzaba miradas al… ¿joven Wilkes? Pues sí, eso es lo que hacía. Y Rhett la sorprendió haciéndolo.

Susurrándole confidencias a un admirador, Scarlett miró más allá del hombro de Wilkes. Al volver a cruzar su mirada con la de Rhett, éste sonrió. Porque lo comprendió todo. Vaya si lo comprendió. La rompecorazones estaba utilizando a los varones embobados por sus encantos para provocar los celos de Ashley Wilkes. Por Wilkes hechizaba a todos los varones disponibles… y también a otros que, como Frank Kennedy, no estaban tan disponibles como hubiera deseado.

Al parecer, la rompecorazones ansiaba apoderarse del trofeo de otra mujer. ¡Pobre, encantadora y desventurada niña!

Al oír la carcajada de Rhett, Scarlett O'Hara se ruborizó hasta la raíz del pelo y buscó refugio entre sus admiradores.

Era inevitable. Algunos insensatos mencionaron lo que no se podía mencionar, lo que todos los presentes procuraban ignorar. Las fatales palabras «Fort Sumter» fueron pronunciadas mientras la romántica languidez de una tarde primaveral se disipaba como un sueño.

—Liquidaremos a los yanquis en un mes —prometió un valiente.

—Tres semanas —apuntó otro.

—Qué demonios (con perdón, señoras), ésos no tienen valor para luchar.

—Cualquier sureño puede vapulear a cuatro yanquis.

—Si quieren lucha, por Dios que se la vamos a dar.

Un decrépito anciano se puso a gritar incoherencias mientras blandía su bastón. Los rostros estaban congestionados a causa de la bebida, pasión o ambas cosas a la vez.

Ante la insistencia de quienes deseaban conocer su opinión, el joven Wilkes dijo que combatiría si tuviera que hacerlo, por supuesto que lo haría, pero que la

guerra sería terrible.

La incomparable muchacha miró a su héroe con adoración.

—Y usted, señor —dijo Wilkes, dirigiéndose a Rhett—. Mi padre me dice que ha vivido mucho tiempo entre nuestros antiguos paisanos.

Rhett Butler contestó diciendo todo aquello que se había prometido no decir; sabiendo, mientras hablaba, que sus palabras serían inútiles y que se estaba dirigiendo a hombres sordos a ellas.

—Yo respondo sólo ante mi conciencia. No combatiré una guerra que destruirá todo lo que más quiero.

—¿No piensa luchar por su país? —rebuznó un joven con expresión incrédula.

Otros jóvenes formaron un círculo alrededor del forastero. Los caballeros de la reina se levantaron, preparándose para una apostasía.

Bien, si se empeñaban…

Como un maestro que estuviera enseñando a alumnos un poco lerdos, Rhett describió el Reino de los Yanquis con sus impresionantes talleres y sus ruidosas fábricas. Calculó una riqueza —el oro de California y la plata de Nevada— que la Confederación no poseía y explicó con detalle la razón por la cual Inglaterra y Francia jamás reconocerían a la Confederación.

—Esta no es la guerra del general Washington, señores. Esta vez Francia no nos sacará del apuro.

Los jóvenes petimetres se acercaron un poco más. Ninguno de ellos sonreía. El aire estaba tan inmóvil como la calma previa a la tormenta.

—Yo he visto lo que ninguno de ustedes ha visto: decenas de miles de inmigrantes que combatirán por los yanquis, las fábricas, las fundiciones, los astilleros, las minas de hierro y de carbón… todas cosas de las que carecemos. Lo único que tenemos nosotros es el algodón, los esclavos y la arrogancia. Los yanquis nos derrotarán con toda seguridad.

Con un pañuelo de hilo con sus iniciales bordadas, Rhett se limpió una mancha de polvo de la manga.

Se oía el zumbido de los insectos. En algún lugar, a un criado se le cayó un plato al suelo y se oyeron siseos para acallar el ruido.

Por debajo de sus modales imperturbables, Rhett se estaba burlando de sí mismo. A pesar de su deseo de guardar silencio, había conseguido ofender a todo el mundo. Aquella muchacha le había soltado la lengua y él se había comportado como un colegial demasiado brillante. Se volvió hacia John Wilkes:

—Su biblioteca, señor. Le estaría muy agradecido si me la enseñara.

Wilkes se dirigió a sus invitados:

—Señoras y señores, nos disculparán. Antes le he pedido al señor Butler que me manifestara su más sincera opinión acerca de las posibilidades de la Confederación y él ha atendido mi petición. —Wilkes esbozó una leve sonrisa—. Demasiado sincera tal vez. Si alguien tiene alguna objeción, que me la plantee a mí… —Y levantó un dedo en señal de advertencia—: En privado. —Volviéndose

hacia Rhett, añadió—: ¿Nuestra biblioteca? Señor, no creo que haya otra mejor en el condado de Clayton.

Era una hermosa sala de techo alto y nueve metros de longitud cuyas paredes estaban enteramente cubiertas de libros, incluso por encima de la puerta y las ventanas.

Wilkes señaló con gesto indiferente.

—Estos son de biografía e historia. Hay novelas en los estantes situados al lado de aquel sillón; Dickens, Thackeray, Scott. Casi todos mis invitados no tardarán en irse a descansar para recuperar fuerzas con vistas al baile de esta noche. Nuestro violinista es famoso en estos parajes. Tal vez le apetezca quedarse, señor Butler.

—Lo lamento mucho, señor. Mi tren sale a las nueve.

—Ah. —Wilkes se tocó la nariz y miró a Rhett. Puede que deseara decir algo más, pero se conformó con la frase—: Si hay virtudes peores que la belleza y la inocencia, señor, la excesiva franqueza es una de ellas. Y ahora, señor, debo regresar junto a mis invitados. Tengo que alisar algunas plumas.

Las paredes de la biblioteca eran muy gruesas, los altos techos mantenían el frescor de la sala y Rhett se sintió de repente muy cansado. Se tumbó en el largo sofá de alto respaldo y cerró los ojos.

Las mujeres. Todas aquellas mujeres. Rhett recordó que Didi siempre tomaba un bocado de su plato y le registraba el billetero cuando creía que él estaba dormido. Sonrió. Llevaba años sin pensar en aquello. Scarlett O'Hara…

Se quedó dormido. Un agitado sueño dio paso a otro y después a otro. Y de pronto, a través de las brumas del sueño, oyó unas voces.

—¿Qué dices? ¿Qué me vas a revelar un secreto?

Ella se armó de valor.

—Sí… un secreto… Te quiero.

—¿No te basta con haberles arrebatado el corazón a todos los hombres que estaban aquí? ¿Quieres que todo sea por unanimidad? Bueno, ya sabes que mi corazón siempre ha sido tuyo. Puedes estar segura.

Desconcertado, Rhett flotó hacia arriba a través de los estratos del sueño. Cuando abrió los ojos, su mejilla descansaba contra un almohadón de cuero y se notaba la boca seca. Las voces que había soñado siguieron hablando.

—Ashley… Ashley… dime una cosa… tienes que decírmela… ¡Vamos, no te burles ahora de mí! ¿De veras soy dueña de tu corazón? Oh, Dios mío, te qui…

¿Ashley? Pero bueno, ¿quién era Ashley? La mente de Rhett buscó algún amarre. Fort Sumter. El algodón de Frank Kennedy. Una atrasada plantación con pretensiones. La biblioteca. ¿Scarlett? ¿Scarlett qué? Rhett frunció el entrecejo. Se notaba la mejilla pegada al almohadón de cuero.

Alguien —¿Ashley?— dijo:

—¡No puedes decir esas cosas, Scarlett!

De repente, Rhett se despertó del todo.

Una voz severa añadió en tono grave:

—No debes. No lo dices en serio. Te odiarás a ti misma por haberlas dicho y me odiarás a mí por haberlas escuchado.

Rhett pensó: «Vaya con sus miradas de adoración, señorita Scarlett.» Se había quedado dormido sobre el costado derecho y su reloj de bolsillo le punzaba la cadera; tenía los pies entumecidos. Debería haberse quitado las botas de montar. «Un hombre con mejores cualidades que yo —pensó— se levantaría de un salto, pediría disculpas, aseguraría a los amantes que no había oído nada y abandonaría a toda prisa la sala. Por suerte carezco de esas cualidades.»

—Jamás podría odiarte —dijo ella—. Te digo que te quiero, y sé que no te soy indiferente porque… Ashley, tú me aprecias…, ¿verdad?

—Sí, te aprecio.

«Una respuesta muy blanda, joven», pensó Rhett, haciendo una mueca mientras separaba su mejilla del almohadón de cuero.

—Scarlett, ¿no podríamos irnos de aquí y olvidar que hemos dicho estas cosas? —El joven Wilkes vaciló un poco antes de llegar al meollo de la cuestión—. El amor no es suficiente para que un matrimonio tenga éxito cuando dos personas son tan distintas como somos nosotros…

Rhett pensó: «Ajajá, la hija de un inmigrante irlandés y el aristócrata. Es buena para tontear, pero no lo suficiente para casarse con ella.»

Wilkes añadió:

—Tú lo querrías todo de un hombre, Scarlett, su cuerpo, su corazón, su alma, sus pensamientos. Y si no puedes tenerlos serás muy desdichada. Y yo no querría tener toda tu mente y toda tu alma, y tú sufrirías por ello…

Rhett pensó: «Eso es un caballero de verdad: no arriesga nada y no pierde nada.»

Ambos siguieron discutiendo hasta que arribaron al consabido final: ella le abofeteó el rostro y él levantó su aristocrática barbilla y —con el honor, ya que no la dignidad, intacto— abandonó la estancia.

Rhett tenía intención de permanecer escondido hasta que Scarlett también se fuera, pero su corazón estaba dominado por la risa y, cuando ella arrojó un jarrón contra la chimenea y los fragmentos fueron a parar a su sofá, se incorporó, se pasó una mano por el cabello alborotado por el sueño y dijo:

—Ya es malo que a uno lo despierten de la siesta con la conversación que me he visto obligado a escuchar, pero ¿por qué ha de ponerse en peligro mi vida?

—Señor… —balbució Scarlett—. Habría tenido que dar a conocer su presencia.

—En efecto. Pero la intrusa fue usted. —La miró sonriendo y, en su deseo de ver cómo se le encendían los ojos, soltó una carcajada.

—Los que escuchan a escondidas… —empezó ella.

Rhett la miró sonriendo.

—Los que escuchan a escondidas suelen enterarse de cosas sumamente divertidas e instructivas.

—Señor —replicó ella con determinación—, usted no es un caballero.

—Una observación muy acertada. Y usted, señorita, no es una dama. —Le encantó ver el destello de sus ojos. ¿Y si también lo abofeteaba a él? Volvió a reírse porque la vida era de lo más sorprendente—. Nadie puede seguir siendo una dama después de decir lo que acabo de oír. No obstante, las damas raras veces me atraen. Sé lo que piensan, pero nunca tienen el valor o la falta de educación necesaria para decirlo. En cambio, usted, señorita Scarlett O'Hara, es una chica de insólito temple, de un temple admirable, y me quito el sombrero ante usted.

Su carcajada la persiguió mientras ella abandonaba la estancia.

10
La Viuda Alegre

Todo un año después, el buque *Merry Widow* (la Viuda Alegre) atracó en el muelle de Haynes & Son, tras tres días desde Nassau y seis horas de silencio sin luna deslizándose a través del bloqueo federal. Rhett Butler desembarcó en medio del fuerte resplandor de las luces de gas y el ajetreo de los estibadores.

John Haynes estrechó la mano de su socio.

—Esta vez te ha ido por un pelo, Rhett. Amanecerá dentro de quince minutos.

—Tunis se ocupará de llevar la carga al almacén. ¿Te vienes a desayunar conmigo?

—Necesito hablar unos minutos con Tunis. ¿Nos vemos en el café del mercado?

En medio de las primeras luces del amanecer, Rhett paseó por la East Battery, disfrutando de la belleza de la ciudad. El perfume de las mimosas se imponía a la salobrez del aire. Aquí y allá un centinela uniformado de gris montaba guardia en el parapeto, con los prismáticos dirigidos hacia la flota federal. En el mercado, los pescaderos anunciaban a gritos su mercancía mientras los criados, los cocineros y las negras regateaban el precio de los productos y del pan recién hecho. Muchos encargados de tenderetes lucían las placas de latón de los negros libertos que el consejo municipal había emitido recientemente.

Con un aspecto tan descansado como si no hubiera permanecido toda la noche en vela, Rhett paseaba por el mercado inclinándose hacia los tenderetes para estrechar una mano aquí o compartir una broma allá. Todos los negros liberados sabían que Rhett Butler había contratado a Tunis Bonneau como piloto a pesar de los muchos blancos que aspiraban al puesto.

John Haynes estaba sentado a la mesa de la esquina con una taza de café.

—Ah, John, qué agradable es estar en casa. Dios mío, me muero de hambre. Los buques de guerra yanquis me abren el apetito. ¿Sólo café?

—¿Una travesía sin complicaciones, Rhett?

—Hay más buques bloqueando nuestro paso y cada vez lo hacen mejor. —Rhett dio una palmada a la mesa—. Toco madera.

—Rhett, si alguna vez te acorralaran, por el amor de Dios no intentes escapar. Acércate con el *Widow* a tierra y ríndete. El *Widow* ya está pagado y le hemos sacado mucho provecho.

—Pero, John —dijo Rhett solemnemente—, ¡si es algo emocionante! ¡Toda una aventura! Con el corazón en un puño y el vello erizado… ¿Quieres cambiar tu puesto por el mío?

John esbozó una sonrisa.

—Rhett, yo soy un joven y aburrido hombre de negocios que intenta convertirse en un viejo y aburrido hombre de negocios. Las aventuras las dejo para ti.

Cuando Rhett pidió salchichas, huevos, maíz molido y café, el camarero se disculpó:

—Capitán Butler, tenemos que cobrarle más. ¡Todo se ha puesto por las nubes!

—Malditos sean los buques que burlan el bloqueo y lo acaparan todo —dijo Rhett como si entonara una cantinela.

El camarero rió.

—Cuéntame, John. ¿Cómo está mi preciosa sobrina Meg? ¿Ya ha preguntado por su tío Rhett?

John le refirió las andanzas de su hija.

—Mira, Rhett, ser padre es como volver a ser niño. Meg renueva el ambiente familiar.

—Te envidio, John.

—Ya serás padre algún día.

—¿Tú crees? Me dicen que para semejante empresa hace falta una mujer.

John se echó a reír.

—Rhett, eres apuesto, audaz y rico… puedes elegir a la mujer que quieras.

La última vez que Rhett había visitado el número 46 de la calle Church, la tensión entre Rosemary y John había sido tan palpable como forzados sus intentos de mostrarse corteses. Rhett no había permanecido allí ni siquiera una hora. La culpa la había tenido el maldito Baile Patriótico. Andrew Ravanel había provocado un escándalo que había repercutido en las relaciones entre Rosemary y su esposo.

—¿Qué mujer como Dios manda accedería a casarse con un bandido, John? —preguntó jovialmente Rhett—. La vida de un bandido suele ser corta y sus recursos económicos, irregulares. Desde el punto de vista matrimonial, un bandido es el peor partido.

Cuando el camarero le sirvió el desayuno, Rhett se lanzó con entusiasmo.

—La pasada primavera conocí a una muchacha en Georgia… —añadió sonriendo—. Por desgracia, fue inmune a mis encantos.

—Mi pobre, pobre Rhett. Sé sincero conmigo, amigo: ¿podemos ganar esta guerra?

—John, cada día cien revólveres abandonan la fábrica del coronel Colt en New Haven. Cada uno lleva una bala normal y el cilindro de un revólver encaja en cualquier otro. Los yanquis tienen una mentalidad práctica y los sureños son unos románticos. En la guerra, aquéllos siempre ganan a éstos.

—Pero ¿no crees que…?

Rhett se adelantó:

—John, mi mayor deseo es tu felicidad y la de Rosemary. Mi viejo amigo, ¿hay algo que pueda hacer para reconciliarte con mi hermana? Si quieres, hablaré con ella. A veces alguien de la familia…

John centró su atención en un arañazo que surcaba la superficie de la mesa. A pesar de lo mucho que se despreciaban, John Haynes leía todos los periódicos en que se ensalzaban las hazañas militares de Andrew Ravanel: «Audaz incursión»; «¡La Brigada de Ravanel asesta un duro golpe a Tennessee!»; «¡El coronel Ravanel captura a cientos de prisioneros!»; «Detrás de las líneas enemigas, con la caballería federal pisándole los talones, el audaz coronel Ravanel tuvo el valor de detenerse para cursar un telegrama al Departamento de Guerra Federal, quejándose de los caballos que les proporcionaban.»

Los ojos de John estaban tan apesadumbrados que Rhett tuvo que hacer un esfuerzo para no apartar la mirada.

—Mi Rosemary —susurró— dice que no se casó conmigo por mí, sino para huir de la casa de su padre. —Se restregó la mano izquierda con la derecha—. Yo no le hice ningún reproche por lo que ocurrió en el Baile Patriótico, pero ella no me perdona que yo no sea… Andrew. Mi querida esposa cree que, tal como antes fuera una propiedad de su padre, ahora lo es mía. No más que una esclava. Rhett, tu hermana me llama «amo John».

Rhett pegó un respingo. Poco después dijo:

—¿Y si alquilo un coche y nos vamos tú y yo, con Meg y Rosemary, de excursión al campo?

John meneó la cabeza.

—No puedo. Tengo que encargarme de almacenar debidamente el algodón del *Widow.* —Bebió un sorbo de su café ya frío y dijo con exagerada jovialidad—: Cuéntame algo de esa chica de Georgia.

—Ah, sí, la señorita Scarlett O'Hara. —Rhett se alegró de cambiar de tema—. La pasada primavera, mientras vosotros los charlestonianos estabais ocupados declarando esta guerra, yo estaba en Georgia comprando algodón. Me invitaron a una barbacoa en la plantación más importante de la zona. El hijo del propietario se iba a casar con una prima suya de Atlanta. Estos aristócratas del campo no aportan sangre nueva a la familia ni que los maten. Me gustó John Wilkes, pero su hijo Ashley era tan blandengue que daba asco. La chica más guapa de allí era la señorita Scarlett O'Hara, ¡y a la tal señorita Scarlett se le había metido en la cabeza que Ashley Wilkes se casara con ella en lugar de con su novia! ¡Estaba a punto de producirse una tragedia amorosa, John!

»Por desgracia para mis indecorosas intenciones, puesto que no podía hacerlo con Wilkes, la muchacha se casó con el primer mozo que se le puso a tiro: Charles Hamilton, el hermano de la novia. —Rhett meneó tristemente la cabeza—. Qué desperdicio.

—¿Hamilton? ¿O'Hara? ¿Una familia de Georgia? ¿Cerca de Jonesboro?

—Los mismos. Dios mío, cuánto envidio las noches de amor de Charles

Hamilton con esa incomparable muchacha antes de irse a la guerra. Cuántas tiernas despedidas…

—Charles Hamilton ha muerto.

—¿Cómo?

—Y la viuda Hamilton se encuentra en Charleston, de visita en casa de su tía Eulalie Ward. ¿Qué dices a eso?

Rhett Butler sonrió como un colegial.

—¡Qué noticia tan extraordinaria, John! En mi último viaje les traje a las hijas de Eulalie Ward unos tejidos de brocado de París. Puede que las visite esta tarde y averigüe qué hicieron con ellos.

Los civiles y los bisoños soldados confederados paseaban por delante de los negros y gigantescos cañones emplazados en el White Point Park de Charleston.

—¿Y si empiezan los disparos, señorita Scarlett? —Prissy se apartó de la ventana del segundo piso—. Hay barcos federales del bloqueo por todas partes y yo me muero de miedo. —Su frente se arrugó hasta que su pensamiento llegó a su destino—: Tengo miedo por Baby Wade.

Él cual, tal como Scarlett O'Hara Hamilton observó con gratitud, estaba dando cabezadas a punto de quedarse dormido en brazos de Prissy.

—¿Qué ocurrirá si Wade y yo salimos a tomar un poco el aire y ellos empiezan a disparar? ¿Y si entran en el puerto disparando sus cañones? ¡El amito Wade se morirá de miedo!

Charleston, la cuna de la Secesión, era muy sensible a las victorias federales. Algunos federales se jactaban diciendo: «En Charleston empezó la revuelta y en Charleston terminará.» El anterior mes de diciembre, un incendio en el corazón de la ciudad había destruido ocho manzanas de iglesias y viviendas, y hasta el mismísimo Edificio de la Secesión había sido pasto de las llamas. Algunos comentaban en voz baja que el barrio incendiado constituía un presagio del futuro de Charleston.

—Ojalá viniera la flota federal —dijo Scarlett, hablando para sí—. Cualquier cosa con tal de romper esta monotonía.

Scarlett O'Hara aborrecía la viudez. Despreciaba sus tristes atuendos de luto, la penitencia obligatoria.

¡Por lo menos en Charleston podía lucir vestidos con ribetes lavanda en las mangas! En Tara, cualquier atuendo que no fuera absolutamente lóbrego suscitaba los inmediatos reproches de su madre, Ellen: «Querida Scarlett, la gente podría malinterpretar tus verdaderos sentimientos.»

Sus verdaderos sentimientos…

La solemnidad la estaba matando. ¿Quién era aquella doliente criatura con velo negro y plano sombrero de viuda? ¿De veras aquella caricatura era Scarlett O'Hara, la muchacha más alegre y cautivadora del condado de Clayton? ¿Tenía Scarlett que rechazar a todos sus admiradores por respeto a un marido cuya muerte Scarlett deploraba mucho menos que la pérdida de su poni preferido? Charles Hamilton no era más que un niño; ¡su manera de hacer el amor era tan

solemne y aburrida! ¡La vida era tremendamente injusta! Scarlett tenía que simular ante el mundo que su corazón estaba enterrado con Charles mientras ella soñaba con Ashley Wilkes, el hombre con quien habría debido casarse. Ashley Wilkes. Su sonrisa, sus lánguidos ojos grises… En su frío lecho de viuda, Scarlett evocaba todos los momentos compartidos con Ashley… los paseos por la perfumada rosaleda de Doce Robles, la serena gentileza de Ashley, los libros que le mencionaba, los grandes cuadros que había admirado durante su viaje por Europa, los felices paseos a caballo por la campiña de Georgia. El amor que los unía era demasiado valioso y tierno como para que fuera necesario expresarlo con palabras, hasta aquella tarde fatal en la biblioteca de Doce Robles, cuando ella le había manifestado su amor y él la había rechazado para casarse con otra.

Muy bien, pues. ¡Si Ashley se casaba con la insignificante Melanie Hamilton, Scarlett hechizaría a Charles, el ingenuo hermano de Melanie, y se casaría con él!

Seis meses después, Charles había sucumbido a una estúpida enfermedad en el campamento y Scarlett se había quedado embarazada, viuda y vestida de negro. Ella había intentado llorar la muerte de su marido. Lo había intentado de veras.

Preocupada por la salud de su hija y confiando en que un cambio de aires pudiera mejorar el estado de ánimo de su hija, Ellen O'Hara había enviado a Scarlett a la casa de su tía Eulalie Robillard Ward en Charleston.

Scarlett tenía puestas grandes esperanzas en Charleston; Charleston tenía fama. Pero resultó que era un lugar más aburrido que Tara. Todas las tardes las amigas de Eulalie se reunían para chismorrear acerca de los pequeños escándalos de Charleston y comparar genealogías.

La madre de Scarlett raras veces se mencionaba en casa de su hermana y, cuando alguien hablaba de Ellen Robillard O'Hara, lo hacía con el tono que se utilizaba para referirse a una dama más gravemente enferma de lo que ella misma reconoce.

La joven Prissy cuidaba del pequeño Wade con la misma dulzura con que una niña cuida de su muñeca preferida.

—¿No oye a Baby Wade? Creo que está roncando. ¡A que es gracioso!

—¿Acaso no roncan todos los niños?

Scarlett lanzó un suspiro y bajó para pasar otra aburrida tarde preparando hilas con su tía Eulalie Robillard Ward y sus amigas.

Puesto que la Confederación no disponía de vendas de lino, las damas rebuscaban en sus buhardillas camisas y camisolas que pudieran reconvertirse en hilas para taponar heridas.

El quisquilloso cuñado de Eulalie, Frederick Ward, había abandonado su habitual sillón orejero para ir a sentarse en un canapé lo más lejos posible de las prendas interiores que las señoras estaban deshaciendo; Frederick Ward consideraba inmorales las novelas y era bien sabido que más de una vez había abandonado una estancia antes que someterse a opiniones «bohemias».

Se levantó al ver entrar a Scarlett.

—Buenas tardes, señora Hamilton.

En la respetada opinión de Frederick, las mangas con ribetes de color lavanda no eran apropiadas para una viuda cuyo marido no llevaba ni doce meses en la tumba. La joven señora Hamilton no parecía afectada por los reproches de Frederick y raras veces lo hacía objeto de la deferencia que cabía esperar de una muchacha del interior de Georgia para con los que eran superiores a ella.

La viuda Eulalie Ward se había pasado años vistiendo de luto, pero Charlotte Fisher Ravanel se había puesto de luto el mes anterior al morir la abuela Fisher.

Charlotte Ravanel y Rosemary Haynes resolvieron sus diferencias en el funeral, donde Charlotte olvidó por completo el Baile Patriótico. Las afiladas insinuaciones de Juliet tropezaron con el olvido de Charlotte.

—Ojalá supiera a qué te refieres, querida, pero me dolía mucho la cabeza y abandoné el baile temprano.

Levantando los ojos de la camisa que estaba troceando, Juliet Ravanel comentó con orgullo:

—El *Mercury* de esta mañana comparaba a Andrew con Thomas *Stonewall* Jackson.

Scarlett Hamilton bostezó.

—El general Jackson es el hombre más feo que se ha visto en este mundo.

Empress, la perrita faldera de tía Eulalie, se puso a ladrar.

Rosemary Haynes esbozó una sonrisa.

—¡Ja, ja! Por eso los federales huyen de Jackson. ¡Les repugna su cara! ¡Se me ocurre un plan! Nuestros generales podrían utilizar baterías especiales para bombardear a nuestros enemigos —Rosemary tiró de una imaginaria cuerda de disparo— con daguerrotipos de confederados feos. ¡Los federales huirían como conejos! Puede que el Sur no tenga harina, zapatos, tejidos, azúcar, café y té, pero tenemos montones de hombres feos, con barbas ralas, ojos bizcos, lascivos y desdentados.

Su ocurrencia fue acogida con un gélido silencio. Scarlett disimuló su carraspeo acercándose un pañuelo a la boca.

La minúscula cocker spaniel de Eulalie volvió a ladrar y Eulalie dijo:

—A *Empress* no le hacen ninguna gracia tus bromas, querida. ¿Quién habría podido imaginar que mi dulce perrita pudiera ser tan patriota?

Scarlett no pudo resistirse.

—Tiene el cerebro de un patriota.

Otro silencio. Scarlett cerró los ojos. ¡Señor! Estaba hundida en el lodazal del aburrimiento. El aburrimiento la asfixiaba hasta el extremo de no dejarla respirar. Su mayor temor era que una mañana despertara sin poder recordar —de la misma manera que los Ward ya no lo recordaban— en qué consistía la alegría.

Juliet Ravanel rompió el silencio.

—Rosemary, me han dicho que tu hermano ha vuelto a Charleston.

—Sí, y malcría terriblemente a Meg.

—Pues alguien me ha dicho que su hijo está en Nueva Orleans.

—Mi querida Juliet… —Rosemary sonrió con los labios apretados—, no

esperaba que precisamente tú repitieras chismorreos calumniosos.

Juliet Ravanel le devolvió la sonrisa.

Entretanto, una Scarlett muerta de aburrimiento estaba elaborando un bestiario imaginario: Frederick Ward era un obeso gato rubio; la rubicunda Juliet Ravanel, un cardenal de Virginia; las hijas de Eulalie, Patience y Priscilla, vestidas con idéntico brocado verde, tenían facciones de lagartija y se comportaban como reptiles. Con su atuendo de luto, la pobre tía Eulalie era un perfecto cuervo.

Mientras Scarlett soñaba despierta, la conversación pasó a centrarse en un pariente de los Robillard que había muerto en Shiloh.

Frederick se acercó el dedo índice a la barbilla.

—El marido de la hija de Pauline, mmm. ¿Su primera mujer no era una Menninger? Mmm. Si la memoria no me engaña, James, el hijo mayor de Menninger, tenía una plantación a orillas del Ashley, más abajo de Grafton, humm. ¿No se casó con aquella chica… ay, Dios mío, ahora no recuerdo cómo se llamaba… aquella preciosidad de Richmond?

En aquel momento, si el demonio en persona se hubiera presentado envuelto en una nube de humo, Scarlett de buen grado hubiera sellado un pacto con él a cambio de una barbacoa y una noche de valses, música y diversión. Pero pasó el momento y el alma inmortal de Scarlett se apartó del abismo.

—Creo que voy a salir a tomar un poco el aire —dijo sin molestarse en ocultar su bostezo detrás de su negro abanico de seda.

Fuera, el calor de Charleston la azotó como un húmedo guante de lana. Protegiéndose los ojos, entornó los párpados contra la deslumbradora luz. Ojalá pudiera estar en casa, en la sombreada Tara.

El jardín separaba la casa de los Ward de las cabañas de los esclavos ocultas detrás de un ancho seto de boj. Los lirios de Luisiana florecían bajo las rojas azaleas cuyo perfume no podía competir con el de la lavanda.

Willy, el hijo de Frederick, y sus amigos se habían reunido a la sombra de un viejo eucalipto. Los amigos de Willy Ward vestían los complicados uniformes de la Brigada de la Palma, los Guardias de Moultrie y la Infantería Ligera Washington. ¡Vaya por Dios! Scarlett sabía que se pondrían a hablar de la guerra y ella tendría que fingir sentirse fascinada por su galantería. ¡Scarlett O'Hara estaba harta de aquellos muchachos!

Aspirando el húmedo aire intensamente perfumado de Charleston, Scarlett recordó las rosas sutilmente aromáticas de Tara. El recuerdo fue tan intenso que, a centenares de kilómetros de su casa, Scarlett cerró los ojos y se tambaleó.

—¡Prima Scarlett! ¡Prima! ¿Te encuentras mal? Deja que te acompañe a la sombra. No estás acostumbrada a nuestro sol.

Con expresión seriamente preocupada, Willy Ward la acompañó a una silla.

—Gracias, Willy.

Scarlett esbozó una nostálgica sonrisa.

Aunque Willy había sido el que con más rapidez había reaccionado, otros muchachos corrieron a prestar ayuda a la joven y encantadora viuda. Uno de ellos sugirió un lienzo frío; otro le ofreció limonada. ¿Quería un parasol?

—Oh, muchas gracias a todos. ¡Son ustedes demasiado amables!

Al otro lado del jardín, un hombre de mediana edad vestido de paisano permanecía apoyado contra la verja. Mantenía los brazos cruzados y una sonrisa aleteaba en sus labios. El corazón de Scarlett empezó a palpitar con tal fuerza que ésta tuvo que llevarse la mano al pecho.

—¡Prima Scarlett, estás muy pálida!

—Pues sí, Willy —dijo Scarlett respirando afanosamente—, estoy pálida. Las damas tienen que estarlo. ¡No te preocupes!

Aquel hombre se acercó el dedo índice al ala de su reluciente sombrero de paja.

Willy se arrodilló al lado de la silla de Scarlett.

—¡Ya te está volviendo el color! ¡Este bochorno tan tremendo! Deja que te acompañe al interior de la casa.

En Doce Robles, aquel hombre la había oído suplicar a Ashley, implorar a Ashley que la amara tanto como ella lo amaba a él, y había oído rechazar su súplica en aras de algo mejor y más noble…

Y ahora aquel hombre se atrevía a llevarse un dedo a los labios como si conociera sus más íntimos pensamientos pero hubiera jurado guardar el secreto.

—¿Quién es aquel… el hombre vestido de paisano? —preguntó Scarlett emitiendo un jadeo.

—Es el célebre capitán Butler —respondió un joven rubio enfundado en un uniforme de zuavo—. No sé por qué la señora Ward lo recibe en su casa.

—Butler es lo bastante atrevido como para conseguir eso y mucho más —reconoció Willy Ward—. En su última travesía burló el bloqueo enemigo a pleno sol. Y convenció a los capitanes de los buques enemigos de que era un barco correo federal, ¡y ellos lo escoltaron hasta el puerto!

Butler se acercó a Scarlett tal como lo hubiera hecho un enorme gato, con perezosa y premeditada confianza. Alto, moreno e insólitamente musculoso para ser un caballero sureño. Vestía una levita de velarte negro, una camisa con chorreras en los puños y un fular de un azul tan delicado como un huevo de petirrojo. A pesar de que se quitó el sombrero de paja, su gesto dio la impresión de ser menos caballeroso de lo que hubiera podido ser.

—Mi querida señora Hamilton, me quedé desolado al enterarme de la muerte de su esposo Charles. *Dulce et decorum est pro patria morí.* —Sonrió, haciendo una pausa—. Tal vez no sufrió usted la maldición de una educación clásica. «Dulce y honroso es morir por la patria.» Un sentimiento que estos gallardos oficiales comparten sin duda.

—¿Y usted, señor… no está al servicio de la patria? —preguntó inocentemente Scarlett.

—Algunos de nosotros, señora, no somos tan heroicos. —Aunque seguía sin

ponerse el sombrero, su gesto sabía a burla—. Cuan orgullosa tiene usted que sentirse. —Miró con una sonrisa a los jóvenes—. Cuan orgullosos tienen que sentirse todos ustedes.

Los jóvenes oficiales se pusieron en tensión sin saber muy bien por qué.

Willy Ward pensó que Butler era un presuntuoso por el hecho de acercarse a la muchacha más guapa que él jamás hubiera visto en el jardín de su casa. Willy estaba preparando una réplica cuando Scarlett lo dejó pasmado.

—Caballeros, les pido disculpas. El capitán Butler y yo tenemos que discutir un asunto.

Los jóvenes se retiraron a regañadientes lejos del alcance del oído, si bien Willy vigiló a la pareja como si el capitán Butler, a la manera de un pirata, pudiera apoderarse de la joven viuda y huir con su trofeo.

Rhett Butler la estudió con impertinencia.

—El negro no es su color, querida. Los tejidos de París son más suaves esta temporada. Tienen un tafetán del mismo color que sus ojos.

Scarlett lo miró a la cara.

—Capitán Butler, en Doce Robles las cosas no fueron lo que parecían. Yo cedí a la tentación de un frívolo coqueteo en vísperas de la boda de mi viejo amigo. Ni Ashley Wilkes ni yo queríamos decir realmente lo que dijimos. Estoy segura de que cualquier caballero… —casi se atragantó con la palabra— lo comprendería.

Rhett se acercó una mano al corazón.

—¡Lo comprendo muy bien! No cabe duda de que el galante Wilkes tomó su encantadora súplica por un capricho; sin más consecuencias que las que pueda tener el coqueteo de la mariposa con la flor. —Los ojos de Butler se estaban burlando de ella. ¡Burlando!—. Por mi parte, si alguna vez tuviera el placer de volver a verla, fingiré que su insensato coqueteo jamás ocurrió. Hasta podemos fingir que jamás nos hemos visto. —Y la miró con una irritante expresión de regocijo.

Scarlett jamás en su vida había conocido a nadie tan odioso. Golpeó el suelo con los pies.

—¡Oh, qué bobadas está diciendo!

Su teatral mutis quedó ligeramente estropeado por un pequeño tropiezo en el umbral de la puerta.

Cuando Scarlett irrumpió en la salita privada de su tía, los ojos de Frederick Ward se abrieron desmesuradamente mientras una de sus habituales opiniones rodaba hacia su inevitable e imparable conclusión tras haber dejado de ser obra de Frederick para convertirse en una criatura con vida propia:

—Quizá Phillipe Robillard fuera demasiado peligroso para la hermana Ellen, ¿mmm? Claro que casarse con un áspero y porfiado irlandés como Gerald O'Hara…

La opinión de Frederick fue inmediatamente pisoteada por la impaciente pregunta de Scarlett:

—Tía Eulalie, ¿por qué aceptas en tu casa al capitán Butler? No es un

caballero.

Confusa, tía Eulalie agitó sus diversas papadas.

—Pero bueno, porque él… él…

Scarlett se volvió hacia Frederick.

—¿He oído bien lo que estaba diciendo? ¿Le he oído decir que mi madre se casó con alguien inferior a su categoría? ¡Por los tirantes de Dios, señor! —Scarlett estalló en una aceptable imitación del vulgar acento irlandés de su padre Gerald—. ¡A fe mía! ¡Si mi padre se quería casar con sangre refinada, no hay que buscar más allá de los Robillard! ¡Por Dios bendito, pero si ésos ni siquiera tienen sangre en las venas!

11
Menudos amantes

El río Ashley bajaba sucio y marrón en su crecida. Los arrozales ya se habían sembrado e inundado y las casas de la plantación se elevaban por encima de la reluciente superficie del agua cual islas. Los charlatanes elevaron el vuelo al borde del camino cuando pasó a toda prisa un faetón de brillante color azul. Los carretones y los carromatos se desviaron a un lado para permitir el paso de las damas y los caballeros.

—Oh, mira, Rhett —dijo Rosemary—. Están arreglando la antigua propiedad de los Ravanel.

Rhett tiró de las riendas de *Tecumseh.*

Los obreros iban de un lado para otro en el tejado de la granja, levantando tejas rotas de cedro y dejándolas caer sobre las malas hierbas tan altas como una persona que crecían alrededor de los cimientos. Montados en un andamio, tres obreros estaban arrancando una ventana podrida, con el bastidor y todo.

—La ha comprado William Bee para su hijo —dijo Rhett—. Bee ha ganado tanto dinero burlando el bloqueo que ahora se puede permitir un capricho. —*Tecumseh* mordió el freno con impaciencia—. Tranquilo, muchacho. Me pregunto cuánta pintura van a necesitar: para cubrir los pecados de esta casa.

—¿Estuviste muchas veces allí? —preguntó Rosemary.

Rhett se encogió de hombros.

—Cuando era joven y estaba desesperado. La última vez…

—¿Rhett?

Otra cálida lluvia de septiembre mojaba los adoquines cuando el joven Rhett Butler cabalgaba en dirección a la mansión de los Fisher montado a lomos de Tecumseh. *La lluvia abría hoyuelos en las grises aguas del puerto y el lejano Fort Sumter entraba y salía de la bruma como si flotara.*

Rhett estaba de mal humor. La víspera Henry, Edgar y el viejo Jack Ravanel lo habían ayudado a celebrar una victoria en el póquer hasta conseguir que sus ganancias se convirtieran en un recuerdo. Rhett había bebido demasiado y, al amanecer, al salir de la casa de la señorita Polly, había pegado un respingo y entornado los párpados para protegerse los ojos del ardiente sol. Había pensado: «Por ti, pequeña Rosemary, tengo que cambiar de vida.»

La víspera, Henry Kershaw se había mostrado más áspero que de costumbre, el servilismo de Edgar Puryear había sido más irritante y Rhett había observado al viejo Jack

Ravanel mirándolo con el mismo cariño que un gato le reserva a una gorda liebre.

¿Por qué había regresado a Charleston? ¿Para exhibir su deshonra en West Point ante los compinches políticos de su padre? Había tantos lugares en los que habría preferido estar, tantas cosas que habría preferido hacer. Rhett estaba harto de la gente estúpida y aburrida, harto de la escandalizada consternación de los aburridos rostros absolutamente previsibles. Después de haber pasado una mala noche, el joven Rhett Butler aspiró una profunda bocanada de aire salitroso. Iría a ver a Rosemary. Cuánto quería a su hermanita Rosemary… Tal vez su cariño infantil pudiera salvarlo.

Cuando le abrió la puerta la propia abuela Fisher, las esperanzas de Rhett se vinieron abajo.

—Lo siento, Rhett. ¡No sé cómo se ha enterado tu padre de que has estado visitando a tu hermana! Jamás he visto a Langston tan furioso. Si yo fuera un hombre, creo que me habría desafiado a un duelo. —La abuela apretó los labios—. Rosemary es la hija de Langston. No he podido hacer nada.

—¿Y dónde está ella? —preguntó él con la voz ronca.

—En Broughton. Langston dijo que…

Rhett echó la cabeza atrás como si le estuviera arrancando las palabras de la boca.

—Tu padre me ha dicho que se quedará allí hasta que tú te mueras o abandones la Tierra Baja. ¡Maldito hombre! Entra, Rhett, y hablaremos. No carezco de influencia en la ciudad y…

El sonido de los cascos de Tecumseh *borró cualquier otra cosa que ella hubiera podido decir. Sobre los adoquines resbaladizos a causa de la lluvia, Rhett cruzó al galope la ciudad a lomos de* Tecumseh. *El poderoso caballo galopaba tan incansable como una locomotora de vapor. Al cabo de una hora, refrenó a* Tecumseh *para que corriera a medio galope y finalmente al trote. Cuando el caballo meneó la cabeza, su saliva salpicó las mejillas de Rhett. Ya habían dejado atrás la ciudad por el Camino del Río.*

El joven Rhett creía que los años venideros no iban a ser distintos de los que ya había vivido. Estaba deshonrado; siempre lo estaría. Estaba solo y siempre lo estaría. Rhett podía soportar que no lo amaran, pero no podía vivir sin amar.

Ya de madrugada se adentró por el sendero de la casa del coronel Jack Ravanel. Jack había estado envuelto recientemente en un proyecto económico especialmente peligroso. Allí Jack podía esquivar a los alguaciles.

El sendero de la propiedad estaba muy descuidado y cubierto de maleza. Delante del patio de la entrada, Rhett desensilló a Tecumseh *y lo acarició para tranquilizarlo. Las patas del caballo temblaban de cansancio.*

El viejo Jack no se movió del porche.

—Le exiges demasiado a ese caballo, muchacho —dijo—. Yo admiro ese caballo. Si lo vas a matar, mejor véndemelo.

—¿Hay heno en el cobertizo, Jack?

—Donde siempre. Hay un balde junto al pozo.

Mientras daba de beber a su exhausto animal, Rhett dijo en un susurro:

—Por Dios, Tecumseh, *no me vayas a fallar. ¡No podría resistir que me fallaras!*

El caballo hundió el morro en el balde.

La alquería Ravanel (llamarla «casa de la plantación» habría sido demasiado) había sido construida por el abuelo de Jack y había, permanecido muchos años muy descuidada. Rhett pisó los contraescalones de madera de ciprés verde musgo. El porche olía a humedad, como si muchas décadas de brumas fluviales hubieran congelado la madera podrida y la pintura desconchada.

Sin levantarse, el viejo Jack movió una mano en gesto de lánguida bienvenida.

—Tenemos toda la plantación del viejo Jack a nuestra disposición, joven Butler. Todos los muchachos están en la ciudad. Dios santo, cuánto me gustaría estar en la ciudad.

La perspectiva de otra noche de juerga hizo que Rhett se sintiera ligeramente mareado.

—No te veo muy animado, hijo. Problemas de mujeres, supongo. —Deslizó una botella casi llena de whisky hacia el joven—. Eso lo cura todo. Las penas de amor, los fracasos y los remordimientos. Te ayudará a llorar y a olvidar.

Aunque el viejo depravado raras veces invitaba a una ronda, Rhett estaba demasiado hundido en el mal humor como para sospechar nada. Bebió un buen trago directamente de la botella.

—Debe de haber sido una moza muy guapa —observó Jack—. El amor, muchacho…

—No digas nada acerca del amor, Jack. Soy Rhett, ¿recuerdas? Te conozco, Jack.

—Ah, ¿sí? —Tras una pausa, volvió a ser el bromista de siempre—. Pues claro que sí. ¿Quién conoce al viejo Jack mejor que sus amigos? Carpe diem, *¿verdad, Rhett?*

De haber estado de mejor humor, Rhett se habría mostrado más precavido, pero la desesperación lo había dejado ciego ante cualquier cosa que no fueran sus más siniestras profecías.

Jack dejó la botella y entró en la casa.

Mientras la luna se abría paso a través del cielo, el joven Rhett siguió bebiendo y se sintió morir. El lucero de la tarde estaba todavía muy bajo en el horizonte cuando Jack salió bostezando.

—El hombre ha nacido para meterse en líos, ¿verdad, Rhett?

El joven había superado la borrachera y se encontraba en un cansado e irritable estado de sobriedad.

—Lo que tú digas, Jack.

—Lo que yo digo es que me molesta ver a un muchacho inteligente tan abatido. Creo que si el mismísimo Jesucristo bajara a este porche con las llaves del Paraíso, tú lo rechazarías.

Rhett miró con sus ojos inyectados en sangre al viejo bribón.

—Tú quieres algo, Jack. Desembucha de una vez.

Años después, Rhett volvía a contemplar la vieja casa.

—¿Rhett? ¿En qué estabas pensando? —preguntó Rosemary.

—Perdona, hermana. Estaba soñando despierto. A Edgar Puryear le encantaba venir a la casa de Jack. Edgar disfruta con las debilidades de otros hombres. Andrew lo aborrecía. Andrew siempre fue más remilgado que su padre.

—¿Y tú?

Rhett consideró la respuesta.

—Pensaba que el infierno era el lugar que me correspondía.

Unas viejas tejas se deslizaron por el tejado cubierto de musgo y aterrizaron ruidosamente. *Tecumseh* agachó las orejas.

—Tranquilo, chico, tranquilo.

Las fuertes manos de Rhett hablaban a través de las riendas.

Meg y Cleo viajaban sentadas en el asiento del mozo de la parte trasera. Rhett notó el dulce aliento de Meg en su nuca.

—Mami, ¿estamos muy lejos?

—No mucho, cariño —contestó Rosemary—. ¡Mira allí! Aquella rama en el agua. ¿Ves el águila?

Rhett tiró de las riendas y *Tecumseh* se puso a bailar antes de lanzarse a un rápido trote.

El coche ligero que se estaba acercando era de un negro tan solemne como el de la delicada yegua que tiraba de él. Cuando Tunis estuvo más cerca se quitó el sombrero para saludar a Rosemary. Rhett se quitó el suyo para saludar a la señora Bonneau.

Ruthie Prescott Bonneau era una regordeta mujer de piel clara, enfundada en un corsé tan apretado que poco faltaba para que se asfixiara.

—Buenas tardes, capitán Butler. Hermosa tarde, ¿verdad?

—«Ninguna belleza primaveral o estival tuvo jamás tanta gracia…»

La señora Bonneau esbozó una discreta sonrisa.

—Mi padre, el reverendo Prescott, me enseñó de letras. Estoy más familiarizada con los sermones del señor Donne que con sus poemas.

Rhett enderezó la espalda.

—Pero no me negará que es un día para la poesía, ¿verdad?

—Hola, *Tecumseh* —dijo Tunis—. Señorita Rosemary, veo que está usted cuidando muy bien del caballo. —Asintiendo con la cabeza en dirección al asiento del mozo, añadió—: Pequeña señorita Meg, ¿qué tal está hoy?

Meg se llevó el pulgar a la boca.

—Capitán Butler —dijo Ruthie—, todos los domingos en la Primera Iglesia Africana rezamos para que usted y Tunis tengan una buena travesía.

—Vaya —dijo Rhett sonriendo—, ésa es también mi plegaria.

—He recibido una carta de mi padre, Thomas.

—Los padres de Tunis emigraron a Canadá —explicó Rhett a Rosemary.

—El padre de mi marido tiene una casa en Kingston, Ontario, señora Haynes —dijo Ruthie—. Thomas Bonneau dice que las cosas están mejor allí.

—Mi padre dice que en Canadá hace un frío del demonio —dijo Tunis.

Rhett tranquilizó a *Tecumseh.*

—Tunis, te juro que este caballo no era tan asustadizo cuando lo dejé contigo.

—Quizá los caballos de los negros tienen más motivos para ser asustadizos que los de los blancos —replicó Tunis con intención.

—Puede que sí —dijo Rhett—. Me alegro de volver a verla, señora Bonneau. Por favor, dé las gracias a la Primera Iglesia Africana por sus oraciones.

Tunis asintió con la cabeza y le chasqueó la lengua a su yegua.

Mientras el respetable vehículo negro doblaba la curva, Cleo murmuró:

—Estos negros libertos tienen muchas pretensiones.

Pasaron trotando por delante de las plantaciones de Hopeton y Darien. Las cuadrillas de braceros aún estaban sembrando en Champney.

—En Broughton nunca sembramos tan tarde —comentó Cleo en tono de censura—. El capataz no lo permite.

—Pero ahora no estás en Broughton, Cleo —le recordó Rosemary a su doncella.

—¡Y bien que le doy las gracias a Jesús!

—Tengo entendido que Wade Hampton ha comprado la vieja propiedad Puryear —dijo Rhett.

—Cathecarte Puryear vive en Londres ahora. Al parecer, la guerra afectó mucho a su musa.

Rhett meneó la cabeza.

—Pobre Cathecarte. Señor, cómo envidiaba a los hombres de talento. Edgar es preboste en Atlanta… ésa es la clase de trabajo de Edgar, ¿sabes? En toda su vida Edgar sólo ha aprendido una cosa: a no ser como su padre. —Tiró de las riendas—. Puede que eso sea lo único que aprenden los hombres.

Rosemary tocó la manga de su hermano.

—Allí está nuestro sendero… más allá de aquel ciprés tan grande.

El vehículo serpeó entre unos robles cubiertos de musgo negro hasta llegar a un claro donde el puesto de pesca del congresista Haynes permanecía plantado sobre unos pilotes como un ave zancuda.

Rosemary aspiró una profunda bocanada de aire.

—Me encanta todo esto —dijo—. No venimos lo bastante a menudo. Cuando los negocios no obligan a John a quedarse en la ciudad, lo obligan sus deberes ciudadanos. Es un día precioso, ¿verdad? —añadió levantado el rostro al sol.

Mientras Rhett y Rosemary se acercaban al porche, Meg echó a correr hacia el río. Recogiéndose las faldas y con el sombrero en la mano, Cleo corrió tras ella gritando:

—¡No vayas a meterte en ese barrizal! ¡Ten cuidado con las serpientes! ¡No te vayas a caer al río!

El congresista Haynes había construido aquel sencillo puesto en un lugar sin mosquitos donde soplaba una suave brisa: un porche sin techo protegido por una barandilla, una única y espaciosa estancia con una chimenea ennegrecida por el hollín, unos toscos bancos y una mesa con las iniciales de unos hombres labradas en la madera.

De pequeño, Rhett solía navegar hasta donde los chotacabras revoloteaban y

los murciélagos emitían sus chirridos mientras los amigos del congresista Haynes —demasiado lejos para que Rhett pudiera distinguir sus rostros— permanecían sentados a la luz de una lámpara bebiendo y riendo. Navegando río abajo en medio de la oscuridad, el invisible muchacho se preguntaba si alguna vez podría estar entre ellos.

Ahora Rhett apoyó un pie en la barandilla y encendió un cigarro mientras Rosemary abría la cesta y colocaba unas copas sobre la misma barandilla.

—Cuando era pequeña, soñaba con todos los lugares exóticos que visitabas. Dime, hermano, ¿son las pirámides tan majestuosas como dicen?

Rhett descorchó la botella de vino.

—Nunca estuve en Egipto. Puede que vaya después de la guerra.

Perdida en sus pensamientos, Rosemary pasó un buen rato contemplando el río.

—Estoy preocupada por nuestra madre. Jamás viene a la ciudad, sus amigos no la visitan y nuestro padre busca pretextos para que su querida y fiel esposa no lo acompañe a las fiestas del gobernador Brown. —Su hermano escanció el vino—. Madre dice que Isaiah Watling cree que la guerra ya fue profetizada.

—¿Watling?

—Él y madre rezan juntos. Se reúnen en la casa de él y rezan. La mujer de Isaiah murió el año pasado. —Rosemary levantó una mano para atajar la réplica—. Se limitan a rezar, eso es todo. Langston lo sabe. No hay nada entre ellos. —Esbozó una sonrisa irónica—. Como no sea tal vez el Libro del Apocalipsis.

—Las oraciones pueden ser un vínculo muy poderoso. Siéntate a mi lado. Comeremos dentro de un rato.

Rosemary apoyó los codos en la barandilla. Lejos de las tensiones matrimoniales, la hermana de Rhett parecía varios años más joven.

Un niño blanco de cabello oscuro y una angulosa niña negra caminaban tomados de la mano por la orilla del río. El parloteo infantil se acercaba y se alejaba con la brisa. Unas lavanderas patrullaban por la ribera removiendo el barro con sus puntiagudos y afilados picos. Nubes tan grandes como balas de algodón se deslizaban perezosamente por el cielo. Con los émbolos del motor carraspeando, una embarcación fluvial arrastraba corriente arriba toda una hilera de plataformas arroceras vacías. Cuando el timonel saludó con la mano, la pequeña Meg le correspondió agitando la suya con entusiasmo.

—¿Tú crees que padre amó alguna vez a madre? —preguntó Rosemary.

—Por lo menos en tres ocasiones, Langston Butler amó a su mujer. Los hombres no pueden levantarse del lecho de una mujer, indiferentes a su dadora de placer. Las prostitutas de Belle Watling bromean acerca de las proposiciones de matrimonio que les hacen.

—¿Belle Watling?

—Belle dejó Nueva Orleans y se fue a Atlanta. —Rhett soltó una carcajada—. Belle asegura que es una patriota confederada. En realidad, es una mujer de negocios y los conquistadores federales de Nueva Orleans sienten debilidad por

los prostíbulos negros.

Sosteniéndose la barbilla con la mano, Rosemary estudió a su hermano.

—Rhett, ¿qué es Belle para ti?

La sonrisa de Rhett se ensanchó hasta convertirse en una irónica mueca.

—¿Se ha asociado el Hermano Chivo Expiatorio con la Paloma Mancillada? ¿Nacerán los bastardos de Butler en una casa de tolerancia?

Rosemary se ruborizó.

—Rhett, no tenía intención…

—Mi querida hermana, pues claro que la tenías. Las mujeres nunca pueden ser benévolas con una mujer que vende sus favores. Los favores sólo se pueden conceder después de una complicada ceremonia y previo pago.

—Rhett, te lo ruego…

—Hace unos años en Nueva Orleans, Belle y yo montamos un negocio juntos. Tengo un despacho en la casa de citas de Belle Watling; me divierte ver a respetables hombres de negocios entrando a escondidas por la escalera de atrás.

Meg estaba recogiendo caparazones de moluscos en la orilla del río.

—¿Y quién es Scarlett Hamilton para ti? Después del vapuleo que ayer le diste, entró en el salón de Eulalie y dejó a Frederick Ward tartamudeando. El pobre Frederick no pudo retirarse hecho una furia porque estaba en su propia casa, qué risa. Rhett, ¿qué demonios le dijiste a esa muchacha?

Rhett la miró con expresión apenada.

—Al parecer tengo la habilidad de molestarla. —Esbozó una sonrisa—. Pero no puedo resistir la tentación.

—Creo que Scarlett sería muy guapa si no fuera tan desdichada.

—Verás, hermana, la pequeña señorita Scarlett no tiene idea de quién es. Sus encantadores trucos atraen a hombres indignos de ella. —La voz de Rhett bajó hasta convertirse en un susurro—. Los hindúes creen que hemos vivido otras vidas con anterioridad a la presente. ¿Es cierto eso? —Enarcó burlonamente una ceja—. Quizá Scarlett y yo fuimos amantes desdichados; a lo mejor morimos el uno en brazos del otro…

—Pero, Rhett —bromeó Rosemary—, ¿tú un romántico?

Él habló tan bajito que su hermana tuvo que inclinarse un poco para poder oírlo.

—Quiero a esa mujer más de lo que nunca he querido a ninguna otra.

Rosemary le apretó la mano.

—¡Este es el hermano que yo conozco!

En la orilla del río Meg estaba cantando:

—Lou, Lou, salta a mi Lou…

Rosemary contempló las cenagosas aguas.

—Creo que yo no puedo amar a John. No de esa manera.

Rhett dejó que la fuerza de las palabras de su hermana se disipara antes de contestar.

—John es un hombre bueno.

—¿Acaso crees que no lo sé? Pero eso no cambia las cosas.

—Tal vez con el tiempo…

—No te preocupes, hermano, no voy a dar otro escándalo. —La voz de Rosemary se convirtió en un susurro—. Veo la vida que tengo por delante como una serie ininterrumpida de días, cada uno de ellos exactamente igual que el anterior, cada uno tan vacío como el último. —Su sonrisa era tan apenada que su hermano no pudo mirarla—. Soy hija de mi madre y me adaptaré a la realidad. Pero juro por Dios que no rezaré. ¡Nunca rezaré!

La chillona voz de Cleo sonó como un grito reprimido. La doncella tomó a la niña en brazos y subió corriendo al puesto de pesca.

—¡Oh, capitán Rhett! —gritó—. ¡Capitán Rhett! ¡Saque su pistola!

—Pásame a Meg, Cleo. —Rosemary se arrodilló y alargó los brazos—. Yo la tomaré.

Mientras le pasaba la asustada niña a su madre, Cleo se echó a temblar de impaciencia.

—¡Tiene que dispararle!

—¿A quién tengo que dispararle, Cleo?

—A aquella raposa. ¡La he visto!

—¿Has visto una raposa?

—¡En pleno día! —Cleo recitó con impaciencia el proverbio del condado—: «Si ves una raposa de día, es una raposa loca. Y si te muerde, tú también enloquecerás.»

Cleo levantó los brazos y Rhett la sujetó para subirla al porche.

Abajo, una joven raposa se deslizó por un tronco a la orilla del río.

Rhett entornó los parpados a la luz del sol.

—No está loca, Cleo. Tiene el pelaje brillante y se mueve con normalidad. No representa ningún peligro. —La miró con más detenimiento—. A lo mejor, ha perdido sus crías, o quizá nunca las ha tenido. No estaría tan lustrosa si tuviera que cuidar de sus crías.

—Pues, ¿qué hace asustando a la gente en pleno día?

Cleo obtuvo la respuesta cuando un zorro saltó por encima del tronco e impuso su presencia. La raposa fingió haber encontrado algo y pegó un brinco mientras agitaba su hermosa cola. Rodó sobre un montón de hierbas de los pantanos con lánguido placer. Su cola era tan poblada que toda ella más parecía una cola que una raposa.

—¡Mírala! ¡Se está pavoneando! —dijo Rosemary.

—Pues sí —asintió Rhett.

El viejo macho presentaba una cicatriz en el hocico y apoyaba el peso en una pata delantera, como si hubiera perdido algunos dedos en una trampa.

—¡Qué bonita es! —exclamó la pequeña Meg.

—Sí lo es, cariño —le contestó su tío—. Y ese caballero también lo cree.

—¿Es su marido, tío Rhett?

—Quiere serlo —dijo su madre—. Mira, Meg, la está cortejando.

La niña se arrodilló por debajo de la barandilla para ver mejor.

—¿Y él también le gusta a ella?

—Finge no haberlo visto —dijo su tío.

Un trozo de tronco a la deriva medio sumergido atrajo la atención de la raposa. Un extremo estaba en la orilla y el río tiraba del otro. La raposa corrió alegremente a lo largo del tronco. El macho vaciló. La raposa se volvió al llegar al final y lo miró como sonriendo.

A regañadientes, el zorro subió al tronco y se acercó de puntillas a ella.

Su peso añadido fue demasiado para que el tronco pudiera mantenerse anclado en la orilla, por lo que se desprendió y se adentró en la rápida corriente. La expresión de pura contrariedad del macho provocó la risa de Meg.

Un repiqueteo de risas infantiles acompañó a los desventurados amantes que bajaban por el río hacia el mar.

12
Un bastardo

Tazewell Watling apretó el dedo índice bajo la nariz para no estornudar. Un turbulento humo amarillo parduzco caía sobre la tierra, apagando los colores vivos del ocaso. La luz que penetraba a través de aquel sudario era del mismo color del lino sucio y el sol parecía un pálido disco de plata en el horizonte. El aire apestaba a brasas de carbón, azufre, hierro candente, amoníaco y otros olores menos identificables.

A través de Alabama y el oeste de Georgia el tren había viajado por una sola vía. Ahora aquella vía se había dividido y vuelto a dividir y el tren había dado alcance a un tren de carga a la izquierda y después a varios vagones de plataforma. Una locomotora de maniobras se acercó a ellos resoplando, chirriando, inclinándose y pasando tan cerca que Taz habría podido alargar la mano desde la ventanilla y tocarla.

—¿La primera vez que vas a Atlanta, chico? —preguntó el cabo confederado sentado al lado de Taz, escupiendo un gargajo al suelo.

—Yo soy de Nueva Orleans —contestó Taz con la frágil arrogancia propia de un chiquillo.

—Por allí está el taller de laminación donde fabrican las planchas para nuestros acorazados. Tengo un hermano que trabaja allí. El muy cabrón ha tenido la suerte de librarse del servicio. Allí está la fábrica de revólveres J. W. Dance con sus chimeneas de ladrillo… no, aquellas de allí son las de la fábrica de artillería naval. Cuatro ferrocarriles llegan hasta esta ciudad, hijo… ¡nada menos que cuatro ferrocarriles distintos! —El hombre dio un codazo al costado del chico—. ¿Qué te parece?

¿Cómo podría Taz encontrar a su madre en aquella caldera hirviente?

Las fábricas se levantaban de cara a las vías y las casas les daban la espalda. Algunas viviendas eran de ladrillo, pero la mayoría era de sucias tablas de madera. Vacas, cerdos y gallinas ocupaban un cuarto de hectárea de pastizales. Las casas estaban cada vez más juntas a medida que el tren se acercaba a la ciudad. Unas anchas calles parecían abrirse y cerrarse. Taz vio edificios comerciales y almacenes de piedra y ladrillo de tres y cuatro pisos de altura e incontables coches y carros.

¿Sería aquella mujer de la esquina Belle Watling? ¿Aquel rostro del landó sería el de su madre?

El recuerdo más lejano de Taz Watling era una noche en el lóbrego dormitorio del asilo de huérfanos de Nueva Orleans: niños que tosían y lloraban llamando a sus madres. Taz permanecía tumbado en un catre de juncos con otros niños apretujados contra él y la humedad que se notaba en el muslo se debía a que uno de los más pequeños se había mojado encima.

Taz estaba hambriento y muerto de miedo, pero no lloraba. Los niños que lloraban desaparecían en la enfermería, donde acababan muriendo y eran enterrados en el verde cementerio del asilo primorosamente cuidado. Casi todos los huérfanos eran irlandeses y las monjas eran Hermanitas de la Caridad francesas que se tomaban tan en serio el voto de pobreza que se mataban a sí mismas de inanición. Abrazando el hambre como virtud, las buenas hermanas no eran demasiado sensibles al sufrimiento de los niños hambrientos.

Sin embargo, cuando en el Mardi Gras —tal como se conocía allí el martes de Carnaval— desfilaban por la calle Royal las distintas agrupaciones carnavalescas llamadas *krewes,* aquellas mismas hermanas que tanto se castigaban a sí mismas salían al balcón a saludar alegremente con la mano y atrapar las tiras de brillantes abalorios sin ningún valor que les arrojaban los enmascarados y borrachos participantes en el desfile.

Las Hermanitas de la Caridad decían que la madre de Taz era una mujer perdida, condenada al fuego eterno del Infierno. Un buen muchacho católico como Taz jamás vería a su madre en el Cielo.

Taz las creía… y no las creía. En su corazón de niño, los temores nocturnos eran sustituidos por las mañanas en que podían ocurrir los milagros.

Cuatro años atrás Rhett Butler había sido uno de aquellos milagros. Tras haber sido lavado y frotado hasta dejarle la piel resplandeciente, el niño había sido llamado al estudio de la madre superiora para reunirse con un sonriente forastero de elevada estatura. Junto al codo del hombre, descansaba intacta una taza del flojo té de la religiosa. En un lugar que olía a ácido fénico y jabón de lejía, aquel forastero olía a buenos cigarros, bourbon y loción para el cabello.

—Soy tu tutor, Tazewell Watling —le dijo Rhett Butler—. Un tutor no es tan bueno como un padre quizá, pero tendrás que conformarte conmigo.

Al día siguiente, con su nuevo vestido, Tazewell Watling fue entregado al Colegio Jesuita de la Sociedad Católica de Educación Religiosa y Literaria, un pequeño edificio adosado a la imponente iglesia de los jesuitas. Allí Taz fue inscrito y allí le mostraron su cama (en la que tendría prohibido tumbarse durante el día) y el gancho donde debería colgar la chaqueta.

Su madre, cuyas visitas al asilo habían sido muy esporádicas, lo visitaba ahora con más regularidad. Belle lucía vestidos más bonitos y parecía mucho más feliz. Tazewell creía que el señor Butler también había sido un regalo de su madre.

Cuando Taz ingresó en el Colegio Jesuita, apenas sabía leer, no deletreaba bien las palabras y no tenía ni idea de matemáticas. Los jesuitas pondrían remedio a aquellas deficiencias.

En el asilo de huérfanos muy pocos niños conocían a sus padres y ninguna

de aquellas escurridizas criaturas visitaba jamás el asilo. Tazewell Watling amaba y necesitaba a su madre; y nunca se había imaginado tan siquiera a su padre.

Pero en la escuela jesuita Tazewell Watling aprendió que los padres eran necesarios. Tal como pacientemente le explicó Jules Nore, uno de los chicos más mayores:

—A nosotros los chicos nos educan para que seamos caballeros. Tú, Watling, no puedes ser un caballero. —Jules frunció el entrecejo y especificó mejor su generosa evaluación—: Tú no puedes ser nada sin un padre. Los bastardos como tú, Tazewell Watling, están destinados a servir a los caballeros, abrirnos las portezuelas de los carruajes, limpiarnos el polvo de las botas…

En respuesta a aquella evaluación. Taz le soltó un puñetazo que le hizo sangrar la nariz. Cuando los amigos de Jules se acercaron a ver, Taz les demostró con toda claridad lo que era.

¡Un bastardo jamás puede ser nada!

Mientras entraban en la estación de Atlanta, otro tren se acercó por su lado. Como el suyo, iba lleno de soldados confederados, algunos de pie entre los vagones y otros en los techos. De uno a otro tren se lanzaron vítores. En el vagón de Taz, un soldado empezó a rasguear un banjo y otro se puso a tocar una flauta, aunque no seguían la misma melodía. Circulando en paralelo, casi pegados, los trenes corrieron hacia el enorme cobertizo de los vagones, de ladrillo y abierto por un extremo, en el que entraron entre un clamor de campanas y chirridos de frenos. El sol se ocultó y la carbonilla, incapaz de escapar a través del techo del cobertizo de los vagones, cayó tan ruidosamente como perdigones sobre el techo de los coches.

—Hemos llegado, chico. —El cabo levantó su mochila—. La ciudad más bulliciosa de la Confederación. En Atlanta puedes encontrar lo que quieras. —Guiñó el ojo—. Incluso algunas cosas que mejor no conocer.

Al otro lado del sucio andén de ladrillo, un tren-hospital estaba descargando a los soldados heridos en los combates de Fredricksburg. Los hombres se sostenían unos a otros o bien renqueaban con muletas. Los camilleros negros trasladaban a los heridos más graves.

Detrás del enjambre de ambulancias al final del andén, la calle Peachtree estaba llena de carruajes, enfurecidos carreteros y jinetes que ocupaban las aceras mientras los peatones los maldecían.

Taz cortó el paso a un paisano muy bien vestido.

—Señor, ¿podría indicarme el camino del establecimiento de Belle Watling?

El caballero lo estudió de arriba abajo.

—Pero ¡bueno!… Pareces un muchacho decente y no es posible que tengas relación con… —torció la boca al pronunciar el nombre— el Chapeau Rouge.

—¿Conoce bien el Chapeau Rouge, señor? —preguntó Taz con impertinencia.

—¡Mozalbete insolente!

Atlanta era más fría que Nueva Orleans y Taz podía ver su propia respiración condensada en el aire.

El soldado al que Taz abordó a continuación se mostró más servicial.

—Mira, chico, baja por la calle Decatur. Cuando veas que la cosa se anima, ya estarás donde quieres ir.

Las aceras de ladrillo dieron paso a los entarimados y éstos a senderos de tierra al lado de calles marcadas por las rodadas de los vehículos. Las farolas de gas terminaban donde terminaba el barrio comercial. El cielo encapotado era como un luminoso techo a través del cual no penetraban ni la luna ni las estrellas. Al cabo de unos veinte minutos, Taz Watling llegó a un lugar con una serie de tabernas y casuchas, tintineantes pianos, gritos y risas que parecían rebuznos.

—Por favor, señor, ¿cuál es el Chapeau Rouge?

El soldado estaba demasiado borracho para expresarse con palabras. Su dedo señaló arriba y abajo de la calle antes de detenerse en una casa de madera de dos pisos con las cortinas corridas y un modesto farol rojo en la ventana del salón. La casa, que había conocido mejores tiempos, se elevaba por encima de sus destartaladas vecinas cual tía regañona. Tras una valla de estacas había un patio anterior muy bien cuidado; los rosales ya se habían podado con vistas al invierno. El negro que había en el porche estaba fumando un cigarro; su traje oscuro se veía muy gastado y una pálida cicatriz dividía su rostro desde la barbilla hasta la frente.

—Chico —rezongó—, aquí no se te ha perdido nada. ¡Largo!

Taz dejó la maleta en el suelo y se aplicó un leve masaje a la entumecida mano, diciendo:

—Abraham Lincoln ha emancipado a los negros. ¿Por qué no te largas tú?

MacBeth, el matón de Belle Watling, replicó:

—Yo soy un negro de Atlanta. Estos emancipadores a mí no me dan miedo.

El martes siguiente a la batalla de Fredricksburg el Chapeau Rouge estuvo muy tranquilo. El sábado anterior el telégrafo había transmitido la noticia de la gran victoria de la Confederación, por lo que Minette, la principal pupila de Belle Watling, había salido en busca de las viudas de guerra que cubrían las necesidades de la casa siempre que Belle esperaba una gran afluencia de clientes. El Chapeau Rouge solía permanecer cerrado en domingo, pero las pérdidas federales habían sido tan cuantiosas y su poderoso ejército había sido tan profundamente humillado que Belle se quedó sin champán a las seis de la tarde del domingo y tuvo que enviar dos veces a MacBeth a hacer acopio de brandy, y a las once de la noche aún había una multitud de entusiastas patriotas esperando en su puerta.

El lunes, las prostitutas de Belle se habían pasado el día vagando por la casa, cansadas, afligidas y bajo los efectos de la borrachera, pero el martes por la noche la casa recuperó su equilibrio y Minette casi se alegró de recibir al preboste a quien

apodaban capitán Busy, el capitán atareado.

El Chapeau Rouge era la casa de tolerancia más cara de Atlanta. Sus clientes eran altos oficiales confederados, especuladores y acaparadores. Habría sido más bien sencillo en el Vieux Carré de Nueva Orleans, pero en Atlanta estaba considerado pomposo.

En su salón había litografías coloreadas a mano de escenas callejeras de París colgadas sobre el empapelado a rayas verdes y rojas. El reloj de similor de la repisa de la chimenea estaba flanqueado por unas altas Venus de mármol en tímidas poses, y las escupideras de Belle se guardaban en unas alacenas a menos que alguien las pidiera. El mobiliario de estilo francés invitaba a los rudos clientes a sentarse con las manos apoyadas sobre las rodillas. Para aquellos hombres, las chicas de Belle eran tan exóticas como garzas reales. A la menor provocación, las chicas estallaban en cristalinas carcajadas o en una rápida e incomprensible jerga criolla.

Rhett Butler era socio propietario del Chapeau Rouge y tenía su despacho en el piso de arriba. Los posibles armadores de escándalos se retiraban tranquilamente cuando MacBeth les advertía: «Señor, creo que sería mejor que ahora se fuera a casa. No quisiera tener que pedirle al capitán Butler que bajara.»

Minette era una cortesana muy lista. Para asegurarse el bienestar en la vejez, había comprado solares para edificar en el District Garden de Nueva Orleans y encomendaba el futuro de su alma a los «buenos padres». Cuando Madame Belle la había invitado a trabajar en el Chapeau Rouge, Minette había estado a punto de rechazar la oferta, porque estaba claro que Madame Belle no era decididamente una cortesana.

A pesar de que era mayor que Minette, Madame Belle era una niña como sólo pueden serlo las mujeres americanas: ¡unas niñas insoportables! Una cortesana comprende el carácter de una transacción; la americana es más probable que la confunda con el amor, una confusión de la que, a juicio de Minette, sólo su sensato consejo de criolla había salvado a Belle Watling.

Esa noche, Minette esbozó su mejor sonrisa de cortesana y le dijo al capitán Busy que estaba muy guapo.

—Ah, Minny. ¿Te has cambiado el color del cabello? Te lo veo de un rojo mucho más intenso. ¿Es cierto que el capitán Rhett ha regresado a la ciudad?

Pero ¡qué preguntas hacía aquel hombre! Se pasaba toda una lluviosa tarde sentado en el salón haciendo una pregunta tras otra. Minette oyó una vez a Eloise describiendo a su primer amante —un muchacho vecino— mientras el capitán Busy se reía y ella evocaba las torpezas del pobre chico. El capitán Busy aconsejaba remedios para el estreñimiento de Hélène, sugiriéndole esto o aquello, ¡cuando todo el mundo sabía que el culpable era el láudano que consumía Hélène! Una vez el capitán le preguntó a Minette cómo hacía para evitar el embarazo.

El capitán Busy siempre estaba muy intrigado a propósito del capitán Butler: dónde estaba, qué hacía, qué pensaba acerca de esto o aquello. Pero ¿cómo iba a saber Minette lo que pensaba el capitán Butler, y además qué le importaba al

capitán Busy?

Cuando Minette se quejaba del entrometimiento del preboste, Rhett se reía. «Edgar todavía está intentado resolver el misterio de la vida, Minette. Déjale que madure.»

Edgar Puryear era un sujeto muy delgado a quien los hombres recordaban como más bajo de lo que era cuando abandonaba una habitación. Tenía un enjuto y alargado rostro, unas grandes orejas y una ancha y expresiva boca; sus hermosas pestañas protegían unos ojos tan brillantes como los de un gorrión curioso.

Algo en el capitán Busy hacía que los soldados rasos confederados sintieran deseos de tumbarlo de un puñetazo y, cuando el alcohol corría profusamente las noches de los días de paga, su sargento, Jack Johnson, solía acompañarlo.

Esa noche el preboste le pidió una copa de brandy a Minette.

—Sólo una copita, mi querida Minny —dijo, marcando una separación de dos pulgadas entre los dedos.

El poder fascinaba a Edgar Allan Puryear. El padre de Rhett, Langston Butler, era poderoso porque era rico y despiadado… y era rico precisamente por ser despiadado. Por su parte, Andrew Ravanel era poderoso porque la guerra recompensa la valentía.

Pero Edgar Puryear no comprendía el poder de Rhett Butler.

Cuando Rhett llegó por vez primera al aula de Cathecarte Puryear, Edgar subió al piso de arriba para examinar al nuevo alumno de su padre. Rhett miró a Edgar como si lo traspasara con la mirada, y lo despreció de inmediato. «Espera un momento —quiso protestar el joven Edgar—. No soy simplemente lo que tú ves. ¡Soy mucho más que eso!» Pero, a partir de entonces, Edgar sólo pudo ganarse una leve sonrisa de Rhett. Cuando Edgar lo halagaba, Rhett se burlaba de su servilismo. La vez que Edgar le compró una costosa bufanda, el otro jamás se la puso, y una noche Edgar la vio al cuello del portero de la señorita Polly. La única vez que Edgar se armó de valor para explicarse, Rhett lo interrumpió antes de que hubiera pronunciado tres frases («Ahora no, Edgar») y abandonó la estancia.

Rhett Butler jamás había sido cruel con Edgar —no en la medida en que podían serlo Andrew Ravanel y Henry Kershaw—, pero su indiferencia era peor que la crueldad. ¿Acaso la indiferencia de Rhett constituía su poder?

Cuando Rhett fue expulsado de West Point (nadie en Charleston se hubiera sorprendido de que el joven Butler se pegara un tiro en la cabeza), el único que fue a recibirle al puerto fue Edgar Puryear.

—Vaya, cuánto me alegro de verte, Rhett. ¡El tiempo que llevábamos sin vernos! Ven conmigo. La señorita Polly tiene una chica nueva verdaderamente insaciable…

Rhett esbozó aquella media sonrisa que tanto aborrecía Edgar y le contestó:

—Ahora no, Edgar.

Y se alejó, perdiéndose en las calles de la ciudad.

Con el capazo del carbón en la mano, la criada del Chapeau Rouge se detuvo en la puerta del salón.

—Ah, entra, chiquilla.

—*Perdón, señor. No sabía que hubiera alguien…*

—No importa. Haz tu trabajo. ¿Tienes miedo de que te muerda?

—No, señor.

—Jamás he mordido a ninguna chica tan guapa como tú.

La muchacha se ruborizó.

—Dime, chiquilla, ¿se espera la visita del capitán Butler?

—No lo sé, señor.

Cuando se agachó para introducir carbón en la estufa, su vestido se tensó sobre su espalda y su larga columna vertebral resultó visible. Cuando Minette regresó con la copa de brandy para el capitán, le gritó:

—¡Lisa! ¡No tienes que entrar en el salón por la noche!

La sobresaltada criada inclinó hacia un lado el capazo y el carbón fue a parar debajo del sillón orejero del capitán Puryear. Éste separó las rodillas para que la criada pudiera alargar los brazos entre ellas.

—Qué torpe eres, muchacha —siseó Minette—. Déjalo. Ya, lo recogerás cuando se vaya el capitán.

—Minny, ¿crees que Lisa podría sentir algún interés por mí?

—Lisa es sólo una niña, capitán —contestó fríamente Minette—. No atiende a los clientes.

Cuando entró MacBeth sujetando por el brazo a un extraño muchacho, Lisa aprovechó la ocasión para escapar.

—El chico dice que es hijo de la señorita Belle —le dijo MacBeth a Minette.

Con el cabello castaño peinado hacia un lado, el enjuto rostro del muchacho le confería un aspecto más maduro que el que correspondía a sus años. Minette lo comparó con el daguerrotipo enmarcado que había en el tocador de madame.

—Pero, *mon petit*, ¡tú deberías estar con los buenos padres! ¡Deberías estar en Nueva Orleans!

Taz extendió las manos como si no supiera explicar por qué razón se encontraba en Atlanta, y esbozó una encantadora sonrisa.

—Dice que es el hijo de la señorita Belle —repitió MacBeth.

Edgar Puryear lo observó.

—¿Quién eres, chico? ¿Cómo te llamas?

—Soy Tazewell Watling, señor.

—¡Conque Watling! ¿Y naciste?

—En Nueva Orleans, señor.

—¡No dónde sino cuándo! ¿Qué me importa a mí dónde naciste? Deja que lo calcule. Doce… ¡no, tiene que hacer trece años!

—Tengo trece años, señor.

—Capitán, *cher.* Ya habrá tiempo para hacer más preguntas después, ¿verdad? El muchacho ha venido a ver a su querida mamá.

El capitán Puryear se levantó y examinó a Taz como un comprador examina un potro.

—Sí, hay un parecido visible… ¡estas orejas, esta nariz! —Brindó por el muchacho—. ¡Tazewell Watling! ¡Vaya si eres el bastardo de Rhett Butler!

Apuró la copa y la depositó en la repisa de la chimenea.

—Se equivoca, señor. El capitán Butler es mi tutor.

—Ya, claro. No cabe duda. Es lo que el viejo gato dice que es.

El reloj de la repisa de la chimenea hacía tictac; el fuego crepitaba en la estufa del salón.

Taz había hecho un viaje muy largo y estaba cansado.

—Informaré al capitán Butler de su interés por mi parentesco, señor.

Los ojos del capitán Puryear se ensombrecieron.

—Ya hablaremos de eso en otro momento, muchacho. Minny. ¿podrías servirme otro brandy? Esta vez brandy francés, ¿eh, *ma chére?*

Minette bajó presurosa con Taz por el pasillo hasta lo que otrora fuera el comedor familiar y ahora era el tocador de Belle Watling, el santuario de una mujer inculta con dinero. Unos oscuros cortinajes de moaré de seda cubrían las ventanas y amortiguaban los ruidos de la calle. Los globos de las lámparas estaban pintados con grandes flores de colores vulgares. La colcha era de brocado rosa y numerosos almohadones de distintos tamaños adornados con borlas cubrían la cabecera de la cama. El cálido y perfumado aire envolvió a Taz. Toda aquella abrumadora feminidad lo ponía nervioso.

Su madre lo miró por encima de sus gafas de lectura.

—Taz —dijo con asombro—. Pero ¡si estaba a punto de escribirte!

—¡Madam, *le bonfils!* —dijo Minette, empujando al muchacho hacia su madre.

Taz trató de anticiparse a la protesta de Belle.

—Por favor, *maman*, me alegro mucho de estar aquí. ¿Puedo quedarme contigo?

—Pero, Taz…

—He cruzado las líneas federales, he pasado justo por delante de sus centinelas. ¡Uno de ellos estuvo a punto de cortarme el paso! ¡Si lo hubiera hecho, no sé cómo habría reaccionado! No llevaba comida y me moría de hambre. Pero me encontré con unos vaqueros que trasladaban ganado a Montgomery y me dieron unos pastelillos de maíz. Cuando llegué al tren, el preboste no quería dejarme subir. Unos soldados me escondieron.

El hijo de Belle se arrojó en sus brazos.

—Dios sabe cuánto te he echado de menos, querido muchacho.

Minette abrió el armario de los licores murmurando:

—¡Minny! ¡Minny, me llama! ¡Si Minette es bueno para el certificado de bautismo, también tiene que serlo para el capitán Busy!

Belle apartó suavemente el cabello de la frente de su hijo.

—Minette, ahora no, por favor.

—Eloise no baja cuando ese hombre está en la casa.

—Sí, Minette. Más tarde, por favor.

—Capitán, ¡aquí le llevo su brandy francés! —Minette escupió en la copa antes de llenarla, y se retiró.

Madre e hijo se abrazaron, hablaron y volvieron a abrazarse. Un poco más tarde, Lisa les llevó una bandeja con sopa y un trozo de pan.

Taz comió en la mesa del tocador, entre las lociones para el cabello y las pócimas.

—Lisa es muy guapa, ¿verdad, mamá? —dijo el muchacho entre bocado y bocado.

—Al marido de la pobre niña lo mataron en la guerra. Sólo estuvieron juntos un día. ¡Sólo un día! La acogí cuando se presentó en nuestra casa.

Extendió unas colchas de lana en el suelo al lado de la cama y, cuando el muchacho se quedó dormido, Belle pasó un buen rato mirándolo antes de darle un beso en la frente y apagar la lámpara.

A la mañana siguiente, cuando Taz regresó de hacer sus necesidades, salía humo a través de la chimenea de la cocina. Lisa pegó un brinco hacia atrás y se apartó del horno que estaba alimentando.

—Qué susto me has dado. No estoy acostumbrada a que la gente se levante temprano.

—A mí no me hace falta dormir mucho —dijo Taz—. En Nueva Orleans casi no dormimos.

La chica enarcó una ceja.

—¿Y eso?

—De día o de noche, siempre hay algo que hacer en Nueva Orleans. En Atlanta hay mucho humo. ¿Cómo lo aguantáis?

—Es cuestión de acostumbrarse.

—*Maman* dice que eres viuda.

—A mi Billy me lo mataron.

—Yo nunca he estado casado —dijo Taz.

—Pues claro que no has estado casado. Eres sólo un niño.

Taz echó los hombros hacia atrás.

—En Nueva Orleans decimos, *l'heure coq cante, li bon pour marrie!* —Y tradujo—: ¡Cuando el gallo canta, ya está listo para casarse!

—Hablas muy raro —dijo Lisa—. Habla un poco más.

En francés, Taz le dijo que tenía unos ojos muy bonitos y Lisa se ruborizó, pues el lenguaje francés no puede disfrazar los sentimientos. Taz añadió:

—Supongo que ya habrás oído comentar que soy un bastardo.

—Me parece que yo jamás he conocido a un bastardo.

—Bueno, pues ahora sí; ¿qué te parece?

—Me parece que estaba preparando unas gachas de avena y que a lo mejor a ti te apetece un plato.

Más tarde, Taz conoció a las prostitutas: Hélène, que tenía la mata de cabello negro más larga que él jamás hubiera visto, y Eloise, cuyos ojos miraban con expresión soñolienta a causa del láudano.

Los nudillos de MacBeth estaban rotos y aplastados de tanto pelearse. MacBeth se había criado en Atlanta. «Yo soy un negro de ciudad —decía—. No llevo pañuelo. Me cubro la cabeza con sombrero.»

Taz le preguntó por el capitán Butler.

—El capitán Butler va y viene —dijo MacBeth.

—¿Duerme aquí? En la casa, quiero decir.

—¿Quieres decir si se acuesta con tu mamá? —preguntó MacBeth con la cara muy seria.

Taz cerró los puños, pero MacBeth lo miró ceñudo hasta que se calmó. El chico apartó la mirada y se puso a silbar como si tal cosa.

—¿Has matado alguna vez a alguien? —preguntó Taz.

—Sólo a negros —contestó MacBeth.

Taz cerró con un clic la puerta de Rhett a su espalda y olfateó el aire. Humo rancio de cigarro y polvo. Hasta que el capitán preboste no lo dijo, Taz lo ignoraba. Cuando le preguntaba a Belle, ella siempre le decía: «Ya habrá tiempo para eso cuando seas mayor.»

Bueno pues, ahora ya era mayor.

El despacho de su padre no tenía nada de especial: un escritorio, una caja de caudales de hierro de gran tamaño, un sofá-cama de madera de nogal, dos resistentes sillas y un armario de roble. Las ventanas de la parte anterior daban al paseo donde MacBeth retiraba con un rastrillo las colillas de cigarrillo de los parterres de flores. Las ventanas de atrás daban al establo de Belle y, detrás de éste, a unos pastizales cubiertos de maleza que terminaban en una franja verde de hierba de los pantanos al borde de un cenagoso riachuelo.

Taz hizo girar la esfera y probó a mover la palanca de latón, pero la caja de caudales de Rhett estaba cerrada. Se reclinó en el sillón de su padre.

Varias veces Belle le había contado cómo ella y Rhett habían vuelto a reunirse. «Si aquel día él no hubiera pasado por el hotel St. Louis, Taz, cariño, creo que las cosas me habrían ido muy mal. No tenía ni un céntimo. Te había dejado en el orfelinato y hasta me daba vergüenza ir a verte. Yo veía a toda aquella gente tan elegante que paseaba por delante del St. Louis y pensaba que bien habrían podido darme algo. Yo no tenía orgullo, cariño. Una no tiene orgullo cuando está en las últimas. Sea como fuere, al principio no lo reconocí, pero él sí me reconoció a mí enseguida. Rhett Butler se hizo cargo de mí. Cuidó de mí y de mi querido niño.»

Los trajes y las camisas almidonadas de Rhett Butler colgaban en el armario

por encima de dos pares de botas de montar en sus hormas. En el escritorio no había más que plumas, tinta, papel de escribir y las *Notas americanas* de Charles Dickens.

Taz hizo girar el sillón. Unas muescas en el guardasilla señalaban el lugar donde Rhett Butler solía apoyar los tacones de sus botas. Por mucho que se estirara, los pies de Taz no podían alcanzarlas.

Taz desayunaba con Lisa y comía con las prostitutas a las cuatro de la tarde. Antes del atardecer subía al piso de arriba y se sentaba en el sofá-cama de Rhett, donde se pasaba el rato leyendo al señor Dickens hasta después de la medianoche. Oía risas y pisadas inestables al otro lado de la puerta del despacho y también las carcajadas de las prostitutas.

Cuando MacBeth acompañaba al último cliente a la salida, Belle cerraba la puerta principal, apagaba la linterna roja y las lámparas del salón y subía al piso de arriba a recoger a su hijo.

Belle Watling no era una mujer hermosa, pero sí alegre y atractiva. Una vez, para su cumpleaños, Rhett le había regalado un vestido de seda gris de París. Belle lo dobló y lo guardó en su envoltura original de papel al fondo del cajón de su escritorio. No quería ponérselo. «Nadie me reconocería», dijo.

Otra vez Rhett le aconsejó que no se empolvara tanto la cara. La hizo sentar delante del espejo de un tocador, le lavó la cara con agua caliente y se la limpió con algodón. «No necesitas colorete, querida. Te brillan las mejillas como camuesas.»

La Belle del espejo parecía diez años más joven, inocente y tímida. La chica del campo que la estaba mirando la asustó y la hizo llorar.

Un sábado por la noche, día de paga en el ejército, tres días antes de Navidad, una guirnalda de flores colgaba en la puerta principal del Chapeau Rouge. El sargento Johnson miró sonriendo a su jefe.

—Feliz Navidad, mi capitán.

Cuando Edgar Allan Puryear entró en la casa, el sargento Johnson apoyó una bota en la balaustrada del porche y se encendió la pipa.

Desde el confidente de terciopelo verde del salón, un comandante manco le preguntó a Edgar:

—¿No hay burdeles de soldados donde usted pudiera pasar mejor el rato, capitán preboste? ¿O acaso son un poco… toscos para usted?

Al ver que Edgar Puryear fruncía los labios, el comandante se levantó arrastrando a Hélène a su espalda.

—Seguiremos arriba, querida.

Hélène se cubrió la boca con la mano y soltó una risita.

Tres sargentos de artillería entraron riéndose, pero, al ver la espalda del preboste, hicieron una mueca y se fueron a otro sitio.

Los días de paga eran los que registraban noches más animadas en el Chapeau Rouge y Minette sonrió entre dientes.

—Capitán Puryear, me alegro de que haya venido esta noche.

—¿Porqué?

—Siente usted tanta curiosidad por averiguar detalles acerca de nuestro joven Tazewell… Se espera al capitán Butler esta noche. La señorita Belle y MacBeth están en el cobertizo de los vagones esperando la llegada del tren. Podrá usted satisfacer todas sus preguntas directamente de la fuente… ¿cómo diría?… más fidedigna.

Para satisfacción de Minette, Edgar pegó un respingo.

—¿Tomará un brandy mientras espera, capitán?

Edgar se acercó al reloj de la repisa de la chimenea y estudió sin verlas las recargadas manecillas doradas. Después respiró hondo y se volvió.

—Ve a buscar al chico.

—¿Capitán?

—Te digo que vayas a buscar al chico, Minny, o mandaré a mi sargento.

Cuando Minette bajó con Taz, advirtió al chico que tuviera mucho cuidado con el capitán Busy.

—Es como un caimán —dijo Minette—. Es muy peligroso cuando sonríe.

El capitán preboste le indicó una silla de respaldo recto, pero Taz permaneció de pie.

—¿Señor?

—Cuando tu padre y yo teníamos tu edad, muchacho, éramos grandes amigos. —Edgar esbozó una sonrisa—. La de cosas que organizábamos.

—¿Señor?

—Pero mira, muchacho, a pesar de la intimidad que reinaba por aquel entonces entre nosotros, Rhett jamás me dijo que estaba cortejando a Belle Watling. Porque Rhett era un caballero, ¿sabes?, y Belle… —Frunciendo el entrecejo, Edgar se volvió al oír algo—. Ah, Lisa, entra, querida. Hoy esperaba volver a verte.

La muchacha permaneció en el umbral con un telegrama en la mano.

—Por favor, señor…

—Entra. Entra. ¿Qué tienes aquí?

Ella se acercó bajando los ojos.

—Tráemelo, Lisa.

—Señor, no es para usted. Es del capitán Rhett para la señorita Belle.

El chasquido de sus dedos fue como un imán. Edgar leyó el telegrama, lo arrugó y lo arrojó al suelo.

—No tiene importancia, niña. El tren de mi amigo Rhett se ha retrasado. —El capitán estiró las piernas y cruzó los tobillos—. No, Lisa, no tienes que retirarte. Es

una grosería abandonar a los invitados antes de que termine la fiesta. —Ladeó la cabeza—. Apuesto a que no sabías que Tazewell era el hijo del capitán Butler. ¿No? El amigo Rhett es muy precavido en el juego.

—Ahora ya puedes retirarte, niña —dijo Minette—. Tienes cosas que hacer en la cocina.

—Yo no he dicho que pueda irse —replicó sonriendo el capitán Puryear, como si Minette hubiera cometido un fallo perdonable.

Ella se encogió de hombros. A fin de cuentas, era una cortesana, no la madre de la chica.

Taz se interpuso entre Lisa y el sillón orejero del capitán.

—Te gusta, ¿verdad, chico? ¿Y a ti te gusta el dinero, niña?

Lisa escondió las manos debajo del delantal.

—A todo el mundo le gusta el dinero —contestó en tono despectivo.

—Es poquita cosa, ¿verdad, chico? —Como si fuera un hombre con todo el tiempo del mundo, abrió la bolsa y sacó una moneda de oro de veinte dólares a la que dio la vuelta a la luz antes de depositarla en la repisa de la chimenea—. ¿Has visto alguna vez una de éstas, chica?

Lisa se sintió atraída por la moneda.

—Eso es mucho dinero —dijo.

La moneda de plata que el capitán Puryear colocó al lado de la pieza de oro parecía su pariente pobre.

—El acto no dura ni treinta minutos y no es que tú no lo hayas hecho antes. —Acarició el brazo de la muchacha como un hombre acaricia a un gato desconocido y murmuró—: ¿Aquel dormitorio de lo alto de la escalera está disponible, Minny?

—¡Capitán! —protestó Minette—. Lisa es una niña. ¡La cortesana soy yo!

—Minny —dijo Puryear—, si yo quisiera tus favores, los tendría. —Y dirigiéndose a Lisa añadió—: Adelante, niña. Toca el dinero.

Para su vergüenza, a Taz se le quebró la voz al decir:

—¡Déjela en paz!

—¿Te gusta, chico? Mírala, Tazewell Butler. Lisa es muy codiciosa. Una pequeña basura como ella y tan codiciosa.

Edgar volvió a rebuscar en su bolsa y sacó una segunda moneda de plata. La colocó tan despacio encima de su compañera que la moneda emitió una especie de silbido.

Como hipnotizada, Lisa dio otro paso hacia el dinero.

—¡De eso ni hablar! ¡Ni hablar! —Tazewell Watling arrojó al suelo de un manotazo las monedas de Puryear.

Lisa se arrodilló para recoger la moneda de oro que había ido a parar debajo del confidente. Sonriendo de oreja a oreja, Edgar se balanceó hacia atrás apoyándose sobre los talones y soltó una carcajada.

Taz agarró el reloj de la repisa de la chimenea, pero el preboste se agachó. El proyectil estalló en muelles, ruedas dentadas y cristal roto.

—¡Vaya por Dios! ¡Vaya por Dios! —exclamó Puryear, soltando una risita. Su expresión cambió al ver que Taz levantaba una de las estatuillas de Venus—. ¡Chico, espera un minuto! ¡Espera te digo! Mira que atacar a un oficial confederado, ya te digo yo… —Edgar paró el golpe de Taz con el brazo derecho y soltó un gañido como de perro—. ¡Maldita sea, muchacho! ¡Me has hecho daño! ¡Ya basta!

Taz entreabrió los labios enseñando los dientes en una especie de mueca de desprecio.

—¡Malnacido!

Taz hizo una finta y, cuando el preboste trató de agarrar la estatuilla, él le golpeó la nariz de un revés. A Edgar empezaron a llorarle los ojos.

—¡Jesús bendito, Busy! —exclamó el sargento Johnson a espaldas de Taz—. ¡No es más que un condenado chiquillo!

A pesar de lo cual, el sargento dejó al chiquillo inconsciente de un fuerte guantazo. Cuando Taz despertó, notó una sensación de calor en el pie izquierdo porque alguien estaba vomitando encima de él. Apartó el pie. La cabeza le pulsaba tanto que abrió la boca para dejar escapar el dolor. En una esquina, un soldado mantenía la cabeza apoyada en la pared contra la cual estaba meando. Taz se tocó el chichón. Había perdido un zapato y sus bolsillos estaban vueltos del revés. Cuando cerró los ojos, vio unos fuegos artificiales azules y anaranjados. La luz de la luna se filtraba a través de una alta ventana con barrotes. La mirilla de la puerta de la celda era un círculo perfecto de perenne luz amarilla.

Pasaron horas antes de que un anciano negro llamara suavemente a través de la mirilla:

—Busco a Tazewell Watling. ¿Tazewell Watling? ¿Watling está aquí esta noche con nosotros?

Taz siguió al negro por un pasillo hasta una sala de guardia con un banco adosado a una pared y una mesa detrás de la cual había sentado un coronel confederado hojeando unos papeles. No levantó la vista para mirar a Taz.

A las seis de la mañana la camisa de Rhett Butler estaba impecablemente limpia y él acababa de afeitarse. Taz pudo aspirar el aroma de su loción para el cabello.

—Taz, le has roto la nariz al pobre Edgar. No puede exhibir su cara en público.

Taz experimentó una punzada de dolor detrás de los ojos.

—El capitán Puryear es un sinvergüenza.

—Edgar no tiene valor para ser un sinvergüenza, Taz, Edgar sólo ensucia lo que toca. —Los grandes y suaves dedos de Rhett examinaron la cabeza del muchacho y sus ojos se clavaron en los suyos—. El coco lo tienes bien, chico. En su desempeño profesional, el sargento Johnson es un virtuoso.

—Señor, el capitán Puryear se estaba tomando libertades.

—Edgar tiene gustos muy peculiares. Volveré a llevarte a los jesuitas. No puedes aprender a ser un caballero en la cárcel.

Taz estaba cansado. Le dolía todo y apestaba. ¿Se habría sentido su padre alguna vez cansado o enfermo o dolorido o asustado? ¿Siempre iba vestido con ropa inmaculadamente limpia? ¿Siempre olía a loción para el cabello?

Taz hizo acopio de toda su dignidad de muchacho.

—Señor, en el asilo de huérfanos los chicos decíamos que el sol sale por el este y se pone por el oeste tanto para el mejor de los caballeros como para el bastardo de ese mismo caballero.

13
Un legendario comandante rebelde

Desde su infancia, Melanie Hamilton sabía que se iba a casar con Ashley Wilkes porque «los Wilkes siempre se casan con sus primas».

Todos los veranos ella y su hermano Charles viajaban en tren desde Atlanta a Jonesboro, donde Mose, el criado personal de John Wilkes, los esperaba en la estación. Mose siempre llevaba caramelos de melaza en el bolsillo y siempre fingía haberlos olvidado.

Los Wilkes de Doce Robles eran los parientes más importantes de los Hamilton, y Charles y Melanie se presentaban allí vestidos con sus mejores y más almidonadas galas. Los habían restregado hasta la perfección. Las advertencias de su tía Pittypat («Si se te cae la servilleta al suelo, no te agaches a recogerla», «No pidas montar en el poni de la prima India; espera a que India te lo ofrezca») eran innecesarias. Los huérfanos Hamilton se sentían intimidados y eran extremadamente respetuosos.

Charles disfrutaba de aquellas visitas; Melanie, no. Atlanta era una ciudad y, a pesar de la espléndida biblioteca y los exquisitos modales de los Wilkes, Doce Robles era el campo. Todos aquellos árboles impersonales entre los que un niño podía perderse fácilmente, aquel oscuro y cenagoso río en el cual un niño podía ahogarse. ¡Y con todos aquellos bichos tan horribles! Abejas y avispones y abejorros y avispas de pintas amarillas y avispas del barro y abejas del sudor, así llamadas porque se sentían atraídas por la transpiración, y avispas del papel que hacían sus nidos con pulpa de madera y los repugnantes bichos que se enredaban en el cabello de Melanie y las quejumbrosas sanguijuelas atrapadas en el tejido de malla de su cama que la mantenían despierta casi toda la noche. Charles decía que si las dejabas chupar todo lo que quisieran, después la piel no te escocía. Era horrible ver cómo Charles dejaba que un mosquito se llenara el colgante y rojo vientre en su delgado brazo extendido. Charles empezó a llamar a Doce Robles «el Reino de los Bichos», los que zumbaban y revoloteaban alrededor de Melanie hasta que ésta ya no sabía si reír o llorar.

Puesto que algún día iba a casarse con Ashley Wilkes, Melanie quería amar Doce Robles tal como lo amaba Ashley, pero la perspectiva de convertirse en la siguiente señora Wilkes y de gobernar aquella inmensa casa con sus criados y manejar la economía familiar la intimidaba. Al morir la madre de Ashley, sus hermanas India y Honey habían tenido que trabajar muy duramente. Algún día, la mujer de Ashley tendría que llevarlo todo ella sola.

Melanie y Ashley ocuparían su lugar en Doce Robles tal como lo habían

hecho los padres de Ashley, y Doce Robles los mantendría hasta que hicieran su último viaje al cementerio situado en lo alto de la colina que había detrás de la casa.

La pareja de prometidos subiría por los peldaños de piedra hasta aquel cementerio para sentarse bajo el dosel de los viejos castaños y olmos. Allí se intercambiarían los solemnes sentimientos que los jóvenes suelen manifestar en semejante lugar.

A Melanie le encantaban los jardines de Doce Robles: las magnolias, las azaleas, los rododendros y las rosas Bourbon. Sus más felices recuerdos provenían de las veces que se sentaba con Ashley bajo la glicina, cuyas tupidas parras eran tan viejas como la misma mansión.

Los enamorados hablaban de libros y de belleza. Comentaban las novelas del señor Scott y el *Almacén de antigüedades* del señor Dickens.

El noviazgo de Ashley y Melanie era tan discreto que se comprendía que a mucha gente le hubiera pasado inadvertido. Ellos se ahorraban las dolorosas dudas, vacilaciones y compromisos a medias, las audaces insinuaciones y las dolidas retiradas de los desventurados amantes que no se casan con sus primos. Una tarde de primavera Ashley le pidió a Melanie que se casara con él y ella le dijo que sí. Ashley lucía una rosa en el ojal, tal como Melanie recordaría más tarde. Ella se sorprendió del inmenso placer que le deparó el beso de Ashley.

Tras prestar un año de servicio en su regimiento de Georgia, Ashley se había ofrecido voluntario para servir en la brigada de Ravanel porque, tal como le escribió a Melanie, «lo consideré mi deber».

Melanie no podía criticar la decisión de su esposo, pero el traslado de éste a la peligrosa brigada de Ravanel le provocó muchas noches en vela.

Poco después de haberse incorporado a la brigada, Ashley empezó a arrepentirse de su decisión.

«Los caballeros de Charleston no son como los de Georgia. No me cabe ninguna duda de que la Tierra Baja constituye todo el universo conocido y de que Charleston es el centro del universo. Cuando les describo los jardines de Doce Robles, las peculiares rosas que la bisabuela llevó consigo desde la zona costera de Tidewater en Virginia —¡las mismas rosas que su bisabuela había llevado consigo desde Surrey!—, ellos me dicen que las rosas que crecen al lado del Jockey Club son "las más bonitas del Sur", ¡a pesar de que ni siquiera saben a qué variedad pertenecen!»

En una posdata, Ashley añadía: «El coronel Ravanel es un comandante de ejemplar heroísmo, pero ¡yo jamás lo dejaría solo con mis hermanas!»

En el agitado y emocionante período en que el Sur fue a la guerra, la señorita Melanie Hamilton se había casado con el señor Ashley Wilkes y la señorita Scarlett

O'Hara con Charles Hamilton. Ninguna de las dos parejas tuvo tiempo de tomarse un respiro. Al principio, cuando los tenderos llamaban «señora Hamilton» a Melanie, ésta no sabía a quién se dirigían.

Seis meses después, Melanie quedó destrozada por la muerte de su hermano. Melanie era una chiquilla cuando ella y Charles habían sido encomendados a los cuidados de tía Pittypat. Bautizada con el nombre de Sarah Jane Hamilton, la regordeta e infantil mujer era conocida con el apodo de Pittypat desde tiempos que ya nadie recordaba. Su casa estaba tan felizmente desordenada que a ella acudían a jugar todos los niños del barrio. Melanie no recordaba a sus difuntos padre y madre. Quería a su hermano Charles como sólo una huérfana puede querer.

Melanie había sido una niña muy enfermiza y conocía a los médicos de Atlanta por su singular manera de subir los peldaños de su casa. Melanie pensaba que moriría muy joven, mientras que Charles viviría eternamente.

Cuando éste murió, murió con él toda la infancia compartida: los caramelos de melaza de Mose, el armario situado debajo de la escalera de Pittypat y que era su escondrijo secreto, los necios chistes infantiles que ambos recordaban todavía de mayores con una evocadora sonrisa en los labios. El Reino de los Bichos murió con Charles Hamilton.

Durante el primer año de la guerra, estando Ashley en el ejército y Charles en la tumba, Melanie Wilkes se sintió desesperadamente sola. Ir sobrellevando los larguísimos días, sonreír a aquellos que necesitaban su sonrisa, compadecerse de las amables gentes que acudían a compadecerse de ella: el cumplimiento de su deber era el refugio de Melanie.

Diluía su dolor preocupándose por Scarlett, la viuda de su hermano. Aprobó totalmente la decisión de Ellen, la madre de Scarlett, de que la joven viuda fuera a visitar a sus parientes de Charleston. En la estación, Melanie le dijo a su cuñada lo que ella misma no creía: que el dolor por la muerte de Charles terminaría algún día. Cuando la visita de Scarlett a Charleston no consiguió elevar el espíritu de la joven viuda, Melanie sugirió la idea de que Pittypat invitara a Scarlett y Baby Wade a irse a vivir con ella en Atlanta. Pittypat se resistió de mil maneras y al final dijo:

—Me temo que Scarlett no es una persona muy reposada, querida.

Melanie contestó que ellas tenían deberes que cumplir con la mujer que Charles había elegido y con el hijo de Charles, Wade Hampton Hamilton. Como siempre, Pittypat dio su brazo a torcer.

La cuñada de Melanie era tan ardiente como apagada era Melanie. Scarlett no le tenía miedo a nada, mientras que el valor de Melanie jamás se había puesto a prueba. Melanie sólo había sido cortejada, con mucha discreción, por su primo. Scarlett había tenido una docena de rendidos admiradores. Quizá Melanie esperaba que se le contagiara una parte de la vitalidad de Scarlett. Deseaba con toda su alma que su cuñada se convirtiera en su amiga.

No mucho después de la llegada de Scarlett a su casa, los temores de Pittypat

se hicieron realidad. Scarlett caía muy mal a las amigas del alma de Pittypat, la señora Merriwether y la señora Elsing. Melanie disculpaba a Scarlett y procuraba que no se rompiera la paz. Y quería mucho a Baby Wade, que tenía la misma dulce y confiada mirada de Charles.

Cuando el capitán Butler empezó a visitar a la viuda Hamilton, las amigas de Pittypat, que podían ser tan buenas con los niños enfermos y los ancianos criados, se horrorizaron y no escatimaron críticas.

Melanie había oído muchas cosas horribles acerca del capitán Butler y quiso la suerte que ni Pittypat ni Scarlett estuvieran en casa la tercera vez que el capitán acudió a efectuar una visita.

Melanie pensaba que Rhett Butler era guapo como podría serlo un gato orgulloso. Era más musculoso que la mayoría de los caballeros, a pesar de que sus sastres se esmeraban por disimularlo.

El capitán Butler se llevó un gran disgusto al enterarse de que la señora Hamilton no estaba en casa. Se iba a Atlanta al día siguiente y su visita había obedecido a un repentino impulso.

—Capitán Butler —le dijo Melanie—, se dice que es usted un bribón.

—Pues sí, en efecto —replicó él sonriendo—. Supongo que debo de serlo.

—Pero habla usted muy bien y tiene porte de caballero.

—Las apariencias engañan, tal como suele decirse, señora Wilkes.

—Hoy le trae unos zapatos de París a Pittypat y un juguete inglés a Baby Wade.

—Señora Wilkes, cualquier ladrón que se precie primero desarma a los perros guardianes antes de birlar la plata a la familia.

—Los hombres dicen que es usted un hábil comerciante, pero muy honrado.

Rhett se sacudió la pequeña alabanza como si se sacudiera unas migajas de la solapa.

—Los hombres de negocios prefieren alabar a un ladrón antes que reconocer que éste los ha engañado.

—Señor Butler.

—¿Sí, señora Wilkes?

Desde luego, su ancha sonrisa no tenía en cuenta las consecuencias.

—Me han dicho, capitán Butler, que a usted esta guerra le parece una empresa de insensatos.

La divertida expresión de Butler se desvaneció.

—Mi querida señora, esta guerra ya está siendo terrible. Y me temo que lo será todavía más. Destruirá el Sur.

Ella le tendió su delicada mano.

—Es un placer recibirle, capitán Butler. Pase, se lo ruego. ¿Puedo ofrecerle una taza de té?

A partir de aquel momento nadie excepto Scarlett pudo hablar mal de Rhett Butler en presencia de Melanie.

Melanie se alegraba cuando la reluciente calesa de Rhett se detenía delante

de la valla de estacas de Pittypat. En su desordenado mundo, Rhett Butler representaba la normalidad. Su sombrero de fieltro con pluma desmentía la creencia de que no se podían comprar sombreros de calidad por muy alto que fuera el precio que se pagara, sus lustrosos zapatos demostraban la falsedad de la afirmación de que no se podían encontrar buenos zapatos, y las exquisiteces que les llevaba eran una prueba de que algún lugar del mundo no estaba en guerra.

Cómodamente sentado en su salón, Rhett satisfacía la curiosidad de Pittypat acerca de las últimas modas de París y de lo que se llevaba en la corte británica.

Melanie siempre había ansiado viajar y disfrutaba escuchando los relatos de Rhett acerca de las ruidosas bandas que tocaban en los funerales de Nueva Orleans y los salvajes campamentos de oro de California (¡como el llamado Mugfuzzle, por ejemplo!).

Rhett y Scarlett chocaban como el acero y el pedernal. No era asunto de Melanie, pero había algo tan espléndido en Scarlett y Rhett por separado que ella no podía por menos de esperar que algún día ambos pudieran relacionarse. No comprendía por qué Scarlett se mostraba tan fría con Rhett… salvo que su corazón todavía se sintiera comprometido con Charles. Rhett se burlaba de la frialdad de Scarlett y se retiraba hecho una furia, y por su parte Scarlett recorría toda la casa de Pittypat dando portazos.

Aquella mañana en particular el capitán Butler no estaba en la ciudad y las tres damas de la casa de Pittypat se dirigían en coche a la recepción organizada por Dolly Merriwether en honor de Andrew Ravanel. Las damas esperaban que lo acompañara su ayudante Ashley Wilkes.

Era un precioso, despejado y frío día invernal. Las ambulancias que surcaban la ciudad eran tan habituales que la gente ya ni se fijaba en ellas.

—¡Melanie! ¡No tienes que responder a los saludos de esos soldados! —dijo tía Pittypat—. Es posible que no sean caballeros.

—Son nuestros queridos muchachos —replicó Melanie Wilkes, y a continuación gritó—: ¡Muchachos, estamos muy orgullosas de vosotros!

Ante aquella incorrección, el viejo criado de Pittypat, Tío Peter, masculló algo incomprensible y tiró de las riendas. La yegua refrenó su paso un momento y después reanudó su acostumbrada andadura.

Carruajes, jinetes y peatones se dirigían al centro de la ciudad. Banderas azules engalanaban las farolas de gas y los estandartes confederados ondeaban en todas las ventanas.

—Dicen que el intérprete de banjo del coronel Ravanel lo acompaña a todas partes —dijo Pittypat—. Y me han comentado que los oficiales del coronel son un encanto.

Cuando su carruaje ya no pudo acercarse más al hotel, las damas se apearon y Pittypat dio orden a Tío Peter de que fuera a recogerlas no más tarde de las cinco.

—Sí, señorita Pitty. Haré todo lo posible.

La multitud estaba tan apretujada en el cobertizo de los vagones que las damas no podían pasar. Por consejo de Scarlett pasaron por detrás de la estación de mercancías e, ignorando las protestas de Pittypat, cruzaron las vías para acceder al pequeño parque que había delante del hotel National. Desde aquel privilegiado lugar no pudieron ver la entrada del tren del coronel Ravanel en la ciudad, pero oyeron los gritos de bienvenida. Una impresionante andanada de vítores acompañó el avance del héroe por la calle Pryor y, empujado por los ciudadanos, el carruaje hizo su aparición precedido por unos muchachos que gritaban solemnemente:

—¡Abran paso al coronel Ravanel! ¡Abran paso!

—Oh, Dios mío —dijo tía Pittypat—. Me voy a desmayar.

Scarlett brincaba de impaciencia.

—¿Lo ves? Melanie, ¿ves a Ashley?

—No vayas a desmayarte, tita. Scarlett, no veo quién va en el coche. ¡Por favor, Scarlett, tú eres más alta que yo!

Ni poniéndose de puntillas podía Scarlett ver algo entre las chisteras de los caballeros.

—No podremos entrar en la recepción —gimoteó tía Pittypat—. No veremos a Ashley y Peter se olvidará de venir a recogernos y tendremos que regresar a casa a pie. ¡Los zapatos que me regaló el capitán Butler me aprietan demasiado!

—Si le hubieras facilitado al capitán tu número correcto puede que no te apretaran.

—Pero, ¡querida! ¡Todo el mundo sabe que tengo los pies más pequeños de la familia!

Scarlett se mordió la lengua y dijo:

—Melly, ¿no hay unas escaleras en la parte de atrás? ¿No podríamos entrar por allí?

—Pero, querida —protestó Pittypat—, son las escaleras de la servidumbre.

—Cógete de mi brazo, tía Pitty —dijo Melanie—. ¡Por favor, caballeros, permitan el paso a tres damas! Gracias, señor. Son ustedes muy amables.

No tenían invitaciones, pero Dolly Merriwether no podía recibir a sus amigas Pittypat y Melanie e impedir la entrada a Scarlett.

—Vaya, Scarlett —dijo con una tensa sonrisa—. Me alegro de que haya podido venir a rendir tributo a nuestro coronel.

Scarlett hizo una reverencia.

—Mi querida señora Merriwether, usted sabe cuánto adoro a nuestros valientes soldados.

Dolly Merriwether parpadeó como una lechuza.

—Confiábamos en que Ashley estuviera con el coronel Ravanel. ¿Usted lo ha visto, Dolly? —preguntó Melanie.

—Querida, no he podido acercarme al coronel. Media Atlanta ha acudido a nuestra fiesta. ¿De qué sirven las invitaciones si nadie las respeta?

Scarlett se abrió paso entre la gente. Un oficial confederado de pálido cabello rubio y cuerpo más delgado que un alambre estaba prestando atención a las palabras del doctor Meade, un barbudo médico que compartía la buena opinión que la gente tenía de él. Andrew Ravanel se volvió hacia Scarlett con una inclinación.

—Si hubiera sabido que Atlanta albergaba unas damas tan bellas, la habría visitado antes.

En su afán de localizar a Ashley, los ojos de Scarlett miraron más allá del invitado de honor.

—Mejor que no venga muy a menudo, coronel Ravanel —contestó impulsivamente Scarlett—. Ha convertido nuestra ciudad en una casa de locos.

—Eso es terrible, ¿no cree? —La sonrisa del coronel era tan inocente como la de un niño—. Doctor Meade, ¿no nos va usted a presentar?

Scarlett no veía a Ashley por ninguna parte.

—Coronel Ravanel, la señora Hamilton. El esposo de la señora Hamilton ofreció su vida a nuestra causa.

Melanie se acercó a Scarlett.

—Cuántos sacrificios… —El coronel se inclinó para besar la mano de Scarlett—. ¿Y esta otra encantadora dama es…?

—La esposa de Ashley Wilkes, coronel. Mi esposo, el comandante Wilkes, forma parte de su estado mayor.

La sonrisa del coronel se quedó petrificada.

—El comandante Wilkes ha regresado a su regimiento.

Melanie arrugó el entrecejo.

—Pero si sólo se incorporó a sus fuerzas en septiembre.

—¿Tan recientemente? Wilkes solicitó regresar a su regimiento de Georgia y yo accedí a su petición.

—Pero ¿cómo?… Yo no sabía nada… ¡El correo es tan poco de fiar, coronel! Dígame, por favor, ¿cómo está mi esposo? ¿Goza de buena salud? ¿Está animado? ¿Dispone de ropa abrigada?

—Wilkes disfrutaba de buena salud la última vez que lo vi.

Melanie arrugó más la frente.

—Pero, coronel Ravanel…

El doctor Meade rescató al coronel de ulteriores preguntas embarazosas.

—Mientras nuestros soldados sufren terribles penurias, los especuladores amasan grandes fortunas. He enviado una dura carta al *Gate City Guardian* denunciando a los que convierten las carestías públicas en ganancias privadas. —E hizo una pausa para que sus palabras surtieran el efecto deseado—. Coronel Ravanel, ¿no es usted charlestoniano de nacimiento? Sin duda conocerá a Rhett Butler.

—Pues claro. Su padre, Langston, es miembro de la cámara legislativa de Carolina. Me temo que Rhett es la oveja negra.

—El capitán Butler es amigo mío —terció Melanie.

El doctor Meade le dedicó una tensa reverencia.

—Señora Wilkes, no pongo en duda el encanto de Butler. Dígame, coronel, ¿sabe usted qué «capitán» Butler del ejército es efectivamente un «capitán»?

Scarlett apenas prestaba atención a aquellos triviales juegos de palabras. ¡Estaba tan decepcionada que quería gritar! Abrigaba tantas esperanzas de ver a Ashley… Un momento, ¡sólo un momento! Pero ¿qué estaba diciendo ahora Meade? ¿Hablaba de Rhett Butler en tono de superioridad?

—Estoy segura, doctor Meade —terció—, de que estará usted encantado cuando regrese el capitán Butler y pueda manifestarle personalmente sus patrióticos puntos de vista. —La sonrisa de Scarlett era exageradamente irónica—. Vamos, Melanie, no es correcto que distraigamos al coronel de sus admiradores.

—Mi querida señora Hamilton —dijo Ravanel llevándose una mano al pecho, y añadió—: Si usted se va, ya no habrá luz en este salón.

—Coronel, estamos en invierno y oscurece muy temprano. Si necesita luz, tendrá que comprarse una linterna.

Los preocupados ojos de Melanie no se habían apartado del rostro del coronel.

—Cuando escriba a mi esposo, coronel Ravanel, ¿podré transmitirle sus recuerdos?

—No tiene usted que molestarse, señora. El comandante Wilkes sabe muy bien lo mucho que lo aprecio.

Durante el camino de regreso a casa, tía Pittypat comentó lo apuesto que era el coronel.

—¿Qué os dijo? ¿Melly? ¿Scarlett? ¡Todas y cada una de las palabras! Oh, Dios mío, Melly, ¿son lágrimas lo que estoy viendo en tus ojos?

Aquella noche Melanie se sentía tan preocupada por Ashley que tuvo que beberse una infusión para dormir. Pittypat estaba en la cocina remojándose los pies llenos de ampollas mientras Scarlett tomaba té de sasafrás en el salón. Los daguerrotipos se apretujaban en la abarrotada repisa de la chimenea de tía Pitty y unos grabados del *Libro de la Dama* de Godey colgaban al lado de unos cuadros de pequeño formato, dibujos de siluetas y mediocres acuarelas. Cada uno de aquellos preciados objetos encerraba un recuerdo.

—Esta plancha pertenecía a la madre de Melly… Sería un desprecio guardarla en la buhardilla.

Scarlett apartó unas conchas (recogidos en la playa de Savannah veinte años atrás) para dejar espacio para su taza y después se acomodó en un sillón de respaldo ajustable. No le gustaba especialmente el té de sasafrás, pero apreciaba en gran medida los momentos de soledad que éste le deparaba.

Cerró los ojos para agradecer a Dios que Ashley hubiera abandonado el regimiento del coronel Ravanel. Aquel a quien los periódicos llamaban «el legendario confederado» era despiadado con las valiosas vidas de sus hombres. ¿Y

si ella perdiera a Ashley?

¡Ashley muerto en combate! ¿Cómo se le había podido ocurrir semejante idea? Rezó rápidamente, pidiendo perdón a Dios. ¡No lo había pensado en serio!

Un estruendo descomunal estalló en el porche de tía Pitty y una voz de tenor cantó:

—*Si te quieres divertir, si te quieres divertir, / ¡la caballería aquí ha de venir!*

Cuando un perplejo Tío Peter abrió la puerta, el coronel Ravanel hizo una reverencia tan profunda que casi rozó el suelo con su sombrero adornado con plumas.

—Buenas noches, señora Hamilton. ¡He venido a ofrecerle una inocente distracción a la dama más encantadora de Atlanta!

El negro situado a la espalda del coronel rasgueó significativamente un banjo y adoptó una solemne expresión mientras, una a una, atacaba las conocidas notas de la célebre composición *Lorena.* El coronel entonó la letra:

—*Despacio pasan los años, Lorena. / La nieve vuelve a cubrir la hierba…*

—Señor… —protestó Tío Peter.

—Vete a la cama, anciano. Un viejo como tú necesita descansar.

—Puedes retirarte, Tío Peter. —Scarlett se levantó de su sillón—. Señor, no recuerdo haberle invitado a esta casa.

—*El sol ya se pone en el cielo, Lorena. / Brilla la escarcha donde antaño estuvieran las flores…*

—Le falla la memoria, coronel. Yo no me llamo Lorena.

Él lanzó un profundo suspiro.

—Qué melodía tan melancólica. Nosotros, los solitarios soldados, la cantamos alrededor de nuestras hogueras de vigilancia, recordando nuestro hogar y los amantes corazones que hemos dejado a nuestra espalda. —Su triste mirada invitaba a la más tierna comprensión—. El deber, mi querida señora Hamilton (¿puedo llamarla Scarlett?), el deber es un amo muy exigente.

—¿Está usted bebido, señor?

Pittypat entró renqueando en el salón.

—Vaya, coronel Ravanel…

—Puedes regresar a la cocina, tía Pitty. El coronel Ravanel ya se marcha.

—Pero, Scarlett…

—¡Por favor!

Meneando la cabeza, Pitty se retiró.

El intérprete de banjo era tan espléndido que a punto estuvo de borrar la cólera de Scarlett. Sus cuerdas emitían verdaderos sollozos. De pronto buscó recuerdos de tiempos más felices, cambió de tono y atacó *Ye Cavaliers of Dixie.*

Ravanel comentó con orgullo:

—El repertorio de Cassius es interminable.

—No me cabe duda de que el suyo no lo es menos, tal como la señora

Ravanel podrá atestiguar. Su esposa, Charlotte, me pareció una mujer muy amable. Pero seguro que con los necios es más tolerante que yo. Buenas noches, coronel Ravanel. Y llévese su orquesta.

Los risueños ojos del coronel se quedaron paralizados por el asombro.

—No estoy acostumbrado a las burlas.

—Y yo no estoy acostumbrada a las improvisadas veladas musicales en mi salón.

—¡Cassius!

Cuando los ágiles dedos del negro se detuvieron, las notas finales perduraron en el aire como motas de polvo. Por segunda vez aquella noche, Andrew Ravanel inclinó su sombrero adornado con plumas hasta rozar el suelo.

—Señora, no sabe cuánto admiro a las damas patrióticas.

—¿Patriótica? ¡Dios mío! —Scarlett se cubrió la boca con la mano fingiendo asombro—. No sabía que eso fuera patriotismo. Creo que lo que usted pretendía se conoce con calificativos más vulgares, aunque ninguna refinada dama de Georgia admitiría conocerlos.

14
Casados

Rosemary Haynes estaba haciendo un gran esfuerzo por dominar su corazón. Si ponía suficiente empeño en disimular, puede que su mentira se convirtiera en realidad y ella acabara amando a su esposo. Se tragaba los bostezos ante las lecturas nocturnas de John e incluso le sugería algún libro. Algunas noches, cuando su marido se volvía a mirarla en lo alto de la escalera, Rosemary conseguía sonreír.

—¿Te hago sufrir?

Rosemary apretó los puños contra sus propios costados.

—John, querido. Por favor, busca tu propia satisfacción.

Aunque sus conversaciones como marido y mujer avanzaran a sacudidas como un carro con una rueda doblada, como padre y madre de Meg ambos tenían infinitas cosas que decirse.

Ante aquella nueva y tan maravillosamente distinta versión de sí misma, el asombro de Rosemary no tenía límites. Meg nunca obraba con disimulo. Alegre un momento y llorosa al siguiente, la niña carecía de reserva natural.

Una noche, cuando los padres bajaron tras haber oído las oraciones de su hija, John preguntó:

—¿Por qué rezaba por los caballos? Meg le estaba encomendando a Dios todos los caballos de la Creación.

—Hoy Cleo y Meg han estado en White Point y, por lo visto, tropezaron con un cochero que estaba azotando a su caballo. Cleo me dijo que el caballo era demasiado viejo para seguir tirando de un coche. Algunas personas mayores estaban protestando en vano, pero Meg se acercó corriendo al cochero y empezó a darle puñetazos en las piernas. —Sonrió con cariño—. Supongo que el arranque de Meg debió de conmover a los espectadores, porque un oficial compró a la pobre bestia de inmediato.

—Nuestra querida hija aborrece la crueldad. Pero ese caballo…

—Sí —dijo Rosemary—. Supongo que poco después nuestro buen samaritano debió de pegarle un tiro, pero Meg se imagina al caballo feliz en una verde dehesa. Yo tenía un poni cuando era pequeña. *Jack,* mi pobre *Jack.* A lo mejor Meg…

El rostro de John palideció.

—Meg es demasiado pequeña para un poni.

A John Haynes le habían pedido que acudiera a la cámara legislativa para discutir las estrategias para superar el bloqueo yanqui.

Mientras aguardaba la partida del tren con destino a Columbia, el marido de Rosemary comentó:

—No soporto dejar a Meg. —Y añadió—: Y a ti, querida, también te voy a echar mucho de menos, naturalmente. —John habría deseado encontrar otras palabras, unas palabras mágicas que pudieran mejorar la situación entre ambos—. Pues sí, vaya si te echaré de menos —añadió con un hilo de voz.

A pesar de la jaqueca que estaba a punto de sufrir, Rosemary le aconsejó:

—Por favor, John, recuerda que tienes que abrigarte mucho. Ya sabes con cuánta facilidad te resfrías. Y no olvides tomar un buen desayuno.

—Ya. Bueno…

Se dieron un rígido abrazo. Luego ella le dio una palmada en la mano.

—Adiós, querida mía.

Rosemary esbozó una sonrisa y saludó agitando la mano mientras el tren abandonaba la estación, pero en cuanto el vagón se perdió de vista, se dejó caer en el banco más próximo. Le pulsaban las sienes. Cerró los ojos y procuró respirar hondo.

Oyó llegar un tren: la campana, el resoplido del vapor, el ruido de las carretillas de los mozos, los saludos de los pasajeros. Unas rápidas pisadas se detuvieron delante de ella y cuando Rosemary abrió los ojos, Andrew Ravanel la estaba mirando desde arriba con una sonrisa en los labios.

El dolor de cabeza le desapareció de golpe. Se sintió ligera… tan ligera que, como un vilano, habría podido alejarse flotando en el aire.

—Vaya, tú aquí, Rosemary. Curioso lugar para echar una siesta.

—¡Santo cielo, Andrew! No sabía que se te esperaba. ¿Dónde está tu comité de recepción?

El coronel soltó una risita.

—El general Bragg dice que es bueno para los sureños verme a menudo. —Se acercó una mano al pecho en un gesto melodramático—. Mi querida Rosemary, soy un utensilio barato, como el molde de una bala o un servicio de mesa portátil de usar y tirar.

Rosemary esbozó una radiante sonrisa.

—¿O sea que toda esta gallardía es falsa?

—¡Por supuesto! Pero ¿puedes guardarme un secreto?: ¡la guerra es muy divertida!

El negro que cargaba con la maleta de Andrew llevaba un banjo colgado del hombro.

—Cassius, búscanos un coche. Entraré en Charleston como un ladrón en la noche. Ven, Rosemary, te acompañaré a casa.

Mientras el coche bajaba al trote por la calle Meeting, Andrew le contó sobre la recepción que le habían dispensado en Atlanta.

—En cuanto subí al coche, unos hombres desengancharon los caballos. ¿Acaso había caído entre ladrones de caballos? ¡Nada de eso! A aquellos ciudadanos se les había metido en la cabeza llevarme en volandas. Agarraron las

limoneras y se pusieron a trotar con tanto vigor que me pregunté cómo era posible que aquellos ejemplares tan fuertes no estuvieran en el ejército.

»A continuación, me sacaron del coche y me llevaron a hombros en medio de vítores ensordecedores. Me subieron volando por la escalera del hotel y temí que me aplastaran la cabeza contra el techo. Al final me depositaron en el suelo, lo que me alegró sobremanera. Allí tuve ocasión de conocer a dos de los más grandes cascarrabias que puedas imaginar. El buen doctor Meade pronunció un ataque contra tu hermano que me encendió la sangre, a tal punto que le dije que si Rhett estuviera presente no se atrevería a hablar con tanta audacia. —Tomó la mano de Rosemary en la suya—. La otra cascarrabias, la señora Merriwether, es tan tremenda que tendríamos que blindarla con chapa de hierro y botarla desde el puerto de Charleston. Escupiendo trivialidades de babor a estribor, sembraría el desconcierto en la flota federal. Y las otras damas de Atlanta…

—¿Que se desmayaban a tus pies?

—Pobrecillas. Una de ellas era la esposa del peor oficial que jamás he tenido a mis órdenes. Tuve que mentir descaradamente. Cuando terminé de ensalzar las virtudes del comandante Wilkes, éste ya era uno de mis subordinados preferidos.

Acarició la suave piel del dorso de la mano de Rosemary: un exquisito roce situado a medio camino entre el placer y el dolor.

—Pero bueno, Rosemary, no debería estar hablando de unas personas tremendamente aburridas teniendo a mi lado a la mujer más encantadora de Charleston.

Ella retiró la mano y se incorporó.

—Olvidas que soy esposa y madre, Andrew.

—Vaya si lo eres. Como debe ser. Una feliz madre y una satisfecha esposa.

Mientras pasaban por delante de las casas y las iglesias en ruinas del barrio incendiado, Andrew volvió a cogerle la mano.

—¿Recuerdas lo que se siente cuando montas un caballo muy fogoso, aquel instante en que confías en el animal, le dejas hacer lo que quiere, y él salta cada vez más alto como si estuvieras navegando en el azul del cielo y casi te parece que eres inmortal? ¿Recuerdas lo que se siente cuando te crees inmortal?

—No… —susurró Rosemary.

—Nosotros, los soldados, sufrimos muchos padecimientos, llagas causadas por la fricción de la silla, mal tiempo y comida espantosa, y algunos días, si no fuera por el banjo de Cassius, te aseguro que todos desertaríamos y nos pasaríamos al bando enemigo. Pero una mañana nos enfrentamos con nuestro enemigo en toda su horrible gloria y en aquel momento el tiempo se detiene. ¿Ésta es tu casa, Rosemary? ¿Me permites entrar?

—Sí —contestó ella.

Los criados lo saben todo. Los criados cambian las arrugadas sábanas de las camas y lavan la ropa interior; oyen exclamaciones de éxtasis al otro lado de las

puertas cerradas.

A la mañana siguiente, Cleo le dijo a la cocinera:

—El coronel ese estuvo en el salón, pero no pasó de allí. Cuando parecía que ya se iba a marchar, la señorita Rosemary me dice que suba a buscar a la señorita Meg para que él pueda admirarla. Pero a la señorita Meg no le gusta el coronel, no le gusta ni un pelo. La niña empieza a ponerse pesada y a patalear y entonces la señorita Rosemary se la lleva y, aunque el coronel se pasó casi una hora esperando en el salón, la señorita no volvió a bajar.

Decepcionada, la cocinera preguntó:

—¿No hicieron nada?

—Bueno, seguro que el coronel quería hacer algo. Parecía un semental cabriolando alrededor de una yegua, resollando y enseñando los dientes y puede que la señorita también lo quisiera, pero Dios le dijo: «¡No te atrevas! ¡Resérvate para tu esposo!» Menos mal que el coronel no me miró como miraba a la señorita, porque te juro que en mi vida he visto a un hombre más guapo.

La cocinera meneó la cabeza.

—¿Nada? —Su rostro se iluminó—. Pues yo apuesto a que los ojancos van a pensar que sí.

Andrew bajó rápidamente por Battery sin prestar atención a las personas que lo reconocían. Cassius trotaba a su lado.

Aunque llamó fuertemente a la puerta de la mansión de los Fisher, su esposa, Charlotte, tardó un buen rato en abrir.

—¡Andrew! —exclamó entre jadeos—. Estás en casa. He rezado…

Andrew pasó por su lado, indicó a Cassius que entrara y cerró la puerta al mundo exterior.

—¿Dónde está el maldito criado? ¡Me he pasado una eternidad llamando!

Charlotte esbozó una trémula sonrisa.

—No tenía ni idea de que ibas a venir… Oh, Dios mío… cuánto me alegro. —Charlotte se arrojó en sus brazos, lo besó ávidamente en los labios y después se apartó para poder embeberse en él mejor—. Pues entonces, ¿ya estás en casa, mi querido esposo? ¿De veras ya estás en casa?

La estancia se hallaba débilmente iluminada, las mesas y las sillas estaban cubiertas con lienzos. La araña del techo estaba apagada y los cristales brillaban como carámbanos. Andrew se estremeció.

—Juliet y yo ya no calentamos la parte delantera de la casa —explicó Charlotte—. Vivimos en el salón familiar.

—Pero seguro que los criados…

—Mi querido Andrew. Se han ido. Jolly, Peter y Martha huyeron. Cuando nuestros negros alcanzan las líneas yanquis, los yanquis los liberan. —Miró ceñuda a Cassius—. Tú no te escaparás, ¿verdad?

—Oh, no, mi ama. Yo soy un buen negro.

Andrew lo mandó retirarse.

—Juliet estará muy contenta de verte —dijo Charlotte—. Ha ido al mercado. Aún se pueden adquirir alimentos, pero tremendamente caros.

Las ventanas del salón familiar daban al jardín de invierno. En otros tiempos, en aquel lugar los niños recibían sus lecciones y las mujeres de la familia Fisher podían aflojarse los corsés y tomar una taza de té. La abuela Fisher siempre había desayunado allí.

Ahora los catres de Charlotte y Juliet flanqueaban una estufa-cocina de cuatro fuegos y la larga mesa había sido empujada contra la pared de la ventana para que hiciera las veces de despensa; ahora contenía unos botes esmaltados ordenados de mayor a menor y un barril de agua de veinte litros al lado del reloj de pared de Portland procedente del estudio de la abuela Fisher.

Charlotte introdujo leña en la estufa.

—Vamos a tomar una buena taza de té, Andrew. A no ser que… si prefieres, tenemos brandy y vino en cantidad. Juliet y yo no hemos tocado para nada la bodega de la abuela.

—Un té me parece bien.

Como si fuera un lujo del que jamás pudiera saciarse, Charlotte no dejaba de mirar a su marido. Llenó la tetera con agua del barril.

—Sacamos agua de la cisterna cada mañana para tener agua todo el día —explicó—. Juliet y yo nos turnamos para acarrearla. ¡Oh, Andrew, qué contenta estoy de tenerte en casa!

Unos jirones de humo se filtraban a través de las rejas de la estufa.

—Charlotte, mi querida Charlotte… tengo que decirte una cosa…

—¿Sí, querido? —Derramó agua sobre la estufa y el humo se incrementó bruscamente mientras el agua chisporroteaba—. Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?

Andrew se apresuró a abrir el regulador de tiro.

—Me temo que has apagado el fuego.

Tosiendo, Charlotte abrió las ventanas para que saliera el humo.

—Oh, Andrew, siento ser tan inútil. Soy la peor sirvienta del mundo. Las señoras no esperábamos tener que aprender a encender un fuego, prepararnos la comida o hacernos las camas. ¡Siento no saber hacer nada!

Andrew le tomó la tetera de la mano y la depositó en la apaciguada estufa.

—Siéntate, Charlotte. Sólo un minuto, por favor. Ahora no tienes que hacer nada. Mañana compraré otros criados.

—Pero, Andrew… No tendré tiempo ni de conocerlos antes de que huyan.

Él se sentó a horcajadas en un banco.

—Por favor, Charlotte, siéntate, te lo ruego. Ya hablaremos después de los criados. Tengo que hacerte una confesión.

La felicidad de Charlotte se trocó en alarma mientras se sentaba muy despacio.

—Hoy cuando Juliet vuelva a casa, vendrá con la noticia de… de… un nuevo escándalo.

—¿Un escándalo? Mi querido Andrew, acabas de llegar. ¡No has tenido tiempo de provocar un escándalo!

—Rosemary y yo…

Charlotte apretó los labios.

—No, Andrew. Rosemary no… Su matrimonio… bueno, no es lo que ella quería, pero ¡Rosemary es incapaz de hacerme daño! No… no… ¡Otra vez no!

Andrew se llevó la mano al corazón.

—Fui imprudente, Charlotte. Estuve a solas con ella en su casa. No me importó su reputación… ni la tuya. Pero te juro por Dios que no ocurrió nada.

Charlotte pareció hundirse. Se humedeció los labios.

—Rosemary siempre ha sido más guapa que yo. Todo el mundo estaba encantado con ella ya desde que éramos pequeñas. Andrew, sé que no siempre me has sido fiel. No me mientas ahora. Por favor…

Los ojos de Andrew trataron de tranquilizarla.

—Me dolería especialmente que me traicionaras con Rosemary. No sé si podría soportarlo.

—Queridísima Charlotte. —Cogió la dócil mano de su mujer—. Te juro por mi honor que no lo hice.

Ella lo estudió y tuvo que pasar un minuto antes de que se levantara para colocar la tetera sobre el fuego.

—Pues entonces no hay más que hablar.

—Rosemary…

Charlotte se llevó un dedo a los labios.

—Chsss —dijo—. Te creo, Andrew, y creo que llevo un hijo tuyo en las entrañas. Por favor, baja a la bodega a por una botella de champán. Hace mucho tiempo que no tenemos ocasión de celebrar nada.

Tal como Andrew había previsto, Juliet Ravanel se enteró de que Rosemary Haynes y su hermano habían pasado dos horas juntos. Los ojos de su confidente brillaban de perverso placer. Sin querer, Juliet avivó las llamas que pretendía apagar al replicar:

—Pero, querida, ¿qué demonios podían hacer Andrew y Rosemary en tan poco tiempo?

Cabe imaginar lo que hicieron con ello las malas lenguas de Charleston.

15
El refugio de un niño

Los árboles frutales brillaban con sus rosadas tonalidades y los azulejos revoloteaban en el jardín de Pittypat. Cuando los caminos primaverales estuvieran más firmes, el poderoso monstruo destructor federal bajaría al Sur para aplastar a la nación confederada. El comandante Ashley Wilkes lo estaría esperando allí con su heterogéneo ejército dispuesto a vender cara su derrota.

Sin comentar el contenido de sus respectivas plegarias, Pittypat, Melanie y Scarlett rezaban por separado por Ashley nada más despertarse y antes de irse a dormir.

El 29 de abril, setenta y siete mil soldados de infantería federales y tres mil de caballería cruzaron el río Rappahannock de Virginia por los cinco pontones mandados construir por el general Joseph Hooker, apodado Joe *el Peleón.*

Los cuarenta mil hombres del general Lee les hicieron frente en un bosque de matorrales cerca de Chancellorsville.

«Tengo a Lee justo donde lo quiero», se jactó el Peleón.

Seis sangrientos días más tarde, un Abraham Lincoln de ceniciento rostro se enteró de la destrucción del ejército de Hooker. «Dios mío, Dios mío —murmuró el presidente—, ¿qué dirá el país? ¿Qué dirá el país?»

A mediados de mayo Melanie estaba en la cocina colocando unos esquejes de manzano silvestre en un florero cuando Tío Peter fue a abrir la puerta de la entrada.

Scarlett se encontraba en la mesa del desayuno removiendo unas gachas de avena que según ella «no eran buenas ni para los caballos».

Tío Peter asomó la cabeza para anunciar:

—El señor Tarleton está en el salón, señoritas.

Scarlett emitió un jadeo:

—¿Tarleton? ¿Qué Tarleton?

El sonriente soldado que esperaba en el salón vestía una chaqueta de oficial federal teñida con nogal y reclutada para el servicio confederado.

—Pero bueno, Brent Tarleton. —Scarlett miró con una sonrisa al joven que había sido uno de sus más apasionados pretendientes—. Dios mío, cuánto me alegro de verle.

—¡Señorita Scarlett! —El joven cayó espontáneamente de rodillas—. ¡Cásese conmigo!

Scarlett le siguió la corriente y empezó a coquetear como una chiquilla.

—Pero, señor —exclamó, levantando la voz—, ¿no está usted comprometido con mi querida hermana Careen?

—¡Que se vaya a paseo Careen! —El gesto de Brent envió a la hermana de Scarlett al cubo de la basura—. ¡No puede rechazarme otra vez, señorita Scarlett! —La expresión excesivamente seria del joven soldado se resquebrajó, su boca vibró levemente y prorrumpió en una carcajada a la cual se unió Scarlett de buena gana—. ¡Mi querida Scarlett! ¿De veras fuimos tan jóvenes alguna vez?

Ella meneó la cabeza.

—No estoy segura de acordarme. —Tomó afectuosamente las manos del soldado entre las suyas—. Brent, ya sabes cuánto te aprecio, me alegro de volver a verte. Cuéntame, ¿cómo están tus hermanos?

—Bueno, ahora Boyd es capitán y Stuart, mi irresponsable hermano, era sargento hasta que le soltó un puñetazo a nuestro teniente. Alguien tenía que soltárselo, y le tocó a Stuart. —Bret se dio una palmada en el bolsillo de la pechera—. Aquí tengo una carta del soldado Stuart Tarleton a la señorita India Wilkes. Es una singular rareza… ¡la primera carta que Stuart le escribe a alguien! Mi hermano Boyd está en la enfermería aquejado de la enfermedad del soldado* y mi hermano Tom está holgazaneando en el estado mayor del general Ewell; le gastamos bromas sin piedad.

—¿Y Ashley? —terció ansiosamente Melanie.

—Su marido está más fuerte que un roble, señora. —Se introdujo una mano en el bolsillo y sacó un abultado paquete—. El comandante Wilkes está más acostumbrado a escribir cartas que mi hermano Stuart.

Cuando tuvo en sus manos las ansiadas cartas de Ashley, Melanie se estremeció como bajo las caricias de su esposo.

Brent Tarleton había recibido un permiso para la siembra de primavera.

—¿Quizás Ashley también podrá venir a casa? —preguntó Melanie en tono esperanzado.

—Me temo que no, señora. Brent Tarleton no es tan necesario para el ejército como el comandante Wilkes.

—Agradezco mucho estas cartas —dijo Melanie, tragándose la decepción—. ¿Le apetece desayunar con nosotras? Sólo son gachas de avena pero todavía nos queda un poco de jarabe de arce.

—Si no te las comes, se las comerá el caballo de Pitty —dijo Scarlett.

—Señora, se lo agradezco mucho, pero tengo que ir a casa. He estado pensando mucho en la señorita Careen. —Brent se acarició la chaqueta de oficial—. ¿Cree que a Careen le habría gustado un sable yanqui como recuerdo? Habría podido comprarle uno, pero después pensé que a lo mejor no le interesaría.

Ya en la puerta, Brent dijo que se encargaría de llevar las cartas de Melanie a

* Síndrome de abstinencia que sufrían los soldados durante la guerra de Secesión tras la retirada de la morfina que se les administraba para aliviar el dolor de las heridas *(N. de la T.)*

su destino cuando se reincorporara al ejército.

—Todo el mundo dice que iremos al Norte. Hemos conseguido que los federales emprendan la huida y supongo que ahora los perseguiremos hasta su país. —Hizo una pausa—. Todo el mundo dice que podemos derrotarlos.

—¿Y si no pueden? —preguntó serenamente Melanie.

Brent Tarleton se quitó el sombrero y se rascó la cabeza. Su sonrisa era la misma radiante sonrisa del joven que antaño fuera: el apasionado pretendiente, el intrépido jinete, el muchacho que no le tenía miedo a nada.

—Si no podemos derrotarlos, espero que sepan que lo intentamos.

Tal como Brent Tarleton había vaticinado, en junio el general Lee cruzó el Potomac para entrar en Pensilvania. Un periódico de Atlanta proclamó con aire triunfal: «¡El zorro ya está entre las gallinas!»

En el casino del hotel National, Rhett Butler comentó públicamente: «El general Lee no puede luchar dos veces contra Chancellorsville.» En los últimos tiempos, ningún hogar decente de Atlanta excepto el de Pittypat estaba abierto al capitán Butler, y los amigos de Pittypat le reprochaban que recibiera a «¡ese acaparador tan poco patriota!».

Cuando la determinación de Pittypat empezó a fallar, Melanie le recordó:

—Tía Pittypat, ¿acaso el capitán Butler no ha sido siempre bueno con nosotras?

—Pues sí, pero…

—Pues entonces nuestro deber cristiano es corresponder a sus atenciones. Querida tía, si la gente hubiera hecho caso de los consejos del capitán Butler, esta guerra jamás habría empezado y nuestro querido Charles estaría vivo.

Melanie había perdido la pista del sable de su hermano. El comandante de Charles le había devuelto el sable y el diario de su hermano, junto con una carta de condolencia. El diario de Charles sólo contenía dos anotaciones: «Llegada a Camp Foster. Presentación a Wade Hampton. ¡Es un gigante!», y otra fechada dos meses después: «El mal tiempo me ha afectado un poco. Por consiguiente, a la enfermería. Espero no estar mucho tiempo enfermo.» Melanie había empaquetado aquellos tesoros junto con un daguerrotipo de Charles tomado el día en que se había ido a la guerra. Melanie creía habérselo entregado todo a Scarlett, pero ésta decía que no, que Melly estaba equivocada. Cuando Melly escribió a Doce Robles, John Wilkes contestó que los efectos personales de Charles estaban en casa de Pittypat, pero cuando Melanie, Scarlett y el pequeño Wade habían estado allí de visita, Scarlett les había dicho que John Wilkes debía de estar equivocado. Recordaba claramente haber visto el sable de Charles en Doce Robles.

Hasta en la vida más ordenada hay por lo menos un ejemplo en que alguna distraída locura se combina con otra locura y juntas dan lugar a una calamidad.

Cuando la desventurada persona se da cuenta de la situación en que se encuentra, su única esperanza de salvación consiste en no mirar a derecha ni izquierda y seguir resueltamente adelante.

Que es lo que le ocurrió a la juiciosa Melanie Wilkes cuando abrió un armario y escuchó unas palabras que después lamentó amargamente haber oído.

Sola en la casa una calurosa tarde, obedeciendo a una repentina inspiración, abrió el armario que había debajo de la escalera, donde ella y Charles habían jugado de niños, intuyendo (acertadamente, tal como se comprobó después) que allí habían ido a parar las cosas de Charles.

El armario era estrecho, tenía un techo muy inclinado y era tan profundo como ancha era la escalera. Al principio, solía albergar tablas de mesa, tubos de quinqué, cortinajes de invierno y ropa de cama, motivo por el cual Pittypat había puesto reparos a que Melanie y Charles convirtieran aquel armario de extraña forma en un cuarto de juegos. Las rejillas de ventilación permitían la entrada de un poco de luz y por eso el lugar había acabado como refugio preferido cuando los hermanos jugaban al escondite. Por un acuerdo tácito entre los niños del barrio, cualquier niño que se ocultara en aquel escondrijo era invisible.

Con una prudencia que nadie hubiera esperado de ella, Pittypat aceptó aquel mágico principio y muchas grandes tragedias infantiles —un reproche inmerecido, el desaire del mejor amigo, un doloroso apuro— hallaron alivio en aquel cuartito. Allí se habían derramado muchas lágrimas infantiles, allí se habían tramado las peores venganzas y las suaves paredes habían absorbido muchos decepcionados sollozos.

Pittypat y Tío Peter se sorprendían invariablemente cada vez que un niño salía de allí con el rostro surcado por las lágrimas, pero con una sonrisa en los labios tras haber recuperado el buen humor.

Como otras cosas infantiles, el armario se había ido abandonando gradualmente, pero había sido tan sagrado que pasó muchos años vacío hasta que alguien —Pittypat, Peter, la cocinera— guardó sin pensar las cosas de Charles en el lugar donde antaño éste fuera invisible y donde una tarde su hermana ya adulta abrió el refugio y entró en él, agachándose para recoger un paquete con la inconfundible forma de la vaina de una espada.

La puerta se cerró y Melanie se sentó en el suelo. Allí la presencia de Charles era tan fuerte que a ella casi le parecía oír su voz al otro lado de la puerta con rejilla, buscando en el salón de Pittypat. «¿Está la querida Melly detrás del confidente? No. ¿Debajo de la mesa? No. ¿Detrás de los cortinajes de tía Pittypat? No, aquí tampoco. Oh, ¿dónde se habrá metido mi hermana Melanie?»

Pero el que se había ido era Charles y ahora la señora Melanie Wilkes sostenía y acariciaba en su regazo las cosas de su hermano, pensando en lo poco, lo poquísimo que queda de nosotros cuando nos vamos. Lloró tanto que acabó sumida en una triste modorra.

Melanie despertó sobresaltada al oír a Scarlett llamándola a gritos desde el salón. ¡Dios mío! ¿Qué aspecto debía de tener dormida en el suelo del armario con

el sable de su hermano sobre el regazo?

—¡Melly! ¡Pittypat va a cenar esta noche con la señora Meade! ¿Estás en casa, Melly?

La mente de la esposa de Ashley Wilkes caviló rápidamente. ¡Esperaría a que Scarlett abandonara la estancia! ¡Y después saldría y se tranquilizaría!

—Ah, Scarlett, menos mal que la encuentro en casa.

Aquella profunda y conocida voz… ¡Oh, Dios mío, el capitán Butler!

Melanie sabía que se estaba comportando como una insensata. ¡Ya bastaba! Se levantaría armando ruido —el armario era muy estrecho—, saldría con el sable de su hermano y diría… Dios, ¿qué podría decir? Melanie Wilkes no podía someterse a aquella humillación tan ridícula. Ellos se irían enseguida. En las tardes en que hacía buen tiempo, Rhett y Scarlett solían sentarse en el porche de la entrada.

De pronto, Melanie oyó unos golpes y el ruido de muebles empujados.

—Pero ¿qué demonios está haciendo? —preguntó el capitán Butler.

—Nada.

—¿A cuatro patas detrás del confidente? ¿Cómo que no está haciendo nada?

—¡Podría ayudarme, Rhett Butler, en lugar de quedarse ahí plantado como un pasmarote! Si quiere que se lo diga, estoy buscando la espada de Charles. La puse en algún sitio y ahora Melanie quiere el maldito trasto y yo le he dicho que no lo tengo.

—Vaya. Y ahora, si la encuentra, ¿dirá que el sable ha aparecido por arte de magia? Scarlett, ¿la he acusado alguna vez de ser una mujer honrada?

—Ayúdeme, Rhett. Es sólo una maldita espada.

—Scarlett, ¿por qué no se quita de una vez esos velos de viuda y nos vamos los dos a Nueva Orleans? De todos modos, a usted Charles nunca le importó demasiado.

—No sea ridículo.

—Cariño, soy el único hombre del mundo que la comprende… y la admira a pesar de todo.

—Olvida que Nueva Orleans está en manos federales.

—Scarlett, Scarlett, con dinero se puede ir a cualquier sitio.

En su refugio del armario, Melanie se cubrió la boca con la mano. ¿Qué Charles no le importaba? ¿Cómo era posible? Pero si Charles era el muchacho más adorable de la Creación. Cuando Charles se reía, todo su ser se reía. Charles cantaba un poco desentonado tal vez, pero con todo su corazón. Charles corría hasta el río con tal rapidez que las infantiles piernecitas de Melly no podían seguirlo. «¡Espérame, Charles! ¡Espérame!»

—Nueva Orleans es la ciudad más cosmopolita de América. Le gustará.

—Capitán Butler, usted me halaga. Yo no soy nada cosmopolita.

Rhett rió.

—Está usted más verde que la hierba, pero daría un ojo de la cara por ser cosmopolita. Si tan poco valía el sable de Charles, ¿por qué no compra otro y listo?

—Pues claro que no valía. Nada en Charles tenía valor. Pero ¡era la espada de su abuelo!

Una lágrima resbaló por la mejilla de Melanie. Oyó un frufrú de tela cuando Rhett abrazó a Scarlett murmurando:

—Espero que algún día no hable con tanta dureza de mí.

—¿Y por qué iba a decir yo nada de usted? ¿Acaso no es un acaparador que se aprovecha de la guerra? ¿Quiere que le nombre los hogares de Atlanta en que es bien recibido, las respetables familias que «están en casa» cuando usted las visita?

Rhett soltó una carcajada.

—¿Y qué me importan a mí todos esos chismosos?

—Claro que no le importan, capitán Butler. Usted está por encima de todas estas mundanas preocupaciones. Pero nosotros, los simples mortales, tenemos amigos y casi todos estamos bien considerados por la sociedad honrada. ¡Hasta creo que casi todos somos bien recibidos en las casas de nuestros padres!

Otra vez frufrú de telas.

—Ah, gracias por soltarme —dijo Scarlett—. Estaba empezando a temer por mi castidad.

—Señora Hamilton, se halaga usted demasiado.

Las enfurecidas pisadas de Rhett fueron acompañadas por un triunfal tarareo de Scarlett. Cuando Scarlett abandonó finalmente el salón, Melanie Wilkes pudo dar rienda suelta a sus angustiados y solitarios sollozos.

16
El barrio quemado

La primera vez que la flota federal atacó Fort Sumter, los ciudadanos de Charleston disfrutaron de una pintoresca victoria. El rugido ensordecedor de los patrióticos cañones provocaba unas trombas marinas que hundían los acorazados federales cual si fueran escarabajos de agua. Cuando el *Keokuk* se hundió en aguas de la isla Morris, los cañones de Dahlgren se salvaron del naufragio y los charlestonianos se alegraron de poder utilizar las propias armas del enemigo contra él. El *Mercury* llegó a la conclusión de que las defensas de la ciudad eran inexpugnables: «La batería Wagner domina la costa occidental, Fort Moultrine la oriental; ¡y en la boca del puerto, Fort Sumter desafía cualquier cosa que los invasores federales puedan arrojarle!»

El comandante militar de Charleston, el general Pierre Beauregard, no era tan exaltado y por eso instaba a la población civil a evacuar la ciudad. Algunos acaudalados ciudadanos cerraron sus casas y se trasladaron a sus hogares de tierra adentro. Aunque la familia de Langston Butler no adoptó ninguna nueva medida, los Ward se trasladaron a Macon, Georgia, donde el primo de Frederick tenía una plantación.

Los parientes de Haynes en Hanging Rock, Carolina del Norte, invitaron a los Haynes de Charleston a irse a vivir con ellos «hasta que termine esta situación tan desagradable». «Yo me quedaré aquí», le dijo Rosemary a John.

Hasta entonces, los ataques federales habían sido rechazados. Los rápidos buques que estaban burlando el bloqueo —el *Bat*, el *Cóndor*, el *Venus*, el *Advance*, el *Let 'er Rip*, el *Annie*, el *Banshee*— se alineaban en toda la zona portuaria de Charleston desde el muelle Adger hasta el muelle del Gobierno.

Pero, en cuestión de un momento, todo cambió. El tercer mes de julio de la guerra, las orgullosas cabezas sureñas empezaron a agacharse.

Una tarde cálida y lluviosa, los angustiados ciudadanos de Charleston se congregaron delante de la oficina de telégrafos de la calle King para leer las listas de bajas ocurridas en una ciudad de Pensilvania de la que nunca nadie había oído hablar. La noticia de Gettysburg no habría podido ser peor: diecisiete generales confederados y veintiocho mil soldados muertos o heridos.

Pero aquello no fue el final. Al día siguiente, Charleston se enteró de que la sitiada guarnición de Vicksburg se había rendido. El Misisipí estaba en manos federales y la Confederación se había partido por la mitad. Aquella tarde la gente rezó en las calles delante de las abarrotadas iglesias de Charleston.

El 10 de julio, una división federal desembarcó en la isla Morris y al caer la

noche los defensores confederados ya habían sido empujados a las defensas exteriores de la batería Wagner. En medio de los disparos de los cañones, los acorazados federales permanecían al acecho cerca de las playas de la isla. En el número 46 de la calle Church, la pequeña Meg estaba en su habitación tapándose los oídos con las manos.

Cuando su padre llegó a casa aquella tarde, Meg contempló su rostro y estalló en sollozos.

—Hoy ha muerto el hijo de William Stock Bee —le dijo John a Rosemary—. Cuando William acudió a mi despacho, el pobre apenas podía hablar.

—Su único hijo. Pobre hombre.

—El hijo de Frederick Ward también ha muerto. Tengo entendido que Willy Ward murió como un valiente. ¡Como un valiente! —John se atragantó con la palabra—. Exceptuando la batería Wagner, la isla Morris está en manos federales y la caída de Wagner es cosa segura. Tengo billetes de tren con destino a Hanging Rock para ti y para Meg.

—No pienso irme.

—¡Esposa!

—Es la primera vez desde enero que me llamas con este honroso tratamiento.

—¡Por Dios bendito, Rosemary!

Marido y mujer se miraron impotentes. Ninguno de los dos extendió los brazos hacia el otro y pasó el momento.

Cuando se enteró de que su Rosemary había pasado varias horas con el seductor Andrew Ravanel en su propia casa, John Haynes experimentó un profundo desconsuelo, pero jamás acusó a Rosemary. No tenía por qué.

Por su parte, ella sabía que no había puesto en entredicho el honor de su marido. Pero había estado tentada de hacerlo y la tentación pesaba casi tanto como lo hubiera hecho la traición.

Inocente pero avergonzada, Rosemary Haynes contestó a las silenciosas acusaciones de su marido con el silencio. Desde el mes de enero, ambos no compartían ni un solo momento de serena confianza.

Una semana después del desembarco, las fuertes e ininterrumpidas sacudidas de la artillería federal provocaron un viento que agitaba las cortinas de las ventanas incluso en puntos tan alejados de la costa como el número 46 de la calle Church. Ya muy entrada la tarde y a pesar de la dolorosa jaqueca que experimentaba, Rosemary salió a dar una vuelta hasta el paseo de White Point. La arena levantada por las explosiones flotaba formando nubes plateadas hasta la isla Morris. El humo impedía la vista de Fort Sumter.

El ocaso dio paso a la oscuridad. Los cañones se encendían como luciérnagas. Las lanchas cañoneras confederadas trasladaban a los heridos y a los relevos arriba y abajo por el puerto.

En White Point los ciudadanos rezaban, conversaban o bebían. Pasada la

medianoche los cañones dejaron de parpadear y Fort Sumter se convirtió en una negra y silenciosa mole. Una media luna se abrió paso a través de un amarillento cielo encapotado.

Pasó lentamente una cañonera confederada y un marinero gritó:

—Los hemos derrotado. Nuestros chicos los han derrotado. Los federales… algunos federales eran negros.

El ataque contra la batería Wagner había fracasado. Por la mañana, cuando los prisioneros federales fueron trasladados a la ciudad, la noticia del marinero quedó confirmada. Los soldados que habían protagonizado el ataque contra la batería Wagner eran negros del 54° Batallón de Massachusetts de Tropas de Color de Estados Unidos. Rosemary medio esperaba que Cleo o Joshua comentaran lo que sin duda ya sabían: que soldados negros habían atacado a soldados sureños blancos y habían estado a punto de derrotarlos. Cleo se comportaba como si nada desagradable hubiera ocurrido. Y Joshua dijo que se alegraba de que los federales hubieran sido rechazados.

—No quiero que ningún yanqui entre en Charleston.

—¿De veras, Joshua?

—Usted sabe que no. Soy el criado personal del amo Haynes desde que él era un niño.

Los prisioneros negros habían sido encerrados en la prisión de la ciudad mientras los políticos discutían acerca de su destino. Algunos legisladores, Langston Butler entre ellos, querían que los negros «fueran devueltos a la esclavitud, que es para lo que mejor sirven». El general Beauregard quería, por el contrario, que fueran tratados como prisioneros de guerra normales.

Los acorazados federales y las baterías de la costa seguían bombardeando las fortalezas confederadas.

En la calle Church, marido y mujer no decían ni una sola palabra más de lo necesario. Meg actuaba como si nada estuviera ocurriendo y charlaba como si tal cosa mientras sus padres recorrían en silencio la casa. Una tarde especialmente sombría hizo el suficiente acopio de valor como para proponer un juego. Al ver que la idea no cuajaba, Meg dijo:

—Pues ya que no podemos jugar, ¡vamos a cantar juntos!

Y empezó a pasearse por la estancia cantando la *Bonny Blue Flag*, uno de los himnos a la bandera del Sur, mientras acompañaba su actuación con nerviosas risitas. Cuando Rosemary tomó a su hija en brazos, la pequeña rompió a llorar.

Aquella noche, Cleo acostó a Meg.

—No pasa nada, cariño. No pasa nada. Es sólo esta maldita guerra, eso es todo.

En el piso de abajo, Rosemary dijo:

—John, no sé cuánto tiempo podré aguantar.

A las cinco de la madrugada del 17 de agosto, los federales abrieron fuego contra Fort Sumter. Sus artilleros trabajaban por turnos, cuatro horas de descanso, ocho horas de servicio. Cada andanada arrojaba una tonelada y media de hierro contra las murallas de ladrillo de Sumter. Los acorazados federales desfilaban por delante del fuerte y efectuaban descargas cerradas. Uno a uno, los cañones del fuerte fueron arrancados de sus troneras y silenciados para siempre. Al llegar el mediodía, Sumter no era más que una montaña de ladrillos demolidos.

Los ciudadanos de Charleston que aquel día se atrevieron a salir de sus casas se movían presurosos y como a escondidas.

Casi todas las baterías federales enmudecieron al llegar la noche, pero hubo un cañón que pasó toda la noche disparando a intervalos de cinco minutos.

Cuando Rosemary bajó por la mañana, sus ojos estaban enrojecidos.

—John…

—No lo digas, te lo ruego.

—John, tengo que dejarte. Sólo durante un tiempo.

—Rosemary, por favor…

—Meg y yo nos instalaremos unos días en el hotel Mills.

John se cubrió el rostro con las manos.

Rosemary Haynes respiró hondo.

—No te traicioné con Andrew Ravanel.

Su marido pareció no haberla oído.

—Andrew vuelve a estar en los periódicos —dijo—. Cuanto peor van las cosas, con tanto más denuedo combate Andrew.

—Yo no hice nada…

—Rosemary, comprendo que una mujer pueda sentirse atraída por Andrew…

Ella dejó de intentarlo.

—Aborrezco esos malditos cañones —dijo.

Aquella tarde, Cleo recogió sus cosas y fueron a la parte alta de la ciudad hasta el hotel Mills, atravesando el barrio quemado.

Aquella noche, en el comedor del hotel los especuladores presumieron de sus nuevas riquezas. Las faltriqueras de todos los relojes eran muy largas y de reluciente oro.

—Señora. —Un hombre se quitó la chistera que había llevado puesta durante la cena—. Henry Harris. Encantado de conocerla. Quiero decirle, señora, que no acabaría nunca de alabar a su hermano. ¡Lo que cuesta engañar al capitán Butler! —El especulador se acercó un dedo a la parte lateral de la nariz y guiñó un ojo—. Él y el negro Bonneau… ¡menudos son esos dos! Señora, tengo que ser sincero. La sinceridad es mi punto débil. Si necesito diez cajas de champán francés, el capitán Butler siempre me trae el mejor. Señora, si ve a su hermano antes que yo, dígale

que Harris aceptará cualquier oferta y la mejorará en un diez por ciento. Dígaselo, por favor.

—Mamá, ¿está hablando de tío Rhett?

—Me temo que sí, cariño.

—¡El tío Rhett es mi amigo! —declaró la niña.

—Pues claro que lo es, cariño —dijo su madre—. Señor, le ruego que nos disculpe.

En su *suite* del segundo piso, Rosemary corrió las cortinas. Los cañones federales no disparaban aquella noche y la paz reinaba en la ciudad.

Cleo acompañó a Meg al dormitorio más pequeño para quitarle la ropa mientras Rosemary se preguntaba qué estaba haciendo allí. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué no podía amar a un hombre bueno?

Junto a su cama, Meg rezó por su tío Rhett y por Joshua y por Cleo y su abuelo y su abuela Butler y todos los soldados de la guerra.

—Por favor, Dios mío —rezó Meg—, que mamá y papá y yo volvamos a ser felices. Amén.

Poco después, un portero llamó a la puerta y deslizó una nota por debajo de la puerta.

Con la letra de John, la nota decía: «Bajo cualquier condición, Rosemary. Te necesito.»

¿Sería posible? ¿Podría el amor de John ser suficiente por sí solo para alimentarlos a los dos? ¡Seguro que no! Rosemary cerró con tal fuerza los ojos que vio estrellas fugaces.

—Por favor, Dios mío… —rezó—. Cleo —añadió rápidamente—, tengo que ir a casa.

—Sí, señorita. Mandaré traer a *Tecumseh.*

—No. No puedo esperar. Quédate con Meg, Cleo… —Tomó el moreno rostro de la criada entre sus pálidas manos—. Puede que no regrese esta noche.

—Sí, señorita. —La criada la miró a los ojos—. Espero que no.

En la calle Meeting, un sorprendido caballero se ofreció a llevarla en su coche.

—¡Al cuarenta y seis de la calle Church! ¡Por favor! —apremió Rosemary al cochero—. ¡Dese prisa, por favor!

Cuando su esposo abrió la puerta, ella estudió su rostro como si las conocidas arrugas y los surcos pudieran contarle una historia distinta.

Cuando John le dijo: «Queridísima…», ella le rozó los labios con un dedo, lo acompañó a su dormitorio del piso de arriba y ésa fue la última palabra que se dijeron el uno al otro.

Meg se echó a llorar con tal desconsuelo cuando su madre se fue que Cleo se la llevó a su catre, situado a los pies de la cama de su ama.

—No pasa nada, mi niña preciosa. Tu mamá está con tu papá. Mañana

vendrán los dos a buscarnos.

—¡Tengo miedo, Cleo!

—No hay nada que temer. Es hora de que nos vayamos a dormir.

La pequeña estaba muy nerviosa y, cada vez que Cleo estaba a punto de quedarse dormida, la niña murmuraba algo o se movía. Al final, la chiquilla rodeó con su brazo el cuello de Cleo, su dulce aliento cosquilleó la mejilla de la criada y ambas se quedaron dormidas.

Un tremendo resplandor y un fuerte golpe hicieron que Cleo se incorporara en la cama.

—Calma, cariño —dijo serenamente la criada.

Las ventanas de la estancia brillaban como si estuvieran ardiendo. Cleo se cubrió los ojos. Meg gimoteó.

—Chsss. No pasa nada, tranquila.

Cleo se liberó de la ropa de cama y, con Meg aferrada a ella, se acercó descalza a la ventana.

Una corriente de fuego semejante a lava fundida bajaba en cascada desde el edificio de enfrente a la calle. Cleo se acercó una mano a la boca.

Se oyeron pisadas presurosas al otro lado de la puerta.

—¡Fuego! ¡Fuego!

Los hombres bajaban corriendo por el pasillo.

—¡Los malditos yanquis están bombardeando la ciudad!

—Cleo, no me gusta estar aquí —gimió Meg.

—A mí tampoco. Ahora nos vamos a casa. Pero voy a necesitar tu ayuda, cielo. Suéltame el cuello y quédate de pie para que pueda vestirte.

Al otro lado de la puerta se oían corridas que parecían truenos o estampidas de animales. Cleo le pasó el vestido por encima de los brazos extendidos y buscó a tientas sus zapatos… uno al lado de la cama, el otro debajo del escritorio. Una nueva explosión, pero no tan cerca.

—Por favor… —murmuró Meg.

Cleo se envolvió con una manta sin quitarse el camisón y se colocó a la niña sobre la cadera.

—¡Rodéame con los brazos y agárrate fuerte, mi niña!

Cleo bajó corriendo por la escalera. En el vestíbulo había varios hombres semivestidos y muertos de miedo. Algunos corrían al comedor y otros al vestíbulo. Cuando un disparo estuvo a punto de alcanzar el edificio, la sacudida arrojó a los especuladores al suelo entre colillas de cigarrillos y escupideras volcadas.

—Mamá —gimió Meg.

—Cariño, te voy a llevar con tu mamá —dijo Cleo.

Atravesaron la cocina del hotel.

Los mozos de los establos habían huido y los aterrorizados caballos se

encabritaban, relinchaban y coceaban en sus compartimientos. *Tecumseh* tenía los ojos en blanco. Cleo le arrojó una brida, le colocó el bocado y condujo al tembloroso animal hacia el callejón. Sentó a Meg en su cuello y ella se encaramó detrás.

—Agárrate a las crines, niña.

—¡Tengo miedo, Cleo!

—¡No te asustes, cariño! ¡Necesito que no te asustes!

Por encima del barrio quemado, un gajo de luna se deslizaba entre las nubes. Los esqueletos de los edificios incendiados eran casi hogares o casi iglesias: pavorosas caricaturas de esperanzas humanas. Las ruinas arrojaban dedos de sombra al otro lado de la calle y éstos envolvieron a la mujer y la niña.

Un obús estalló directamente por encima de sus cabezas y el ardiente fuego bajó ondeando como un gallardete a la tierra. Meg lanzó un grito y *Tecumseh* mordió el freno y se desbocó.

—¡Quieto, *Tecumseh!* ¡Quieto ahí!

Cleo tiró de las riendas con todas sus fuerzas. La llorosa niña soltó las crines del animal y se deslizó por el cuello del caballo.

—*¡Tecumseh!*—chilló Cleo.

Mientras la criada soltaba las riendas para sujetar a Meg, *Tecumseh* se volvió bruscamente y ambas cayeron con un sordo ruido sobre los adoquines.

Casi sin aliento, Cleo dio unas nerviosas palmadas al cuerpecito de Meg y trató de levantarse. Se había mordido la lengua y se estaba tragando la espesa y cálida sangre.

—¿Estás bien, cariño? ¿Te has hecho daño?

—Cleo —gimoteó Meg—, ¿no podemos ir a casa, por favor?

—Iremos a casa en cuanto dejen de disparar. Nos vamos directamente a casa. —Buscó los elementos conocidos entre los chapiteles y los muros de las iglesias en ruinas—. Mira, nena. Allí está el viejo cementerio. Y aquello de allí es la iglesia Redonda. Mira, eso es su cementerio. Nos esconderemos en el cementerio hasta que podamos irnos a casa.

John y Rosemary las encontraron entre las destrozadas lápidas sepulcrales. El cuerpo de Meg estaba medio debajo del de Cleo, la cual, hasta su último aliento, había intentado proteger a la niña del bombardeo.

—Oh, Dios mío —sollozó Rosemary Haynes—. Jamás habría tenido que dejarla.

John Haynes recogió en sus brazos a su única hija.

17
Prendas de amor

El elegante buque burlador del bloqueo se abrió paso a través de los bajíos situados al norte de los alfaques de Rattlesnake. En aquella segunda noche sin luna, la luz de las estrellas reflejada en las aguas era suficiente para que unos penetrantes ojos pudieran ver a veinte metros de distancia. Detrás de la franja del oleaje, la playa de Carolina estaba más pálida que el océano.

Un sondeador descalzo se acercó a toda prisa al timón del *Merry Widow* y chasqueó dos veces los dedos.

—Dos brazas.

Tunis Bonneau se acercó el escandallo a la lengua y murmuró:

—Eso son bancos de ostras. Nos estamos acercando a Drunken Dick.

Rhett apretó el hombro de Tunis en busca de una respuesta.

Las máquinas del *Widow* emitieron un gorgoteo bajo el agua. Sus chimeneas provistas de bisagras estaban inclinadas en posición horizontal para no mostrar ninguna silueta sobre el trasfondo de la pálida playa.

Burlar el bloqueo de Charleston con un buque se había vuelto más peligroso tras la toma de la batería Wagner por parte de los federales. Con los cañones federales dominando el canal naval, ningún barco se atrevía a navegar al oeste de Fort Sumter. El paso oriental, el canal de Maffit, era estrecho y tortuoso. Antes de la guerra, unas boyas marcaban los bajíos de Rattlesnake y Drunken Dick, pero los federales las habían retirado. Con la bajamar, algunos tramos del canal de Maffit medían un metro y medio de profundidad. Cargado, el *Widow* bajaba hasta un metro.

Justo pasado Drunken Dick, el barco tenía que virar a estribor para dirigirse a la única entrada del puerto de Charleston que quedaba abierta.

Para que los acorazados federales no entraran en el puerto, los defensores confederados habían instalado una barrera transversal de maderos tachonada de torpedos de contacto, desde Fort Sumter a Fort Moultrie en la costa oriental. La abertura de cien metros que había en la barrera era la única vía de acceso al puerto.

Los federales sabían que los buques que burlaban el bloqueo tenían que hacerlo las noches sin luna. Conocían el canal por el que tenían que navegar los burladores. Conocían la minúscula entrada por la que tenían que pasar. Los jóvenes vigías federales, a pesar de su buena vista, se frotaban los ojos tratando de traspasar la oscuridad nocturna. Oían los latidos de sus propios corazones por encima del resuelle de su respiración.

Tras la caída de la batería Wagner casi todos los barcos burladores habían cambiado Charleston por Wilmington, Carolina del Norte, donde podían navegar sigilosamente a lo largo de dos costas y pasar a través de dos ensenadas, ambas protegidas por Fort Fisher, una colosal fortaleza a horcajadas de la estrecha península situada entre el cabo Fear River y el Atlántico.

Mientras se aproximaba a Charleston, Tunis Bonneau mantuvo su vapor de ruedas hidráulicas laterales de 48 metros de eslora cerca de la orilla, justo en aquel movedizo hueco acuático en que el oleaje del océano se transformaba en resaca. Aunque los buques federales se mantenían muy apartados de la costa, unos botes de vigilancia patrullaban por los bajíos. Y a pesar de que los esquifes de fondo plano de seis metros no podían hundir ni abordar al *Merry Widow,* sus bengalas podían señalar a los acorazados la posición de aquel barco que navegaba sin artillería.

Cinco nudos. Tunis Bonneau se puso de puntillas y entornó los párpados, tratando de ver algo. El agua retumbaba contra los rompeolas y la resaca golpeaba la playa con un sordo rumor, emitiendo un suave siseo al retirarse.

El vigía de proa del *Widow* levantó el brazo izquierdo para indicar «bote de vigilancia a babor». Tunis se inclinó sobre el tubo acústico y pidió más fuerza a la sala de máquinas.

El patrón del bote de vigilancia federal vio algo… una forma que podía ser o no un barco burlador. Buscó una bengala de señales en la estrecha caja y gritó:

—¡Ah del barco! ¡Santo y seña!

Con las planchas de la cubierta vibrando a causa de las máquinas, el *Widow* estaba navegando a nueve nudos.

—¡La Unión por siempre! —entonó Rhett Butler.

El santo y seña de aquella noche era «Gettysburg», pero el de la víspera había sido «Salvar la Unión». El patrón tenía la bengala y la cerilla en la mano, pero no sabía qué hacer. ¿Y si fuera un buque federal cuyo capitán hubiese traducido mal el código de señales? Hacía varias semanas que ningún buque burlaba el bloqueo y un patrón excesivamente cumplidor que pidiera fuego contra un buque federal se enfrentaría a un consejo de guerra seguro.

—¡Santo y seña! —volvió a exigir.

—¡Embustero Abe! —gritó Rhett.

El patrón del bote ya había encendido la bengala cuando el *Widow* embistió el bote, hundiéndolo y arrastrando a las paletas de sus ruedas hidráulicas a ocho marineros federales.

—Han sido unos valientes —dijo Tunis.

—Pero indecisos —replicó Rhett.

—Avante despacio —murmuró Tunis por el tubo acústico, y gobernó el buque siguiendo los perfiles terrestres apenas visibles y las conocidas corrientes que tiraban del timón. Confiaba en la memoria de sus manos.

El *Merry Widow* siguió navegando sin ulteriores problemas hasta superar el bajío de Drunken Dick. Fort Sumter se encontraba a babor de su proa cuando la

primera bengala federal rasgó el cielo.

Tunis ordenó navegar a toda máquina, la tripulación de la cubierta enderezó las chimeneas y el *Widow* se lanzó como un corcel desbocado al escucharse el cañonazo de advertencia.

Los botes de vigilancia y los buques de guerra lanzaron al aire señales rojas, verdes y azules: «¿Quiénes sois?», «¿Sois de los nuestros?»

Rhett lanzó sus propias bengalas rojas y verdes: señales sin sentido.

Tunis Bonneau jadeaba como si su afanosa respiración pudiera conseguir que las ruedas laterales del *Widow* giraran más rápido. La cubierta se estremecía bajo sus pies.

Los primeros obuses federales cayeron a seis metros de distancia. La espuma del agua dejó empapados a los tripulantes en cubierta.

—Su puntería ha mejorado —dijo Rhett, encaramándose a la caja protectora de una rueda hidráulica y acercándose el catalejo al ojo como si los disparos federales no fueran más que inofensivos fuegos artificiales en una apacible noche estival.

El vigía de proa aguzó la vista, tratando de distinguir la estrecha abertura de la barrera de torpedos.

Puesto que no podían alcanzar un buque que navegara a toda máquina, los cañones federales se concentraban en la entrada de la barrera, por lo que el *Widow* tuvo que abrirse paso a sacudidas a través de los cañonazos que fallaban por los pelos, tan absolutamente empapado de agua como si estuviera bajo las cataratas del Niágara.

Durante el día la mortífera barrera se veía descansar apaciblemente sobre el agua, pero en medio de la oscuridad resultaba invisible. Tunis gobernó el buque a través de la zona en la cual se concentraba el fuego, rogando que los cañones federales estuvieran apuntando en la dirección apropiada. El *Widow* se estremeció: había sido alcanzado. Otro disparo acertado hizo que se sacudiera como un perro mojado. Tunis estuvo a punto de caerse cuando el timón vibró fuertemente en sus manos. Otro disparo fallido lo arrojó contra las cabillas del timón.

Habían pasado. Los pálidos tablones de ciprés de la barrera y los verdosos torpedos de hierro cubiertos de percebes se encontraban a metro y medio de babor.

Los fragmentos de un último disparo cayeron matraqueando sobre la cubierta.

Cuando los cañones federales enmudecieron, Tunis se inclinó para sacudirse el agua de las orejas.

Rhett bajó de la caja protectora de la rueda, cerró el catalejo y encendió un cigarro. La llama de la cerilla era tan luminosa que a Tunis le escocieron los ojos. Con voz ronca Tunis ordenó al señor Campbell, el maquinista del *Widow,* que comprobara los daños.

—Hemos vuelto a pasar —le dijo Tunis a Rhett.

—Eso ha sido lo más fácil. Temo nuestra llegada. Mi pobre, pobre Rosemary.

—Rhett se había enterado de la muerte de Meg en Nassau.

—Aborrezco esta guerra —dijo Tunis.

—Algunos dicen que dará la libertad a tu pueblo.

—Sí, señor. Eso es lo que algunos dicen.

La ciudad estaba a oscuras. Las agujas de las iglesias de Charleston —faros para los marinos a lo largo de varias generaciones— habían sido pintadas de negro para que los cañoneros federales no pudieran alcanzarlas. Un obús de los cañones federales emplazados en la isla Morris describió una parábola. Un breve destello fue seguido a los pocos segundos por un sordo retumbo.

Tunis percibía en el timón las corrientes del río. La brisa de tierra apestaba a polvo de ladrillo e incendios.

—Avante despacio.

Rhett trató de bromear:

—Ahora que te he vendido el *Widow,* Tunis, tendrás que tener más cuidado con él.

—Ja, ja.

La zona portuaria de Charleston estaba destrozada. El *Widow* navegó río arriba pasando por delante de muelles incendiados con embarcaciones destrozadas en sus amarres y vapores hundidos hasta la cubierta.

El maquinista Campbell señaló que los daños causados por los obuses habían sido de escasa importancia, aunque las máquinas de vapor del *Widow* habían sufrido una inclinación en sus bastidores de acero y se habían torcido los codos de estribor del buque.

Casi todos los especuladores de Charleston se habían ido a Wilmington, pero, alertados por el estruendoso recibimiento federal, los hombres del muelle de Haynes & Son estaban deseando hacer negocio.

Tunis aminoró la velocidad mientras el *Widow* se acercaba a su amarre y los tripulantes lo mantenían apartado de los parachoques.

El parpadeo de unas linternas iluminaba el muelle. Alguien gritó.

—¡Rhett, necesito tejidos de seda y perfumes!

—¡Botones y charreteras! —gritó otra voz.

—¡Yo me llevo veinte de champán!

El *Widow* se detuvo bruscamente y, emitiendo unos sonoros silbidos, ambas calderas soltaron el vapor. Luego, en medio del silencio, Rhett percibió el chapaleo del río contra el casco.

—Hoy no les puedo servir, caballeros. No traigo artículos de lujo. Tengo treinta cajas de cardas de algodón, catorce de rifles Wentworth, calzado del ejército, tejido para uniformes y balas cónicas para rifle. No sé si querrán unirse a mí en un brindis por la bandera azul que lleva una solitaria estrella.

—¡Caray, te ha costado lo tuyo volverte patriota! —exclamó alguien.

Se oían unos fuertes martillazos procedentes de la sala de máquinas: el señor Campbell estaba arreglando los bastidores de los motores.

Los decepcionados especuladores abandonaron el muelle en cuanto

aparecieron dos vehículos: un *sulky* azul y un coche negro de un solo caballo.

—Creo que son Ruthie y Rosemary —dijo Tunis.

—Tunis, ¿por qué permitimos que se nos rompa el corazón?

—¿Cree que estaríamos mejor si no lo hiciéramos?

La hermana de Rhett permanecía de pie al lado del *sulky.* Parecía más menuda de lo que él recordaba.

—Mi querida Rosemary. —Rhett la estrechó en sus brazos.

Por un instante, ella opuso resistencia, pero después rompió en desgarradores sollozos y su cuerpo sufrió unas fuertes sacudidas.

—¿Por qué, Rhett? ¿Por qué asesinan a nuestros niños? ¿Es que ellos no tienen niños?

En respuesta un obús estalló en la ciudad. Rhett la mantuvo abrazada hasta que ella dejó de temblar y parte de su tensión se disipó.

—Gracias —susurró Rosemary.

Él la soltó y ella se enjugó las lágrimas y trató de sonreír. Serena y sin la menor inflexión en la voz, añadió:

—Meg era tan pequeñita… Casi parecía un bebé. Cuando John la tomó en sus brazos, uno de sus zapatitos se cayó. ¿Sabes?, no conseguimos encontrar el otro. Mi niña tenía la carita muy sucia y yo intenté limpiársela con un pañuelo, pero John la apartó de mí. Rhett… Margaret Haynes era mi niña, pero tuve que suplicarle a mi marido que me permitiera limpiarle la frente. Tenía un labio cortado… aquí… pero no sangraba. Estaba más fría que la arcilla. Con estos dedos, Rhett, le cerré los ojos.

Rhett la estrechó con fuerza. Sin la tensión que la había dominado hasta ese momento, Rosemary parecía una muñeca de trapo.

—¿Y John…? —preguntó Rhett.

—Sale a pasear por las calles todas las noches, indiferente a los bombardeos. ¿Por qué, Rhett…? —Rosemary esbozó una especie de sonrisa—. Nuestros bomberos libertos ven más a menudo a mi marido que yo. ¿No te parece extraño?

—Iré a verle…

Rosemary le apretó el brazo.

—¡No puedes! ¡No querrá verte! John suplica que, como amigo suyo que eres, no vayas a verle.

—Si un viejo amigo no puede…

—Rhett, créeme, te lo ruego. John no te recibirá en nuestra casa.

Al lado del cabriolé negro, Ruthie Bonneau susurraba con vehemencia:

—¡Anda, Tunis Bonneau! ¡Anda, por favor!

Tunis arrugó el sombrero entre las manos.

—Señorita Rosemary, Ruthie y yo lamentamos profundamente su dolor. Siempre hemos tenido en mucha estima a los Haynes.

La mirada de Rosemary se perdió en la distancia. Con aire ausente, acarició el morro de su caballo.

—No sé si *Tecumseh* recuerda a Meg —musitó—. Contemplo sus grandes y

dulces ojos y… —Se llevó las manos a la cara para ahogar los sollozos.

—Todas las noches Ruthie y yo rezamos por usted, señorita Rosemary —dijo Tunis.

Después ayudó a su esposa embarazada a subir al cabriolé y se fueron.

Rosemary escudriñó el rostro de su hermano.

—Rhett, ¡he estado tan ciega, tan tremendamente ciega! Quería lo que no debía y perdí todas aquellas valiosas horas que hubiera podido pasar con mi niña y mi marido… —Hizo una pausa para respirar hondo—. Hermano, no tienes que permitir que cometa un error. Prométeme… prométeme que harás algo por mí.

—Lo que sea.

—Tú quieres a Scarlett O'Hara. —Rozó los labios de Rhett con la suave punta de un dedo—. Rhett, por favor, no hagas un comentario cínico o divertido, por una vez. Amas a una mujer y ambos lo sabemos. Hermano, no puedes ser superior al amor. Ve ahora mismo a ver a Scarlett. Sé sincero con ella tal como siempre lo has sido conmigo. —Volviéndose hacia su *sulky*, Rosemary recogió un paquete envuelto en resistente papel de carnicería y desdobló una esquina dejando al descubierto un brillante tejido de seda amarilla. Era el precioso chal que Rhett le había regalado muchos años atrás—. Era la prenda preferida de Meg. Se envolvía en él y fingía ser un pájaro o una mariposa. Cuando corría, el chal flotaba a su espalda como si fuera… las alas de… un ángel.

—Rosemary, no puedo aceptarlo.

—Sí, sí puedes, hermano. A nosotros los Butler nunca se nos ha dado bien el amor. Hemos amado demasiado tarde, nos hemos equivocado o no hemos amado en absoluto. Regálale a Scarlett este chal. Hace años fue una prenda de tu amor. Ahora mi pobre Meg también ha puesto en él su amor. Por favor, Rhett, regálaselo a la mujer que amas.

—Rosemary, tú y John…

—Ahora no puedes hacer nada por nosotros.

—Quisiera…

—Lo sé, querido. Chsss. Vete. Hay un tren a las cinco de la mañana.

El besó a su hermana y se dirigió a pie a la parte alta de la ciudad.

Veinte minutos después, en la estación, el preboste se negó a autorizarlo a subir al tren de Georgia hasta que Rhett le mostró el pase de Rufus Bullock.

—Señor, hay sitio en el coche de los oficiales.

Puesto que había estudiado artillería en West Point, Rhett apreció en gran medida el relato que le hizo el comandante de artillería de la victoria de Chickamauga y, cuando Rhett sacó de su maleta de tejido de alfombra una botella de ron, el comandante llegó a la conclusión de que aquel sujeto vestido de paisano no era un mal hombre a pesar de todo. Mientras el tren seguía el camino del sol rumbo al oeste, Rhett, el comandante y dos jóvenes oficiales subalternos se pusieron a jugar una partida de póquer abierto.

Al anochecer, Rhett ya les había aligerado a todos los bolsillos, pero nadie se lo tomó a mal, pues era sólo dinero confederado.

Al día siguiente, mientras el tren se adentraba en Georgia, un teniente de diecinueve años —«nacido y criado en Biloxi, Misisipí, señor Butler»— señaló:

—Les estamos dando fuerte a los yanquis, les estamos dando una buena paliza. Seguro que no podrán seguir sufriendo pérdidas tan graves como la de Cickamauga. Con una o dos tundas más, Lincoln suplicará la paz.

Contemplando el esperanzado rostro del teniente, Rhett se sintió como un viejo de mil años.

El tren tuvo que desviarse a un apartadero en Augusta.

Acostumbrados a los retrasos, los oficiales se dirigieron a la taberna más próxima, pero Rhett prefirió ir a ver a Rufus Bullock en el despacho del Southern Express.

Bullock se había trasladado al Sur antes de la guerra para ponerse al frente de la compañía ferroviaria Adams Railway Express. Cuando el plácido y cordial Rufus Bullock paseaba por la calle Mayor, los respetables georgianos tenían la sensación de que era la clase de hombre que a ellos les gustaba ver pasear por la calle Mayor, por más que Bullock fuera un yanqui. Cuando estalló la guerra, el Southern Express se separó de su pariente del Norte y Rufus se convirtió en el presidente de la nueva compañía.

Rufus no tardó en ponerse al frente del servicio de telégrafos de la Confederación y del envío del dinero de la paga del ejército. Cuando sus responsabilidades aumentaron, Bullock se convirtió en director ejecutivo de los ferrocarriles de la Confederación y fue nombrado teniente coronel. Pero Bullock jamás lucía el uniforme; para Rufus Bullock la guerra era, como de costumbre, un simple negocio.

Con toda la confianza de la antigua amistad, Rhett depositó una botella encima del escritorio de Bullock.

—Por Dios, Rhett, ¿dónde la has encontrado?

—Ron de las Bahamas. De veinte años, envejecido en tonel de madera. Sin el pase que me regalaste, jamás habría podido salir de Charleston.

La botella desapareció en el interior de un cajón.

—Tengo entendido que esta vez has traído suministros militares. Y me pregunto cómo es posible que Rhett Butler obtenga beneficios con suministros militares. —Rufus sonrió tranquilamente porque era un hombre tranquilo.

—Me he enmendado, Rufus. Ya no burlaré el bloqueo. Cuando John Haynes esté en condiciones de volver a pensar en los negocios, espero que él también deje los negocios.

—Tengo entendido que su hija resultó muerta. Una tragedia.

—Sí. Rufus, necesito que me coloques en un tren con destino a Atlanta.

—En eso ni siquiera yo puedo ayudarte. Todos los vagones van cargados

hasta el tope de suministros.

—Te conozco, Rufus. No hay nada que tú no puedas hacer.

Rhett viajaba en la locomotora en compañía del señor Bates, el malhumorado maquinista, y un corpulento y silencioso fogonero negro.

El sol ya se ponía cuando salieron de Augusta. Rhett se refugió en la parte superior del ténder. Tumbado sobre la leña apilada y con las manos en la nuca, Rhett trató de recordar qué le había dicho Tunis Bonneau acerca del amor… ¿Cuándo había sido, seis años atrás?

Ambos amigos se habían encontrado en los muelles de Freeport. Llevaban sin verse desde que Rhett abandonara la Tierra Baja, así que se fueron a la taberna Skibberdden más próxima, donde pasaron el rato bebiendo hasta agotar las existencias. Tunis puso al día a Rhett acerca de las actividades en Charleston.

—Su hermana se ha enamorado de un joven muy apuesto.

—Si te doy un chal cubano, ¿se lo entregarás?

—Pues claro. —Tunis no estaba tan bebido como Rhett—. ¿Hay algo que le preocupa?

—Una mujer. Pero no tiene importancia.

—Pues no se comporta usted como si no la tuviera. ¿La ama?

—¿Que si la amo? —Rhett soltó un bufido y bebió directamente de la botella—. He estado enamorado demasiadas veces. Después me levanto de la cama y me pongo los pantalones. Hay algo en el humilde acto de ponerse los pantalones que trivializa el amor.

—Ahora se está usted burlando de mí.

—¿De veras?

Tunis le reveló tímidamente que había estado cortejando a Ruthie Prescott, la hija mayor del reverendo Prescott.

—Ruthie es muy testaruda y a veces cuesta un poco ponerse de acuerdo con ella, pero es la más apropiada para mí. Rhett, ¿usted ha estado enamorado?

—Amigo, ¿a qué vienen estas preguntas?

—¿Ha estado alguna vez con una chica pensando que ya jamás volvería a sentirse bien ni enteramente a gusto como no fuera con ella?

—Me he sentido halagado y a veces emocionado. Pero no, el amor no ha sido eso para mí.

—Pues entonces es que nunca ha estado enamorado —sentenció Tunis Bonneau—. No enamorado de verdad. Porque es así como tiene que ser el amor.

Ahora cada carrera del émbolo, cada giro de las ruedas motrices lo acercaba más a Scarlett. El rugido del motor resonaba en los latidos del corazón de Rhett. ¡Más rápido! ¡Más rápido!

Todas las demás mujeres, todas sus pasiones anteriores carecían de vida en comparación con ella; sin embargo, Rhett jamás le había dicho a Scarlett lo que significaba para él, se había resistido a hacerlo. Se había escondido detrás de una

falsa indiferencia.

—Maldito cobarde —se regañó en voz baja.

Armado con el valioso regalo de Rosemary, Rhett podría manifestarle ahora lo que sentía. ¡Y por Dios que lo haría!

Un eufórico Rhett Butler bajó a la cabina y ofreció cigarros al señor Bates y a su fogonero.

La caldera abierta rugía mientras las chispas y las pavesas abrían minúsculos orificios en el traje de velarte de Brett.

Animado por el excelente cigarro, Bates comentó:

—Conducir de noche ataca los nervios y no me gusta. No se ve nada. Si los federales atravesaran algo en las vías, ¡yo no me enteraría hasta que esta locomotora saltara por los aires! Le digo, señor, que es muy complicado salir de aquí en cuanto esto empieza a avanzar a trompicones. Por el vapor, ¿sabe? El vapor le arranca la carne a un hombre hasta dejarlo en los huesos.

Bates siguió dando caladas a su cigarro con entera satisfacción.

Se detenían cada dos horas para que Bates pudiera llenar la caldera. Rhett y el fogonero subieron cuatro cuerdas de leña al ténder.

Al amanecer, el tren ya estaba atravesando las tierras situadas a los pies de las montañas de Georgia.

—Capitán Butler —dijo el maquinista—, aquello es la Stone Mountain. Estaremos en Atlanta en cuestión de una hora.

—A no ser que los federales hayan arrancado las vías.

—No, señor —rezongó Bates—, los federales jamás se acercarán a menos de ciento cincuenta kilómetros de Atlanta.

Cuando el tren estaba entrando en el cobertizo de los vagones y los trenos de las ruedas chirriaban, Rhett estrechó la mano libre de Bates, le entregó al fogonero veinticinco centavos de dólar y se apeó. Con el sombrero en la mano, fue por el andén en dirección a la parada de coches de alquiler.

Se sentó al lado del cochero y le dio la dirección de Pittypat.

El cochero miró con expresión recelosa al desaliñado pasajero.

—¿Seguro que podrá pagarme?

—Lo que es seguro es que si no se pone en marcha ahora mismo lo estrangulo —replicó Rhett.

El cochero lanzó su caballo al trote.

Lo más rápido no era suficientemente rápido.

Al llegar a la casa de Pittypat, Rhett aporreó la puerta.

—¡Un momento! ¡Ya voy! —Cuando abrió la puerta, Tío Peter se echó hacia atrás—. ¿Capitán Butler? —preguntó consternado—. Dios mío, pero ¿dónde se ha metido?

En el salón, Pittypat dejó su labor.

—¡Pero bueno, si es el capitán Butler! ¿Viene usted de un incendio? Su ropa… Usted que va siempre tan bien vestido. ¿Ese es su sombrero? ¡Madre mía! ¿No quiere lavarse las manos? ¡Peter, trae una jarra y una jofaina!

—Es usted demasiado amable, señorita Pittypat. —Rhett depositó su maleta en el suelo y la abrió—. Por favor, tiene que aceptarlo. Sí, este paquetito.

Mientras Pittypat desenvolvía un rectángulo de exquisito encaje belga, Rhett le explicó:

—En cuanto lo vi, me dije: «Esto será un precioso cuello para la señorita Pittypat.»

—Oh, capitán Butler. ¿Cómo se lo podré agradecer?

—No lo merezco, señorita Pitty, por adornar a una dama que no necesita ningún adorno.

—Meras lisonjas —dijo Scarlett con tono desdeñoso al entrar en la estancia—. Capitán Butler, ¿es que ha dejado de bañarse?

Pittypat se escabulló con su regalo.

Rhett tenía carbonilla en el cabello y el rostro manchado de hollín. Su ropa, que se había empapado de agua de mar, había perdido la forma al secarse y estaba chamuscada por las pavesas. Los puños de la camisa estaban arrancados, las uñas de sus dedos estaban estropeadas y el sombrero que sostenía era un guiñapo. Scarlett empezó a pasearse por la estancia como un gato ofendido.

—Estaba deseando verla, querida —dijo Rhett—. No he esperado ni…

—¿Deseando verme? ¿Y por qué demonios deseaba verme? Pobre de mí, confío en no haberle dado ninguna esperanza. Capitán, ¿no se podría usted haber lavado antes de venir a visitar a una dama?

Tío Peter entró con una jofaina, una jarra, jabón de lejía y una raída toalla.

Mientras Rhett se inclinaba para lavarse la cara, Scarlett añadió sin compasión:

—¿Cuánto tiempo nos ha tenido usted olvidadas? ¿Le vimos en agosto? ¿O quizás en julio? —Soltó una despreocupada carcajada—. Supongo que no importa. El tiempo pasa volando.

Rhett se secó el rostro con la toalla.

—He estado intentando resistir la tentación de sus fatales encantos.

—Dios nos asista —bufó Scarlett—. Pero con cuánta delicadeza habla este hombre. Siga, capitán Butler. Me ha encantado esa bobada acerca de mis «fatales encantos».

Cuando Rhett le entregó a Tío Peter la toalla manchada de hollín, el criado la sostuvo con el brazo extendido como para no ensuciarse.

Rhett habría deseado un nuevo comienzo. Quería hablarle a Scarlett de la pequeña Meg, de Will, del supervisor del dique, del chal amarillo. Deseaba decirle que la amaba.

Pero no podía hablar. En el salón de Pittypat, sin poder sentarse para no manchar los muebles, sin poder tocar nada para no tiznar ningún objeto, Rhett Butler le entregó en silencio su regalo de enamorado: un sucio paquete envuelto en un sucio trozo de papel de carnicería.

—¿Qué es esto? —preguntó Scarlett, desenvolviéndolo. Echó al chal amarillo de seda una mirada superficial antes de dejarlo de cualquier manera en el respaldo

de un sillón—. Gracias, capitán Butler. Es usted muy amable.

De repente, Rhett se sintió casi dominado por la rabia. Se tragó el nudo que tenía en la garganta y dijo fríamente:

—Oh, no es nada… una fruslería, una pequeña muestra de mi admiración hacia una dama que es tan bella como amable.

Rhett se marchó y vagó sin rumbo por las calles hasta que se le pasó la furia y se encontró delante de Belmont's, el mejor joyero de Atlanta.

En aquel tercer año de la guerra, Belmont había comprado tantas joyas y había vendido tan pocas, que hasta había considerado cerrar su negocio. Cuando Rhett pidió ver el mejor broche de camafeo del señor Belmont, éste pegó prácticamente un brinco hasta el techo.

Como de costumbre, las chicas de Belle se congregaron alrededor de Rhett.

—Pero qué sucio vas, *mon cher* —dijo Minette riéndose—. Déjame que te frote la espalda, ¿eh?

Hélène extendió una manta de caballo sobre el confidente para que Rhett pudiera sentarse mientras Minette le escanciaba champán. Minette pidió a Eloise que fuera al piso de arriba a por agua caliente para el baño de Rhett.

—¿Por qué no puede hacerlo Hélène?

—Porque tú tienes unos brazos muy fuertes y poderosos.

Cuando Rhett preguntó por Lisa, Minette se encogió de hombros.

—Lisa aceptó el consejo del capitán Busy y dejó nuestro Chapeau Rouge para irse a… a una casa de tolerancia. ¡Lisa no es una cortesana! Busy se ha ido de Atlanta. El capitán Busy se quedó muy sorprendido y le dolió mucho que lo trasladaran. Te culpa a ti. —Y le guiñó el ojo.

Rhett se tomó una segunda copa antes de subir a bañarse y afeitarse al piso de arriba.

Aquella noche, Rhett llevó a Belle a cenar al hotel Atlanta y, cuando más tarde ambos estaban tomando una copa de brandy, le entregó el camafeo.

—¡Oh, Rhett! ¡Es demasiado bonito! Es… ¡Siempre has sido muy bueno conmigo! Sabes que…

La acalló con un «chsss» y una sonrisa.

—Pero, Rhett, ¿por qué me regalas esto? Es demasiado importante para una mujer como yo.

Él alargó la mano por encima de la mesa para ladearle la barbilla.

—Porque no puedo regalarte un chal de seda amarillo, mi querida Belle.

18
La huida del zorro

En el primer año de la guerra, la caballería ligera se convirtió en la Brigada Ravanel del Ejército de Tennessee del general Bragg. La brigada llevó a cabo incursiones por detrás de las líneas federales en Kentucky y Tennessee, tendiendo emboscadas a contingentes federales, destrozando trenes de suministros, quemando puentes ferroviarios y haciendo saltar por los aires túneles ferroviarios.

Las lealtades en los estados fronterizos estaban repartidas y algunas damas escupían contra los rebeldes cuando éstos pasaban cabalgando por su lado, mientras que otras se mostraban deseosas de mostrar materialmente su fidelidad a la causa, entregándose en persona al deslumbrante y joven coronel que la encarnaba.

Andrew amaba a todas aquellas damas pero jamás recordaba sus nombres.

Mientras el coronel recibía agasajos, su explorador y su célebre intérprete de banjo dormían en el establo, en el porche de la fachada, en cierta ocasión en un coche destartalado y hasta una vez en un granero de maíz con paredes de celosía.

—Cómo grita ésa —comentó Cassius.

—Como una gata en celo —replicó Jamie Fisher—. Ojalá tuviera otra manta.

—Creo que nunca más volveré a entrar en calor. ¡Maldita sea! Pero ¿qué demonios le está haciendo el coronel a esa chica?

—Prefiero no imaginarlo —contestó Jamie acurrucándose con las manos entre los muslos para calentárselas.

—¿Cómo es posible que usted nunca haya tenido una chica, amo Jamie? Yo he visto que algunas damas lo miran con muy buenos ojos. —Cassius levantó la cabeza del catre—. A lo mejor podría usted encontrar a una chica que no armara tanto jaleo.

—¡Escucha! ¿No oyes acercarse unos caballos?

Jamie extrajo el revólver y salió afuera a la luz de la luna.

En los días de gloria, sus enemigos federales eran reclutas que montaban por vez primera y muchos de sus caballos habían tirado de los arados hasta hacía muy poco tiempo. Los comandantes federales discutían y se exhibían como gallos de pelea, pero los terribles gritos de guerra de los rebeldes confederados atemorizaban a más de un incompetente al extremo de inducirlo a rendirse sin necesidad de efectuar un solo disparo.

Jamie Fisher era un incansable jinete con muy buen ojo para la topografía;

sabía instintivamente dónde vivaquear la brigada, qué caminos estarían intransitables cuando hiciera mal tiempo, cuándo y dónde apostar los piquetes, cuándo era bueno un vado y cuándo, a pesar de las apacibles aguas y de un aparente lecho de grava, no debía cruzarse un río.

Una noche, mientras el explorador y el banjista descansaban en el henil del establo de otra patriótica dama, Cassius confesó que una vez había estado casado con una chica llamada Desdémona, apenas una mozuela. «Cuando el amo Huger vendió a mi mujer, lloré como un niño», añadió.

Bien entrado el tercer año de la guerra, en la escaramuza de Cynthiana la caballería federal mató al capitán Henry Kershaw y a punto estuvo de capturar al coronel Ravanel. El comandante Wilkes, ayudante de Georgia de la brigada, criticó al coronel por no haber apostado piquetes y por el mal trato dispensado a los prisioneros federales capturados tras la reconquista de la ciudad por parte de la brigada.

Los hombres de Ravanel se tomaron muy a mal las críticas de Wilkes y los oficiales lo tacharon de «rústico aristócrata excesivamente sentimental». Cuando Wilkes abandonó la brigada, Jamie Fisher lo acompañó a la estación. Aunque Jamie no había hecho comentarios como Wilkes, el comportamiento de Andrew también le había dolido.

—La guerra le ha costado demasiados amigos al coronel —le dijo Jamie a Wilkes.

Ashley Wilkes negó con la cabeza. Era una justificación inapropiada.

—Andrew es un hombre bueno —dijo Jamie—. Todo el mundo lo quiere.

—A veces, aquellos a los que es más fácil amar son los que más cuesta respetar —replicó Wilkes.

A menudo, la fama se queda por detrás de las hazañas, y la fama de Andrew Ravanel crecía mientras sus veteranos agotaban los caballos en su afán de repetir los fáciles triunfos cosechados al principio, corriendo unos riesgos que un año atrás no hubieran asumido.

El comandante del Ejército de Tennessee, general de división Braxton Bragg, era un barbudo y jorobado ordenancista cuyos ojos oscuros chocaban entre sí por encima de su nariz. Bragg era delicado de estómago, estaba muy mal de los nervios y le salían unos forúnculos tan dolorosos que no podía sentarse en la silla de montar. Constituía una prueba evidente de la teoría según la cual la mala suerte cae sobre los que se la merecen.

Bragg decidió enviar al coronel Ravanel a Atlanta y Charleston, donde los patrióticos ciudadanos estaban deseando aplaudir a un héroe confederado. Bragg le hizo una advertencia: «Señor, jamás deberá usted olvidar que es mi emisario personal; ¡usted representa a Braxton Bragg!»

—Dios mío, Andrew —dijo Jamie mientras ambos abandonaban el cuartel general—, el emisario personal de Bragg… ¿No te sientes orgulloso?

Jamie soltó una carcajada y Andrew le dio un manotazo.

Jamie lo ayudó a hacer la maleta y le entregó un nuevo sombrero en sustitución del que los federales le habían destrozado en Ellsworth.

—Necesitarás una pluma —le dijo—. Para las damas.

Andrew abrazó por los hombros a su cuñado.

—No necesito ninguna pluma, Jamie. La pluma de mi sombrero eres tú.

—Dale mis recuerdos a mi querida hermana Charlotte —dijo Jamie alegremente.

Los hombres del coronel Ravanel seguían los progresos de su jefe con gran interés.

La hermana de un cabo de Atlanta escribió: «El coronel Ravanel y su intérprete negro de banjo vinieron a cortejar a la viuda de Charles Hamilton, pero ella lo rechazó. Todo el mundo lo comenta entre risas.»

Los soldados se alegraban de que su coronel hubiera vuelto a las andadas, pero muchos veían con buenos ojos su fracaso. Algunos llevaban sin ver a sus mujeres y esposas desde la primavera anterior.

La cita del coronel con la señora Haynes había dado lugar a muchos comentarios de mal gusto.

El sargento de color soltó una risotada.

—¿Que dos horas juntos no es suficiente? Pues eso a mí no me lleva ni diez minutos.

Para su asombro, Andrew regresó de Charleston mucho más serio. Las insinuaciones acerca de sus amores lo irritaban y por eso evitaba reunirse con sus compañeros de bebida. Cassius se puso a interpretar baladas sentimentales.

Cuando Jamie le preguntó acerca de la viuda de Atlanta, Andrew le contestó:

—Antes preferiría enfrentarme con una división yanqui que con Scarlett O'Hara Hamilton. «Coronel Ravanel. ¡Váyase de aquí y llévese su orquesta!»

Así era como habían vuelto a bautizar a Cassius, «la orquesta de Andrew».

Este le preguntó a su cuñado por Charlotte: ¿cómo era de niña? ¿Estaba presente cuando él había besado a Rosemary Butler en el hipódromo Washington?

—Le tenía tanta rabia a Langston Butler, me sentía tan humillado que hubiera hecho cualquier cosa, ¡incluso una temeridad!

Jamie pensaba que Andrew tardaría algún tiempo en acostumbrarse a ser un marido fiel, pero se alegraba cuando las damas que esperaban agasajar «al célebre coronel Ravanel» eran rechazadas con un: «Señora, si no estuviera casado, su virtud correría un grave peligro.»

—Charlotte se merece otro marido mejor —le dijo Andrew a Jamie. Y otra vez le comentó en tono pensativo—: Jamie, si tengo que ser padre, espero hacerlo mejor que Jack.

Los mismos periódicos que tanto habían elogiado al coronel Ravanel empezaron a criticarlo. El *Charleston Mercury* comentaba en tono de reproche los acontecimientos de Ellsworth. «Cuando un oficial federal desfila por una calle luciendo el sombrero robado al coronel Ravanel, el coronel Ravanel hace el

ridículo.»

Charlotte le escribía a Jamie: «Por favor, no dejes que Andrew cometa ninguna imprudencia. Temo que mi amado esposo no se considere digno de mí… o del hijo que está en camino. ¡Temo que Andrew cometa alguna locura para mejorar una fama que ya reluce más que el sol! ¡Por favor, Jamie, protege a Andrew del peligro por mí!»

Cinco semanas después, en una lluviosa tarde de marzo en lo alto de una loma que se elevaba por encima de Pommery, Ohio, Jamie reflexionaba acerca de las campanas de las iglesias.

—¿Cómo pude pensar alguna vez que las campanas de las iglesias pudieran ser agradables? Pero ¿acaso las campanas de las iglesias no se asociaban con los paseos de las familias por la calle Meeting los domingos por la mañana?

A través de su catalejo, el coronel Ravanel estaba estudiando la aldea, cuyas campanas chillaban como gansos asustados: «¡Vienen los rebeldes! ¡Alarma! ¡Alarma!»

Los intervalos de silencio entre las campanas de Pommery los ocupaban las campanas más débiles de la campiña.

—Son las campanas de Dios, Jamie. Vergüenza debería darte. —Andrew cerró el catalejo—. ¿Y si les diéramos a los ciudadanos de Pommery algo que contarles a sus nietos?

—No, Andrew. Seguro que habrá algún viejo que agarrará su mosquete esperanzado con pegarle un tiro a un confederado.

Ravanel se removió en su silla de montar.

—¿A qué distancia se encuentran los federales?

—Tenemos a nuestra espalda tres batallones a dos horas de distancia.

—Esta vez no se escaparán.

—Ja, ja —rió Jamie.

Andrew le preguntó por el estado del vado del río Ohio cuando regresaran a casa.

—El vado de Cobb se podía cruzar muy bien hace un par de semanas, pero ahora ha llovido tanto que el Arca de Noé podría flotar por allí.

—Cassius no sabe nadar —dijo Andrew, acariciando con aire ausente el cuello de su caballo.

Jamie se inclinó hacia él.

—Si cabalgamos rápido, llegaremos al Ohio mañana por la noche.

El coronel se alzó sobre las espuelas para indicarles a sus hombres que dieran la vuelta y se desviaran de aquella ciudad yanqui. Se iban a casa.

Tres días atrás, Andrew Ravanel había entrado en el Reino de los Yanquis con dos mil nuevos soldados de caballería muy bien armados, con el propósito de destrozar vías de ferrocarril, incendiar almacenes militares, robar caballos y reclutar a hombres que simpatizaran con la causa sureña.

La incursión había fracasado. Alertadas por telegrama, las brigadas federales los habían perseguido sin piedad. Sólo el hecho de cabalgar sin descanso y la inteligencia de Jamie Fisher evitaron una batalla en toda regla que ellos no podían abrigar la menor esperanza de ganar. Habían corrido huyendo y habían combatido en los momentos en que no habían tenido más remedio. Habían dejado a los muertos sin enterrar y abandonado a los heridos en las encrucijadas. Los hombres exhaustos se habían quedado allí sentados, a la espera de que los yanquis los hicieran prisioneros. De los cuatro cañones de campaña que tenían, sólo les quedaba uno.

Los trescientos supervivientes de la Brigada Ravanel iban sucios, sin afeitar y cargados de armas; su aspecto era más de bandidos que de soldados. Los caballos que les habían comprado a los granjeros de Ohio (pagando con dinero confederado) no tenían la velocidad ni la resistencia de las monturas con que habían empezado.

Al anochecer, cuando se habían alejado ocho kilómetros de Pommery, empezó a llover. Era una lluvia fría. Para no cansar a los caballos, las tropas caminaban a pie, tirando de los estribos. Con la sangre casi paralizada y el corazón dominado por una antigua y, por desgracia, muy conocida desesperación, Andrew pidió a gritos a Cassius:

—¡Tócanos algo, muchacho!

Con las piernas cruzadas sobre el avantrén de la cureña y el banjo protegido por un viejo y gastado paraguas, Cassius trató de complacerle, pero sus melodías sonaban desafinadas o eran melodías que hacía tiempo habían cansado al coronel.

La gélida lluvia bajaba desde el ala del sombrero de Andrew hasta su cuello.

Cassius envolvió el valioso instrumento con su chaqueta y se quedó allí con la espalda encorvada, triste y mudo.

El claro de luna era justo suficiente para que un hombre viera al hombre que tenía delante. Los soldados mascaban galletas mientras caminaban. Se apartaban de la columna para hacer sus necesidades y después pegaban una carrerilla para alcanzar a sus compañeros. La lluvia les penetraba a través de los cuellos y costuras de las chaquetas y las suelas de las botas. Sus sombreros de ala flexible estaban aplanados y sus almas encogidas. A veces, cuando un soldado intentaba volver a montar, su caballo protestaba. Más de una vez un caballo exhausto se desplomaba y arrojaba al jinete por los suelos antes de que los fatigados hombres consiguieran volver a levantar al animal.

Al despedirse Andrew de su esposa en la estación de Charleston, Charlotte le había dicho:

—Querido mío, te conozco mejor que nadie y no tengo duda de que habrás hecho cosas de las cuales te avergüenzas. Tu vergüenza demuestra que eres un hombre muy bueno.

Andrew había amado a muchas mujeres. Sólo Charlotte lo mantenía a salvo.

La mañana del vigesimosegundo día de su invasión del territorio federal, cesó la lluvia y un frío viento alejó las nubes. Cuando salió el sol, la tierra resplandeció. Tras efectuar un reconocimiento de la ruta que habían dejado a su espalda, Jamie Fisher informó de que habían conseguido escapar de sus perseguidores.

—Pero habrán adivinado hacia dónde nos dirigimos, ¿no?

—Así es, Jamie.

—Bloquearán los vados.

—Jamie, te preocupas demasiado.

Atravesaron un escarpado altiplano. De vez en cuando, el camino descendía a una hondonada donde vadeaban algunas turbias e impetuosas corrientes en las que el agua llegaba hasta el vientre de sus monturas. Los gamos de cola blanca huían precipitadamente entre la maleza. Pasaban por delante de desiertas granjas donde ya no quedaba nada. Cuando el día empezó a caldearse, el altiplano se abrió a unos anchurosos pastizales y a mediodía enfilaron un camino que subía hacia una alquería de madera de dos pisos. Oyeron cerrarse de golpe la puerta de atrás y el rumor de cascos de caballo alejándose rápidamente. El horno de la cocina aún estaba caliente y había un trozo de carne cociéndose en una sartén. Jamie comió un poco, se chupó los dedos y le ofreció a Andrew una taza de café.

—Podremos llegar al vado de Cobb sobre la medianoche —dijo Jamie.

Andrew se sentó a la mesa de la cocina sosteniendo la taza con ambas manos. Era una vulgar taza de loza desportillada; pensó que la porcelana de la abuela estaría en la vitrina del salón.

En el exterior de la casa, el sargento abanderado gritó:

—¡Desensillad los caballos y dadles un buen masaje! Si vosotros estáis cansados, ellos más. Murphy, despierta de una vez, coño. ¡Si es que todavía no te has muerto, maldita sea!

Las botas corrían por los dormitorios del piso de arriba y Andrew oyó abrir y cerrar de cajones. ¿Acaso sus hombres habían sido siempre ladrones? Recordó a un federal corriendo por la calle principal de Ellsworth con un reloj de pared entre los brazos. Aquel pobre hombre no debió de necesitar el reloj para nada en el lugar adonde el sable de Andrew lo envió.

Había habido muchos pobres hombres como aquél.

Jamie seguía hablando del vado de Cobb.

Pero Andrew estaba cansado, tremendamente cansado. Levantó la taza de café con ambas manos, se la acercó a los labios y bebió.

—Andrew —dijo Jamie—, podemos llegar al río antes de que nos alcancen.

¿De dónde sacaría Jamie tanta fuerza?

—Jamie. Por el amor de Dios, Jamie. —Andrew consiguió posar la taza sin que se le cayera de las manos. Después abrió las debilitadas manos y las apoyó en la mesa.

—Andrew, faltan cinco horas para llegar al vado de Cobb. Sólo cinco horas. Dejemos descansar una hora a los caballos. Podemos cruzar el río antes del anochecer.

Andrew pensó que ojalá Charlotte estuviera a su lado. Ella siempre sabía lo que se tenía que hacer. Aquello era algo que no le gustaba en los primeros tiempos de su matrimonio. Qué mal la trataba entonces.

Cuando Jamie dio unas palmadas sobre la mesa, el coronel levantó la cabeza.

—Andrew, ahora no puedes acobardarte.

—¡Lo que está claro es que no voy a permitir que ningún mocoso me diga lo que tengo que hacer! —contestó con voz pastosa.

Cuando Jamie se retiró, Ravanel apoyó la cabeza en los brazos y cerró los ojos.

Los hombres desensillaron y masajearon los caballos. Se desnudaron y pusieron la ropa a secar al sol. Fueron a los establos y heniles y se tumbaron a dormir.

Dos zopilotes revolotearon en círculo estudiando las prendas de abajo.

Hacia la puesta del sol los hombres despertaron, se pusieron la ropa seca y volvieron a cebar sus pistolas. En una hoguera encendida en el patio de la granja hirvieron media docena de perniles y una considerable cantidad de patatas en una caldera de escaldar cerdos, donde más tarde pescaron su cena utilizando horcas de granjero.

Los hombres eructaron y encendieron sus pipas.

—Jamás pensé que pudiéramos llegar hasta aquí —dijo el sargento abanderado.

—Mejor sería que nos quedáramos a trabajar aquí como granjeros —replicó alguien.

Andrew no salió de la casa. Jamie estaba fuera explorando el territorio o haciendo sabía Dios qué otra cosa.

El cielo estaba despejado y cuajado de estrellas y a veces un meteoro caía con un destello sobre la tierra.

Cassius interpretó *The Arkansas Traveler* y *Soldier's Joy* y los muchachos bailaron gigas y unas danzas de marinos llamadas *hornpipes,* o bien evolucionaron los unos alrededor de los otros por el henil bajo el brillo de las vigilantes estrellas.

Al amanecer montaron en sus cabalgaduras y unas horas después el altiplano terminó al borde de un mar de niebla. Al otro lado de una ondulada manta de niebla, a sólo tres kilómetros de distancia, el altiplano penetraba en los Estados Confederados de América.

—Si pudiéramos caminar a través de la niebla —suspiró Ravanel.

—Si puedes caminar sobre el agua, ¿por qué no a través de la niebla? —murmuró Jamie.

—Perdona, Jamie. No debí decir lo que he dicho.

—Pero qué mal nacido eres, Andrew.

—El viejo Jack me dejó esta huella. Pero no dudes de que te necesito, Jamie.

Sólo un poco más. Dentro de pocas horas estaremos en casa.

Jamie Fisher no contestó, pero parte de su tensión se alivió.

El camino bajó siguiendo un ángulo por la cara del altiplano hasta unas tierras de labranza que bordeaban el río Ohio. El maíz nuevo aún no había brotado en los oscuros campos arados.

El Ohio medía un kilómetro y medio de anchura en el vado de Cobb: una vasta extensión de bajíos hasta llegar a la isla Macklin y, más allá, un canal de aguas más profundas. La plana isla era un revoltijo de unos doscientos metros de maleza y madera flotante a la deriva. En la bajamar los carros podían cruzar hasta la otra orilla, la orilla confederada, sin mojarse. En la pleamar, el río era navegable desde Pittsburgh hasta Nueva Orleans y unos vapores de ruedas de poco calado transportaban las barcazas a través del profundo canal.

Aquella mañana la niebla impedía ver la isla.

Jamie Fisher refrenó su montura. El vado de Cobb era un lodazal de huellas de ruedas y cascos de caballos. Oyó el chapaleo y el sonido metálico de unas palas en la isla Macklin.

Andrew observó las huellas.

—Se nos han adelantado —dijo—. ¿Un regimiento?

—Toda una brigada. —Jamie señaló unas rodadas más profundas—. Esas son cureñas de cañones.

Andrew Ravanel desmontó y se acercó a la orilla del río, donde las raíces de un plátano derribado acariciaban el agua en una especie de plegaria sin respuesta. Más allá de la isla, en la orilla confederada, las copas de los árboles asomaban plácidamente por encima de la niebla.

El resto de la Brigada Ravanel alcanzó finalmente a Andrew y su explorador.

—Podría pasarme un mes durmiendo —dijo Andrew.

Jamie trató de distinguir la isla a través del catalejo.

—Hay un pontón en Parkersburgh, pero está a cincuenta kilómetros río arriba.

Algunos hombres se acercaron con sus caballos a la orilla; otros cruzaron una pierna por encima de sus sillas de montar y tomaron un poco de rapé. Ellos también sabían leer las huellas.

Un soldado se acercó al galope desde la retaguardia.

—Mi coronel, una brigada se acerca a nosotros desde el altiplano.

—Esta vez no se escaparán —dijo Jamie.

—Jamie… —dijo Andrew— no sé…

—Andrew, tienes que ponerte al frente. No hay nadie más.

Andrew vaciló un momento antes de echar los hombros atrás y convertirse en el coronel Ravanel, el legendario comandante rebelde.

—Gracias, Jamie —dijo.

Los federales de la isla Macklin habían cabalgado toda la noche y llevaban

cavando desde su llegada a la isla. Estaban cansados y con los nervios a flor de piel. El soldado que arrojaba involuntariamente una paletada de tierra sobre la bota de un compañero recibía una maldición. Ni siquiera habían desayunado.

Aquel grito, el grito rebelde tan semejante a un aullido, hizo que los artilleros federales corrieran a sus cañones. Los soldados de caballería dejaron las palas para tomar sus carabinas. Se acercaron las culatas a las sudorosas mejillas y amartillaron los percutores de hierro.

Un turbulento grupo de jinetes confederados surgió al galope entre la niebla a través de los bajíos lanzando su agudo grito de combate mientras disparaban al aire con sus revólveres. Cien, doscientos, mil… Dios bendito, pero ¿cuántos eran?

Tan pronto habían aparecido y antes de que los federales abrieran fuego, el terrible enemigo se retiró y se ocultó de nuevo entre la niebla mientras dos oficiales confederados galopaban hacia ellos enarbolando una bandera blanca.

Un comandante yanqui de mediana edad los recibió en la orilla. Mientras los jinetes refrenaban sus cabalgaduras, el comandante se encasquetó mejor el sombrero. Por encima de la tierra recién removida de sus nuevas trincheras, las carabinas apuntaban a los confederados.

Ravanel se acomodó en su silla.

—Mi comandante, ¿recuerda los tiempos en que los verdaderos soldados no se ocultaban bajo tierra como los topos?

El comandante federal permanecía sentado en su silla casi con la misma gallardía que Ravanel en la suya. Su uniforme —como su persona— estaba gastado pero bien cuidado.

—Yo tenía amigos que no querían esconderse como los topos —respondió—. Y los recuerdo en mis oraciones.

Andrew Ravanel había conocido y despreciado toda la vida a hombres como aquel comandante. Aquellos respetables, aburridos, resistentes y vulgares hombres no aprobaban la conducta de Jack Ravanel y tampoco la de su hijo. Mientras la buena suerte de los Ravanel declinaba, aquellos hombres habían prosperado porque carecían de imaginación para emprender acciones audaces, brillantes y divertidas, o cualquier otra cosa, por el simple placer de emprenderlas.

Contemplando el impasible rostro del comandante federal, Andrew supo antes de decirla que su fanfarronada no surtiría el menor efecto.

—Usted sabe quién soy. Sabe que tengo dos mil hombres y seis cañones de campaña y que, si tengo que echarle de esta isla, lo echaré. Ríndase y les concederé la libertad a usted y sus hombres. Cruzaremos el río y seguiremos nuestro camino y ustedes no estarán peor de lo que estaban ayer. Si resisten, perderán la vida.

El comandante asintió con la cabeza como si ya esperara esa amenaza y considerase aceptable la actuación de Andrew.

—Coronel Ravanel, es un placer conocerle. Mis hombres y yo estábamos deseando averiguar si era usted tan tremendamente terrible como dicen los periódicos. A veces, señor, los periódicos no acaban de transmitir bien las ideas.

—Ríndase, señor, y permítanos el paso.

—Bueno —dijo serenamente el otro—, no creo que lo haga. Pero está usted autorizado a ponernos a prueba —añadió con una sonrisa.

Andrew distinguió el canal en el extremo más alejado de la isla. Si conseguían llegar hasta allí, podrían alcanzar a nado la orilla confederada.

—Encantado de conocerle, comandante —dijo Andrew, cuadrándose rápidamente antes de dar media vuelta en compañía de Jamie y desaparecer chapaleando entre la niebla.

Los hombres miraron a Andrew, a la espera de su decisión.

—Van a hacer una carnicería con nosotros —dijo Jamie—. He contado ocho cañones. ¿Qué dices, Andrew?

Andrew se volvió hacia la isla. La niebla lo envolvía todo y ahora sólo se veían las copas de los árboles más altos. La orilla más lejana se distinguía con mayor claridad. Andrew vio el escarpado margen del río, un cinturón de niebla y más allá los árboles.

Jamie estaba diciendo algo.

La niebla era muy hermosa y se arremolinaba flotando en pequeños jirones. Le pareció ver el rostro y los amantes ojos de Charlotte.

—¡Andrew! —lo apremió Jamie en un susurro—. ¡Por el amor de Dios, Andrew!

Jamás volvería a ver a Charlotte. Jamás vería a su hijo. Habría toda una generación de hijos sureños que jamás conocerían a sus padres. Andrew pensó que a lo mejor no sería tan grave.

Jamie estaba sugiriendo otro lugar donde tal vez podrían cruzar el río, un lugar que había descubierto mientras exploraba el vado de Cobb. Unos kilómetros río arriba. Tendrían que cruzar a nado.

¿Por qué había dejado a Charlotte? Ya no se acordaba.

Una consoladora oscuridad cayó sobre él.

—¡Andrew! —lo urgió Jamie en voz baja—. ¡Olvídalo, Andrew!

Andrew Ravanel era tenido por un valiente en una nación de valientes, pero quizá lo más valiente que jamás hubiera hecho en su vida fue sacudirse de encima aquella oscuridad y gritar con su poderosa voz de coronel de brigada:

—¡Seguidme río arriba, muchachos! ¡O la prisión de Rock Island o nuestro hogar!

Ocupando todo el camino hombro contra hombro de uno a otro lado, la Brigada Ravanel empezó a subir bordeando la orilla del río a través de los zarcillos de niebla. Cuando un exhausto caballo se desplomaba, el hombre más cercano se hacía cargo del jinete y lo montaba a su espalda en su propia cabalgadura. Otros caballos se desplomaron. En los maizales del borde del camino la niebla se elevaba como humo de fantasmagóricas hogueras de campamento.

—¡Aquí! —gritó Jamie, y los confederados se acercaron a la orilla del río. Ataron los exhaustos caballos junto a un muelle flotante al que estaba amarrado un bote de remos medio hundido.

Allí el río era más estrecho, puede que un kilómetro. Al otro lado de las

cenagosas y turbulentas aguas, la orilla confederada casi no se distinguía.

—*¡Si te quieres divertir, si te quieres divertir, aquí la caballería ha de venir!* —cantó Jamie.

—Ya vienen —anunció un mensajero de la retaguardia—. Se acerca una brigada federal.

El coronel Ravanel se acercó con su montura a la orilla para que todo el mundo pudiera verlo.

—Muchachos, nos lo hemos pasado muy bien, pero ha llegado la hora de pagar el pato. Al otro lado del río se encuentra la libertad. A este lado nos espera un campo de prisioneros yanqui. Los hombres que no sepan o no quieran nadar pueden quedarse aquí conmigo. Los mantendremos a raya mientras los demás cruzáis.

Los soldados ataron sus botas a las sillas y se adentraron con sus monturas en las marrones e impetuosas aguas. Algunos se agarraban a los cuellos de sus caballos, otros nadaban agarrados a los estribos. La corriente los desvió río abajo.

Los artilleros desengancharon el avantrén del único cañón que tenían, destaponaron su boca y apuntaron hacia el brumoso camino por el que aparecerían los federales. Otros sacaron del agua la embarcación de remos para proteger a los artilleros.

—Andrew, tu caballo puede nadar —dijo Jamie—. Yo me pondré al mando de la retaguardia.

A pesar de lo mucho que le costaba hablar con la garganta tan seca, Andrew contestó:

—¿Qué dices, Jamie… y dejarte toda la diversión a ti?

El coronel esbozó su sonrisa de siempre y ocultó las manos en el interior de la chaqueta para que nadie viera que le temblaban.

Se oyó un silbido y una cañonera federal emergió entre la niebla disparando sus cañones de proa contra los confederados que estaban nadando. Varios surtidores de agua se elevaron del río, anchos y blancos en la parte superior y oscuros en la base.

Fue una carnicería.

Los cañones de proa disparaban al mismo ritmo con que se cargaban. Los caballos relinchaban. Hombres y animales murieron. Los restos se alejaron flotando río abajo: aquel bulto que bajaba había sido un caballo, la mancha que se distinguía a su lado quizás era el sombrero de su jinete.

A pesar de los denodados esfuerzos de la cañonera, un puñado de hombres de Andrew alcanzó la otra orilla, trepó por la escarpada ribera y desapareció en medio de la niebla. Cassius había perdido su banjo.

—Allá va tu orquesta —murmuró Jamie.

Cuando la cañonera viró río abajo, siguió disparando contra los hombres y caballos ya muertos. La sangre salpicó las ruedas de popa y formó una capa rojiza en su estela.

Los estandartes federales de dos puntas ondeaban alegremente al viento y

sus oficiales sonrieron satisfechos hasta que vieron la carnicería del río. La cañonera navegaba arriba y abajo haciendo sonar orgullosamente su sirena, tal como correspondía al eficaz instrumento que era.

Andrew Ravanel se cuadró ante sus captores.

—Buenos días, caballeros. Creo que nos estaban buscando.

19
El fajín de seda amarilla

La licencia de Navidad terminó y miles de soldados georgianos regresaron a sus regimientos. Eran hombres de la ciudad y mozos del campo, abogados, herreros, médicos, maestros de escuela, herradores, carreteros y plantadores que se despedían de sus familias para trasladarse a Virginia, donde los federales volverían a atacar en cuanto los caminos fueran lo bastante firmes para resistir el peso de su potentes cañones, sus interminables convoyes de suministros y sus filas y más filas de bien alimentados y bien armados soldados uniformados de azul. Durante tres años, aquellos sencillos sureños habían presentado batalla y mitigado los efectos de los ataques de Goliat, pagando a cambio un amargo precio.

En la estación ferroviaria de Atlanta, la nueva chaqueta del uniforme y el brillante fajín amarillo del comandante Wilkes llamaban la atención. No todos los soldados podían llevar un uniforme entero. Casi todos llevaban uniformes confeccionados en casa o uniformes capturados a los federales y teñidos con cáscara de nogal. Las costillas de los caballos de los oficiales se traslucían a través de la piel tan tensa como un tambor, cual peldaños de escalera.

Las esposas ocultaban sus lágrimas y sus maridos sonreían. Los hijos mayores sabían guardar silencio, pero los más pequeños, incapaces de aceptar las valerosas mentiras de sus padres, se mostraban inconsolables. Las despedidas de los soldados siempre iban acompañadas de desgarradores sollozos infantiles.

Ashley Wilkes sabía distinguir un Rubens de un Velázquez y sabía si un concierto de Mozart era interpretado demasiado rápido o demasiado lento. Había visitado la Torre de Londres y la confluencia del Rin. Había recorrido los jardines europeos desde Blenheim a Versalles y sabía cuáles eran las rosas que crecían mejor en el terreno arcilloso de Georgia. A pesar de sus dudas acerca de la guerra, era un buen oficial, y aunque no fuera de esos a quienes sus congéneres daban palmadas en la espalda, se había ganado el aprecio y la confianza de muchos. El comandante Wilkes era un hombre atento y erudito. Nada en sus treinta y tres años de vida lo había preparado para estar enamorado de dos mujeres a la vez.

Amaba a su esposa Melanie y a… «ella» (no soportaba nombrarla). Era la vecina, una compañera divertida, la joven en quien tenía depositadas todas sus esperanzas, la amiga encantadora, la virginal hija de un plantador irlandés. Había sido su Galatea hasta que él había regresado de su viaje por Europa, pues en su ausencia la chica se había convertido en la mujer: «ella».

Ashley había leído muchas cosas sobre las mujeres. Medea, lady Macbeth, Julieta, Isolda, Desdémona, e incluso la escandalosa *madame* Bovary… Ashley las

comprendía a todas. Pero no comprendía a Scarlett, no comprendía el anhelo que sentía por ella. Se había pasado la vida buscando cosas mejores, rechazando los apetitos impropios de un caballero. Y él mismo se escandalizaba de lo mucho que la deseaba.

Porque Ashley amaba a su mujer; ella era todo lo que podía esperar. Se había pasado todas las horas de su permiso con Melanie entre sus brazos. Ambos cerraban la puerta del dormitorio a todos los dolores y temores del mundo. En algún lugar y de la manera que fuera, Melanie había encontrado el tejido que buscaba para confeccionarle a su amado esposo una nueva chaqueta. El calor que envolvía el delgado cuerpo de Ashley era el calor de Melanie.

Sin embargo, unos momentos antes de que él se fuera a la estación, Scarlett lo había sorprendido solo y le había regalado un precioso fajín de seda cosido por ella misma. Y, por desgracia, Scarlett le había confesado su amor.

Ashley no le había contestado. ¿Qué podía contestarle? Sin ninguna respuesta, promesa o excusa, había dejado a Scarlett en el umbral de la casa. ¿Qué otra cosa habría podido hacer un caballero?

En la estación, con su nuevo y espléndido uniforme y un nuevo y precioso fajín de seda, el comandante Ashley Wilkes era un hombre atormentado.

—Buenos días, comandante. —Cade Calvert tosió sobre su pañuelo.

Habría sido una falta de tacto observar que el pañuelo blanco de Cade estaba manchado de sangre. Raiford, el hermano de Cade, descansaba con los muertos confederados en Gettysburg.

—El tren no va a ninguna parte. —Tony Fontaine levantó su botella a modo de saludo.

Su hermano Alex estaba dormido con la cabeza apoyada en la mochila sin darse cuenta de los hombres que pasaban por encima de él.

—No hay locomotora.

En medio de todos aquellos hombres harapientos, el hombre exquisitamente vestido de paisano llamaba la atención tanto como un signo exclamativo.

—¡Apuesto a que la necesitaba algún maldito especulador! —dijo Tony con intención. Su hermano Joe también había resultado muerto en Gettysburgh.

Ashley se volvió.

—Ah, capitán Butler…

—Le felicito, comandante Wilkes. Su fajín es de una belleza excepcional.

Aquel acaudalado caballero de ardientes ojos negros había estado cortejando a Scarlett. Todo el mundo lo sabía.

—Mi fajín es un regalo de una persona muy querida —contestó Ashley.

—No he visto una seda como ésa desde que estuve en La Habana. ¿Atado con un lazo de amor? La señora Wilkes es una excelente costurera.

—¿Melanie? —Ashley se ruborizó—. Pues sí, en efecto. Parece que nuestra salida se retrasa; nuestro tren…

Tony Fontaine se acercó un poco más dando trompicones y le arrojó a Ashley su aliento con efluvios de whisky.

—Mi comandante, ¿le he dicho alguna vez lo mucho que lo admiro? Usted es… usted es un auténtico caballero. ¡Vaya si lo es!

—Van a traer una locomotora de Jonesboro. —Rhett se encogió de hombros—. Una hora, tal vez dos. Mi comandante, ¿puedo invitarle a una copa mientras esperamos?

Ashley vaciló. La perspectiva de tener que escuchar las alabanzas de borracho de Tony Fontaine mientras Cade Calvert escupía sangre en su pañuelo era superior a sus fuerzas. Por lo menos, Butler era un caballero.

—No me vendría mal un trago, señor.

Mientras bajaban por la calle Decatur, Butler le dio conversación.

—Hay tantos hoteles convertidos en hospitales que apenas quedan tabernas decentes adonde ir. —Se frotó las manos—. Con guerra o sin ella el vicio tiene que ser atendido. Ya hemos llegado, mi comandante.

El vestíbulo y el bar del hotel National estaban completamente abarrotados de oficiales que apuraban los últimos minutos del permiso tomando copas. La entrada del casino estaba protegida por unos vigilantes que descruzaron sus vigorosos brazos para permitir el paso al capitán Butler y su acompañante.

En aquella espaciosa sala un negro estaba sacando brillo a la rueda de la ruleta mientras otro lavaba copas detrás de la barra. Un crupier jugaba un solitario junto a una mesa cubierta con un tapete verde. En medio del silencio, Ashley le oyó dar la vuelta a cada una de las cartas. El mulato que los saludó vestía unos pantalones convencionales y una impecable camisa con chorreras, pero no llevaba chaqueta.

—Buenas tardes, capitán Butler. Mi comandante. Me temo que el juego no empezará hasta las siete…

—No hemos venido a jugar, Jack. ¿Te importa que nos sentemos a una mesa tranquila? ¿Quizás un poco de champán?

—No tenemos Sillery, mi capitán. No hemos tenido Sillery desde que se terminaron las cajas que usted nos trajo.

—Ya he dejado el negocio de burlar el bloqueo, Jack. Beberemos lo mejor que tengas.

Cuando llegó la botella, Butler llenó la copa de Ashley y éste la apuró de inmediato. Rhett se la rellenó.

—Su fajín es de una insólita belleza —insistió—. Juraría que es de seda de La Habana.

—¿Estuvo usted mucho tiempo en Cuba?

—Me pregunto dónde habrá encontrado su esposa esta seda.

—Melanie es muy ingeniosa. Tengo entendido que Cuba es muy bonita.

—Es una isla que cuenta con playas inmensas y unas ineficaces brigadas contra incendios. Admiro a su esposa, señor. Si me permite que se lo diga, la señora Wilkes es la mejor dama de Atlanta.

—La echaré mucho de menos.

Los ojos de Rhett se clavaron en los de Ashley.

—Qué suerte la suya, tener una esposa tan hábil —señaló el fajín— como virtuosa.

El crupier hizo girar la rueda. La bola de marfil emitió un zumbido y un clic.

Ashley llevaba sin visitar una sala como aquélla, una sala exclusivamente dedicada al placer de los hombres, desde el comienzo de la guerra. Le recordaba las delicias para las cuales había nacido. Ashley se inclinó hacia delante con una sonrisa en los labios.

—Butler, usted estuvo en la última barbacoa de Doce Robles. ¿Recuerda las lilas francesas y los cornejos? ¿Recorrió nuestra rosaleda?

»Todos los plantadores del condado de Clayton nos envidiaban a Mamaluke, nuestro violinista. —Ashley soltó una risita—. Aquel negro jamás en su vida había hecho un trabajo honrado. Creo que nuestros criados se divertían en nuestras fiestas mucho más que nosotros. —Meneó la cabeza con expresión dubitativa—. Eran como niños felices.

La tensión del capitán Butler le hizo comprender a Ashley que estaba pisando terreno peligroso.

—Como caballero de Charleston que es, no me cabe duda de que usted tendrá recuerdos similares. Barbacoas, bailes, carreras de caballos…

Rhett llenó demasiado la copa de Ashley y con el canto de la mano arrastró el licor derramado sobre la mesa.

—Los caballos de mi padre eran tan espléndidos que hasta se me encogía el corazón al verlos. Nosotros los Butler comíamos con cubiertos de plata inglesa en vajilla de porcelana francesa. En primavera, las azaleas de la plantación Broughton eran capaces de aturdir los sentidos de un hombre. —Rhett levantó su copa en un brindis—. Wilkes, ¿azotó usted alguna vez a un criado? Quiero decir personalmente. ¿Ha azotado alguna vez a un hombre?

Ashley comprendió que le habían tendido una emboscada.

—¿Azotar a un criado? Jamás tuvimos necesidad. ¿Por qué íbamos a hacerlo? No recuerdo que mi padre pegara jamás a un negro. No recuerdo más que bondad.

—¿Y qué hacían con los negros «impertinentes»? ¿Los vendían?

Un reprimido recuerdo infantil afloró de nuevo a la memoria: una llorosa negra agarrada a las rodillas del padre de Ashley mientras el carro del tratante de negros se llevaba a su marido.

Por un instante, Ashley se quedó sin habla. Se oyó el tintineo de unas botellas mientras el camarero renovaba las provisiones del bar.

Ashley carraspeó y se llevó un dedo a los labios.

—Dicen que esta primavera el general Grant se pondrá al frente de los federales contra nosotros. Mi compañía ha quedado reducida a diez hombres y mi regimiento a sesenta. —¿Por qué odiaban la belleza algunos hombres? ¿Qué había hecho la dulce belleza para ganarse el desprecio de Rhett Butler?—. Temo por

nuestra Confederación —concluyó Ashley.

Rhett observó a su invitado como si fuera una presa.

—Dígame, comandante Wilkes. Usted es un hombre de sentimientos muy refinados. ¿Ha tenido usted alguna vez el corazón partido? Se ha pasado noches dando vueltas en la cama y preguntándose: «¿Me ama?» «¿La amo?» A veces me pregunto, señor, en qué difieren los anhelos de un hombre adulto de los húmedos tormentos de un colegial.

—No tengo una experiencia demasiado amplia con las mujeres.

—Pues yo sí. Según mi experiencia, son tan distintas entre sí como una rosa de una petunia o como un caballo Morgan virginiano de un caballo de trote. Cada mujer es absolutamente singular.

—¿Todas son dignas de ser amadas?

—No creo que tengamos elección a este respecto. No elegimos a quien amamos; es el amor el que nos elige a nosotros.

Ashley frunció el entrecejo.

—Pero no cabe duda, señor… de que muchos afortunados matrimonios han sido arreglados. ¿Cree que podemos aprender a amar?

Rhett mordió el extremo de su cigarro, lo escupió y encendió una cerilla.

—No, comandante Wilkes, no lo creo. Creo que casi todos los hombres y mujeres viven sus existencias sin haber conocido el amor. Se conforman con un simulacro de lo verdadero. Casi todos confunden las frías y grises cenizas con un fuego devorador.

Ashley abrió su reloj.

—Nuestra locomotora no tardará en llegar.

—Espere un poco, comandante Wilkes. Hay tiempo y aquí se está más tranquilo. Tengo entendido que tuvo usted una disputa con Andrew Ravanel.

—¿No le parece tremendo lo que están haciendo los federales con el coronel Ravanel? —replicó Ashley.

Rhett soltó un bufido.

—¿El arrogante coronel Ravanel en la cárcel como un vulgar ladrón de caballos? Pues le digo, señor, que Andrew tiene suerte de no ser más que un simple recluso del penal. Los federales tratan a los criminales mucho mejor que a sus prisioneros rebeldes. Tengo entendido que usted presentó una protesta al general Bragg por la cuestión de Andrew.

—Bragg es un necio muy meticuloso.

—Sí, por supuesto —dijo Rhett arrastrando las palabras—. Su protesta fue…

Ashley tocó su copa para que Butler se la volviera a llenar.

—Me presenté voluntario para su brigada.

—¿Toques de clarín, audaces hazañas y cosas por el estilo?

—Mire, Butler, sus maneras empiezan a resultarme un poco ofensivas.

—Le pido disculpas. Usted fue ayudante de Andrew…

—¿Usted conocía a Andrew Ravanel en Charleston?

—Fuimos compañeros de escuela. Hubo un tiempo en que yo habría sido

capaz de hacer cualquier cosa por Andrew. ¿Cuál es su queja?

—El coronel Ravanel no es un caballero —dijo Ashley.

—El propio Andrew tenía sus dudas al respecto.

Ashley se miró las manos.

—Muy bien, pues. Si tiene usted que saberlo… Habíamos estado haciendo incursiones y no nos habían ido bien las cosas. Nuestra brigada cruzó el río Licking para entrar en Ellsworth, Kentucky, que estaba a salvo en manos confederadas. Los niños corrían detrás de nosotros gritando «¡Ravanel! ¡Es el coronel Ravanel!». Las mujeres saludaban con la mano, pero hasta Andrew se sentía demasiado cansado para corresponder. Estaba sumido en uno de sus arrebatos de mal humor y entonces Henry Kershaw asumió el mando. El capitán Kershaw ordenó que los oficiales buscáramos alojamiento en la ciudad. El sargento abanderado dispuso que la brigada vivaqueara al oeste de la ciudad.

»Henry no ordenó el despliegue de piquetes y estábamos durmiendo cuando la caballería federal nos atacó al amanecer. Andrew y yo huimos en camisa de dormir. ¿Conocía usted a Henry Kershaw? ¿Aquel fanfarrón bocazas y borracho?

—Es usted demasiado amable con Henry.

—Henry no huyó corriendo. Agarró el sombrero emplumado de Andrew y salió a la calle blandiendo una pistola, totalmente en cueros a excepción del sombrero, ¡gritando que era el coronel Ravanel y que no pensaba huir ante los yanquis! Henry efectuó un disparo antes de que lo mataran. Una compañía de novatos jinetes federales, un simple grupo que merodeaba por allí y se había tropezado con nosotros por pura casualidad.

Ashley Wilkes prosiguió:

—La brigada oyó el tiroteo y todos ya habían montado en sus cabalgaduras cuando nosotros los alcanzamos. El coronel Ravanel estaba lívido de rabia. Los federales no esperaban que contraatacáramos y se habían dedicado a saquear la ciudad. Un desventurado cabo estaba arrastrando un reloj de péndulo más grande que él. No opusieron demasiada resistencia.

»Su capitán lucía el sombrero de Andrew. No había tenido el valor de tirarlo. Cuando quiso devolvérselo a Andrew, éste lo rechazó. "¿Por qué, señor?", le dijo. "El sombrero es suyo. Un trofeo de su gallarda acción.

«Vestimos a Henry Kershaw y lo colocamos en un carro tirado por un mulo. Andrew ordenó que nuestros prisioneros lo siguieran y ajustó los ronzales de tal manera que el capitán federal pudiera tirar del carro. "A Henry le habría gustado", le dijo. "Seguro que no querrá usted negarle esta última deferencia al hombre al que ha matado…"

»Cuando el federal tropezó, Andrew lo azotó como si fuera un mulo y, cuando llegamos al cementerio, el hombre cayó de rodillas. Una vez más, Andrew se negó a aceptar su sombrero. "No, señor, usted ha matado a un hombre por este sombrero, y suyo es", le dijo. "Será algo de lo que poder presumir delante de sus nietos. Y ahora no querrá usted dejar a Henry sin enterrar, ¿verdad?"

»Cuando terminó de cavar la tumba, el hombre se tumbó a su lado mientras

Ravanel reunía a sus tropas y leía las oraciones del entierro. Después Andrew se volvió hacia el capitán. "Ha cavado usted una fosa lo suficientemente grande como para que quepan dos", le dijo. Y en presencia de nuestros hombres y los suyos, el oficial cayó de hinojos agarrando las piernas de Andrew y suplicándole que le perdonara la vida.

Rhett Butler frunció los labios.

—Andrew jamás sabía lo que hacía hasta que ya casi todo estaba hecho.

Ashley lo miró con expresión inquieta.

—Andrew se burló del hombre. «Devuélvame el sombrero, no le queda bien a un cobarde», le dijo entonces. Lo dejamos con los soldados que antes estaban bajo su mando. —Ashley hizo una pausa—. En el pasado, yo admiraba el ingenio como si fuera un adorno. Nunca pensé que pudiera ser tan desagradable.

—La belleza de la verdad y la verdad de la belleza, ¿no es así, mi comandante? —comentó Rhett Butler, y se levantó para marcharse—. Me encanta su fajín de seda amarilla. Intuyo que encierra mucho amor. Mis mejores saludos a su esposa.

20
Un río de sangre

Elegido para un segundo mandato, Abraham Lincoln dijo:

«No me permito suponer que los delegados hayan llegado a la conclusión de que soy el hombre más grande o el mejor de América, sino que más bien pensaron que cambiar de caballo no es lo mejor que se puede hacer mientras se cruza un río…»

Fue un río de sangre. El 8 de mayo, en el cuarto año de la guerra, Ulysses S. Grant dio comienzo a su ofensiva de primavera. En junio había perdido sesenta mil hombres. En Cold Harbor perdió siete mil en ocho minutos.

Por el oeste, el general Sherman se estaba acercando a Atlanta. Los confederados del general Johnston, en clara situación de inferioridad, rechazaron los ataques de Sherman en Dalton, Resaca y Pickett's Mill, pero después de cada victoria fueron rebasados por los flancos y obligados a abandonar sus posiciones porque los federales amenazaban sus líneas de suministros. Como reacción a las burlas según las cuales él no era un general combativo, Sherman libró una batalla en toda regla en Kennesaw Mountain. Tres mil federales muertos después, Sherman comprendió que la guerra es el infierno.

Al enterarse de que Ashley había desaparecido en combate, la embarazadísima Melanie Wilkes estuvo a punto de morir desmayada. Le suplicó a Rhett que averiguara lo que pudiera. Algunos de los que habían sido cadetes con Rhett Butler en West Point eran ahora generales federales y, por medio de uno de ellos, se enteró de que el comandante Wilkes estaba vivo, pero cautivo en el campamento de prisioneros de guerra de Rock Island.

El 12 de julio de 1864, rodeado por sus oficiales, que lo aclamaban v vitoreaban, William T. Sherman alcanzó la cumbre de una loma a diez kilómetros de Atlanta.

Tras varios meses de bombardeos federales, Charleston ya no era una ciudad encantadora. Las calles perpendiculares a los cañones federales habían sufrido el castigo más duro. Las granadas penetraban a través de los tejados y estallaban en el interior de las casas, haciendo que las paredes se derrumbaran en la calle. El hinojo crecía hasta la cintura de una persona en los jardines abandonados y las vacas sueltas pastaban en la calle Meeting. Los vidrios rotos brillaban entre los adoquines, adornaban la parte superior de las vallas y cubrían las aceras cual agua helada de lluvia.

A pesar de que la casa contigua estaba en ruinas, hasta aquel momento el 46 de la calle Church se había salvado. John Haynes se negaba a marcharse. «Vete si

no tienes más remedio —le dijo a Rosemary—. Estarás más a salvo en la zona norte de la ciudad.» Hablar con John era como intentar devolver a rastras a un fantasma al mundo de los vivos.

En julio se completó el bloqueo federal del puerto de Charleston y el último barco que lo burló fue obligado a encallar en los alfaques de Rattlesnake. Los especuladores desaparecieron. Los barcos de Haynes & Son se pudrían en el muelle y las arañas tejían sus telas en las ventanas de su desierto almacén.

Durante las largas horas del día John Haynes permanecía sentado en la cama de su hija con la mirada perdida. Por la noche salía a pasear por la ciudad entre los fuegos, las paredes que se desmoronaban y las exhaustas brigadas contra incendios de Charleston.

Rosemary se pasaba los días en el recién inaugurado Mercado Libre, repartiendo comida entre las familias de los soldados. Lunes: batatas. Martes: harina de maíz. Quingombó los miércoles. Los tímidos chiquillos se agarraban a las faldas de sus madres. De vez en cuando, algún niño hacía o decía algo o permanecía de pie o sonreía como Meg, y entonces a Rosemary le daba un vuelco el corazón.

Los domingos el Mercado Libre permanecía cerrado. Aunque John ya no asistía a los servicios religiosos, Rosemary seguía yendo fielmente a la iglesia, preguntándole a Dios en sus oraciones por qué se había llevado a su hija. Después de los servicios subía a pie a la parte alta de la ciudad: la mansión de East Bay de los Fisher había sido destruida por los bombardeos, por cuyo motivo Charlotte y Juliet habían alquilado una casita al norte del «Barrio Bombardeado».

La obligada intimidad entre ambas y el difícil confinamiento de Charlotte habían puesto a prueba las cualidades domésticas de Juliet y la natural jovialidad de Charlotte.

Ésta escribía a diario a su esposo prisionero. Algunas cartas las confiaba al servicio de correos y otras a correos privados. Charlotte Fisher Ravanel contaba con importantes conexiones, gracias a lo cual algunas de sus cartas eran entregadas personalmente por comisarios encargados del intercambio de prisioneros. Le comentaba a Andrew todos sus movimientos y le describía la casita como una «acogedora casa de muñecas incomparablemente cómoda». Aseguraba con certeza absoluta que Andrew Ravanel iba a tener un hijo varón. Jamás mencionaba las preocupaciones del médico ni los fuertes dolores que le traspasaban el vientre. Firmaba las cartas como: «Tu amante y querida mujercita, tu fiel esposa, ¡te echo mucho de menos! Rezo por tu regreso, querido…»

Charlotte aún no había recibido ninguna respuesta.

—¿Andrew escribir cartas? —decía Juliet—. Pero qué dices. No recuerdo que Andrew haya escrito jamás una carta.

—Pero, querida hermana, él seguramente sabe lo valiosas que serían para mí unas palabras suyas.

—Tal vez confiscan sus cartas —apuntó Juliet.

—Pero las cartas de Jamie sí se reciben.

Jamie Fisher les enviaba detalladas descripciones de sus aburridos carceleros y de las malas jugadas que les gastaban los prisioneros. Cuando comentó la creciente melancolía de Andrew, Charlotte le escribió:

«Mi queridísimo esposo, tu obligada inactividad fomenta el desánimo. ¡Por favor, procura hacer ejercicio con regularidad! Los humores de temperamento apasionado (tal como tú, querido) tienen que practicar ejercicio todos los días. Cuando salgas al aire libre, levanta el rostro al sol. ¡La luz del sol fortalece la glándula pineal!»

Aunque las cartas a su marido eran de carácter esencialmente alegre, Charlotte se quejaba ante Juliet:

—Éramos más felices que nunca. ¿Por qué tuvo Andrew que hacer esa incursión en Ohio? —Se apoyó las manos en la zona lumbar—. A veces me parece que llevo un paquidermo y no un hijo en las entrañas. Juliet, ¿por qué los hombres son tan crueles con aquellos que los aman?

—Te aseguro que no lo sé —contestó Juliet con su aspereza de costumbre—. Si las solteronas supiéramos calibrar mejor el corazón de los hombres, no seríamos solteronas.

Una calurosa mañana de agosto en que Charlotte Ravanel ya llevaba cuarenta y ocho horas de infructuoso parto, Rosemary Haynes apoyó la oreja sobre el dilatado abdomen de su amiga. Cuando se incorporó, le dirigió a Juliet un leve movimiento con la cabeza: no, no se percibía el latido del corazón.

—El médico está dormitando en la cocina. Voy a llamarlo.

—No, querida amiga, por favor, no molestes al pobre hombre —musitó Charlotte—. Espera un poco. ¿No nos lo hemos pasado bien hasta ahora? —Y esbozó una evocadora sonrisa—. ¡Qué suerte tuve de casarme con Andrew! Todas las chicas querían conquistarlo. —Cerró los ojos—. Ahora me ha entrado sueño. Creo que voy a descansar al lado de mi hijo. Dime, Rosemary, ¿tiene el hijo de Andrew los ojos de su padre?

Un pálido sol iluminaba el desolado puerto cuando Rosemary regresó a casa. Los federales estaban atacando los pocos fuertes que todavía conservaban los confederados. Desde tan lejos, los disparos de sus mosquetes parecían sonajeros infantiles.

Delante del 46 de la calle Church, Joshua estaba ensillando a *Tecumseh.*

—¿Qué haces, Joshua?

El criado de John ajustó los estribos.

—El amo John se va de soldado, señorita.

Con las alforjas en la mano, John salió más animado de lo que había estado en muchos meses.

—Ah, Rosemary. ¿Cómo están Charlotte y el bebé?

—Muertos. Oh, John, con lo mucho que ella deseaba este hijo. Ella…

Como si su mujer fuera demasiado frágil para abrazarla, John le acarició el

cabello. Unas lágrimas resbalaron por su bondadoso y sincero rostro.

—Cuánto lo siento, querida. Charlotte era demasiado buena para este mundo pecador.

Rosemary señaló a *Tecumseh.*

—John, ¿qué es eso?

—Dejé una nota en tu mesilla. No te habría pasado inadvertida.

—¡John!

—El general Johnston ha pedido voluntarios. Haynes & Son está en la ruina; nuestros barcos igual podrían estar amarrados en tierra firme. ¿Podrás perdonarme, Rosemary? Ya no puedo seguir sufriendo. —La leve sonrisa de su marido era la primera que ella veía en muchos meses—. Quién sabe, puede que me encomienden algún servicio. El teniente Haynes… ¿no te parecería estupendo? No tienes que preocuparte, querida. John Haynes será el soldado más prudente de todo el ejército. —Le pasó las alforjas a Joshua—. Por ti no sufras… Rhett invirtió nuestros beneficios en bonos británicos. Cualquier cosa que ocurra, habrá dinero para mantenerte.

—¡John, espera! ¡No puedes irte! ¡No puedes! ¿Por qué?… ¡A *Tecumseh* lo asustan los disparos!

—Como a mí. —Dio una palmada al flanco del animal—. Supongo que ambos tendremos que superar nuestros terrores.

—Pero ¿por qué lo haces? ¡No puedes devolvernos a nuestra querida hija!

John asió los hombros de su mujer con tal fuerza que le hizo daño.

—Rosemary, mi vida se ha convertido en cenizas. Me creía protegido por la modestia de mis ambiciones: sólo quería ser un honrado hombre de negocios, un amante esposo y padre. Eso es todo lo que siempre deseé. —Meneó tristemente la cabeza—. Qué lejos hemos llegado los sureños.

Aunque las palabras «Quédate conmigo» temblaron en sus labios, Rosemary no pudo pronunciarlas.

John Haynes asintió con la cabeza como dirigiéndose a sí mismo.

—O sea que me voy. Aunque cueste creerlo, parece que nuestro país necesita a sus fofos hombres de negocios de mediana edad. El presidente Davis dice que podemos ganar. Si conservamos en nuestro poder Atlanta, Petersburg y Charleston, Abraham Lincoln no será reelegido. Si pierde las elecciones, los federales dejarán de luchar. Han sufrido terriblemente; sus pérdidas han sido más cuantiosas que las nuestras. Seguro que están tan hartos de este desagradable asunto como nosotros.

—John, ¿serías capaz de mentirme? ¿Ahora?

Con la mirada rebosante de afecto, acercó los labios a la mano de su esposa.

—Sí, te mentiría. —Y levantó la palma de Rosemary como si quisiera aprenderse de memoria todas sus líneas—. Mentiría al propio Jesucristo para salvarte del sufrimiento.

21
Arde Atlanta

Rhett se encontraba delante del hotel National cuando la primera granada federal estalló en Atlanta. Las discordantes campanadas de alarma contra incendios empezaron a sonar. Un muchacho que tenía vista de lince señaló una columna de humo que se elevaba por encima de los tejados.

—¡Allí, por allí!

Rhett se abrió paso entre los mirones para dirigirse al bar del hotel. Puesto que el camarero había salido a la calle, Rhett se situó detrás de la barra y extrajo su propia cerveza, que se llevó a su habitual mesa de la parte de atrás junto con el periódico del camarero. Cuando otra granada hizo que se desprendieran polvo y fragmentos de pintura del techo de hojalata prensada, Rhett cubrió su vaso con la mano.

Todo el mundo esperaba que John Hood, el nuevo comandante del ejército occidental, le diera una paliza a Sherman y salvara la ciudad. Si la bodega del hotel se convirtiera en un refugio a prueba de bombas, ya no habría más cerveza fría.

Un periódico alababa al general Hood, que ya había perdido un brazo y una pierna en defensa de la Confederación. «Prueba indiscutible del espíritu de combate del general», decía el periódico.

La mañana de la víspera en el cuartel general de la Confederación, Rhett había observado con incredulidad cómo dos fornidos nombres levantaban al general, lo sentaban en su caballo y lo ataban al mismo.

Aquella primera granada había arrasado la casa del señor Warner, que se levantaba en la esquina de Rhoades y Elliot, matando a Warner y a su hija de seis años. Las siguientes granadas habían acabado con una mujer que estaba planchando camisas y herido mortalmente a otra cuando subía a un tren. Sol Luckie, un barbero negro liberto, murió cuando una granada rebotó en una farola de la calle y estalló a sus pies.

Dos de los cuatro ferrocarriles de Atlanta ya se encontraban en poder de los federales. Los atemorizados hombres de negocios subieron por la escalera posterior del Chapeau Rouge para ofrecerle a Rhett sus negocios a cambio de una miseria.

Tras la confiscación por parte del ejército de Hood de todos los caballos y

vehículos civiles de Atlanta, Rhett salía del Chapeau Rouge y se dirigía a pie al hotel. Si tropezaba con una calle bloqueada por una brigada de extinción de incendios, daba un rodeo.

Cuando por la mañana el sol penetraba por las ventanas de la fachada del hotel, Rhett recogía sus cartas y regresaba a pie al Chapeau Rouge. Si perdía mil una noche, ganaba mil a la siguiente. Todo le daba igual.

Qué insensato era. ¡Qué tremendamente insensato! En aquella ciudad asediada en tres de sus flancos por un poderoso ejército que ya estaba a punto de cerrar el círculo, Rhett hubiera debido marcharse varias semanas atrás. No había nada que lo retuviera en Atlanta.

Excepto Scarlett O'Hara.

Pittypat y Peter se habían ido de la ciudad, pero Scarlett se había quedado con Melanie Wilkes, terriblemente debilitada por el nacimiento de su hijo.

Rhett tendría que haberse ido a Londres. O a Nueva Orleans, ciudad a la que no había vuelto desde que dejara a Tazewell Watling al cuidado de los jesuitas.

En marzo, en mayo y dos veces en julio había hecho las maletas.

Pero entonces recordaba el largo cuello de Scarlett… tan orgulloso y vulnerable. O su aroma… el aroma que se aspiraba por debajo de su perfume. Una vez había regresado sólo por la valentía con la cual ella había echado la cabeza atrás.

Rhett deshacía las maletas y se emborrachaba hasta caerse.

La última vez que Rhett Kershaw Butler se había sentido tan impotente fue cuando era bracero en los arrozales de su padre.

Fuera de la ciudad, en Peachtree Creek y Ezra Church, el general Hood lanzó a sus cansados confederados en situación de amplia inferioridad numérica contra unos descansados y bien alimentados federales que los segaron como trigo maduro. Los federales dejaron de bombardear Atlanta y se desplazaron hacia el flanco izquierdo de Hood, donde destruyeron el Ferrocarril de Atlanta y West Point y avanzaron sobre Jonesboro y la línea ferroviaria Macon y Western. Jonesboro era la clave de la ciudad. Si caía Jonesboro, el último ferrocarril que llegaba a Atlanta, que era la única línea de suministros de Hood, quedaría cortado.

Las ambulancias, con las cortinillas laterales levantadas para que pasara el aire, circulaban a toda prisa la calle Marietta. Los chiquillos corrían a su lado espantando las moscas de los heridos.

Las noticias más recientes llegaban al bar cada media hora.

—¡El ataque contra el flanco de Cleburne ha fracasado!

—Mi primo forma parte del estado mayor de Brown. Dice que Brown no puede resistir.

A media tarde los jugadores apostaban cuatro a uno contra Hood.

Rhett Butler permanecía sentado solo en su mesa.

En la creencia de que el ataque de Sherman contra Jonesboro era una maniobra de distracción y de que los federales pretendían atacar Atlanta, el general Hood se retiró con su ejército a la ciudad. Treinta mil soldados bajaron por la calle Decatur. El polvo que levantaron cubrió de blanco las ventanas del bar que daban a la calle.

Aquella noche reinaba en el bar una febril alegría. Los hombres que habitualmente se mostraban muy serios contaban un chiste tras otro; los baptistas que jamás se emborrachaban caminaban haciendo eses. Poco después de la medianoche, una alta mujer vestida de luto se sentó junto a una opaca y polvorienta ventana, se soltó el largo cabello y rompió a llorar.

A pesar de que todas las mesas estaban ocupadas y de que los hombres se apretujaban de pie junto a la barra en filas de tres, Rhett Butler seguía jugando solitarios en su mesa: veintiuno contra reina roja, reina negra contra rey rojo. Rhett se escanció un trago. ¿Qué demonios estaba haciendo en aquella ciudad?

A su debido tiempo, Rhett Butler salió a un amanecer tan claro como el cristal. Se oía el gorjeo de unos pequeños pájaros cantores. Los buitres descansaban en sus perchas. Tenían por delante un día muy ocupado.

Los sucios y exhaustos soldados de Hood dormían en los umbrales de las casas y roncaban tumbados en las aceras entarimadas. Rhett se rascó la cara. Necesitaba un afeitado.

El salón del Chapeau Rouge era un revoltijo de copas y botellas vacías. Un confidente estaba volcado y las dos Venus de mármol habían desaparecido.

—Buenos días, MacBeth.

MacBeth presentaba unas profundas bolsas bajo los ojos enrojecidos y una magulladura en la mejilla.

—¿Una noche un poco movida?

El matón se frotó la magulladura.

—¡Todo el mundo se ha vuelto loco! Se comportan como si todo les importara un bledo.

La estufa de la cocina aún estaba caliente y Rhett sacó agua para afeitarse.

Después subió a su despacho del piso de arriba. En su escritorio no había nada; su caja de seguridad estaba abierta y vacía. Ya había quemado todo lo que debía quemarse y enterrado todo lo que debía enterrarse. Rhett Butler era libre como un pájaro.

Se sentó a su escritorio y abrió un cajón; plumas, papel, tinta, un secante. Cosas que habrían podido pertenecer a cualquiera.

¿Qué estaba haciendo allí?

¡Por Dios! ¿Qué le había hecho el amor?

A las cuatro de aquella tarde los cañones federales rugieron en Jonesboro. Hood había sido engañado. El ejército confederado estaba donde no debía.

Acompañado por el distante retumbo de los cañones, Rhett Butler bajó al bar, ocupó su habitual asiento y empezó a mezclar las cartas de una nueva baraja.

Los federales superaban a los defensores de Jonesboro en una proporción de cinco a uno. El Macon y Western, el único ferrocarril de Atlanta, cayó en manos de Sherman.

—¡Hood se está retirando! ¡El ejército está huyendo precipitadamente!

—Cualquiera que no quiera vivir bajo el yugo yanqui mejor que se largue de Atlanta cuanto antes.

Unos cuantos hombres entraron corriendo en el bar; otros salieron apresuradamente. Rhett colocó un nueve negro contra un diez rojo.

Belle Watling entró en el bar. Había estado bebiendo.

—Oh, Rhett. ¿Qué voy a hacer? Los federales…

—No tienes que hacer nada. —Rhett escanció una copa para Belle—. Los yanquis no te van a comer, ¿sabes? Que tus putas se queden en casa uno o dos días. Después dobla las tarifas.

—Rhett, después de todo lo que has hecho por mí me duele preguntártelo, pero… ¿puedo ir contigo?

Los largos dedos de Rhett mezclaron las cartas.

—¿Qué te induce a pensar que voy a algún sitio?

—¡Pues no sé, Rhett, no sé! —Rompió a llorar—. ¡Por el amor de Dios, llévame contigo!

Rhett le ofreció su pañuelo. Belle Watling se sonó la nariz y dijo que lamentaba ser una carga.

El camarero se acercó a la mesa.

—Capitán Butler, fuera hay una muchacha negra que pide a gritos hablar con usted. Dice que es importante.

En la calle, los soldados que avanzaban se desviaban alrededor de Prissy, la doncella de Scarlett, que estaba llorando a gritos.

—Capitán Butler, capitán Butler. La señorita Scarlett quiere verlo. Ella y la señorita Melly lo necesitan. Tiene usted que venir.

—Entra, no te quedes en la calle, Prissy, y dime qué quieres.

La muchacha meneó enérgicamente la cabeza.

—No, señor, no entraré en este bar. El demonio tiene los brazos muy largos. La señorita Scarlett abandona la ciudad y necesita su coche y su caballo.

—El coche y el caballo me los han confiscado. Dudo que quede algún vehículo en la ciudad.

—Oh, Dios mío, capitán Butler. Si a usted se lo han confiscado, ¿qué vamos a hacer nosotras? La señorita Melly está muy enferma. Ella y su bebé. Y está también la señorita Scarlett con el pequeño Wade. ¿Qué vamos a hacer?

El alma de Rhett se despertó como un gato que se desperezara bajo el sol. Una nueva sangre le recorrió el cuerpo. Una sonrisa se dibujó en su rostro, pero se

esforzó por ocultarla. Scarlett lo necesitaba.

—¡Por favor, capitán Butler!

—Vuelve con la señorita Scarlett y dile que ya voy, Prissy. No te entretengas ahora.

Cuando Rhett regresó al interior del bar, Belle Watling estaba contemplando su copa vacía.

—Supongo que no hace falta que te pregunte quién pide tu ayuda. Supongo que ya sé con quién te vas a reunir.

—Mi querida Belle —dijo Rhett con dulzura—. Ahora vuelve a casa. Tus chicas te necesitan.

El vehículo que Rhett robó se encontraba en un estado lamentable: un viejo jamelgo enfermo de esparaván tirando de un coche a punto de desarmarse a trozos.

Pero era un coche.

Los confederados que evacuaban la ciudad quemaban sus suministros y el aire olía a jamones quemados: los jamones que los comisarios confederados les habían confiscado a los pobres granjeros que esperaban conservarlos para alimentar a sus familias. Las tremendas explosiones que se oían podían ser de las municiones que el propio Rhett había introducido burlando el bloqueo federal. Uniformes, herraduras, whisky, tocino, botas, mantas, toneladas y toneladas de harina de maíz… todo quemado. Las llamas convertían la noche de Atlanta en día.

Prissy paseaba arriba y abajo por delante de la verja de la casa de Pittypat cuando Rhett apareció por una esquina.

—¡Ha venido el capitán Butler! ¡El capitán está aquí, señorita Scarlett!

Mientras Rhett se acercaba a la verja resonó una tremenda explosión. Protegiéndose los ojos con la mano, Scarlett salió a la acera. La onda expansiva le alborotó el negro cabello e hizo que su vestido perfilara las suaves curvas de su cuerpo.

Mientras los fragmentos golpeaban la calzada y unas lenguas de fuego lamían el cielo, Rhett se quitó el sombrero para saludar a Scarlett O'Hara.

—Buenas tardes. Menudo tiempo tenemos. Me han dicho que va usted a dar un paseo.

—Rhett Butler, como siga gastando bromas, jamás volveré a hablar con usted.

Él se sentía más feliz que un colegial a pesar del fuego, las explosiones y la invasión yanqui. ¡Cómo brillaban los verdes ojos de Scarlett!

Le dijo la amarga verdad: si intentaban huir hacia el sur, los soldados confederados les confiscarían el coche y el caballo, y los demás caminos estaban en poder de los federales.

—¿Adónde cree usted que puede ir?

—Me voy a casa —contestó ella.

—¿A casa? ¿A Tara, quiere decir?

—¡Sí, sí! ¡A Tara! ¡Oh, Rhett, tenemos que darnos prisa!

Imposible: una ciudad incendiada se interponía entre ellos y el camino de Jonesboro.

Scarlett se vino abajo y empezó a llorar y golpear con los puños el pecho de Rhett.

—¡Me iré a casa! ¡Lo haré! ¡Aunque tenga que recorrer a pie todo el camino!

Y era muy capaz de hacerlo. Él lo sabía. Sería capaz de hacer cualquier cosa. Aquella mujer era capaz de cualquier cosa con tal de conseguir lo que quería. Le acarició suavemente el cabello.

—Bueno, bueno, querida —le susurró—. No llore. Irá a su casa, mi valiente muchachita. Irá a su casa. No llore.

Prissy recubrió el interior del coche con colchas mientras Scarlett y Rhett subían al piso de arriba. El olor del alcanfor y el alcohol de friegas de la habitación de Melly le escoció los ojos a Rhett. La parturienta estaba tan blanca como sus sábanas de algodón. A su lado dormía el bebé, moviendo levemente los labios como si succionara.

—Procuraré no hacerle daño, señora Wilkes. Intente rodearme el cuello con sus brazos.

—¡Mi bebé! —musitó Melanie.

—Le diremos a Prissy que lleve a su bebé. Estará perfectamente.

Rhett deslizó un brazo por los hombros de Melanie y otro por sus corvas y la levantó. No pesaba ni cincuenta kilos.

—Por favor… las cosas de Charles. No debemos dejarlas aquí.

Melanie señaló con un débil gesto de la mano la espada y el daguerrotipo de Charles.

Un atisbo de sonrisa se dibujó en los labios de Rhett.

—No creo que la señora Hamilton me permitiera olvidar las cosas de Charles.

Scarlett colocó los recuerdos de Charles en el coche. Rhett depositó suavemente a Melanie sobre las colchas al lado de su bebé.

—Gracias por ayudarnos, capitán Butler. —La voz de Melanie sonaba como un crujido de papel.

Aunque todos los nervios de Rhett estaban en tensión, una profunda calma se había instalado en lo más profundo de su ser. Para eso se había quedado en Atlanta. Eso era lo que él siempre había querido: que ella lo necesitara. Sólo a él.

Al ver que el pequeño Wade vacilaba, Rhett le dijo:

—Sube al coche, hijo. ¿No te gustaría correr una aventura?

—¡No! —contestó el chiquillo, hipando.

Rhett rió mientras lo levantaba en brazos. Prissy se encaramó a la parte de atrás del vehículo mientras Rhett levantaba a Scarlett y la acomodaba a su lado en el asiento.

—Wade, cariño —le murmuró Melanie a su asustado sobrino—, empuja esta

almohada detrás de mi espalda.

Cuando se inclinó hacia delante para que el chiquillo le colocara la almohada, Melanie Hamilton Wilkes se mordió los labios para no llorar. No tenía que desmayarse. ¡No debía!

Sintió el cálido aliento del pequeño Wade en su oreja.

—Tengo miedo, tía Melly.

—Mi dulce niño, hay muchas cosas de que tener miedo —le susurró Melanie—. Pero tú eres un soldado valiente, ¿no es así, Wade?

—Supongo que sí, tía Melly.

Mientras el coche se ponía en marcha chirriando, Scarlett gritó:

—¡He olvidado cerrar la puerta de la casa!

La sonora carcajada de Rhett le curó el hipo a Wade.

Los maltrechos coche y caballo se dirigieron hacia el centro de la ciudad en llamas.

En el interior de las oscuras casas aparentemente abandonadas los propietarios estaban escondiendo la plata de la familia o enterrando la pistola de la guerra mexicana del abuelo.

Cerca del centro de la ciudad la noche estaba llena de chirridos, gritos y rumor de cascos de caballos… el fragor de un gran ejército en retirada. Rhett giró por una calle lateral. Una tremenda explosión aspiró el aire de sus pulmones y Wade volvió a hipar.

—Eso son los carros de municiones de Hood.

Rhett alargó el brazo hacia atrás para darle a Wade un tranquilizador apretón en la rodilla.

Rhett esperaba esquivar los incendios, pero aquella noche todas las calles desembocaban en un infierno. Lanzó el viejo caballo a un vacilante galope y rodeó el revólver con sus dedos. Su mujer iba apretujada contra su costado y ¡que el cielo se apiadara del insensato que intentara detenerles!

A ambos lados de la calle Marietta todos los almacenes estaban en llamas. Los saqueadores huían con sus trofeos. Unos borrachos se tambaleaban alrededor de un barril destrozado de whisky.

De repente, Rhett subió el coche a la acera y se detuvo para esconderse debajo de una escalera exterior.

—Dese prisa —le dijo Scarlett—. ¿Por qué se detiene?

—Soldados.

En otros tiempos habría podido ser un regimiento de mil hombres, pero aquella noche no eran ni cien. Una vida atrás, las esposas y novias les habían cosido espléndidos uniformes y bordado sus banderas y todos tenían un nombre, eran los Grises o los Zuavos o la Tropa o la Legión. Sus lugares de origen no tenían nada de especial, una ciudad o un condado donde todo el mundo conocía a todo el mundo y se habían alistado con sus hermanos, sus primos y vecinos y habían nombrado coronel al amo de la plantación más grande porque nunca habrían estado dispuestos a recibir órdenes de un simple don nadie.

Sus amigos habían muerto a su lado y también sus primos y sus hermanos y su coronel —oh, cuánto tiempo hacía de eso— y el coronel que lo había sustituido —¿cómo se llamaba?—. Pero ¿cuántos coroneles habían tenido?

Caminaban como si se les hubieran roto los muelles, como si llevaran tanto tiempo caminando que un kilómetro más o menos les diera igual, como si una batalla fuera igual a la siguiente. Empuñaban los rifles como si fueran viejos amigos. Los uniformes cosidos por sus novias habían desaparecido hacía tiempo. Ahora vestían prendas hechas en casa y restos de uniformes federales, algunos llevaban chaquetas cortas y otros largas, y unos pocos iban con el pecho descubierto a través del parpadeo de los incendios.

Apenas levantaban los pies del suelo, pero seguirían adelante arrastrándose hasta que se desplomaran. Para algunos sería una bendición.

Un niño soldado caminaba rezagado. Puede que hubiera sido un tambor cuando había tambores, pero los rifles eran más fáciles de conseguir que los tambores. El muchacho arrastraba el arma por el polvo.

Se detuvo en seco, se tambaleó y cayó boca abajo. Dos hombres se acercaron sin decir palabra. Uno de ellos, cuyo único rasgo distintivo era una larga barba negra, le entregó su propio rifle y el del chico al segundo hombre, se echó el muchacho al hombro y siguieron adelante.

Rhett Butler se quitó el sombrero.

Cuando el último soldado dobló la esquina, Rhett azuzó el caballo con la fusta y prosiguieron. La ciudad quemada aspiraba el aire al interior de sus grandes pulmones. Las ventanas estallaban y ennegrecían la calle con una lluvia de vidrio quemado.

—¡Por el amor de Dios, Rhett! —gritó Scarlett—. ¿Está usted loco? ¡Corra! ¡Corra!

Prissy lanzó un grito.

Las llamas escapaban por debajo de los aleros de las casas y un humo grasiento se elevaba desde los tejados. El calor les ardía en la cara y tenían que cerrar los ojos para que el resplandor no los deslumbrara. Rhett volvió a fustigar el caballo para que se lanzara a un cansado trote; el animal seguía adelante más bajo los efectos del terror que del látigo. Fuego a derecha e izquierda y sólo un estrecho túnel en el centro. Wade gritaba sin cesar mientras las oleadas de calor se abatían sobre ellos y gran número de ladrillos y trozos de madera caían con un sordo ruido a la calle.

Las vías del tren que cruzaron en medio de fuertes sacudidas eran la prueba más evidente de que aquella devastación había sido antaño una gran ciudad donde los hombres corrientes iban cada mañana a trabajar. Los predicadores predicaban, los banqueros hacían de banqueros y los tenderos tenían productos que vender.

Finalmente desembocaron en una calle lateral y notaron que el aire era más fresco. El fuego había quedado a su espalda. Los desesperados gritos del pequeño Wade se convirtieron en ahogados sollozos y accesos de hipo.

No se veía a nadie más; estaban solos en el camino. En las afueras de la ciudad, las casas se espaciaban y el camino estaba bordeado de olmos. El viento de los incendios agitaba las hojas y la ciudad se abrasaba allá atrás.

Rhett tiró de las riendas.

—Dese prisa, Rhett. No se detenga.

—Dejemos que el pobre animal recupere un poco el aliento.

El fresco aire les secó el sudor.

Rhett Butler se sentía inmensamente cansado. Había hecho lo que le había prometido a Scarlett. Ahora ella ya no lo necesitaría. Jamás lo había querido. Jamás. Le preguntó si sabía dónde estaban.

—Pues sí —contestó ella—. Conozco un sendero de carros que se aparta del camino principal de Jonesboro y serpea a lo largo de varios kilómetros. Mi padre y yo solíamos cabalgar por allí. Termina muy cerca de la propiedad Macintosh y eso está a sólo un kilómetro y medio de Tara.

Rhett contempló su rostro. Ella estaba deseando llegar a Tara. Scarlett O'Hara era puro deseo. Ella y él eran tal para cual, pero ella no lo sabía y jamás lo iba a saber.

Algunos hombres podían amar sin ser amados. Rhett los envidiaba.

El cuerpo de Scarlett se notaba cálido contra el suyo y Rhett percibía los latidos de su corazón. Era como si algo se hubiera roto en su interior. La tensión había desaparecido. Estaba tan cansado como si ambos llevaran horas haciendo el amor.

Aquel tambor no podría tener más de doce años. Habría tenido que estar en la orilla de un río en medio de la niebla, buscando tortugas mordedoras en los sitios donde las nutrias se deslizaban hacia el agua.

Le dijo que siguiera hasta Tara sin él. Ella tenía coche y caballo y conocía el camino. Él iría a reunirse con el ejército.

—¡Sería capaz de estrangularlo por bromear ahora! Sigamos adelante.

—No bromeo, querida. ¿Dónde está su patriotismo, su amor por nuestra gloriosa causa?

—Oh, Rhett —repuso ella—, ¿cómo puede hacerme esto? ¿Por qué me deja?

Demasiado poco y demasiado tarde.

Rhett Kershaw Butler rodeó a Scarlett O'Hara Hamilton con los brazos y la besó en los labios. Notó que sus labios se derretían y despertaban a su beso.

Jamás conseguiría dominarla.

Saltó desde el coche a la oscuridad del borde del camino.

22
Después de Franklin

Aquel otoño, después de inútiles llamamientos a regiones menos devastadas de la Confederación, el Mercado Libre de Charleston se quedó sin alimentos y tuvo que cerrar. Rosemary regresó a casa a través de las calles cubiertas de basura, entró por la puerta principal que ya no se molestaba en cerrar y se sentó en un extremo de la estancia, justo al otro lado del sillón preferido de John. Al cabo de un rato tomó el único adorno de la repisa de la chimenea, un jarrón de flores de plata, y empezó a sacarle brillo.

A la mañana siguiente, un soldado de permiso por convalecencia le entregó la carta de su marido: John se las estaba arreglando «bastante bien para ser un viejo» y había sido ascendido. A partir de aquel momento, todo el mundo podría dirigirse a él llamándolo capitán Haynes… un ascenso que el general Stahl le había concedido «sólo porque no había hombres más dignos que aspiraran a él».

El general Forrest le había tomado simpatía a Rhett, escribía John,

> … y quería asignarme un oficial. Cuando tu hermano declinó el honor, al feroz Forrest le hizo mucha gracia. Veo a Rhett siempre que nuestra caballería está en el campamento. Se muestra muy animado y tiene un sirviente, un tal Archie Flytte, que lo atiende con tanta fidelidad como un perro. Flytte es un pájaro de presidio que fue indultado para que se incorporara al ejército. A pesar de su entrega a Rhett, su afecto no es correspondido.
>
> Tras la caída de Atlanta, emprendimos la marcha al norte. El general Hood creía que, si el ejército confederado se interponía entre el general Sherman y su base de suministros de Knoxville, Sherman huiría de Atlanta. Una vez más, Hood interpretó erróneamente las intenciones de Sherman, el cual prendió fuego a lo que quedaba de Atlanta e inició una vigorosa marcha en dirección contraria.
>
> En su avance a través de Georgia, Sherman está destruyendo las vías de ferrocarril este-oeste tan a conciencia como antes destruyó nuestras líneas norte-sur. Cuando se destruyan estas vías, querida, tú y yo estaremos separados y abandonados a nuestra suerte, sólo Dios sabe durante cuánto tiempo. Rosemary, ¿querrás reunirte conmigo? A la espera de tu favorable decisión, el amigo de Rhett, Rufus Bullock, te ha enviado por telégrafo un pase de ferrocarril.
>
> Comprenderé muy bien que no quieras emprender un viaje tan arduo y tal vez peligroso, pero me alegraría mucho verte. Tenemos mucho que compensar, mucho de qué hablar. Nuestra querida Meg vive en nuestros corazones. Querida Rosemary, te echo de menos mucho más de lo que imaginaba. Mis celos infundados nos separaron. Toda la culpa es mía. No te reprocho nada. Por favor, ven a reunirte conmigo.

Tu amante esposo,

JOHN

Rosemary corrió de una a otra habitación, sacando ropa de los cajones y las cómodas. Cuando ya había llenado tres grandes maletas y un baúl de camarote, se dejó caer sobre el baúl y se puso a reír cubriéndose el rostro con las manos. Pero ¡qué tonta era!

Guardó sólo lo absolutamente indispensable en una maleta. Su único adorno era un broche de filigrana de oro rosa.

Rosemary recogió su pase ferroviario en la estación y subió al tren con destino a Savannah. A la mañana siguiente en Savannah hizo transbordo al tren de Georgia Central, que, a mediodía del día siguiente, entró resoplando cautelosamente en Macon.

La caballería de Sherman se acercaba a la ciudad y la estación de Macon estaba abarrotada de refugiados.

Antes de incendiar Atlanta, el general William T. Sherman había dicho: «La guerra es cruel y no se la puede purificar», un comentario que puso en práctica una vez más en las granjas y las ciudades indefensas que encontró a lo largo de su marcha.

Antes incluso de que el tren de Rosemary llegara al andén, los refugiados subieron a bordo con la esperanza de asegurarse un sitio cuando el tren volviera a ponerse en marcha. Al enterarse de que la locomotora necesitaba combustible, hombres, niños, clérigos y hasta respetables matronas se pasaron los fardos de leña de mano en mano hasta el vagón de la leña.

Un grupo de milicianos vigilaba el tren del sudoeste al que Rosemary quería subir. Su capitán había perdido un brazo en Chancellorsville y dijo que no conocía a Rufus Bullock de nada y que igual era un chalado». Ignoraba que la Confederación tuviera una «oficina ferroviaria». Tocaba con excesiva familiaridad a Rosemary y, puesto que tenía el poder de decisión respecto a quiénes podían viajar en el tren, dijo, él elegía a la más guapa.

Rosemary le dio las gracias y apartó su mano como sin querer. Acababa de sentarse en el vagón cuando una conocida voz la llamó desde el andén.

—¡Rosemary Haynes! ¡Querida Rosemary! ¡Por favor, por favor, diles algo a estos hombres!

Los Ward habían abandonado Charleston para refugiarse en la plantación de un primo suyo cerca de Macon. Menos de un año después, los miserables seguidores de Sherman habían incendiado aquella plantación y los Ward habían tenido que volver a marcharse. Eulalie Ward y su cuñado Frederick llevaban varios días sin cambiarse de ropa. Los zapatos de Eulalie tenían las suelas rotas y Frederick, que siempre llevaba sombrero fuera de casa, iba con la cabeza descubierta y la calva dolorosamente quemada por el sol.

—¡Rosemary, a ti te han dejado subir al tren! Por favor, ayúdanos a subir también. Tenemos que huir de Macon. No nos queda nada. ¡Nada!

Antes de la guerra, Frederick Ward era un rico que sustentaba las cómodas opiniones de los ricos. Ahora su cuñada lo llevaba de la mano.

—Ponte derecho, Frederick. No debes permitir que te tomen por un hombre cualquiera.

—Pero, Eulalie, si es que *soy* un hombre cualquiera.

Muchos años atrás, a la muerte de su marido, Eulalie creyó haberlo perdido todo. Jamás habría podido imaginar que le quedaran todavía tantas cosas que perder. Willy había muerto y sus hijas habían huido con los soldados de Sherman. Eulalie y Frederick llegaron a pasar tanta hambre que mataron a *Empress,* la perrita de Eulalie, pero después no tuvieron valor para comérsela.

Desde la plataforma de atrás (por nada del mundo bajaría del tren), Rosemary le suplicó al capitán de la milicia que dejara subir a los Ward.

—Señora —le contestó el hombre—, no hay sitio para ellos. A no ser que usted baje y les ceda el suyo.

Mientras el tren cargado hasta el tope abandonaba la estación, Rosemary miró a todas partes menos a los refugiados del andén. En los lugares donde la caballería de Sherman había destrozado las vías y éstas habían sido rápidamente reparadas, el destartalado tren avanzaba tan despacio como lo habrían hecho sus pasajeros, los cuales bajaron y echaron a andar a su lado. Aquella noche, los pasajeros varones iluminaron con linternas a los ferroviarios para que éstos pudieran nivelar las hundidas vías mediante la colocación de unas largas barras, permitiendo así el paso de los vacilantes vagones. Doce horas y ciento cincuenta kilómetros después, el tren llegó a Albany, Georgia. Rosemary pagó cinco dólares por tres panecillos de maíz y, entre otros exhaustos y sucios refugiados, durmió en el suelo de la estación hasta el amanecer.

El tren de Selma y Meridian era un milagro. La guerra no lo había tocado, sus vagones no habían sido tiroteados y la bulbosa chimenea de su locomotora no presentaba ni un orificio de bala… ¡ni uno solo! Aunque la pintura estaba un poco deslucida, todos los vagones eran verde oscuro con acabados negros.

El tren traqueteaba sobre las niveladas vías a la asombrosa velocidad de cincuenta kilómetros por hora. El tuberculoso veterano sentado al lado de Rosemary, que antes de la guerra había viajado ampliamente por Nueva Inglaterra, comentó:

—¡Por Dios le digo, señora, que casi parece que estemos en Massachusetts!

Aquel prodigioso tren finalizó su recorrido en Demopolis, donde los pasajeros cruzaron en transbordador el río Tombigbee. Desde allí tuvieron que recorrer a pie seis kilómetros hasta un andén de madera donde los esperaban una resollante locomotora y unos desparejados vagones acribillados a balazos. En Meridian, Misisipí, Rosemary alquiló una habitación de hotel y durmió como los muertos. El tren de Mobile y Ohio que tomó al día siguiente la dejó en Corinth, Misisipí al anochecer. Aquella noche durmió en la estación. A las dos de la tarde del día siguiente, el tren de Memphis y Charleston trasladó los suministros, a los reclutas y a Rosemary Haynes a Decatur, Alabama, final del trayecto.

El tren vomitó barriles de pólvora y cecina, cajas de balas y reclutas en el andén de Decatur, Alabama. El recluta más joven hacía tres días que había cumplido los diecisiete años y el mayor tenía cuarenta y nueve. La mayoría de los reclutas no tenía nada que decir, pero un sujeto con una levita de cuello de castor le confió a Rosemary Haynes que él era demasiado valioso para la campaña solidaria de la población civil durante la guerra como para que lo malgastaran en una batalla, y un muchacho de dientes salidos que se estaba mordiendo la uña del pulgar le dijo que desertaría a la primera ocasión que tuviera. Cuando bajaron en Decatur, los hombres del preboste ordenaron a los reclutas colocarse en formación y les hicieron saber que los aspirantes a desertores tendrían que ser más rápidos que una bala.

Al cabo de cinco días de duro viaje, Rosemary agradeció tener bajo sus pies un suelo que no temblara ni vibrara. Le entregó la maleta de tejido de alfombra al viejo Joshua.

—¿Llevas mucho rato esperando?

—Ya se puede imaginar.

Casi no reconoció al caballo atado a la barandilla de enganche.

—¿Qué le habéis hecho a *Tecumseh?* —exclamó—. ¡Oh, mi pobre muchacho!

—Es viejo, señorita Rosemary. Nació en los viejos tiempos.

—Estaba bien hasta que se lo llevó el ejército. Fuiste un buen chico, ¿verdad, *Tecumseh?*

El caballo castrado levantó la cabeza y soltó un relincho a modo de bienvenida, y entonces Rosemary pensó que aquello era lo más triste de todo.

—Joshua, *Tecumseh* quiere una manzana.

—Señorita Rosemary, la poca avena o las pocas manzanas o el poco maíz que conseguimos reunir nos lo comemos nosotros. Cuando el caballo muera, creo que también nos lo comeremos.

Puesto que los puentes ferroviarios al norte de Decatur también habían sido incendiados, los suministros y los reclutas de Hood fueron descargados y trasladados a lomos de bueyes o mulos, en carros o a lomos de yeguas, a Columbia, Tennessee. Rosemary y Joshua se unieron a ellos. A ratos, Rosemary montaba a *Tecumseh,* pero por compasión prefería ir a pie. Los carros de suministros del ejército avanzaban por el estrecho camino abriendo surcos en los campos adyacentes. No había vallas de ningún tipo: las cercas habían servido para alimentar las hogueras de los campamentos de soldados, y el ganado superviviente permanecía escondido en la espesura de los bosques. Aquella noche Rosemary durmió debajo de un carro de suministros.

Por la mañana, la lluvia arrancó las últimas hojas de los árboles y llenó a rebosar las rodadas. *Tecumseh* ya no estaba en condiciones de llevar a ningún jinete en su grupa. Poco después del anochecer llegaron a Pulaski, Tennessee, donde Rosemary compró un poco de avena que el castrado simplemente mordisqueó.

Joshua durmió en un establo con el caballo.

La habitación de hotel de Rosemary no disponía de calefacción, pero, doblando su raída manta, ésta pudo disfrutar de suficiente calor. Soñó con John y Rhett en un día de junio en que el sol brillaba en todo su esplendor y Rhett había llevado unas cestas de merienda con más comida de la que ellos podrían necesitar, y *Tecumseh* pacía en un pastizal tan alto que le cosquilleaba el vientre.

Aunque había trenes que salían de Pulaski, el joven y pálido preboste no permitió que Rosemary subiera a ninguno de ellos.

—Señora, no podría conseguir que subiera a este tren aunque su pase estuviera firmado por el presidente Jefferson Davis.

—He viajado desde Carolina del Sur para ver a mi marido, que está en el ejército.

—¿Desde tan lejos? —El joven preboste citó un pasaje de la Biblia—. «¿Una mujer virtuosa quién la encontrará? Vale más que todos los rubíes. El corazón de su marido confía en ella… sus hijos se levantan y la llaman bienaventurada.»

—Los federales mataron a mi hija. Meg cumpliría seis años el próximo marzo.

—Señora, lo siento en el alma. Yo era seminarista antes de la guerra.

—¿Sigue creyendo en Dios?

El joven apartó la mirada.

—Creo que ya me he acostumbrado.

Rosemary, Joshua y el exhausto *Tecumseh* pasaron por delante de montones dispersos de pertrechos federales desechados: caballos de artillería tiroteados con sus guarniciones, carros volcados. Filas de prisioneros federales eran conducidas al sur. Los prisioneros vestían harapos confederados mientras que sus guardias llevaban abrigados uniformes azules federales.

En Columbia, Tennessee, Rosemary compró panes de maíz y alubias negras para ella y Joshua.

Aquel anochecer, mientras se dirigían a pie a Franklin, Tennessee, Rosemary oyó unos lejanos retumbos como de mil carros cayendo ruidosamente desde un puente de madera.

—Son combates —explicó Joshua.

—No puede ser. Los federales están huyendo. ¿Para qué iban a combatir?

—Son combates.

Cuando la luz desapareció del cielo, los retumbos sonaron más fuerte y Rosemary distinguió explosiones individuales. Los muleros se apartaron del camino para permitir el paso de los confederados que huían.

Rosemary y Joshua se cruzaron con toda una marea de ambulancias, desertores de rostro inexpresivo y heridos que iban a pie. Los oficiales del preboste soltaban maldiciones y golpeaban a los hombres con los cantos de sus espadas. Los desertores se agachaban o se apartaban del camino, pero seguían su

marcha hacia el sur.

La gélida Vía Láctea se extendía por el cielo hasta el horizonte, donde se hundía en el rojizo resplandor de los cañones.

—Soy la esposa del capitán John Haynes. Pertenece al mando del general Stahl. ¿Conoce usted a mi marido, señor?

—Lo siento, señora.

Cesaron los disparos.

—Mi hermano Rhett Butler está con el general Forrest. ¿Conoce a Rhett Butler?

—Señora, yo he servido a las órdenes del general Bates.

Joshua se detuvo al borde del camino y se quitó el sombrero.

—Señorita Rosemary, este caballo ya no puede seguir.

Tecumseh permanecía inmóvil, con las patas separadas y la cabeza inclinada.

—El caballo y yo los hemos acompañado durante un trecho muy largo a usted y al señor John —dijo Joshua—. Pero ya no podemos más.

Rosemary siguió sola el camino en la noche estrellada.

Unas linternas amarillas iluminaban con su débil resplandor el lugar donde dos grandes ejércitos habían combatido. Aquí y allá en el paisaje suavemente ondulado brillaban hogueras de campamento. El aire sabía a pimienta quemada y Rosemary aspiró el olor de la sangre: denso, amargo y salado.

Los rostros de los hombres que atendían a los heridos estaban ennegrecidos por la pólvora y algunos tan ensangrentados como los hombres a los que auxiliaban.

—Mi marido está con la brigada del general Stahl —dijo Rosemary con voz suplicante.

Los ojos del muchacho brillaban como los de aquellos cantantes de espectáculos cómicos que se tiznaban la cara para imitar a los negros.

—Señora, creo que el general Stahl ha muerto. Estaba en el centro de la línea, entre aquella casa y la desmotadora de algodón.

—¿Y dónde están sus hombres ahora?

—Señora —contestó el chico con tono precavido—, creo que casi todos los hombres del general Stahl están entre la casa y la desmotadora de algodón.

El amanecer apagó las linternas y amortiguó el resplandor de las hogueras. Los heridos suplicaban agua. La tierra estaba cubierta de escarcha.

Rosemary intentó restañar la sangre de un oficial atándole el cinturón por encima del tremendo orificio abierto en su muslo. La blancura de la escarcha brillaba sobre la sangre derramada. El hombre experimentó una sacudida, emitió un jadeo y se quedó sorprendido ante la llegada de la muerte.

Salió el sol. Los ciudadanos de Franklin acudieron a prestar ayuda y se asombraron del espectáculo.

¿Qué vestía John Haynes? ¿Seguiría siendo tan vigoroso como antes? ¿Se

habría dejado crecer la barba? Rosemary habría reconocido de inmediato a su marido por su manera de caminar o por cómo inclinaba la cabeza, pero en medio de aquel revoltijo de muertos, Rosemary no lograba diferenciar nada.

Había más cadáveres en la suave cuesta que subía hasta los abandonados parapetos federales.

Un muchacho herido se incorporó apoyándose en un codo.

—No tengo agua—le dijo Rosemary—. Lo siento muchísimo.

Algunos muertos mostraban siniestras expresiones, las de otros eran decididas y otros parecían estar disfrutando de un chiste. Tres llorosos soldados permanecían de rodillas al lado de un compañero muerto.

—Pronto vendrá alguien a ayudaros —le dijo Rosemary a otro chico—. Lo siento. No tengo agua. Lo siento muchísimo.

Rosemary cortó el paso a unos camilleros.

—Busco a mi marido. ¿Puedo levantar el lienzo que cubre su rostro?

Delante de los parapetos federales había una barricada de alambre de púas en la que los muertos habían quedado empalados y congelados en sus posturas finales. Una anciana le preguntó a Rosemary si había visto a su nieto, Dan Alan Rush.

—Lo llamábamos Dan Alan porque su padre también se llamaba Dan.

—Lo siento, señora. No he visto a su nieto. Busco a mi marido, el capitán John Haynes.

—Mi nieto era más listo que el hambre. —La mujer esbozó una sonrisa—. Dicen que yace por aquí.

Dos jinetes se acercaron bordeando los parapetos.

Rosemary agitó desesperadamente las manos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Rhett! ¡Rhett! —gritó.

Los jinetes se acercaron al galope y su hermano desmontó y la estrechó entre sus brazos.

—¡Rosemary! Oh, Rosemary, ojalá no hubieras visto todo esto.

—¡Oh, Rhett, gracias a Dios! ¡Querido hermano, estás vivo!

Rhett vestía un sucio y roto uniforme, pero no estaba herido. ¡Bendito fuera el cielo!

—No he encontrado a John. Rhett, ¿sabes dónde está? —Rosemary se apartó el cabello de los ojos—. Tal vez esté herido…

—Sí, tal vez.

—Igual está muerto —dijo el compañero de Rhett, y escupió jugo de tabaco.

—Cállate, Archie —le espetó Rhett.

El hombre tenía un rostro tan curtido como el cuero y llevaba el extremo de su pata de palo introducido en una especie de improvisada vaina. Tenía la mala dentadura propia de un pobre y los labios de un hombre duro y despiadado.

—Rosemary —dijo Rhett—, esto es lo peor que he visto en mi vida.

—Porque nunca has estado en una penitenciaría —le dijo su compañero.

—Archie —repuso Rhett señalando alrededor con la mano—, recorre la

posición federal y recoge todos los rifles de repetición que encuentres.

Mientras Archie se alejaba, Rhett le dijo a su hermana:

—Los chinos dicen que, si le salvas la vida a un hombre, estás obligado con él para siempre. —Tomó las heladas manos de su hermana y se las frotó—. Querida Rosemary, ¿tienes valor para eso?

Al ver que ella asentía con la cabeza, la levantó en brazos y la sentó en su caballo.

La trinchera situada delante del parapeto de los federales estaba llena de cadáveres tan apretujados entre sí que algunos permanecían de pie sin poder desplomarse. Soldados y civiles los estaban retirando para poder llegar a los heridos que había debajo.

—¿John se ha dejado crecer la barba? —preguntó Rosemary.

—Va totalmente afeitado.

Ella jamás había imaginado ver algún día un cerebro humano al descubierto o un adolescente con una nítida señal de quemadura alrededor del orificio de bala que presentaba en el centro de la frente. Desesperada, abrazó el cuello del caballo y hundió el rostro en su áspera crin.

—Pierdo la esperanza, Rhett. Querido hermano, John y yo estábamos tan distanciados…

—John hablaba a menudo de ti, Rosemary. Nunca dejó de quererte.

Ella se enjugó las lágrimas de los ojos al entrar en el patio de una granja donde yacían numerosos hombres y caballos muertos. Había sido una pequeña y próspera granja, pero ahora todas sus dependencias, el granero, la desmotadora de algodón, el cobertizo de la leña, el gallinero y el edificio de la granja propiamente estaban acribillados a balazos. Una bayoneta había traspasado el cuello de un federal, dejándolo clavado a la pared del cobertizo.

Cuando Rhett le arrancó la bayoneta, el soldado se desplomó emitiendo una especie de gruñido provocado por la expulsión de los gases.

—Sabía que esto acabaría así. ¡Lo sabía! ¿Qué impulso sentimental me indujo a luchar por esta «gloriosa causa»? —Las lágrimas resbalaron por sus mejillas ennegrecidas por la pólvora—. El general Hood estaba fuera de sí. Los federales se habían filtrado a través de la red que él les había tendido, pero no los dejaría escapar. «¡Al ataque! Vais a demostrar que sois lo suficientemente valientes como para enfrentaros a las fortificaciones!» —murmuró Rhett; parecía auténticamente perplejo—. Veinte mil hombres marchando directamente contra los cañones federales mientras las bandas tocaban *Dixie,* Rosemary. «*En Dixieland, ocuparé mi lugar. Para vivir y morir en Dixie.*» Oh, Rosemary, jamás en mi vida… jamás… —Dejó caer la bayoneta al lado del hombre al que ésta había matado—. Todavía más malas noticias, hermana. Tazewell, el hijo de Belle Watling, se ha alistado. Ese chico ha seguido mi estúpido ejemplo.

Archie Flytte se acercó al galope.

—No hay ningún rifle de repetición. Los federales se los han llevado todos. —Apretó los labios y, tras recolocarse la mascada de tabaco en la boca, añadió—:

Su marido ha resultado herido, señora. Me lo ha dicho un tipo del regimiento del capitán Haynes. Lo han trasladado a la ciudad. —Señaló en dirección a Franklin.

—Oh, gracias… ¿Cómo se lo podría agradecer?

—Déjenos hacer nuestro trabajo a su hermano y a mí. El general Forrest está reuniendo a los hombres. Nosotros nos vamos.

Rosemary besó a su hermano en la mejilla.

—Ten mucho cuidado, Rhett. Te llevas mi corazón.

Rodeada por un suave meandro del río Harpeth, la ciudad de Franklin, Tennessee, tenía novecientos habitantes, un nuevo y hermoso palacio de justicia y tres academias que, junto con la Primera Iglesia Baptista y la Primera Iglesia Presbiteriana, se habían convertido en hospitales. Rosemary Haynes rodeó los charcos de sangre, no prestó atención a las quejas de los heridos y examinó las hileras de cadáveres que había en el exterior.

Le indicaron una residencia particular de la calle Market. El cuidado edificio de madera presentaba unas ensangrentadas señales de arrastre en el porche y en un cubo situado al lado de la puerta había un brazo amputado.

La anciana que le abrió la puerta iba vestida con tanta severidad y pulcritud como una maestra de escuela.

—Me han dicho que mi marido, el capitán Haynes, podría estar aquí.

—Me temo que no los conozco por su nombre, querida, pero pase, por favor.

John no estaba entre los cuatro hombres tumbados en el salón de la casa, tampoco entre los tres que descansaban en la cama ni entre los dos que se encontraban en el suelo del dormitorio.

Un cirujano, explicó la anciana, los visitaba cada pocas horas y, entretanto, ella y su hermana atendían las necesidades de los hombres.

—Tenemos sopa de patata. Les damos agua. Se quejan del frío a pesar de que ya hemos quemado mucho carbón. Espero que tengamos un invierno templado.

La hermana menor tiró de la manga de Rosemary.

—Querida, hay un pobre hombre ahí fuera, en nuestro jardín. Lo colocamos allí en atención a los demás.

Una bala había destrozado el codo derecho de John Haynes y su brazo estaba vuelto hacia atrás en un ángulo imposible. Otra bala había ensangrentado la pechera de su chaqueta de velarte, la misma que llevaba al salir de casa por última vez.

Cuando Rosemary se arrodilló y besó la frente de su marido, su cuerpo estaba caliente y, por un alborozado momento, creyó que John aún estaba vivo.

—Oh, John, oh, John —dijo—. Estoy aquí. Soy tu Rosemary, tu esposa. Oh, John, por favor…

El pequeño jardín había sido cuidadosamente preparado para el invierno. Los rodrigones de las habas estaban atados todos juntos, el lecho de las fresas se había cubierto con paja. Los baldes de madera estaban colocados boca abajo bajo

una ligera capa de nieve. Mientras Rosemary besaba sus mejillas, John Haynes iba enfriándose.

A su espalda, la anciana le dijo:

—Lo siento, niña. Su marido no sufrió y se mantuvo consciente hasta el final. Pensó que usted vendría y deseaba vivir lo suficiente para verla por última vez. Cuando comprendió que no iba a ser así, me suplicó: «Dígale a mi Rosemary que confíe en su buen corazón.» Me habló de una niña con la que se iba a reunir en el Paraíso. —La anciana acarició el trémulo hombro de Rosemary—. Hacia el final empezó a delirar. Niña, las últimas palabras de su marido fueron: «Llevadme junto a mi mujer.»

23
El último burlador del bloqueo

Unas seis semanas más tarde, poco después de la medianoche Rhett Butler se abrió paso a través de postes de grúa, carretones y estibadores en los muelles de Wilmington, donde el *Banshee,* el *Let'er Rip* y el *Merry Widow* estaban amarrados. Los sudorosos trabajadores levantaban balas de algodón, las hacían deslizar por unos rodillos, las mantenían en suspenso y las almacenaban a bordo de los barcos que tenían que burlar el bloqueo. Hacia el sudoeste el cielo nocturno parecía vibrar a causa de los cañonazos federales que estaban machacando Fort Fisher. Más allá de los muelles brillaba el negro río.

Con su traje oscuro y su gorra de capitán, Tunis Bonneau estaba examinando su manifiesto de carga cuando Rhett dijo:

—Capitán Bonneau.

Mientras se volvía para responder, el ceño de Tunis se transformó en una sonrisa.

—Rhett Butler… Pero ¡qué sorpresa!

Sus gafas brillaban a la luz de la linterna. Tunis estrechó la mano de su amigo.

—¿Crees que Fisher va a caer? —preguntó Rhett.

—Los federales tienen un poderoso ejército de tierra y una poderosa flota. Puede que Fisher los obligue a huir y puede que no. Si cae mientras estamos todavía en Wilmington, apresarán mi barco.

—¿Te has enterado de lo de John Haynes?

Tunis se quitó la gorra.

—Ruthie me lo escribió. El señor Haynes era un hombre bueno. Durante todo el tiempo que estuve con él jamás le vi hacer nada que pudiera perjudicar a alguien.

—En Franklin… —Rhett carraspeó—. En Franklin, John quería asegurarse de que los hombres de la retaguardia vieran a su oficial… —Tragó saliva—. Por eso se traspasó el sombrero con la punta de la espada y lo agitó por encima de su cabeza. —Carraspeó.

Al ver acercarse un fornido tripulante, el capitán Bonneau le hizo señas de que esperara.

—Tunis, ¿quieres decirme en nombre de Dios qué estaba haciendo John Haynes cargando contra los parapetos federales con el sombrero clavado en su espada? ¿John Haynes, nada menos? Pero si John era el hombre más pacífico de la tierra.

Los estibadores empujaban las balas de algodón de doscientos kilos hacia unas eslingas y las izaban a la cubierta del *Widow.* El humo que salía de las chimeneas del barco se posaba como una perniciosa niebla en los sudorosos hombres y en el algodón.

—¿La señorita Rosemary se llevó al señor Haynes a casa?

—Ah, Tunis… John está enterrado en Franklin. Tal como estaban las cosas, Rosemary no pudo llevárselo a Charleston.

—Felicidades de parte del señor Campbell, capitán —dijo un tripulante—. Lo tendrá todo a punto dentro de un cuarto de hora.

Tunis lo mandó retirarse con un movimiento de la cabeza. Rhett se enjugó los ojos.

—Maldito humo —dijo.

Tunis apartó la mirada de su amigo.

—Mi chico Nat ya está empezando a hablar. Lo primero que dijo fue «barco». Ruthie dice que llama «barco» a todo. Será marino, como su padre.

—Buena noticia, amigo. Eso hay que celebrarlo.

—Otra noche será, hermano Rhett. Tengo que estar en alta mar antes de que amanezca.

—Tunis, tengo que pedirte un favor.

—Faltaría más, Rhett. Lo que sea.

La sonrisa de Tunis se desvaneció en cuanto Rhett le hubo dicho lo que quería. Apretó los labios y volvió a encasquetarse la gorra.

—No puedo hacerlo, Rhett. Sería demasiado riesgo esperar un día más. Si usted tuviera al chico aquí ahora, pues claro que aceptaría, pero es que no puedo esperar. Los federales están tapando la botella. Lo que haya que beber tiene que beberse esta noche.

Rhett soltó un silbido desafinado.

—Pues nada. Parece una lástima que un muchacho de quince años no pueda tener la oportunidad de crecer, pero supongo que los chicos ya no valen tanto como antes. —Rhett abrió la petaca de los cigarros, pero volvió a cerrarla y se la guardó—. Taz no se rendirá, Tunis. Se dejará matar.

A su lado se soltaron las amarras del *Banshee.* Las grandes ruedas hidráulicas empezaron a girar mientras los estibadores saltaban al muelle. Cuando el navío empezó a adentrarse en la corriente en medio de la espuma, el timonel se cuadró en gesto de saludo al capitán Bonneau.

Tunis abrió con un clic metálico su saboneta de oro.

—El *Banshee* estará en Nassau el lunes. Si suelto amarras ahora, llegaré allí antes que él. Rhett, yo… ¡Maldita sea! —Cerró los ojos y movió los labios en una silenciosa plegaria. Cuando volvió a abrirlos, esbozó una sonrisa de resignación—. Rhett, ¿y si los dos celebráramos la primera palabra de mi Nat? Esperaré a su chico. Puede que los de Fort Fisher los mantengan a raya un día más. Nunca se sabe lo que se pueden sacar de la manga estos chalados rebeldes.

Cerca del mediodía del día siguiente, el mayor Edgar Puryear subió al segundo piso del hotel Commercial. Al oír la llamada a la puerta, un descalzo Rhett Butler sin afeitar y desnudo de cintura para arriba le abrió y lo invitó a pasar.

—Buenos días, Edgar, si es que todavía es por la mañana. —En el lavabo, Rhett se echó la jarra de agua sobre la cabeza—. Edgar, nunca se te ocurra beber ron con un marino. —Bostezó—. Confío en que Fort Fisher aún esté en poder de los confederados.

Edgar Puryear arrojó un sobre encima del escritorio.

Rhett abrió la ventana, se asomó al exterior y prestó atención a los distantes cañonazos.

—No pongas esa cara, Edgar. Jamás olvidaré lo que has hecho.

El mayor se tocó la cicatriz que tenía en la nariz.

—¿No es el chico que me pegó? ¿Tu hijo?

—Mi pupilo, Edgar. Mi pupilo. —Rhett se echó a reír—. No eres el primer hombre derrotado por Venus.

Edgar no compartía la diversión de Rhett. Éste sacó el papel del sobre y lo examinó.

—La orden del nuevo destino de Taz, firmada por el general en persona. Muy bien, excelente. Por cierto, ¿qué tal te llevas con Bragg?

—A Braxton Bragg le encanta que lo adulen.

—Ah. Eso a ti se te da muy bien. —Rhett sacó una camisa limpia de la maleta de tejido de alfombra.

Puryear carraspeó.

—Después de la guerra serás el hombre más rico del Sur.

—¿Lo cual podría ser un buen momento para que un previsor soldado explorara sus posibilidades de empleo posbélicas?

—Después de la guerra todo será distinto. Habrá oportunidades para la clase de hombre adecuada.

—Humm… —dijo Rhett.

—¿Estabas celebrando algo con el capitán Bonneau? ¿Ese capitán negro? Tienes unos amigos muy raros, Rhett.

A pesar del cortante aire de enero, Rhett permanecía de pie delante de la ventana abierta con las manos a la espalda. Habló como si Edgar Puryear no se encontrara presente en la habitación.

—Cuando desperté esta mañana, recordé la vez en que a Tunis y a mí se nos ocurrió la idea de navegar con el esquife de su padre bordeando la costa hasta Beaufort. Una idea absolutamente descabellada… cincuenta millas en alta mar… pero nos lanzamos sin temor. Aquel cielo… creo que el cielo era más azul por entonces. Recuerdo el calor del sol en la espalda, el duro asiento del esquife, el crujido de la vela. Han transcurrido muchos años, pero no recuerdo un día más feliz.

Aquella tarde los muelles estaban tranquilos. Con los jirones de humo que escapaban de sus chimeneas, el *Merry Widow* era el único burlador del bloqueo que quedaba en Wilmington.

Rhett estrechó la mano de los tripulantes que en otros tiempos había tenido bajo su mando. Los orificios abiertos por las granadas en el casco se habían cubierto con pinturas de distintos colores y la caja de protección de la rueda hidráulica de estribor se había sustituido por otra nueva. En la sala de máquinas, unos nuevos codales de hierro mantenían los enormes motores acoplados a sus bastidores. El maquinista Campbell saludó a Rhett con un reproche:

—¡Mi barco aún sigue sufriendo las consecuencias de su última travesía a Charleston, capitán Butler!

Justo al anochecer de aquel 14 de enero de 1865, el último burlador confederado del bloqueo soltó amarras y se adentró en el río Cape Fear. El largo navío gris era uno de los barcos más rápidos que navegaban en aquellos momentos; algunos decían que el más rápido.

El *Widow* bordeó la costa justo a la velocidad suficiente para que el timón lo pudiera gobernar.

Los federales habían desembarcado al norte de Fort Fisher y cortado la conexión terrestre del fuerte con Wilmington. Los fuegos de campamento federales punteaban la estrecha península entre el océano y el río.

Cuando sus piquetes avistaron el *Widow,* los federales se congregaron en la orilla para contemplar el legendario barco. Allí el río era demasiado ancho para que su artillería de campaña pudiera alcanzar el barco. Mientras el bello navío navegaba majestuosamente corriente abajo, aquellos soldados yanquis lanzaron sus sombreros al aire y lo vitorearon.

Tunis echó el ancla más allá de Fort Fisher y justo antes del bajío donde el río desembocaba en el océano.

La flota federal estaba machacando el imponente fuerte de arena y, desde la cubierta del *Widow,* Fort Fischer parecía una colosal tormenta de arena. Los impactos de la artillería arrojaban al aire penachos y sucias nubes de arena. Tunis le gritó a Rhett por encima del tumulto:

—¡A las diez en punto! ¿Me oye? —Se señaló el reloj—. Si no está aquí a las diez en punto con su chico o sin él, yo me largo.

Rhett se inclinó en una reverencia.

—Te estoy muy agradecido, capitán Bonneau.

—¡Y jamás le diga a Ruthie que lo he hecho!

Mientras remaba hacia la orilla en el bote del *Widow,* Rhett se notó sabor de arena en los dientes.

Puesto que no había recibido refuerzos de Braxton Bragg, el general Whiting, comandante de Fort Fisher, se había dedicado a hacer acopio de hombres de otros fuertes fluviales y, justo en el momento en que Rhett amarraba el bote, una

cañonera empezaba a desembarcar soldados en el muelle. Aquellos artilleros no eran como los confederados que Rhett había visto a lo largo de los años: bien alimentados y vestidos con uniformes completos recién lavados. Hasta aquel día habían disfrutado de una buena guerra. Encaramados a las baterías por encima del río, habían conseguido disparar algún obús contra los bloqueadores federales que se atrevían a acercarse demasiado, pero ellos no habían sido objeto de ningún ataque. Los agradecidos capitanes de los burladores del bloqueo los mantenían bien abastecidos de provisiones y whisky.

Formando irregulares filas, aquellos soldados mimados por la suerte se mantenían angustiosamente a la espera del torbellino que se avecinaba.

Rhett se volvió hacia un corpulento capitán cuyo uniforme le sentaba mucho peor que cuatro años atrás.

—Bonito día —le comentó.

El océano era un espejo salvo en los lugares donde caían las breves descargas de artillería, levantando surtidores. Las bengalas blancas señalaban las curvadas trayectorias de los proyectiles que se disparaban contra el machacado fuerte. Cada buque federal resultaba tan visible como si estuviera bajo una lupa. El aire que generaban sus disparos era suficiente para alejar el humo de las bocas de sus cañones. Los acorazados *Pawtuxet, Brooklyn, Mahopac, Canónicas, Hurón, Saugus, Kansas, Pontoosuc, Yantic, Mohican, Monadnock, New Ironsides, Pequot, Senaca, Tacony, Unadilla y Maumee* se encontraban a mil metros de la costa, de cara a los navíos de casco de madera *Minnesota, Colorado, Tuscarora, Mackinaw, Powhatan, Wabasb, Susquehanna, Ticonderoga, Juniata, Vanderbilt* y *Shenendoah.* Una docena de navíos de guerra de inferior tonelaje se encontraba algo más allá, auxiliados por dieciocho lanchas cañoneras y veintidós barcos de transporte de tropas.

Fort Fisher lindaba con unas dunas de arena formando una L. El lado más largo de la L miraba a la flota federal y el más corto cruzaba la península y miraba a la flota de desembarque federal. Las dunas de arena de Fisher medían quince metros de anchura por nueve de altura, unidas por unas plataformas de cañones instaladas sobre las depresiones intermedias.

Antes del bombardeo federal, Fort Fisher contaba con cuarteles, cercados y un patio de armas. Todo ello había sido tan intensamente bombardeado que ya no quedaba nada.

El corpulento capitán levantó la mano y sus hombres se dispusieron a lanzar un rápido ataque. Rhett respiró hondo, agachó la cabeza y corrió como una liebre por el camino hasta que éste desapareció en medio de los impactos de obús. Le dolían las piernas de tanto correr a través de la suave arena, y en determinado momento tropezó y cayó. La arena estallaba a su alrededor y las explosiones le golpeaban los tímpanos. El diluvio de arena le llenó la camisa, los pantalones y las botas y se pegó a los sudorosos mechones de su cabello.

La bandera de Fort Fisher era un trapo hecho jirones en la punta del mástil.

Algunos peldaños de la escalera de la batería del cuartel general estaban destrozados; otros habían desaparecido de dos en dos y de tres en tres. Rhett se encaramó por las barandillas agarrándose a cualquier cosa al alcance de su mano. Habían desmontado los cañones de la batería y uno de ellos colgaba parcialmente con la boca mirando hacia el mar de abajo. En la depresión entre las dunas se habían amontonado sacos de arena que llegaban hasta la cintura. Detrás de ellos, un oficial apuntaba con su catalejo hacia la flota federal. A sus pies, su asistente permanecía sentado con la espalda apoyada contra los sacos de arena.

—¿General Whiting?

El general cerró su catalejo.

—Si es usted periodista, señor, informe a sus lectores de que conservaremos este fuerte.

—Vengo de parte del general Bragg.

El rostro del general se iluminó de entusiasmo.

—¿Acaso Bragg nos va a enviar refuerzos?

—Desconozco los planes del general Bragg, señor. —Rhett eliminó con la mano la arena adherida al sobre antes de entregárselo al general.

Las órdenes de Braxton Bragg trasladaban al soldado Tazewell Watling desde el 18° Regimiento de Reservistas Subalternos de Carolina del Norte al Departamento de Ferrocarriles del coronel Rufus Bullock. Rhett Butler, adscrito a aquel departamento, acompañaría al soldado Watling.

Whiting dijo:

—Le pido refuerzos a Bragg y él se lleva a los pocos hombres que me quedan.

—Watling no es más que un niño, señor. Tiene quince años.

—Los federales nos superan en una proporción de cuatro a uno.

La noche invernal estaba cayendo y cada minuto era más oscuro que el anterior. Cuando la flota federal dejó repentinamente de disparar, el silencio fue más ruidoso que un carillón. El asistente de Whiting se levantó, se desperezó y sacó su pipa.

—No encienda esa pipa, sargento —le dijo su superior—. Puede que aún no hayan terminado con nosotros.

Una a una, las portillas de los buques de la flota amarrada se fueron iluminando y las cornetas, algunas discordantes y otras más afinadas, llamaron a la cena.

—Supongo que no va usted a ocupar el lugar del soldado Watling, ¿verdad, señor? Usted no es un muchacho de quince años.

El general ladeó la cabeza a la espera de la respuesta de Rhett.

—No creo.

El general confirmó la orden de Bragg con un trozo de lápiz.

—¿Está seguro de que Bragg no mencionó un contraataque? ¿Vio usted alguna señal de que pudiera acudir en nuestra ayuda?

Rhett contestó con cautela.

—Ayer, mi general, había carros en el cuartel general de Bragg. Creo que el general estaba evacuando el lugar.

Whiting se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra.

—No puede abandonarnos. Eso no puede hacerlo ni siquiera ese maldito Bragg… Yo mismo le escribiré. ¡Bragg tiene que comprenderlo!

El general bajó precipitadamente por la escalera rota.

Cuando el asistente encendió su pipa, la llama de la cerilla emitió una luz deslumbradora.

—Igual pueden matarme hoy que mañana —dijo.

Como hormigas de un hormiguero, los defensores de Fort Fisher emergieron de sus refugios a prueba de bombas, profundamente excavados bajo las dunas. La luna llena iluminaba el fuerte. Mientras los oficiales de intendencia empujaban barriles y pasaban cajas de galletas de marinero, los hambrientos soldados formaron irregulares filas.

El vigoroso cabo se terminó su carne estofada y se lamió los dedos para limpiárselos antes de tocar el documento de Rhett. Pasó el índice por encima de cada palabra, dobló el papel y lo introdujo en el sobre.

—¿Watling está al corriente de todo eso?

—No.

—Es un buen chico. Casi todos estos reservistas juveniles están completamente paralizados. Algunos no salen de los refugios a prueba de bombas ni siquiera cuando los federales dejan de disparar. —Al cabo le faltaba un diente delantero—. Watling era el chico encargado de la pólvora mientras nos quedó un cañón para disparar. Nosotros los artilleros lo apreciamos mucho, señor.

—¿No le importa que me lo lleve?

El cabo esbozó una sonrisa, exhibiendo el hueco de su dentadura.

—¿Me lleva a mí también?

Mascando una galleta, Taz Watling estaba sentado en el muñón de un cañón Columbiad. Estaba tan delgado que el uniforme le colgaba por todas partes.

—Pues vaya —dijo—. Y yo que le creía en el ejército.

—Acompañé a Forrest algún tiempo —repuso Rhett.

—Dicen que Forrest mató de agotamiento a veinte caballos.

—Eso es lo que dicen.

Desde el océano, un acorazado disparó. El proyectil describió un arco sobre las oscuras aguas, cayó sobre el fuerte y estalló.

—Mañana vendrán a por nosotros —dijo tranquilamente Taz.

—Sólo os superan en una proporción de cuatro a uno.

—No bromee. Usted siempre está bromeando.

—¿Quieres decir que eso no tiene gracia? ¿Mil ochocientos valientes

esperando la muerte mientras Braxton Bragg huye como alma que lleva el diablo? Tengo que felicitar al viejo Brax.

—Me sentí orgulloso cuando usted se incorporó al ejército. ¿Pero qué hace aquí? ¿Por qué viste de paisano?

—Mi uniforme estaba lleno de piojos. —Rhett se sentó en un barril vacío de pólvora y encendió un cigarrillo—. El ejército de Tennessee está acabado y por eso tuvieron que destinarme a otro sitio. Así que se me ocurrió buscarte.

El interior del fuerte sólo estaba iluminado por la luna, exceptuando los destellos que emitían las pipas y los cigarros. Allá en el océano la flota federal era una metrópoli flotante inundada de luz. En la península, los fuegos de campamento federales se extendían de orilla a orilla.

—Me han dicho que eres un héroe. Esperaba que tu costosa educación lo evitara.

Taz se encogió de hombros.

—Los criollos dicen capón vive *longtemps.* Probablemente es la sangre Butler que me corre por las venas. ¿No fue un pirata el bisabuelo?

—«El cobarde vive mucho tiempo» —tradujo Rhett—. Los criollos son unos cabrones de mucho cuidado. No sé si Louis Valentine Butler se hubiera calificado a sí mismo de pirata. Habría preferido que lo llamaran «caballero de fortuna», es decir, aventurero.

El muchacho lanzó un suspiro.

—Sea como fuere, me alegro de verle.

Rhett limpió la arena que cubría su petaca de plata y desenroscó dos tapones superpuestos. Llenó el suyo antes de llenar el otro para el chico.

Una línea luminosa pasó por encima de sus cabezas y la explosión hizo que a Rhett se le pegara la chaqueta a la espalda.

El chico bebió un tragó, sintió náuseas y tosió.

—No lo malgastes, hijo. Este brandy tiene más años que tú. Taz ingirió otro trago.

—No he sabido nada de mi madre. No recibimos correspondencia.

—Belle estaba bien cuando pasé por Atlanta. Allí se encuentra a salvo. Los federales no volverán.

Taz bebió su brandy en valerosos sorbos y alargó el tapón para que se lo rellenara.

—Bien puedo emborracharme una vez en la vida.

—Bien puedes hacerlo —dijo Rhett llenándole el tapón hasta el borde.

Ambos pasaron un rato bebiendo.

—Ser el chico de la pólvora no es tan fácil como usted se imagina —dijo Taz—. Tengo que bajar corriendo al almacén a prueba de bombas (ese túnel está a seiscientos peldaños, los he contado) para recoger un saco de diez kilos que he de subir hasta el cañón. Y entretanto las granadas zumban a mí alrededor como… como… —hizo un gesto con la mano— como si fueran unas malditas niguas. Tomaré otro trago, gracias. Tenía más sed de lo que creía.

»De todas maneras, prefiero ser un chico de la pólvora que esconderme en los refugios a prueba de bombas, respirando no sólo un aire que ya se ha respirado dos veces, sino también el pestazo de los cubos donde haces tus necesidades. ¡Maldita sea! ¡Si es así como sabe el brandy, me extraña que alguien lo beba! — Pero el sabor no le impidió seguir bebiendo demasiado a una velocidad excesiva.

Prosiguió haciendo comentarios sobre Fort Fisher y lo orgulloso que estaba de haberse ganado el respeto de los artilleros, hasta que su voz empezó a adquirir un tono pastoso. Cuando el tapón se le cayó de la mano sin fuerzas, el muchacho murmuró:

—¿Por qué no quiere ser mi padre? —Y resbaló hasta quedar tumbado sobre la arena.

Con un vigoroso cabo sujetando un extremo de la camilla y Rhett el otro, llevaron al chico al embarcadero.

—¿Cuál es su nombre, cabo?

—¿Por qué lo pregunta?

—Podríamos vernos después de la guerra.

—No es muy probable. —Y añadió—: Si consigue que este chico viva, algún día será un hombre de provecho.

Quince minutos antes del término del plazo señalado por Tunis, el bote de Rhett dio contra el casco del *Merry Widow* y los tripulantes subieron a bordo al muchacho inconsciente.

Cuando Rhett regresó al fuerte, el cabo le dijo:

—No esperaba volver a verle. Los federales volverán a atacarnos mañana.

—¿Ha amado usted alguna vez a una mujer?

Sorprendido, el cabo repuso:

—A mi mujer, Ella, murió hace tres años.

—Usted lo perdió todo.

—Supongo.

Al cabo de un rato, Rhett comentó:

—Sea como fuere, tenemos una luna muy bonita.

El cabo asintió con la cabeza.

—¿Ha conseguido sacar al chico?

—Tazewell Watling se va a Inglaterra.

—¡No me diga! Tengo entendido que Inglaterra es un lugar estupendo. Y que la gente de allí es muy feliz.

—En cualquier caso, no se lían a tiros los unos con los otros.

—Vaya —dijo el cabo—, qué bonito sería eso, ¿verdad?

A la mañana siguiente cuando Taz despertó, despertó también su dolor de cabeza. Estaba tumbado sobre una dura cubierta rodeado de balas de algodón cuyo aceitoso olor le penetraba por la nariz y le llegaba directamente al estómago, por lo que salió a gatas de su cueva de algodón para acercarse a la barandilla de

un barco (pero ¿dónde demonios estaba?) para vomitar. La cabeza le dolía más con cada espasmo y abrió los ojos para aliviar la presión del cráneo. Se levantó. Se sacudió la arena de las rodillas. Estaba en un barco que navegaba por un mar en calma. La velocidad no era excesiva. Un chorro de agua caía al mar desde la proa. El sol todavía no había llegado al mediodía. Maldito Rhett Butler. El dolor de cabeza se convirtió en una pulsación. Tenía el estómago vacío, gracias a Dios. ¿Qué barco era aquél? Unos hombres subieron desde la bodega para montar un cabrestante. Una vez montado, una bala de algodón emergió a la luz del sol. La balancearon y la arrojaron por la borda.

Taz le preguntó a un marinero dónde estaban.

—A un día y medio de Nassau, si el barco aguanta. Échame una mano. Tira de esta cuerda cuando te lo diga.

Cuando Taz lo hizo, la cabeza se le hinchó como una de aquellas vejigas de cerdo que los niños inflan y hacen estallar por Navidad. Los marineros llevaban camisetas limpias y pantalones limpios. En cambio, Taz iba sucio y olía mal.

Cuando hubo arrojado al mar la carga de la bodega, la tripulación del *Widow* respiró más tranquila y el timonel encendió una pipa.

Tazewell Watling se sentía más ligero que una pluma. Mientras se tragaba la amargura de la traición de Rhett Butler, descubrió que a pesar de todo no quería morir. El verde y lechoso mar era tan inmenso y estaba tan plano que en el horizonte podía verse la curva de la tierra. El arenoso, peligroso y ruidoso Fort Fisher, condenado a desaparecer, quedaba muy lejos, la cabeza ya no le dolía y se moría de hambre.

Bajó a la cocina, donde encontró carne asada a medio trinchar y un poco de pan.

Cuatro hombres trabajaban con la bomba de mano en la cavernosa bodega. El agua se filtraba a través de las juntas de los mamparos. En la sala de máquinas uno de los dos motores estaba frío. Los exhaustos hombres permanecían tumbados en unos catres a pocos centímetros por encima de la cubierta resbaladiza.

Nadie le preguntaba nada a Taz; a nadie parecía importarle quién era.

Sobre las tres de la tarde, la tripulación empezó a arrojar al agua la carga de la cubierta. Las balas de algodón caían por la borda y flotaban en la estela del *Widow.*

Un cansado capitán negro daba órdenes.

Taz carraspeó cortésmente y dijo:

—Me llamo Tazewell Watling. No estoy a bordo voluntariamente.

—Sé quién eres. —Otra bala de algodón saltó al agua y rozó el casco del barco—. Ésta iba a ser la última travesía del *Widow.* Yo, Ruthie y Nat teníamos que irnos a Canadá. Mi padre está en Kingston. Dice que en Canadá no hay eso que llaman negros.

Las cañoneras federales que habían tratado de impedir la huida del *Merry Widow* no le habían causado ningún daño. El daño se lo había causado el propio

barco; los motores funcionando a la máxima potencia habían torcido las planchas y las habían separado, haciendo saltar hileras de remaches y desencajando los codos del barco. A pesar de que el señor Campbell había calafateado y tapado todos los agujeros que había podido, no había conseguido llegar a todos y el agua ya se encontraba a quince centímetros de los fogones cuando empezaron a arrojar la carga por la borda.

—¿Nos estamos hundiendo, señor?

Otra bala cayó al agua y golpeó el casco con un sordo rumor.

—Rhett ya ha tomado disposiciones para ti, muchacho. Cuando lleguemos a Nassau, te colocaré a bordo de un barco. Te esperan en Inglaterra.

—Señor, yo soy un soldado confederado.

—¿Qué dices que eres? —La boca del capitán negro hizo una mueca—. Dios bendito. —Se volvió hacia la tripulación—. ¡Ya basta de arrojar balas, señor Campbell! A ver si podemos conservar algunas para vender. —Y más para sí que para el chico, añadió—: Mil dólares por una bala de algodón. Mil dólares.

Era un día claro y despejado. Taz había sido el chico de la pólvora en el fuerte confederado más grande jamás habido. Había cumplido un deber muy peligroso y, sin culpa por su parte, había salvado la vida. Estaba dispuesto a morir, pero no había muerto y el sol jamás lo había iluminado con una luz más deslumbradora que aquel día. Tazewell Watling era un joven que había emprendido el camino de una nueva vida. El vello de los brazos se le erizó de emoción.

Las máquinas tenían que esforzarse para que el *Merry Widow* surcara aquel cristalino y verde mar. Había sido un barco elegante, rápido y bonito, pero ya no era bonito. Si conseguía llegar a Nassau, los desguazadores se apoderarían de él.

El capitán Tunis Bonneau miró a su pasajero con los ojos inyectados en sangre.

—Muchacho —le dijo—, ya no hay confederados.

SEGUNDA PARTE

LA RECONSTRUCCIÓN

24
Una plantación de Georgia después de la guerra

Charleston se rindió, Columbia ardió, Petersburg cayó, Richmond ardió; los ejércitos confederados se rindieron. Todo había terminado. Después de cuatro amargos años, la guerra había terminado. Desde el Potomac hasta el río Brazos la hierba suavizó los terraplenes, los esqueletos de hombres y caballos desaparecieron bajo la nueva vegetación y, a finales de junio, cuando la hierba se dobló por efecto del calor, sólo los edificios de las plantaciones quemadas, las ciudades devastadas y los corazones destrozados fueron testigos de lo que le había ocurrido al Sur. Aquella primavera, el alegre gorjeo de los pájaros cantores acarició unos oídos todavía en tensión a causa del retumbo de los cañones. Los demacrados supervivientes de unos ejércitos antaño temidos depusieron las armas e iniciaron su cansado camino de vuelta a casa.

Con la punta del dedo humedecida, Scarlett O'Hara Hamilton recogió la última migaja de pan de maíz que quedaba en su plato.

—Mamita, tenemos que dar raciones más pequeñas a los vagabundos.

Con los platos matraqueando ruidosamente mientras la anciana sirvienta los llevaba a la cocina, Mamita rezongó:

—Tara nunca ha rechazado a los hambrientos, pero estos chicos no son vagabundos; ¡son soldados!

Aunque Tara quedaba un poco apartada del camino principal, aquellos soldados llegaban allí diariamente.

—Pasaba por aquí, señora. Me voy a casa. Tengo hijos a los que no veo desde el sesenta y tres.

La víspera, un chico de Alabama había dormido en el suelo del salón de Tara y había desayunado con pan de maíz antes de irse. Lo que quedaba de harina de maíz —tres valiosos kilos, se guardaba en el armario de los licores de Gerald O'Hara

Los indeseables seguidores de Sherman habían arrancado a tiras el empapelado del comedor de Tara en busca de objetos valiosos escondidos Algunas de las desparejadas sillas que rodeaban la mesa se habían ensamblado con alambre «Yo no soy ebanista, señorita Scarlett —había explicado Pork— Soy el criado del amo Gerald»

Melanie se levantó de su sillón.

—Me siento algo cansada. Si no te importa demasiado, me voy a tumbar un

poco hasta que vayamos a aporcar las patatas. Scarlett, querida, ¿querrás despertarme.

Al ver la leve inclinación de la cabeza de Scarlett, Melanie esbozó la más dulce de sus sonrisas.

—Si no me llamas, querida, no podré descansar. Tú no puedes hacerlo todo.

—Pues claro que te despertaré —mintió Scarlett, besando en la mejilla a su cuñada

Los yanquis ya no robarían nada más. En Tara ya no quedaba nada por robar De sus cien bueyes y vacas lecheras, doscientos cerdos, cuarenta caballos y mulos, cincuenta ovejas e innumerables gallinas y pavos, solo habían sobrevivido un caballo, una vaca lechera, una excéntrica y escurridiza puerca y dos gallinas viejas. Lo que los yanquis no habían matado, lo habían robado.

Los braceros de Tara —incluso los negros de más confianza, como Big Sam— habían huido. Solo los criados de la casa —Pork, Mamita, Dilcey y Prissy— estaban todavía en Tara, y a veces Scarlett pensaba que ojalá también se hubieran ido. Cuatro bocas más que alimentar.

En su denodado esfuerzo por mantener Tara, hasta Ashley Wilkes había desaparecido de los pensamientos de Scarlett No sabía si Ashley habría muerto en algún campamento de prisioneros federal, tal como había ocurrido a muchos, o si algún día regresaría a casa. Casi todas las noches conseguía rezar una breve oración por Ashley antes de que su exhausta mente sucumbiera al sueño. Algunas noches se olvidaba.

Un año atrás, cuando Rhett Butler la había abandonado en las afueras de una Atlanta en llamas, Scarlett pretendía dirigirse a la Tara de su infancia, donde su Mamita le calentaría un poco de leche y su madre, Ellen, le aplicaría compresas frías en la frente. Los terrores de la guerra serían desterrados cuando Scarlett cayera en los amorosos brazos de su madre.

Pero aquel sueño fue muy breve.

La víspera del regreso a casa de Scarlett —un día ya irrecuperable—, Ellen, la madre de Scarlett, había muerto a causa de las fiebres. Ellen había muerto con un nombre en los labios: Philippe, un nombre francés.

A hora no quedaba nadie que pudiera enseñar a Scarlett a vivir. ¿Philippe? No conocía a ningún Philippe y tenía otras cosas más importantes en que pensar.

A veces pensaba que Gerald O'Hara hubiera tenido que morir con su mujer. El padre de Scarlett era sólo una sombra del hombre astuto, vehemente y porfiado que antes había sido. Aunque Gerald seguía ocupando la cabecera de la mesa y comía sin quejarse su mísera ración, su mente estaba destrozada.

Ahora se levantó.

—Creo que me voy a descansar, querida. Esta tarde tu madre y yo vamos a dar un paseo a caballo hasta Doce Robles.

—Me parece muy bien —dijo Scarlett, a pesar de que John Wilkes llevaba mucho tiempo muerto y un incendio había arrasado Doce Robles.

Scarlett le seguía la corriente porque era mejor que soportar los momentos de

lucidez de Gerald O'Hara en que recordaba todo lo que había perdido y se derrumbaba en paroxismos de llanto.

El pequeño Wade golpeó con los tacones los travesaños de su silla, quejándose porque aún tenía apetito.

—Wade, tendrás que esperar. Cuando Mamita cueza un poco de pan de maíz podrás tomar una escudilla.

Scarlett se ató las cintas del sombrero bajo la barbilla antes de salir fuera, donde Pork la esperaba, vestido con la desechada chaqueta del domingo que Gerald le había regalado años atrás. Con los labios apretados por la determinación, Pork exclamó:

—¡Señorita Scarlett!

La ya conocida queja de Pork le resbaló como si no la hubiera oído.

—Señorita Scarlett, cuando mi antiguo amo quiso volver a comprarme al amo Gerald, le ofreció ochocientos dólares, que era mucho dinero en aquellos tiempos. ¡Sí, señorita, vaya si lo era! El amo Gerald no quiso aceptar dinero por mí porque yo soy su criado personal. No soy de los que presumen, pero mucha gente dice que soy el mejor criado del condado de Clayton. ¡Y no pienso ir a aporcar patatas!

—Pork —dijo Scarlett reprimiendo su cólera—, si un hombre fuerte como tú no quiere ayudarnos, ¿cómo podremos nosotras las mujeres hacer el trabajo? — Con el rabillo del ojo Scarlett vio a su hermana conduciendo al montadero al único caballo que les quedaba.

—¡Suellen! ¡Suellen! ¡Espera!

Suellen lucía su mejor vestido y se había adornado el lacio cabello con una vistosa peonía blanca.

—¿Adónde vas, Suellen?

—Pues a Jonesboro, querida hermana. Estamos a martes.

Frank Kennedy era desde hacía varios años el «prometido» de Suellen. Aunque su tienda de Jonesboro había sido destruida, todos los martes Frank llevaba mercaderías generales desde Atlanta para cambiarlas por huevos, mantequilla, miel y cualquier otro pequeño tesoro familiar que a los federales les hubiera pasado por alto.

—Lo siento, Suellen, pero hoy necesitamos el caballo. Dilcey conoce un sitio donde los federales arrojaron un barril de harina con gorgojos ¡Imagínate lo buenas que estarán las galletas!

Suellen arrojó la peonía al suelo y entró hecha una furia en la casa.

Scarlett se mordió la lengua.

Los yanquis habían quemado doscientos mil dólares del algodón que Gerald O'Hara tenía almacenado. Pocos meses después habían regresado para quemar la menguada cosecha que Scarlett había conseguido reunir tal vez unos dos mil dólares. Un mes antes de la rendición confederada, Scarlett había vuelto a sembrar. Si la pobre cosecha de aquel año sobreviviera a los gorgojos y a la correhuela, quizás en otoño pudiera conseguir doscientos dólares: una fortuna.

Antes de la guerra Scarlett creía que sólo las personas imprudentes comían el maíz destinado a la siembra. Ahora comprendía la amarga verdad de que la gente se comiera el maíz para la siembra y las patatas para la siembra e hiciera pan con las semillas de trigo cuando estaba hambrienta ¡Scarlett se alegraba de que la gente de Tara no pudiera comerse las semillas de algodón!

Scarlett se llevaba un disgusto cada vez que tenían que sacrificar uno de los lechones de quince kilos de su cerda, un lechón que con el tiempo podría haberse convertido en un cerdo de ciento cincuenta kilos.

La bella Scarlett tenía los rasgos marcados por el cansancio; la alegre Scarlett estaba siempre enojada. La orgullosa Scarlett habría sido capaz de hacer cualquier cosa —literalmente cualquier cosa— por Tara y su gente. La hija de Gerald O'Hara estaba haciendo un trabajo que jamás en su vida habría imaginado. Cavaba con la azada hasta que le salían ampollas y arrancaba malas hierbas hasta que la anserina se las reventaba. Trabajaba hasta que le dolían los hombros y la espalda. Había perdido tantos kilos que podía ponerse los vestidos que llevaba cuando tenía trece años. La mujer que había regresado a Tara para volver a ser una niña se había convertido en su señora, repartiendo comida, apaciguando disputas, cuidando de los enfermos y animando a los exhaustos.

Ató el caballo y se volvió hacia Pork.

—Pork, si no puedes aporcar patatas, a lo mejor podrías engrasar el cabrestante.

Como si le estuviera dando una explicación a una niña, Pork contestó:

—Señorita Scarlett, es que yo soy el criado personal del amo Gerald…

Ella sintió una oleada de calor en la raíz del cabello y dijo con una dulce sonrisa en los labios:

—No sé si alguna otra familia del condado de Clayton podría necesitar un criado.

Pork meneó tristemente la cabeza.

—Señorita Scarlett, ¿por qué es usted tan dura?

¿Por qué? ¿Por qué? Si Scarlett vacilara, si alguna vez se desanimara, si alguna vez —tal como algunas veces deseaba con toda su alma que ocurriera— se viniera abajo y rompiera a llorar, todo estaría perdido.

Pork se retiro con paso cansino en un vago intento de ir en busca de aceite para el cabrestante.

La plantación de cuatrocientas hectáreas de Gerald O'Hara se había reducido a un huerto de la cocina de treinta metros y a un campo de algodón de dos hectáreas. Scarlett entornó los ojos para no ver las zarzas y moreras que lo estaban invadiendo todo.

Scarlett trabajaba como una criada y comía como una criada: álsine, berros, hojas de diente de león y mostaza silvestre. Se agachó a la sombra de un roble perenne donde aún no había brotado la grana. Aquella noche cenarían hojas de grana.

Un desconocido se estaba acercando por el camino particular de la

plantación montado en un asno tan menudo que las punteras de las botas casi rozaban el suelo. Llevaba una chaqueta verde de paisano que no le sentaba muy bien, lucía una barbita y tenía un descolorido cabello rubio que no era más que una pelusa. Sus carnes eran tan escasas como las de los soldados en libertad provisional que se acercaban a Tara. Al llegar al pie de la cuesta final, el asno se detuvo, estiró el cuello, elevó el hocico al cielo y emitió un rebuzno. El jinete esperó y soltó las riendas hasta que el animal agotó su queja.

A juzgar por la chaqueta nueva, el hombre debía de ser uno de aquellos aventureros norteños que se habían desplazado al Sur después de la guerra, aunque no parecía muy próspero.

A pesar de que habría podido avanzar más rápido llevando su montura por las riendas, el jinete no desmontó de la malhumorada bestia hasta llegar junto a Scarlett.

—Bonita mañana —comentó.

—Si es usted un aventurero del Norte, sepa que no es bienvenido aquí.

La respuesta provocó una sorprendida carcajada.

—¿Aventurero yo, señora? He pecado gravemente, señora, pero ese pecado en particular jamás lo he cometido. ¿Podría abrevar mi cabalgadura?

Scarlett le indicó el pozo.

El cabrestante sin engrasar emitió un chirrido cuando el hombre hizo girar la manivela.

—Pues entonces será usted un republicano sureño —dedujo Scarlett—. Aquí nadie más lleva ropa nueva.

El hombre echó agua en un balde para el asno.

—Su cabrestante necesita un poco de manteca de cerdo —dijo.

Se quitó la chaqueta nueva y la colgó de la manivela del cabrestante. Con un rápido movimiento, se arrancó la manga. Unos hilos irregulares orlaban una sisa vacía. Se guardó la manga en el bolsillo antes de volverse a poner la chaqueta.

—¿Un republicano sureño, señora? ¿Uno de esos sureños que simpatizaban en secreto con la Unión y se guardaron sus opiniones hasta que los yanquis alcanzaron la victoria? No, señora, yo soy un recluso liberado del penal de Ohio, me dieron esta ropa y diez dólares con los cuales me compré esta noble bestia, *Chapultepec.* —Dio unas palmadas a la grupa del animal.

—Un nombre muy rimbombante para un asno.

Una sonrisa transformó el rostro del desconocido.

—Es que soy un romántico incurable. ¿No me reconoce?

Scarlett frunció el entrecejo.

—Pues no… me temo que no.

—¿Ni siquiera si llevara un sombrero de oficial de caballería con una pluma de airón? ¿Ni siquiera si me acompañara un intérprete de banjo? Seguro, señorita Scarlett, que no tenía muchos pretendientes con orquesta propia.

Ella parpadeó.

—¿Coronel Ravanel?

El hombre se inclinó en una profunda reverencia.

—Confiaba en que no me hubiera olvidado.

—¿Usted era aquél? —Algo estaba tirando de la memoria de Scarlett—. ¿No me dijeron que había perdido a su esposa?

—Mi Charlotte está con los ángeles.

La mente de Scarlett se disparó. La vez que había conocido a Charlotte Ravanel en casa de su tía Eulalie, ésta le había parecido una digna y aristocrática dama muy poco interesante: una mujer en la que otras mujeres podían confiar. Pero Charlotte era una Fisher, heredera de una de las grandes fortunas del Sur. No cabía duda de que en la buhardilla de Charlotte Fisher debía de haber baúles de moneda confederada sin ningún valor, tal como los había en Tara. Pero tanto dinero no podía haber desaparecido en su totalidad. Scarlett esbozó una triste sonrisa.

—Coronel, le doy mi más sentido pésame por su pérdida. —Pero ¿no tenía Charlotte un hermano?— ¿Y Jamie Fisher? —preguntó.

—Jamie y yo compartíamos una celda. «¡Cómete las gachas de avena, Andrew! ¡Respira un poco de aire fresco! Andrew, no te amargues la vida» —impostó Ravanel—. Jamie Fisher no comprendía hasta qué extremo la amargura puede aliviar a un hombre.

Por su parte, Scarlett pensaba que la amargura se parecía mucho a la añoranza: se interponía en el camino de lo que uno tenía que hacer. Dar de comer a los hambrientos de Tara, restaurar la casa y los edificios anexos, contratar obreros, comprar ganado y plantar cuatrocientas hectáreas de algodón no le dejaría tiempo para la amargura.

—Coronel, sin duda cenará con nosotras, ¿verdad?

—Gracias, pero no. No podría.

—Por Dios bendito, pero seguro que está hambriento.

—No puedo pagar.

—¿Qué barbaridad está diciendo? ¡Si tuviera que pagar, señor, la cena le costaría un dólar confederado!

Pork estaba cortando rosas en el patio. Todas las mañanas unos perfumados ramilletes adornaban el salón, el comedor y el dormitorio de Gerald.

—Pork, ¿no te dije que engrasaras el cabrestante?

—Sí, señorita Scarlett. Pero primero cogeré estas flores.

—Las flores son muy bonitas, pero los baldes de agua pesan más porque el cabrestante necesita que lo engrasen. Cuando termines con eso, ve a aporcar las patatas.

Los labios de Pork se fruncieron en unos rebeldes pucheros.

—Tengo entendido que los yanquis han prohibido el zurriago —observó cortésmente Ravanel—. Pero su plantación está muy lejos de los caminos principales…

Pork se irguió en toda su estatura.

—¡A mí jamás me han azotado! El amo Gerald no permite los azotes en Tara.

El coronel se sacó del bolsillo la manga arrancada y la golpeó contra la pernera del pantalón.

Pork abrió la boca y las rosas se le cayeron de la mano. Con la voz muy seria dijo:

—Sí, señorita Scarlett. Voy ahora mismo a engrasar el cabrestante.

Mientras ella y el coronel entraban en el vestíbulo principal de la casa, Scarlett se disculpó:

—Lamento informarle de que recibimos la visita de los soldados de Sherman.

—Mi más reciente domicilio no era nada de lo que uno pudiera presumir.

Scarlett lo acompañó hasta el comedor.

—Disculpe, coronel, voy a encargarme de su cena.

Encontró a Mamita arrodillada en un taburete, limpiando las ventanas de la cocina.

—Mamita, vamos a necesitar este pan de maíz y las hojas de hierba grana que hay bajo el roble detrás del pozo.

—Señorita Scarlett, este pan de maíz es para la cena.

—Mamita, el caballero es nuestro invitado.

—He visto a ese hombre desde la ventana —dijo Mamita, soltando un bufido—. ¿Qué clase de caballero lleva una chaqueta con una sola manga?

—Se estropeó la chaqueta para que no lo confundiéramos con un republicano del Sur.

—¿Eso hizo? —Mamita meneó la cabeza—. ¡Que el Señor se apiade de nosotros! —Bajó del taburete y fue a por las hojas de hierba.

En camisa de dormir y botas de montar, Gerald salió de su dormitorio.

—¿Has visto a Ellen? —preguntó con inquietud—. Tenemos que estar en Doce Robles a las cuatro. John querrá invitarnos a una copa antes de la cena.

—Se lo recordaré, padre. Por favor, discúlpame. Estoy atendiendo a un invitado.

—¿Y yo no tengo que saludarlo?

—No creo, padre. No conviene que te fatigues antes del paseo a caballo hasta Doce Robles.

Gerald O'Hara meneó el dedo.

—No olvides recordárselo a tu madre —dijo cerrando la puerta del dormitorio a su espalda.

Cuando Scarlett regresó al comedor, Mamita estaba colocando en la mesa la comida previamente destinada a la cena de todos.

El coronel Ravanel señaló su plato.

—Es usted muy generosa.

—Por Dios, coronel. No es más que un refrigerio. Antes de la guerra, la hospitalidad de Tara era legendaria.

Para no mirar el plato lleno a rebosar de su invitado, Scarlett le preguntó si había pasado por Atlanta.

—Entre Whitehall y Broad no he visto ni un solo edificio en pie. —El tenedor

del coronel acercó un puñado de relucientes hierbas a su boca; las mascó con la inconsciente satisfacción de un rumiante—. El centro de la ciudad ha sido destruido.

—¿Y la estación ferroviaria? ¿El cobertizo de los coches?

—Los yanquis arrastraron paja hasta allí y le prendieron fuego. Lo que sobrevivió al incendio cayó bajo las explosiones y los arietes. —Ravanel esbozó una dura sonrisa—. Sólo un general yanqui se puede haber hecho famoso por incendiar una ciudad indefensa.

¿Atlanta destruida? Scarlett no se lo podía creer. Atlanta contaba con la suficiente energía y los suficientes recursos como para superar cualquier trance. Si Atlanta había sido destruida, ¿qué esperanza le quedaba al Sur?

El coronel adivinó sus pensamientos.

—No permitirán que levantemos la cabeza. Los aventureros del Norte y los republicanos del Sur están respaldados por las bayonetas de la Unión. Pretenden que los blancos sean gobernados por los negros.

Scarlett procuró no contemplar cómo el tenedor del coronel recogía, enrollaba y levantaba el alimento, cómo la comida entraba en la boca y cómo ésta se cerraba.

—Si los hombres valientes como usted están desanimados, ¿qué podemos hacer los demás?

—¿Los hombres como yo? —Una desagradable carcajada—. Unos necios románticos luchando contra molinos de viento. —Apartó a un lado su plato y se limpió los labios con la manga arrancada—. Supongo que no tendrá un poco de brandy…

—Sólo whisky de maíz, me temo.

—¿Sí?

—Lo destinamos a usos medicinales.

—Ya no soy tan remilgado como antes.

Scarlett fue a la cocina a por el licor que guardaba escondido para que Gerald no lo encontrara.

—¿Se encuentra mal el caballero? —preguntó Mamita.

El heredero Fisher bebió complacido un sorbo y miró con una sonrisa a Scarlett.

—Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de la compañía de una dama y ya no digamos de una tan bella como usted.

Scarlett bajó modestamente los ojos.

—Dos largos años… ya casi había olvidado…

Scarlett no podía recordar cuándo había comido hasta saciarse.

—Lamento nuestro encuentro aquella noche en Atlanta —dijo él—. Mi consejo no solicitado, querida señora Hamilton: nunca se deje agasajar. Cuando los necios te agasajan, no puedes huir de ellos. Cuando acudí a su casa, estaba cansado de los necios y de mí mismo, y había bebido demasiado. Scarlett… ¿me permite que la llame Scarlett? Usted fue el único momento luminoso de aquel día

y, para agradecérselo, la insulté. Por favor, acepte mis disculpas. —Ravanel sonrió recordando la escena—. «¡Y llévese su orquesta!»

Scarlett le hizo la invitación que les había hecho a tantos otros andrajosos y hambrientos forasteros, sólo que esta vez se ruborizó. Ninguno de aquellos forasteros era el heredero Fisher.

—Señor, puede usted pernoctar en Tara esta noche. Melanie Wilkes estará encantada de tener noticias a través de usted. No sabemos nada de su marido.

—Seguro que estará vivo —dijo él con indiferencia—. Los hombres como Wilkes viven eternamente.

Scarlett disimuló su respingo.

—Si ya ha terminado, tendré mucho gusto en acompañarle en un recorrido por Tara.

Tara había sido el sueño de Gerald O'Hara.

Sus paredes de ladrillo encalado y el amplio tejado acogerían a los hijos, los parientes y los invitados que disfrutaran de la hospitalidad de Gerald.

«Nada de adornos innecesarios —le había dicho Gerald a su mujer Ellen—. Una granja cómoda y espaciosa. No soporto los salones ni los gabinetes privados ni las habitaciones privadas familiares… ¿Para qué es mi casa si no para mi familia?» Cuando Ellen expresó su deseo de tener un salón de baile, Gerald soltó un bufido. «¿Es que no podemos bailar en nuestro salón cada vez que nos apetezca, señora O'Hara?»

Tara carecía de sótano porque, si algo temía Gerald O'Hara, eran las serpientes y estaba seguro de que los sótanos albergaban serpientes.

Gerald quería que hubiera porches en la fachada y la parte de atrás, «donde podamos sentarnos las noches de verano». El dormitorio de la fachada de Gerald tendría un balcón desde el cual podría contemplar bajo la clara luz matinal una alameda bordeada de castaños jóvenes y unos campos de roja arcilla plantados de algodón en flor.

Las luces emplomadas y el montante semicircular que enmarcaban la puerta principal habían sido una concesión de Gerald a los caprichos de su mujer.

Si la guerra había azotado la casa de Gerald, su plantación había resultado destruida.

—Nuestras pacanas daban las nueces más gordas de todo el condado de Clayton. El columpio de los niños estaba aquí. Los yanquis quemaron las pacanas. Y también el columpio —dijo Scarlett. Aquí estaba la prensa para embalar el algodón. Mi padre siempre compraba la maquinaria más moderna. «¿Por qué tienen los hombres que hacer lo que pueden hacer unas estúpidas máquinas?», eso decía.

»Esta era nuestra vaquería. ¡Mire! Y ésa era la fuente, al lado de aquel muro en ruinas.

»Como ve, no incendiaron las cabañas de los negros.

El coronel apartó con el pie una tabla carbonizada.

—Las necesitará cuando los negros recuperen la cordura —dijo—. Miles y miles de ellos duermen en las calles de Atlanta. Si los yanquis no les dieran de comer, se morirían de hambre.

¿Qué le importaban a Scarlett los refugiados negros?

—Con mil dólares Tara podría volver a levantarse. Sólo mil —dijo—. A la tierra no le ha ocurrido nada; pueden incendiar nuestros edificios y matar nuestro ganado, pero, ¡por Dios que no pueden matar nuestra tierra!

—Se comporta usted como una bella amazona. —Cuando Andrew Ravanel tomó la mano de Scarlett O'Hara en la suya de presidiario, ella se la notó desagradablemente suave—. No me gusta viajar solo —añadió Andrew—. ¿Podría convencerla de que me acompañara a Charleston?

Aunque esperaba una invitación, Scarlett no imaginaba que ésta pudiera ser tan atrevida.

—¿Un hombre y una mujer que no están casados viajando juntos? Señor, ¿qué pensará la gente?

La despectiva carcajada de Ravanel la escandalizó.

—Mi querida Scarlett, todos han muerto. Todos aquellos cuya opinión era importante han muerto. Sólo los cobardes, los traidores y los presidiarios han sobrevivido a la guerra. Jeb Stuart… Los lirios del valle se inclinaban para rendirle homenaje cuando el general Stuart pasaba junto a ellos. El piadoso general Polk se ha llevado sus sermones al cielo, donde él y *Stonewall* Jackson podrán echarse mutuamente sermones. Cleburne, Turner Ashby, el valiente y pequeño Pegram, mi amigo Henry Kershaw, aquel necio tan valiente y estúpido… hasta Rhett Butler ha muerto.

Scarlett tuvo la sensación de que un disparo le atravesaba el corazón.

—¿Quién? —preguntó en un susurro.

El coronel se agachó a recoger un trozo de tiesto de barro y lo arrojó contra la destrozada fuente.

—Rhett se encontraba en Fort Fisher cuando los federales lo asaltaron. Aquello fue una carnicería. —Su voz perdió la punta de amargura que tenía—. Rhett y yo fuimos amigos en otros tiempos. Fue el mejor amigo que he tenido.

—Pero Rhett… Rhett jamás creyó en la gran causa…

—No, pero le gustaban los gestos gallardos. —Miró con expresión inquisitiva a Scarlett—. Me sorprende que usted lo conociera.

¿Que lo conociera? ¿Que lo conociera? ¿De veras lo había conocido? ¿Rhett Butler muerto? ¡No podía ser!

—Ahora le he dado un disgusto. Lo siento. No sabía que conociera a Rhett.

La mente de Scarlett empezó a dar vertiginosas vueltas. ¿Qué estaba pensando? Pues que volvería a verle, que la burlona y sagaz sonrisa de Rhett volvería a atacarle los nervios. Se mordió el interior del labio para no llorar. ¿Muerto? Aquellos singulares momentos en que ella y Rhett se habían comprendido tan bien… ¿perdidos para siempre?

—¿Dónde… dónde está enterrado?

—Los federales marcaron con una señal los sepulcros de sus soldados. A los nuestros los arrojaron al mar.

Era como si hubiera perdido una parte de sí misma: un brazo, una mano, su corazón. ¡Rhett Butler muerto! La desesperanza se apoderó de ella y tuvo que sentarse en el tocón de lo que antaño fuera el castaño más hermoso de Tara. ¿Cómo podría seguir viviendo?

Aturdida, repitió:

—¿Rhett Butler… muerto?

Ravanel le ofreció unos inútiles consuelos masculinos: quizá no lo habían matado junto con los demás. Rhett era como un gato. Rhett tenía siete vidas…

Scarlett ya no podía soportar la presencia de aquel hombre ni un minuto más.

—Señor, recuerde, se lo ruego, que soy la señora de Charles Hamilton, una respetable viuda. Rechazo su inadecuada invitación. No acierto a imaginar en qué estaba usted pensando. Y ahora, señor, tiene usted que retirarse. Ha manifestado sus intenciones con excesiva claridad. No puede quedarse en Tara.

—Hace años, yo también le quise —dijo Ravanel en voz baja.

—¿Que quiso a Rhett Butler? A aquel hombre tan arrogante, ofensivo y pagado de sí mismo… ¿Por qué iba alguien a amar a Rhett Butler?

—Como prefiera.

El hombre de elevada estatura montó en la grupa de su pequeño asno.

El sol se ocultó detrás de una nube.

Scarlett estaba deseando subir al piso de arriba y tumbarse en la cama. Se sentía muy débil y desvalida. Por Dios, cuánto le apetecía tumbarse. En su lugar, se dirigió al patatal. Ella y Pork aporcarían las patatas. Y después ella iría a recoger más hojas de grana.

Más tarde, le comunicaría a Melly la noticia acerca de Rhett. Melly siempre lo había apreciado.

25
Una plantación de la Tierra Baja después de la guerra

Seis meses más tarde, un caballo y su jinete bajaron al trote por el camino del río Ashley. El caballo era un semental negro de once palmos de altura perteneciente a la raza por la cual la Tierra Baja había sido famosa en otros tiempos. El jinete mostraba el despreocupado donaire de un aristócrata. Durante la guerra, incontables sepulcros se habían llenado de hombres como ellos y los huesos de sus hermosos caballos se habían blanqueado al sol en maizales y huertos de melocotoneros a lo largo y ancho de toda la nación reunificada.

Un año atrás, el ejército del general Sherman había bajado por aquel camino. Unas chimeneas quemadas emergían como dedos de advertencia entre las zarzas que crecían al borde del camino. Un pilar derribado conducía a las ruinas de lo que antaño fuera el hogar de la infancia de Henry Kershaw. Desde un columpio suspendido de aquel roble ennegrecido por el fuego, la pequeña Charlotte Fisher solía agitar las piernas, gritando «¡Más arriba! ¡Más arriba! Vamos, empuja más arriba». Aquella vereda se curvaba hasta la incendiada mansión donde la madre de Edgar Puryear había muerto.

Mientras el jinete se acercaba, dos perros esqueléticos se adentraron en los matorrales.

En la orilla del río del otro lado de la plantación Broughton, Rhett Butler se quitó las botas de montar, los calcetines y los pantalones. Ató las botas a la silla de montar y cubrió los ojos del semental con las perneras de sus pantalones para que le sirvieran de venda antes de empujar al animal a las cenagosas aguas del río.

El caballo cruzó la corriente y trepó al dique principal de Broughton, donde Rhett volvió a vestirse.

El dique principal estaba cubierto de zarzamoras y los arrozales eran someros charcos donde nadaban unas fochas que, ante la presencia del forastero, se alejaron ruidosamente. Los venados y jabalíes habían abierto senderos a través de los setos sin recortar que bordeaban el sendero de Broughton. El espacio destinado a que los coches pudieran dar la vuelta se encontraba delante de una fachada de ladrillo ennegrecida por el fuego, en la que se abrían unos agujeros de ventana tan vacíos como las cuencas de una calavera. La puerta principal estaba abierta de par en par. Entre los muebles arrastrados al exterior y quemados, Rhett reconoció el atril de nogal donde descansaba la Biblia familiar de los Butler.

Los colibríes zumbaban en la planta de jazmín trompeta que había invadido la destrozada veranda.

Rhett avanzó entre el denso emparrado hasta el mirador al que solía

asomarse veinticinco años atrás. El recuerdo que conservaba de los simétricos y fértiles arrozales de Broughton se superpuso a los diques rotos y los brillantes charcos salados donde ningún plantador podría volver a conseguir jamás una cosecha.

—Sí, era muy hermoso —murmuró.

Una voz vibró a su lado:

—Sí, señor, lo era. El amo y la ama Butler ya no reciben visitas.

El anciano negro se apoyaba en un bastón hecho con un trozo de madera nudosa. Sus ojos estaban cubiertos por una blanca película.

—Buenos días, Tío Solomon —dijo Rhett.

—¿Joven amo Rhett? ¿Es usted? —Los dedos del viejo recorrieron el rostro de Rhett—. Nos dijeron que lo habían matado. ¡Alabado sea el Señor! ¿Cómo está, joven amo? ¡Lleva tanto tiempo sin volver a esta casa…!

Rhett deseaba ver a sus padres en caso de que todavía estuvieran vivos.

—Oh, sí, el amo y el ama todavía viven. —El anciano negro bajó la voz—. El amo Langston está enfermo de peste blanca y se ha encogido como una mazorquita de maíz. Todos los negros se han escapado menos yo —añadió—. Hercules y Sudie se han ido a la ciudad. Hercules dice que ya no quiere trabajar para ningún Butler. —El labio inferior de Solomon tembló de indignación—. ¡Ese negro se ha vuelto loco! Yo nací en Broughton, he vivido todos mis días en Broughton y en la plantación Broughton me enterrarán.

—Sí, Tío. ¿O sea que mis padres están en la ciudad?

—¡La casa de la ciudad fue bombardeada! La más bonita de la calle Meeting. ¡No la había más bonita! Los negros del mercado me llamaban «señor Solomon» porque venía de aquella casa. El amo y el ama viven ahora en casa del capataz Watling.

—¿Watling?

—¡Lleva usted tanto tiempo fuera, amo Rhett! ¡Tanto tiempo! El amo Langston dijo que no pensaba abandonar Broughton. Su hermana y su marido vienen algunas veces. La señorita Rosemary quiere que el amo Langston y el ama Elizabeth se vayan a vivir con ellos. Pero usted ya sabe cómo es el amo Langston.

—John Haynes ha muerto, Tío. John murió en la guerra.

—No me refiero al señor Haynes, sino al coronel Ravanel, el segundo esposo de su hermana.

—¿Andrew Ravanel?

—Sí, señor. El chico del viejo Jack. Dicen que fue un héroe en la guerra, pero yo de eso no sé nada.

—¿Andrew Ravanel?

—Todas las mujeres se están casando. Un día se quedan viudas y al siguiente ya son esposas y al siguiente ya están embarazadas…

La casa de Isaiah Watling se levantaba en el extremo de una península

rodeada de bajíos. Unas gallinas de raza picoteaban la tierra del patio. La escuálida vaca lechera llevaba la cabeza envuelta en un trapo empapado de trementina para protegerla de los mosquitos.

Un joven estaba tallando un trozo de madera, apoyado en una silla al lado de la puerta. Al ver que Rhett ataba su caballo a la verja, el joven se levantó e hizo caer la silla. Su pálido cabello rubio ya raleaba sobre la huidiza frente. Tenía la nariz afilada y los ojos tan claros que las pupilas resultaban casi invisibles. Un revólver asomaba por encima de su cinturón.

—Bonito caballo —observó—. Hoy en día los yanquis tienen todos los mejores caballos. —A su sonrisa le faltaban los dientes superiores y su mejilla derecha estaba afeada por una cicatriz. Contestó a la inquisitiva mirada de Rhett—. Estaba llamando a gritos a Frank cuando me pegaron un tiro. Supongo que habrá usted oído hablar de Frank. Menuda pieza está hecho Frank James. —Se dio una palmada en la cicatriz—. Bill Quantrill dijo que un hombre tiene que mantener la boca cerrada, pero a veces merece la pena abrirla, ¿no cree?

Trató de explicarse mejor.

—Quiero decir que, si no hubiera tenido la boca abierta, aquella bala también me hubiera arrebatado los dientes de abajo. Creo que algún día les daré su merecido a Frank y Jesse.

—Soy Rhett Butler. ¿Están aquí los Butler?

—Supongo.

—¿Te molestaría decirles que he venido?

El joven se levantó.

—Soy Josie, el sobrino de Isaiah. Cabalgué con Bill Quantrill hasta que los federales acabaron con él. Pensaban hacer lo mismo conmigo, pero me vine al Este para renovar las amistades familiares. —Guiñó el ojo—. Rhett Butler, tío Isaiah le odia con toda su alma. Creo que un día se vengará de usted. Esperar el momento de la venganza es muy agradable, ¿no cree?

Josie se acercó a él como lo hubiera hecho un perro peleón.

—Conozco a hombres mejores que usted muertos por caballos peores que el suyo —añadió.

—Cuatro años de guerra y ¿no estás cansado de matar?

Josie se encogió de hombros.

—Llevo cargándome a la gente desde que era un chiquillo. Supongo que ya le he cogido el gusto.

—Si vas a usar ese revólver, hazlo de una vez. Y si no, diles a los Butler que estoy aquí.

—¡Menudo hijoputa está hecho! —Sin quitarle los ojos de encima gritó—: ¡Tío Isaiah! ¡Ha venido un tipo!

Isaiah Watling abrió la puerta y se protegió los ojos del sol con la mano.

—Joven Butler, aquí no es usted bienvenido.

Josie Watling apoyó una bota en la parte superior de la valla, cruzó los brazos y sonrió con altanería.

—¿Acaso no estamos en la plantación Broughton? ¿Y ésta no es la casa del capataz? He venido a ver a los Butler.

—Aquí no tiene usted ningún pariente.

—¿Y si eso nos deja decidirlo a nosotros?

Los ardientes ojos de Isaiah Watling se clavaron durante un prolongado instante en los de Rhett antes de que diera media vuelta y entrara de nuevo en la casa.

—Bonito día —dijo Josie—. A mí siempre me ha gustado el otoño. La gente se lo pasa mejor cuando caen las hojas. —Al poco añadió—. No es usted muy hablador, ¿verdad? —Y se rascó la oreja con el cañón de su revólver.

Isaiah Watling apareció de nuevo en la puerta e hizo una señal con la cabeza. Rhett lo siguió por la escalera vagamente recordada de la casa donde habían vivido los Butler antes de la construcción de la gran mansión. Entró en el modesto dormitorio que sus padres compartían cuando él era pequeño. La habitación estaba pulcramente ordenada y el suelo barrido. Unos frascos de medicamentos y un cuenco de esputos sanguinolentos abarrotaban la mesilla situada al lado de la cama en que descansaba el amo.

Langston Butler había sido un hombre muy corpulento y sus huesos todavía correspondían a su antigua complexión. Tenía la piel amarillenta a excepción de unas manchas rojas en las mejillas. Su rizado cabello castaño no presentaba ni una sola hebra gris.

—Está enfermo de tisis —dijo Rhett.

—¿Has venido a decirme lo que ya sé?

—He venido a ayudar. Puedo mantenerlos a usted y a madre.

Langston estornudó y se atragantó. Se le hincharon los ojos de indignación al verse tan impotente. Escupió en el cuenco.

—No quiero que molestes a Elizabeth. Mi mujer ya tiene a Jesucristo y al fiel Isaiah Watling. ¿Para qué iba a necesitarte a ti Elizabeth Butler?

—Señor, ha accedido a verme. Tiene que haber una razón.

—Dijeron que habías muerto y ahora me interesan las resurrecciones más que antes. —La sonrisa del anciano parecía una desagradable cuchillada—. Julian será el heredero. Tú no asistirás a mi entierro.

—¿Cree que puede ser el amo de Broughton más allá de la tumba? Padre…

Langston Butler volvió el rostro hacia la pared.

—Creo que ya debe usted retirarse —terció Josie Watling, apoyado en la jamba de la puerta—. Mi tío dice que le pegue un tiro si no hace lo que dice el viejo gallo. Creo que se lo podría pegar. Me encanta su caballo.

Isaiah Watling esperaba en el patio.

—Watling, tu hija Belle está a salvo en Atlanta. Tu nieto Tazewell Watling estudia en una escuela inglesa. He recibido buenos informes sobre él.

—Belle todavía se puede arrepentir —dijo Isaiah—. Gracias a usted, mi hijo Shadrach jamás se arrepentirá. Rhett Butler, usted llevó a Shadrach Watling a la condenación eterna.

Josie ocultó una sonrisa con la mano.

—¿A que es un demonio? —preguntó—. ¿Se ha visto jamás cosa igual?

Cuando Rhett bajó por el camino entre los inundados arrozales, experimentó una sensación de ardor entre los omóplatos… la misma sensación que había experimentado cuando un tirador federal apostado lo estaba apuntando.

Un tortuoso camino se había abierto en la calle Meeting de Charleston, donde los blancos rebuscaban entre los escombros algo que poder vender y las cuadrillas de negros a las órdenes de suboficiales federales derribaban las paredes ruinosas. Cuando pasó Rhett, los hombres interrumpieron su trabajo. Un joven negro le gritó:

—¡Lo que antes estaba abajo ahora está arriba, señor!

Aquí y allá se salvaba alguna casa; aquí y allá se salvaba toda una manzana. El cristal de la ventana del número 46 de la calle Church era tan nuevo que la masilla aún no se había secado. La puerta de pino sin pintar giró suavemente sobre los nuevos goznes cuando Rosemary atendió la llamada.

Su rostro palideció y tuvo que apoyarse en la jamba.

—Rhett… no… no estás muerto… ¡Oh, Rhett! ¡Dios mío, hermano! —Esbozó una radiante sonrisa, pero estaba llorando.

Rhett la estrechó en sus brazos murmurándole palabras contra el cabello hasta que ella lo apartó para enjugarse las lágrimas.

—¿Es una muestra de ingratitud mostrar sorpresa cuando las plegarias son escuchadas? —dijo.

—Estuve más cerca de estrecharle la mano a san Pedro de lo que habría querido. ¿No recibiste mi telegrama?

Rosemary meneó la cabeza.

—Pues entonces… —Rhett volvió a esbozar su alegre sonrisa de siempre— yo soy la respuesta a tus oraciones.

—¡Oh, Rhett! No has cambiado.

—Hermanita, tengo entendido que hay que darte la enhorabuena.

—¿La enhorabuena? —Cuando Rosemary se cubría la boca con la mano, su gesto era idéntico al de su madre.

—Enhorabuena, señora Ravanel. Que sea usted tan feliz como… como pueda ser.

Ella le franqueó la entrada. Parte del mobiliario del salón se remontaba a su primer matrimonio, pero el confidente y el sofá eran nuevos.

—Siéntate, querido hermano. Te serviré algo. ¿Un brandy?

—Ahora nada, gracias.

—Por favor, Rhett, no te enfades conmigo.

—¿Enfadarme? ¿Y por qué iba a enfadarme?

—Rhett, es que… ¡pensé que habías muerto! ¡No recibí ni una sola palabra tuya!

—Perdona. Telegrafié antes de irme a Londres. Los federales andan detrás de mi dinero. ¡Es muy desagradable! Hasta ahora, Rob Campbell los ha mantenido a

raya, pero de momento estoy un poco apurado.

—John me dejó en buena situación. Si necesitas…

—Tengo suficiente por ahora. Y… —se acarició las solapas— tengo crédito con mi sastre. El dinero —añadió encogiéndose de hombros— es sólo dinero. Siento que te hayas preocupado por mí.

Rosemary reflexionó un instante antes de contestar con franqueza.

—Cuando John murió, pensé que ya no quería vivir. Mi niña, mi marido y… pensé que también te había perdido a ti. —Acarició la mejilla de Rhett—. ¿Eres de verdad?

—Demasiado, a veces.

—Entonces Andrew regresó a Charleston. Dos huérfanos en mitad de una tormenta.

—Andrew siempre ha ejercido un curioso efecto en las mujeres. —Rhett levantó un dedo—. No me interpretes mal, hermana. Antes Andrew era mi amigo y por ti volveremos a ser amigos. —Sonrió al contemplar el ligero abultamiento del vientre de ella—. Veo que volveré a ser tío. Me gusta mucho ese papel. Los tíos regalan juguetes y reciben besos de los niños, pero cuando éstos se ponen pesados los tíos se pueden largar.

—Necesitamos un hijo. Andrew… a veces Andrew está como perdido. Nuestro hijo lo devolverá a casa. —Rosemary ladeó la cabeza—. ¿Y tú, Rhett? ¿Qué hay de la señorita Scarlett?

—¿De quién?

—¡Rhett, estás hablando con Rosemary!

—Aquello terminó. Terminó una noche en el camino de Jonesboro. El amor nos trastorna como un temporal en el océano y luego desaparece tan rápido como vino.

—Humm.

—Ya basta de remordimiento y confusión.

—Humm.

Rhett frunció el entrecejo.

—¿A qué viene esa sonrisa, hermanita? ¿Ese mohín un tanto condescendiente?

Ella soltó una carcajada.

—A que mi hermano mayor lo sabe todo acerca de todo, pero no quiere reconocer los impulsos de su propio corazón.

Un daguerrotipista yanqui estaba inmortalizando las dramáticas ruinas de East Bay. La flota federal seguía anclada en el puerto. Los buques burladores del bloqueo capturados parecían avergonzarse de enarbolar la bandera de las barras y estrellas.

Rhett se dirigía a las oficinas de Haynes & Son cuando un grito lo hizo detenerse.

—Hola, Rhett. ¡Menuda pieza estás hecho!

—Pero bueno, si es Jamie Fisher… La guerra no te ha hecho crecer.

—Me temo que no. Me alegro mucho de verte. —Estrechó la mano de Rhett—. Ven a ver lo que hemos hecho en la casa de la abuela. Yo mismo he arreglado el tejado. ¿Acaso no soy la abeja obrera?

El tejado de pizarra gris de la mansión de los Fisher estaba salpicado de negras manchas de alquitrán.

Jamie asomó la cabeza por la puerta principal.

—¡Juliet, Juliet, ven a ver quién ha resucitado de entre los muertos!

Juliet Ravanel se sacó el polvoriento pañuelo que le cubría la cabeza.

—Vaya, pero si es Rhett Butler… ¡Bendito sea tu negro corazón! —Y calculó el precio del traje de Rhett—. ¡Gracias a Dios la guerra no redujo a la pobreza a todo el mundo!

Jamie lanzó un suspiro.

—Mi pobre hermana Charlotte invirtió hasta el último céntimo de su dinero en bonos confederados. Supongo que para demostrar la fe que tenía depositada en Andrew. —Hizo una pausa—. Era mucho dinero. Habría podido dejar algo. —Extendió los brazos—. Rhett, tienes delante al más famoso instructor ecuestre de Charleston. Enseño a los niños de los oficiales yanquis a no caerse de sus ponis.

—El valiente explorador de los confederados está muy solicitado. —Sonrió Juliet.

—Soy muy severo con los padres porque ellos esperan severidad de un audaz explorador confederado, pero sus hijos me calan enseguida. ¡Identifican a un niño mimado en cuanto lo ven! —Haciendo una reverencia, invitó a Rhett a entrar en la casa—. Cuidado con el último peldaño, Rhett.

Habían empapelado y pintado el vestíbulo y la escalera de caracol brillaba con suaves reflejos de color cereza.

Jamie abrió la puerta del salón y mostró todo un revoltijo de ladrillos rotos, listones y yeso.

—Aun no hemos empezado en la planta baja. Pero hay tres dormitorios terminados y alquilados a los aventureros yanquis que vienen en busca de oportunidades.

—En oro —dijo Juliet—. Pagan en oro.

—Tu nuevo cuñado dice que sólo los traidores alquilan habitaciones a los aventureros del Norte —dijo Jamie y endureció la expresión—. Cuando Andrew nos encuentre a confederados solventes para nuestras habitaciones, pondremos a los yanquis en la calle. Rhett, yo combatí al lado de Andrew. Ambos compartimos una celda en aquel maldito penal. Es difícil, muy difícil, mantener vivo a alguien que no quiere vivir.

—Andrew siempre ha sido muy melancólico.

—Y ahora resulta que Andrew me mira por encima del hombro, y también a su hermana Juliet, y prefiere a la peor banda de «patriotas» que jamás haya afilado un cuchillo de caza.

—Ya —repuso Rhett—. Los «patriotas». Pensaba que ya habíamos terminado con ese asunto.

—Ya basta de hablar del tontorrón de mi hermano —los interrumpió Juliet—. ¿Recuerdas a Hercules? Él y Sudie viven encima de nuestra cocina.

Jamie recuperó su habitual buen humor.

—Hercules colocó unas ruedas nuevas a una ambulancia destrozada y la pintó de negro y amarillo, y Juliet le pintó en los lados las palabras «Se alquila».

—Y me quedó muy bien —presumió Juliet.

—Con el viejo sombrero de castor de mi abuelo, Hercules es la viva imagen de un cochero de Charleston de antes de la guerra. Los yanquis le preguntan dónde tenemos escondidos nuestros caballos de carreras. Cuando Hercules le dijo a un tipo que *Chapultepec* había sido visto por última vez tirando de una cureña, el hombre se echó a sollozar. Rhett, te quedarás a tomar el té con nosotros, ¿verdad?

—Me encantaría, pero tengo que ir a felicitar a mi nuevo cuñado.

Juliet soltó un bufido de desprecio.

Rhett estaba montando en su caballo cuando se acercó un carruaje.

—Mira —le dijo Jamie—, aquí está Hercules. Rhett, tienes que ver su coche.

Hercules ayudó a una rolliza negra a bajar a la acera.

—Señor Rhett, le hemos estado buscando por todas partes. Nos enteramos de que se encontraba de nuevo en la ciudad.

Ruthie Bonneau llevaba un vestido abrochado hasta el cuello y el cabello recogido en una redecilla de color oscuro.

—Señor Rhett —añadió Hercules—, supongo que ya conoce a la señora Bonneau.

—Somos viejos amigos. —Rhett se quitó el sombrero.

—Capitán Butler —dijo Ruthie Bonneau—, necesito su ayuda. Tunis está en la cárcel. Van a asesinar a mi marido.

26
Lo de abajo arriba

Los sureños que detestaban a Abraham Lincoln y lo habían denostado, incluso aquellos que habían reaccionado con la Secesión tras su primera elección, se quedaron consternados ante su asesinato.

A pesar de todo lo que había hecho, los sureños sabían que Lincoln era un hombre compasivo. Mientras Lincoln efectuaba un recorrido por Richmond tras la caída de la capital confederada, algunos le preguntaron qué se debería hacer con los rebeldes derrotados.

«Déjenlos tranquilos, muchachos. Déjenlos tranquilos.»

Los republicanos radicales del Congreso no eran de la misma opinión. Algunos tenían hijos y hermanos abatidos por las balas rebeldes; el influyente senador Charles Summer había sido golpeado casi hasta morir por un secesionista, y los incursores confederados habían quemado y arrasado la fundición de hierro del congresista Taddeus Stevens. Tras el asesinato de Lincoln los radicales asumieron el control del gobierno nacional. Se impusieron por votación a los vetos del presidente Andrew Johnson y, cuando éste se enfrentó a ellos, a punto estuvieron de presentar una acusación formal en su contra para obligarlo a abandonar el cargo. El Congreso destituyó a los gobernadores sureños elegidos y nombró a republicanos. Muchos de los hombres que accedieron al cargo por este medio eran mediocres, fanáticos o ambas cosas a la vez.

El congresista Taddeus Stevens creía que los vencedores tenían que «privar a los orgullosos aristócratas de sus inmensas propiedades y dejarlos reducidos al nivel de unos simples republicanos; enviarlos a trabajar como mano de obra y enseñar a sus hijos a entrar en los talleres o a manejar el arado, para humillar de esta manera a los arrogantes traidores».

Hordas de esclavos recién liberados inundaron las ciudades sureñas. Los misioneros del Norte bajaron en tropel a un Sur que ya se consideraba suficientemente cristiano, a Dios gracias. La Oficina de Libertos ofrecía comida a los ex esclavos, había empezado a educarlos y supervisaba sus contratos laborales. Había uniformes azules por todas partes.

Antes de la guerra, muchos propietarios de esclavos sureños creían con toda sinceridad que sus negros formaban parte de sus familias de amos blancos (aunque pudieran venderlos en períodos de vacas flacas). Por consiguiente, cuando los negros empezaron a localizar los tesoros familiares enterrados para entregárselos a los seguidores de Sherman y abandonaron en masa las plantaciones, aquellos blancos tuvieron la sensación de que sus amados hijos los

habían traicionado, por muy descarriados y duros de mollera que fueran.

Los aventureros y acaparadores del Norte —algunos originarios de ciudades donde centenares de negros habían sido linchados durante los disturbios del período de guerra— se presentaban ahora revestidos de altos criterios morales para enseñar a los sureños a tratar a los negros.

Y, a su vez, los republicanos del Sur que carecían de historial militar y no gozaban del menor prestigio antes de la guerra acogían a los aventureros del Norte con los brazos abiertos.

En cualquier caso, así veían la situación los blancos sureños.

En cambio, los negros sureños tendían más bien a calificar este curso de los acontecimientos como «lo de abajo arriba».

Tunis Bonneau se había quedado en Freeport hasta el levantamiento del bloqueo.

Tres meses después de la muerte de Lincoln, el vapor británico *Garrick* pasó por delante de Fort Sumter, convertido ahora en un montón de escombros en el que ondeaba la bandera de las barras y estrellas más grande que Tunis Bonneau hubiera visto en su vida.

El *Garrick* amarró en el llamado muelle del Gobierno al lado de un buque de transporte de tropas que estaba descargando soldados negros recién licenciados. Aquellos audaces y juguetones negros vestidos con uniformes azules alentaron las esperanzas de Tunis. Los negros habían demostrado de manera abrumadora que en el combate podían equipararse a los blancos en valentía y amor a la patria. Si los negros podían ser soldados, ¿por qué no ciudadanos?

Ruthie tenía un esquife que ella misma utilizaba para la recogida de ostras.

—Tunis, ahora no podría irme a vivir con mis padres. ¡Soy la señora Bonneau!

—El *Merry Widow…* —dijo Tunis, dando comienzo a su confesión.

—No me hables de esa vieja bañera. —Ruthie le dio un beso.

Desde Ontario, Thomas Bonneau escribía: «La reina Victoria ama a sus hijos de color tanto como a sus hijos blancos.»

Tunis pensaba que habrían tenido que irse a Canadá e iniciar allí una nueva vida.

Ruthie replicaba que Canadá era demasiado frío y estaba demasiado lejos. Sus parientes vivían en la Tierra Baja. Y las cosas estaban cambiando. Por todo el Sur los negros se estaban aliando con blancos favorables a su causa y dispuestos a luchar por sus derechos.

—¿Por qué luchar por unos derechos contra unos hombres que nos odian cuando en Canadá ya existen esos derechos? —argumentaba Tunis.

—Aquí está mi hogar, Tunis Bonneau —replicaba Ruthie—. Lamentaría mucho que nos fuéramos.

Y como era de esperar, se salió con la suya.

Tras haber vendido sus ostras en el mercado, Tunis se lavaba y se iba a la iglesia de su suegro, donde todas las tardes los negros se dedicaban a moldear el nuevo mundo que estaba naciendo.

Tunis y el reverendo Prescott viajaron a Atlanta, donde unos republicanos blancos como Rufus Bullock y unos negros, la mayoría de los cuales ya eran libertos antes de la guerra, iban a reunirse para presentar unas peticiones al Congreso de Estados Unidos. Se aspiraba en el aire el elixir de la libertad. Los negros aguardaban a las puertas de la Tierra Prometida.

—Presentar peticiones al Congreso de Estados Unidos —dijo Tunis—. ¡Dios mío!

Un periódico de Atlanta calificó a los participantes en la reunión de «caníbales y aventureros».

Puesto que el reverendo Prescott tenía que quedarse a predicar en la ciudad, Tunis tomó el tren de regreso a casa solo.

Treinta kilómetros más al sur, los cojinetes de las ruedas del vagón de la leña se secaron y el tren tuvo que entrar chirriando y soltando humo en Jonesboro para que lo arreglaran.

Los pasajeros blancos bajaron y fueron al hotel de la estación. Tunis encontró un lugar a la sombra en el andén, se sentó al lado de su maleta y cerró los ojos.

A trescientos kilómetros de los humedales de Charleston, Tunis estaba soñando con las hierbas de las marismas que se abrían al paso de la proa mientras él impulsaba la embarcación con una pértiga a través de los bajíos. Era un sueño tan hermoso que no reparó en la presencia de la mujer blanca hasta que ésta le golpeó el pie con la punta de su zapato.

Tunis abrió los ojos y se levantó precipitadamente.

—¿Señora? —dijo, quitándose el sombrero. Era joven y blanca y llevaba unas cuantas copas de más.

—Vaya —dijo ella—, eres un hombre muy guapo.

—Gracias, señorita. Estoy esperando a que arreglen el tren.

Ella se protegió los ojos con la mano para echar un vistazo al reloj de la estación.

—Aún tardarán un buen rato.

Tunis sacó su reloj y lo consultó.

—El tren se pondrá en marcha en cuanto le enganchen un vagón de leña.

—Tenemos tiempo —dijo la mujer—. ¿Te apetece divertirte un poco?

—¿Señorita?

—Pero ¿es que eres tonto o qué?

Tunis se rascó la cabeza.

—Sí, señorita, creo que sí.

Cuando ella golpeó el suelo con el pie, se le deshizo el lazo del cordón de zapato.

—¿Por qué no te arrodillas y me atas el cordón?

—Señorita, un negro como yo puede tener problemas si toca a una dama

blanca tan distinguida como usted.

—Vaya, qué remilgados somos. ¿Y si te dijera que puedes tocar cualquier parte de mi persona por un dólar?

—Señora, soy un hombre casado.

—Pero vosotros los negros… todos los negros queréis tener a una blanca solo para vosotros y quitarle la ropa y hacerle cosas. ¿No es así?

—No, señora.

—Por Dios —exclamó la mujer como para sí. Mirando a Tunis añadió—: ¿Crees que nunca he estado con un negro?

—Disculpe, señorita. Me muero de sed. Creo que voy a salir a la calle por un poco de agua.

—Mira, chico, tú no te vas a ninguna parte hasta que yo haya terminado contigo.

Tunis volvió a ponerse el sombrero.

—Señorita —dijo—, mi mujer se llama Ruthie; y mi hijo es Nathaniel Bonneau. Estoy esperando un tren para volver a casa. No tengo nada que ver con usted y no quiero tener nada que ver con usted. Si necesita un dólar, se lo doy, pero déjeme en paz.

Tunis hizo ademán de meterse la mano en el bolsillo.

—Serás hijo de puta —dijo la chica. Miró hacia el fondo del desierto andén—. Socorro —añadió como hablando para sus adentros. Una vez terminado el ensayo, gritó «Socorro» cada vez más alto hasta que acudieron unos blancos.

27
El más rápido que hubo jamás

Aunque los sofás del hotel Jonesboro reconocieran de memoria las huesudas posaderas de los viejos y aunque las escupideras conocieran de sobra la afición al tabaco de los viejos, aquella tarde no había ningún viejo holgazaneando por allí. Jefferson Davis miraba desde el marco de un cuadro colgado encima de la escalera como si Jonesboro, Georgia, aún fuera una ciudad confederada y Davis aún fuera el presidente de una nación.

A pesar de las llaves que colgaban en las casillas situadas a su espalda, el gerente del hotel miró a Rhett Butler a los ojos.

—Está todo lleno. No tengo habitaciones.

Los botones de carey de su camisa teñida de nogal habían sido sustituidos por unos que lucían grabadas las siglas «C.S.A.», correspondientes a Estados Confederados de América, y un rectángulo no desteñido de la manga de su camisa señalaba el lugar previamente ocupado por unos galones de sargento. El hombre sacó una lata de debajo del mostrador y soltó un escupitajo en su interior.

Rhett depositó en el suelo su maleta de tejido de alfombra, se acercó a la entrada y encendió un cigarro. Los ancianos estaban acaparando los bancos de la plaza del Palacio de Justicia y los hombres jóvenes se habían reunido en el amarillento césped. En todos los postes de la plaza había un caballo atado y en algunos incluso dos.

Colocado en sentido diagonal con respecto al Palacio de Justicia, el nuevo rótulo de madera del banco anunciaba que aquél era el First National Bank de Jonesboro y que su capital se elevaba a 75.000 dólares. Su anterior denominación, Planters Bank, seguía labrada en resistente piedra por encima del dintel. El nuevo nombre y el nuevo dinero del banco serían yanquis.

Rhett regresó junto al gerente del hotel.

—¿De qué regimiento, mi sargento?

El hombre se cuadró en gesto de desafío.

—Del maldito Cincuenta y dos de Georgia.

—¿La Brigada de Stouall? ¿No estuvieron ustedes en Nashville?

—¿Y qué si estuvimos allí?

—Pues que si hubieran llegado un poco antes —dijo Rhett—, puede que nosotros no hubiéramos tenido que huir tan precipitadamente.

—Y que lo diga. ¿Iba usted con Forrest?

—Rhett Butler, C.S.A., a su servicio, señor.

—Vaya, qué coincidencia, señor Butler, pero no viste usted como nosotros.

Viste exactamente igual que uno de ellos.

—Mi sastre es un pacifista —sonrió Rhett—. Quiero una habitación limpia y con sábanas limpias.

El gerente amontonó varias llaves encima del mostrador.

—Puede usted elegir entre la tres, la cuatro, la cinco o la seis. No pienso alquilarle una habitación a ningún aventurero del Norte. —Ladeó la cabeza—. ¿Seguro que no es un aventurero del Norte?

Rhett levantó la mano derecha.

—Por el honor de mi padre.

El hombre arrugó el entrecejo.

—En tal caso, no se hable más. La habitación cuesta veinticinco centavos. Todas son iguales, pero la seis tiene balcón.

—Ya.

—Y da a la plaza, o sea que esta noche podrá usted ver la juerga. Pensé que era usted un espía de la Oficina de Libertos… aunque la Oficina de Libertos casi nunca viene al condado de Clayton sin la escolta de una compañía de la Unión.

El pasillo del segundo piso era estrecho, el retrete estaba abajo en la parte de atrás y el montante no se podía abrir, pero la habitación 6 estaba limpia y, cuando Rhett levantó la colcha, no vio ninguna chinche huyendo.

Se quitó las botas, colocó la chaqueta en el respaldo de una silla y se tumbó en la cama con las manos cruzadas detrás de la cabeza. Le daría tiempo al gerente para que diera a conocer a todo Jonesboro que el forastero era «uno de los nuestros». No había visto ningún rostro negro desde que se apeara del tren: una mala señal.

Con los ojos abiertos, Rhett recordó a Thomas Bonneau entonando salmos contra el huracán. Recordó a Tunis explicándole lo mucho que amaba a Ruthie: con toda su alma y para toda la vida. Al cabo de una hora, se lavó y se afeitó. Examino los cartuchos de su revólver *rimfire* del calibre 32, y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Las gruesas columnas de cemento del Palacio de Justicia habrían podido soportar una estructura dos veces más grande. La herrumbre de las manecillas del reloj las había atascado en las dos y cuarto. Unos hollejos marchitos colgaban de los castaños. Algunos hombres utilizaban muletas o bien eran mancos o cojos. Casi todos vestían uniformes reformados de la Confederación. Cuando Rhett pisó la acera, un joven cojo que caminaba con muletas le salió el paso.

—Tengo entendido que usted combatió con el general Forrest.

—En efecto.

—Señor… —se apoyó en una muleta para poder hacerle una indicación con la otra— aquel hombre de allí quiere hablar con usted.

—¡Maldita sea, capitán Butler! —Archie Flytte se encontraba en los peldaños del Palacio de Justicia—. Me habían dicho que residía en el infierno.

Rhett levantó los brazos como diciendo «estoy vivito y coleando», y exclamó:

—¡Flytte!, ¿sigues tan terco como siempre?

Tras haber salvado la vida gracias a Rhett Butler, el antiguo presidiario Archie Flytte se había convertido en uno de sus más fieles partidarios. Presumía de Rhett en todas partes: «El capitán Butler es muy culto», «El capitán Butler conoce medio mundo», «El capitán Butler habla latín, lo he oído con mis propios oídos». Cuando la adulación de Archie ya no se podía aguantar, Rhett le dijo que, si no se callaba, le pegaría un tiro; tras lo cual Flytte empezó a jactarse de que «¡El capitán Butler es capaz de pegarte un tiro como seas demasiado amable con él!».

—Bueno, Archie —le dijo ahora Rhett—, ¿qué pasa aquí?

—Pues que tenemos a un negro con muchos humos.

—¿Qué ha hecho?

—Bueno, él mismo se lo dirá. Al chico le encanta hablar. Habla tanto que no hay quien lo aguante.

La oficina del sheriff se encontraba cuatro peldaños más abajo, en el sótano del Palacio de Justicia.

—Señor, dígales a los de Atlanta que no he tenido nada que ver con esto. Yo sólo intento cumplir con mi deber, pero ¿qué puede hacer un hombre solo? —Estaba claro que el sheriff pensaba que Rhett pertenecía a la Oficina de Libertos—. Mis ayudantes han desaparecido. Bill Riley, mi carcelero, se fue a cenar y no ha vuelto. ¿Qué puede hacer un hombre solo?

—¿Le importa que hable con el negro? pregunto Rhett. Tú quédate aquí, Archie. —Y le guiñó el ojo—. Le pegarías un susto al chico.

—Por supuesto que no, señor. Claro que puede usted hablar con él. De verdad que es una pena que se haya metido en este apuro tan tremendo.

El pasillo de la prisión olía a jabón de lejía, orinales y vidas destrozadas. Una celda estaba ocupada.

Tunis permanecía sentado con la espalda apoyada contra el muro de piedra encalada. Una lente de sus gafas había desaparecido y la otra estaba rota. Su traje de los domingos estaba para tirar. Levantó la vista, pero no se puso en pie.

—Hola, capitán.

Rhett emitió un silencioso silbido.

—Menuda paliza te han dado.

—El sheriff no es del todo malo. Le ha enviado a Ruthie mi telegrama.

—¿Por qué tú?

Cuando se removió en su asiento, Tunis tuvo que contener la respiración para que su dolorido cuerpo se adaptara a la nueva posición.

—La suerte que tiene uno, supongo. Su chico… coloqué a su chico en un vapor inglés. El chico no parecía profesarle demasiado aprecio.

—No me lo profesa. ¿El *Widow* se hundió?

—A menos de dos millas de Freeport. ¿Cómo se le ocurrió a usted instalar

motores tan grandes en ese barco?

—En aquel momento me pareció una buena idea.

Media hora después, cuando Rhett salió del calabozo, el sheriff le preguntó:

—¿Dónde se ha tropezado usted con él? —Por un instante, Rhett pensó que se refería a Tunis—. Este Archie… —A través de la baja ventana del sótano, Rhett sólo podía ver botas de hombre y perneras de pantalón—. Sólo hay tres familias en Mundy Hollow. Creo que estoy emparentado con todas ellas. Archie estuvo en el penal, ¿sabe?

—Mató a su mujer.

—Hattie tonteaba por ahí. Era prima de la tía de mi madre. Los Flytte nunca tuvieron demasiada importancia. Los Watling parece que no conseguían levantar cabeza, por mucho que lo intentaran. Y los Talbot… cualquier Talbot con un poco de ambición y voluntad se abría camino. Soy Oliver Talbot —se presentó el sheriff—. Tuve que aceptar el cargo de sheriff porque todos los hombres que gozaban de buena salud estaban en el ejército. Ahora los federales quieren sustituirme por otro que jamás ha ocupado un cargo ni luchado por la Confederación. Pocos hombres aquí pueden decir lo mismo.

—Sheriff…

Pero el hombre no quería que lo distrajeran de su tema.

—Claro que está Bill McCracken. Cuando el preboste vino para alistar a Bill, éste huyó al bosque. Bill no sabe leer ni escribir, pero a lo mejor eso no importa. Y no ha estado ni un solo día sobrio, pero a lo mejor eso tampoco importa. ¿Dónde conoció a Archie Flytte?

—En la división de Forrest.

—Ya. Archie y los suyos han estado aterrorizando a nuestros negros. La Oficina de Libertos ya ha estado un par de veces aquí por culpa de Archie Flytte. Cierto que ningún blanco quiso declarar y ningún negro se atrevió a hacerlo. —El sheriff se rascó la cabeza—. Al último chico que mataron lo primero que hicieron fue cortarle el miembro. Ya me dirá usted, señor, por qué tuvieron que hacerlo. Después lo tumbaron sobre un montón de estacas de madera de castaño y lo quemaron vivo. El pobre ya estaba muerto cuando lo ahorcaron. —Señaló los calabozos con el pulgar—. Ese negro seguramente le habrá dicho que no hizo nada.

—¿Cambiaría la situación si fuera cierto?

—Probablemente no.

—¿Qué va a hacer?

—He telegrafiado a Atlanta. A lo mejor enviarán a unos cuantos soldados de la Unión y a lo mejor no. Ya está oscuro a las seis, que es cuando yo me voy a casa a cenar. Creo que después me quedaré en casa.

—¿Y la mujer que presentó la denuncia? ¿Dónde puedo encontrarla?

—¿A la pequeña Lisa? Oh, es una vergüenza. Una auténtica vergüenza.

La taberna de Bert estaba al otro lado de las vías del ferrocarril, en Darktown. Bert, un fornido sujeto de grasiento pelo negro, le dijo a Rhett que encontraría a Lisa en la parte de atrás.

—Segunda puerta a la izquierda. —Abrió la boca en una silenciosa carcajada—. Sobre gustos no hay nada escrito.

Los cuartitos de las prostitutas ocupaban una alargada y baja construcción de tablas. Unas toscas puertas no conseguían disimular que su origen había sido un gallinero. Cuando Rhett llamó con los nudillos, una voz apagada le dijo que se fuera.

—¿Señorita?

—Váyase, maldita sea.

Dentro el pestazo era peor. Donde las paredes se juntaban con el techo, la luz y el aire penetraban a través de unas celosías. En un inestable lavamanos había una jarra de vidrio. Unas medias de algodón remendadas y cuidadosamente dobladas estaban colocadas en orden en un cajón de madera volcado. Unas flores marchitas asomaban a través del cuello de un frasco de linimento. El bulto que había debajo de las colchas emitió un gemido, y una mano de mujer asomó para indicarle por señas que se fuera.

—Largo —dijo, sin creer que algún hombre pudiera hacer alguna vez lo que ella quería.

Rhett escanció un poco de brandy en el tapón de su petaca e hizo que los dedos de la mujer lo sujetaran. La cabeza de ella emergió de debajo de la colcha. Se llevó la bebida a la boca, el tapón le rozó los dientes y ella tragó. Esperó un poco a ver si le aguantaba en el estómago. Pasó el momento. Dio un golpecito al tapón y Rhett volvió a llenarlo y ella volvió a tragar. Se incorporó y se apartó el cabello de los ojos. Estaba desnuda.

—Gracias, señor. Usted es un amigo. —Se acarició las mejillas y la mandíbula para ver si había sufrido alguna herida que no recordara. La mirada se le desenfocaba—. Dios mío —dijo—. Pero si yo a usted le conozco.

—¿Lisa?

—¿Capitán Butler? Estaba segura de que jamás lo vería de nuevo. —Cuando sonrió, volvió a ser joven—. ¿Tiene más brandy?

Rhett vació la petaca y ella apuró el licor como si fuera una medicina.

—¿Quiere darse la vuelta mientras me visto? —Soltó una risita y añadió—: Es porque le conozco de antes, ¿comprende?

Rhett se acercó a la puerta abierta y encendió un cigarro que olía bien. A su espalda, Lisa preguntó:

—¿Cómo está aquel chico suyo? ¿Cómo se llama? ¿Tuck?

—Tazewell está a salvo. Ahora estudia en una escuela.

—Era un buen chico. Me gustaba. Ya puede volverse. ¿Tiene otro frasco de brandy? Tengo el estómago revuelto.

Rhett meneó la cabeza.

Ella puso los brazos en jarras.

—¡Míreme capitán! ¿A que estoy hecha un desastre?

Llevaba una sencilla bata de algodón amarillo e iba descalza.

—Ven conmigo. Te invito a cenar.

La chica soltó una risita.

—¿Yo en el comedor del hotel Railroad? Sería tremendo. No, capitán. Bert tiene un acuerdo con el sheriff Talbot: las chicas de Bert no cruzan las vías y el sheriff no viene por aquí.

—¿No estabas en el andén de la estación?

—Puedo recoger clientes en el andén. —Lisa arrugó la frente—. ¿Por eso ha venido? ¿Por el negro?

—Dice que tú hiciste una denuncia falsa, que no te faltó al respeto.

—Bueno, eso es lo que él dice. Capitán, Bert estará encantado de venderle una botella y así usted y yo podremos conocernos un poco mejor. Su hijo y yo nos estábamos haciendo muy amigos. ¿No le gustaría pasarlo bien con una chica que tanto le gustaba a su chico? Sólo tengo dieciocho años.

Rhett dio un respingo.

—Un poco fuerte para usted, ¿verdad, capitán? Pero ¿usted no es un hombre de mundo? Las putas no pueden ser una sorpresa para el capitán Butler.

—¿Por qué mentiste?

Lisa apretó los puños.

—¿Qué le hace pensar que mentí?

—Conozco a Tunis Bonneau de toda la vida.

—Bueno, pues me parece que va a tener que buscarse otro negro.

Rhett abrió el billetero y sacó unos billetes.

—Los sureños hablamos del Norte como si nada de lo de allí valiera la pena. Hay unas pequeñas ciudades en la costa de Maine en las que una viuda confederada con un poco de dinero podría empezar una nueva vida. O también podría irse al Oeste… en el Oeste faltan chicas. Una mujer guapa podría elegir lo que quisiera.

—¿Por qué no va a comprar una botella? —dijo Lisa sin la menor inflexión en la voz.

—Pero ¿es que no aspiras a algo más que esto? —Rhett señaló con un gesto el pequeño cuarto.

Los rasgos de la muchacha se endurecieron.

—Hijoputa. ¿Quiere que le diga a esta gente que mentí? ¿Qué le diga a toda la ciudad que Lisa cayó más bajo que un cochino negro de mierda?

Cuando Rhett Butler, con la cara cenicienta, subía por la acera del Palacio de Justicia, el sheriff Talbot estaba saliendo. Los hombres miraron al cielo o a cualquier otro sitio menos al sheriff, el cual no abrió la boca al pasar por su lado.

—¿Dónde estaba, capitán Butler? —preguntó Archie.

—Con una puta.

La sonrisa de Archie se esfumó.

—No me gustan las putas.

Cuando el sol se puso detrás del Palacio de Justicia, aparecieron las botellas.

—Creo que el sheriff Talbot esperaba que los soldados de la Unión llegaran aquí antes del anochecer —dijo Archie.

—¿Por qué esperar a que oscurezca? —preguntó Rhett.

—Ciertas cosas no son aptas para que las vean las mujeres y los niños.

—Siempre fuiste muy remilgado.

—Y a usted siempre le han gustado las palabras de doble sentido. Supongo que pensó que me haría enfadar. Mi capitán, usted no puede hacerme enfadar en ninguna circunstancia. Usted me salvó la vida, puede que mi vida no valga gran cosa, pero usted fue el único que me la salvó.

—¿Y si te dijera que este chico no ha hecho nada?

Archie lo miró sinceramente perplejo.

—Es un negro, ¿no?

Mientras Rhett entraba en la oficina del sheriff, un hombre arrojó una cuerda alrededor de una resistente rama de un árbol y otros derribaron la valla que rodeaba la casa de un negro liberado. El negro se había ido al Norte y los blancos pobres que habían alquilado su casa no opusieron resistencia.

El sheriff había cerrado los archivadores y el escritorio de su despacho. La papelera estaba cuidadosamente colocada sobre la superficie del escritorio para que la limpiadora negra la vaciara. Rhett sospechaba que la papelera se pasaría un buen rato allí.

En su oscuro calabozo, Tunis estaba rezando de rodillas.

—Lisa no quiere cambiar su declaración.

—Si la cambiara, no creo que sirviera de nada.

—Tampoco ha aceptado dinero.

—¿Quizá podría darle parte de él a Ruthie y a mi chico?

—Cuidaré de Ruthie y del chico.

—Usted no está en deuda conmigo. No fue el capitán Butler quien mantuvo cerradas las válvulas de escape de emergencia del vapor. Eso lo hizo el capitán Bonneau. —Una leve sonrisa aleteo sobre el rostro de Tunis—. Aquella noche yo sabía que los federales estarían esperando a que saliéramos. Navegábamos por los bajíos de Cape Fear a una velocidad de veintidós nudos. Mi barco era el más rápido que hubo jamás.

—Aún tendrías el *Widow* de no haber sido por mí.

—A usted nunca le gustó que nadie hiciera nada por usted, ¿verdad, Rhett? Siempre tenían que ser las manos del capitán Butler las que estuvieran al timón. En fin, mi barco se hundió y ahora yo voy a morir. Usted no puede evitarlo.

—Siempre fuiste un hijo de puta muy testarudo.

—El negro que no es testarudo sigue siendo negro toda la vida. Pero temo lo que me van a hacer antes de matarme. Cuando vea a Ruthie, dígale que la amo. Nathaniel Turner Bonneau… a que suena bien este nombre para un chico.

—Desde luego que sí —dijo Rhett.

En el exterior de la cárcel, las voces de los hombres se elevaban como las olas antes de una tempestad.

Tunis sonrió.

—Es curioso lo que puede pensar un hombre. Tengo miedo… me muero de miedo. Y sólo se me ocurre pensar en los tiempos felices. Recuerdo la primera vez que puse los ojos en Ruthie. Fue durante una merienda campestre de los baptistas y yo le regalé un pastel. Era una tarta de manzana. Recuerdo lo que sentí cuando nació el pequeño Nat y la sensación que experimenté cuando conseguimos burlar el bloqueo de Charleston por última vez. Nunca comenté lo que usted hizo: el capitán Rhett Butler en la timonera, pero ni todos los disparos federales de este mundo podrían haber conseguido que bajara.

—Algunas cosas se te quedan grabadas en la memoria —dijo Rhett en voz baja—. ¿Conociste a Will, el supervisor del dique?

—El abuelo Thomas hablaba muy bien de Will.

—Will fue para mí mejor padre que el mío propio. Tampoco pude salvarlo.

Ambos hombres permanecieron en silencio hasta que Tunis tragó saliva y dijo:

—Hay una cosa que usted puede hacer por mí, Rhett. No quiero pasar por lo que van a hacerme. Le necesito… le necesito para que me pegue un tiro. —Tunis se frotó los labios como si quisiera borrar las palabras que acababa de pronunciar. Esbozó una repentina, nerviosa y radiante sonrisa y las palabras se le atropellaron en la boca como si temiera no tener tiempo de terminar—: ¿Recuerda cuando éramos pequeños y nos fuimos con el esquife de mi padre hasta Beaufort? ¡Anda que papá no me calentó el trasero! Pero mereció la pena… nosotros dos y el viento que nos empujaba. Jamás vi un cielo tan azul. Rhett, vale la pena vivir toda una vida si una vez, aunque sólo sea una, puedes ver un cielo tan azul como aquél.

Los hombres que aquella noche se comportaron como bestias en el Palacio de Justicia del condado de Clayton habían sido soldados que habían matado y tenían amigos que habían muerto a su lado. La muerte no era una desconocida para ellos. Aquella noche le tocaría el turno a aquel negro; mañana puede que les tocara a ellos. Aunque algunos estaban locos o eran medio tontos o estaban borrachos, otros eran hombres respetables que actuaban por sentido del deber.

Si antes de la guerra aquellos hombres tan respetables no «habían bajado a las cabañas» para disfrutar de una chica negra, conocían a muchos que sí lo habían hecho. Aunque la derrota no los había acobardado, aquellos hombres temían el futuro y no concebían que los negros no hicieran a las mujeres blancas lo que los blancos habían hecho a las negras.

Archie Flytte les dijo:

—Tú, tú y tú, id a buscar al negro. De lo contrario, nos entorpeceremos el trabajo los unos a los otros. Que alguien arroje aceite de lámpara a la hoguera.

Cuando oyeron el disparo —más parecido al de una pistola de aire comprimido que al de una pistola de verdad—, Archie lo comprendió enseguida.

—Esperad un momento —dijo—. Sólo un maldito momento.

Archie corrió hasta el calabozo donde Tunis Bonneau yacía muerto sobre el suelo de piedra. Rhett Butler encendió una cerilla y se la acercó al cigarro; la llama se estremeció.

—Maldito sea, Butler —Archie propinó un puntapié a la puerta del calabozo—. Maldito sea, Rhett Butler. ¿Por qué demonios lo ha hecho?

Rhett contestó:

—Este negro le faltó al respeto a una mujer blanca.

28
Bajo arresto federal

La muchedumbre bajó en tromba por el pasillo hasta llegar al calabozo. Un hombre medio calvo de mediana edad propinó repetidos puntapiés a la cabeza de Tunis.

—¡Maldito negro! ¡Maldito seas!

Un indignado anciano sentenció:

—¡Muerto no es un ejemplo para nadie! Un negro muerto no es un ejemplo.

Todos miraban de soslayo a Rhett Butler como lobos alrededor de una hoguera. Rhett sujetaba la pistola en el interior del bolsillo de su chaqueta.

La dura voz de Archie Flytte atravesó los murmullos:

—¡El capitán Butler es un caballero! ¿Conocéis a algún caballero con más sentido común?

—Tendría que ocupar el lugar del negro —farfulló un decepcionado muchacho.

—Pero ¿qué dices, chico? ¿Quieres que ahorquemos a uno de los soldados del general Forrest? ¿Que ahorquemos a un hombre que luchó al lado de Archie Flytte? Serás hijo de puta.

Archie lo agarró por la pechera de la camisa y lo arrojó contra la multitud.

—¡Tenemos que dar un ejemplo! —dijo el viejo.

Otro viejo soltó en tono asqueado:

—¡Que se vaya todo a la mierda! Ya llego tarde para la cena.

—Dejad tranquilo a Butler. Tenemos negros suficientes para quemar. —El hombre soltó una sorprendida carcajada ante aquella muestra de su propio ingenio—. ¿Lo habéis oído? ¡Tenemos negros suficientes para quemar!

Mientras arrastraban el cadáver por el pasillo, los hombres lo golpeaban y le soltaban salivazos en la entrepierna. Un hombre de mirada enloquecida se empapó un dedo con la sangre del orificio abierto por la bala en la frente de Tunis y se introdujo el dedo en la boca.

Cuando la turba sacó el cadáver fuera, Rhett y Archie se quedaron solos en el despacho del sheriff.

Archie se sacó del bolsillo una porción de tabaco cubierta de pelusa, arrancó una parte con los dientes y se la colocó bajo la nariz.

—Durante todos los meses que cabalgamos juntos yo hice todo lo que usted me dijo. Fui a por leña, abrevé los caballos y me encargué de buscar nuestro sustento. Si había un sitio duro donde tumbarse y otro más blando, usted extendía su gabán sobre el más blando. Yo fingía no darme cuenta de que me miraba por

encima del hombro. Usted debía de pensar que era tonto de remate. Capitán Butler, usted me salvó la vida. Por eso yo estaba en deuda con usted. Ahora ya no lo estoy. Usted y yo estamos parejos.

Cuando Archie se fue, Rhett se desplomó resbalando por la áspera pared de piedra y soltó el revólver. Le dolía la mano de tanto apretarlo. Se miró la trémula mano y la flexionó. Era una mano, sólo una mano, pese a lo que hubiera hecho.

Oyó un sordo ruido cuando el aceite de la lámpara avivó el fuego. Las ventanas del sótano se iluminaron con reflejos rojizos. Y volvieron a oscurecerse cuando arrojaron a Tunis a las llamas.

Rhett apagó la linterna y se sentó detrás del escritorio del sheriff mientras el populacho aullaba y una voz desentonada cantaba:

—*¡Viviré en Dixie y moriré en Dixie! ¡Viviré y moriré en Dixie!*

Cuando el olor a carne quemada se filtró al sótano, Rhett encendió otro cigarro y dio unas cuantas caladas hasta que el extremo adquirió un suave brillo incandescente. Experimentó un acceso de tos y náuseas y se le revolvió el estómago. Fue dando caladas hasta que el cigarro le quemó los dedos.

Poco después sacaron a Tunis del fuego para ahorcarlo y empezaron a disparar. Se pasaron un rato lanzando gritos y efectuando disparos.

Sobre las cuatro de la madrugada, la luna se ocultó y los hombres regresaron a casa para acostarse en sus mullidos lechos junto a sus amadas esposas y sus hijos.

Ya estaba clareando cuando Rhett salió. Tres hombres permanecían sentados alrededor de la hoguera, pasándose una botella. Lo que había sido el capitán Tunis Bonneau —el marido de Ruthie, el padre de Nat, el amigo de Rhett— colgaba de la rama de un castaño. Más parecía el tronco navideño del año anterior que un hombre.

Algo brilló junto a la bota de Rhett. Éste se inclinó a recoger la montura metálica de las gafas sin cristales de Tunis.

Uno de los borrachos se levantó tambaleándose, se acercó al fuego, se salvó de caer al mismo agitando los brazos en el aire, consiguió recuperar el equilibrio y se alejó zigzagueando calle abajo.

Zureando, unas palomas se posaron en el césped del Palacio de Justicia. Dos cuervos hicieron lo propio en la rama del castaño; uno extendió las alas y graznó, el otro se abatió sobre la cosa quemada y la picoteó.

Apareció el sheriff Talbot.

—Buenos días, Butler. —La mirada del sheriff no se desvió hacia el cuerpo—. Tengo entendido que ha matado usted a mi prisionero.

—Sí.

—Bueno, no digo que si yo hubiera sido el negro no hubiera querido lo mismo, pero eso no cambia los hechos.

—Los hechos no cambian.

—No, señor, no cambian. Usted mató al negro que estaba bajo mi custodia y tengo que arrestarlo y mantenerlo bajo mi custodia hasta que lleguen los soldados

de la Unión. Tendrá que entregarme su pistola, señor. Espero que no le importe.

Ambos se sentaron en los peldaños del Palacio de Justicia hasta que apareció una avanzadilla de la caballería federal por la calle principal de Jonesboro. El capitán desmontó, movió las entumecidas piernas y se frotó las posaderas. Después echó un vistazo a la cosa carbonizada que había sido un hombre. Sus hombres aflojaron las cinchas de las sillas y dejaron que sus caballos pacieran en el césped. Sin prestar atención a los borrachos dormidos, un soldado propinó un puntapié a las brasas y avivó el fuego. El capitán mostraba la irritada expresión propia de un veterano obligado a prestar un servicio desagradable. Le hizo una seña al sheriff.

—Este de aquí es Rhett Butler —dijo Talbot—. Fue él quien mató al negro.

—¿Butler?… ¿Butler? Señor, lo estábamos buscando. Tendrá que acompañarnos al cuartel general del ejército.

—El negro estaba bajo mi custodia y Butler lo mató de un tiro. Ésta es la pistola que utilizó.

El capitán se introdujo la pistola en el cinto.

—Sheriff, corte la soga de esa cosa y que la entierren.

—No sé si puedo hacerlo, mi capitán. Los chicos la colgaron y ellos cortarán la soga. No quieren que nadie se entrometa.

—¡Sargento!

Cuando el sargento se acercó, los cuervos levantaron el vuelo graznando. El sargento cortó la soga con el sable. El ruido que hizo Tunis Bonneau al tocar el suelo quedó grabado para siempre en el alma de Butler.

Aquella tarde Rhett cabalgó con la patrulla federal bordeando el ferrocarril de Macon y Western hasta Atlanta. Los vagones incendiados y volcados se habían apartado a un lado. Los nuevos y relucientes raíles serpeaban a lo largo del antiguo lecho de la vía.

El centro de Atlanta era un paisaje lunar de muros rotos, chimeneas caídas, montones de ladrillos y fragmentos de máquinas fundidas cuyas funciones originales resultaban inescrutables. El Georgia Railroad Bank había quedado reducido a un muro derribado. El inmenso techo del cobertizo de los coches estaba arrugado como una manta sobre sus propias ruinas. Se había construido a toda prisa una tabla redonda para locomotoras en el interior de los muros circulares sin techo de lo que antaño fuera el depósito de locomotoras.

Había soldados federales por todas partes; las tiendas de campaña de su campamento rebasaban los confines de la plaza pública.

Mientras los uniformados de azul iban de un lado para otro y los antiguos esclavos exploraban su libertad, los habitantes de Atlanta se estaban recuperando. Aquí unos hombres se apropiaban de los ladrillos de un muro chamuscado por un incendio; allá unos inseguros andamios sostenían a unos obreros que estaban colocando en su sitio una piedra angular.

Antes de que Rhett y su escolta llegaran al cuartel general federal, la noticia ya se había divulgado por todas partes: «El capitán Butler ha vuelto y ha sido detenido», «Rhett Butler ha venido con una patrulla federal».

La patrulla atravesó la destrozada estación ferroviaria para adentrarse en un barrio que se había salvado milagrosamente de los incendios.

Antes de la guerra, Rhett había estado en la casa del juez Lyon, convertida ahora en cuartel general del ejército. Las columnas corintias de la casa necesitaban una mano de pintura y la balaustrada presentaba varios huecos en los lugares donde se habían arrancado los balaustres para utilizarlos como leña.

Rhett pasó con su escolta por delante de unos centinelas que se cuadraron a su paso y entró en lo que antaño fuera el despacho del juez. Tres oficiales se estaban calentando delante de la chimenea y un sargento de redondo rostro estaba escribiendo en el libro de registro.

Este posó la pluma.

—¿Que nos trae, mi capitán?

—Lo hemos detenido en Jonesboro. Rhett Butler. Ha matado a un negro.

Se acercó un oficial.

—Rhett Butler, Rhett Butler. Me parece… Apuesto a que no se acuerda de mí.

Rhett parpadeó y meneó la cabeza.

—Tom Jaffery. ¿Se acuerda ahora? ¿En el campo de honor de aquel duelo? ¿En Charleston? Dios mío, lo novato que era yo entonces.

—Y ahora es capitán —observó Rhett.

—Nunca he servido para otra cosa que ser soldado. —Hizo una pausa—. Lo estábamos buscando. Ordenes directas de la superioridad: tráigannos a Rhett Kershaw Butler.

—Pues ya me han traído.

El sargento anotó el nombre de Rhett en el registro y ladró:

—Hopkins, telegrafíe al Departamento de Guerra, tenemos a Butler.

Tomó el billetero y el reloj que Rhett le entregó y se los guardó con aire ausente en el bolsillo.

Tom Jaffery lo escoltó calle abajo hasta el cuartelillo de bomberos que ahora se utilizaba como prisión militar.

—Butler, pero ¿en qué lío se ha metido ahora?

El cuartelillo de bomberos n° 2 contemplaba el escenario de un incendio que no había conseguido sofocar. Seguía conservando en buena parte su aspecto de cuartelillo de bomberos. La presencia de los centinelas no podía ocultar el propósito inicial de las amplias arcadas a través de las cuales las bombas tiradas por caballos salían al galope mientras resonaban las campanas de alarma de la achaparrada cúpula del tejado.

La planta de los vehículos albergaba a delincuentes de poca monta.

En el pasillo del segundo piso, un centinela montaba guardia delante de cada puerta. Un casco de cuero de bombero colgaba al lado de la ventana del pequeño cuarto de Rhett. Una cama de hierro y una sencilla mesa completaban el

mobiliario. Hacía un frío espantoso.

Jaffery titubeó un poco antes de decir:

—Lamento verle en estas circunstancias. ¿Hay algo que pueda hacer por usted? ¿Alguien a quien usted quiera que le sean comunicados los hechos?

—Me gustaría que me facilitaran material de escritura. —Hizo una pausa—. Jaffery, aquella brumosa mañana a orillas del Ashley… ¿qué pensó usted de nosotros?

—Pensé que eran unos chiflados —contestó Jaffery—. Todos y cada uno de ustedes.

Cuando el capitán se retiró, el centinela del otro lado de la puerta volvió a acomodarse en su silla, la cual crujía cada vez que él cambiaba de posición. De vez en cuando, el hombre tosía.

Rhett depositó las gafas rotas de Tunis sobre la mesa. Podrían haber sido el esqueleto de alguna pequeña e inofensiva criatura. Al ver el vaho de su propia respiración, se subió las solapas de la chaqueta. Oyó el chirrido y el seco chasquido de una cerilla cuando el centinela encendió su pipa. Después aspiró el olor del tabaco quemado.

Oyó un apagado ruido procedente del cuarto de al lado cuando su ocupante se levantó de la cama. El hombre empezó a pasearse arriba y abajo.

Desde la alta ventana con barrotes vio salir la luna sobre las interminables ruinas envueltas en las sombras. Los buscadores de basura recorrían la ciudad arrasada buscando tejas de madera para usarlas como leña y trozos de hierro y latón para vender. Antes del amanecer, Rhett ya conocía a varios de ellos por su tamaño, su velocidad y su manera de moverse de sombra en sombra, aunque no habría podido decir si eran blancos o negros.

Un joven soldado de orejas descomunales y rostro cubierto de ronchas le llevó un cuenco de gachas frías de avena y el material de escritura. Cuando Rhett le pidió una segunda manta, el muchacho se disculpó:

—No puedo, señor. Ordenes del Departamento de Guerra. ¿Qué ha hecho usted para que estén tan enfadados?

Rhett garabateó una rápida nota para un senador de Connecticut con quien había hecho negocios en tiempo de guerra. Dedicó el resto de la mañana a escribirle una larga carta a Ruthie Bonneau.

Las pobladas patillas de Rufus Bullock habían sido recortadas por un barbero y, cuando el hombre se sentó en la cama de Rhett con las piernas cruzadas, Rhett observó que sus zapatos eran tan nuevos que ni siquiera tenían las suelas arañadas. El abrigo de lana de Bullock era tan grueso como una manta de caballo.

Bullock meneó tristemente la cabeza.

—Pero ¿qué has hecho, Rhett? Soy un hombre importante en el Partido Republicano de Georgia, pero he tenido que suplicarle al mismísimo general Thomas la autorización de una visita. He venido en cuanto he podido.

—Tunis Bonneau… —dijo Rhett.

—El negro les importa un bledo. Sólo te ahorcarán si los obligas a hacerlo.

—El negro se llamaba Tunis Bonneau. Era un liberto. El hogar de su familia estaba a orillas del río más abajo de Broughton.

—Lo conocí. Su suegro, Fields Prescott, es muy importante. Rhett, la acusación de asesinato es un pretexto. —Rufus miró con recelo alrededor antes de añadir en un susurro—: Dicen que tienes en tu poder el tesoro confederado.

Rhett cerró los ojos.

—Ah, sí. Aquel tesoro.

Rufus frunció el entrecejo.

—¡Rhett, no es como para tomárselo a broma!

—Pues vaya si lo es, Rufus, amigo mío. La Confederación jamás tuvo ningún tesoro. Lo único que tenía la Confederación era una imprenta. —Rhett tuvo que hacer un esfuerzo para mostrarse educado—. Te veo muy próspero, Rufus.

—Los republicanos quieren que me presente para el cargo de gobernador.

—Los antiguos confederados no pueden acceder a ese cargo.

—Yo no he sido confederado.

—¿Y el nombramiento de coronel que te otorgaron?

—Honorario, Rhett. Era algo puramente honorario. Jamás presté el juramento confederado. Durante la guerra fui representante de la Southern Express Company y supervisé los envíos de carga. Si el gobierno confederado contrató los servicios de la compañía, ¿cómo podía negarme? El negocio es el negocio, ¿no?

—O sea que ahora eres un republicano del Sur, ¿verdad, Rufus?

El otro sacó pecho y meneó un dedo.

—¡Yo nací en el Norte! —Se frotó las manos—. Qué frío hace aquí.

—Pues sí.

—Rhett, amigo, por favor, escúchame. Los congresistas republicanos Sumner, Blaine, Tad Stevens… no quieren que se les deje de lado. Si no quieres que te ahorquen por el asesinato de Tunis Bonneau, será mejor que seas flexible en la cuestión de tu dinero.

—Gracias, Rufus, sé que me lo dices de buena fe.

Bullock habló hasta hartarse de sus propios razonamientos. Cuando se levantó para marcharse, Rhett le entregó las cartas para que las echara al correo. Bullock examinó las direcciones.

—Rhett, ¿de qué conoces al senador?

—Conozco a muchísimas personas, algunas de ellas menos honradas que tú, amigo.

—Tengo un correo que mañana sale con destino a Washington. Entregará tu carta directamente en mano.

Rhett se encogió de hombros.

—Como quieras. La carta a la señora Bonneau es más importante.

Rufus Bullock le dejó su nuevo abrigo de lana, pero aquella noche el soldado,

cuando le sirvió a Rhett la cena fría de remolacha con patatas, se lo quitó.

29
La horca en el jardín

A pesar de la magra dieta y las temperaturas sólo ligeramente por encima de la congelación, Rhett no tenía frío ni estaba hambriento. No tenía miedo ni estaba enojado.

El recluso del cuarto contiguo se pasaba el rato tosiendo y arrastrando los pies, y gimoteaba en sueños. Aunque Rhett jamás se comunicaba con él, su presencia era un vago consuelo.

Pensaba en Tunis Bonneau. Se preguntaba qué habría sido de Mistletoe, la esposa de Will, el supervisor del dique.

Exceptuando las horas de la parte más templada del día en que podía dormir, Rhett se pasaba el resto de la jornada sentado en su cama de hierro contemplando la desolación que se veía por su ventana. Desde el ocaso hasta el amanecer, los buscadores de desperdicios vagaban por aquel lugar, correteaban de acá para allá y se peleaban por los trofeos. Y desde el amanecer hasta el ocaso nuevos edificios se levantaban en aquel maldito terreno baldío. Toda la feroz energía de los buscadores de restos no cambiaba nada, pero los constructores estaban modificando el perfil de la destruida ciudad.

Rhett no contaba los días y las semanas que llevaba prisionero.

Una mañana nevó. Unos gruesos y lentos copos suavizaron el herido paisaje. Unos soldados calzados con ruidosas botas se presentaron para llevarse al preso del cuarto de al lado.

—Soldado Armstrong, ha llegado la hora.

El forcejeo del hombre hizo estremecer el tabique de separación. Cuando los golpes, los jadeos y las maldiciones terminaron y el hombre fue inmovilizado, éste gritó:

—¡No! ¡No! ¡No!

Sus negativas perdieron fuerza cuando los soldados lo arrastraron escaleras abajo mientras él seguía gritando:

—¡Nooo!

Aquella misma tarde dos negros montaron un baño de asiento en el cuarto de Rhett y el joven soldado de la cara salpicada de ronchas entró con dos cubos de agua caliente.

—Ahora todo se arreglará, señor —dijo el chico—. Ha venido el señor Puryear desde Washington. Ahora todo se arreglará.

Cuando Rhett se desnudó y se envolvió en una manta limpia de lana, el soldado le entregó una pastilla de suave jabón francés.

—La he sacado de su maleta, señor. Espero que no le importe.

Mientras Rhett se sumergía en el agua caliente, murmuró:

—Apártate de mí, Satanás.

Peanut, el barbero del hotel Atlanta, se presentó para afeitar a Rhett. Cuando el soldado salió del cuarto, el negro murmuró en tono apremiante:

—La señorita Belle dice que tenga valor. El señor Bullock está trabajando para sacarle de aquí. ¡Está en ello!

Cualquier otra cosa que el barbero tuviera que decir quedó interrumpida por el regreso del soldado con la maleta de tejido de alfombra que Rhett había visto por última vez en el hotel Jonesboro.

—Lo siento, Peanut. No tengo dinero.

—No se preocupe, capitán. La señorita Belle ya se ha encargado de pagarme.

Cuando Rhett se hubo vestido con su propia ropa limpia, el capitán Jaffery acudió a recogerlo. Pegó un respingo al ver que Rhett se había quedado en los huesos.

—Lo siento —dijo—. No he podido denunciar esta situación.

Rhett se agarró a su hombro mientras bajaban las escaleras.

En la calle, los ganaderos azotaban a los caballos que avanzaban a través del barro medio congelado. Una gruesa capa de arcilla roja cubría las ruedas de sus carros y se desmenuzaba en pedazos cuando las ruedas giraban.

Una fina película de nieve tapizaba la parte superior de la balaustrada del cuartel general.

El capitán Jaffery escoltó a Rhett hasta la sala de guardia.

—Espere aquí. Comunicaré al señor Puryear que está usted aquí.

El arbolito de la sala estaba adornado con banderolas de papel rojas y verdes, manzanas y cascabeles de guarniciones de caballo. Rhett se calentó junto al fuego. Un rubicundo y bigotudo capitán se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra.

—El Klan está destrozando todo aquello por lo que luchamos.

Pero un teniente sonrió mientras apuntaba con un imaginario rifle y emitía unos sonidos como si amartillara un arma: «Ku-Klux-Klan.»

Jaffery acompañó a Rhett por una negra escalera de madera de nogal arañada por numerosas espuelas. Al llegar a una alta puerta de doble hoja, Jaffery le tendió la mano.

—Cualquier cosa que ocurra —dijo—, le deseo mucha suerte.

El techo de casi cinco metros de altura del antiguo salón estaba rodeado por complicadas molduras de yeso. Las ventanas sin cortinajes que se abrían desde el suelo hasta el techo daban a lo que antes había sido una rosaleda.

La mesa plegable situada al lado de las ventanas estaba puesta para dos. El mantel almidonado de hilo lucía una L bordada en las esquinas, la pesada cubertería de plata procedía de Londres y una botella de Sillery descansaba en una cubitera de hielo.

En el jardín se había levantado una horca y las huellas medio cubiertas de

nieve de unas pisadas cruzaban el jardín y subían los trece peldaños de la plataforma. La trampilla estaba abierta: un oscuro agujero negro en la plataforma cubierta de nieve. Dos series de huellas más recientes llegaban hasta debajo de la plataforma, y una silueta ribeteada de nieve señalaba el lugar donde un ataúd había esperado su carga: ahora permanecía apoyado verticalmente al lado de la verja del jardín. La nieve que caía sobre el ataúd se fundía a causa del calor corporal que aún conservaba en su interior. Las tablas de madera brillaban.

—Adiós, soldado Armstrong —susurró Rhett—. Que el otro mundo le sea más propicio.

Se abrió la puerta del salón.

—Hola, Edgar —dijo Rhett sin volverse—. O sea que tú vas a ser un demonio tentador.

—Oh, Rhett, he venido en cuanto me he enterado. —El rígido traje de *tweed* de Edgar Allan Puryear estaba realzado por un chaleco nuevo y una cadena de reloj. Su sonrisa era extremadamente confiada—. Espero que no hayas estado demasiado incómodo. He venido corriendo.

—Tengo que darte las gracias, Edgar. No creo que jamás le haya debido un baño a nadie.

Edgar acercó una silla.

—Siéntate, Rhett, te lo ruego. Comeremos, hablaremos y a ver si podemos sacarte de este lío. ¡Socrates!

Un canoso criado negro contestó a la llamada.

—Ya nos puedes servir, Socrates. —Antes de que el criado se hubiera alejado del alcance del oído, Edgar le reveló a Rhett—: Pertenecía al juez Lyon. No sé qué vamos a hacer cuando se vayan los que son como él.

—¿Servirnos nosotros mismos, tal vez? Bueno, Edgar, veo que has caído de pie.

Puryear apoyó los codos sobre la mesa.

—Tú y yo lo vimos venir, ¿verdad, Rhett? Los necios se aferraron a las fantasías caballerescas, pero los hombres de negocios como nosotros no, ¿eh?

Rhett señaló con la cabeza el ataúd del jardín.

—¿El soldado Armstrong era un hombre de negocios?

—¿Armstrong? No, qué va. Un vulgar asesino. Le pegó un tiro a su sargento estando borracho. —Edgar frunció el entrecejo con semblante pensativo—. Un poco menos de whisky y no lo habría hecho, un poco más y no habría podido. Por culpa de estos pequeños errores de cálculo se pierden fortunas y se ahorca a los hombres.

Rhett permaneció sentado con las manos cruzadas mientras Puryear desdoblaba la servilleta y se la remetía en el chaleco. Socrates descorchó el champán, llenó sus copas y permaneció de pie junto a la pared con semblante impasible.

—¿O sea que ahora eres un verdugo, Edgar?

Puryear se atragantó con el champán.

—Oh, no, no. Yo no he tenido nada que ver con eso —dijo, señalando vagamente hacia la ventana—. Consejos de guerra con el consabido cumplimiento de la sentencia. No, Rhett, ¡yo preferiría que no se ahorcara a nadie! Venga, brindemos por el futuro, por tu futuro.

—No quiero beber contigo, Edgar.

Puryear había levantado la copa para brindar. Tras una levísima pausa, bebió y Socrates volvió a llenarle la copa. Puryear se secó la boca con la servilleta.

—Como quieras —dijo.

Cuando chasqueó los dedos, el criado acercó el carrito de servir a la mesa.

—¿Quiere usted probar la codorniz, señor?

El criado destapó el hornillo que mantenía la comida caliente. Su tenedor y su cuchara de servir permanecieron en suspenso por encima de unas aromáticas exquisiteces.

—Nada, gracias, Socrates —contestó amablemente Rhett.

—Capitán Butler, tenemos estofado de mollejas, trucha fresca de montaña, y este jamón de Virginia que tanto le gusta al general Thomas. Tenemos también batatas, hortalizas fritas, arroz integral, unos bizcochos desmenuzados…

—Por favor, sirva al señor Puryear. Lo veo un poco… debilitado.

Edgar preguntó sin poder disimular su tensión:

—¿O sea que conoces al señor Butler, Tío?

—Oh, sí, señor. Todos los negros conocemos al capitán Butler. De la época de la guerra.

—Pues entonces ya sabes que le ha pegado un tiro a un negro.

Socrates meneó su canosa cabeza.

—Sí, señor. Lo hemos oído decir. Es una lástima que el ejército de Estados Unidos no pueda proteger a los honrados hombres de color.

Edgar eligió los platos, señalándolos con rápidos movimientos del dedo. Cuando tuvo el plato lleno a rebosar, dijo:

—Espera fuera, Tío. Te llamaré si te necesito. —Luego picó un poco de comida—. Rhett, ¿crees de veras que puedes desafiar al Congreso de Estados Unidos negándote a comer?

—Gracias por tu preocupación, Edgar, pero es que no tengo apetito. He disfrutado de excelentes manjares durante mi arresto federal. En Delmonico's no habrían podido alimentarme mejor.

El champán que había bebido no mejoró el ánimo de Puryear. Se secó las manos con la servilleta, soltó un resoplido, se arregló el nudo de la corbata y volvió a empezar.

—Rhett, el Congreso está muy enfadado. Han ahorcado a la señora Surta, cuyo peor delito fue regentar la pensión donde John Wilkes Booth se dedicaba a conspirar. El doctor Mudd, que inocentemente curó la fractura de la pierna del asesino, languidece en la cárcel. Los yanquis están en vena de ahorcar, Rhett. En los tiempos que corren, no conviene destacar por encima de los demás. Y tú destacas, Rhett.

Rhett no respondió.

—Estas mollejas están exquisitas —comentó Puryear.

Rhett esbozó una sonrisa radiante. Edgar Puryear apartó a un lado su plato.

—Rhett, el negro al que has matado les importa un carajo.

—Creo que soy el único hombre de Georgia al que sí le importaba un carajo —dijo apaciblemente Rhett.

—¿Aquella chica, aquella Lisa? He estado en Jonesboro… —Esbozo una relamida sonrisa—. Me lo he pasado bien con la pequeña Lisa.

Rhett se encogió de hombros.

—Sobre gustos no hay nada escrito.

Puryear extendió un dedo acusador.

—Rhett Kershaw Butler, ¿mantuviste o no mantuviste el buque burlador del bloqueo *Merry Widow* en el puerto de Wilmington la noche del 14 de enero de 1865 para poder recibir a bordo un cargamento muy especial?

—Tú sabes que sí, Edgar. Y también sabes por qué lo hice.

—¿Cargaste o no cargaste en aquel buque el tesoro confederado?

Rhett se reclinó en el respaldo de su asiento, entrelazó las manos en la nuca y se desperezó.

—Oh, Edgar. Eres un personaje tan lamentable… ¿Es ésta la mejor idea que se os ha ocurrido a ti y tus amigos yanquis para robarme el dinero?

—¿Crees que vamos a permitir que te quedes con la fortuna que ganaste burlando el bloqueo de Estados Unidos?

—Edgar, estoy absolutamente arruinado. Tienes delante de tus ojos la prueba viviente de la imprudencia. Aunque mi querida madre siempre predicaba que un céntimo ahorrado es un céntimo ganado, yo fui sordo a sus consejos. Estoy arruinado, no me queda ni un céntimo, me he quedado tan seco como una torta de maíz.

Edgar meneó el dedo.

—No nos subestimes, Rhett. Nuestros agentes se han entrevistado con tu banquero… ¿cómo se llama… Campbell? No queremos quedarnos con todo tu dinero. Nos daríamos por satisfechos con una… parte razonable.

Rhett se levantó.

—Gracias por la mejor comida de la que he disfrutado en muchas semanas, Edgar. Creo que esta noche no tomaré café. El café me altera el sueño.

30
El engaño

Después de aquella entrevista, Rhett recibió tres mantas, raciones normales de comida de soldado e incluso algún que otro periódico de vez en cuando. Edgar Puryear lo visitó otras dos veces, pero ya no volvió a invitarlo a ninguna cena con paisaje de horca al fondo. Aunque le pidió a Rhett que entregara a las autoridades federales los beneficios obtenidos con la burla del bloqueo, su argumento más convincente —el de que Rhett sería ahorcado en caso de que no lo hiciera— fue perdiendo fuerza a medida que pasaban los días. Para asombro de Rufus Bullock, los poderosos senadores se estaban poniendo de parte de Rhett. La víspera de Año Nuevo nadie, excepto el propio capitán Butler, recordaba que Rhett Butler había disparado y matado a Tunis Bonneau.

Una fría tarde de enero, el capitán Jaffery llamó a la puerta.

—Tiene una visita, capitán Butler. Su «hermana» Scarlett ha venido a verle. —Jaffery sonrió como un colegial.

—La querida, queridísima Scarlett. Qué buena ha sido mi hermana al venir —contestó Rhett con la mente convertida en un torbellino.

—Una mujer muy guapa, su hermana. —Jaffery le entregó la chaqueta.

—Pues sí, creo que sí.

Scarlett. Era su nuevo mundo. La luz del sol, la esperanza y todo lo que él siempre había deseado. Los peores acontecimientos que había vivido se perdieron en el pasado.

Los dos hombres bajaron ruidosamente por la escalera del cuartelillo de bomberos pasando por delante de los centinelas y salieron al frío de la calle. El júbilo se apresuró a ocupar el lugar en que previamente se había alojado la resistencia a Scarlett, y Rhett ya no pudo dejar de sonreír.

—Buenos días, señor. Qué mañana tan bonita, ¿verdad? —le dijo a un carretero perdido de barro cuyo carro cargado hasta el tope estaba cubierto de fango.

El hombre lo miró con extrañeza.

Rhett se tocó el sombrero para saludar a dos damas de Atlanta que no estaban demasiado ocupadas despreciando a los odiados soldados yanquis como para no poder despreciar al célebre capitán Butler.

Subió los conocidos peldaños del cuartel general federal, giró a la derecha y después entró en una habitación llena de soldados yanquis, donde se encontraba Scarlett.

Al verla, Rhett Kershaw Butler se olvidó de quién era y olvidó todas las

dolorosas lecciones aprendidas. Llevaban tanto tiempo separados… le pareció que había transcurrido toda una vida.

Scarlett lucía un vestido de terciopelo verde musgo y un sombrero alegremente adornado con plumas. Se encontraba en la misma habitación que él. Había acudido a verlo. Su sonrisa. Ella misma en persona. Rhett trató de reprimir las lágrimas.

—¡Scarlett! —exclamó, besándola en la mejilla—. Mi querida hermanita.

Un capitán yanqui protestó:

—Sumamente incorrecto. Tendría que estar en el cuartelillo de bomberos. Ya conoces las órdenes.

—Por el amor de Dios, Henry —replicó el capitán Jaffery—. La señora se congelaría en ese establo.

Para que hermano y hermana pudieran disfrutar de un poco de intimidad, Tom Jaffery mandó retirarse a dos oficinistas de un despacho que antaño había sido un cuarto de servicio. Iluminado por la luz que penetraba a través de la ventana, el yeso ligeramente coloreado de la pared mostraba todavía el lugar donde antes estaban fijados los estantes de los platos. Varios fajos de órdenes militares colgaban de unos clavos de los arrimaderos.

Cuando Rhett se inclinó para besar a Scarlett, ésta apartó el rostro.

—¿Es que ahora tampoco puedo besarte?

—En la frente, como un buen hermano.

—No, gracias. Prefiero esperar cosas mejores.

Rhett Butler volvía a sentirse de nuevo como un joven. Como si todo fuera posible, como si el mundo fuera algo recién estrenado.

Scarlett le dijo que Tara había salido indemne de la guerra. Dijo que su hijo Wade y el pequeño Beau de Melly estaban bien y que Tara contaba con un buen administrador en la persona de Will Benteen.

—¿Y la esposa de Ashley Wilkes?

Como sin darle importancia, Scarlett dijo que la señora Wilkes se alegraba mucho de volver a tener a Ashley en casa. Will Benteen cortejaba a su hermana Careen y Suellen seguía persiguiendo a aquel viejo solterón de Frank Kennedy.

Rhett soltó una carcajada.

—El viejo Frank puede que sea un pelmazo, pero tiene dinero.

Scarlett hizo una mueca.

Tras una pausa, dijo bajando la voz de tal manera que Rhett tuvo que inclinarse hacia delante para poder oírla:

—Mi madre murió a causa de las fiebres. Estaba… muerta cuando regresé a Tara.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Lo siento en el alma, querida. ¿Y Gerald, tu padre?

Ella apartó la mirada.

—Gerald se mantiene ocupado.

¿Se percibía una falsa nota en su voz? Quizá su padre no estaba tan bien

como ella decía. Gerald ya debía de tener sus años.

No importaba. Scarlett había venido a verle. Ella, que lo había despreciado cuando era rico y libre, había venido a verlo ahora que era un prisionero arruinado al que los yanquis amenazaban con ahorcar.

Le dijo que estaba preciosa. Le pidió que se diera la vuelta. Mientras ella giraba, la falda de su bonito vestido verde flotó en el aire dejando al descubierto sus bombachas con ribetes de encaje. Rhett se colocó las manos a la espalda para evitar comérsela allí mismo.

Scarlett le dijo que los fieles negros de Tara habían ocultado el ganado de la plantación en el bosque para que no lo encontraran los seguidores de Sherman, y que Tara había producido veinte balas de algodón el año anterior y que ese año las cosas irían todavía mejor… pero —lanzó un suspiro— la vida era tan terriblemente aburrida en el campo… Ella se había acostumbrado a la vida de la ciudad.

Rhett se preguntaba cómo era posible que Scarlett pudiera aburrirse, a no ser que hubiera pasado revista a todos los chicos del campo.

—Oh, Rhett, pero no he venido aquí para oírte decir bobadas acerca de mí. He venido porque estoy muy preocupada por ti. ¿Cuándo te van a soltar de este terrible lugar?

—¿Y cuando lo hagan? —preguntó él en voz baja, acercándose un poco más a ella.

Scarlett se ruborizó como una doncella. Mientras él se inclinaba, ella levantó la mano y le acarició tiernamente la mejilla. Perplejo, Rhett la tomó en la suya y le volvió la palma hacia arriba. Estaba áspera y agrietada, y las uñas estropeadas. La miró sin comprender. Ella no opuso resistencia cuando él le tomó la otra mano y también le volvió la palma hacia arriba. Eran como sus propias manos cuando trabajaba en los arrozales de Broughton.

Rhett se humedeció los labios con la lengua. De la misma manera que antes su ánimo se había elevado, ahora se hundió. El corazón se le encogió y se convirtió en un objeto duro y miserable. En tono apagado preguntó:

—O sea que todo marcha muy bien en Tara, ¿verdad? Como has ganado tanto dinero con el algodón, puedes venir a visitarme. ¿Por qué me has mentido?

En lo profundo de sus impresionantes ojos vio encenderse un destello… como si fuera una raposa perseguida por la luz de una linterna.

—Pueden colgarme de una horca tan alta como la de Amán el de la Biblia, para lo que a ti te importa.

Rhett le soltó las manos. Qué triste se le antojó de repente aquel cuarto. Lo que había sido una generosa promesa se había convertido en un sucio cuartito ocupado por el asesino de Tunis Bonneau y una tramposa mujerzuela.

Dinero. Quería dinero. Pues claro que quería dinero. Habló rápidamente, sus palabras atropellándose una detrás de la otra. Tara, su amada Tara, tendría que venderse por impago de impuestos y Scarlett no tenía ni un céntimo. Se había confeccionado aquel vestido verde con los cortinajes de una ventana de Tara.

—Dijiste que nunca habías querido a una mujer tanto como a mí. Si me sigues queriendo, puedes tenerme. Rhett, haré cualquier cosa que digas, pero, por el amor de Dios, fírmame un cheque por esta suma de dinero.

¡Qué prodigio tan grande era aquella mujer! Scarlett O'Hara había puesto precio a su amor. Trescientos dólares… Rhett podría disfrutar de su infiel adorada por el precio de un traje de Londres o un caballo bueno. Bien mirado, por trescientos dólares era una ganga. Algunas cortesanas de París cobraban más.

—No tengo dinero —dijo en tono abatido.

Entonces ella se desquició. Lanzó un grito que apagó el murmullo de los soldados de la habitación de al lado. Rhett le cubrió la boca con la mano y la levantó en volandas, pero ella agitó las piernas y trató de gritar y morderlo. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para sujetarla. «Sería capaz de hacer cualquier cosa —pensó Rhett—. Es exactamente igual que yo.» Scarlett puso los ojos en blanco y se desmayó.

Unos oficiales yanquis irrumpieron precipitadamente en la estancia para reanimar a la dama. El capitán Jaffery fue a por una copa de brandy.

Cuando Scarlett O'Hara abandonó el lugar, era una niña derrotada, perdida en sus falsas galas y con un sombrero cuyas alegres plumas —ahora Rhett se dio cuenta— habían pertenecido a la cola de un gallo del gallinero.

Aquella noche, Rhett soñó que asesinaba a una niña. Que le acercaba su pistola *rimfire* a la frente y apretaba el gatillo.

Dos semanas después, cuando el capitán Jaffery le comunicó la noticia de la fuga de Scarlett, Rhett se quedó perplejo.

—Pero ¿es que no le dijo que tenía previsto casarse?

Por un instante, Rhett no tuvo ánimos para hablar.

El capitán le dio una palmada en el hombro.

—¡A lo mejor, la señorita Scarlett pensó que su hermano mayor no daría el visto bueno a su nuevo marido! No hay por qué preocuparse. Frank Kennedy es un hombre absolutamente respetable. —Jaffery se rascó la oreja—. Claro que me sorprende un poco que una mujer como su hermana se haya encaprichado de un hombre tan exigente y remilgado como el viejo Frank… y además, ¿no iba Frank a casarse con otra? —El capitán sonrió con tristeza—. El corazón de una mujer —se acercó la mano al suyo—, ¿quién puede comprenderlo?

—Si Kennedy tiene trescientos dólares, yo sí puedo.

Las forsitias estaban en flor cuando Rufus Bullock le entregó el documento de indulto a Rhett. Llevaba la firma de un senador de Connecticut que no tenía fama de muy indulgente.

—Rhett —preguntó Rufus—, aquella carta que le escribiste, ¿qué le decías, por el amor de Dios?

Butler sacudió el polvo del sombrero que llevaba varios meses sin ponerse y se lo encasquetó con una atrevida inclinación.

—Rufus, el senador hizo una fortuna durante la guerra fabricando forros de algodón para las chaquetas de los oficiales federales. ¿Te preguntaste alguna vez de dónde sacaba aquel algodón de contrabando? —Esbozó una ancha sonrisa—. Vamos, salgamos de este lugar. Es primavera.

31
Una belleza del Sur

Aquel verano hubo sequía. La cosecha de maíz fue muy escasa y casi no mereció la pena desmotar el algodón. Los predicadores blancos no podían explicar a sus fieles por qué Dios había abandonado a la república confederada. Algunos predicadores acariciaban la idea del suicidio; otros perdieron la fe y abandonaron el púlpito. Los predicadores negros y sus feligreses redactaron elocuentes peticiones al Congreso de Estados Unidos en demanda de los derechos que se les habían prometido. Algunos destacados ex confederados —el general Wade Hampton de Carolina del Sur y el general William Mahone entre otros— dijeron que se tenía que conceder el derecho al voto a los negros, señalando que el Sur debería ser reconstruido por blancos y negros juntos. Pero el general John B. Gordon de Georgia y el general Nathan Bedford Forrest de Tennessee utilizaron su prestigio para restaurar el orden anterior a la guerra.

Los idealistas yanquis compraban billetes al Sur para fomentar la educación y la ciudadanía de los negros. Los congresistas republicanos que habían perdido amigos y parientes a manos de los confederados buscaban venganza. Los oportunistas querían darle la vuelta al cadáver del Sur para ver si debajo quedaba algo que mereciera la pena robar.

El ejército de Estados Unidos devolvió los vagones y las locomotoras a las mismas compañías ferroviarias que poco tiempo atrás había destrozado. Aunque las compañías ferroviarias sureñas tuvieron que pagar a sus trabajadores con recortes de tocino y sacos de harina, las vías volvieron a tenderse rápidamente, los puentes y túneles se reconstruyeron y, aunque en algunos tramos a veces hubo que transportar a los viajeros en carros, los trenes volvieron a funcionar.

Con los beneficios de la tienda de Frank Kennedy, Scarlett O'Hara Kennedy compró una sierra de agua. Financiada con torrentes de dinero yanqui, Atlanta se estaba reconstruyendo a una velocidad de vértigo. Ladrillos, cemento de Portland y cal se vendían a precios muy elevados, y carros cargados de pino del norte de Georgia bajaban por la calle Marietta hasta el aserradero de Kennedy. Los ciudadanos como es debido de Atlanta despreciaban a la señora Kennedy «por llevar los pantalones de aquella familia». Ésta montó un segundo aserradero y convenció a Ashley Wilkes de que se pusiera al frente del mismo.

Cuando nació Ella, la hija de Scarlett y Frank Kennedy, resultó que la niña se parecía como una gota de agua al vulgar esposo de Scarlett.

Al morir Gerald O'Hara, el dinero de Scarlett y su administrador Will Benteen ya estaban reconstruyendo Tara.

Una mañana, mientras rebuscaba más hondo que de costumbre en el cajón de su escritorio, a Belle Watling se le ocurrió una posibilidad que la indujo a emitir un jadeo.

La lavandera de Belle se había fugado con el Espectáculo Médico del Remedio Científico del Doctor Jewett, cosa que Belle no descubrió hasta que MacBeth le devolvió la colada sin lavar. En el fondo de su cajón Belle encontró una prenda envuelta en papel de pergamino. Tiró de una esquina y descubrió que era el precioso tejido gris del vestido que Rhett le había regalado mucho tiempo atrás. Belle se sentó y empezó a hacer rápidos cálculos: Scarlett O'Hara se había convertido ahora en Scarlett Kennedy. Ambos tenían una hija. El matrimonio Kennedy duraría hasta que Scarlett fuera una anciana.

El resto de aquella jornada Belle lo pasó tarareando y entonando estúpidas cancioncillas hasta que Minette se quejó diciendo que ella había sido una asidua del teatro de la Ópera de St. Louis de Nueva Orleans y que los «chunta chunta» de Belle eran los sonidos menos musicales que ella jamás había oído.

—Oh, Minette —contestó alegremente Belle—, no querrás que una paloma mancillada cante como una paloma, ¿verdad?

Para consternación de varios maduros clientes que apreciaban los servicios de una querida cómoda y poco exigente, Belle dejó de recibir a los caballeros. Con una dieta a base de verdura, pan y agua, su cintura se redujo considerablemente.

Una tarde, MacBeth la llevó en coche hasta la casa de los Wilkes.

—Rodea la casa hasta la parte de atrás —le dijo nerviosamente Belle—. A través del pasadizo.

Delante de la verja de la cocina de los Wilkes, Belle vaciló. ¿Quién era ella para pedirle nada a nadie?

«Pues Ruth Belle Watling, ésa soy yo.» Tras haberse animado un poco, pasó por delante de las hortalizas de otoño y los cestos de patatas recién cosechadas de Melanie.

Cuando llamó a la puerta trasera, se descorrieron unas cortinas y apareció el solemne rostro de un chiquillo que se introdujo el dedo pulgar en la boca. En respuesta a la tranquilizadora sonrisa de Belle, el niño soltó la cortina y corrió a la parte anterior de la casa.

—¡Mamá, mamá!

—¿Qué quieres, Beau, cariño? ¿Ocurre algo?

Belle oyó pisadas de mujer.

—¿Hay alguien ahí, Beau? Menos mal que me lo has dicho.

La mujer que abrió la puerta estaba delgada —demasiado— y tenía unos enormes ojos oscuros.

—Pero bueno… si es la señorita Watling. ¡Qué sorpresa tan agradable!

—Señora Wilkes, no quería avergonzarla, por eso he venido por la parte de atrás.

—Pero ¿cómo podría usted avergonzarme, querida? Pase, por favor.

Belle entró en la cocina. Cuando Melanie le sugirió pasar al salón, Belle vaciló.

—Gracias, señora, pero ya estamos bien en la cocina.

Mirando a la desconocida, Beau se escondió entre los pliegues de la falda de su madre.

Melanie acercó un taburete.

—¿No se quiere sentar? ¿Le apetece una taza de té?

Belle se notaba la boca seca a causa de los nervios. —Preferiría un vaso de agua.

Melanie accionó la bomba de la jarra hasta que salió el agua fría salpicando a su alrededor. Como el agua de todos los pozos de Atlanta, sabía a hierro.

—Señora Wilkes, le agradezco que me reciba y no voy a molestarla mucho rato. Usted no es tan altiva como otras damas de Atlanta y pensé que podría pedirle…

La dulce sonrisa de Melanie alentaba la confianza de Belle.

Había unas margaritas recién cortadas en un jarrón al lado del fregadero y las claras ventanas daban a un huerto primorosamente cuidado.

—Qué bonito huerto —dijo Belle—. Y qué hortalizas tan bonitas.

—Gracias. Puede llevarse unas cuantas.

—Oh, no, señora Wilkes. No he venido por eso. —Belle bajó la mirada—. He dicho simplemente que eran bonitas.

—Bueno, yo siempre me tomo una taza de té a esta hora de la tarde. ¿No quiere acompañarme? —Se agachó para sacudir la rejilla de la cocina y añadir leña a los fogones.

Era una nueva cocina con un depósito de agua aplicado a la campana. Cuando Belle expresó su asombro, Melanie dijo que era muy útil tener agua caliente siempre a punto. Belle preguntó si al señor Wilkes le gustaba regentar un aserradero y, tras un leve titubeo, Melanie contestó:

—El señor Wilkes fue educado como un caballero.

Belle preguntó si la señorita Pittypat era todavía la propietaria de la casa de la parte de atrás del jardín y Melanie contestó que sí, que ella y su hermano Charles habían sido criados por la señorita Pittypat y que, cuando los Wilkes habían regresado a Atlanta después de la guerra, habían tenido la suerte de poder alquilar la casa que daba al jardín trasero del hogar de su infancia. Cuántos recuerdos.

—¿El señor y la señora Kennedy viven ahora con la señorita Pittypat?

—Pues sí, en efecto. Hemos sido doblemente afortunados. Mi hijo y yo pasamos el último año de la guerra en Tara, la plantación de la señora Kennedy. —Melanie añadió—: Claro que entonces Scarlett no era la señora Kennedy. Scarlett es la viuda de mi hermano Charles.

Belle habría deseado saber si el matrimonio Kennedy era feliz, pero no se le ocurría cómo formular la pregunta. Posó la taza con tal rapidez que ésta tintineó

contra el platito.

—Señora Wilkes, un caballero me ha robado el corazón.

—¡Vaya, Belle, qué buena noticia! Mi propio matrimonio ha sido tan feliz que compadezco a las mujeres que jamás se han casado.

—Las cosas no han llegado tan lejos. El caso es, señora Wilkes, que… —el rostro de Belle resplandecía de emoción— mi caballero es todo un caballero y yo no soy una señora.

Melanie pensó un poco antes de contestar.

—No sé muy bien, señorita Watling, qué importancia puede tener esa distinción. ¿Acaso Dios no ama a todos sus hijos?

—Puede que sí, pero todos sus hijos seguro que no aman a todos sus restantes hijos. En general, los caballeros aman a las damas y los otros aman a las otras. —Belle pensó que ojalá pudiera estar tan tranquila como la señora Wilkes, y que ojalá no hubiera empezado a sudar. ¿Y si una gota le bajaba por el brazo y la señora Wilkes lo veía? Tomó un sorbo de té y siguió adelante. —He venido para hacerle una pregunta señora Wilkes. ¿Cómo puedo convertirme en una dama?

El levísimo parpadeo de Melanie estuvo a punto de destruir las esperanzas de su visitante, pero esbozó una amable sonrisa y dijo:

Jamás se me había ocurrido pensarlo. Para ser una dama, ¿no hay que parecer y comportarse como tal?

—No lo sé, señora Wilkes. Por eso estoy aquí.

—Pero su… actividad…

—Ya no atiendo a ningún cliente. Soy simplemente propietaria del negocio.

—Comprendo —dijo Melanie.

—Lo que quiero saber es cómo puedo parecer una dama. No sé cómo comportarme ni cómo vestirme. ¡Señora Wilkes, no sé pensar cómo piensa una dama! —Cuando Belle abrió las manos en gesto de impotencia, una fría gota de sudor le bajó por el pecho—. Señora, ¿dónde puedo adquirir ropa como la suya?

—Por Dios, señorita Watling, ser una dama es algo más que…

—Tengo dinero.

—Me temo que el dinero…

—Pero una ropa adecuada y dinero son una buena manera de empezar, ¿no cree?

—Bueno, supongo que sí…

Así pues, aquella misma semana, sin decirle nada a nadie, Melanie Wilkes acompañó a Belle Watling a la mejor costurera de Atlanta. La señorita Smithers era una ochavona que antes de la guerra había sido una negra liberta, pero ninguna blanca tenía unos criterios de corrección y decoro más elevados que los suyos. En aquellos momentos, buena parte de su negocio procedía de las esposas de los explotadores y los oficiales yanquis. Su establecimiento era una casa levantada a toda prisa en la calle Mitchell. En su salón de la parte anterior, un maniquí de modista lucía una delicada blusa de cuello alto mientras que otro de alambre mostraba un sencillo vestido de muselina marrón. Los rollos de tejidos —piqués,

linones, estambres, fayas, terciopelos y brocados— cubrían todos los mostradores y los libros de patrones se amontonaban hasta más arriba de la cabeza de la diminuta costurera.

Ésta dio una palmada a los libros de patrones.

—¿Qué estilo le gusta, señorita Watling? ¿París, Londres, Nueva York, Boston?

—¿Usted le confecciona la ropa a la señora Kennedy?

—Pues sí.

—Quisiera algo intermedio entre ella y… —Belle señaló a su acompañante— la señora Wilkes.

Una vez desenvuelto, resultó que el paquete que tan amorosamente acunaba Belle en sus brazos contenía el vestido gris que Rhett le había regalado.

—Oh, Dios mío, me temo que no puedo arreglar esta prenda. —La señorita Smithers sostuvo el vestido en alto—. La línea del cuello y el corpiño… me temo que no. Y hoy en día el miriñaque ya no se lleva.

—¿No podría encontrarme el mismo tejido? Es un regalo de mi más querido amigo.

La señorita Smithers empezó a explicar que ningún tejido era exactamente igual a otro, que aquella tela era de origen francés, que… Se detuvo al ver la esperanzada expresión de los ojos de Belle.

—Veré lo que puedo hacer —dijo.

Tras haber encargado vestidos, blusas y chaquetas, Melanie acompañó a Belle al zapatero alemán a quien ésta encargó tres pares, uno de ellos de charol.

Antes de despedirse, Melanie dijo:

—Me temo, Belle, que ser una dama consiste en algo más que llevar ropa adecuada. Es más bien una actitud. Por su… experiencia puede que usted sepa más de negocios y política de lo que se supone que saben las damas. A los caballeros les gusta pensar que las damas son algo así como unos adornos, y mal adorno sería el que estuviera en desacuerdo con su caballero.

—Gracias.

—Conviene que lea libros… novelas porque las damas son frívolas, poesía porque las damas son sentimentales, y sermones porque son piadosas. Si tiene que leer algún ensayo, el señor Emerson podría ser el más apropiado; puede que su caballero esté vagamente familiarizado con sus obras. Y su dicción, Belle…

—¿Se refiere a mi manera de hablar?

—Imite a las heroínas de las novelas. Las damas hablan como ellas.

Aunque la joyería del señor Belmont había sido incendiada y su caja de seguridad no había resultado ser tan segura como su fabricante había prometido, Belmont había vuelto a abrir su negocio no lejos de su emplazamiento original. Belle quería unos pendientes que hicieran juego con el camafeo que ella le mostró.

—Tienen que hacer juego con este broche. Es mi más preciado tesoro.

Los buenos joyeros son tan discretos como los empresarios de pompas fúnebres y los sacerdotes. Belmont fingió admirar el camafeo como si jamás lo hubiera visto anteriormente y le vendió a Belle los pendientes de camafeos más caros que tenía.

Los nuevos vestidos de Belle tenían estampados en tonos discretos. Sus blusas eran de linón y de seda con cuellos ribeteados de encaje. Cuando Belle se situó delante del espejo de cuerpo entero de la señorita Smithers no reconoció a la dama que la miró.

—Válgame Dios —jadeó Belle.

—Pues sí, señorita Watling. —La modista sonrió satisfecha—. ¡La verdad es que sí!

Más envalentonada, Belle se acercó a Kimball House, el hotel más moderno de Atlanta. Unas relucientes arañas de cristal colgaban del techo de un vestíbulo cuyo suelo de tablero de ajedrez estaba cubierto con alfombras orientales. Un portero permanecía de pie al lado del primer «ascensor» de vapor de Atlanta. Aunque Belle vio a algunos caballeros a los que conocía profesionalmente, ninguno de ellos la reconoció. Mientras tomaba el té («Muy refrescante, ¿no cree?», le dijo al camarero), Belle estudió con disimulo a las verdaderas damas, cómo sostenían las tazas de té, dónde dejaban las cucharillas y cómo doblaban las servilletas.

Los martes y jueves Belle tomaba el té en Kimball House y un bonito domingo acudió a la iglesia, no a la episcopaliana de San Felipe donde solían ir los Wilkes, sino a la segunda iglesia presbiteriana, que no le parecía tan refinada.

Al terminar el oficio, Belle se presentó al predicador como la señora Butler —de los Butler de Savannah— que estaba visitando a sus parientes de Atlanta.

—Espero que vuelva usted a nuestra iglesia, señora Butler —le dijo el clérigo.

Tazewell Watling escribía a su madre, hablándole de sus amigos de la escuela inglesa, de los deportes que practicaba y de sus éxitos en el equipo de rugby. Poco después de su llegada a la escuela de Shrewsbury, había terminado una de sus cartas con la frase: «Cuando el capitán Butler visitó Londres después de la rendición confederada, le envió un telegrama al director de la escuela anunciándole su intención de visitarme. Le pedí al director que le dijera que yo no quería verle.»

Cuando se inició su transformación, Belle escribió:

> Querido Taz:
>
> ¿Ves a muchos caballeros y damas en Inglaterra? ¿Has visto alguna vez a la reina Victoria? Me encantaría ver a la reina y todos esos castillos tan bonitos.
>
> Minette lleva la casa mientras yo me pruebo preciosos vestidos y bebo té en Kimball House. ¡Atlanta está a la última! ¡Hasta tienen un ascensor!
>
> Dime qué te parece *Ivanhoe* de sir Walter Scott. Es un libro muy antiguo y

curioso, pero a mí me encanta.

Querido hijo, ha habido cambios muy importantes en la vida de tu vieja madre. ¡No pienso permitir que nadie me diga quién soy! ¡Quién sabe, hasta puede que me case con alguien!

¡Te echo de menos, mi querido Taz!

Tu amante madre,

RUTH BELLE WATLING

Rhett se ausentaba de la ciudad dos de cada tres semanas y Belle le enviaba la correspondencia al hotel St. Nicholas de Nueva York, al Spotswood de Richmond o al St. Louis de Nueva Orleans.

Cuando Rhett estaba en Atlanta, Belle permanecía en su despacho haciendo calceta mientras él hacía sus cuentas, contestaba las cartas y firmaba documentos que ella ni siquiera fingía comprender. Tras haber aprendido en el *Godey's Lady Book* las costumbres británicas relacionadas con el té, cada tarde a las tres le llevaba a Rhett una bandeja con galletas, tazas y su nueva tetera de porcelana china.

Sus prostitutas intercambiaban miradas de complicidad.

Lisa, la chica del campo que había sido la criada de Belle durante la guerra, regresó al Chapeau Rouge en busca de trabajo. Lisa confesó que había vivido tiempos muy duros, que se había convertido en una «furcia» y en una vulgar «borracha».

—Señorita Watling —dijo—, no puedo ni decirle la maldad que cometí.

Lisa llevaba seis meses sin probar una gota de alcohol y Belle siempre le había tenido un cariño especial a la chica.

Dos días más tarde Rhett bajó a verla.

Lisa se humedeció los labios con la lengua.

—Por favor, capitán Butler, ya no soy aquella chica.

—Fuera de aquí —dijo Rhett.

Por temor a que la matara, Lisa se fue tan precipitadamente que se dejó sus cosas y MacBeth las recogió en un fardo y las entregó al burdel donde ella encontró trabajo. Belle no se atrevió a preguntarle a Rhett por qué había echado a la chica. Unos meses después se enteró de que un rico republicano del Sur la había llevado consigo y Belle pensó que a la pequeña Lisa las cosas le habían salido tan bien como iban a seguir saliéndole en el futuro.

Tres días después de que la cámara legislativa de Georgia se negara por unanimidad a ratificar la Decimocuarta Enmienda, Rhett recibió un telegrama: «Hoy ha muerto nuestro padre. Ven, por favor. Rosemary.»

—Oh, Rhett, lo siento —dijo Belle.

—Lo más curioso es que yo también —dijo Rhett.

32
La señorita Elizabeth se arrodilla

La cólera de Langston Butler había desafiado el arte del propietario del servicio de pompas fúnebres: todos los intentos del pobre hombre de componer los rasgos del cadáver de tal forma que ofrecieran una expresión agradable fueron derrotados por una boca firmemente decidida a inclinar las comisuras hacia abajo, unos labios apretados y un entrecejo fruncido que ninguna cera de embalsamador podía disimular.

Langston Butler había buscado el respeto, la obediencia y el poder. Jamás había disfrutado con lo intrascendente: el desmañado vuelo de una garza, la evanescencia de los bajíos ni una arenosa playa, la sorprendente suavidad de los brazos de una mujer. En toda su vida jamás había corrido el riesgo de ser un necio.

El poema de Tennyson resonaba en la mente de Rhett: «Es *mejor haber amado y perdido que no haber amado jamás.*»

Las vidrieras de colores de la iglesia de St. Michael se habían retirado durante los bombardeos de Charleston y jamás habían vuelto a colocarse. El catafalco de Langston descansaba iluminado por la débil luz de unas linternas. Cuando se abrieron las puertas del templo para permitir el paso del féretro, una lanza de luz vespertina penetró en la iglesia y rodeó como un halo las cabezas de los portadores del ataúd. Eran hombres de la generación de Langston: secesionistas, partidarios del incumplimiento de ciertas leyes federales, hombres cuyas abstractas teorías políticas habían sido refutadas con sangre.

El cementerio de la iglesia estaba rodeado por una alta valla de hierro que Rhett y *Tecumseh* habían saltado, ¿cuántos años atrás?

Con cuánta facilidad se habría podido empalar a sí mismo o al caballo en aquellas brutales púas. Con cuánta facilidad habría podido ser arrojado de la montura o sufrir alguna mutilación, o incluso haber muerto. La vida no valía gran cosa: una fruslería, una bagatela que podía tirarse sin miramientos.

«Dios mío —pensó Rhett—, ¿tan despreciable era entonces?»

Su mirada se posó en la pobre y trastornada Rosemary. Gracias a Dios tenía a su niño. Durante algún tiempo por lo menos, el pequeño Louis Valentine Ravanel sería todo su mundo para ella.

Rhett había oído comentarios acerca del Klan de Andrew Ravanel. El marido de su hermana estaba adquiriendo notoriedad. Andrew estaba tan furioso con las «traiciones», los «derechos sureños», los negros y los «explotadores del Norte» que Rhett casi no podía hablar con él.

¿Qué había sido del muchacho que antaño fuera Andrew? ¿Adónde se había

ido aquel joven tan valiente, romántico y melancólico?

Después del entierro, los negros que lloraban la muerte de Langston, Hercules y Solomon, desaparecieron. Julian Butler se quedó justo el tiempo suficiente para contar algunos chismes de la cámara legislativa y asegurarle a Rhett que, si alguna vez necesitaba algo de la cámara, cualquier cosa que fuera… Julian había perdido todo el pelo. El cráneo le brillaba como un huevo recién puesto.

Isaiah Watling estaba ayudando a Elizabeth Butler a subir a su coche cuando Rosemary la interrumpió.

—Madre, ahora te quedarás con nosotros. Tenemos espacio de sobra. Podrás echarme una mano con el niño.

—¿Puedo? —Los ojos de Elizabeth se iluminaron y en sus labios se dibujó una sonrisa—. ¿De veras puedo? Jamás pensé que podría. Rosemary —dijo con voz suplicante—, ¿crees que podría? Me gustaría tanto quedarme. ¡Cuánto me gustaría! Acudiría al rezo de vísperas en St. Michael's. Las vísperas son unas oraciones tan bonitas…

—Señorita Lizbeth —dijo Isaiah con voz monótona—, ¿acaso no hemos estado rezando? ¿Acaso no hemos estado leyendo la Biblia y rezando mañana y noche?

—Creo que sí —reconoció Elizabeth—. Pero a Dios le gusta que todo sea bonito. ¡Recuerda lo que dice Jesús sobre los lirios del campo! Los reclinatorios de St. Michael son más benévolos con las viejas rodillas que tu desnudo suelo de madera.

—Le haré un reclinatorio en cuanto regresemos a nuestra casa de Broughton, señorita Lizbeth.

—Mi madre se quedará con Rosemary —dijo Rhett.

Los despiadados ojos de Isaiah Watling se cruzaron con los de Rhett.

Elizabeth parloteaba, rebosante de felicidad.

—Oh, mi querido Rhett, ¿puedo quedarme? Siempre me ha gustado Charleston. ¿Recuerdas la vez que le dijiste a tu padre que la única diferencia entre los charlestonianos y los cocodrilos consistía en que los cocodrilos enseñan los dientes antes de morder? ¡Oh, Rhett, qué descastado eras! —Elizabeth se cubrió la boca con la mano para ocultar su risa.

Isaiah Watling se pasó la lengua por los dientes y el interior de la boca.

—Pues entonces me voy. Señorita Lizbeth, rezaré por usted mientras pueda.

—Pues bueno, Isaiah, que Dios te bendiga —le dijo Elizabeth como si hablara con un pariente lejano.

El viejo se encasquetó el sombrero en la cabeza.

—Señorita Rosemary —dijo—, espero que cuide bien de la señorita Lizbeth. Se lo agradecería muchísimo. —La sonrisa de Isaiah Watling se volvió inesperadamente cariñosa—. Señor Rhett Butler —profetizó—, ya llegará mi día.

33
Los Demócratas del Miércoles por la Noche

Tres días más tarde, poco antes de las diez de la mañana, Rhett entró en la cocina del Chapeau Rouge.

—Buenos días, mi querida Belle. —La besó en la mejilla y ladeó la cabeza en gesto inquisitivo—. Qué vestido tan bonito. Te favorece la cara. ¡Y esta red para el cabello con la cinta! Ninguna dama de Charleston es tan elegante. No me digas nada, Belle. ¡Tienes un pretendiente!

Ella se ruborizó.

—No digas bobadas. ¿Quién va a querer a una vaca vieja como yo?

Rhett le tomó las manos y esbozó aquella sonrisa que a ella tanto le gustaba.

—Yo, por ejemplo. —Le soltó las manos—. Bueno, Belle, vamos a ver qué noticias tienes. ¿Qué se proponen Rufus Bullock y los republicanos? ¿Los aventureros del Norte han saqueado el Ferrocarril de Georgia? ¿Está Edgar Puryear ejerciendo presión en favor del de Pensilvania? ¿Qué harán los yanquis con el Ku Klux Klan?

Belle frunció el entrecejo y lo puso al día. Al fondo, MacBeth silbaba mientras almohazaba a los caballos.

—¿Estuvo mi padre en el entierro? —preguntó Belle.

—Estuvo. Con tu encantador primo Josie.

—El chico de tío Abraham.

—Josie Watling es un joven peligroso.

Ella volvió a llenarle la taza.

—No he visto a tío Abraham desde que estábamos en Mundy Hollow. Nuestro lugar de origen no está ni a ocho kilómetros de Jonesboro, pero yo jamás he querido regresar. Creo que el primo Josie hizo ciertas cosas horribles durante la guerra.

—Tengo entendido que Josie pertenece al Klan.

Belle se encogió de hombros.

—También Archie Flytte y Frank Kennedy y el señor Ashley Wilkes. Hoy en día, la mitad de los aristócratas de Atlanta guarda una túnica blanca en su armario. ¿Qué tal está tu hermana?

—Cansada. Aturdida. —Rhett se desperezó lentamente—. ¿Qué es eso del Klan?

—MacBeth ya no quiere llevar en el coche a oficiales yanquis… por muy borrachos que estén. No es seguro salir de noche para los negros. La otra noche, Rhett, cuando ya habíamos cerrado, me pareció oír algo y asomé la cabeza por la

parte de atrás y vi a unos jinetes junto al río. Quince o veinte, con túnicas blancas y capirotes. No venían por nosotros, pero me llevé un susto tremendo.

—Los yanquis no pueden permitir que unos hombres armados siembren el terror por la campiña.

Belle se acercó a la fresquera para sacar unos huevos.

—Bueno, cariño, a pesar de los males del mundo, hoy brilla el sol y va a ser un día precioso y yo tengo intención de prepararte el desayuno. Hay jamón del campo y no tardaré ni cinco minutos en freírte unos huevos revueltos.

Rhett empujó su silla hacia atrás.

—Lo siento, Belle, tengo cosas que hacer en la ciudad. He comprado acciones en el Farmer's and Merchant's Bank. Tengo que vigilar mi inversión.

—¡De eso ni hablar! —dijo ella, sorprendiendo no sólo a Rhett, sino también a sí misma—. ¡Capitán Rhett Butler, usted se va a sentar a esta mesa de la cocina! Su maldito asunto en la ciudad no es ni de lejos tan importante como hablarme del entierro de su padre y de la señorita Rosemary y todo lo demás.

Él volvió a sentarse con semblante abatido.

—Bueno, Belle, me parece que voy a comer algo.

Durante el desayuno conversaron animadamente cual si fueran un viejo matrimonio.

—¿Cómo estaba mi padre?

—Como siempre. Tuve que vetar su idea de llevarse otra vez a nuestra madre a Broughton. Si fuera otra clase de hombre, diría que es amable con ella. —Tomó un sorbo de café—. Andrew no tendrá negros liberados en su casa… y no es que sea fácil encontrar voluntarios. Los «principios» de Andrew significan que Rosemary tendrá que cuidar de un niño y de su anciana madre.

Belle se enterneció al recordarlo.

—Andrew era bueno, Rhett.

—Pues ahora se ha convertido en un Gran Hechicero. Los grandes personajes de Charleston lo halagan desvergonzadamente pero nunca lo invitan a sus casas.

—Pobre Andrew.

Rhett arrugó su servilleta al lado del plato.

—¿Lo sigues apreciando?

—Aprecio a la chica que yo era. —Belle parpadeó—. Confío en que aquella chica esté todavía en algún lugar dentro de mí. Dime, ¿podrás alguna vez perdonar a tu padre por lo que hizo?

—¿Perdonarlo? Mi querida Belle, lo perdoné hace años. Sólo un necio no perdona. El peor necio olvida. —La miró con una sonrisa radiante—. Bueno, y ahora deja que te hable de mi sobrino Louis Valentine Ravanel. Menudos pulmones tiene el niño…

Aquella noche en su solitaria cama, Belle Watling se quedó dormida con una sonrisa en los labios y su almohada fue el cumplido que le había dedicado Rhett:

«Yo, por ejemplo.»

Tal como acostumbraban hacer en Nochevieja mientras tomaban una copa de champán, Belle le pagó a Rhett su parte de los beneficios del burdel. Y como todos los años, le recordó por qué razón ella le había dado al establecimiento el nombre que tenía.

Cuando instó a Rhett a que examinara las cuentas, él le dijo:

—Belle, si tuviera que examinar tus libros me buscaría otro socio.

Aquella noche ambos se achisparon ligeramente.

Cuando Rhett se encontraba en la ciudad, el Chapeau Rouge era un lugar más tranquilo y agradable. Rhett trabajaba en su despacho hasta última hora de la tarde y después salía a cenar y jugar a las cartas en el Girl of the Period hasta medianoche.

Cuando se recibían cartas de Taz, Belle las depositaba en el escritorio de Rhett y éste se las devolvía al día siguiente sin hacer comentarios… ni siquiera cuando Taz se quejaba de su condición de bastardo.

En la intimidad de su tocador, Belle leía novelas. No le interesaba demasiado el señor Thackeray, pero le había gustado mucho *Oliver Twist* del señor Dickens. Tenía los ojos húmedos cuando cerró aquel libro. Leía las novelas del señor Hawthorne y una amarga tarde de febrero, tras haber recibido un desaire por parte de la señora Elsing en el Georgia Bank, le dijo a Rhett:

—Ahora comprendo lo que sentía la pobre Hester Prynne, la de *La letra escarlata.*

Rhett enarcó una ceja:

—¿Hester Prynne, Belle?

Marzo llegó como un león. El Congreso de Estados Unidos disolvió la cámara legislativa de Georgia y el estado se convirtió en «Distrito Militar Número Tres». Los georgianos blancos denostaban a Rufus Bullock y sus republicanos, calificándolos de «traidores».

Aquella fría noche de primavera Atlanta estaba muy inquieta. Los centinelas federales oyeron rumor de cascos donde no podía haber jinetes; los perros se pusieron a aullar en toda la ciudad y enmudecieron tan de repente como habían empezado. Unas nubecitas surcaban el cielo y el humo que salía de las chimeneas se desviaba hacia un lado.

Los caballeros que se encontraban en el Chapeau Rouge estaban tan nerviosos como las ramas de los olmos que arañaban la casa. Los oficiales yanquis que por regla general hablaban más de la cuenta se mostraban ahora muy circunspectos y, en cambio, hombres normalmente reticentes soltaban información

y hablaban por los codos. Minette a duras penas conseguía apaciguarlos a base de brandy. Los oficiales llegaban, se sentaban un momento y se largaban. Cada vez que entraba alguien nuevo, los oficiales se congregaban a su alrededor y le hacían preguntas en voz baja.

Aquella tarde, una mujer blanca había sido atacada fuera de Shantytown, donde vivían muchos negros. Al oír la terrible noticia, Eloise se desmayó y tuvieron que reanimarla con sales aromáticas. Las prostitutas estaban desesperadamente ansiosas por conocer los detalles: ¿habían violado a la mujer blanca? ¿La habían golpeado? ¿Matado?

En su dormitorio, Belle estaba leyendo *La casa desolada* del señor Dickens mientras la estufa del salón permanecía agradablemente encendida y el viento hacía vibrar el conducto de la estufa contra su aro de hojalata.

Belle se sentía muy a gusto y feliz cuando, de repente, se oyó un alboroto procedente de la parte anterior de la casa. Se puso a toda prisa su bata rosa y entró en el salón justo cuando sus clientes salían al porche y al patio de la entrada. Una patrulla estaba desmontando al otro lado de la verja.

—¿Los has detenido, Bob?

—No, pero hemos matado a unos cuantos. ¡Hurra!

Belle se abrió paso hasta el porche.

—¿Qué demonios está pasando? ¡Piensen en los vecinos! ¡Vuelvan a entrar! ¡Todos!

Los oficiales no le prestaron atención.

—¿A cuántos habéis matado?

—No sé. Se los han llevado a rastras.

—¿Cuántos de nuestros chicos han resultado heridos?

—Callahan y Schmidt. Schmidt con un tiro en el vientre.

—El capitán Jaffery sabe quiénes son y los espera al acecho. El capitán Bateson ha sacado patrullas a la calle. ¡Esta vez esos hijoputas no se nos escaparán!

Un cálido aliento contra la oreja de Belle.

—Señorita Belle, tiene que acompañarnos. Ahora mismo.

La pálida cicatriz de MacBeth destacaba contra su oscura piel.

Siguió a MacBeth cruzando la casa hasta el establo. El agrio olor de unos caballos obligados a cabalgar al límite de sus fuerzas y el hedor a cobre de la sangre fresca mareaba los sentidos.

—Tengo sus caballos en el establo —le dijo MacBeth en un áspero susurro—. Ahora mismo los voy a almohazar.

—¡Espera, MacBeth! —dijo Belle, pero él siguió caminando.

La barandilla de la escalera que conducía al despacho de Rhett estaba manchada de sangre y Belle se recogió la bata para no ensuciársela con la que había en los escalones. Cuando abrió la puerta del despacho, unos atemorizados ojos se elevaron para mirarla.

Henry Hamilton, el hermano de Pittypat, volvió a inclinar la cabeza sobre las manos. Hugh Elsing siguió hablando en susurros con el viejo Merriwether.

El doctor Meade estaba examinando con una sonda la herida del hombro de Ashley Wilkes. Con los labios muy pálidos a causa del dolor, el marido de Melanie Wilkes yacía tumbado en el sofá-cama mientras, arrodillado a su lado, Rhett arrojaba un lienzo manchado de sangre a un cubo y separaba los bordes de la herida con otro limpio.

Hugh Elsing dijo siseando:

—Queríamos enseñarles a los negros a apartar sus negras manos de nuestras mujeres blancas.

Meade buscó un fórceps en su maletín.

—Wilkes —dijo—, esto le va a doler muchísimo. ¿Quiere un trozo de cuero para morder? No tiene que gritar.

Asintiendo rígidamente con la cabeza, Ashley lo rechazó.

Las ramas del gigantesco olmo rozaban las tablas de la casa cual si fueran una escoba. Rhett levantó la mirada.

—Lo siento, Belle. No sabía a qué otro sitio llevarlos. Los yanquis nos pisaban los talones.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Tú estabas con ellos, Rhett?

—¿Yo? ¿Un hombre del Klan? —replicó Rhett soltando un resoplido—. Esta noche estaba jugando al póquer con dos capitanes demasiado borrachos para mantener la boca cerrada. Por lo visto, estaban vigilando a estos caballeros. Nuestros valientes miembros del Klan tenían previsto darse un paseo por Shantytown y disparar contra cualquier negro que se cruzara en su camino. Los yanquis les tendieron una encerrona.

»Yo salí con mi caballo para advertirlos, pero ellos ya habían caído en la trampa. —Se encogió de hombros—. Hice saltar la trampa antes de que lo hicieran los yanquis. Los revólveres del señor Colt producen un ruido tremendo. ¡Los yanquis pensaron que yo era una brigada entera!

Ashley se retorció bajo los efectos de la sonda del doctor Meade y Rhett tuvo que utilizar toda su fuerza para sujetarlo.

Hugh Elsing insistió:

—La Decimocuarta Enmienda otorga el voto a los negros y se lo quita a cualquier hombre que haya prestado servicio a la Confederación. Estamos bajo la bota del conquistador…

Rhett se enfureció.

—Si no fuera por vuestras mujeres, dejaría que os colgaran a todos. Pero ¿qué demonios creéis que estáis haciendo?

La puerta principal de Belle se cerró de golpe, los oficiales salieron tambaleándose al patio que había bajo la ventana y se pusieron a dar una serenata:

—*«Antes de la batalla, madre…»*

La estancia quedó sumida en un silencio tan profundo que el sordo ruido de la bala al caer en el cubo sobresaltó a todo el mundo. Rhett ahogó el gemido de

Ashley. Abajo, un yanqui dobló la esquina para orinar y se puso a tararear una melodía mientras mojaba el suelo.

Belle tocó el brazo de Rhett.

—¿El señor Wilkes…?

—Vivirá. ¡Dios mío, qué desastre! Hay dos muertos en el sótano de la casa del viejo Sullivan. He introducido sus túnicas en la chimenea. Se llamaban a sí mismos «los Demócratas del Miércoles por la Noche». Qué inteligentes, ¿verdad? Bajo este disfraz se reunían para decidir a qué negros descarados tenían que prestar atención. —Su semblante parecía abatido—. Los muy necios podrían ser ahorcados por el trabajo de esta noche.

El rostro del abuelo Merriwether estaba tan congestionado que Belle temió que le hubiera estallado un vaso sanguíneo.

—¡Danos caballos, Butler! Podemos pagar. Huiremos esta noche. Huiremos a Tejas.

Belle no podía olvidar lo amable que había sido la señora Wilkes con ella.

—¿No podrías decir simplemente que estaban aquí?

Rhett soltó un bufido.

—¿Los caballeros más refinados de Atlanta en un burdel?

—Mis chicas… mis prostitutas jurarán que han pasado aquí toda la noche. Suben arriba… ¿todos los miércoles por la noche has dicho?… sólo unas cuantas chicas. Los Demócratas del Miércoles por la Noche son extremadamente discretos.

Rhett reflexionó acerca de la idea antes de esbozar la sonrisa más radiante que Belle jamás le hubiera visto.

—Vaya, vaya, señorita Belle. Pero ¿qué dirá la gente? —dijo entre risas.

El doctor Meade miró discretamente fuera y corrió la cortina.

Rhett señaló con un gesto a los atemorizados Demócratas del Miércoles por la Noche.

—Los ciudadanos más respetables de Atlanta, Dios mío. Hay que ver, hay que ver. Belle, eres tan lista como buena. —Carraspeó—. Chicos, espero que se les dé bien la comedia.

Cuando el doctor Meade terminó de vendar el hombro de Ashley, Rhett le hizo un cabestrillo y lo envolvió en su capa. Después aplicó whisky a las pálidas mejillas de Ashley.

Tan sereno como el general Lee impartiendo órdenes de batalla, Rhett explicó el papel de cada uno en la representación.

—Wilkes —dijo—, si no podemos convencerlos, irás a parar a la horca. Los yanquis te estarán esperando en tu casa, o sea que todos tenemos que estar muy borrachos, medio cayéndonos a causa de la borrachera. Elsing, ¿usted es capaz de hacer el papel de imbécil borracho? Sé que puede hacer el de imbécil sobrio.

Cuando Rhett arrojó whisky a la camisa de Ashley, el olor del alcohol se impuso al de la sangre.

—¿Doctor Meade? ¿Señor Merriwether? ¡Ustedes interpretarán los papeles estelares!

—¿Y yo qué? —preguntó Henry Hamilton.

Rhett lo pensó antes de menear la cabeza.

—Lo siento, Henry, todos los papeles hablados ya están asignados. Tú tendrás que ser el director de escena.

Rhett y Hugh Elsing ayudaron a Ashley a bajar por la escalera trasera y salir al lugar donde MacBeth estaba ensillando los caballos. El aire frío despejó a Ashley y éste pudo montar sin ayuda. Una vez en la silla, osciló durante un peligroso instante antes de incorporarse diciendo:

—Hazlo o muere en el intento.

Mientras se alejaban a lomos de sus monturas, Belle deslizó un águila doble en la mano de su matón:

—MacBeth, tú no sabes nada.

Él la miró con sus viejos y comprensivos ojos.

—No, señora, yo no he sabido que a la señorita Kennedy la han asustado esta tarde y jamás he sabido que los miembros del Klan iban a tirotear Shantytown y que los yanquis iban a tenderles una emboscada. No he sabido que el capitán Butler iba a salvar a los miembros del Klan. No, señora. Yo sólo soy un estúpido negro que no sabe nada.

—¿Has dicho… la señora Kennedy?

—La señorita Kennedy, la propietaria de los aserraderos.

—¿Le han hecho daño?

—No, señorita Belle. Dos ladrones la agarraron, pero aquel negro de Tara, Big Sam, mató a uno y puso en fuga al otro. Le dieron un susto de muerte a la señorita Kennedy.

—¿Sólo la asustaron?

—En Shantytown asustar a una señora blanca causa muchos problemas.

Prestando atención por si se oyera alguna patrulla federal, los tres jinetes se deslizaron por las oscuras calles y callejuelas de Atlanta. Cuando ya estaban cerca de la casa de Ashley, el aire nocturno pareció condensarse. El polvo agitado por el viento se arremolinó alrededor de los cascos de sus caballos.

—¡A cantar, actores, a cantar! ¡Que se arme un alegre alboroto y que lo oigan los yanquis! —Rhett se echó hacia atrás y empezó a rugir la odiada marcha de Sherman—: *Cómo gritaban los negritos al oír la alegre canción, / cómo graznaban los pavos que nuestro comisario encontró, / cómo brotaban las batatas de la tierra, / mientras nosotros marchábamos a través de Georgia.*

»¡Elsing! ¡Cante, maldita sea!

Llorando y cantando a gritos el himno de Sherman tres borrachos se acercaron alegremente a la casa donde el capitán Jaffery y sus hombres estaban esperando para detener a unos miembros del Klan con las manos ensangrentadas.

En el Chapeau Rouge, Belle dirigió el Segundo Acto.

El doctor Meade trató de sustraerse a su papel.

—¿Tengo que armar alboroto en un… un burdel? ¡Yo jamás he estado en un burdel!

—Peor para usted. Ahora está en uno. ¿O acaso prefiere que lo ahorquen?

Al ver que Meade se echaba encima una cantidad de whisky excesivamente escasa, Henry Hamilton lo dejó empapado mientras el abuelo Merriwether se guardaba la pipa en el bolsillo. El muy respetable Henry les sacó los faldones de los pantalones, arrancó el botón superior del chaleco del abuelo Merriwether y tiró del cuello de la camisa de Meade y se lo dejó torcido.

Con las manos en jarras, Belle los inspeccionó:

—Caballeros, se les ve muy bien en su papel. Espero que tengan habilidades ocultas.

Poco después, dos importantes ciudadanos de Atlanta, aparentemente más borrachos que una cuba, entraron en el salón de Belle dando trompicones y propinándose leves puñetazos. Belle ordenó a gritos a MacBeth que fuera a avisar al preboste. Puesto que algunos oficiales que se encontraban en el salón habían recibido la orden de buscar a miembros del Klan, para identificarse mejor con el espíritu de la situación, Meade y Merriwether se propinaron una tanda de puñetazos y bofetadas lanzándose unos insultos raras veces escuchados en el Chapeau Rouge.

El preboste sorprendió a dos caballeros revolcándose por el parterre de flores de Belle. Sus amortiguadas amenazas y maldiciones no se distinguían de sus amortiguadas risas.

Asegurando que la suya era una casa de orden, Belle se retorció las manos mientras el preboste separaba a los pendencieros y los detenía. Belle le susurró a MacBeth:

—Tú no sabes nada.

—Yo soy un negro ignorante —le aseguró MacBeth.

Dos horas después de la retirada del preboste, Archie Flytte rodeó con un coche la parte de atrás del Chapeau Rouge con los cuerpos que había recogido en la casa de Sullivan.

—¿Rhett ha engañado a los yanquis? —preguntó ansiosamente Belle.

Archie soltó un escupitajo.

Belle sintió que se le doblaban las rodillas de alivio.

—¿El marido de la señora Wilkes… está a salvo?

—Eso creo.

Belle lo estudió con curiosidad.

—A usted no le gusta el capitán Butler, ¿verdad?

—Antes tenía una deuda de gratitud con Butler. Ahora trabajo para la señora Wilkes.

MacBeth y Archie depositaron los cadáveres de dos hombres en el solar de detrás del Chapeau Rouge. Archie colocó una pistola recién disparada al lado de la fría mano derecha de cada hombre y echó whisky sobre sus ya indiferentes rostros. Después le preguntó a MacBeth:

—Oye, negro, ¿a ti te da miedo el Klan?

—Oh, sí señor —contestó MacBeth—. Mucho miedo.

—Pues a éstos no les tengas miedo. —Archie tocó un cadáver con el pie—. Son unos caballeros.

Después colocó la botella vacía bajo el brazo de uno de los muertos.

Los periódicos informaron de que dos caballeros de Atlanta borrachos se habían peleado y se habían pegado un tiro el uno al otro. La ciudad quedó horrorizada.

Belle y sus prostitutas fueron convocadas al cuartel general federal, donde todas juraron sobre la Biblia que los presuntos miembros del Klan Ashley Wilkes, Hugh Elsing, Henry Hamilton, el doctor Meade y el abuelo Merriwether habían estado la noche en cuestión en el Chapeau Rouge de juerga con el conocido capitán Butler, tal como tenían por costumbre todos los miércoles por la noche. El grupo se había atribuido el nombre de Demócratas del Miércoles por la Noche para engañar a sus esposas.

—Arman un alboroto tremendo en mi casa y, por si fuera poco, son unos tacaños —se quejó Belle.

Los oficiales yanquis no pudieron disimular sus sonrisas. Los ciudadanos de Atlanta que tanto los despreciaban a ellos y sus mujeres habían sido pública y dramáticamente humillados.

Más tarde, cuando las esposas de los oficiales yanquis miraron con una condescendiente sonrisa a las esposas de los Demócratas del Miércoles por la Noche, aquellas orgullosas mujeres sureñas de buena gana habrían deseado ver colgado a Rhett Butler.

Butler había reescrito la historia. Había convertido a Frank Kennedy de un miembro del Klan muerto en el transcurso de una incursión en Shantytown en un borracho pendenciero muerto en una estúpida pelea en la parte de atrás de un burdel. En el funeral de Frank, Rhett lució un traje azul oscuro de Londres y un castizo bastón de caña.

—¿Es necesario que vayas? —le preguntó Belle con indiferencia.

—¿Y cómo no voy a ir? ¿Cómo no voy a ir, querida? ¿Acaso no soy yo el bribón que provocó el fracaso de los perversos yanquis e hizo que los mejores ciudadanos de Atlanta parecieran unos hipócritas? Pues claro que iré. Y pienso presumir.

—¿Estará allí la señorita Scarlett?

—¿En qué otro lugar crees tú que podría estar la afligida viuda de Frank?

Rhett llevaba una rosa roja en la solapa. Belle se preguntó de donde la habría

sacado. Sus rosas aún no habían florecido.

—Rhett, ¿no irás a…? Otra vez no…

Él la besó en la frente tal como habría hecho un hermano.

El entierro era a las tres de la tarde, pero Rhett no regresó después al Chapeau Rouge. Aquella noche, Belle se sentó delante de su tocador y contempló a la vulgar y estúpida mujer que la miraba desde el espejo. ¿Una dama? Pero ¿qué demonios se había creído?

Minette asomó la cabeza por la puerta.

—Señorita Belle, *chère.* Es el día de pago…

—Ya.

Se desabrochó su vestido de faya azul y lo dejó caer al suelo. Se quitó los pendientes de camafeo y los guardó en una bolsita de terciopelo. Se aplicó un poco de color a las mejillas y con el carmín de labios se pintó una boca de puta encima de la suya propia.

34
Un maldito error

Rhett estaba en Inglaterra cuando MacBeth le preguntó a Belle si podía guardar algunos viejos muebles en el despacho del capitán Butler.

Ella frunció el entrecejo.

—No, no puedes. El capitán necesitará su despacho cuando regrese.

—No, señora. El capitán Butler ya no regresará aquí. Se irá con la señora Kennedy cuando vuelva.

—No digas bobadas. La dejó hace años.

—Ya, ya —dijo MacBeth.

Belle recibió una extraña nota de Taz.

> Querida *Maman:*
>
> Me alegro mucho por ti… y por mí, naturalmente. ¡El capitán Butler me ha invitado a una fiesta con sus amigos ingleses en el Brooks Club!
>
> Tu hijo que te quiere,
>
> TAZEWELL

Aquel desconcertante mensaje fue seguido por el silencio: ninguna explicación y ninguna carta más.

—Tiene que ser algún maldito error.

Belle intentaba darse ánimos.

Los yanquis, los explotadores y aventureros del Norte y los ex confederados mantenían una educada tregua en el interior del Chapeau Rouge, pero aquellos mismos caballeros que se llamaban de tú y por sus nombres de pila en el salón de Belle iban luego al frente de las patrullas yanquis o bien cabalgaban con los miembros del Klan a quienes aquellas mismas patrullas perseguían.

En diciembre, Rufus Bullock pronunció el discurso de apertura en la convención constitucional «negra y morena». La convención, en la que figuraban treinta y siete delegados negros, modificó la Constitución de Georgia. Por primera vez, las mujeres podían tener propiedades a su nombre y los varones negros podían votar. Los periódicos de Georgia se burlaron de los delegados, de su capacidad, su forma de hablar y sus modales.

Los negros a los que se les habían «subido los humos» y los republicanos

blancos experimentaron el azote de los reproches del Klan. Sólo los miembros del Klan y las patrullas yanquis cabalgaban de noche.

Al día siguiente de Navidad, Belle recibió una carta de Rhett, la primera que le escribía. Se la llevó a su dormitorio, se sentó y se llenó una buena copa de brandy antes de abrir el sobre.

Querida Belle:

No puedo decir que me sea fácil o cómodo escribir, pero es mejor que recibas la noticia a través de mí. Taz está en Nueva Orleans. El chico está bien —que yo sepa—, pero más loco que una cabra. Creo que no se lo puedo reprochar.

La carta crujió entre las trémulas manos de Belle. ¿Taz en Nueva Orleans?

Rob Campbell, mi banquero, es un escocés que era un asociado cuando nos conocimos, pero ahora dirige la empresa. Confío en él y cuando decidí abreviar la carrera militar de Taz, escribí a Rob pidiéndole ayuda.

Cuando Taz llegó a Inglaterra, lo llevaron al despacho de Londres de Rob. Taz todavía llevaba su uniforme de confederado. Rob le preguntó: «¿Qué vamos a hacer contigo, muchacho?»

«¿Por qué, señor, acaso tiene usted que hacer algo?»

«Porque mi amigo Rhett Butler me ha pedido que cuide de ti.»

«Le agradezco su interés, señor, pero no quiero sentirme más en deuda con el señor Butler de lo que ya estoy.»

El sastre de Rob le tomó las medidas al chico para confeccionarle ropa nueva, pero, en lugar de esperar a tenerlas, Rob envió a Taz a Shrewsbury. Rob es un antiguo alumno de Shrewsbury.

¿Ya te he dicho que Rob es muy listo? Taz llegó a la escuela con su andrajoso uniforme gris, el cual le fue más útil para su aceptación en la escuela de lo que hubiera podido ser un título de par. Qué demonios, hijos de pares los hay a diez céntimos la docena en Shrewsbury. Pero ningún otro chico había sido soldado en una guerra.

Por aquel entonces los funcionarios federales se presentaron en el banco de Rob con toda suerte de groseras preguntas acerca de mis cuentas. Yo había advertido previamente a Rob y él ya estaba preparado.

Me fui a Londres, donde Rob estaba obstaculizando la labor de los federales. Aunque había mucho humo, Rob me aseguró que no había demasiado fuego.

Cuando telegrafié al director de la escuela, el caballero me comunicó que Taz no deseaba verme. Habría podido forzar la situación, pero no quise disgustar al chico más de lo que ya estaba. Mi director me aseguró que Taz había tenido un comienzo muy prometedor, especialmente en matemáticas y francés. Habla criollo, pero lo de las matemáticas me sorprendió.

Por suerte, Rob Campbell le había cogido simpatía a tu hijo.

—Pues claro —murmuró Belle—. ¿Quién no va a querer a mi Taz?

Al final del primer semestre, Rob invitó a Tazewell a pasar las vacaciones con la familia Campbell.

Rob tiene una regordeta y estupenda esposa y dos hijas, la tímida Claire y Amanda, que será una auténtica belleza cuando crezca. Sea como fuere, el caso es que el hogar de los Campbell se convirtió en el de Taz. Sospecho que Rob esperaba que él y Claire pudieran formalizar un compromiso algún día. Sé que Rob quería ofrecerle a tu hijo un puesto en su empresa cuando terminara la escuela.

Yo recibía informes regulares de Rob, pero ni una sola palabra de Tazewell. Aunque habría preferido una relación más amistosa, ya estoy acostumbrado al papel de villano siempre y cuando tu hijo lo necesite.

Taz está en Nueva Orleans por mi culpa. Es obra mía, un error, y pienso que ojalá no hubiera ocurrido, pero no puedo llevar al chico de la mano hasta que se haga mayor. Estuve hablando de mis negocios con Rob Campbell y después ambos nos dirigimos a pie a Burlington Arcade para visitar a los mejores joyeros de Londres. Puesto que Sutliff's es el encargado de realizar las tiaras de la reina, pensé que sería suficientemente bueno para Scarlett. El pobre Rob se quedó de piedra cuando compré la sortija de compromiso más grande y llamativa que él jamás hubiera visto. Se tragó su sentido de la corrección, me dio su enhorabuena y me sugirió que lo celebráramos tres días después.

Telegrafié a Shrewsbury para invitar a Taz a la fiesta de Londres y es aquí donde cometí el fallo. O mi telegrama era ambiguo o el director de la escuela no le facilitó la debida información. El caso es, mi querida Belle, que a Taz se le metió en la cabeza, no sé cómo, ¡que yo me iba a casar contigo!

Belle posó la carta, apuró su copa y dijo a nadie:

—¿Rhett Butler y Belle Watling? ¿Casados? ¡Dios mío de mi vida!

Brooks es un club de Londres muy chapado a la antigua y los invitados de Rob eran unos polvorientos personajes del mundo financiero, pero, Belle, habrías estado orgullosa de tu hijo. Me alegré de verlo, pensé que me había perdonado e intercambiamos muchas historias acerca de Fort Fisher, comportándonos el uno con el otro como si fuéramos los encargados de tocar las castañuelas y la pandereta en un espectáculo cómico de negros. Cuando le dije: «Tu cabo me dijo que eras mejor soldado que yo», todo el mundo se echó a reír.

Cuando todos nos sentamos alrededor de la mesa mientras los camareros esperaban de pie, Rob se levantó para hacer un brindis, pero Tazewell lo interrumpió.

«Disculpen, señores, señor Campbell, señor Butler, distinguidos invitados… antes de que empiece la fiesta tengo que hacerles una confesión.»

Belle, tu hijo estuvo a punto de romperme el corazón. Pronunció un conmovedor discurso acerca de todo lo que yo había hecho por él y acerca de su eterna gratitud. Habló de mi amabilidad, mi generosidad y, Dios nos valga, mi sabiduría.

Aquellos padres y abuelos eran muy amantes de la gratitud filial y

aplaudieron de buena gana los sentimientos de Taz.

Después Rob levantó su copa:

«Por mi amigo el capitán Butler y su prometida, la señora Scarlett Kennedy.»

Taz palideció y yo pensé que se iba a desmayar. Demasiado tarde comprendí que Taz creía que me iba a casar contigo y ahora se sentía el necio más grande del mundo.

Si los adultos temen la humillación, los jóvenes prefieren morir antes que sufrirla. Sé de jóvenes insensatos que han saltado con sus caballos vallas de púas de metro y medio de altura por una apuesta de dos dólares.

Tazewell posó su copa sin haberla tocado y huyó corriendo de Brooks.

Lo seguí, pero lo perdí en medio de la maldita niebla.

Al ver que no regresaba a Shrewsbury, contraté a un detective, el cual averiguó que tu hijo había reservado pasaje para Nueva Orleans.

O sea que Taz ha regresado al lugar donde empezó, pero estoy seguro de que con más tristeza que antes. Rezo para que sea más prudente.

Lo siento, Belle. Por nada del mundo habría querido que todo esto ocurriera.

Tuyo siempre,

RHETT

Al llegar la Nochevieja, Belle Watling se puso su mejor vestido y se llevó una botella de champán y sus libros de cuentas al despacho de Rhett Butler. Aquel año, bebió sola.

35
El Baile de la Cuarterona

Aquella primavera, tres años después de la guerra, el republicano Rufus Bullock derrotó al general ex confederado George Gordon para el cargo de gobernador. Por primera vez en la historia habría negros en la cámara legislativa de Georgia.

Las grandes damas de Atlanta vieron el compromiso de la viuda Kennedy con Rhett Butler —el Príncipe Oscuro de los acaparadores de la guerra— como un signo más de decadencia moral. Las grandes damas juraron no perdonar jamás la vulgar jugarreta de Rhett. Las esposas de los Demócratas del Miércoles por la Noche habían acogido a las damas yanquis con sonrisas comprensivas.

—Los chicos son chicos, ¿no es así, querida?

La señora Merriwether admiró con excesivo asombro la sortija de Scarlett:

—¡Querida, creo que jamás en mi vida he visto una piedra tan enorme!

La señora Meade recordó con demasiado cariño a Frank Kennedy:

—Cuesta creer que el pobre Frank haya muerto.

Tía Eulalia redactó «la carta más difícil de mi vida», rogándole a Scarlett que anulara la boda. «Por favor, no vuelvas a deshonrar a los Robillard», le suplicaba.

Scarlett deseaba celebrar una boda por todo lo alto, pero Rhett lo había pensado mejor.

—¿Por qué darles a las viejas chismosas la satisfacción de rechazar nuestra invitación? —dijo.

En el transcurso de una breve ceremonia, Rhett y Scarlett se convirtieron en el señor y la señora Butler y después tomaron una copa de jerez con unos cuantos invitados en la casa parroquial. Melanie Wilkes admiró al hijito de Rosemary Ravanel.

—Valora estos años —le aconsejó Melanie—. Pasan volando.

La dulzura del rostro de Melanie conmovió a Rosemary.

—A mi hija Meg me la mataron en la guerra, pero rezo por ella todas las noches. ¡Qué tonta soy! Rezar por una niña que ya está en el cielo.

—No eres tonta en absoluto —replicó Melanie—. Tu Meg sabe que la quieres. ¿No sientes que te está mirando? Toma mi pañuelo. Tu Louis es un encanto.

De esta manera, Rosemary Ravanel y Melanie Wilkes se hicieron amigas.

Rhett había alquilado uno de los modernos coches-cama del señor Pullman para el traslado de los recién casados a Nueva Orleans.

Cuando la comitiva de la boda llegó a la estación, media Atlanta estaba allí para admirar aquella maravilla: un vagón que era un salón privado y se transformaba en un dormitorio rodante. Pero ¿adónde iría a parar el mundo?

Rhett fingió creer que la gente había acudido allí para agasajar a los novios.

—Buenas tardes, señora Merriwether. Cuánto me alegro de que haya venido. Lamento no haber podido invitar a todos nuestros amigos a la boda, pero Scarlett (ya saben ustedes lo tímida que es) insistió en que fuera una ceremonia privada. ¡Ah, señora Elsing! Le agradezco que haya venido a despedirnos. ¿Cómo está mi buen amigo Hugh? —Le guiñó el ojo—. ¡Anda que no nos hemos corrido nuestras buenas juergas Hugh y yo!

Mientras las ofendidas damas se retiraban, Scarlett disimuló su risa.

Con aquella nota triunfal, una bonita tarde de mayo Rhett y Scarlett Butler subieron a bordo de un vagón revestido con paneles de nogal de Filipinas y terciopelo verde. Los pétalos de rosa de los candelabros de pared de cristal brillaban como si estuvieran mojados, el mantel de la mesa era de damasco y el champán Sillery estaba perfectamente frío.

Cuando Rhett levantó su copa en honor de la novia, Scarlett anunció:

—Nunca te he dicho que te quería, ¿sabes?

La copa tembló en la mano de Rhett.

—¿Y eliges este momento para recordármelo? Scarlett, pero ¡qué increíblemente inoportuna eres!

—Soy la única mujer que conoces que siempre te dirá la verdad. Tú mismo me lo has dicho a menudo.

Él meneó tristemente la cabeza.

—Sí, cariño, supongo que sí. A veces digo cosas de lo más absurdas.

Mientras las sombras del ocaso se posaban sobre las Tierras Bajas, el camarero encendió las lámparas, corrió las cortinas, abrió la cama y al marcharse cerró la puerta a su espalda.

—Tara está más allá de estas colinas —dijo Scarlett con tono nostálgico—. Cuando era una muchacha, ¿cómo habría podido imaginar…?

El dorso de las manos de Rhett tenía un suave vello rizado. Exceptuando los pliegues de los nudillos, cuya carne era tan blanca como la de Scarlett, sus dedos estaban muy bronceados; eran dedos muy fuertes que podían deshacer un lazo o desabrochar un corsé con la misma delicadeza con que un gato hubiera acariciado la trémula piel de Scarlett.

A la mañana siguiente, mientras el tren atravesaba la campiña de Alabama a la impresionante velocidad de cuarenta y cinco kilómetros por hora, el camarero trajo humeante agua caliente para el baño de asiento de Scarlett.

Rhett estaba sentado en un sillón, fumando un cigarro.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Scarlett tratando de cubrirse el pecho con un paño para lavarse.

Rhett rio hasta que ella también se echó a reír y el paño se cayó.

Tuvieron su primera pelea poco después de llegar a Nueva Orleans.

—¿Por qué no podemos ir al St. Charles? —preguntó Scarlett—. Esto —añadió, refiriéndose con desprecio a su lujosa *suite*— es el hotel criollo.

—Sí, querida. —Rhett se colocó los gemelos en los puños de la camisa—. Por eso estamos aquí precisamente. El St. Charles sirve a los americanos. Los americanos son unos grandes ingenieros, saben ganar dinero y dar lecciones de moralidad, pero no saben comer. Y si no sabes comer, no sabes hacer el amor.

—¡Rhett!

Él la miró sonriendo y dijo:

—Nuestras relaciones maritales me han gustado mucho.

—Pero eso no significa que tengamos que hablar de ello.

—Cuando la comida y el amor son temas prohibidos, la conversación se rebaja a la política. —Tal como habría podido hacer un orador, Rhett apoyó la mano izquierda en la parte inferior de su espalda—. Dígame, señora Butler, ¿se librará Georgia alguna vez del imperio de la especulación? ¿Cree que la preocupación del gobernador Bullock por los negros es sincera, o que es más bien una estratagema para atraer sus votos?

Él se agachó y el zapato de Scarlett fue a estrellarse ruidosamente contra las contraventanas a su espalda.

Aquella noche, el vestíbulo estaba lleno de viajeros europeos elegantemente vestidos y de acaudalados criollos. Cuando Rhett pidió al portero que llamara un coche, Scarlett le dijo:

—Rhett, no sabía que hablaras francés.

—El criollo no es exactamente francés, cariño. Los parisinos no lo entienden.

El portero se irguió en todo su metro cincuenta y cinco de estatura.

—Monsieur, ello se debe a que nuestro francés es antiguo y puro. Los franceses de París han adulterado un bello idioma.

Rhett inclinó la cabeza.

—*Sans doute, monsieur.*

Cada mañana, desdeñando a los camareros del hotel, Rhett iba a la cocina a recoger la bandeja de Scarlett. El día de ella empezaba con caricias y lionesas y el café más negro y amargo que hubiera saboreado jamás.

—Querida, tienes mermelada en la comisura de la boca.

—Lámela.

Jamás salían del hotel antes del mediodía.

Rhett conocía todas las tiendas de la ciudad y las modistas más elegantes lo recibían con un beso en la mejilla y las noticias más recientes acerca de las viejas amistades.

—En inglés, por favor —dijo Rhett sonriendo—. Mi esposa es una dama de Georgia.

El talle alto que se había puesto de moda favorecía el cuello y el corpiño de Scarlett, y ésta se compró tantos vestidos que Rhett tuvo que colocarlos en baúles de viaje y enviarlos a casa. Compraron un cachorro de San Bernardo para Wade y una pulsera de coral para la pequeña Elle. Y aunque Scarlett dijo que jamás se la pondría, Rhett compró una enagua de vibrante rojo para Mamita.

Un lánguido y sensual día daba paso al siguiente. Scarlett no había sido tan descaradamente halagada desde que era una doncella. A pesar de su condición de casada, más de un caballero criollo había dado a entender con claridad su deseo de llevar las cosas más allá de la admiración. Rhett no se tomaba a mal los coqueteos, pero procuraba no dejar jamás sola a su mujer con otro hombre.

Nueva Orleans toleraba con un guiño unos comportamientos que en Atlanta hubieran activado las lenguas de la maledicencia. Scarlett podía achisparse. Y jugar al *chemin defer*. Y coquetear con un descaro que las viejas chismosas de Atlanta habrían considerado adulterio.

Durante la misa del domingo en la catedral de St. Louis, Rhett se inclinó hacia ella para contarle en voz baja un chiste tan obsceno que, de tanto contener la risa, a Scarlett le dio un ataque de tos. Su marido bromeaba cuando debía estar serio y se ponía serio cuando debía reírse. Le encantaba la cámara legislativa de Luisiana, tan proclive a la especulación, elogiaba todas sus locuras y disfrutaba de la corrupción reinante como si la locura fuera el estado más natural del mundo.

A Scarlett le encantaba la cocina criolla. Una tarde mientras almorzaban en el Antoine's, alanceó el último mejillón que quedaba en el plato de Rhett y éste la miró sonriendo.

—Como te pongas gorda y fofa me busco una amante criolla.

Scarlett miró alrededor para llamar al camarero.

—Vamos a pedir más langostinos.

Rhett se inclinó sobre la mesa, tomó su mano izquierda y con el pulgar le acarició la suave piel entre el pulgar y el índice.

—Ya no quiero más —dijo Scarlett con voz ronca—. Date prisa, Rhett. Volvamos al hotel.

Una tarde, él alquiló un vis a vis para que los llevara al malecón donde los vapores de ruedas hidráulicas del rio Misisipí traspasaban sus cargas a barcos de mayor calado. Puesto que los federales habían tomado Nueva Orleans al principio de la guerra, la ciudad no había sido bombardeada y era el puerto más activo del Sur. Los estibadores eran inmigrantes irlandeses, encantados de poder ganarse cincuenta centavos por doce horas de trabajo diarias. Vivían en las míseras barriadas que se extendían por detrás del malecón en compañía de sus fatigadas esposas y un número excesivo de escuálidos y sucios hijos. Al oír el conocido acento de su padre, Scarlett experimentó un sobresalto y apretó con fuerza el brazo de Rhett.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Prométemelo, Rhett. Te lo suplico, prométeme que nunca más volveré a ser pobre.

Siguiendo la costumbre de Nueva Orleans, cenaban tarde y después se iban a bailar, a bailes públicos o privados, de máscaras y de disfraces. O se iban a jugar al Boston Club (así llamado por el popular juego de cartas, no por la ciudad yanqui). Tras haber aprendido a jugar al besigue, Scarlett ganó más que perdió.

Una noche, en el transcurso de una memorable racha de buena suerte, Rhett insistió en irse inmediatamente.

Ella reprimió su cólera hasta que estuvieron en el coche.

—¡Con lo bien que me lo estaba pasando! ¡Estaba ganando! ¡Tú no quieres que yo tenga mi propio dinero!

—Cariño, el dinero significa mucho más para ti que para mí.

—¡Tú lo que quieres es ser mi propietario!

—El dinero significa todavía más para los caballeros cuyos bolsillos estabas vaciando. Conozco a esa clase de caballeros. Los conozco desde hace años.

Scarlett echó la cabeza atrás.

—¿Y a mí qué me importan?

—A ti no, pero a mí sí. Puesto que no pueden obtener satisfacción de una dama, tienen que desafiar a su acompañante. En el malecón hay mucha humedad al amanecer y no quisiera pillar un resfriado.

Varias noches Rhett salió por asuntos de negocios y dejó a Scarlett en el hotel, probándose sus compras.

Una pequeña nube empañaba la felicidad de Scarlett. El joven vestía correctamente, más como un empleado de una empresa que como alguien que estuviera disfrutando de la ciudad. Cuando ellos pasaban, solían verlo en el vestíbulo apoyado en una columna con los brazos cruzados, o bien sentado en una butaca leyendo el periódico. Charlaba amistosamente con el portero.

Los veía entrar en el St. Louis y los veía salir. Acudía a los mismos restaurantes.

—¿Quién es ese chico? —preguntó Scarlett en voz baja—. Anoche estaba en el Boston Club. ¿Por qué se interesa tanto por nosotros?

—No tienes que preocuparte, querida. Cree que tiene un motivo de queja contra mí.

—¿Qué clase de queja? ¿Quién es?

—Qué amable eres preocupándote por mí. Pero la verdad es que no tienes por qué.

—¿Preocuparme por ti? —dijo Scarlett en tono despectivo—. No seas tonto. Tú puedes cuidar de ti mismo.

Pero el joven seguía siendo una nube.

Los que estaban obteniendo beneficios con el gobierno de la Reconstrucción construían viviendas en las afueras de la ciudad, en lo que no mucho tiempo atrás habían sido huertos cuyos productos se vendían en los mercados. Aquel «Barrio de los Huertos» estaba creciendo con tal rapidez que las nuevas y lujosas mansiones se levantaban delante de unas calles donde los coches de caballos municipales se hundían en el barro. Las mansiones sin acabar estaban rodeadas de empalizadas de madera sin pintar (que, a juicio de Scarlett, no tenía ni punto de comparación con el pino de Georgia). Las tardes estaban puntuadas por los martillazos de los carpinteros que trabajaban como picamaderos hasta la noche.

El capitán Butler y su bella esposa eran invitados a fiestas donde los comerciantes de algodón y los propietarios de embarcaciones fluviales se mezclaban con hombres de curtido rostro cuyas joviales sonrisas jamás superaban el nivel de los ojos. Aunque lucían trajes muy caros, sus solapas eran siempre demasiado anchas y sus pantalones excesivamente ajustados. Eran aficionados a los llamativos colores del papagayo. Hablaban de Cuba y Nicaragua con tanta indiferencia como si acabaran de llegar de allí y estuvieran a punto de regresar al día siguiente. Sus mujeres eran demasiado jóvenes y guapas, iban demasiado elegantes y no se tomaban la molestia de disimular su aburrimiento.

Los hombres duros se mostraban más amables con Rhett de lo que se mostraban los unos con los otros.

—¿De qué te conocen?

—Algunas veces les he ofrecido la posibilidad de hacer algún pequeño negocio.

En una mansión de la calle Touro, una casa tan nueva que Scarlett podía aspirar el olor del engrudo del empapelado, una anciana se presentó.

—Soy Toinette Sevier. —Su sonrisa era encantadoramente falsa—. Sevier es mi apellido de soltera. Prefiero olvidar a mis maridos. Usted es una Robillard, creo. Se parece a su madre.

Scarlett tuvo la sensación de que alguien había pisado su tumba.

La tez de Toinette Sevier estaba manchada por la edad y su cuero cabelludo brillaba a través de su ralo cabello blanco. Sus sortijas con piedras preciosas engarzadas, sus pulseras y su collar demostraban que había sido una mujer muy deseada.

—Ellen y yo fuimos unas bellezas de Savannah hace muchos años. Conocí a Philippe, el pretendiente de Ellen, bastante mejor que a la madre de usted.

¡Philippe! Un nombre que Scarlett había empujado al rincón más apartado de su memoria. En su lecho de muerte, la última súplica de la madre de Scarlett había sido para «Philippe».

Un criado sustituyó la copa de Toinette por otra. Su sonrisa era nostálgica.

—Philippe era una llama de esas que arden y brillan cada vez con más intensidad hasta que lo consumen todo… Yo diría más bien que consumen a todos aquellos a quienes tocan.

Scarlett no deseaba oír ni una sola palabra más. Ellen O'Hara había sido la

dama más exquisita, la madre más perfecta… Scarlett hizo un esfuerzo por contestar:

—Mi madre jamás habló de ese hombre.

—Por supuesto que no. —Los viejos ojos de la mujer lo habían visto todo—. Hay católicos y católicos, querida, y Ellen Robillard era una católica arrepentida.

En Nueva Orleans, Scarlett era feliz… casi demasiado. Echaba de menos sus aserraderos: la compraventa, la satisfacción de superar con su ingenio a los más astutos hombres de negocios. Y echaba de menos a Ashley. Echaba de menos su rostro, el ahora ya insólito destello de sus queridos y cansados ojos castaños. ¡Ashley Wilkes era Tara y Doce Robles y todo lo que siempre había deseado Scarlett! En semejante estado de ánimo y sin poder quitarse a Ashley del pensamiento, no podía recordar por qué se había casado con Rhett Butler.

A Scarlett le molestaba el poder de Rhett. Sus abrazos vencían su resistencia, sus besos se abrían paso hasta ella. Sabía que Rhett quería que ella se convirtiera en algo menos de lo que era: en una abnegada esposa tan buena como estúpida. Sumida en aquel estado de ánimo medio aburrido y medio resentido, una mañana examinó la cañera de documentos de Rhett mientras él iba a buscar el desayuno.

Algunos documentos estaban redactados en español y llevaban unos complicados sellos de cera. Encontró albaranes de embarque… uno de ellos correspondiente al envío de «dos baúles por ferrocarril al hotel National de Atlanta. ¡MUY FRÁGIL!»; uno para el cachorro de San Bernardo de Wade: «¡Manejo especial! ¡Tren expreso!» Encontró una factura de Peake and Bennett, unos sastres de Londres, una carta de crédito de la Banque de Nueva Orleans por una suma que la sorprendió agradablemente, y una entrada para un baile de dos días más adelante en el Salón de Baile Honeysuckle.

Una entrada. No dos.

Claro que Rhett había estado con otras mujeres. Jamás lo había ocultado. Pero Scarlett había dado por sentado que, ahora que estaban casados, ella podría satisfacerlo. Aquel negocio que obligaba a su marido a salir de noche… ¿qué clase de «negocio» se podía hacer entre medianoche y el amanecer? Le ardieron las orejas. ¡Había sido una estúpida!

Cuando Rhett le trajo el desayuno, Scarlett se encontraba de pie delante del espejo de tamaño natural.

—Mira qué gorda estoy —le dijo.

Cuando él la rodeó con sus brazos, ella se puso en tensión.

—No quiero volver a comer nada, por mucho apetito que tenga. Oh, Rhett, recuerdo cuando un hombre podía rodearme la cintura con las manos y tocarse las puntas de los dedos.

Cuando a las puntas de los dedos de él les faltaron ocho centímetros para tocarse, ella rompió a llorar.

Aquella tarde, Rhett volvió a salir para su misterioso «negocio» y Scarlett

bajó al vestíbulo, donde el vigilante joven la saludó con una cortés inclinación de la cabeza. El portero estaba ayudando a una familia yanqui a subir a un coche cuando el niño le propinó un puntapié en la espinilla.

—¡Qué travieso es el joven *monsieur!* Sí, *madame,* es verdaderamente travieso.

El hombre se guardó en el bolsillo la propina de cinco céntimos, se masajeó un poco el tobillo y se volvió hacia Scarlett.

—¿Sí, *madame?* Artaud a su servicio.

—Quiero una entrada para el Salón de Baile Honeysuckle.

El portero sonrió como alguien que escucha un chiste y no lo entiende.

—*¿Madame?*

—El Salón de Baile Honeysuckle. Seguro que lo conoce.

Artaud reconoció cautelosamente que quizás había oído hablar de aquel establecimiento. ¿Estaba en la calle Bourbon o en Beaubein?

Scarlett le ofreció un billete de banco.

—La entrada son diez dólares, creo.

El portero se puso las manos a la espalda.

—*Je suis désolé, madame. Désolé!* No puedo ayudarla.

El vigilante joven se detuvo en la entrada e informó:

—*Pardon, madame.* Las señoras blancas no son bienvenidas en el Baile de la Cuarterona.

Y se alejó silbando.

—¿Qué es, por favor, el Baile de la Cuarterona?

El portero esbozó una sonrisa afligida.

—No puedo saberlo, *madame.* Y si pudiera saberlo, no podría decirlo. Disculpe, *madame…*

Se volvió hacia una anciana dama francesa que deseaba saber en qué iglesia había misa a las once.

Aquella noche en el Boston Club, Toinette Sevier iba acompañada de un apuesto criollo al que doblada la edad.

—Disculpe, *madame…*

—Ah, señora Butler. Tengo entendido que le gusta el besigue.

Scarlett no estaba de humor para chácharas.

—*Madame* Sevier —le preguntó—, ¿es usted respetable?

La anciana rió.

—Querida, la edad nos hace respetables a todas. Soy más respetable de lo que jamás he querido ser. Henri, sé bueno y ve a buscarme más champán.

—Pues entonces no sabrá nada del Baile de la Cuarterona.

La otra juntó las arrugadas manos en gesto de regocijo.

—Al contrario, señora Butler. Todas las damas saben lo que es el Baile de la Cuarterona, pero ponen en peligro su reputación si lo reconocen.

—¿Y usted pondrá en peligro su reputación?

—Querida, mi reputación está más embetunada que una bota vieja. ¿Qué desea saber?

—¿Por qué no puedo comprar una entrada?

—Porque los Bailes de la Cuarterona son para caballeros blancos y muchachas cuarteronas que desean relacionarse con ellos. Ni los varones negros ni las mujeres blancas pueden asistir a ellos. Algunas audaces mujeres blancas han entrado (es un baile de máscaras) con la esperanza de pillar a sus maridos *infraganti.* Cuando se descubre a alguno, la noticia es la comidilla de la ciudad durante semanas. Unos escándalos deliciosos. Absolutamente deliciosos.

Rhett no estaba cuando el portero entregó un sobre en su habitación. El sobre era de buena calidad y, con una caligrafía inclinada, alguien había escrito: «Felicidades de parte de una amiga.» Dentro, Scarlett encontró una entrada para el Salón de Baile Honeysuckle.

Cuando Rhett regresó, miró inquisitivamente a Scarlett.

—¿Qué estás tramando, mi pequeño gavilán? Estabas de muy mal humor esta mañana. La mantequilla no se te fundía en la boca.

—Oh, Rhett, es que no me encuentro bien. No puedo salir esta noche.

Él la estudió con escepticismo.

—No quisiera que adelgazaras. Iré a buscarte algo al Antoine's.

Scarlett estaba en la cama con las persianas cerradas y un lienzo frío en la frente cuando su marido regresó con sus bocados preferidos: almejas nadando en mantequilla, crujientes camarones, un langostino abierto como una flor rosa y blanca.

—Oh —dijo ella—, no podría comer nada. Ven —añadió dando una palmada a la cama—. Siéntate a mi lado.

¡Los hombres son tan hipócritas! Rhett parecía casi preocupado. Le tocó la frente.

—Mayo es demasiado temprano para las fiebres. ¿Quieres que avise a un médico?

—No, querido esposo. Tú eres la única medicina que necesito.

Rhett meneó la cabeza.

—Pues entonces, siento decepcionarte. Tengo que ausentarme unas horas.

—¿Adónde vas, cariño? —La voz de Scarlett sonaba tranquila y despreocupada.

—A ningún sitio por el que tengas que preocuparte, pobrecita mía. Tengo que resolver un asunto de negocios. —Se inclinó hacia ella con los ojos brillantes—. ¿Qué tienes en la cabeza, cariño? ¿Estás volviendo a pensar? Tu rostro angelical te traiciona.

—¿No puedo ir contigo?

Rhett se echó a reír.

—No, querida, por supuesto que no. Y de todos modos, si no recuerdo mal estás indispuesta.

Rhett se puso la levita que el sastre le había entregado la víspera y el hilar de seda que había lucido en su boda. Después se inclinó para besarle la frente.

—Intenta comer algo —le dijo al cerrar suavemente la puerta a su espalda.

Scarlett empezó a saquear el armario, arrojando al suelo los vestidos desechados. Sí, el de tafetán azul… Rhett jamás se lo había visto puesto. ¡Y aquella nueva mantilla negra! Se tumbó en la cama y se apretó el corsé hasta que casi no pudo respirar. Se trenzó el cabello y se escondió las trenzas bajo el sombrero de terciopelo azul. La media máscara adornada con lentejuelas lo ocultaba todo menos los ojos.

Los carruajes iban dejando a los caballeros delante del Honeysuckle y después torcían para enfilar la calle Bienville. El portero negro vestía como un zuavo: holgados pantalones rojos, chaquetilla azul, una ancha faja roja y un fez turco encasquetado en su enorme cráneo cual la torreta de un acorazado.

—*Bonsoir, madame. Comment allez-vous?*—Vaciló antes de aceptar la entrada de Scarlett—. *Et la Maman de vous, mamselle?* —La estudió detenidamente—. *Mamselle,* ¿se ha extraviado? ¿Quizá se ha equivocado de dirección?

Aquel vigilante joven apareció de repente y tomó del brazo a Scarlett.

—Veo que ha recibido mi entrada. —E hizo una broma en rápido criollo que el portero rió; a continuación, con una inclinación de la cabeza, les franqueó el paso.

Mientras subían por una ancha escalinata alfombrada, Scarlett preguntó:

—¿Qué le ha dicho?

—Un chiste subido de tono. A costa de usted, me temo.

—¡Cómo se atreve!

Se detuvieron en el entresuelo, delante de una puerta blanca.

—Señora Butler, ¿desea usted asistir al Baile de la Cuarterona?

—Sí, pero…

—Pues entonces, *madame…*

El joven abrió la puerta.

El Salón de Baile Honeysuckle tenía un techo muy alto con complicadas molduras de yeso, un arrimadero blanco y dorado y mobiliario estilo Imperio. Las altas ventanas se abrían a un balcón de hierro forjado donde los caballeros podían fumar. En un extremo del salón había mesas con refrescos.

Al otro lado de la sala, Rhett estaba enfrascado en una conversación con una mulata de mediana edad vestida de marrón oscuro, con un corpiño y un escote de estilo severamente baptista.

El acompañante de Scarlett había desaparecido.

Ella esperaba encontrarse con algo perverso, tal vez incluso *le can-can.* Pero, por desgracia, aquel baile no se diferenciaba de los bailes respetables como no fuera por el hecho de que quienes lo dirigían eran unas matronas negras.

Los hombres blancos y las muchachas bailaban e intercambiaban comentarios ingeniosos. Las sillas tapizadas que había a ambos lados del balcón estaban reservadas a las severas carabinas de las chicas. Las muchachas eran morenas y educadas.

La orquesta inició los acordes de *El Danubio azul,* el nuevo y famoso vals del señor Strauss.

—*Mamselle, si vous plais?*

El caballero que se había inclinado ante Scarlett era más joven que ella y prematuramente calvo.

—Inglés, por favor —contestó ella.

Mientras evolucionaba en la pista, Scarlett se sintió transportada de nuevo a su despreocupada adolescencia. ¡Que se fuera al diablo el matrimonio y Rhett Butler también! Aquella noche estaba decidida a pasarlo bien… si su pareja bailara un poco mejor. El muchacho se movía con rigidez, iba medio compás atrasado, ¡y no paraba de disculparse!

—*Pardon, mamselle.* Ha dicho usted inglés, ¿verdad? ¡Le pido perdón!

Al final, *El Danubio azul* desembocó en el mar, su pareja se inclinó en una reverencia, se enjugó el sudor de la frente y carraspeó. Con los ojos clavados en algún lugar situado por encima del hombro izquierdo de Scarlett, enumeró sus bienes y propiedades: su nueva casa en la calle Canal, sus intereses al cincuenta por ciento en un almacén cercano a la estación ferroviaria de Morgan, un cinco por ciento en la Banque de Nueva Orleans y un diez por ciento de un vapor de ruedas hidráulicas laterales de seiscientas toneladas.

—Y —añadió ruborizándose violentamente—, ¡soy fiel!

—Señor, ¿por qué me cuenta todo esto?

—*Mamselle,* la estoy tomando en consideración. Espero que usted me conceda el honor de tomarme en consideración a mí. —Se enjugó el sudoroso rostro—. Le ruego me conceda el honor de presentarme a su madre.

—Señor, mi madre está con los ángeles.

—Pues entonces su tía, su prima…

—No creo que tía Eulalie lo aprobara, señor.

Cuando la orquesta volvió a tocar, Rhett la arrastró a la pista. La torpeza se había desvanecido. El aire parecía brillar.

—*Mamselle* —dijo—, qué bien baila usted.

—Como usted, señor. —Scarlett impostó su voz—. ¿Ha recibido lecciones?

Rhett esbozó una sonrisa radiante.

—Disculpe si he interrumpido unas delicadas negociaciones entre usted y aquel caballero…

—¿Señor?

—Superaré cualquier oferta que él haya hecho.

—Posee el diez por ciento de un vapor, señor.

—Pues yo poseo el cincuenta por ciento de seis vapores.

—El caballero tiene el cinco por ciento de un banco.

—Yo soy propietario directo de dos bancos y socio de un tercero.

—Ah, señor, pero el joven dice que es fiel.

—¿Y usted cree que yo no lo soy?

—Señor, no tiene usted que leerme el pensamiento.

Rhett le hizo dar rápidas vueltas por la pista.

—En cualquier matrimonio, uno por lo menos tiene que ser fiel. ¿Es usted fiel, *madame?*

La mulata del vestido marrón interrumpió su vals.

—*Qui êtes-vous?* —preguntó con tono cortante—. ¿Quién eres?

Rhett contestó por ella:

—*Madame* Gayarre, permítame que le presente a mi esposa, *madame* Butler.

—Esto es un baile respetable —espetó la mujer—. No es una comedia.

—Nos retiraremos discretamente, *madame.* No habrá ningún escándalo.

La mujer soltó un bufido, pero se retiró.

La autoridad de Rhett era tan deliciosa como aborrecible. Ya en la puerta, Scarlett se detuvo.

—¿Cuál de las chicas era el «negocio» de que me hablaste?

Rhett señaló con la cabeza a una muchacha que permanecía sentada sola, tan orgullosa y resignada como la víctima de un sacrificio azteca.

—*Madame* Gayarre necesitaba mi consejo acerca del futuro de su sobrina Solange. Conozco a los Gayarre desde hace años.

Desde el balcón, el vigilante joven levantó una copa en dirección a Rhett y Scarlett.

—Ah —dijo Rhett—, o sea que fue Taz el que estuvo detrás de esta mascarada.

El portero zuavo les llamó un coche.

Rhett depositó el sombrero sobre el asiento.

—Las muchachas cuarteronas vienen para relacionarse con caballeros blancos: es lo que se llama *unplagage,* una especie de concubinato. Sus madres negocian acerca de la casita que él deberá comprarle a la muchacha, la cantidad que deberá depositar en su cuenta, la bonificación cuando nazca un hijo.

»Solange ha tenido dos pretendientes, un anciano caballero que no es probable que le exija demasiado y el sujeto con quien tú estabas bailando. Le he aconsejado que acepte al anciano caballero.

—O sea que el pretendiente rechazado me estaba persiguiendo a mí.

—Querida —dijo Rhett, soltando una carcajada—, cosas peores podrías tener que el diez por ciento de un vapor.

En la *suite,* un Rhett Butler completamente vestido observó cómo Scarlett se quitaba muy despacio el sombrero azul, el vestido de baile, las medias y la camisa. Después, Scarlett se soltó el cabello.

—Madre de Dios —dijo Rhett con voz ronca.

Saboreando su poder y experimentando un cosquilleo desde la coronilla

hasta la punta de los dedos de los pies, Scarlett no se quitó la máscara.

36
Una casa para *monsieur* Watling

A los tres días de su llegada a Nueva Orleans, Tazewell Watling fue contratado por la empresa comercializadora de algodón J. Nicolet et Fils. El hijo de dieciséis años de Nicolet, Francois, había muerto a causa de la fiebre amarilla y Nicolet estaba organizando el traslado de su mujer y sus hijas al clima más benigno de Baton Rouge. Cuando Taz llegó a la ciudad, la mujer y las hijas de Nicolet ya se habían instalado en su nuevo hogar, pero Nicolet no había abandonado Nueva Orleans.

J. Nicolet necesitaba desde hacía tiempo un ayudante y, puesto que ahora se pasaría buena parte de su tiempo en Baton Rouge, su necesidad se había convertido en una cuestión urgente; sin embargo, la perspectiva de contratar a alguien para el puesto que normalmente habría tenido que ocupar su hijo le había provocado una depresión tan grande que se había quedado paralizado.

La mañana en que finalmente apareció el tardío anuncio en el *Picayune*, Nicolet subió las escaleras que conducían a su polvoriento despacho encima del almacén de la calle Gravier. Tazewell lo estaba esperando.

Tazewell sujetó el periódico y el buñuelo de Nicolet mientras éste rebuscaba las llaves en su bolsillo. En el interior del despacho, Nicolet le indicó a Taz la silla de las visitas y se acomodó detrás de un escritorio, cuya superficie estaba cubierta de manifiestos de carga, notificaciones de embarque e informes sobre el algodón.

—Vengo en respuesta a su anuncio, señor —dijo el joven.

Nicolet había insertado el anuncio a toda prisa para no cambiar de idea.

—No esperaba a nadie tan pronto.

—El *Picayune* se puede comprar en su redacción a las seis de la mañana —explicó el joven.

—Ya.

—¿Ocurre algo, señor? —preguntó el joven.

Nicolet parpadeó rápidamente. Pues claro que ocurría algo. Aquel joven no era su amado Francois.

—No, nada —contestó—. Puesto que voy a ausentarme de la ciudad muy a menudo, necesito un ayudante de confianza. ¡De confianza! —rezongó Nicolet—. Lo malo es que la mayoría de los jóvenes no son de confianza; ¡gandulean, fuman cigarros, juegan a las cartas!

—Yo no juego a las cartas, *monsieur.*

—Mi negocio no es lo suficientemente grande como para pagar el excesivo salario que exigen los jóvenes.

—Mis aspiraciones son modestas.

—El comercio del algodón es un negocio muy complicado. Se tarda años en comprenderlo.

—Yo no le haré ninguna promesa que no pueda cumplir, *monsieur.* Prometo que lo intentaré.

Nicolet desdobló el periódico y contempló las oscuras líneas impresas sin leerlas. Depositó el buñuelo encima del periódico. Todas las mañanas se comía un buñuelo mientras leía las notificaciones de los embarques.

—El Horno de Diderot hace los mejores buñuelos de la ciudad.

—*Oui, monsieur.*

Mientras seguía adelante con su desorganizada entrevista, Nicolet se sintió atraído por el habla criolla y la educación jesuítica de Taz. Como casi todos los católicos, Nicolet sobreestimaba los rigores y los efectos de la educación jesuítica.

—¿Y su familia, joven Watling? ¿Vive en Nueva Orleans?

—Mi familia es… un poco irregular.

—Comprendo.

Nicolet se quitó las gafas, les echó el aliento y las frotó con su pañuelo. El comercio en Nueva Orleans dependía de las relaciones personales y él necesitaba a un joven con contactos. Su Francois tenía contactos. La misma semana en que cayó enfermo, Francois había sido invitado a incorporarse a Comus, la prestigiosa sociedad del Mardi Gras. Todo el mundo apreciaba a Francois. ¡Todo el mundo!

—*Monsieur,* si eso le hace sufrir…

Nicolet rechazó el comentario con un gesto de la mano. El comerciante de algodón era suficientemente sensato —y experimentaba el suficiente dolor— como para saber que no soportaría entrevistar a un segundo joven que sería tan poco Francois como el que tenía delante.

—Watling, no es usted el primer bastardo que conozco. Por respeto a los buenos padres jesuitas —Nicolet consiguió sonreír— voy a contratarlo. Puedo pagarle siete dólares a la semana.

En el transcurso de las turbulentas semanas siguientes, J. Nicolet enseñó a Taz a convertir los envíos de algodón de los plantadores criollos en cargamentos para los comisionistas de Liverpool. Taz aprendió a distinguir entre hebras largas y cortas, grados mediocres y menores de algodón, y J. Nicolet le enseñó los trucos que utilizaban los bribones para hacer pasar un algodón inferior, sucio o mal desmotado por mejor de lo que era.

Todas las mañanas se presentaba en el despacho de J. Nicolet antes que su patrón y se iba después que él. En los almacenes y los muelles lo acosaba con tantas preguntas que su amable patrón se quejaba: «*Ca qui prend zasocie prend maite*» (El que contrata a un empleado, adquiere un amo). J. Nicolet se preguntaba si, a pesar de su educación jesuítica, el joven no sería excesivamente americano.

Taz había alquilado una habitación en una pensión cuyos pasillos olían a jabón de lejía y repollo hervido.

Cuando finalmente escribió a Belle, Taz exageró sus perspectivas. A

propósito de su huida de Inglaterra, se limitó a escribir: «*Maman*, ya era hora de que me abriera camino yo solo en el mundo.»

Belle le contestó de inmediato:

> Querido muchacho:
>
> ¡Qué contenta me sentí cuando recibí tu carta! ¡Estaba tan preocupada por ti! Me alegro de que estés en Nueva Orleans ocupando un puesto tan importante.
>
> El Chapeau Rouge marcha viento en popa. Los aventureros del Norte y los oficiales yanquis nadan en la abundancia. Ninette me pide que te dé recuerdos. Taz, ¿podrías enviarle, por favor, tres libras de café de Nueva Orleans?
>
> Mi niño querido, ¿cómo pudiste pensar que Rhett Butler iba a casarse con una mujer como tu vieja mamá?
>
> Rhett siempre amó a Scarlett O'Hara. ¡Ya la amaba cuando ella se casó con Frank Kennedy! ¡Rezo por él para que su matrimonio sea feliz!

Taz arrugó la carta. Cómo se atrevía Rhett Butler a no amar a su madre. ¡Cómo se atrevía!

Jules Nore, el que le había explicado a Taz su condición de bastardo en la escuela de los jesuitas y en pago había recibido un puñetazo en la nariz, trabajaba ahora en la naviera Olympic Steamship Company. Jules y Taz reanudaron su amistad.

Ambos jóvenes se encontraban casualmente en el Boston Club cuando los Butler, en plena luna de miel, hicieron su aparición en el local. Inmediatamente se hizo el silencio y todos los ojos se volvieron hacia la pareja.

Nadie más existía para aquellos amantes. Las complejas intimidades y los chistes que sólo ellos entendían brillaban en la sagaz mirada de Rhett y en los párpados entornados y el trémulo labio de Scarlett. Los dos eran tan hermosos que los maridos infieles recordaron lo encantadoras que antes eran sus esposas y los libertinos evocaron sus inocentes primeros amores.

La esposa de su padre era la mujer más encantadora que Taz hubiera visto jamás, pero él la odiaba con toda su alma. Odiaba a Scarlett por ser agraciada y, principalmente, por no ser Belle.

¿Sabía la esposa de su padre que éste tenía un hijo? ¿Se habría molestado Rhett Butler en hablarle de su bastardo?

Taz los perseguía. Buscaba motivos para pasarse horas en el hotel St. Louis y el Boston Club. Descuidaba su trabajo, abreviando los prolongados cumplidos a que estaban acostumbrados los plantadores criollos.

Tazewell Watling no sabía lo que hacía ni lo que quería. ¿Quería que Rhett lo reconociera? ¿Qué le explicara por qué no se había casado con Belle? Su mente estaba hundida en el resentimiento.

Aunque J. Nicolet jamás había hecho negocios con el capitán Butler, sabía quién era. Todo el mundo conocía al capitán Butler.

—Butler es un hombre serio, joven Watling. ¿Qué interés tienes tú por él?

La vaga respuesta fue para Nicolet una confesión de paternidad. Entonces su

patrón le contó historias acerca de las andanzas del capitán Butler en Cuba y América Central.

—No me cabe duda de que deseaba que los cubanos se vieran libres de los tiranos españoles, pero… —Nicolet soltó un bufido— Butler no era indiferente al oro español. Claro que entonces era un joven no mayor que tú.

—¿Se había… estaba casado?

Nicolet se encogió de hombros.

—Butler mantenía a una muchacha criolla. De la familia Gayarre. Era muy guapa.

—¿Era… Belle?

—Se llamaba Didi. Estando él ausente, Didi murió tratando de librarse del hijo de Butler. Él no sabía que estaba embarazada y quedó destrozado. Durante el duelo, se consolidó la amistad entre Butler y los Gayarre. E incluso ahora —añadió—, los Gayarre le piden a Butler que sea él quien decida una cuestión delicada en el Baile de la Cuarterona.

El resentimiento es un plato donde se mezclan distintos sabores. Furioso, avergonzado, aturdido por la emoción y la expectación sobre la manera en que Butler pudiera reaccionar, Tazewell Watling había acompañado a la señora Butler al Baile de la Cuarterona.

A la mañana siguiente, cuando Taz llegó su patrón ya estaba en el despacho. El joven le dijo «Buenos días, señor», pero Nicolet no interrumpió su tarea de hacer anotaciones en el libro mayor.

—Señor…

J. Nicolet cerró bruscamente el libro mayor.

—Trabajas duro y has aprendido a conocer mi negocio. Tenía intención de dejarte como encargado este verano. Cuando esté en Baton Rouge, ¿tú te encargarás de organizar los embarques de algodón de J. Nicolet o bien te dedicarás a montar escándalos?

Tazewell Watling depositó su libro de pedidos en el escritorio de su patrón.

—He sido un estúpido, señor. Lamento mucho lo que hice anoche y haber perdido su confianza. Los pedidos están formalizados hasta el día de ayer. —El joven se puso el sombrero—. Señor, le agradezco las numerosas muestras de bondad que ha tenido conmigo.

—*Merci pas coute arien.* —Dar las gracias no cuesta nada.

—¿Señor?

—Mi familia se encuentra a gusto en Baton Rouge y yo la echo mucho de menos. —J. Nicolet meneó un dedo en gesto de advertencia—. Joven Watling, regresaré de vez en cuando sin previo aviso para ver si estás enviando cargamentos de algodón o bien provocando escándalos. Por mi familia te ofrezco esta oportunidad. ¡Sólo una!

Pero J. Nicolet abandonó Nueva Orleans en junio y no regresó hasta octubre.

Los hombres de negocios de Nueva Orleans temían la palabra «epidemia» y lamentaron su aparición en los periódicos. El 22 de junio, el *Crescent* informó de

que «la fiebre amarilla se ha convertido en una idea en desuso en Nueva Orleans». A pesar de que el Cuatro de Julio habían muerto cuarenta personas a causa de la fiebre amarilla, el *Picayane* negaba que se tratara de una epidemia. Sólo cuando la acaudalada Toinette Sevier vomitó sangre y se desplomó en el Boston Club se reconoció la existencia de la epidemia. Los que podían huir de la ciudad empezaron a hacerlo.

A finales de julio, el Charity Hospital, las Maison de Santé y la Turo Infirmary estaban llenos a rebosar de enfermos. Las víctimas eran atendidas en el orfelinato, en el manicomio y en los salones públicos de baile. Los cortejos de los entierros atascaban las calles y los ataúdes se amontonaban en los cementerios porque no había suficientes sepultureros disponibles.

Nueva Orleans apestaba a muerte.

Nacido y criado en la ciudad, Tazewell Watling era más resistente a la enfermedad que los pobres inmigrantes irlandeses, que morían a centenares.

Aunque los más destacados comerciantes de algodón habían cerrado y los cargueros británicos permanecían anclados muy al fondo del canal para evitar la cuarentena de la «bandera amarilla» al llegar a casa, la gente tenía que vender su algodón y apenas había mano de obra para llevarlo a los barcos.

Tazewell se encargaba de organizar los cargamentos desde el amanecer hasta que el sol se ponía al otro lado del río. Redactaba breves respuestas a los largos y preocupados telegramas de J. Nicolet. Novecientas sesenta personas murieron durante la primera semana de agosto; doscientas ochenta y ocho durante la segunda.

Siendo el único comprador de algodón que había en la ciudad, el joven Watling habría podido aprovecharse de los desesperados vendedores que deseaban obtener dinero para llevarse cuanto antes a sus familias. Pero Taz pagaba el precio habitual y se encogía de hombros diciendo: «Tenemos que ayudarnos los unos a los otros en tiempos difíciles, ¿no cree, *monsieur?*

Cuando bajaron las temperaturas y la epidemia empezó a amainar, los supervivientes se sintieron como veteranos de guerra. Cuando reabrieron los grandes comercios de algodón, muchos de los que habían hecho negocios con el joven *monsieur* Watling durante la epidemia los siguieron haciendo, y los beneficios de J. Nicolet aumentaron considerablemente.

Tazewell se había ganado la fama de hombre honrado en una época muy poco honrada. Hacía negocios con los demócratas y los republicanos y se reservaba sus opiniones políticas. Disfrutaba de un amplio círculo de amistades. Muchos ciudadanos de Nueva Orleans habían llegado a la conclusión de que el capitán Butler era el padre de Tazewell Watling, pero, puesto que Taz no comentaba la cuestión de su paternidad, el tema no se planteaba en su presencia.

Era un hombre muy popular en la ciudad. Tazewell siempre estaba dispuesto a invitar a una ronda y la broma que solía gastarle Jules Nore consistía en pedirle un cigarro y pasar entre los amigos la pitillera de Taz basta dejarla vacía. Taz visitaba asiduamente los burdeles, pero no tenía preferencia por ninguno. A pesar

de las insinuaciones de varias madres, jamás volvió a asistir a otro Baile de la Cuarterona. Cuando sus amigos jugadores le pedían un préstamo para capear el temporal, Tazewell se disculpaba diciendo que tenía que enviarle el dinero a su madre.

Tres años después de la incorporación de Taz a la empresa, J. Nicolet lo convirtió en su socio. «Tú te encargarás de todo el trabajo y yo percibiré la mitad de los beneficios, *oui?*»

Jules Nore era lugarteniente de la Mystic Krewe de Comus, la más antigua sociedad de desfiles del Mardi Gras. Invitó a Taz a afiliarse.

—Pero, Jules —contestó Taz—, yo soy un bastardo.

Jules lo miró perplejo.

—¿Y eso qué importa?

Cuatro años después de su regreso a Nueva Orleans, Tazewell Watling se compró una casa de piedra en la calle Royal del Vieux Carré. La noche en que registró la escritura de compra, Taz regresó a su casa todavía sin amueblar y se sentó en el suelo del salón con la cristalera abierta al jardín. La cocina en forma de L era un poco extraña y el salón era pequeño, pero había dos dormitorios en el piso de arriba, uno de ellos con entrada independiente. Permaneció sentado, escuchando el clip-clop de los caballos en la calle Royal. La luna iluminaba los tilos de su jardín.

A la mañana siguiente escribió: «Querida *Maman*, espero que quieras visitarme en Nueva Orleans. Tengo una gran sorpresa para ti.»

37
Una estúpida broma

Una fresca mañana de Atlanta delante del Farmer's and Merchantes Bank, Rhett se cruzó con una pareja de ancianos que estaba vendiendo manzanas en un carro.

El hombre anunciaba con un sonsonete:

—¡Productos frescos, tengo productos frescos! Tengo manzanas para zumo y manzanas de postre que se funden en la boca. Tengo manzanas para tartas y pasteles de frutas. ¡Las tengo amarillas, rojas y a rayas! ¡Manzanas, tengo manzanas!

La chaqueta confederada que llevaba había sido cuidadosamente remendada; el abrigo que lucía su mujer se había confeccionado con una manta. Resultaba imposible adivinar su edad. La mujer estaba desdentada y los pocos dientes que conservaba su marido estaban manchados de tabaco. El sombrero del hombre, que habría podido pertenecer a un soldado, era de un color entre verde y marrón. La mujer permanecía de rodillas en la parte posterior del carro clasificando las manzanas y colocándolas con cuidado en las distintas cestas para evitar que se machucaran.

—Señor, por favor —llamó el hombre—. ¿Puede gastar un centavo en una manzana? Llévese unas cuantas para su mujer y sus hijos.

La mujer miró a Rhett con sus claros ojos azules y le dijo al marido:

—Jimmy, a lo mejor el caballero no tiene mujer ni hijos. A lo mejor no tiene a nadie a quien regalarle una manzana.

Su marido la miró con semblante abatido.

—¿Nadie a quien llevarle una manzana? ¡Válgame Dios! En qué mundo vivimos, Sarie June. ¡En qué mundo!

Soltando una carcajada, Rhett compró cuatro kilos de la variedad Esopus Spitzenberg simplemente porque el nombre le gustó.

Mientras introducía las manzanas en una bolsa, la mujer le preguntó si tenía hijos.

—Tres.

—¿Cómo se llaman?

—Wade Hampton cumplirá nueve años el mes que viene, Ella… vamos a ver… tiene cuatro, y mi Bonnie Blue tiene un año, ocho meses y cuatro días.

—¿Es su preferida? Se le han iluminado los ojos al nombrarla.

—Es la mía y es una preciosidad.

—Seguro que sí. —La mujer alargó la mano hacia un cesto más pequeño y

sacó tres grandes manzanas amarillas—. Estas Smokehouses son demasiado dulces para los adultos, pero a los niños les encantan. —Mientras las envolvía por separado en papel de periódico, añadió—: Esta es para Wade Hampton, ésta para Ella y creo que ésta tan grande le va a gustar a su pequeña señorita Bonnie Blue. No, no le cobro nada por las de los niños.

Mientras la mujer cerraba la bolsa con las manzanas más grandes colocadas encima de las demás, Rhett preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

—¿Cuánto tiempo hace, Sarie June? —El anciano esbozó una sonrisa—. Casi una eternidad —dijo sonriente, apartándose para evitar que ella le soltara un tortazo. Y añadió—: Creo que no puedo recordar una época en que no estuviéramos casados. Pero ha sido tremendo. Esta mujer es una desgracia.

Esta vez el tortazo dio en el blanco y ambos rieron alegremente de la malicia de uno y de la pronta respuesta de la otra.

Luego el hombre dijo:

—Mi Sarie habría podido casarse con quien quisiera. Los chicos se apretujaban a su alrededor como abejas en un lagar de manzanas. Pero Sarie corrió el riesgo de elegirme a mí. El amor es una cosa muy arriesgada. Es un riesgo diario.

Rhett ató la bolsa a la parte posterior de la silla, montó de nuevo en su caballo y bajó a paso largo por la calle Mitchell. Él y Scarlett vivían en un espectacular edificio de la calle Peachtree. Se gastaban más en una cena en el Kimball House de lo que aquella pareja de ancianos ganaba en una semana. Los visitaban los hombres más importantes de Atlanta, incluido el gobernador Bullock.

Pero Rhett y Scarlett jamás habían compartido una broma tonta. Jamás.

Ella nunca le había dicho que lo amaba. Y sabiendo de antemano su respuesta, él jamás se lo había preguntado.

A veces, Rhett experimentaba la sensación de ser un hombre que cae por un precipicio y es incapaz de dirigir su caída o evitar el desastre. Aunque llevaban tres años casados, Rhett, al igual que el vendedor de manzanas, no recordaba una época en que no hubieran estado casados. Las peleas entre ambos eran más reales que los recuerdos de los abrazos de otras mujeres.

La amaba y no podía dejarla. Su esposa creía amar a Ashley Wilkes. Rhett le compraba todo lo que ella pedía. Su coche estaba adornado con acabados de madera de cerezo. Si le gustaba un vestido o cualquier chuchería, enseguida lo tenía.

A veces Rhett se despreciaba. ¿Acaso creía que podía comprarla? Quizá cuando Scarlett fuera feliz, cuando ya hubiera conseguido finalmente todo lo que quería, quizás entonces le abriera su corazón.

Le encantaban sus aserraderos porque era una astuta mujer de negocios. Le encantaban porque allí podía disfrutar de la compañía de su gerente, Ashley Wilkes. Ese día estaba en el aserradero con Ashley. Cuando regresara a casa, sus

ojos conservarían aquella mirada distante tan característica.

A veces Rhett lamentaba no haber permitido que los yanquis ahorcaran a aquel hombre.

La residencia de los Butler era oscura y lujosa, con revestimientos de madera labrada, pesados muebles y cortinajes del techo hasta el suelo. Las luces de gas estaban encendidas.

Le entregó la bolsa a Mamita y le dijo que les diera a los niños las manzanas envueltas en papel cuando Bonnie despertara de su siesta.

—Señor Rhett, estas Smokehouses les van a encantar a los niños —le aseguró Mamita—: Son tan dulces que a mí hasta me duelen los dientes.

Rhett subió al piso de arriba y se dirigió a la habitación de los niños. Se llevó un dedo a los labios para que los otros niños no despertaran a Bonnie. Le subió la manta hasta la barbilla. Sus pestañas eran como de fina seda, la cosa más delicada del mundo. Por una extraña y maldita razón, una lágrima asomó a uno de sus ojos. Wade estaba tirando de su manga mientras Ella lo instaba en silencio a que se sentara. Cuando lo hizo, la niña se acurrucó sobre sus rodillas. ¿Por qué los niños olían distinto de los adultos?

Wade le estaba enseñando algo… una piedra gris que adquiría un maravilloso color rojo cuando él la lamía.

Cuando entró, Scarlett lo captó todo de un solo vistazo. Seguía conservando aquella mirada en los ojos.

—Quiero hablar contigo —dijo antes de regresar rápidamente a su dormitorio.

En silencio, Wade se guardó la prodigiosa piedra en el bolsillo. Mientras levantaba a Ella de sus rodillas, Rhett le alborotó el cabello.

Cerró la puerta del dormitorio a su espalda.

—Rhett, he decidido no tener más hijos. Creo que tres son suficientes.

Dios mío, qué guapa era. Era guapa y estaba ciega. Si Ashley Wilkes la quisiera, si se cumpliera su sueño, ella no lo querría. Sólo lo inasequible podía satisfacerla.

—Tres me parece un número adecuado —dijo Rhett.

—Ya sabes a qué me refiero… —dijo ella, ruborizándose.

Pero ¡qué necia era, maldita sea! Habrían podido ser felices. No, algo más que felices. Algo…

—Cerraré mi puerta con llave todas las noches.

—¿Por qué tomarte la molestia? —replicó él—. Si te deseara, no habría ninguna cerradura capaz de impedirme la entrada.

Y regresó al cuarto de los niños, donde Wade y Ella lo acogieron con sonrisas. Sonrisas.

En cuestión de un momento, su querida Bonnie despertaría y entonces todos bajarían a la cocina a comer manzanas y divertirse quizá con alguna broma tonta.

38
Una túnica blanca

Rosemary Haynes Ravanel se quedó temblando en los peldaños de la entrada de su casa. Sus enfurecidos dedos sujetaron con fuerza el paquete envuelto en papel de carnicería como si envolverlo de nuevo pudiera mejorar la situación. Exceptuando el tic de la comisura de su boca, mostraba un semblante impasible. Alguien podía estar mirando. Alguien podía haberla visto recoger el paquete. Aquel caballero que bajaba por la acera se quitó el sombrero en gesto de saludo. El jinete pasó sin dirigirle ni una sola mirada. Aquella cortina de la ventana del piso de arriba del otro lado de la calle… ¿se movió imperceptiblemente? ¡Malditos fueran todos! ¡Malditos!

El paquete que introdujo en su casa —en su propia casa contenía tres metros de barato tejido blanco de algodón, una cinta roja para la cruz del pecho y una nota toscamente redactada: «Querida señorita, confeccione con esto una túnica y una máscara para el Ku Klux. ¡Y que sea bien grande!»

Era el día de Navidad. El acebo que Rosemary había colgado en el vestíbulo tenía unos alegres colores verde y rojo. La corona de enebro del salón olía maravillosamente a limpio.

¡Dentro de su casa!

Rosemary arrojó el paquete al suelo.

—¡Cómo se atreven! —exclamó en un susurro.

Su respiración era tan rápida como la de un gorrión caído en una trampa. ¡Cómo se atrevían!

¿Cuándo había muerto el honor del Sur? En la carga de Pickett, en Franklin. ¿Acaso habían muerto todos los hombres honrados?

Rosemary creyó marearse.

El honor del Sur se había reducido a eso: a un miserable que creía poder impresionar a sus compinches porque su túnica del KKK, su atuendo de asesino, la había confeccionado la esposa de su comandante.

Porque así se hacían las cosas últimamente: de tal manera que los ciudadanos honrados pudieran negar el terror que cabalgaba de noche.

«No, señor. Yo no sé nada del Ku Klux Klan. Sí, es cierto que confeccioné una túnica parecida a la que usted describe, pero no sé quién me facilitó el tejido ni quién se la puso. Cuando la hube confeccionado, la dejé en el umbral de mi puerta

y por la mañana ya no estaba. Yo no sé nada de asesinos, azotes y apaleamientos de negros y republicanos blancos. ¿Dice usted que violan a las negras? No sé nada de las familias negras que se ocultan en los bosques ni de sus cabañas incendiadas ni de los hombres y mujeres que son sacados a rastras de sus casas y desaparecen sin que jamás se les vuelva a ver. ¿Mi marido? Andrew se ausenta muy a menudo. A veces se ausenta varias semanas seguidas. Pero comprenderá usted que no es correcto que una esposa le pregunte al marido adónde va. ¿Dice usted que mi esposo es un destacado miembro del Ku Klux Klan? Andrew jamás me habló de ningún Ku Klux Klan.»

Los periódicos de Charleston informaban acerca del «presunto» Ku Klux Klan y reprendían a los republicanos por el hecho de exagerar su influencia.

«La otra noche William Champion recibió la visita de ciertos ciudadanos que, al parecer, le echaron en cara que instara a los negros a la rebelión. Al señor Champion jamás se le volverá a ver en las Carolinas.»

«El cuerpo descubierto en el andén de la estación fue identificado como el del senador Arthur DeBose, el legislador radical negro. Aunque muchos pasajeros esperaban la llegada del tren del mediodía, nadie pudo identificar a los agresores de DeBose, los cuales huyeron a caballo sin ningún impedimento.»

Cuando Andrew estaba en la Tierra Baja, solía alojarse en el viejo refugio de pesca del congresista Haynes. A veces, Rosemary se enteraba de que había estado allí cuando él ya había vuelto a marcharse.

Algunas veces, muy de mañana, las pisadas de Andrew al pasar por delante de la puerta de su dormitorio la despertaban con un repentino sobresalto.

Andrew estaba tan delgado que parecía haber aumentado de estatura. Sus muñecas estaban tan tensas como una cuerda trenzada. Cuando Rosemary le decía algo a su marido, éste pegaba un respingo como si se sorprendiera de su temeridad. Y contestaba a las ansiosas preguntas de su esposa acerca de Haynes & Son como si la empresa fuera propiedad de unos desconocidos.

Una mañana de noviembre, Rosemary bajó y encontró las botas de montar de su marido cerca del sacabotas donde él las había dejado la víspera. Las cañas estaban manchadas de sangre oscura y las puntas, cubiertas de cuajarones de sangre reseca. Con los brazos extendidos, Rosemary las cogió, las llevó al piso de arriba y las dejó delante del dormitorio de su marido.

Buena parte de lo que sabía acerca de las actividades de su marido, Rosemary lo averiguaba en el mercado de Charleston.

«Tengo entendido que su esposo ha estado en el condado de York, señora Ravanel. ¡Por favor, dígale al coronel que todas las mujeres blancas decentes le están muy agradecidas!»

«Señora Ravanel, mi prima del campo está muerta de miedo y teme que los negros la asesinen en su cama. Es la esposa de Joseph Randolph, de Centreville. Por favor, menciónelo a su marido.»

«Ayer vi a su marido con Archie Flytte y Josie Watling en el camino del río. Estaban muy serios.»

Los vendedores negros de pescado y hortalizas a los que Rosemary conocía de toda la vida no la miraban a la cara.

Cuando Andrew trató una vez más de reclutar a Jamie Fisher, éste le contestó a su antiguo coronel: «Te he seguido hasta las puertas del infierno, pero no te seguiré en el Klan.» Andrew lo había acusado de ser un codicioso posadero.

«Te aseguro, Rosemary —le dijo Jamie más tarde—, que no sabía qué decir. Y entonces intenté gastarle una broma. Le dije que los únicos hombres que podían llevar falda sin ruborizarse eran los escoceses y los curas. Poco faltó para que Andrew me tumbara de un puñetazo.»

Ahora Rosemary se dirigió a la cocina a calentar agua para unas gachas de avena. Cuando estuvieron listas, las colocó en una bandeja de plata y las subió al piso de arriba. La camita de su hijo Louis Valentine estaba en el dormitorio de su abuela. A veces Elizabeth Butler cuidaba del niño y a veces era el niño el que cuidaba de su abuela; ambos eran compañeros de juegos.

El dulce carácter del niño se combinaba con una precoz sabiduría de adulto. Se pasaba todo el día escuchando los relatos de la abuela acerca de Jesús, pero cuando ella empezaba a hablarle de los profetas del Antiguo Testamento la carita de Louis Valentine se ensombrecía. «¡No soporto que Dios sea tan malo!», decía.

Durante el desolado y desastroso período que sucedió a la guerra en cuyo transcurso Rosemary y Andrew se casaron, él deseaba tener un hijo y las relaciones amorosas entre ambos tenían un carácter apremiante, que no tierno. Tras el nacimiento de Louis Valentine, Andrew perdió el interés, como si el parto de un hijo vivo fuera lo único que él necesitara.

Andrew nunca preguntaba por Louis Valentine. Parecía haber olvidado que tenía un hijo.

Cuando Rosemary posó la bandeja, Elizabeth Butler estaba preguntando a su nieto los nombres de los Reyes Magos.

—Melchor —dijo con toda confianza Valentine—. Bal… —Meneó la cabeza, molesto por su vacilación.

—¿Baltasar? —lo ayudó Elizabeth.

—Sí, abuela. ¡Y también Gaspar! —Y corrió a darle un beso a su madre—. Buenos días, mamá. ¿Mamá? ¿Estás triste, mamá?

—No te preocupes, cariño. Mamá está triste esta mañana. Pero no por ti. ¡Por ti nunca podría estar triste!

—¡Los Reyes Magos vinieron de Oriente! —dijo Elizabeth. Y añadió en tono confidencial—: ¡Isaiah Watling cree que eran chinos!

Louis Valentine reflexionó acerca de la teoría con cara muy seria.

—¿Los chinos no están en la parte de abajo del mundo?

—Sí, cariño.

—¿Y por qué no se caen?

—Porque Dios los ama, cariño. Dios ama a todos sus hijos.

Rosemary puso la mesa para dos e inclinó la cabeza mientras Louis Valentine rezaba la oración de acción de gracias. Después se llevó el orinal al retrete de abajo, lo vació y lo lavó.

A continuación llevó sus gachas ya tibias y medio solidificadas a la habitación familiar donde, en un cofre de plata, guardaba las apreciadas cartas de Melanie Wilkes. Sin aquellas cartas probablemente se habría vuelto loca.

Mi queridísima Rosemary:

Por favor, perdóname mis pobres indiscreciones. Espero que comprendas que confío en ti porque no puedo confiar en nadie más. Si no pudiera desahogarme contigo, no sé qué sería de mí. ¿Tengo que apartar a un lado el disimulo y gritar la verdad?

Mi amado esposo Ashley siempre se ha sentido atraído por mi queridísima amiga Scarlett. Esperaba que tu hermano curara a Scarlett de este enamoramiento, pero ella —la amiga a la que quiero más que a nadie en el mundo— está tan visiblemente enamorada de mi marido que a veces tengo que apartar los ojos. A veces, cuando Scarlett adopta aquella especial expresión soñadora, le pregunto: «Querida Scarlett, ¿en qué estás pensando?» Ella me contesta que en el huerto, en los niños, en la política o en cualquier otra cosa que jamás cruza por su mente tan poco aficionada a la horticultura, tan poco maternal y tan poco aficionada a la política. Yo finjo creerla porque tengo que fingir, querida Rosemary.

Todos estamos encerrados en la cárcel del amor.

Cuando era muchacha, pensaba que el amor nos servía como un perfume de flores. Ahora creo que el amor es más bien como el ansia de vino que experimenta un borracho. Este sabe que su deseo destruye lo más valioso que hay en él. Sabe que mañana se despreciará a sí mismo, ¡y sin embargo no puede prescindir del vino!

Querida Rosemary, Scarlett piensa simplemente que es cuestión de mala suerte que ella y mi marido nunca estén a solas. Te confesaré mi intención: ¡estoy tan poco dispuesta a dejar solos a esos dos como lo está un borracho a dejar sus botellas de brandy!

Siempre que Scarlett visita el aserradero de Ashley, mi marido regresa a casa por la noche como si fuera otro hombre. Aunque me bese y me salude alegremente, los turbados ojos del pobre Ashley me dicen bien a las claras que preferiría estar con otra.

Tu hermano está intentando convencer a Scarlett de que le venda los aserraderos a Ashley, ¡de tal manera que no haya ningún pretexto para que ambos se vean!

No me atrevo a quedarme nuevamente embarazada. El doctor Meade me ha hecho unas advertencias muy serias. Por consiguiente, ya no podemos gozar de las íntimas relaciones que unen a marido y mujer. ¡Echo tanto de menos a Ashley!

Desde que la felicidad de Rhett y Scarlett está tan estrechamente vinculada a la mía, pienso que ojalá pudiera decir que su matrimonio es dichoso. Rhett no es infiel y Scarlett tampoco, pero ambos son tan desgraciados como si fueran unos

libertinos. Cuando surge alguna discrepancia, ésta no se resuelve; las incomprensiones se toman muy en serio; las intimidades de cada uno de ellos no dejan espacio para las del otro; y el mes pasado, Mamita, la vieja nodriza de Scarlett, me confió (a su indirecta manera habitual) que ambos ya no comparten la cama.

Scarlett se ha identificado tanto con los acaparadores y Aventureros afincados en Atlanta que las personas respetables la miran con desprecio por la calle. Como si quisiera burlarse de la señora Meade y la señora Elsing, Scarlett agasaja al gobernador Bullock y sus compinches, Puryear, Kimball y Blodgett. Rhett evita como la peste estas reuniones.

¡Oh, Rosemary, no sabes cuánto quiero a Rhett y Scarlett! Si tu hermano no hubiera conducido el carruaje aquella terrible noche en que huimos de Atlanta… y después, cuando los tiempos difíciles asolaron la tierra, si Scarlett no hubiera sido la señora de Tara, no creo que mi hijo Beau y yo hubiéramos podido sobrevivir.

Scarlett y Rhett no son como tú o yo. La gente vuelve la cabeza cuando entran en una habitación. Y ellos esperan que las personas mediocres les rindan pleitesía.

Cuando la reina de Saba se presentó en la corte del rey Salomón, iba acompañada de un impresiónate séquito de soldados y criadas. Sus caballos estaban enjaezados con oro y preciosos rubíes. En las puertas de Jerusalén, la guardia de Salomón se apartó a un lado para franquearles la entrada.

La reina había ido a ver a Salomón para formularle unas preguntas en las que llevaba toda la vida pensando y a las que ninguno de sus más doctos consejeros había podido responder.

No creo que lo viera el primer día y ni siquiera el segundo. Tuvo que haber un ir y venir de funcionarios de segunda categoría; puede que se celebrara un banquete de bienvenida, en el que Salomón se sentó a la cabecera de la mesa y la reina de Saba a los pies.

Pero muy pronto, tratándose de una poderosa reina, debió de ser recibida en audiencia. Salomón iba tan ricamente ataviado como ella. Era apuesto. Tenía cien concubinas, muchas de ellas más jóvenes y encantadoras que la soberana.

Cuando la reina de Saba le formuló una pregunta, Salomón la contestó. Cuando le formuló otra, ocurrió lo mismo. Contestó a todas sus preguntas.

Dice la Biblia: «El espíritu huyó de ella.» ¿De qué le servía todo su poder y riqueza si él podía responder a cualquier pregunta que ella le formulara?

Cómo debió de aborrecerlo.

Rhett y Scarlett llevan tres años casados. Su vínculo, el único en que ambos están de acuerdo, es su hija Bonnie, a la que aman con locura. Me temo que Rhett la mima demasiado. Se la lleva a todas partes. ¡Es una criatura encantadora! La niña ha sido una buena influencia para su padre.

La pequeña Bonnie ha obrado un milagro. Ha conseguido que Rhett Butler —promete que no te vas a reír— ¡sea un hombre respetable!

Al enterarse Rhett de que sus hijos no eran invitados a las fiestas infantiles porque la sociedad no veía con buenos ojos a sus padres, se encargó de arreglar la situación. Cuando tu hermano se empeña, ¡es capaz de hechizar hasta a un oso pardo con sus zalamerías!

¿Que la Sociedad de Viudas y Huérfanos de la Confederación necesitaba ayuda? «¿Les parece que cien serán suficiente?»

La asociación de Destacados Oficiales Confederados —¡con el general Forrest en persona!— recorrió Atlanta para entregarle a Rhett sus credenciales de confederado. Se ha apartado de los aventureros del Norte, incluso de Rufus Bullock, su viejo amigo.

Las mismas damas que despreciaban a muerte a tu hermano hace seis meses, ahora lo halagan servilmente, ¡y Wade, Ella y la pequeña Bonnie Blue asisten a todas las veladas infantiles!

Rezo para que Rhett y Scarlett todavía puedan ser felices. Rezo para que un Niño Pequeño los conduzca de la mano, tal como dice la Biblia…

Rezo por ti y por el pequeño Louis Valentine.

Tu amiga,

MELLY

Aquella tarde, Rosemary acompañó a su madre y su hijo al número 46 de la calle Church, donde estaba ubicada la pensión East Bay Inn.

Los buques de guerra federales aún estaban anclados en el puerto de Charleston y había en el paseo más marinos uniformados de azul que viandantes civiles.

La navegación costera marchaba viento en popa y el desierto muelle de Haynes & Son constituía una triste excepción en el próspero comercio marítimo.

EAST BAY INN
JAMIE FISHER, SEÑORITA JULIET RAVANEL, PROP. EXCLUSIVOS

El sencillo rótulo negro sobre fondo verde fácilmente habría podido pasar inadvertido a un pasajero apresurado o vulgar. La propia pensión ofrecía una triste imagen de suciedad.

Pero el latón de la puerta de la vieja residencia de los Fisher brillaba como un espejo. El vestíbulo de la entrada estaba adornado con navideñas guirnaldas y acebo, y una rama de muérdago colgaba por encima de la puerta del salón.

—¡Querida Rosemary! —exclamó Juliet, secándose las manos con un trapo.

—Juliet, qué alegría verte. Nos hemos estado comportando como dos desconocidas.

Juliet se había convertido en una mujer más tiesa que un palo, llevaba el cabello entrecano recogido en un apretado moño y lucía un vestido demasiado juvenil para su edad.

—Feliz Navidad, Juliet —añadió Rosemary, besándola en la mejilla—. El alejamiento no era de mi agrado.

La cortés sonrisa de Juliet se volvió más cordial.

—Mi hermano es un necio temerario. ¿Me das tu abrigo? Oh, aquí está Louis Valentine. Pero cuánto has crecido, Louis Valentine.

Tanto si había crecido como si no, Louis Valentine corrió a esconderse detrás de su abuela.

—Señora Butler, feliz Navidad. Cuánto me alegro de que haya venido. ¡Louis Valentine, en el salón hay unos niños y el árbol de Navidad más bonito que puedas imaginar! June es la hija del capitán Jackson. Y la niña rubia se llama Sally.

Al oírlo, Valentine abandonó cualquier recelo y se encaminó con paso decidido a la otra estancia, donde una niña estaba diciendo a gritos:

—¡El árbol no se puede tocar! ¡La señorita Juliet dice que no se debe tocar!

Rosemary y Juliet se quedaron en el vestíbulo mientras Elizabeth Butler seguía a su nieto.

—Rhett está arriba. Su Bonnie y tu Louis Valentine completarán nuestra Navidad.

Los revestimientos de madera de las paredes de la pensión estaban resplandecientes y los cristales de la araña del vestíbulo brillaban como carámbanos.

—Qué pieza tan soberbia, Juliet. Es un milagro que sobreviviera a los bombardeos.

—No seas tonta. Cuando la vi bajar por la calle en el carro de un trapero, la compramos por cinco dólares. Temo que algún día alguien pregunte: «¿De dónde habéis sacado la araña de cristal de Fulanito?» Jamie la limpia, tiene mil seis cristales, pero él nunca vuelve a ponerlos en su sitio.

—Yo me crié prácticamente en esta casa —dijo Rosemary—. Qué impresionante y complicada era la abuela Fisher. Pobre y querida Charlotte…

—Yo lamento todas las palabras desagradables que le dije.

—Al final, Charlotte te quería. —Rosemary estudió una estampa enmarcada—. ¿Ése no es uno de los barcos que burlaban el bloqueo? ¿No es el *Bat?* ¡Y tú con la casa llena de yanquis! Pero ¡qué criatura tan subversiva eres, Juliet!

El grito de Louis Valentine atrajo la atención de su madre.

Algunos muebles del salón estaban impecablemente restaurados, pero el confidente y dos sillones tenían que retapizarse. Elizabeth Butler y su nieto permanecían de pie tomados de la mano delante de un árbol de Navidad cubierto de adornos.

Al ver que Louis Valentine alargaba la mano hacia las velitas, una niña le advirtió:

—¡Te vas a quemar! Serás tonto.

Juliet presentó a Rosemary a las madres yanquis, la señora Jackson y la señora Caldwell.

¡En aquella estancia, Rosemary Butler y la pequeña Charlotte Fisher habían caminado de puntillas alrededor del valioso mobiliario Chippendale de la abuela Fisher! Rosemary meneó la cabeza para apartar los recuerdos.

Louis Valentine se separó de su abuela para ayudar a las niñas a construir una fortaleza con unas piezas de madera de vistosos colores.

—Eso es Fort Sumter —sentenció.

—No lo es —replicó una niña yanqui—. Porque si lo es tendremos que echarlo abajo.

—Jesucristo está a punto de regresar —anunció la señora Butler a las madres—Lo espero cada día.

Rosemary sintió la conocida mano de su hermano posarse en su hombro.

—Rosemary, madre, decidle hola a mi preciosa Bonnie Blue.

La chiquilla tenía el cabello oscuro de su madre y la cautivadora sonrisa de su padre. Su vestido de terciopelo azul hacía juego con la cinta de su cabello.

—Papá dice que tú Butler buena. ¿Quién Butler malo?

—¿Butler malo? —Elizabeth frunció el entrecejo—. Pero qué dices, no hay ningún Butler malo.

Rosemary se echó a reír.

—Tu padre me halaga, cariño. ¿Quieres jugar con tu primo Louis Valentine?

—Por favor —contestó la niña haciendo una desmañada reverencia.

Bonnie se acercó con paso inseguro a los demás niños y empezó a retirar las piezas de la fortaleza que los demás estaban levantando.

Rhett la miró con afecto y después le preguntó a su hermana:

—¿Quieres participar un poco de la alegría navideña? Han convertido la salita privada de la abuela Fisher en un bar.

Dos oficiales yanquis ocupaban los sillones Morris de respaldo ajustable junto a la tribuna. Los Butler compartían un sofá delante del crepitante fuego de la chimenea. Jamie Fisher irrumpió en la estancia.

—Rhett, estaba en el mercado cuando has llegado. ¡Feliz Navidad! ¡Feliz Navidad, Rosemary!

—Has hecho un trabajo espléndido aquí, Jamie.

—Tenemos en proyecto servir comidas. Nuestro comedor es enorme y bien sabe Dios que en Charleston hay muchos cocineros sin empleo.

Qué curioso, pensó Rosemary, que después de haber vivido tantas experiencias desagradables, Jamie Fisher fuera todavía tan inocente. Su hermana Charlotte también había sido muy inocente. ¿Quién habría podido imaginar que ahora estuvieran en peor situación que antes?

—¿Queréis probar nuestro ponche de huevo con leche? Lo he preparado yo mismo.

Tras llenar unas altas jarras con su espumosa mezcla, Jamie se excuso.

Una de las madres yanquis se acercó.

—Señora, disculpe… Su acompañante… la señora mayor…

—Nuestra madre. ¿Sí?

—No cabe duda de que el libro del Apocalipsis es un texto muy meritorio, pero…

La mujer lanzó un noble suspiro de sufrimiento.

—Señora —contestó Rhett—, el Apocalipsis es un libro sagrado. Muchos pecadores se han salvado de la perdición gracias a él.

—Su madre…

Rosemary esbozó una tranquilizadora sonrisa.

—Puede ser un poco agobiante, lo sé, pero ¿por qué no la deja con los niños? A los mayores nuestra madre les resulta un poco… difícil, pero los niños le ven directamente el corazón.

—En Connecticut, señora —replicó la mujer—, no educamos a los niños con el libro del Apocalipsis.

Dicho lo cual, la mujer se retiró con gesto airado y Rosemary oyó la queja de la hija:

—¡Mamá, ahora que me lo estaba pasando tan bien!

Rhett meneó la cabeza.

—Pobre mamá.

—Es feliz, Rhett. Puede que en la vida haya algo más que la felicidad, pero a la edad de nuestra madre, no puede haber mucho más.

Una astilla se movió en la chimenea y las chispas subieron rápidamente por el cañón.

—Es posible —dijo Rhett—. ¿Recuerdas la primera vez que vine aquí?

—Jamás lo olvidaré. ¿Cuántos años tenía yo, seis o siete? —Rosemary le tomó la mano—. ¿Me sigues queriendo, hermano?

—Más que a mi vida.

Los oficiales yanquis apuraron sus copas y se retiraron.

Rhett adoptó un semblante muy serio.

—Mis amigos de Washington dicen que el presidente Grant ha perdido la paciencia con el Klan. Rosemary, las actividades de Andrew son de sobra conocidas.

—Andrew y yo no hablamos de eso. —Rosemary posó su jarra—. La verdad es que no hablamos de nada.

—Por favor, advierte a tu marido. Los yanquis tienen ganas de ahorcar a alguien.

—Andrew no me hará caso, Rhett. Dudo que me escuche. —Rosemary se restregó las manos—. No sé qué es lo que escucha Andrew últimamente.

Al otro lado del vestíbulo se oían las alegres voces de los niños.

—¿Y tu Scarlett? ¿Cómo está Scarlett?

—Mi mujer disfruta de buena salud.

—Y…

—Me temo que no hay ningún «y». —Rhett bebió un sorbo y el bigote se le manchó de espuma de ponche. Por un instante, el fuerte hermano de Rosemary adquirió el aspecto de un payaso de oscuros y melancólicos ojos—. Era todo lo que siempre quise. Es todo lo que quiero, Scarlett… —Se limpió la espuma con el pañuelo—. Es curioso cómo cambian las cosas, ¿verdad? —Dejó a un lado la jarra de ponche—. He traído un caballito de balancín para Louis Valentine.

—Le encantará. —Rosemary reflexionó un momento antes de añadir—: Haynes & Son…

—Está en quiebra. Lo sé. —Rhett tomó su mano entre las suyas—. Andrew ha dilapidado la herencia de John Haynes en el Klan. Tienes suerte de que la casa esté a tu nombre. Pero tú no tienes que preocuparte, Rosemary. Yo siempre cuidaré de ti, de Louis Valentine y de madre.

Cuando Rosemary se reclinó contra el respaldo de su asiento, el fuego de la chimenea le calentó las mejillas. Se sentía profundamente cansada. Si hubiera cerrado los ojos, se habría quedado dormida. Su hermano estaba hablando de dinero. Pero ella no quería hablar de dinero.

—Gracias por preocuparte por mí, querido hermano —dijo, abriendo los ojos—, pero ciertas cosas tengo que hacerlas sola.

Aquella noche llovió, una fría lluvia invernal. Cuando oyó a Andrew en la puerta, Rosemary dejó el cesto de los remiendos y se dirigió al vestíbulo. Andrew miró a su mujer.

—Rosemary.

—Buenas noches, esposo —dijo serenamente ella—. ¿De dónde vienes?

—Mejor que no lo sepas.

—Pues mira, esposo mío, quiero saberlo.

Andrew ladeó la cabeza como si hubiera descubierto un detalle curioso: un gato que baila, un perro que habla.

—Negocios —contestó.

—¿A qué clase de negocios te dedicas, esposo? El banco va a proceder a la venta de Haynes & Son.

Andrew rechazó la idea con un enfurecido gesto de la cabeza.

—Tú no sabes, esposa mía, que la cámara legislativa de Carolina del Sur es un nido de víboras de republicanos del Sur, aventureros del Norte y negros. ¡Ésos no son nuestro gobierno!

—¿Eres tú nuestro gobierno, esposo? ¿Haciendo en la oscuridad de la noche lo que los hombres honrados no quieren hacer a la luz del día?

Rosemary emitió un jadeo cuando él la asió por el brazo.

—¿Qué hombres honrados?

Su voz la asustó. Su marido había utilizado aquella voz junto a las hogueras donde unos hombres aterrorizados esperaban a ser asesinados. Aquella voz había destruido las esperanzas de muchas mujeres y se había burlado de muchas súplicas infantiles.

—Andrew —susurró Rosemary—, ¿adónde has ido a parar?

—Esposa, yo no he cambiado. Otros hombres puede que sí, pero yo no.

—¡Andrew, me estás haciendo daño!

Tan repentinamente como la había agarrado, la soltó. Frotándose el brazo, Rosemary recogió el paquete que descansaba sobre la mesa y se lo arrojó.

—Esto se ha recibido esta mañana, esposo. Hay una nota.

Andrew echó un vistazo a la nota.

—Las patrióticas mujeres sureñas nos confeccionan las túnicas. ¿Qué hay de malo en ello?

—¿Patrióticas?

—Si nosotros no protegemos a nuestras mujeres, ¿quién lo hará?

Rosemary frunció el entrecejo.

—¿Cómo nos protegéis, Andrew? ¿De qué amenaza nos protegéis?

—Alguien quería presumir de su túnica «especialmente confeccionada» para él. —La carcajada de Andrew sonó como tres agudos ladridos—. ¿Crees que yo disfruto haciendo estas cosas? Esposa, ¿me crees despiadado? Rosemary, estoy cumpliendo con mi deber.

A pesar de que Andrew seguía hablando de los corruptos aventureros del Norte, los derechos sureños y las insolencias de los negros, Rosemary no lo escuchaba. Estaba harta de él.

Cuando Andrew terminó de hablar, ella le dijo:

—Andrew, no quiero que vuelvas a casa.

Su marido palideció. Sus ojos miraron alrededor como perdidos. Se humedeció los labios con la lengua y Rosemary aspiró el pestazo que emitía el cuerpo de Andrew y la corrupción de su aliento.

—No quiero que vuelvas a casa —repitió—. Nunca más —precisó.

39
Prodigios Naturales

Una lluviosa mañana de marzo, Scarlett O'Hara Butler se vistió para la fiesta del gobernador Bullock.

—Cariño —le dijo Mamita—, sólo las artistas desnudan sus pechos, y tú no eres una artista. ¡Este vestido no cubre ni la mitad de lo que tendría que cubrir!

—En París es el último grito de la moda.

—Atlanta no es París ni ningún otro sitio. ¡Y tú eres una mujer casada!

Casada… cuánto aborrecía Scarlett aquella palabra. ¡«Casada» significaba «no» y «prohibido»! Tras su boda con Rhett había regalado sus prendas de luto a la Sociedad de Viudas y Huérfanos do la Confederación. ¡Ojalá pudiera regalar también su matrimonio a los huérfanos y viudas!

En su condición de casada y madre, Scarlett se sentía como una mula arrastrando penosamente troncos a través de la maleza.

Rhett amaba a los niños… siempre y cuando Prissy los cambiara y Scarlett los cuidara y los pariera con dolor, sudor y sangre. ¿Por qué no iba Rhett a amarlos?

Scarlett elegía sus recuerdos como si seleccionara estereografías para el salón. Tara eran las carcajadas de Gerald O'Hara y las amorosas manos de Ellen O'Hara. Doce Robles eran las brillantes fiestas, los rendidos admiradores, los negritos serviciales, y Ashley Wilkes… su Ashley.

Scarlett jamás recordaba el voluntario martirio de su madre, el parloteo de borracho de Gerald y la incomodidad de Ashley, obligado a cumplir el papel que le habían asignado al nacer.

En Nueva Orleans, Toinette Sevier le había insinuado a Scarlett el amor prohibido de Ellen por Philippe Robillard, ¡tan parecido al suyo por Ashley! Scarlett nunca se había preguntado si el amor de Ellen por Philippe era una dolorosa circunstancia en lo más hondo del matrimonio de sus padres.

El talle de cuarenta y cinco centímetros de Scarlett ya no existía y sus brillantes ojos ya habían visto demasiadas cosas en la vida, pero los hombres todavía volvían la cabeza a su paso.

Mamita tiró del ribete de su escote.

—Te estás buscando problemas, mi niña. Mira que relacionarte con los especuladores del Norte y los republicanos del Sur. ¡Piensa en lo que diría tu mamá!

Para aguafiestas, nadie como Mamita.

Cuando ella le dijo que era un hipócrita, Rhett no lo negó. ¡El nuevo Rhett

Butler se revolcaba en la hipocresía!

En público, ya jamás sonreía cuando debía fruncir el entrecejo. Ya no confundía a las almas sencillas ni dejaba perplejas a las inteligentes. Por absurdas que fueran las ideas que expresaran la señora Meade o la señora Elsing, él se mostraba solemnemente de acuerdo. Si una de aquellas aristocráticas damas hubiera opinado que la luna estaba hecha de queso azul, él se habría preguntado en voz alta si no sería de queso Stilton.

Los domingos por la mañana, Rhett, Ella, Wade y Bonnie ocupaban su banco en la iglesia de St. Philip. El señor Rhett Butler tenía incluso un escritorio en el Farmer's and Merchant's Bank.

¿Por qué Rhett podía hacer cualquier cosa que quisiera? Una mujer no tenía que hacer esto, una mujer no tenía que hacer lo otro. ¿Dirigir su propio negocio? ¡Habría sido como si Scarlett se desnudara y cabalgara en cueros por la calle Peachtree!

Señor, cuánto echaba de menos sus aserraderos. De alguna manera —ella ni siquiera supo exactamente cómo— Rhett había conseguido convencerla de que los vendiera. La había aturullado y hecho enfadar tanto que, al final, ella le había vendido sus aserraderos a Ashley.

Scarlett experimentaba la sensación de haber vendido una parte de sí misma. Sus aserraderos eran negocios rentables y, si ella hubiera querido venderlos, bien sabía Dios que habría recibido montones de ofertas. ¡Ella misma los había creado! Prueba tangible de quien era ella y de su capacidad.

Ya no podía pasar en coche por delante de ellos sin sentir ganas de echarse a llorar.

Aquel lluvioso sábado, Rhett estaba en la biblioteca leyendo el periódico mientras Wade, Ella y Bonnie, sentados en la alfombra, jugaban a un juego que consistía en alinear las cucharas de la casa a los pies de su padre.

Sin ningún preámbulo, Scarlett les dijo:

—Niños, por favor, idos a jugar a otro sitio. Vuestro padre y yo tenemos que hablar.

Wade y Ella obedecieron, pero Bonnie se encaramó a las rodillas de su padre, se introdujo el pulgar en la boca y estudió a su madre con sus grandes ojos azules.

—Bonnie puede quedarse, querida esposa. Un día Bonnie se casará. Observando nuestras afectuosas conversaciones, comprenderá lo que puede esperar de su propio matrimonio.

—Ciertamente, querido esposo. Bonnie tiene que saber todo lo que hay que saber acerca del matrimonio. ¿Ya ha visitado nuestra hija el Chapeau Rouge?

Rhett la miró sonriendo.

—Ah, sigues guardando munición en el bolsillo y no dudas en disparar. Scarlett, ¿te he dicho últimamente lo mucho que te admiro?

Los rasgos de Scarlett se suavizaron.

—Pues, no sé…

—Querida, te aplaudo por ser la mujer más decididamente egoísta que he

conocido.

—Gracias por tu sinceridad, esposo mío.

Rhett suspiró.

—Bonnie, me temo que tu mamá tiene razón; eres demasiado joven para el matrimonio de tus padres. No sé cuándo serás suficientemente mayor. Tampoco estoy seguro de que yo lo sea.

Con una amorosa mirada, Rhett observó cómo la niña abandonaba la estancia mientras Scarlett experimentaba una punzada de celos y después de confusión. ¿Cómo podía estar celosa de su propia hija?

—O sea que te vas a celebrar la toma del Ferrocarril de Georgia por parte del Ferrocarril de Pensilvania —dijo él—. ¿Por qué no celebrarlo con un baile de máscaras? ¿Acaso las máscaras no son un detalle tradicional en la sociedad de los bandidos?

—¡Mira quién habla! ¿Acaso Rufus Bullock no era tu amigo?

Rhett se encogió de hombros.

—Rufus y yo hemos hecho algunos negocios juntos de vez en cuando.

—¿Y ahora que al capitán Butler le conviene ser respetable, no le importa dejar tirados al borde del camino a sus antiguos amigos?

Él dobló el periódico.

—¿Tengo que aguantar un sermón de la señorita Scarlett acerca de la lealtad? Sigue, por favor.

Ella se sonrojó. ¿Por qué se habría casado con aquel hombre tan odioso?

Rhett dio unas palmadas al periódico.

—Será mejor que te des prisa, querida. Si te entretienes, puede que Rufus ya no sea gobernador. Sus poderosos amigos están abandonando el barco y él ha perdido el control de la cámara legislativa. La mujer de Rufus se ha llevado a los hijos al Norte para que no los insulten por las calles en las que su esposo gobierna. Edgar Puryear es el único amigo de Rufus. Pobre Rufus.

Cuando su mujer se retiró, Rhett separó los pesados cortinajes de la ventana para contemplar cómo su carruaje doblaba la esquina de la calle Peachtree.

Cuando entró Prissy para decir que se llevaba los niños a jugar a casa de los Wilkes, Rhett agitó con indiferencia la mano. La casa —la casa de Scarlett— era tan grande que él no los oyó irse. Aquel día tan malo se burlaba de las promesas de la primavera. La pálida forsitia amarilla se inclinaba bajo las gotas de lluvia y las lilas habían adquirido un color azulado a causa del frío.

¿Cómo había llegado a aquella situación?

Ciego de amor. Toda su experiencia, todos sus viajes, las mujeres que había conocido… nada había conseguido aliviar el anhelo que sentía por la mujer con quien se había casado y cuyo corazón no podía conquistar.

Por ella y por sus hijos se había convertido en un hombre respetable, en un hipócrita respetable: «No seas un ahorcado ni un verdugo.» Si los dirigentes de

Atlanta decidían hacer una nueva incursión en Shantytown, Rhett Butler cabalgaría con ellos.

Haría cualquier cosa por ella, le daría cualquier cosa que quisiera…

Su mujer creía amar a otro hombre, pero él sabía que no era así. Su amor consistía en soñar con un estilo de vida que ella envidiaba y jamás había comprendido en su infancia. Hija de un inmigrante irlandés casado con alguien de clase superior a la suya: pobre y ambiciosa Scarlett.

En seis meses dejaría quemado a Ashley Wilkes. Este era una flor demasiado delicada.

La lluvia tamborileaba sobre el cristal de la ventana. La lluvia goteaba desde los parteluces de plomo.

Rhett Butler soltó un bufido, se burló de sí mismo y se acercó a la chimenea para atizar el fuego.

Oyó el rumor del coche sobre los adoquines. Cuando ella entró en la estancia, Rhett inclinó el libro que estaba leyendo.

—Vuelves muy temprano.

Ella hizo una mueca y se acercó al armario para servirse una copa de brandy. Se estremeció mientras bebía.

Él cerró el libro y lo depositó encima de la mesa.

—La nueva utopía de Bulwer-Lytton. Cree que todos podemos ser buenos y felices.

—¿Y no podemos?

—Tal vez si, como las criaturas que Bulwer-Lytton imagina, viviéramos en una caverna en el centro de la Tierra. En la superficie, la bondad y la felicidad son más bien escasas.

—Rhett, ¿por qué me hiciste vender los aserraderos?

Él se levantó para prepararse a su vez un trago.

—Sabes muy bien por qué te ayudé a vender tus aserraderos. Para que no estuvieras encerrada todo el día con el pequeño caballero.

—Te molesta Ashley porque es bueno.

—Lo compadezco por ser demasiado bueno. —Posó la copa—. Scarlett, ¿es necesario esto?

Ella le estudió el rostro y lanzó un suspiro.

—Tenemos una habilidad especial para estar siempre en conflicto. —Su sonrisa era casi amistosa—. Tenías razón, Rhett. Como de costumbre. El gobernador Bullock está acabado y su almuerzo de celebración ha sido una farsa de lo más aburrida. A los representantes del ferrocarril de Pensilvania les ha decepcionado tu ausencia.

—Hasta mi hipocresía tiene un límite.

—¿Cuáles?

Rhett rió entre dientes.

—Tu amigo el capitán Jaffery ha sido destinado al regimiento de Custer —anunció ella.

—El Séptimo está en Carolina encarcelando a los miembros del Klan.

—Jaffery espera que se replieguen hacia el oeste. En… —Scarlett hizo una pausa para que sus palabras surtieran el debido efecto— la Northern Pacific.

—Confío en que no hayas invertido dinero en esta locura.

—Jay Cooke es el hombre más listo sobre la faz de la Tierra y su Northern Pacific será un éxito todavía más grande que la Union Pacific. Todo el mundo lo dice.

—¿Y lo será?

Ella enarcó las cejas.

—¿Supongo que has oído hablar de los Prodigios Naturales?

Rhett se acercó un poco más a ella y frunció el entrecejo.

—¿Cuánto has bebido? —le preguntó.

En gesto de desafío, ella se preparó otro trago y sonrió por encima del borde de la copa.

—Cerca del río Yellowstone en las rutas de la Northern Pacific, hay un asombroso territorio de manantiales calientes y géiseres espectaculares.

—¿Géiseres? Scarlett…

—Los géiseres arrojan agua caliente hasta treinta metros de altura con la misma regularidad que un reloj marca las horas. No me mires así, Rhett. Jay Cooke…

—¿Agua caliente? ¿Que arrojan agua? ¿Y por qué quieres ser rica, cariño? Ya me tienes a mí.

Scarlett esbozó una confiada sonrisa.

—Pues sí, en efecto.

Cuando él le rozó el brazo, la cálida seda de su vestido le cosquilleó la punta de los dedos. Hablando atropelladamente, Scarlett añadió:

—Jay Cooke consiguió que el Congreso diera a esta región el nombre de Parque Nacional de Yellowstone. Los coches de la Northern Pacific se llenarán de turistas ansiosos de visitar el Parque Nacional de Yellowstone. ¿Tú no lo harías?

—Perdona. ¿Qué es lo que no haría?

—¿No te gustaría ver brotar humeante agua caliente a intervalos tan regulares como los de un reloj?

Él inspiró el perfume de su cabello y murmuró:

—Seguro que los siux recibirán a estos turistas con los brazos abiertos.

Ella se echó hacia atrás y se dio unas nerviosas palmadas en el cabello.

—¡Los turistas tomarán el tren para ver estanques minerales y géiseres! ¡Irán a ver los Prodigios Naturales!

Rhett esbozó una divertida sonrisa.

—Scarlett, el prodigio natural eres tú.

La mirada de Scarlett se suavizó y el labio inferior le tembló. Él vio un destello en lo más profundo de sus ojos. ¿Miedo? ¿Era miedo? ¿De qué?

Scarlett dio media vuelta para dirigirse a la puerta.

—Nunca te he dicho que te quería, ¿sabes? —dijo como si no estuviera muy segura.

El aire pareció canturrear en el pequeño espacio que los separaba.

—Y no te quiero, ¿sabes? —añadió con más firmeza.

A Rhett le dolían los músculos de tanto esforzarse por permanecer inmóvil y no alargar los brazos para estrecharla. Con voz apagada, consiguió decir:

—Admiro tu sinceridad.

Las manos le dolían tanto ante la imposibilidad de tocarla, estrecharla, cerrarlas alrededor de su garganta y estrangularla que Rhett se inclinó en una envarada reverencia, pasó casi rozando a su mujer y abandonó la casa para salir sin sombrero a la calle Peachtree bajo una fría lluvia.

40
El hijo de un asesino

En noviembre, el presidente Ulysses S. Grant declaró Carolina del Sur en rebeldía, suspendió el hábeas corpus y envió al Séptimo de Caballería para aplastar al Klan. Los antiguos generales confederados Gordon y Forest fueron llamados a declarar ante el Congreso de Estados Unidos, donde reconocieron a regañadientes que tal vez habían conocido a algunas personas que quizás habían estado relacionadas con el «presunto» Ku Klux Klan, aunque ellos personalmente no habían tenido nada que ver con aquel asunto.

Una semana después de la detención de Andrew Ravanel, Elizabeth Kershaw Butler se incorporó bruscamente en su cama y emitió un extraño grito que despertó a su hija dormida en un sillón al lado de su cama. Cuando Rosemary acercó un espejo a la boca de su madre, el cristal no se empañó.

Louis Valentine, el hijo de Rosemary, tenía un sueño muy profundo y simplemente emitió un murmullo cuando ella lo llevó a su propio dormitorio y lo acostó en su cama. Rosemary se fue a la cocina y se preparó un té. No lloró por lo que había perdido, sino por lo que su madre jamás había tenido.

Aún no había amanecido. Aunque la esperaba desde hacía algún tiempo, aquella muerte la pilló desprevenida.

Más tarde aquel mismo día, Rosemary escribió a su amiga.

> Mi queridísima Melanie:
>
> Mi madre, Elizabeth Butler, se ha ido a la Recompensa Celestial a primera hora de la mañana. Madre no ha sufrido al final.
>
> Tal como seguramente ya sabrás, Andrew Ravanel ha sido detenido por sus actividades relacionadas con el Klan. El sábado pasado le llevé la ropa a un campamento de las afueras de Columbia. El campamento está organizado por la caballería federal y no sé si en atención a su anterior rango o bien al hecho de que comparten en secreto sus puntos de vista, Andrew dispone de una tienda para el solo en aquella abarrotada pocilga. ¡Jamás habría imaginado que hubiera tantos miembros del Klan!
>
> Andrew dice que, en cuanto se constituyan los tribunales especiales, será juzgado por el asesinato de varios negros.
>
> Ya está. Ya lo he dicho. Mis palabras no modifican lo que Andrew ha hecho, ni mi confusión ni mi profundo dolor. ¡La violencia y la amargura manchan al inocente junto con el culpable! ¿Crecerá mi dulce Louis Valentine como el hijo de un asesino confeso?
>
> Rhett advirtió a Andrew que las cosas acabarían así, pero Andrew era

demasiado arrogante para escucharle.

Louis Valentine ignora que a su padre le ha ocurrido algo muy malo. No he conseguido encontrar palabras para explicárselo.

Mi padre dijo una vez que había mala sangre en los Butler, una maldición Butler. Creo que la maldición es el desamor.

Me casé con mi marido John para huir de la tiranía de mi padre y desprecié la sencilla bondad de John hasta que fue demasiado tarde. La bondad actúa muy despacio, querida Melanie, se va incorporando en pequeñas porciones a nuestras reservas. De niña Andrew me encantaba… ¡el mejor jinete, el mejor bailarín, el luchador más valiente, el hombre que se entregaba en cuerpo y alma a cualquier cosa que hiciera! ¿Esperaba acaso que este ardiente valor se me contagiara con el simple roce?

No puedo decir si la causa de su destrucción fue la cárcel o bien la derrota. Pero el gallardo Andrew se ha convertido en un ser aterradoramente grotesco.

¿Qué voy a hacer ahora, queridísima Melanie?

A diferencia de Scarlett, no tengo inclinación ni capacidad para los negocios. Me educaron para tener hijos, amar a un hombre y quedarme en casa. Creo que he heredado la naturaleza solitaria de mi madre y me paso varios días seguidos sin salir del 46 de la calle Church.

Mi hermano Julian ha sido expulsado de la cámara legislativa junto con los especuladores del Norte con quienes se había asociado. Ha encontrado trabajo como oficinista.

Unas damas con quienes trabajaba en el Mercado Libre han fundado una escuela para chicas: el Seminario Femenino de Charleston. Me han invitado a dar clases. Hablo un poco de francés y soy exquisitamente sensible a las convenciones sociales (aunque sólo sea para hacer alarde de ellas). Supongo que podría ser una profesora aceptablemente buena.

Enterraré a mi madre y, cuando venga Rhett, ¡no le preguntaré —te juro que no lo haré— qué tengo que hacer!

Me casé con un hombre bueno y luego con un perdido. No creo que vuelva a casarme otra vez, pero, si lo hiciese, querría a alguien que me necesitara.

Le doy gracias a Dios por tu amistad.

Siempre tuya,

ROSEMARY

41
Los árboles de las botellas

Andrew Ravanel creía haber visto antes al negro de la barba. Lo habían vendido en la subasta de John Huger, la subasta en la que él había intentado comprar a Cassius. ¿No era un ruedero? ¿Un carpintero? El negro de la barba dijo:

—Culpable.

El negro de elevada estatura dijo:

—Culpable.

El negro del chaleco amarillo dijo:

—Culpable.

El negro calvo dijo:

—Culpable.

Andrew se rascó la nuca. Hacía calor para ser una época tan temprana del año. Pero es que había mucha gente apretujada en la sala del tribunal de Charleston, no tenía más remedio que hacer calor.

El negro flacucho dijo:

—Culpable.

Aquel muchacho no tenía ni pizca de chicha. No habría servido ni para trabajar como bracero a tiempo parcial en una plantación.

El negro cuatro ojos dijo:

—Culpable.

Pero ¿para qué necesitaba gafas un negro? No sabían leer. Tenía gracia: doce negros juzgando a un coronel de los Estados Confederados de América.

El negro marchito dijo:

—Culpable.

¿Por qué algunos de ellos se arrugaban como muñecos apergaminados?

—Culpable.

Señor, pero qué gordo estaba aquel negro, ¿Como podía alguien decir que habían sido maltratados? Si aquel negro hubiera sido un cerdo, habría estado listo para la matanza. Menudos jamones se habrían sacado de aquel chico.

—Culpable.

—Culpable.

Andrew se volvió para saludar con una inclinación de la cabeza a un par de buenos chicos, que fingieron no conocerle.

—Culpable.

Seis meses atrás vaya si lo hubieran conocido. Andrew captó la mirada de Rosemary. Estaba más fresca que una rosa, como si acabara de salir del baño.

—Culpable.

¿Culpable de qué? ¿De oponer resistencia al gobierno opresor?

El juez federal dio unos golpes con el martillo.

—Señor Ravanel. El jurado lo ha declarado culpable de cuatro homicidios intencionales. ¿Tiene algo que decir a este tribunal?

Al juez Boyd lo llamaban *Pit Bull Boyd.* Y desde luego lo parecía.

—Coronel Ravanel, señoría —dijo Andrew.

—Coronel Ravanel, este tribunal está dispuesto a aceptar las pruebas de su arrepentimiento, algún reconocimiento de sus terribles acciones, antes de dictar sentencia. Tal como su abogado le advertirá, coronel Ravanel, sin arrepentimiento la situación será muy dura para usted. La vista para la sentencia se celebrará mañana en esta sala a las diez en punto. ¿Tengo su palabra de honor de caballero de que no se dará a la fuga?

Andrew esbozó una sonrisa, pensando «¿Mi palabra de honor, Pit Bull?». Pero antes de que pudiera hablar, intervino su abogado William Ellsworth.

—Le doy mi palabra, juez Boyd. Mi cliente estará aquí.

—En tal caso, Andrew Ravanel, queda usted libre bajo fianza para preparar un alegato que conmueva nuestros corazones. Mañana a las diez.

El martillo del juez volvió a dar un golpe.

La sensación de ser un condenado era la misma que la de no serlo. No estaba ni mejor ni peor.

Cuando Ellsworth intentó precederle, Andrew se abrió paso a empujones entre una caterva de negros y los disimulados guiños de algunos blancos.

Rosemary se encontraba en el vestíbulo, donde los soldados de Custer mantenían a raya a la gente.

—Lo siento, Andrew.

¿Por qué lo sentía Rosemary? Ningún jurado de monos negros la había declarado culpable de nada. Ningún juez yanqui la había insultado delante de todo Charleston.

—¿Puedo ir a casa? —preguntó Andrew.

Ella frunció el entrecejo.

—No —contestó.

Antes de la guerra, aquel vestíbulo del Palacio de Justicia se fregaba todos los días. Antes de la guerra, los plantadores de la Tierra Baja acudían allí para dirimir las disputas y las cuestiones relacionadas con los contratos. Andrew encorvó los hombros. Había luchado durante mucho tiempo, muchísimo tiempo. Ya no quedaba nada.

—Dale muchos recuerdos de mi parte al chico.

—A tu hijo.

—Sí, a Valentine.

El abogado de Andrew lo hizo salir por una puerta lateral y subir a un coche

cerrado. Ellsworth encendió la pipa. Necesitó tres intentos para conseguirlo.

—No tenía ninguna posibilidad —dijo.

—Pues no sé —dijo Andrew en tono despreocupado—. Esperaba que algunos miembros del jurado me recordaran de antes de la guerra.

El abogado dio unas furiosas caladas a la pipa.

—He hecho todo lo que he podido. He logrado que las acusaciones se rebajaran de asesinato a homicidio. Le he conseguido la libertad bajo fianza.

Andrew abrió su ventanilla.

El sol de última hora de la mañana penetró en el coche mientras doblaban la esquina de la calle King pasando por delante de la oficina de correos. Sortearon un carro de cerveza. Dos hombres estaban empujando los barriles por una rampa. Al otro lado de unas verjas de hierro florecían los jardines de la ciudad. Los efluvios de la podredumbre y el renacimiento vibraban en el aire.

—Tiene que preparar un alegato. Y convencer al juez Boyd de que asume el error de su conducta y se arrepiente.

—¿Y eso qué más da?

El rostro del abogado estaba tan agrio como una camuesa verde.

—El juez Boyd tiene una manga bastante ancha con las sentencias. Ha sido clemente con los miembros arrepentidos del Klan. El presidente Grant no quiere mártires.

La mente de Andrew flotó por el mar de «síes», «peros» y «quizás» del abogado.

—No podemos negar lo que hizo…

Ellsworth, una nulidad unionista antes de la guerra, era abogado a la fuerza y se debatía entre su deseo de figurar entre la Vieja Burguesía y su afán de no justificar jamás ni aparentar justificar las acciones del Klan. Aquella misma aristocracia se había alegrado de que el Klan hubiera atemorizado a los republicanos impidiéndoles presentarse candidatos a la cámara legislativa, siempre y cuando ellos no tuvieran que enterarse de los métodos utilizados para lograrlo.

—No se puede elaborar un pastel sin romper negros.

—¿Cómo? Pero ¿qué está diciendo?

Andrew no había temido ensuciarse las manos. Tampoco Josie Watling y Archie Flytte: a lo mejor no se rascaban la porquería de las botas antes de entrar en el salón, a lo mejor no se preocupaban de dónde soltaban los escupitajos, pero no tenían miedo de ensuciarse las manos.

—¿Qué…?

—He dicho —repitió Andrew— que aquí estamos.

El despacho de Ellsworth se encontraba tres puertas más abajo del que tenía el abogado unionista Louis Petigru. Éste no había sobrevivido a la guerra. En vida, todo el mundo le había reprochado sus ideas unionistas. Pero, una vez muerto, lo alababan. Así estaban las cosas.

Andrew se apeó del coche.

—Venga a mi despacho. Tenemos trabajo.

—Yo había pensado ir a ver un espectáculo cómico de *minstrel,* uno de esos donde los actores blancos se embadurnan de negro para representar a personajes negros.

—¿Cómo dice? —Ellsworth se lo quedó mirando boquiabierto de asombro.

—Los Rabbit Foot Minstrels actúan en el Hibernian Hall. Una sesión matinal.

El abogado se quitó las gafas y se pellizcó la nariz.

—¿Le paga Rhett Butler para que me defienda? —le preguntó Andrew.

—¿Y por qué no iba yo a defenderle?

—Se podría ensuciar las manos.

—¡Ya me las he ensuciado, coronel Ravanel! —replicó Ellsworth—, Las mejores casas de Charleston ya no están abiertas para mí. No sé cuándo podremos regresar a la iglesia de St. Michael. Mi mujer y yo no podemos ir con la cabeza alta en compañía de las personas honradas.

—Señor, podría mantenerla más alta si la vaciara de los pedruscos que contiene.

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho?

—He dicho que hay una sesión matinal.

—¿De qué está hablando? Tenemos que trabajar en su alegato.

—¿Y qué le hace a usted pensar que yo quiero presentar un alegato?

—¿Prefiere enfrentarse a diez años de trabajos forzados?

Andrew soltó una áspera carcajada.

—A cosas peores me he enfrentado, señor.

—Venga a mi despacho mañana a las ocho. Prepararemos su declaración entonces —dijo el abogado hablando a su espalda.

Andrew alquiló un castrado bayo en la caballeriza del hotel Mills. Llevaba en el Mills desde el inicio del juicio. No había preguntado quién pagaba sus cuentas ni quién había depositado la fianza.

¡Un caballo aceptable debajo, la bella ciudad de Charleston a sus pies y un día precioso del que disfrutar! ¿Qué más podía pedir un hombre?

Andrew saludaba a blancos y negros por igual, quitándose el sombrero. Las negras se apartaban de su camino y algunas se ocultaban en los portales. Las señoras fingían no verle. Los blancos pobres y las prostitutas lo saludaban con la mano o le arrojaban un beso. Toda aquella comedia le resultaba divertida.

En Charleston el comercio del arroz se había acabado. Sólo quedaban unos despintados rótulos: JAMES MULROONEY: COMERCIO DE ARROZ; JENKINS COOPERAGE: TONELES DE ARROZ, ESPECIALIDAD.

EL puerto estaba lleno de vapores que bullían de actividad. Andrew desmontó, ató el caballo y se apoyó en la barandilla.

Un niño negro de unos ocho o nueve años se acercó, se sentó con sus escuálidas nalgas en la barandilla y soltó un eructo. Su camisa tenía los sobacos

rotos, llevaba los pantalones atados con una cuerda e iba descalzo.

—Hay muchos barcos —comentó.

Cuando Andrew lo miró, el chico se apartó.

—No te voy a hacer daño —le dijo Andrew—. No tienes por qué tenerme miedo.

—Yo no le tengo miedo a nadie —repuso el chico, pero no se acercó.

—Estos barcos van a cualquier sitio del mundo.

—¡No, esos tan pequeños no!

—Pues hay barcos muy pequeños que han atravesado el océano.

—Yo sé mucho de barcos —dijo el niño en tono desdeñoso—. Mi papá trabaja en la lonja del pescado.

—Si a vosotros los negros os subiéramos a estos barcos, podríamos devolveros a África. ¿Te gustaría?

El chico meneó enérgicamente la cabeza.

—Yo nunca he estado en África. —Y para no decepcionar a aquel blanco tan amable, añadió—: Yo sólo he estado una vez en Savannah.

Mientras montaba en su cabalgadura, Andrew le arrojó al chico una moneda de diez centavos.

Bajó por la calle Anson, pasando por delante del viejo prostíbulo de la señorita Polly. ¡Lo bien que se lo habían pasado allí! ¡Señor, Señor, qué tiempos aquéllos! Edgar Puryear, Rhett Butler, Henry Kershaw… ¡qué tiempos! Y Jack Ravanel. ¿Qué le habría aconsejado su padre? «¡Lárgate al galope, muchacho! No pierdas el tiempo mirando atrás.»

El prostíbulo de la señorita Polly carecía de tejado y estaba agujereado por las granadas. Una cortina de muselina amarilla colgaba de una ventana del piso de arriba. Con qué ansia habían buscado la vida. Se morían de ganas de que la vida les saliera al encuentro; tendrían que reunirse con ella a medio camino.

Rhett Butler era su amigo del alma. Andrew había participado en juegos de azar con Rhett, había bebido con él y ambos habían galopado a velocidad de vértigo hasta el amanecer. «Dios mío —pensó—, los he perdido a todos.» Se acercó a la fonda East Bay Inn y esperó hasta que salió Jamie Fisher con un delantal blanco atado a la cintura.

—Vaya —exclamó Andrew—, el explorador más audaz de la Confederación.

El delantal de Jamie estaba manchado con algo que parecía pulpa de tomate.

—No he ido al juicio. He pensado que no querrías verme allí. ¿Qué tal el juez Boyd?

—Mañana dicta sentencia. Mi abogado cree que saldré bastante bien librado si me humillo y me arrastro por el suelo, pero… —Andrew esbozó una sonrisa— si Pit Bull está de malas o si la señora Pit Bull discute con él a la hora del desayuno, a lo mejor me echa diez años. Y tú ya sabes lo bien que me fue en la cárcel.

—¡Andrew!

Éste meneó la cabeza.

—No te preocupes, Jamie. No llegará la sangre al río.

—¿No quieres entrar? Juliet estará encantada de verte.

—No le reprocho nada a mi querida hermana. Perdono a todo el mundo. Perdono a los yanquis, a los negros, incluso a este presidente Grant tan amante de los negros. Pero… otra vez será. Jamie, tú y yo tenemos un sitio adonde ir.

—Pero es que estoy preparando…

—Nada de peros, Jamie. Vamos a asistir a una sesión matinal en el Hibernian Hall… Los Rabbit Foot Minstrels, ¡venidos directamente de Filadelfia, maldita sea! ¿Y sabes quién es el actor principal? —Se puso a aplaudir—. ¡Pues ni más ni menos que mi negro Cassius!

—Andrew, mis huéspedes…

—En recuerdo de los viejos tiempos, Jamie.

Este tenía los ojos humedecidos.

—¿En vísperas de la sentencia, Andrew? ¿Estás loco?

Ravanel esbozó una sonrisa.

—Pues sí, Jamie. Ya sé que lo estoy.

El veterano de pata de palo que vendía las entradas se cuadró.

—Coronel Ravanel, me alegro de que haya venido, señor. Esos chicos ofrecen un espectáculo extraordinario. No quedara defraudado.

—¿Dónde perdió la pierna?

El hombre se dio unas palmadas a la pata de palo como un soldado que diera unas palmadas a su rifle.

—En Sharpsburg, mi coronel. Voy a avisar al director. ¿Usted y el señor…?

—Mi explorador, Jamie Fisher.

Cuando Andrew hizo ademán de pagar, el hombre rehusó el dinero. Llegó el director, disculpándose por el hecho de que el público no fuera de la categoría a la que Andrew estaba acostumbrado, y los acompañó a las mejores localidades. Los hombres desalojados de sus asientos protestaron hasta que les dijeron para quién eran. Ambos se quitaron el sombrero y uno de ellos se cuadró diciendo «Dios le bendiga, señor», y «Les ha enseñado usted a estos yanquis un par de cosas» y «Diez más como usted y por Dios que habríamos ganado la guerra», expresiones a las cuales el público respondió con gritos de apoyo.

El director aisló sus asientos con una cuerda. Los hombres sentados al otro lado de la cuerda les ofrecieron petacas, cigarros y trozos de tabaco. Andrew clavó la mirada en el telón donde unas ninfas pintadas retozaban con unos querubines.

El público era muy basto. Las mujeres eran propietarias de burdeles y prostitutas. Un puñado de soldados federales ocupaba las últimas filas.

El Baile Patriótico de tanto tiempo atrás, cuando él había intentado por primera vez seducir a Rosemary Butler —Dios mío, era tan alta y lozana como una potrilla recién nacida—, aquel baile se había celebrado en ese salón. Andrew se preguntó si el águila confederada estaría pintada todavía en el suelo, enterrada

bajo capas de mugre, escupitajos y colillas pisoteadas.

Rosemary ya no se parecía para nada a aquella muchacha de largas piernas que lo había enamorado.

—No te preocupes, Jamie —dijo—. Aquí todo el mundo nos quiere.

Hubo un murmullo detrás del telón pintado antes de que empezaran a sonar las delicadas notas de un banjo. Andrew le dio un codazo a Jamie. Aquél debía de ser Cassius.

Se abrió el telón mostrando un escenario y un semicírculo de sillas vacías. Mientras fuera del escenario un banjo atacaba *Old Dan Tucker*, unos blancos con la cara embadurnada de negro entraron brincando y se detuvieron cada uno delante de una silla, mirando al frente e inmóviles como estatuas. Tambo y el señor Bones, los encargados de tocar la pandereta y el banjo o las castañuelas, ocupaban las sillas de los extremos, mientras que el sillón colocado en el centro del escenario correspondía al llamado Interlocutor.

Agitando su pandereta, Tambo tomó asiento. Entró el Interlocutor, el hombre que actuaba como presentador y mantenía humorísticas conversaciones con los dos actores de los extremos, hizo una reverencia y se quedó petrificado a medio hacerla. Con la cara embadurnada de negro como los actores blancos, Cassius cruzó el escenario, sonriendo y haciendo muecas hasta llegar al asiento del llamado señor Bones, donde se detuvo y se quedó inmóvil como los demás.

El Interlocutor despertó de su petrificada postura encorvada y se puso a caminar por delante de sus compañeros fingiendo asombro como si jamás los hubiera visto. Después los empujó con el dedo tal como habría podido hacer un niño en un museo de cera.

INTERLOCUTOR: Siéntense, caballeros.

[La pandereta de Tambo y el banjo de Cassius interpretaron un fuego cruzado de sonidos.]

BONES: ¡La música me hace sentir muy feliz!

TAMBO: Pues te digo que ya no vas a ser feliz. Vas a ser un soldado del Séptimo de Caballería y yo te voy a adiestrar. Soy un instructor de soldados de primera categoría, te lo digo yo. Soy un domador de leones, te lo digo yo.

BONES: ¿Que eres un domador de leones?

TAMBO: Eso he dicho. Soy un domador de leones muy duro, te lo digo yo.

BONES: Tú lo que eres es un león hijo de un cabrón.

TAMBO: ¿Tu papi era soldado?

BONES: Sí, señor, estuvo en la batalla de Bull Run. Fue uno de los yanquis que huyeron.

[Acompañamiento de gritos rebeldes. Más chistes seguidos de dúos de pandereta y banjo y baladas sentimentales.]

[A lo largo de cuarenta minutos, el público participó en los cantos de melodías populares y gritó frases ingeniosas de conocidos chistes.]

BONES: Conozco un poema que puedo recitar.

INTERLOCUTOR: Adelante, recítalo.

BONES:

Mary tenía un corderillo,
su papi lo mató,
y ahora la acompaña a la escuela
entre dos rebanadas de pan frito.

INTERLOCUTOR: Señor Bones, menos mal que sabe tocar el banjo mucho mejor de lo que sabe escribir poemas.

Obedeciendo a la sugerencia, Cassius se pasó veinte minutos tocando ininterrumpidamente y logrando que el público se emocionara y pasara del fervor patriótico a las lágrimas sentimentales. Las melodías bailables indujeron a la gente a salir a los pasillos.

Al terminar, Cassius volvió a quedarse inmóvil y se oyeron ruidos de sillas y carraspeos. El Interlocutor dijo:

—Cabo Cassius, orgullo de los Rabbit Foot Minstrels, el mejor intérprete de banjo del Norte y el Sur. Muchachos, Cassius es un veterano confederado.

Cuando la gente volvió a lanzar el grito rebelde, los soldados yanquis abandonaron la sala.

Andrew le comentó a Jamie entre risas:

—Un negro que finge ser un blanco que finge ser un negro. No me negarás que la cosa tiene gracia.

Como número final, los Rabbit Foot Minstrels se pasearon entonando pegadizas melodías hasta que el director saltó al escenario.

—¡Señoras y señores, atención, por favor! Es un honor para nosotros tener esta tarde a un héroe entre nosotros: el coronel Andrew Ravanel, la Ilusión de Tennessee, el Puma de Carolina, el Rayo de los Caballeros Blancos del… del… —Meneó la cabeza—. No puedo pronunciar este nombre. ¡Podría tener problemas!

Carcajadas y vítores. A pesar de las protestas de Jamie, éste y Andrew fueron empujados al escenario mientras los actores reanudaban sus paseos y Cassius tocaba *Dixie.* Los intérpretes y el público cantaron juntos hasta que el director corrió el telón.

Cuando las cortinas se descorrieron para los saludos al público, Andrew y Jamie se cuadraron en primera línea del escenario. Los actores fueron llamados cuatro veces al escenario hasta que el Interlocutor dio por terminada la representación y palmeó a Andrew en la espalda como si fuera un miembro de la compañía. Algunos actores abandonaron el escenario y otros se quedaron para compartir una petaca de licor. Cassius apoyó el banjo en una silla y se sentó a su lado en el suelo con las piernas estiradas.

—Mi coronel, mi capitán. Cuánto tiempo.

Andrew rió entre dientes.

—La última vez que nos vimos estabas encaramándote a la orilla del río Ohio como si una jauría de perros infernales te persiguiera.

—Pues sí, menudo miedo pasé. ¡Aquellos yanquis mataban a cualquiera que se les pusiera por delante! —Cassius meneó la cabeza—. ¡Menos mal que ya todo pasó! Ahora vivo en Filadelfia. Tengo mujer y dos niñas.

—¿En Filadelfia? ¿Y no echas de menos la Tierra Baja?

Cassius esbozó una leve sonrisa.

—Los Rabbit Foot Minstrels hemos estado en todas partes… Boston, Buffalo, por todo el país. —Ladeó la cabeza—. ¿Qué tal le va, señor Jamie? ¿Ya ha encontrado esposa?

Jamie hizo una mueca.

—No he encontrado a ninguna mujer que pueda aguantarme.

A Andrew se le iluminaron los ojos.

—Ahora eres todo un primer actor, ¿no es así, muchacho? Apuesto a que ganas un montón de dinero. Todo el dinero que necesitas. ¿Recuerdas la vez que intenté comprarte y el capataz de Langston Butler me humilló?

—Recuerdo que me vendieron, coronel Andrew. Y no soy la clase de hombre que olvida.

—Andrew —dijo Jamie—, tengo que regresar a la fonda. ¿Querrás cenar con nosotros?

—¿Vas a invitar a cenar también a este chico de aquí? No hay mucha diferencia entre él y tus malditos yanquis. Tiene dinero. Puede pagar.

—Creo —dijo Cassius haciendo ademán de levantarse— que me voy a quitar este maquillaje de negro.

Cuando Andrew lo empujó, Cassius cayó hacia atrás junto con la silla. El banjo resbaló por el suelo del escenario con un sonido metálico. Cassius recuperó el equilibrio y se apoyó en las manos.

—¡No soy más que un intérprete de banjo! —dijo sin dirigirse a nadie en particular.

Andrew levantó la bota y la descargó sobre la mano derecha de Cassius como un hombre que aplasta una araña. Se la hubiera vuelto a pisar si Jamie no lo hubiera agarrado con unos brazos sorprendentemente fuertes y hubiera tirado de él mientras el director le suplicaba:

—Coronel Ravanel, piense en lo que está haciendo, señor.

Soltando un gemido, Cassius se apretó la mano contra el pecho.

—Nada ha cambiado. ¡A ver si te enteras, chico! —gritó Andrew mientras Jamie forcejeaba con él para arrastrarlo fuera—. ¡Nada ha cambiado!

En la acera, delante del Hibernian Hall, Andrew se frotó la boca.

El pecho le subía y bajaba como si le faltara el aire mientras Jamie lo miraba ligeramente apartado de él. La breve distancia que los separaba era una distancia muy larga.

—Adiós, Andrew. Te deseo lo mejor. Siempre te he deseado lo mejor.

Unos árboles de las botellas bordeaban el sendero que conducía al viejo refugio de pesca del congresista Haynes. Al principio, sólo había unas cuantas botellas y Andrew siempre las hacía caer. Pero cada vez que visitaba el refugio había más, hasta que los negros acabaron colgando botellas de cristal azules, verdes, rojas y transparentes en las ramas de todos los árboles y arbustos lo bastante fuertes para soportar su peso. Unas manchas de luces de colores iluminaban el sendero cuando los rayos del sol alcanzaban los cristales, y la más suave brisa era suficiente para hacerlos tintinear. Una noche, él y Archie Flytte habían montado guardia en aquel lugar a la espera de sorprender a algún negro colgando una botella, pero cuando la luna se ocultó y empezó a soplar el viento, Archie se puso nervioso. Cuando Andrew le preguntó si tenía miedo, Archie contestó con desdén. La finalidad de las botellas era alejar a los espíritus de los muertos y Archie no estaba muerto ni mucho menos. Pero aquella noche Archie se fue a Georgia y Andrew se emborrachó y, a la mañana siguiente, en el ciprés que había al lado del porche, a menos de tres metros del lugar donde él había perdido el conocimiento, brillaban unas botellas que la víspera no estaban.

La puerta del refugio estaba abierta de par en par desde que los soldados de Custer la derribaran con sus botas.

Exceptuando los excrementos de rata y las hojas esparcidas por el suelo, la cabaña estaba tal como él la había dejado.

Lo habían tratado muy bien en aquel abarrotado campamento de prisioneros. No era fácil encontrar pruebas evidentes contra los miembros del Klan y muchos testigos tenían miedo de declarar. Los yanquis dejaban en libertad a los miembros del Klan por falta de pruebas o porque no disponían de espacio o simplemente porque perdían la paciencia. Josie Watling no había sido atrapado y Archie Flytte ya no había regresado después de la noche de los árboles de las botellas.

Cuando Andrew estaba en el campo de prisioneros, Rosemary le llevaba la ropa limpia.

—Me da mucha pena —le decía—. Estoy segura de que esto es muy duro para ti.

—De ninguna manera —contestaba Andrew—. Estoy acostumbrado a las cárceles.

Mentía. El campamento era un torno cuyas mandíbulas lo apretaban cada vez con más fuerza y le exprimían la vida.

Cuando el abogado Ellsworth le anunció que le habían concedido la libertad bajo fianza, Andrew cruzó la verja del refugio como un niño dispuesto a disfrutar del mundo que lo rodeaba porque aquel día no tenía que ir a la escuela. Pero, al llegar al 46 de la calle Church, su mujer no le permitió entrar.

Al anochecer, la brisa del río hizo tintinear las botellas de los árboles. Era un sonido agradable. Se podían decir muchas cosas de los negros, pero de música

sabían un rato. Andrew se sentía muy a gusto. A última hora de una bonita tarde de primavera, el río bajaba tal como había hecho antes de que él llegara allí y como seguiría haciendo cuando él se hubiera ido y se hubieran ido también todos los jueces y abogados, cuando Rosemary, Jamie… y todos se hubieran ido.

La pobre y querida Charlotte lo había amado. Sabiendo quién era, lo había amado a pesar de todo. A veces oía su dulce voz en los árboles de las botellas.

Andrew se puso su uniforme de coronel confederado y se sentó fuera en medio de las sombras del crepúsculo. Había olvidado lo rígido que era el cuello de la chaqueta militar.

Unas pequeñas embarcaciones de vela navegaban por el río. Las golondrinas bajaban en picado en busca de insectos. Una garza se posó en los bajíos, levantando primero una pata y después la otra mientras pescaba peces al acecho. Sería lo último que vería el pez, aquella pata inmóvil en el agua como si fuera una hierba o un palo.

El revólver le era a Andrew tan conocido como le había sido Charlotte. El largo cañón cobrizo tenía la boca blanqueada a causa de los muchos disparos; aquella hendidura en la culata era de haberle partido el cráneo a algún negro.

Cuando salió la luna, una raposa preñada abandonó la espesura para pescar cangrejos. Andrew consideró la posibilidad de pegarle un tiro, pero decidió abstenerse.

«Los misericordiosos alcanzarán misericordia.»

Con las primeras luces del alba, Andrew Ravanel, antiguo coronel de los Estados Confederados de América, entró en la cabaña para escribirle una carta a su hijo primogénito y descerrajarse un tiro.

42
Legados

El Chapeau Rouge acababa de cerrar cuando una fuerte llamada indujo a MacBeth a acercarse a la puerta. Abrió un resquicio y volvió a cerrarlo de inmediato.

—Señorita Belle… hay unos hombres… quieren hablar con usted.

—¿A esta hora de la noche? ¿Quién…?

—Señorita Belle… —MacBeth estaba tenso a causa del miedo—. No llevan capuchones, pero son del Klan.

Belle corrió a su dormitorio en busca de su revólver, pero al volver MacBeth había desaparecido.

Belle se quedó allí sin saber qué hacer, prestando atención al rumor de unos pies en el porche. Respiró hondo, amartilló el arma y abrió de golpe la puerta.

—¡Jesús bendito! —exclamó con un jadeo.

Isaiah Watling abofeteó con tal fuerza la mejilla de su hija que ésta estuvo a punto de apretar el gatillo.

—No pronunciarás el nombre del Señor en vano.

—¡Papá! Después de veinte años me pegas…

—¿Por qué no me lo dijiste, hija? ¿Por qué no dijiste algo?

Un hombre más joven acompañaba a Isaiah y un tercero sujetaba los caballos. Belle temblaba tanto que tuvo que utilizar ambas manos para poner el seguro a su revólver.

—Yo confiaba en él, hija. Creía que el hombre que te deshonró era un caballero cristiano.

El porche emitió un crujido cuando el hombre más joven cambió de posición y carraspeó.

—Hola, prima Belle.

Ante el gesto de impaciencia del padre, el joven retrocedió para ocultarse en las sombras.

—Éramos jóvenes, papá. ¿Tú nunca fuiste joven?

—No —contestó Isaiah—. No tuve tiempo de ser joven.

Sus cejas no estaban recortadas. Tenía pelos en las orejas y las ventanas de la nariz. Belle aspiró el amargo olor de un alma indignada.

—Tienes los mismos ojos de tu madre. —Isaiah frunció los labios—. Lo había olvidado. —Un breve movimiento de la cabeza enterró el recuerdo—. Confiaba en el coronel Ravanel. Confiaba en él.

—Andrew me quería, papá. Lloré cuando me enteré… del daño que se hizo a

sí mismo.

Isaiah se frotó la cara con la mano.

—El coronel ha dejado cosas para el chico… su pistola, el reloj, una nota…

—Mi Tazewell es un caballero, papá —se empeñó en decir Belle—. Ha ido a la escuela y trabaja en el negocio del algodón en Nueva Orleans. ¡Hasta se ha comprado una casa! —Se frotó la mejilla.

—Jamás habría tenido que venir a la Tierra Baja —dijo Isaiah—. Tu madre no quería dejar Mundy Hollow, pero yo le dije que teníamos que empezar una nueva vida en otro sitio. Por eso nos fuimos a Broughton. Yo fui el hombre del amo Butler en cuerpo y alma durante treinta y dos años. Treinta y dos años, en cuerpo y alma.

—Este paquete… ¿es del padre de Tazewell?

—Los únicos que estuvieron en el entierro del coronel aparte de nosotros fueron unos yanquis que buscaban a miembros del Klan.

—A tío Isaiah nunca le ha gustado el Klan —terció el primo de Belle sonriendo—. Tío Isaiah es… un poco maniático. Él y yo encontramos al coronel. Íbamos a llevarlo a Tejas a escondidas, pero el coronel se quitó de en medio primero. Estoy seguro de que en Tejas le habrían ido muy bien las cosas.

—Este es Josie, el hijo de Abraham.

Josie se tocó el sombrero.

—Encantado de conocerte, prima. Bonita casa tienes. El de los caballos es Archie Flytte.

A Belle le temblaban las manos.

—Padre, ¿tú amabas a mamá?

—Tu madre era muy piadosa.

—Pero ¿la amabas?

—Hija, yo amo al Señor.

Belle siempre había creído que su padre era un hombre muy simple; nunca antes había imaginado lo mucho que le costaba su simplicidad.

—El coronel Ravanel me mintió —dijo Isaiah—. Y tu hermano Shadrach murió por culpa de la mentira del coronel Ravanel. Shadrach nunca tuvo tiempo para arrepentirse de sus pecados.

Un pensamiento cruel pasó por la mente de Belle: Shadrach había muerto porque había retado a un tirador mejor que él.

—Lo que está muerto, muerto está —dijo Josie.

—Rhett Butler mintió.

—Jamás mintió. Simplemente dejó que los demás creyeran lo que quisieran.

—Butler asesinó a tu hermano y deshonró a sus padres. Honra a tu padre y a tu madre para que tus días sean largos en la tierra que el Señor tu Dios te ha dado.

—Ni siquiera ahora, después de tanto daño… —Las manos de Belle se abrieron y cerraron en gesto de impotencia—. ¿No puedes perdonar?

Su padre le entregó el paquete.

—A mi modo de ver, hice lo mejor que pude.

El paquete pesaba más de lo que parecía.

—Creo que todos hacemos lo mejor que podemos —dijo Belle—. ¿No quieres entrar? Tengo un retrato de tu nieto.

Por un momento, pensó que Isaiah se iba a quitar el sombrero y entrar en la casa. Irían a la cocina y no tendrían que pasar por la parte de la casa dedicada al negocio. Le prepararía café a su padre. Recordó que él le echaba azúcar al café, cucharadas colmadas de azúcar.

lsaiah Watling tocó el paquete.

—Dale eso a tu hijo.

Dio media vuelta.

—El tío suele decir que ya llegará nuestro día —señaló Josie—, pero aún no ha llegado.

43
La fiesta de cumpleaños de Ashley

Melanie estaba preparando una fiesta sorpresa de cumpleaños, la primera desde aquella barbacoa de once años atrás en Doce Robles en que ambos habían anunciado su compromiso.

El hogar de los Wilkes ya estaba casi preparado. La repisa de la chimenea había sido frotada con jabón Sapolio, se había quitado el polvo del arco dorado del espejo, todas las parrillas y estufas estaban recién lustradas y las alfombras de invierno se habían cepillado al aire libre. Pork y Peter les habían espolvoreado tabaco antes de subirlas a la buhardilla.

En su calidad de presidenta de la Sociedad de Viudas y Huérfanos de la Confederación, Melanie conocía a los más importantes confederados de Georgia: el general John Gordon, herido cinco veces en Sharpsburg; Robert Augustus Toombs, senador confederado y secretario de Estado; hasta Alexander Stephens había aceptado la invitación de Melanie. La obra en dos volúmenes del vicepresidente Stephens en la que se justificaba la Secesión, *A Constitutional View of Late War Between States,* ocupaba un lugar de honor en muchos hogares sureños (donde era venerada más que leída). India, la hermana solterona de Ashley, quería colocar el libro al lado de la Biblia en el salón, pero Melanie dijo que no.

—¿Y si alguien decide presentar un recurso de inconstitucionalidad contra el señor Stephens? ¿Qué ocurrirá entonces con la fiesta de Ashley?

Así pues, los volúmenes de Stephens se quedaron en la estantería.

India era una trabajadora muy eficiente, pero exasperaba a los negros. Cuando tenía que encargarse de alguna tarea, tía Pittypat se las arreglaba para hacerla —ella sola había limpiado toda la vajilla de cristal, incluyendo la que habían pedido prestada para la ocasión—, pero, abandonada a sus propios recursos, Pitty pasaba de una tarea a otra sin terminar ninguna. Sólo Scarlett era capaz de trabajar sin recibir previamente instrucciones. Scarlett era también la más despótica con los negros y la que más duro los hacía trabajar.

Puesto que los preparativos seguían adelante sin ningún impedimento, Melanie se llevó una taza de té al piso de arriba, donde estaba su escritorio, y reanudó la interrumpida carta a Rosemary.

Melanie aprobaba sin reservas la decisión de Rosemary de dar clases en el Seminario Femenino. «Has sufrido un terrible dolor, querida amiga. Las niñas te sanarán mientras tú las instruyes.»

Se dio unos golpecitos en los dientes con la pluma, mientras pensaba. «Por lo que a mí respecta —escribió—, en cuanto me enteré de que no podría tener más

hijos, supuse que me sentiría satisfecha con el afecto que acompaña a las relaciones amorosas y con las relaciones amorosas en sí mismas. Ashley es un marido cariñoso, pero, faltando la "tierna violencia" del acto (si me permites decirlo, me estoy ruborizando, amiga mía), la pasión de nuestro corazón se desvanece de año en año, y una temporada sin ninguna variación sucede a otra también sin variación. Sí, ya lo sé, una mujer decente no debería desear los ardientes abrazos del marido, pero…»

—¡Señorita Melly! ¡Señorita Melly! —El criado de Scarlett subió ruidosamente al piso de arriba y se detuvo a su lado en toda su impresionante estatura como un árbol a punto de caer. A pesar de que Pork no sabía leer, Melanie ocultó la carta debajo del secante—. ¡Señorita Melly! Este Archie no me deja colgar más farolillos en el jardín. Me ha dicho que me largue. ¡Este viejo me da miedo!

—Pregúntale a Scarlett qué tienes que hacer, Pork —contestó Melanie—. Seguro que hay algún otro trabajo pendiente.

Cuando el corpulento negro volvió a bajar refunfuñando, Melanie mojó la pluma en el tintero.

> A veces me cruzo con la hija de vuestro antiguo capataz, Belle Watling. Mi querida amiga, yo sólo he conocido a mi Ashley, cuyos detalles eran tan generosos que se complacía más en dar que en recibir. A veces he experimentado el deseo de preguntarle a Belle (aunque no puedo hacerlo, naturalmente): «¿Qué se siente cuando se han tenido tantos hombres? ¿Todos los hombres son iguales?»
>
> Oh, Rosemary, han pasado ocho años, ocho largos años, desde que el doctor Meade le dijo a Ashley que yo no debería concebir otro hijo. Sé que debería apartar a un lado mis deseos… pero no puedo.
>
> A veces, Ashley hace o dice algo; ¡a veces, la luz del ambiente lo envuelve de tal manera que ardo auténticamente en deseos de que mi esposo me abrace! ¡Querida amiga, es tan guapo! Existen algunos dispositivos que nos permitirían entregarnos a las intimidades sin las consecuencias que tememos, pero Ashley, el querido Ashley, es demasiado decente y, la única vez que me atreví a mencionárselos, se puso tan colorado como una de las azaleas de Pitty y me dijo tartamudeando (Ashley nunca tartamudea): «¡Los caballeros no utilizan esos artificios!» Estoy segura de que Belle los conoce y me lo explicaría todo si me atreviera a preguntárselo.

Scarlett atisbo a través de los balaustres los tobillos de Melanie y dijo:

—Melly, Pork está perfectamente capacitado para colgar unos cuantos farolillos japoneses, pero Archie le ha dirigido una de esas miradas suyas y el pobre Pork se va a pasar toda la tarde temblando. ¿Porqué dejas entrar en tu casa a este viejo y apestoso patán?

—Archie es muy bueno con los niños —contesto Melanie.

En el pasado, Archie había sido muy dado a las misteriosas desapariciones y

todo el mundo sabía que pertenecía al Klan. Pero se portaba de maravilla con los niños.

Tras la huida del gobernador Bullock, Scarlett había dejado de organizar fiestas y ahora su mansión de la calle Peachtree se había convertido en un museo. Los niños Butler pasaban más tiempo en casa de los Wilkes que en la suya propia. El amargado y paticojo Archie se pasaba horas entreteniendo a los niños.

—Si Peter ya ha terminado de limpiar los suelos, él y Pork ya pueden colocar las esteras de verano —añadió Melanie.

—Humm.

La cabeza de Scarlett desapareció.

Melanie Wilkes volvió a darse unos golpecitos en los dientes con la pluma.

> Querida Rosemary, lamento añadir más preocupaciones a las que ya tienes, pero debo decirte que el sábado pasado, en el almuerzo en Kimball House, Scarlett y Rhett se pelearon como el perro y el gato. ¡Tres fuentes distintas me han comentado la pelea! El único vínculo que los une es su amor compartido por la pequeña Bonnie…«Bonnie Blue». Tu sobrina es un rayo de sol que derrama su luz allá donde vaya. La señora Meade le hace su dulce especial de pacanas y la señora Elsing la sienta sobre sus rodillas y le cuenta cosas de cuando ella era pequeña. Los que antes criticaban a tu hermano ahora sienten un profundo aprecio por él. Y una de las principales razones son los amorosos cuidados que Rhett prodiga a su hija.
>
> A la niña le basta con decir «¡Papi, súbeme en brazos!» para que Rhett la suba, y cuando ella tira de los pelos de su bigote o se agita, tal como a veces les ocurre a los niños, él jamás pierde la paciencia con su Bonnie Blue.

Scarlett había vuelto a atisbar entre los balaustres.

—Melanie, ¿a quién escribes?

—A Rosemary. Dos cansadas amas de casa que se quejan de sus niños. A veces, querida Scarlett —introdujo la carta en el cajón y lo cerró con llave—, te envidio ese don que tienes para estar en el mundo. ¡Ojalá tuviera tu fuerza de voluntad!

—Si la voluntad fuera tan poderosa como dicen, Melly, ahora todos seríamos ciudadanos confederados. Voy al aserradero de Ashley para hablar con Hugh Elsing.

Melanie batió palmas.

—Estupendo. ¡Absolutamente estupendo! ¿Podrías conseguir entretener a Ashley hasta las cinco? Si Ashley regresa antes, a lo mejor nos pilla terminando de preparar un pastel o algo por el estilo y entonces adiós sorpresa.

Melanie terminó de escribir la carta a toda prisa.

> Querida Rosemary, los celos son tan corrosivos ¡que casi preferiría ser traicionada a vivir con el temor a la traición! Si no pudiera confiar en Ashley, si no creyera que me ama, acabaría loca.

Sabía ya desde pequeña que Ashley y yo estábamos destinados el uno al otro. Somos primos y «los Wilkes siempre se casan con sus primos». Nos ahorramos las tribulaciones del galanteo… ¿me quiere no me quiere; le tengo auténtico cariño o no se lo tengo? Supe que me casaría con Ashley y lo amé. ¿No amar a Ashley? ¡No puedo ni imaginarlo!

Sin embargo, a veces me pregunto qué habría podido ocurrir… ¿Son las pasiones de Scarlett más profundas e intensas que las mías o acaso yo he leído demasiadas novelas?

¿Acaso el amor tiene que ser siempre un rompecabezas?

Melanie lanzó un suspiro y lacró la carta. Abajo, Pork y Tío Peter estaban discutiendo acerca de la mejor manera de colocar las esteras de verano. Melanie aspiró el olor del abrillantador de muebles y el aroma de las tartas que se estaban cociendo en el horno.

¡Cuán grande era su gratitud! Se había pasado toda la guerra temiendo por Ashley. Un francotirador, la miríada de enfermedades que se cebaban en los hombres debilitados por el hambre y las privaciones… eran tantas las maneras en que habría podido perder a su amado esposo que Melanie Hamilton Wilkes inclinó la cabeza y dio gracias por todo.

44
El deseo

El deseo largo tiempo reprimido daña el corazón.

El sol que penetra por las ventanas ilumina los libros de los pedidos y un calendario cuyas fechas estaban señaladas con equis. El polvo de serrín cubre los antepechos de las ventanas, los estantes, el escritorio secreter de Ashley y su sombrero.

Ese sombrero siempre ha sido su muda carabina.

Un hombre y una mujer juntos a solas después de muchos años.

Scarlett observa las hebras de plata del cabello de Ashley y piensa: Jamás volverá a ser joven, y la idea le provoca el impulso de llorar por él y por sí misma.

Scarlett no ha vuelto a estar con un hombre desde que concibiera a Bonnie Blue. Ashley lleva ocho años sin estar con una mujer. Es sábado por la tarde. Las chirriantes sierras están apagadas y engrasadas para respetar el descanso del sábado; no hay madera que cae formando montones en el suelo, ningún capataz dando órdenes a gritos. Los trabajadores han recibido su paga y se han ido a casa. Las motas de polvo lanzan en los rayos del sol.

—Los días se están alargando —dice Ashley.

—Pues sí, es verdad —responde Scarlett.

Una mosca primaveral, una de esas perezosas y gordas moscas que aparecen con el cambio de las estaciones, golpea contra el cristal de la ventana en su afán por salir al exterior. Morirá, tal como les ocurre a tantas criaturas de Dios, sin jamás ver cumplido su deseo. Scarlett O'Hara piensa en lo triste que es la vida, en lo insoportablemente triste que es, mientras se acerca al abrazo que lleva tanto tiempo deseando.

Ashley y Scarlett encajan perfectamente el uno en brazos del otro.

La puerta del despacho se abre de golpe. India Wilkes, Archie Flytte y la señora Elsing están en el umbral. Boquiabiertos de asombro.

Scarlett está perdida.

45
Ella

El cornudo Rhett Butler cabalgó por las calles oscuras. Bajó al galope por Decatur hasta que la calle se convirtió en un camino rural y entonces dio media vuelta para regresar a Atlanta.

Cuando su impresionante caballo negro aminoró el paso, él le hincó las espuelas.

—¡Pórtate bien, maldita sea! ¡Te portarás bien!

No se fiaba de sí mismo. Eso era lo peor que había comprendido… saber que no podía fiarse de sí mismo. Cuatro años. Había pasado cuatro años durmiendo solo mientras ella soñaba con Ashley Wilkes.

A primera hora de aquella noche él la había obligado a asistir a la fiesta de Melanie. ¿Pensando qué? ¿Que Melly acusaría a la pareja de adúlteros? ¡Menuda comedia! Ashley y Melanie interpretando el papel de pareja felizmente casada. Melanie recibiendo a Scarlett como a una hermana mientras unos crueles susurros revoloteaban detrás de los abanicos de las damas.

El cornudo Rhett Butler. Oh, no, ella no había entregado su cuerpo a Ashley. Sólo su maldita, anhelante, esperanzada e intrigante alma.

Apuró un frasco de licor. Apuró un segundo. Pasó por delante del Chapeau Rouge sin verlo. MacBeth, que había levantado la mano en gesto de saludo, la dejó caer a su costado.

No podía regresar junto a su esposa hasta que pudiera fiarse de sí mismo. ¡Su esposa! No podía regresar a casa hasta que Scarlett estuviera a salvo detrás de la puerta cerrada de su dormitorio.

—A casa.

Rhett escupió la palabra entre los cascos de su caballo.

Cuando entró en el salón, ella estaba allí tomando una copa de brandy. Palideció al verlo.

Los propósitos de Rhett se disiparon como el humo. Le dolían las manos de tanto como deseaba hacerle daño. La habría matado en el acto. Si la matara, la curaría de su deseo de Ashley.

—Borracho insensato. Quítame las manos de encima.

—Siempre he admirado tu valor, querida. Nunca tanto como ahora que estás acorralada.

—Tú no puedes entendernos ni a Ashley ni a mí. Estás celoso de algo que no puedes comprender.

Con la majestad de una reina, echó la cabeza atrás y se alisó el pañolón

mientras se levantaba para retirarse.

Rhett la cogió por el brazo y le empujó los hombros contra la pared.

—¿Celoso yo? ¿Y por qué no? Pues sí, estoy celoso de Ashley Wilkes. Conozco a Ashley y a los de su calaña. Sé que es honrado y todo un caballero. Y eso, querida, es más de lo que puedo decir de ti… o de mí, si bien se mira. Nosotros dos no somos caballeros y carecemos de honor, ¿verdad? Por eso prosperamos como los laureles.

Cuando él se acercó a la licorera, Scarlett dio media vuelta.

Rhett la alcanzó al pie de la escalera. Sus manos se deslizaron por debajo de la bata y le acariciaron la suave piel.

—Me arrojaste a las calles de la ciudad —dijo en un áspero susurro— mientras lo perseguías a él. ¡Te juro por Dios que esta noche sólo vamos a ser dos en mi cama!

La levantó en vilo y subió con ella en brazos la ancha escalinata de la impresionante mansión que había construido para su esposa. Scarlett temblaba en sus brazos, paralizada por su furia. Al llegar al rellano, cuando ella recuperó el aliento para gritar, él le cubrió la boca con la suya. Era una criatura suya; él la había cuidado y la había enseñado y se había entregado a ella. Era suya y la utilizaría a su antojo.

La llevó en brazos en medio de la penumbra de lo alto de la escalera con la boca pegada a la suya, mezclando su aliento con el suyo.

En su lecho, en su habitación a oscuras, ella se abrió a él como una flor que él aplastó precisamente por el hecho de ser tan bella. Su apetito no se sació ni siquiera cuando ella dejó que se derramara todo su amor.

Horas más tarde, Rhett se levantó de la cama donde Scarlett dormía agotada. No sabía quién había sido el vencedor y quién la víctima. Se cogió la dolorida cabeza con las manos. Tenía los ojos irritados y la lengua hinchada y el cuerpo pegajoso de su propio sudor y del de ella. Olía como la mujer a la que había violado.

—Dios mío —musitó Rhett Butler—, soy exactamente igual que mi padre.

46
Eugenie Victoria Butler

Cuando los padres de Bonnie Blue se peleaban —cosa que hacían con harta frecuencia—, la casa se llenaba de furia hasta que Bonnie se cubría los oídos con las manos para que no le estallaran. La víspera había sido un día especialmente malo. Los mayores tenían que ir a una fiesta a casa de tía Melly y Bonnie pensaba que todo el mundo estaría contento, pero aquella tarde Big Sam rodeó la casa y entró por la parte de atrás y, cuando Mamita oyó lo que Big Sam tenía que decirle, puso una cara muy triste y muy pronto todos los criados pusieron caras muy tristes, pero ninguno quiso explicar a Bonnie que había ocurrido, aunque ella comprendió que había sido algo muy malo.

Su madre regresó a casa y se encerró en su dormitorio, pero cuando papá Rhett volvió, la obligó a ir a la fiesta de tía Melly. Bonnie sabía que su madre no quería ir, pero papá Rhett la obligó.

Aquella noche Bonnie no pudo dormir. Cuando oyó gritos en el piso de abajo, abrió la puerta de su habitación un resquicio y vio que papá Rhett llevaba a su madre en brazos por la escalera como si fuera un bebé. Vio que se estaban besando y pensó que a lo mejor habían hecho las paces y ya no se volverían a pelear.

Al día siguiente, su madre no bajó hasta casi la hora de la cena y estaba tan contenta como un gato con un plato de leche, pero papá Rhett se había ido. Cuando Bonnie preguntó cuándo volvería, ella esbozó una misteriosa sonrisa y le dijo:

—Cuando deje de sentirse culpable, cariño.

Aquella noche su madre se paseó por la casa canturreando y después de la cena sacó la estereografía. Wade, Ella y Bonnie Blue se sentaron a su lado en el sofá y se turnaron para contemplar las imágenes de un gran río de China y de unos chinos que llevaban unos sombreros que parecían escudillas colocadas boca abajo.

Mamá esperaba que papa Rhett volviera a casa, pero no volvió. Ni aquel día ni al siguiente ni al otro. Madre dejó de canturrear y se mostraba furiosa con todo el mundo. Cuando Wade sugirió que sacaran la estereografía para mirar las imágenes, le contestó con muy malos modos.

Cuando papá Rhett regresó a casa, volvieron a pelearse —¡más que nunca!— y papá se enfadó tanto que arrojó el cigarro sobre la alfombra del salón, ¡y el olor se esparció por toda la casa!

Más tarde, Mamita simuló estar muy alegre mientras guardaba en una

maleta la ropa de Bonnie Blue diciendo que Bonnie se iría algún tiempo con papá Rhett, pero sus tristes ojos decían que no era tan tonta como para creérselo.

—Mamita —le preguntó Bonnie—, ¿qué es un divorcio?

—¡De eso ni hablar! ¡Ellos no van a hacer tal cosa! —Y cuando Mamita suspiró, toda ella suspiró, no sólo su boca—. Lo están pensando, eso es todo.

Belle Watling estaba esperando en la estación.

Cuando la presentaron a Belle —un nombre que Bonnie había oído muy a menudo cuando su madre estaba enojada—, Bonnie le preguntó:

—¿De verdad eres una mujer caída?

La sonrisa de Belle se apagó, pero al punto volvió a iluminarse.

—Bueno, cariño, supongo, que sí.

—¿Y de dónde te has caído? —quiso saber la niña.

—No de muy arriba, cielo. Creo que no me caí de muy arriba.

Belle le cogió la mano para ayudarla a subir al coche Pullman.

A Bonnie le encantó el Pullman. No entendía que los asientos pudieran convertirse en camas y le pidió al mozo que hiciera tres veces la transformación antes de darse por satisfecha.

Bonnie sabía que su madre era la mujer más guapa del mundo y, cuando veía imágenes de reinas en los libros de cuentos, sabía que éstas eran justo como su madre. Papá Rhett era el hombre más amable, inteligente y divertido, y también el mejor jinete. Pero ¡si hasta su semental negro era casi tan rápido como su poni!

Bonnie sabía que sus padres la querían y también que se querían el uno al otro. Pues entonces, ¿por qué no podían decirlo y dejar de pelearse de una vez?

Pero aquello era antes y eso era ahora y Bonnie corría arriba y abajo del coche Pullman mientras Prissy la perseguía.

—¡Cuidado con la mesa! ¡No salgas por esta puerta! ¡Vamos a entrar en un túnel! ¡Tápate los ojos!

El paisaje pasaba velozmente por las ventanillas. Los labradores removían la tierra en brillantes surcos rojos. En las ciudades, la gente subía al tren o bajaba del tren, saludando y chismorreando, y los carritos de las maletas avanzaban ruidosamente y la campana sonaba y el revisor gritaba «¡Viajeros al tren!» y subía de un salto. Bonnie se preguntó si alguna vez lo dejaban en tierra.

Sentada sobre el regazo de Belle, se interesó por los nenúfares del pantano que estaban atravesando y por la incendiada casa de una plantación que se levantaba en lo alto de una colina.

—¿Hay fantasmas? —preguntó Bonnie.

—Sí, los hay, cariño. Pero a ti no te van a hacer nada.

Cuando se sentaron a comer, papá Rhett felicitó a Belle por el vestido que llevaba y ella se ruborizó.

—La señorita Smithers me ayuda a parecer una dama.

La sonrisa del padre de Bonnie era muy triste.

—Belle, mi querida Belle. Tú sabes que no podemos cumplir los deseos de nuestro corazón.

—¿Crees que no lo sé, capitán Sabelotodo? —replicó—. ¿Crees que no sé una o dos cositas acerca de los deseos?

Y entonces él rió con su carcajada de siempre, y la cantarina risa de Bonnie se unió a la suya. Entonces la expresión fingidamente severa de Belle se disolvió en risitas.

A la mañana siguiente, Bonnie se situó de pie en el asiento mientras el tren entraba rugiendo en Charleston. Cuando su padre le ofreció la mano para guiarla por aquella impresionante estación de ladrillo, la niña prefirió caminar sola, pero permitió que él la levantara en brazos para subir al coche.

Se alegró de volver a ver a su primo Louis Valentine. Mientras su padre y su tía Rosemary hablaban de las cosas que hablan los mayores, Belle y Prissy llevaron a Bonnie y Louis Valentine al paseo para que vieran los barcos. Prissy hablaba con Belle como si ésta no fuera una mujer caída.

Bonnie quería quedarse más tiempo en Charleston, pero su padre le dijo que no podían. La niña hizo pucheros hasta que volvieron a subir a su viejo y querido coche Pullman. Cenó y subió a su camita. Puesto que a Bonnie le daba miedo la oscuridad, su padre dejó una luz encendida en un lugar donde ella pudiera verla a través de las cortinas de la cama.

Bonnie despertó y vio unos pantanos rodeados de cipreses que no tardaron en ceder el lugar a unas cabañas y chozas y después a unos edificios más sólidos, hasta que la vía se juntó con otra mientras pasaban velozmente por delante de unas viejas casas de piedra que su papá Rhett llamó «el Vieux Carré».

—Es el viejo barrio francés, Bonnie.

El tren circulaba siguiendo los malecones que se elevaban por encima de los muelles y los barcos del gran río. Bonnie contempló fascinada los vapores y suplicó a papá Rhett hasta que él le prometió entre risas que sí, que darían una vuelta en un vapor. Porque, tal como Bonnie aseguró, «he tenido que dejar mi poni y lo echo mucho de menos, pero no lo echaré tanto de menos cuando dé un paseo en vapor».

47
Una ciudad católica

Una bonita mañana de primavera en el Vieux Carré. Las campanas de las iglesias resonaban en las callejuelas, las aves del paraíso estaban en flor y, al otro lado de las verjas de hierro forjado, los limones y las naranjas maduras caían al suelo desde los árboles.

Mientras esperaba con Rhett un coche de punto, Belle recordó a la joven embarazada que había sido ella en aquella ciudad muchos años atrás.

—¿Qué has dicho, Belle? —le preguntó Rhett.

—Creo que estaba hablando sola. Estaba pensando que Nueva Orleans me parecía entonces la ciudad más grande del mundo. Dios mío, lo asustada que estaba —añadió.

Rhett la ayudó a subir a un pequeño landó abierto.

—¿Recuerdas la vez que nos encontramos delante del hotel St. Louis? ¿Aquella Didi que estaba contigo? ¡Señor, qué guapa era! Llevaba el sombrero rojo más bonito que yo hubiera visto en mi vida. A veces todavía sueño con aquel sombrero… —Tomó el brazo de Rhett—. Si aquel día no me hubieras encontrado, Rhett, yo…

—Pero te encontré, Belle. —La miró sonriendo—. A veces las cosas salen mejor de lo que esperamos.

Belle sabía que el matrimonio de Rhett no era una de aquellas cosas. El señor Wilkes y la señorita Scarlett habían hecho algo terrible, Belle jamás había visto a Rhett tan triste y abatido.

Cuando se detuvieron en el número 12 de la calle Royal, Rhett le dijo:

—Creo que es mejor que te veas a solas con Taz. No quiero que la antipatía que me tiene estropee las cosas. Regresaré dentro de una hora.

—Pero ¡Rhett!

La ayudó a bajar del vehículo y le entregó el legado de Andrew.

—Vamos, Belle. Se valiente.

Las herraduras del caballo del coche resonaron por los viejos adoquines de la calle.

Belle había sacado las cosas de Andrew del tosco paquete de papel que Isaiah le había entregado y las había colocado en un bonito estuche de madera de álamo porque le parecía más respetuoso. Ahora, con el estuche en las manos, se preguntó si no habría podido encontrar otro que fuera más bonito… quizá de nogal. «¡Ruth Belle Watling! —se reprendió—. ¡No seas tonta!»

Y tiró del cordel del timbre con más fuerza de la que quería.

Esperando sobre ascuas, prestó atención y oyó sus pisadas y el chirrido de unos pestillos. La puerta crujió y se abrió.

—*Maman!*

Belle se deshizo en lágrimas.

—¡Te has dejado crecer la barba!

—Estaba a punto de salir… ¡Qué sorpresa, me alegro de que hayas venido! Entra, por favor.

El pequeño jardín de Taz era el más bonito que Belle hubiera visto en su vida. Con aquel tilo tan perfumado. ¡Y aquel banco tan precioso! ¡Y aquel pequeño estanque de peces! La casa… ¿aquélla era la casa de su hijo del alma? ¡Qué casa tan encantadora! Belle lloriqueó contra su pañuelo.

Taz extendió los brazos para abarcarlo todo.

—¡Es todo tuyo, *maman!*

Ella se quedó inmóvil como un animal que hubiera adivinado la cercanía de una trampa.

—Pero, Taz, mi casa está en Atlanta.

—Pasa, *maman* —insistió él—. Por favor. Te prepararé un té. Té inglés. Salvo que prefieras agua o una copa de vino.

—Taz, ¿quién habría podido imaginar…? —El gesto de Belle era el propio de una madre extasiada—. ¡Cariño, y todo esto lo has hecho tú solo!

—*Maman,* lo he hecho todo por ti. —Esbozó su radiante sonrisa de siempre—. Y no siempre soy tan ostentoso. Te aseguro que no. ¿Por qué no me avisaste de que ibas a venir? *Bon Dieu,* qué contento estoy. Ven, deja que te enseñe la casa.

Taz depositó el estuche de Belle en el antepecho de una ventana y la acompañó a la cocina. Allí a duras penas cabían los dos.

—¡Oh —exclamó ella—, qué agradable y acogedora!

El balcón del dormitorio de la parte anterior daba al jardín. Cuando Taz dijo «Ésta será tu habitación», su madre fingió no haberlo oído. El dormitorio de la parte de atrás disponía de una escalera aparte, lo cual sería ideal, pensó Belle, para un chico que regresara tarde a casa.

De vuelta en el salón, Taz insistió en que se acomodara en su nuevo sillón, un sillón Suffolk, que, según le explicó, «se fabricó en Nueva York».

—Creo que en mi vida me he sentado en un sillón más cómodo.

Cuando a Belle se le acabaron las cosas que admirar, el silencio llenó la estancia. Los pájaros gorjeaban ruidosamente en el jardín.

—Te he echado mucho de menos, Taz —dijo.

—Y yo a ti también. —Obedeciendo a un impulso, el joven cayó de rodillas y le apretó la mano—. Soy socio de pleno derecho de J. Nicolet, el negocio nos va muy bien y tenemos cuatro empleados.

Belle miró radiante de felicidad a su hijo.

Él se frotó la frente con la palma de la mano. Aquel conocido gesto le hizo recordar a Belle al niño que había sido, y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Tú sabes lo que quiero —le dijo él—. Nunca he podido engañarte.

Belle se acercó a la ventana y abrió las persianas.

—Había olvidado lo bien que crecen las cosas en Nueva Orleans —dijo.

—¿Vendrás a vivir aquí conmigo?

Belle se volvió y lo miró con una trémula sonrisa en los labios.

—Taz, tengo un negocio que atender.

—Véndelo. No lo necesitas para nada. Yo puedo encargarme…

—Mi querido niño, te lo agradezco con todo mi corazón, pero no puedo.

—Pero, *maman* —Taz le habló como a una niña—, aquí en Nueva Orleans serías una señora.

Ella reprimió una carcajada. ¡Belle Watling una señora!

—No, cariño —le dijo—. Te lo estropearía todo. Piensa en lo que diría J. Nicolet cuando se enterara de que tu madre no es más que una vulgar…

El sonido del timbre de la puerta salvó a Belle.

—Ve a abrir, Taz. Rhett y yo te diremos todo lo que quieras saber.

Delante de la puerta, con la manta de Bonnie Blue en la suya, Rhett Butler se había instalado en aquel estado de ánimo en que los más profundos afectos están teñidos de tristeza y las pérdidas amorosas parecen constituir la parte más grande del amor.

¿Cómo se había convertido el niño que él había sacado del asilo de huérfanos en aquel joven que ahora tenía delante? Los ojos del joven eran honrados y serenos.

—Bienvenido a mi casa, señor. Le debo una disculpa.

—Esta es mi Bonnie Blue —dijo Rhett.

—Hola —terció Bonnie Blue con voz cantarina—. Tengo cuatro años. Acabo de celebrar mi cumpleaños.

Taz le sonrió.

—Es bonito celebrar el cumpleaños. Pero ¿seguro que sólo tienes cuatro años? Eres muy alta para cuatro años.

—Sí, soy muy alta —le aseguró la niña—. Hasta tengo un poni.

—¡Un poni! ¡No me digas!

Taz los hizo pasar al jardín.

Con el estuche de álamo sobre el regazo, Belle esperaba sentada en el banco circular de piedra situado a la sombra de un tilo. Bonnie corrió al estanque, donde unos pececitos de colores nadaban rápidamente bajo una alfombra de nenúfares.

—He pensado que hablaremos mejor al aire libre —dijo Belle—. ¿A que es bonito este lugar, Rhett?

—Señor, tengo que disculparme —dijo Taz—. He sido un estúpido ingrato. Yo…

Rhett se llevó un dedo a los labios.

—Chsss.

—Señor, yo…

—No fue nada, Taz —sonrió Rhett—. Si bien se mira, me alegro de que todo haya terminado. —Tomó la mano de Belle entre las suyas—. Tu madre y yo…

fuimos durante mucho tiempo custodios de la reputación de un hombre. Un hombre que tenía más que perder que nosotros. Andrew Ravanel fue uno de los soldados más valientes de la Confederación. En sus últimos momentos pensó en ti.

—Pero…

Taz abrió el estuche y contempló cómo sin verlos un revólver, unas charreteras de coronel, un pesado reloj de plata y una hoja doblada.

Puesto que los peces de colores no querían salir de debajo de las grandes hojas de los nenúfares, Bonnie corrió a reunirse de nuevo con los mayores y se puso de puntillas para ver lo que había en el estuche del joven. A lo mejor era el día de su cumpleaños.

—Los ciudadanos agradecidos de Ellsworth, Tennessee, le regalaron a tu padre este reloj, Taz. Tiene una inscripción.

Taz cogió el pesado reloj.

—*Merde!* ¿Me está diciendo que Andrew Ravanel era mi padre? ¿El coronel Andrew Ravanel? ¿Por qué me dejó creer que era bastardo suyo? ¿Por qué no decirme la verdad?

—Lee la nota, cariño —dijo Belle en un suave susurro.

> A quien corresponda:
>
> Reconozco a Tazewell Watling como mi hijo primogénito y le otorgo en herencia estos bienes mundanos míos. Rezo para que aproveche su vida algo mejor de lo que yo aproveché la mía.
>
> ANDREW RAVANEL
> coronel de los Estados Confederados de América

Taz dobló la nota. La abrió por segunda vez y la estudió.

—Taz —dijo Rhett en voz baja—. Siéntate, por favor.

Cuando el chico así lo hizo, su madre lo rodeó con su brazo.

Rhett respiró hondo.

—Tienes razón, Belle. El jardín es precioso. Siempre me ha gustado Nueva Orleans. Es una ciudad católica, tolerante, sensual y sabia. La Tierra Baja donde crecimos tu madre y yo, Taz… —Hizo una pausa y se retrotrajo al principio—. Los plantadores como mi padre, Langston Butler, tenían poder de vida y muerte. Todo y todos en la plantación Broughton pertenecían al amo. Los esclavos de Langston, el capataz de Langston, los caballos de Langston, la hija del capataz de Langston, la mujer de Langston, la hija de Langston… —Carraspeó—. Hasta el renegado hijo mayor de Langston Butler. Jugar con las propiedades de Langston era jugar con el propio amo.

—Parece que ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? —dijo Belle, lanzando un suspiro.

—Taz, la historia que tu madre y yo tenemos que contar es muy larga. ¿Crees que podrías ofrecernos un poco de vino?

Mientras Taz y Bonnie entraban en la casa, Rhett se puso a pasear por el jardín, silbando por lo bajo con las manos en los bolsillos.

Taz regresó y depositó cuidadosamente la bandeja en el banco.

—Yo no quiero vino. Soy demasiado pequeña.

La niña se acercó de nuevo al estanque y se tumbó en el borde para que los peces no pudieran verla.

—Mamá y yo nos encargábamos del dispensario de Broughton —dijo Belle— y a veces yo iba a comprar corteza de quina a un boticario de Charleston y un día Andrew estaba allí. Nos enamoramos nada más vernos. No me mires con esa sonrisa, Rhett. Tú sabes que eso ocurre. Vaya si lo sabes. Sea como fuere, aquella tarde Andrew y yo fuimos a pasear por el White Point Park, hablando y mirándonos embobados el uno al otro. Creo que me lo quería comer. En todo caso, aquel día no ocurrió nada y yo tomé el transbordador de regreso a Broughton, pero no me sorprendí demasiado cuando una negra me entregó una nota en la que se me invitaba a reunirme con Andrew en la posada de Wilson, situada al borde del camino.

»Bueno, pues aquel día fui a escondidas y una semana más tarde volví a salir a escondidas y no tardamos mucho tiempo en hacer lo que los predicadores dicen que no hay que hacer. Nunca me preocupé y, si mi madre lo supo, jamás dijo nada. Nunca conocí a ningún familiar ni a ninguno de los encopetados amigos de Andrew… hasta la mañana en que Rhett se presentó a caballo en la posada de Wilson y entonces todo el mundo pensó que Rhett y yo… Andrew llevaba lo nuestro con gran sigilo. Yo siempre supe que jamás nos casaríamos.

—Jack, el padre de Andrew —terció Rhett—, vendió tierras cuando tuvo que hacerlo y firmó tantos pagarés como necios hubo que los aceptaron. Le encantaban los caballos rápidos.

—Salid, pececitos —canturreó Bonnie Blue—. Nos os voy a hacer daño.

—De alguna manera, mi padre y Jack Ravanel acabaron metidos en una especie de cooperativa de comercialización de arroz y, cuando la cooperativa se hundió, los pagarés de Jack acabaron en manos de mi padre, lo cual no fue del agrado de ninguno de los dos: ni de mi padre porque Jack no estaba dispuesto a pagar, ni de Jack porque, si había en Carolina algún hombre capaz de exprimirle un dólar, ese hombre era Langston Butler.

»Langston le hizo saber a Jack que se le estaba acabando la paciencia. Langston podía arruinar a Jack, y Jack lo sabía.

»Cuando Jack se enteró de lo de Andrew y tu madre, se preocupó mucho. Si Langston descubría que el hijo de su acreedor estaba tonteando con la hija de su capataz, sería la gota que colmara el vaso. Jack ordenó a Andrew que dejara de verse con Belle, pero éste se negó a hacerlo.

»A Jack siempre le había gustado tener un margen de ventaja y, como no tenía ninguno, echó mano de un comodín. No lo comprendí hasta muchos años después… El furioso y perplejo Rhett Butler fue el comodín del viejo Jack.

»Y dio resultado. Mi padre estaba tan ocupado en la tarea de desheredarme

que jamás se enteró de lo de Andrew y Belle.

Cuando Rhett se sentó en el antepecho de la ventana, sus largas piernas apenas rozaron el suelo. Le ofreció a Taz la cigarrera. Taz la rechazó y entonces él se encendió pausadamente un cigarro.

—Andrew era quisquilloso, orgulloso y melancólico, pero era mi amigo. Cuando regresé de West Point deshonrado, me fui a vivir con los Ravanel.

—Y el coronel Jack te emborrachaba —apostilló Belle.

Rhett rio.

—Mira, Belle, a mí nadie me emborracha más que yo mismo. Me sentía desesperadamente desgraciado y Jack se limitaba a facilitarme el whisky y a ofrecerme un sombrío porche donde pudiera bebérmelo. Después de haberme dejado cocer el tiempo suficiente en el caldo de mi propio mal humor, Jack me reveló que su hijo estaba enredado con una furcia (perdona, Belle) y me pidió que, si yo era amigo de Andrew, lo desenredara. He olvidado muchas cosas de aquellos días, pero recuerdo aquella mañana…

—¿Y voy a tener que ser yo el que le estropee la diversión a Andrew? Vamos, Jack…

La lengua del coronel Jack azotaba tanto como una serpiente que alguien pisa por el camino. Jack tenía diez mil razones por las que Rhett estaba obligado a ayudar a Andrew. Rhett estaba cansado, bastante borracho, y la verdad es que todo le importaba un bledo. Habría hecho cualquier cosa con tal de que Jack se callara.

—Entonces, ¿hablarás con él? —preguntó el coronel—. ¿En la posada de Wilson? Eres un buen chico. Que nadie diga que no. Como se entere de esto el padre de esa furcia, no sé lo que…

Rhett estaba hasta la coronilla de Jack y de sí mismo, pero hay cosas peores que un paseo a caballo al amanecer. El trote de Tecumseh *era tan delicado como el cristal.*

El río estaba cambiando de negro a plateado y las linternas de las cuadrillas de trabajadores parpadeaban en los campos antes de que Rhett llegara a la encrucijada de Summerville. Cuando entró en el establo de Wilson, Andrew estaba fuera, fumando.

—Gracias a Dios, Rhett. Gracias a Dios que eres tú.

Una lámpara permanecía encendida en la habitación de arriba, donde Belle esperaba a su amante. Aquella noche le había dicho a Andrew que estaba embarazada.

Andrew agarró del brazo a Rhett.

—Rhett, quiere casarse conmigo. Pero yo no puedo. Tú sabes que no debo. —Andrew intentó hacer un chiste de mal gusto—: ¡Yo soy el último activo negociable de mi padre!

Cuando Belle bajó al patio, estaba muy guapa y enamorada.

—¿Andrew? ¿Quién está contigo? Vaya, pero si es el joven amo Butler.

La muchacha confiaba en que su amor la ayudaría a superarlo todo.

—Andrew y yo… nos hemos estado haciendo compañía. ¿Me lleva a casa, joven amo?

Rhett accedió.

El sol salió mientras ambos cabalgaban por el dique principal. Las silenciosas

cuadrillas de trabajadores los vieron pasar protegiéndose los ojos del sol con la mano.

La mente de Rhett estaba más despejada de lo que jamás había estado desde que saliera de West Point. Se sentía mejor de lo que jamás se había sentido en muchos meses. Rhett Butler no tenía absolutamente nada más que perder.

La mejilla de Belle se notaba cálida contra su espalda.

—¿Usted ama a alguien, joven amo?

—A mi hermana Rosemary…

—Qué suerte tenemos, ¿verdad? ¿No es mejor amar que ser amados?

Veinticuatro años después de aquel paseo matinal a caballo, Rhett Butler apoyó las manos en los hombros de Tazewell Watling y dijo:

—*Dites-moi qui vous aimez, et je vous dirai qui vous-êtes:* dime a quién amas y te diré quién eres.

A instancias de Taz fueron a comer al Antoine's, donde los camareros se mostraron muy solícitos con la madre del señor Watling y la hijita del capitán Butler. Belle dijo que era el día más feliz de su vida.

Al día siguiente tomaron un tren con destino a Baton Rouge para conocer al socio de Tazewell. Mientras Rhett, Taz y J. Nicolet hablaban de sus amistades comunes, Belle, Prissy y Bonnie fueron a pasear por el *bayou,* como se llamaban en el Sur los brazos pantanosos de los ríos, y allí Prissy se llevó un susto de muerte al ver que lo que parecía un inofensivo tronco se convertía en un caimán.

En Baton Rouge comieron en un café de pescadores. A Bonnie le encantó la morcilla que allí llamaban *boudin,* pero se estremeció al ver la cigala. «¡Es una araña grande!», insistió.

Al volver a Nueva Orleans, fueron a las carreras de caballos y asistieron a una representación de *Las bodas de Fígaro* en el Teatro Francés de la Ópera. Rhett y Bonnie pasaron toda una mañana paseando en tranvía arriba y abajo del centro de la ciudad, porque eso quería la niña.

Bonnie levantó la carita hacia su padre diciendo:

—Me gustaría que mamá estuviera aquí.

—Sí, cariño —dijo Rhett mirándola con tristeza—. A mí también.

Las lluvias de aquella venturosa semana fueron aguaceros tropicales que enfriaron la tierra y se evaporaban en la bruma apenas caían.

Rhett olvidó su promesa de llevar a su hija a dar un paseo en vapor por el río. Lamentaría el resto de sus días aquella promesa incumplida.

48
La señorita Melly pide ayuda

Un año y un mes después de la visita de Rhett y Bonnie a Nueva Orleans, Melanie Wilkes escribió a su amiga:

Mi queridísima Rosemary:

Confío en que mi carta te encuentre disfrutando de buena salud y buen estado de ánimo. ¿Te gusta enseñar en el Seminario Femenino?

Rosemary, ¿cómo es posible que dos personas tan chapadas a la antigua como nosotras hayan podido convertirse en tan buenas amigas?

El doctor Meade está al otro lado de mi puerta dándole instrucciones a Pittypat. ¡El buen doctor me deja con toda una serie de advertencias y un variado surtido de pócimas y píldoras de distintos colores! Cuando los hombres pueden arreglar algo, lo arreglan. ¡Cuando el arreglo está por encima de sus posibilidades, refunfuñan y se ponen muy nerviosos!

Aunque el doctor Meade me culpa del estado en que me encuentro —veo la expresión de reproche de sus ojos—, honradamente no puede decírmelo. ¿Qué hombre podría decirle a una mujer que tendría que haber rechazado los abrazos de su esposo?

Se muestra menos severo con Ashley y mi culpable marido lo esquiva. Cuando el doctor Meade consigue tenderle una emboscada a Ashley, mi marido acude a mi habitación tan arrepentido que tengo que darle ánimos. Esposa falsamente alegre y marido arrepentido: ¡qué bobos somos!

Meade culpa a Ashley de mi embarazo. Ashley es un caballero y ningún caballero puede reconocer que la mosquita muerta de su enfermiza esposa ha sido una Salomé cuyos seductores encantos el débil varón no pudo resistir. Sin embargo, mi querida amiga, confieso que esta improbable historia es verdad, que esta vulgar muchacha puede, en caso necesario, ¡convertirse en una Salomé de primera categoría!

Hace un año en abril, Scarlett y Ashley cedieron —aunque sólo por un instante— al impulso que arde a fuego lento en ellos desde hace muchos años. India, la hermana de Ashley, Archie Flytte y la anciana señora Elsing, la primera chismosa de Atlanta, los sorprendieron abrazados. Como es natural, India corrió a contarme la noticia… precisamente el día del cumpleaños de Ashley, con la casa preparada para recibir a los invitados y los farolillos japoneses brillando alegremente en nuestro jardín.

Querida Rosemary, por lo que respecta a mi familia, soy una tigresa y, cuando India divulgó alegremente la noticia, comprendí que hasta podría destruir dos matrimonios, el mío y el de tu hermano. A India le brillaba el rostro de maliciosa satisfacción. Siempre ha odiado a Scarlett.

Yo pensé: «India, tú eres la hermana de Ashley. ¿Cómo no comprendes que eso puede destruir tanto al hermano que amas como a la mujer que desprecias?» Por eso le dije que era una mentirosa. Le dije que mi esposo Ashley y mi querida amiga Scarlett jamás me traicionarían. Y le ordené que abandonara mi casa. Cuando Archie Flytte confirmó el relato de India, le pedí también que se fuera. Posteriormente ha proferido las mayores amenazas, ¡no contra mí, sino contra Rhett y Scarlett! Temo que sea un mal enemigo para ellos.

Cuando mi culpable Ashley regresó a casa, jamás permití que el pobre se disculpara, ¡sino que lo acogí con un abrazo que confío fuera más ardiente y familiar que el de Scarlett!

Ashley deseaba desesperadamente confesar. Le temblaban los labios de anhelo. Pero yo impedí su confesión con un beso.

Se trata sinceramente de un arma inadecuada: ¡unas tijeras de podar cuando lo que hace falta son unas tijeras de coser! ¡No podía permitir que mi marido confesara porque no podía darle la absolución!

Scarlett y Rhett se presentaron cuando la fiesta en honor de Ashley estaba en pleno apogeo. (No me cabe duda de que tu hermano obligó a Scarlett a «arrostrar las consecuencias»). En la puerta de mi casa recibí el infiel brazo de mi amiga y le dediqué una sonrisa en presencia de todo el mundo.

Entre los invitados de aquella noche había hombres muy importantes, algunos tan importantes (y distraídos) que nadie les habló de la caída en desgracia de Ashley. Los espíritus generosos aceptaron mi confianza en mi marido y mi amiga. Los cínicos pensaron que era una tonta y se burlaron con disimulo.

Pero el escándalo se detuvo en seco y no dañó mi reputación.

Aquella noche, cuando los invitados se fueron, Ashley me demostró de la manera más primitiva y convincente posible que era mío y sólo mío.

Ashley y Melly Wilkes se comportaban como unos recién casados. Hablábamos de libros, de arte y música —ni una sola palabra acerca de política o comercio—, pero ¡nuestras noches eran tan voluptuosas que me ruborizo al recordarlas! Jamás comentamos las posibles consecuencias de nuestra concupiscencia. Quizá soñábamos con que, después del difícil parto de Beau, yo no podría volver a concebir.

Puesto que no puedo creer que Dios sea tan despiadado, tengo que pensar que Él sabe lo que más me conviene y, por consiguiente, voy a parir.

Si sobrevivo, será la voluntad de Dios. Si no, rezo para que mi bebé viva. Ella es muy lista y fuerte, y quiere vivir. Digo «ella» porque estoy muy cerca de ella, más cerca de lo que podría estar de un hijo varón. Confío en ella. Le he dicho que su padre está hecho para un mundo mucho mejor que este tan violento y desenfrenado en que vivimos. Le pido a mi hija que procure que su mundo sea un lugar donde las almas nobles como Ashley puedan vivir en paz y honor.

¡Rosemary, tiene que ser posible! ¡Los nacidos en el siglo XIX estamos a las puertas del Paraíso donde ya no habrá más guerras y todo el mundo será bueno y feliz!

¿Qué sabrá mi hija de nuestro mundo? Si la vida de antes de la guerra a mí me parece tan lejana, ¿qué le parecerá a ella?

¿Nos convertiremos los confederados en almas sentimentales? ¿Nuestras

pasiones, nuestras confusiones y nuestros deseos quedarán reducidos a un distante idilio de fieles negritos, plantaciones con edificios de blancas columnas, apuestos amos y hermosas amas con modales tan impecables como sus vestidos?

Oh, Rosemary, nuestras vidas se han dividido en un «antes» que cada día es más lejano y un «ahora» que es tan moderno que la pintura todavía no se ha secado.

¡Soy tan ingrata! El sol brilla al otro lado de mi ventana y oigo los gritos do los niños que juegan mientras yo me entrego a estas melancólicas fantasías. Queridísima Rosemary, he soslayado el verdadero propósito de mi carta. Tienes que venir a Atlanta.

Soy consciente de tus responsabilidades en la escuela, pero te suplico que pienses en tu hermano. Cuando murió Bonnie Blue, temí por la cordura de Rhett, que tanto sufrió.

Todo habría podido ser muy distinto. La pequeña Bonnie podría no haber instado a su renuente poni a saltar aquellos obstáculos. El poni habría podido no tropezar. Los niños se caen a diario de los caballos. Algunas caídas de mi hermano Charles dejaban a tía Pittypat boquiabierta de asombro. La mayoría de los niños no se muere cuando se cae de los ponis.

La muerte de Bonnie destrozó los corazones de sus padres… tal como seguramente comprenderás.

Rhett se pasó cuatro días con su pobre niña muerta en una habitación inundada de luces. Rhett no soportaba que enterraran a Bonnie… ¡encerrada para siempre en la oscuridad que tanto miedo le daba!

Todavía cuesta creer que ya no está aquí. A veces, cuando oigo rumor de cascos de caballo, miro hacia la calle esperando ver a Bonnie montada en su robusto poni al lado de su orgulloso padre, sujetando a su impresionante corcel negro para que se acomode al ritmo del de su hija…

Los que dicen que Atlanta es una ciudad despiadada tendrían que haber visto el duelo por esta niña. Mucha gente acudió al funeral y un centenar de personas se quedó fuera.

Si la muerte de Bonnie asestó un duro golpe a tu hermano, la desintegración de su matrimonio lo ha destrozado.

Rosemary, en lo más profundo de su corazón tu hermano es un amante. El astuto hombre de negocios, el aventurero y el dandi no son más que disfraces que usa el amante.

Bonnie Blue era la pieza clave del matrimonio de Rhett y Scarlett. Él veía a la niña como una Scarlett que no estaba mimada, una Scarlett que lo amaba sin reservas. Y Scarlett quería a su hija como a su propio yo renacido, como una imagen de lo que ella habría podido ser si, si… Bonnie conocía sus necesidades de una manera que Scarlett no conoce y, si Scarlett suscita nuestra admiración con sus encantos, Bonnie nos la exigía.

Rhett y Scarlett siempre han sido muy combativos, pero de una manera triunfal y a lo grande… el conflicto entre dos almas indómitas. Ahora resulta muy doloroso estar con ellos: su lenguaje es muy amargo y cansado; repiten los antiguos reproches; recuerdan los daños una y otra vez, como si los daños fueran recientes y la herida estuviera todavía en carne viva.

Rosemary, tu hermano te necesita.

Yo no he viajado mucho. Una vez, cuando era muy joven, Pittypat, Charles y yo estuvimos en Charleston. ¡Me pareció una ciudad mucho más sofisticada que Atlanta! Nos alojamos en el hotel del señor Mills (¿existe todavía?), y en su comedor me sirvieron unos *escargots* acompañados por el artilugio con el cual uno los sujeta mientras extrae la carne del caparazón. Yo pensé que aquello era una especie de cascanueces y traté de romper el caparazón de uno de aquellos caracoles con toda mi determinación de chica de Atlanta. Nuestro amable camarero me rescató: «Oh, no, señorita. ¡No, señorita! ¡Aquí en Charleston lo hacemos de otra manera!»

Entonces sospeché y ahora creo que hay muchas cosas que en Charleston se hacen de otra manera… unas cosas que Atlanta descuida o no hace en absoluto.

No recuerdo a mi padre, y mi madre es sólo una vaga forma, un calor no muy distinto del que irradia el pan que se cuece en el horno. Recuerdo una caricia de mi madre tan dulce y suave como la de una mariposa. Cuando nuestros padres murieron, Charles y yo no fuimos a vivir a casa de tía Pittypat: dos niños cuya guardiana era poco más que una niña. ¡El adulto de nuestra casa era Tío Peter! ¡Qué felices éramos entonces! El atolondramiento de Pittypat (que tanto exaspera a los mayores) nos encantaba y, entre los niños, el compasivo corazón y los aires de tontuela de Pittypat acababan pareciendo muestras de sabiduría. Un día apostó a que no podríamos correr más rápido que el *sulky* del señor Bowen. (El señor Bowen, nuestro vecino, tenía unos famosos trotones.) Charles y yo nos escondimos entre los arbustos hasta que el señor Bowen dobló la esquina de nuestra calle y entonces echamos a correr delante de él con toda la rapidez que nos permitían nuestras piernecitas mientras el señor Bowen (previamente advertido por tía Pittypat) refrenaba su caballo para que nosotros pudiéramos ganar la carrera. Recuerdo que nuestro premio fueron unas galletitas de avena, dos para cada uno, seguramente las mejores galletitas que yo jamás había probado. Ya era una mujer adulta cuando comprendí el engaño de que habíamos sido objeto… el de dos chiquillos capaces de correr más que un rápido trotón. ¡Qué barbaridad!

Ahora, cuando salimos a pasear en coche un domingo por la tarde, me atan al carruaje como si fuera un paquete y me envuelven en abrigadas prendas para protegerme del «terrible frío de agosto.»

En el campo, Ashley suspira al ver la ruina de todas las conocidas plantaciones y los jardines devorados por la maleza como si la tierra todavía perteneciera a los cherokees. Cuando tiro de su manga, Ashley regresa involuntariamente al presente.

Últimamente en Atlanta también hacemos las cosas «de otra manera.» Querida Rosemary, casi nos hemos recuperado de la guerra y todo nos va estupendamente bien. En los días de mercado, los carros de los campesinos llenan las calles Peachtree y Whitehall. El alumbrado de gas llega casi hasta la casa de Pittypat y todas las calles del centro están pavimentadas con macadán. ¡Y hasta están construyendo un tranvía urbano! Nos han vuelto a admitir en la Unión, las tropas federales se han ido al oeste con el general Custer y en Atlanta todo marcha muy bien, gracias a Dios.

Cuando Louis Valentine sea mayor de edad, aquí podría tener un brillante futuro. Atlanta ha acogido con entusiasmo la Era Moderna y habrá muchas

oportunidades para un joven con los contactos que tiene su tío Rhett.

Qué práctica me he vuelto, cuando los tiempos que recuerdo con más cariño eran tan poco prácticos: ¡Pittypat, Melanie y Charles jugando a vivir la vida!

Cada día echo de menos a Charles. En mi corazón sigue siendo un joven de veintiún años recién casado con Scarlett O'Hara, de la plantación Tara. Debió de ser la fiebre de la guerra porque, si hubo alguna vez dos seres humanos más poco adecuados el uno para el otro, éstos fueron sin duda mi dulce Charles Hamilton y Scarlett O'Hara.

Me consuelo pensando que Charles murió felizmente casado. Si hubiera vivido, ambos se habrían hecho desgraciados el uno al otro.

Supongo que pronto veré a Charles. Será bonito preguntarle qué piensa de todas nuestras idas y venidas aquí abajo.

Te envío todo mi cariño.

Tu fiel amiga,

MELANIE HAMILTON WILKES

49
El velatorio

Mientras Melanie Wilkes se moría, Rhett Butler esperaba en el salón de su mansión de la calle Peachtree, escuchando el tictac del reloj.

Corría octubre. Una oscura y lluviosa tarde.

Su copa de coñac se había destilado a partir de unas uvas que podrían haber difundido los ejércitos de Napoleón. Sabía a ceniza.

El gobernador de Georgia, senadores y congresistas de Estados Unidos habían sido agasajados en aquel salón, El operario que había colocado los brazos de sus sillones seguramente había disfrutado más de aquella casa que el propio Rhett.

La gran mansión estaba tan silenciosa como una tumba. A la muerte de Bonnie, Rhett se había apartado de Ella y Wade. Temía contemplar a los niños vivos y pensar: «Habrías podido ser tú en lugar de Bonnie. Si por lo menos hubieras sido tú…»

Mamita y Prissy sacaban a los niños a jugar fuera de la casa. Cuando llovía, Ella y Wade jugaban en la cochera.

Había dejado de ir a su despacho en el Farmer's and Merchant's Bank. La víspera —¿o tal vez la antevíspera?— el presidente del banco había acudido a la casa, profundamente preocupado. Aunque el Farmer's and Merchant's no había invertido en la Northern Pacific, al declararse en quiebra Jay Cooke, la bolsa de Nueva York se había derrumbado. En todo el país, los clientes se habían apresurado a retirar sus ahorros de los bancos. Habían quebrado bancos en Nueva York, Filadelfia, Savannah, Charleston y Nashville; el Farmer's and Merchant's no sabía si disponía de suficiente dinero en efectivo para hacer frente a la demanda.

—Rhett —le suplicó el presidente—, ¿podría usted echar una mano?

Rhett Butler empeñó su fortuna para que los clientes del Farmer's and Merchant's pudieran retirar sus ahorros en efectivo hasta el último céntimo. Pero éstos, al ver que podían hacerlo, no lo hicieron.

A Rhett le daba igual.

El reloj dio la hora… seis fúnebres tañidos.

Una ráfaga de aire en la silenciosa estancia le alborotó el pelo de la nuca y Rhett comprendió que Melly había muerto.

Melanie Wilkes era una de las pocas criaturas que Rhett había conocido a las que no se podía engañar.

Cuando la parda luz otoñal abandonó la estancia, Rhett encendió las lámparas de gas.

¿Había amado a Scarlett o acaso había amado aquello en lo que ella podía convertirse? ¿Se había engañado, amando la imagen más que a la mujer de carne y hueso?

A Rhett le daba igual.

Si ella lo había vuelto a traicionar una y otra vez con Ashley Wilkes, también le daba igual. Ahora Ashley era libre. Si ella todavía lo quería, podría tenerlo.

Aquella noche, cuando Scarlett regresó a casa desde el lecho de muerte de Melanie Wilkes, le dijo a su marido que lo amaba. Nunca antes se lo había dicho, y Rhett quizás habría podido creerla. Pero le daba igual.

Rhett Butler contempló aquellos pálidos ojos verdes que lo habían hipnotizado durante tantos años, y le importó un bledo.

50
La colina detrás de Doce Robles

Al recibir el lacónico telegrama de Rhett, Rosemary dejó el Seminario Femenino y le entregó las llaves del 46 de la calle Church a su hermano Julian.

Louis Valentine estaba entusiasmado con su primer viaje en tren. Pasaron la noche en el hotel de la estación de Augusta y Big Sam los recibió en Jonesboro a la tarde del día siguiente.

Unos acaudalados yanquis habían alquilado lo que quedaba de la plantación Doce Robles como coto de caza de codornices. Exceptuando las parcelas sembradas de avena y laboriosamente deshierbadas para las aves de caza, la plantación había regresado al estado silvestre.

—No saque las manos por la ventanilla, joven amo le advirtió Big Sam a Louis Valentine—, no se las vaya a arañar.

Las zarzas invadían el camino y los tallos de las zarzamoras arañaban los lados del coche.

Unas chimeneas de ladrillo se elevaban desde los escombros de lo que antaño fuera la gran mansión de Doce Robles. Sus columnas derribadas estaban semienterradas bajo una espesa maraña de enredaderas de Virginia. El espacio reservado para que los coches pudieran dar la vuelta se había despejado una vez más. Los rastrojos que crujían bajo las ruedas no habían visto el sol desde la guerra. Unos relucientes faetones de Atlanta permanecían estacionados al lado de varios desvencijados carros de granja. Aquí y allá se podían ver caballos maneados y con los horcates de trabajo todavía puestos. Unos negros se habían congregado a la sombra de un viejo castaño superviviente de los incendios de Sherman.

—Ya no podemos acercarnos más —advirtió Big Sam—. Hay que ir a pie hasta el cementerio.

—¿Dónde puedo encontrar a mi hermano, el capitán Butler?

—Creo que está con el señor Will. Ayer despejaron este espacio para que los coches puedan dar la vuelta.

Mientras pasaban por delante de los coches estacionados, un amable rostro asomó por una ventanilla.

—Dios bendito, pero ¡si es usted, la señorita Rosemary! Y también Louis Valentine. No tengas miedo, cariño.

—Vaya, Belle, no sabía que conocías a Melanie.

—Tenía mucho aprecio a la señora Wilkes. No me atrevería a decir que fuera amiga suya, pero ella fue muy buena conmigo. No pude ir a St. Philip's para el

funeral, pero he pensado que aquí, siendo al aire libre, podría venir.

—A Melanie no le habría importado.

—Lo que le importaba a la señora Wilkes no era lo mismo que importa a otras personas. ¡La señora Wilkes era una auténtica cristiana!

—Sí, lo era. Ojalá… —Rosemary escudriñó el rostro de Belle—. Melly estaba muy preocupada por mi hermano.

La sonrisa de Belle se desvaneció.

—Y con razón. Jamás he visto tan mal a Rhett. ¡Primero pierde a su niña querida y ahora esto! ¿Qué va a hacer? Él y la señorita Scarlett… Se ha ido de casa. Se fue sin más. Y no crea que vive en mi casa. ¡No sé dónde vive! —Belle se enjugó las lágrimas con un pañuelo—. No puedo estropearme la cara. Tengo que estar presentable para el entierro.

Louis Valentine aferraba la mano de Big Sam.

—No soporto ver así todo esto —le dijo Sam a Rosemary—. Recuerdo cuando Doce Robles era una plantación como Dios manda. Algodón de calidad cultivado en estas tierras bajas… un algodón que se vendía a un precio muy alto.

—¿Dónde puedo encontrar al capitán Butler?

—En el cementerio. Salió anteayer. Ha estado trabajando desde entonces. —Big Sam meneó la cabeza ante el sesgo que habían adquirido los acontecimientos—. ¡El capitán Butler trabajando como un negro! ¿Quiere que lo lleve en brazos, joven amo?

—¡Puedo caminar solo! —le aseguró Louis Valentine—. ¡Tengo siete años!

La sensibilidad estética de los Wilkes se había manifestado en todos los aspectos de la vida de la plantación. Sus fiestas eran famosas por la alegría y la belleza de las jóvenes que asistían. Los comentarios más ingeniosos se habían hecho en los salones de los Wilkes, donde no tenían cabida las preocupaciones del condado de Clayton por la bebida, la caza y los caballos. Desde la galería, más allá de los lujuriantes jardines de Doce Robles, se podían ver los centelleos de los bajíos del río Flint.

Detrás del edificio principal, un umbroso sendero subía por unas anchas piedras hasta la cumbre de la colina, donde, elevándose sobre las altas chimeneas de Doce Robles, una verja de hierro forjado daba acceso al cementerio familiar. Dentro, unos gigantescos robles parecían meditar con tristeza por encima de unas lápidas cubiertas de liquen. Más abajo y alrededor de aquel sombrío cementerio se extendían las cosechas de la plantación, la gran mansión, los huertos y jardines y los edificios anexos. Todo lo que alcanzaba a verse en un día despejado pertenecía a los Wilkes; sin embargo, dentro de aquellos muros, todos los deseos humanos, la riqueza y el poder llegaban a su humilde conclusión. Para los Wilkes, hasta la muerte tenía una dimensión estética.

Ahora las lápidas sepulcrales estaban inclinadas o rotas y las zarzas tiraban de las mangas de Rosemary. Los robles eran simples tocones; los árboles habían

alimentado las hogueras de campamento de Sherman. Venados y jabalíes habían ramoneado entre las lapidas y aquel panorama tan moralmente instructivo había sido devorado por árboles jóvenes, zarzas y enredaderas.

Las dos tumbas más antiguas (Robert Wilkes, 1725-1809, Sarah Wilkes, 1735-1829) estaban flanqueadas por las de los descendientes de los distintos moradores. Allí estaban los padres de Melanie, el coronel Stuart Hamilton (1798-1844), «dolorosamente ausente», y su esposa Amy, «abnegada madre».

John A. Wilkes, el padre de Ashley, descansaba al lado de su esposa. Charles Hamilton (Estados Confederados de América, 1846-1861) había sido enterrado junto al muro con los primos.

Unas diminutas lápidas señalaban las tumbas de los niños Wilkes.

Rhett Butler permanecía encorvado sobre una lápida derribada. Cuando levantó la mirada, Rosemary pegó un respingo al ver el dolor que reflejaban sus ojos.

—Oh, Rhett, nuestra pobre y querida Melly.

Rhett Butler llevaba el cuello desabrochado y la camisa sucia. Cuando se apartó el cabello de los ojos, se tiznó la frente con arcilla roja de Georgia. Su voz sonó tan apagada como una piedra sucia.

—Todas estas dulces y tiernas criaturas se han ido. Bonnie, Meg, John y ahora Melly.

Unos hombres cortaban la maleza y daban instrucciones a gritos mientras el coche fúnebre subía lentamente por la cuesta de la parte de atrás.

—Hermana —dijo Rhett—, no, por favor, no me toques. No creo que pudiera soportar que me tocaran. —Casi como si la idea se le acabara de ocurrir, añadió—: La he dejado. Pensé… esperaba que… —Enderezó los hombros encorvados—. Creí que éramos tal para cual. Durante todos aquellos malditos años…

—¿Qué vas a hacer, Rhett? ¿Adónde irás?

—¿Y a quién demonios le importa eso? Siempre hay algún lugar.

Con un pañuelo humedecido, Rosemary retiró la tierra de la frente de su hermano.

Louis Valentine estaba examinando las lápidas.

—Mira, madre —dijo—, era sólo un niño.

Como no soportaba el dolor de su hermano, Rosemary fue a reunirse con su hijo.

—«Turner Wilkes —leyó—, 14 de agosto 10 de septiembre. 1828. El deseo de nuestro corazón.»

La ronca voz de Rhett la interrumpió:

—Turner era el hermano mayor de Ashley. Si Turner Wilkes hubiera tenido la honradez de sobrevivir, Melanie se habría casado con Turner y Ashley habría podido casarse con Scarlett y yo no habría desperdiciado mi vida.

—Rhett, ¿no puedes perdonarla? —preguntó Rosemary.

Su hermano meneó la cabeza con gesto cansado.

—Por supuesto que la perdono. Ella es la que es. Es a mí a quien no puedo

perdonar.

Los resbalones de unos cascos de caballo, el chirrido de unos ronzales y unas nerviosas advertencias anunciaron la llegada del coche fúnebre. El vehículo dotado de paneles de cristal había trasladado con dignidad el féretro de la difunta desde la iglesia de St. Philip, pero ahora estaba corriendo grave peligro en su ascenso por la empinada cuesta parcialmente desbrozada. Las zarzas arañaban el cristal de los costados y los auxiliares de la funeraria apartaban las ramas más gruesas. Detrás del coche fúnebre, Will Benteen conducía el coche de la familia.

Al llegar al lugar de la sepultura, los más fuertes ayudaron a los niños y los débiles. Un pálido Beau Wilkes se aferraba a la mano de su padre. Wade Hamilton rodeó el sepulcro de su padre, Charles.

La pequeña Ella sostenía en su mano un ramo de marchitos crisantemos.

Los ojos de Scarlett estaban anegados en lágrimas no derramadas.

Medio condado de Clayton se encontraba presente. Los Wilkes habían sido una gran familia y la gente del campo se enorgullece de sus grandes familias.

Unos rostros que Scarlett conocía mostraban los signos de la edad y las privaciones. Allí estaba Tony Fontaine, que finalmente había regresado de Tejas. Y Alex Fontaine, que se había casado con Sally Munroe, la viuda de su hermano Joe. Beatrice Tarleton estaba hablando en voz baja con Will Benteen, probablemente acerca de caballos. Beatrice amaba a sus caballos más que a sus hijas. Randa y Camilla Tarleton se habían manchado de arcilla roja sus zapatos del domingo. Tendrían que lustrárselos antes de ir a la escuela al día siguiente. Betsy Tarleton se ocultaba detrás de su madre para evitar a su gordinflón y malhumorado marido. Beatrice no prestaba a Betsy la menor atención.

Suellen O'Hara Benteen miraba con furia a Scarlett. Will le había dicho a su mujer que Scarlett se quedaría en Tara después del entierro.

Mientras su matrimonio se iba desintegrando mes a mes y semana a semana —a veces ella creía que hora a hora—, Scarlett se había consolado invirtiendo dinero. Siempre había sido muy hábil. ¿Acaso no había levantado ella sola los aserraderos más rentables de Atlanta? Rhett le había explicado que la red de ferrocarriles estaba demasiado extendida y que había más vías que pasajeros o carga.

¡Pues ahora ella le enseñaría lo que era bueno! Había adquirido más bonos de la Northern Pacific.

A la muerte de Bonnie, Rhett se había perdido en otro mundo… un mundo en el que Scarlett no podía entrar. Nada de lo que ella decía parecía hacerle efecto. Sus más sinceras promesas eran tan ineficaces como sus berrinches. Rhett había mirado a su mujer con una tristeza y un cansancio infinitos y la había dejado sentada al lado del lecho de muerte de Melanie Wilkes.

Cuando ya no pudo soportar el arrepentimiento y los reproches que se hacía a sí misma, Scarlett se fue ver a su agente al centro de la ciudad. La Northern Pacific Railroad había sido la única felicidad en la vida de Scarlett. Sin el menor esfuerzo ni el menor sufrimiento por su parte, las vías de la Northern Pacific

avanzaban inexorablemente hacia el oeste al tiempo que sus prósperos bonos subían como la espuma. ¡Los Prodigios Naturales!

Con el dinero obtenido de la venta de los aserraderos, amortizó la hipoteca de la mansión de la calle Peachtree. En los últimos días de Melanie Wilkes, Scarlett había pedido un préstamo con la garantía de Tara.

Y ahora Melanie se había ido y los bonos de la Northern Pacific de Scarlett valían tanto como los baúles de dinero de la Confederación que se guardaban en la buhardilla de Tara.

Scarlett regresaría a su casa de Tara. Tara la mantendría.

—Querida Rosemary —dijo mecánicamente—, cuánto me alegra que hayas venido.

—Melanie Wilkes era… La echaré mucho de menos.

—Yo la necesitaba —dijo Scarlett, sin prestar atención al perfecto desconocido que permanecía de pie al lado de su hermana.

El desconocido se humedeció los labios con la lengua como si fuera a decir algo, pero, como es natural, no dijo nada. Ninguno de ellos tenía nada más que decir.

Los portadores bajaron del coche fúnebre el adornado féretro que Melanie Wilkes jamás habría elegido por considerarlo excesivamente pretencioso.

Mientras los portadores avanzaban hacia el sepulcro, Will Benteen se inclinó hacia delante para sujetar las pesadas asas del ataúd y sostener el peso que Ashley no habría podido sostener.

El párroco se colocó la sobrepelliz alrededor del cuello y dio comienzo a la ceremonia de la inhumación. Se oyó el cercano graznido de unos gansos salvajes. Un cuervo graznó entre las zarzas. Beatrice Tarleton carraspeó.

Scarlett se cubrió los oídos con las manos y su mirada se perdió en la distancia.

Los negros de Will asieron las cuerdas y, al grito de «¡Todos juntos, muchachos!», acercaron el ataúd a la fosa y lo bajaron.

Ashley abrazó a su hijo llorando. Beau se miró los zapatos.

Una especie de globo de dolor le subió a Scarlett por la garganta. Le dolió aún más tragárselo. Arrojó su puñado de arcilla roja sobre la tapa del féretro de Melanie Hamilton Wilkes y se limpió las manos en la falda.

Oyó un caballo bajando por la pendiente y, cuando se volvió, Rhett Butler ya había desaparecido de su vida.

La sepultura que Scarlett tenía a sus pies habría podido albergar su corazón.

TERCERA PARTE

TARA

51
Will Benteen

Cuando Scarlett O'Hara regresó a Tara y tío Henry Hamilton puso a la venta su bonita casa de Atlanta, Will Benteen comprendió que Scarlett se había metido en un lío.

La señorita Scarlett y el capitán Butler se habían separado; eso todo el mundo lo sabía.

Cuando el capitán Butler se alejó al galope después del entierro de la señora Wilkes, Will se alegró. Tal como Will le dijo a *Boo,* su perro de granja: «A veces, los bichos tienen que lamerse las heridas.

La señorita Scarlett también estaba muy mal, Peor de lo que Will jamás la hubiera visto.

El bondadoso capataz de Tara era un blanco pobre de Georgia cuyo cabello descolorido por el sol ya presentaba unas marcadas entradas y su cuello y muñecas estaban tan colorados como remolachas recién arrancadas. Era todo cabeza y tronco, pues su pierna sana era casi tan delgada como la pata de palo que se había ganado en Gettysburg. La circunferencia de sus dedos era casi tan grande como las muñecas de su hija Susie.

Una vez, durante los duros años en que Scarlett enviaba a Tara todos los beneficios de sus aserraderos de Atlanta, ésta se había quejado diciendo:

—Will, antes de la guerra Tara mantenía a los O'Hara y ahora ocurre justo lo contrario.

Él se había quitado el deformado sombrero y se había rascado la frente.

—Bueno, señorita Scarlett, pero yo espero que usted pueda alquilar Tara a algún yanqui.

Fue la última vez que ella se quejó.

Ahora, Tara tenía que volver a mantener a todo el mundo. Estaban los negros —Dilcey, Prissy, Pork, Big Sam y Mamita— y la propia señorita Scarlett, sus hijos y los Benteen.

Poco después de su llegada, la pequeña Ella sufrió un ataque. Sentada a la mesa a la hora de cenar, la niña emitió un grito espantoso y cayó al suelo desde la silla. Aunque estaba inconsciente y se le pusieron los ojos en blanco, daba coces moviendo las piernas con tal fuerza que Will Benteen a duras penas podía sujetarla. Se recuperó sola, muy pálida y temblorosa, pero a Will le pegó un susto de muerte.

Beau Wilkes también estaba en Tara. El señor Wilkes no estaba en condiciones de cuidar de su hijo y, después del entierro, la señorita Scarlett había

pedido a la señorita Rosemary y a su hijo que se quedaran en su casa.

Will tenía cierta idea de por qué la señorita Scarlett había invitado a la hermana del capitán Butler y a su hijo. Era una de aquellas cosas que ella hacía sin pensar. La señorita Scarlett se aprovechaba de las circunstancias antes de que los demás se dieran cuenta de que se podía sacar algún provecho de ellas. Era su manera de ser.

Cuando Suellen se dio cuenta, se lo dijo a su marido:

—Es una cochina mala jugada, Will Benteen, eso de utilizar a la hermana de Rhett como anzuelo.

Will había acallado sus protestas con un beso. Will podía tranquilizar a su mujer cuando nadie más podía hacerlo.

Suellen no había sido la primera elección de Will Benteen. Éste había cortejado anteriormente a Careen, la hija menor de los O'Hara pero a Careen se le había metido en la cabeza ingresar en un convento de Charleston.

Para entonces, Tara ya se había convertido en el hogar de Will, pero, a pesar de la atmósfera más comprensiva que reinaba después de la guerra, no podía compartir una casa con la soltera Suellen. Y, por su parte, la orgullosa Suellen no tenía más pretendientes ni ningún otro sitio adonde ir.

A pesar de aquel comienzo tan poco romántico, el matrimonio de Will y Suellen había sido feliz. La pequeña Susie de seis años era muy testaruda, pero sus padres la querían más si cabe precisamente por eso. Tal como Suellen solía decir (recordando cómo Scarlett le había robado a su pretendiente Frank Kennedy): «¡A Susie nadie la engañará jamás como a una tonta!» Robert Lee, el chico de los Benteen, era tan tímido y cariñoso que a veces su padre no podía ni mirarlo.

Will había llegado a Tara convertido en un veterano herido de guerra. Y, de la misma manera que Tara lo había curado a él, Will había curado a Tara. Con el dinero de la señorita Scarlett había arreglado la prensa para el embalaje del algodón, había comprado la moderna segadora mecánica de Cyrus McCormick y cambiado docenas de pequeñas herramientas: las sierras de través de cuatro y seis dientes, las abrazaderas para las sillas de montar, los taladros y los punzones que los soldados de Sherman habían robado o estropeado. Las cuadrillas de Will habían arrancado cedros y zarzas, sustituido las vallas de troncos, reconstruido los tejados de la heladera y el almacén de la carne, limpiado y podado la huerta, duplicado la superficie del huerto de la cocina, construido un establo de caballos con doce casillas, vallado una pocilga y levantado un cobertizo de tablas y listones encalados para el algodón, aprovechando los cimientos del antiguo.

Para hacerle sitio a Scarlett, los Benteen habían desocupado el dormitorio de Gerald y Ellen en la parte delantera de la casa.

—Sólo puede haber un ama en Tara —le había dicho Will a su enfurecida esposa—, y creo que ésta tendrá que ser la señorita Scarlett.

Pero Scarlett no quería el dormitorio de sus padres con el balcón de Gerald y la cama con dosel donde los O'Hara habían engendrado, nacido y muerto. En su lugar, decidió ocupar su antigua habitación en lo alto de la escalera, al lado de la

habitación de los niños.

Al término de la guerra, los braceros de Tara se habían ido a la ciudad de la que tanto habían oído hablar. Después de varios años de hambre, casi todos habían regresado al condado de Clayton, donde la mayoría vivía en un mísero barrio de Jonesboro que todo el mundo llamaba *Dark Town*, la Ciudad Oscura o de los Negros.

Scarlett le preguntó a Will Benteen:

—¿Por qué no viven en Tara como Big Sam y los negros de la casa?

—Señorita Scarlett, prefieren vivir en el barrio más pobre y ruinoso de la ciudad que regresar a las «cabañas de los esclavos» de Tara. Además, ¿qué haríamos con ellos en invierno?

—En Tara siempre ha habido trabajo para su gente.

—Señorita Scarlett —le explicó Will—, la «gente» de Tara ya no existe. Yo necesito braceros de marzo a septiembre y pago un buen jornal. Los braceros que trabajan a tiempo completo cobran cincuenta céntimos de dólar al día.

—¿Y el resto del año de qué viven?

—Ahora son mano de obra libre, señorita. —Will lanzó un suspiro—. No fuimos nosotros quienes los dejamos libres.

Scarlett se apresuró a ingresar el dinero de la cosecha de algodón de aquel año en el banco de Atlanta; ella misma lo llevó personalmente a la ciudad. Cuando Will le dijo que necesitarían nuevos aperos de labranza para la siembra de primavera, ella le contestó:

—Will, tendremos que arreglarnos con los viejos.

Mal de amores y mal de dinero: Will no sabía qué era peor.

El capitán Butler estaba en Europa con el señor Watling.

Por la noche en el salón, la señorita Rosemary leía en voz alta las cartas de su hermano. El señor Rhett describía las carreras de caballos, las iglesias y los artistas de París, y hacía jocosos comentarios acerca de las birretas de los cardenales que colgaban en lo alto de la catedral de Notre-Dame. «Los franceses creen que, cuando cae la birreta, el cardenal entra en el cielo. ¡Algunas de esas birretas llevan siglos colgadas!

Will se quedaba asombrado de las cosas que hacían los niños. Y se compadecía de la señorita Scarlett. Parecía tan abandonada.

Rosemary era modesta y servicial y Tara los aceptó a ella y a Louis Valentine sin ninguna protesta.

Rosemary se convirtió en la maestra y el cuarto de los niños era su aula.

Suellen dirigía a los negros de la casa, menos a Mamita, que se dirigía ella sola.

Los domingos, Big Sam llevaba el coche a Jonesboro, donde Rosemary y los niños acudían a la iglesia de los metodistas. Los negros cruzaban las vías del tren para ir a la Primera Iglesia Baptista Africana del reverendo Maxwell.

Con dinero o sin dinero, no pasarían hambre. Los productos del campo se habían recolectado y guardado en el sótano de las patatas de Tara, donde toda una serie de relucientes tarros de conserva del modelo patentado por el señor Mason contenían melocotones, frutas de pequeño tamaño, tomates y alubias.

Un buey de tres años había sido sacrificado y su carne se había guardado en salmuera. Quince cerdos se habían sacrificado, salado y colgado en el almacén de la carne para que se curaran. Los jamones de Will Benteen eran famosos en toda la zona y cada Navidad éste entregaba en mano un jamón a algunos vecinos privilegiados, «un pequeño detalle de Tara».

Aunque Will era un labrador, su primera afición eran los animales. Al igual que la señora Tarleton, Will Benteen era un enamorado de los caballos. Le gustaban el ganado y los mulos de Tara y se hacía amigo de sus cerdos: *Tusker, Runt, Big Girl.* Admiraba su pura condición de cerdos. La vez que *Big Girl* se puso enferma, Will se pasó en vela la mitad de la noche, administrándole esencia de trementina.

La matanza del cerdo el primer frío día de noviembre era una experiencia agridulce. Sí, Will había llenado el almacén de la carne, pero a la mañana siguiente no iría a la pocilga. *Big Girl* no estaría allí para recibirlo con sus gruñidos de saludo y restregarse contra las perneras de sus pantalones.

Los sábados por la mañana Ashley se trasladaba a Tara desde Atlanta. Le daba las gracias a Scarlett por cuidar de Beau y a menudo le llevaba un regalito: un pañuelo bordado de linón o una lata de *toffees* ingleses.

Ashley decía que nadie construía. Sus sierras permanecían ociosas y la madera amontonada se teñía de azul. Kimball House había cerrado sus puertas.

—Es por culpa de esta depresión —decía Ashley, como si, en realidad, le diera igual.

—Dios mío, Ashley—replicaba Scarlett, frunciendo el entrecejo—. ¿Es que no te preocupa?

—Lo que me preocupa es que el lunes por la mañana tendré que decidir de qué trabajador voy a prescindir y como dará este de comer a su familia.

Ashley tomaba café con Scarlett, Beau y Rosemary y preguntaba a su hijo acerca de sus progresos con el famoso libro pedagógico *McGuffey Readers,* pero jamás tomaba una segunda taza antes de irse a Doce Robles, donde subía al cementerio de la cumbre de la colina y conversaba con Melanie.

La dulce Melanie no compartía las inquietudes de Ashley y le aseguraba a su afligido esposo que algún día volverían a estar juntos. Mientras hablaban, Ashley limpiaba el cementerio, arrojando las ramas secas y la maleza al otro lado del muro. En su tercera visita llevó un hacha de mano para abrir una brecha y ampliar el panorama. A Melanie siempre le había gustado la vista que se contemplaba desde allí.

Pasaba la noche en la casa del cochero negro de Doce Robles. Como en Tara,

los hombres de Sherman habían respetado las cabañas de los negros. Era la única noche de la semana en que el sueño de Ashley Wilkes no era turbado por ninguna inquietud.

Antes de regresar a Atlanta, Ashley pasaba por Tara y se entretenía recordando los tiempos pasados. A veces, a Scarlett le encantaba la sonora y dulce voz de Ashley. Pero cuando estaba nerviosa, le recordaba que tenía que coger el tren.

Un sábado por la mañana Ashley se presentó con las mejillas arreboladas y los ojos brillantes de emoción. Scarlett estaba haciendo unas cuentas en la mesa y Rosemary apartó a un lado sus remiendos.

—He vendido los aserraderos —anunció Ashley—. A un yanqui de Rhode Island. ¡Dios mío! El dinero que tiene este hombre.

Scarlett apretó los labios.

—Los aserraderos más modernos de Atlanta. Ashley, ¿cuánto te ha pagado?

La alegría desapareció de los ojos de Ashley.

—Yo no necesito mucho —dijo—. Regreso a Doce Robles. Viviré en la casa del cochero.

Rosemary le cogió la mano.

—Me encantará que seas nuestro vecino. Pero ¿qué vas a hacer allí?

—¡No estaré solo! —contestó atropelladamente Ashley—. Contrataré al viejo Mose (ya recordáis a Mose) y a Tía Betsy para que me ayuden. Será bonito tenerlos otra vez allí. Los jardines. Scarlett los recuerda, ¿verdad, Scarlett? Wilson, el que alquila coches en Jonesboro… todos los veranos los turistas yanquis contratan a Wilson para que los lleve en un recorrido por nuestras «pintorescas ruinas». Voy a restaurar los jardines. Arrancaremos las zarzas y viñas silvestres y volveremos a poner en funcionamiento aquella vieja fuente. ¿Recuerdas la fuente, Scarlett? ¿Lo bonita que era? Los jardines serán en recuerdo de Melanie. Doce Robles… tal como era, tal como tiene que ser. A Melanie le encantaba.

—Señor Wilkes —dijo Rosemary sonriendo—, tiene usted un corazón muy bondadoso.

Scarlett frunció el entrecejo.

—¿Les cobrarás a los turistas por visitar tu jardín?

—Bueno, la verdad es que no había pensado en cobrar nada. Supongo… supongo que podría hacerlo.

De repente, el tiempo refrescó. El río Flint se congeló y las estufas de Tara se pusieron al rojo vivo. Rosemary trasladó su clase a la planta baja. La niebla se cernía por encima de los abrevaderos de los caballos hacia donde se canalizaba el agua más caliente del manantial.

Cuatro días antes de Navidad, la gente de Tara estaba sentada a la mesa del

desayuno cuando Mamita entró procedente del almacén de la carne tan furiosa que apenas podía hablar.

—¡Esto es la ruina! ¡Lo han destrozado todo! ¡Ha sido un acto diabólico! —Apoyó su humanidad contra el fregadero y respiró hondo varias veces—. Y eso no lo ha hecho ningún negro.

Scarlett se levantó.

—¿Qué ha ocurrido, Mamita?

Mamita señaló con un trémulo brazo.

Cuando los niños hicieron ademán de seguirla, Scarlett les dijo en tono cortante:

—Ella, Wade, Beau, quedaos todos en la casa. ¡Rosemary, Suellen, vigiladlos, por favor!

La puerta del almacén de la carne se había arrancado de sus goznes superiores mediante una palanca y ahora colgaba inclinada sobre el vano. Will Benteen empujó la puerta a un lado y entró cautelosamente.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¡Oh, Will! —gritó Scarlett.

Todos los jamones curados y envueltos habían sido cortados y yacían en el suelo de tierra como otros tantos bebés asesinados. Los barriles de carne en salmuera estaban volcados y habían arrojado estiércol encima de todo.

Mamita se encontraba a su espalda en el umbral.

—¡No han sido los negros!

—Ya lo veo, Mamita —dijo Scarlett en tono seco.

Con el rabo entre las piernas, *Boo* asomó la cabeza al interior del santuario prohibido y olfateó.

Los pies de todos chapoteaban en medio de la carne y el estiércol. El hedor era insoportable.

—¿No podríamos lavarlos?

Will recogió un jamón del suelo, volvió a soltarlo y se limpió las manos en los pantalones.

—No, señora. ¿Ve cómo alguien los ha abierto? La carne está contaminada, señorita Scarlett. Puro veneno.

Con mucha dignidad, Will salió del almacén, dobló la esquina y vomitó.

Con los ojos muy abiertos, Mamita temblaba de pies a cabeza.

—Esos sinvergüenzas van a volver —dijo en voz baja—. Yo sabía que algún día volverían.

—La guerra ha terminado, Mamita —replicó Scarlett—. ¡Los sinvergüenzas de Sherman ya no pueden hacernos más daño!

Aunque *Boo* había ladrado durante la noche, Will no se había levantado para ver qué ocurría. Ahora, emitiendo unos sonoros gruñidos, *Boo* guió a Will y Scarlett hasta el lugar de la parte exterior de la valla del jardín donde habían estado atados unos caballos. Will se arrodilló para examinar las huellas.

—Creo que han sido tres. —Meneó la cabeza—. Pero ¿qué insensatos hijos de

puta podrían…? Disculpe el lenguaje, señorita Scarlett.

—¡Malditos hijos de puta! —dijo ella.

Will siguió las huellas hasta el camino de Jonesboro, donde se perdían.

Ninguno de los negros quería poner los pies en el profanado almacén de la carne, ni siquiera Big Sam, que había sido el cochero de Tara bajo Will Benteen y antes bajo Gerald O'Hara.

—Nunca habría imaginado que te volverías tan cobarde, Big Sam —le dijo Scarlett con voz sibilante—. De Big Sam no me lo puedo creer.

Sus duras palabras cayeron de lleno sobre la cabeza inclinada de Sam.

—Hay cosas con las que los negros no pueden gastar bromas —se justificó.

Entonces Will, Scarlett y Rosemary cargaron la carne profanada en un carro y la llevaron al cementerio de los animales, aquella hondonada de la parte más alta de la propiedad adonde se llevaban los animales muertos para que se pudrieran.

Mientras los jamones rodaban brincando por la pendiente, Will dijo en voz baja:

—Adiós, mi *Big Girl.* Siento en el alma lo que te han hecho.

52
La cálida tierra

Puede que su dinero hubiera perdido el valor de la noche a la mañana y que su gobierno legalmente elegido hubiera caído, pero los fríos, oscuros y sólidos almacenes de la carne hacían recordar a la gente del campo que la verdadera prosperidad procedía del trabajo de las propias manos y de la Providencia de Dios.

Los vecinos acudieron a ver el sacrilegio. «¿Qué clase de mente ha podido maquinar algo así?» Los hombres proferían amenazas en voz baja y efectuaban rondas de vigilancia por la finca como si los atacantes aún pudieran encontrarse por los alrededores. Will acompañaba a las partidas al lugar donde habían permanecido atados los caballos y los hombres se arrodillaban para repasar las huellas con los dedos, Tony Fontaine y su hermano Alex discutieron acerca del tamaño de las herraduras de uno de los caballos.

La señora Tarleton se acercó a la dehesa donde Will tenía dos nuevos potrillos. Normalmente le habría pedido a Will que se reuniera con ella para comentarle —por enésima vez— hasta qué extremo se reflejaban las cualidades de su semental en los potros. Pero aquel día no lo hizo.

Como si se tratara de un entierro, las mujeres llevaron pan y cazuelas de carne y verdura al horno; la señora Tarleton le entregó a Suellen dos jamones. «Para que tengáis algo por Navidad.»

Suellen dijo que los guardaría en casa, en la despensa, donde estarían seguros.

Seguros. ¿Cómo podían estar seguros?

Al final, los vecinos regresaron a sus casas. Los negros de la casa estaban asustados y a las cinco y media de la tarde, cuando ya había caído la oscuridad invernal, todos menos Mamita, que dormía encima de la cocina, ya estaban en sus cabañas con las puertas atrancadas.

Boo estaba nervioso, demasiado consciente de sus responsabilidades, por lo que esa noche ladró incluso cada vez que una raposa o una mofeta cruzaba los terrenos de la finca. Will Benteen se despertaba, se ponía unos pantalones de trabajo encima de su camisa de dormir y se calzaba unos fríos y toscos zapatos de cuero. Después bajaba y salía afuera con su escopeta de caza. Cuando regresaba a la cama, Suellen refunfuñaba en sueños y se apartaba de su frío abrazo.

A última hora de la tarde, la víspera de Navidad, un carro del Railway Express entregó una caja de madera de gran tamaño adornada con una serie de etiquetas de compañías navieras y agencias de transporte. Will y Big Sam

ayudaron al empleado a descargar el pesado envío y le ofrecieron un trago navideño que él se bebió, contemplando con un ojo las espesas nubes del cielo.

Will convino con él en que efectivamente parecía que iba a nevar.

—Esta noche no habrá nadie por los caminos —comentó Big Sam.

Después de la cena, todo el mundo se reunió en el salón para adornar el árbol de Navidad que Big Sam había colocado aquella tarde. Haciendo conjeturas en voz baja y mirando de soslayo la enigmática caja, los niños colgaron de las ramas del árbol manzanas, nueces y figuras recortables de papel. Will se subió a una silla de la cocina para colocar en la parte de arriba el ángel de seda blanca y rosa recién cosido por Rosemary. Y los mayores colocaron las velitas bien arriba, donde las manos infantiles no pudieran alcanzarlas.

Los arañazos de *Boo* en el porche señalaron la llegada de Ashley. Su sombrero y su chaqueta estaban salpicados de copos de nieve.

—Siento llegar con retraso. Estaba podando los manzanos silvestres y perdí la noción del tiempo. ¡Feliz Navidad, Beau! —dijo, abrazando a su hijo—. ¡Feliz Navidad a todo el mundo!

Mientras Rosemary le ofrecía a Ashley una copa de ponche navideño, Will se acercó con unos alicates a la caja de madera. Los niños se taparon los oídos para no oír el chirrido de los clavos.

Rhett le enviaba a Ella una exquisita muñeca de porcelana francesa, y sendos patines de hielo para Beau y Louis Valentine. Wade recibió, para su gran alegría y la envidia de los demás chicos, un rifle de un solo disparo del calibre 22, de los llamados *rolling block,* con una nota colgando del guardamonte: «Wade, confío en que Will te enseñe a disparar con esto. Si eres juicioso y te conviertes en un buen tirador, cuando vuelva a casa iremos a cazar juntos.»

Había también un medallón de oro para Rosemary, y para Scarlett un sombrero de terciopelo verde que hacía juego con sus ojos. Aunque no había ninguna nota para ella, a Scarlett el corazón le dio un vuelco de alegría en el pecho y no dejó de sonreír ni siquiera cuando Ella le derramó encima su copa de ponche.

La nieve seguía cayendo, por lo que Beau y Louis Valentine salieron al porche para patinar ruidosamente de uno a otro extremo. Ashley llevaba también regalitos para los niños y, por su parte, Will le había regalado a Suellen un gorro de noche de lana roja. Ya era casi la medianoche cuando Rosemary acompañó a los niños a dormir al piso de arriba entre airadas protestas. Will y su esposa, tocada con el gorro de noche, se retiraron bostezando.

—Qué noche tan maravillosa —dijo Ashley sentado junto al fuego de la chimenea. Al cabo de un largo silencio, añadió—: Scarlett, ¿echas de menos alguna vez la cordialidad y la alegría de los viejos tiempos?

—¿Como aquella barbacoa en Doce Robles cuando te confesé mi amor y tú me rechazaste sin miramientos? —replicó ella en tono de guasa.

Él cogió un atizador, se arrodilló y atizó el fuego.

—Estaba prometido con Melanie…

—Oh, Ashley, qué tontería —dijo Scarlett no sin cierto afecto.

Cuando Ashley levantó los ojos hacia ella, Scarlett vio en ellos una nueva luz… una luz que comprendió muy bien.

—Madre mía —dijo ella—, ¡no me había dado cuenta de lo tarde que es! —Dios mío, ¿pero qué era lo que se estaba sacando del bolsillo? ¿Era el estuche de una sortija? Scarlett se levantó de un brinco—. Oh, Ashley, estoy muerta de cansancio. ¡Tantas emociones juntas! ¿Te importa que no te acompañe?

—Pero ¡Scarlett!

Ella subió corriendo las escaleras y cerró la puerta del dormitorio a su espalda.

Dios mío, si Rhett se enteraba, si pensaba que ella y Ashley… ¡jamás regresaría a casa!

Aunque Wade tenía su nuevo rifle, su madre se había guardado la nota y, mientras se desnudaba, la esposa de Rhett Butler volvió a leerla. Su marido había escrito «cuando vuelva a casa». Ésas habían sido las palabras textuales de Rhett. Mientras se soltaba la mata de pelo, Scarlett se sintió una mujer feliz.

Las rutilantes estrellas iluminaban una nieve tan reluciente como crema de leche sin desnatar. El caballo de Ashley estaba regresando lentamente a casa. En la espesura del bosque, un árbol congelado crujió como el disparo de un rifle. Ashley se arrebujó en su chaqueta de piel de búfalo.

—Querido corazón mío —le murmuró a Melanie—, ya te dije que no daría resultado. Tú crees que necesito a alguien que me cuide, pero Scarlett no es la clase de persona más indicada para cuidar de hombres adultos. La cara que ha puesto al darse cuenta de que le iba a proponer… ¡Oh, Melly! —Su carcajada resonó en medio del silencio. Los cascos de su caballo rompían ruidosamente la nieve helada—. Nuestras primeras Navidades separados, querida Melly. Ashley y Melanie Wilkes. ¿Acaso no éramos las personas más felices del mundo?

La casa de troncos de madera del cochero miraba al jardín abandonado de Doce Robles. Ashley había frotado el suelo de madera de pino con arena, había encalado los troncos y colgado el sable de la guerra mexicana del tío Hamilton sobre la chimenea.

Se arrodilló para encender la lumbre. Se quedaría allí sentado hasta que el fuego prendiera en la leña. Tenía muchas cosas que contarle a Melanie.

Boo no ladró aquella noche y Will Benteen durmió acurrucado en forma de cuchara contra su mujer. La borla del nuevo gorro de noche de Suellen le cosquilleaba la nariz.

En enero subió la temperatura y la nieve se refugió en la sombra. Las marrones aguas del río Flint bajaban tan ruidosas que se podían oír desde la casa.

Cuando volvieron las heladas, la nieve fundida se convirtió en una brillante y peligrosa escarcha que obligó a los que tenían tareas que hacer al aire libre a quedarse en casa a la vera del fuego. Cada mañana Big Sam partía la leña que el joven Wade llevaba al interior de la casa.

Will Benteen visitó todas las granjas y las chozas de los blancos pobres en un radio de treinta kilómetros a la redonda. ¿Quién tenía alguna queja contra Tara? ¿Alguien se había jactado de haber destrozado un almacén de carne? Alguien en el mercado de Jonesboro le dijo a Tony Fontaine que el Klan estaba implicado en la salvajada, pero Will no lo creía probable.

—El Klan está acabado, Tony. Sea como fuere, el KKK nunca ha molestado a los demócratas.

El henil del establo de los caballos era el punto panorámico más alto de la granja y, cuando la nieve se fundió y los jinetes volvieron a cabalgar por el camino de Jonesboro, Will subió unas mantas y un viejo jergón de paja al henil.

Suellen le dijo que perdería el tiempo, que los que habían destrozado su almacén de carne «ya se habían divertido».

—Cariño —le dijo Will—, cuando *Boo* ladra por la noche no soporto tener que despertarte.

Suellen repuso que, como le ocurriera algo, jamás se lo perdonaría.

Aquella noche Big Sam miró hacia la puerta del henil de arriba y dijo:

—Siento mucho todo esto, señor Will. Eso no ha sido cosa de negros.

—Nos vemos por la mañana, Sam.

Desconcertado por el cambio de costumbres, *Boo* pasó una hora tumbado delante del establo de los caballos y después se levantó, se desperezó y reanudó su ronda nocturna.

La luna iluminaba la tierra helada. Era una noche sin viento. Envuelto en las mantas, Will pasó toda la noche durmiendo como un tronco.

La segunda noche fue tan tranquila como la primera.

En su tercera noche en el henil, Will despertó sobresaltado por unos ruidos. Alguien parecía caminar arrastrando los pies. Alguien estaba subiendo por la escalera de mano. La mano de Will salió de debajo de las cálidas mantas y se acercó a los gélidos cañones de su escopeta de caza. Su dedo encontró los gatillos.

Cuando percibió un temblor en el suelo del henil, amartilló el arma: clac, clac.

—Soy yo, Will —dijo Wade Hamilton en un susurro.

Will soltó el arma.

—Hijo —murmuró al ver asomar la cabeza del chico en la puerta del henil—, me has pegado un susto de muerte.

—Vengo a echar una mano. —Wade deslizó su nuevo rifle al interior del henil—. No está bien que esté solo aquí arriba.

Una sonrisa iluminó el ancho rostro del padre.

—¿Está cargada el arma?

—No, señor. He pensado que a lo mejor usted podría enseñarme cómo se

hace.

—Mañana por la mañana, Wade. Te agradezco que hayas venido, pero este asunto puedo manejarlo solo.

Will aún estaba sonriendo cuando volvió a quedarse dormido.

Por la mañana, cuando entró en la casa para desayunar, Suellen lo miró haciendo pucheros:

—Vaya, aquí está mi marido. Me estaba preguntando si todavía lo tenía.

Aunque ella trató de apartarlo, Will la besó.

—Buenos días, cielo mío. Tengo que decirte que dormir con una escopeta de caza resulta más frío que dormir contigo. —Y le dio una palmada en el trasero.

—Por favor, déjame, Will. Los niños…

—Sí, señora.

Will y Big Sam se estaban preparando para la siembra. Examinaron y arreglaron los cascos de los caballos de tiro, limpiaron y lubrificaron las camas del arado e hicieron inventario de todos los horcates y guarniciones de trabajo.

—Señor Will —se quejó Big Sam—, tenemos que comprar nuevas guarniciones. Estas de aquí están secas y agrietadas.

—Pues haz otras con los trozos que estén en buen estado.

—Señor Will, ¿está Tara en la ruina?

Will no contestó.

El 2 de febrero una luna llena surcó un cielo sin nubes y Will tuvo un sueño intranquilo en la noche excesivamente iluminada. Lo despertaron los furiosos ladridos de *Boo,* seguidos por unos disparos tan rápidos que no supo cuántos habían sido. Bajó de espaldas tan precipitadamente por la escalera de mano que se saltó un peldaño y a punto estuvo de caer. Sin zapatos y sólo con los calcetines puestos corrió hacia el lugar del que procedían los ladridos.

Aquella sombra oscura que corría hacia él era *Boo.* El perro mantenía las orejas aplanadas sobre la cabeza.

—Tranquilo, *Boo* —dijo Will con voz pastosa.

En la verja del cercado de los caballos, a la clara luz de la luna, Will lo vio todo.

—Cristo Jesús —dijo—. Cristo Jesús.

Un potrillo corría hacia la valla, ciego de terror. El otro estaba temblando al lado de su madre muerta. Las dos yeguas parecían más pequeñas que cuando estaban vivas. El segundo potrillo inclinó el largo cuello para empujar los costados de su madre muerta. Como todos los bebés asustados, quería mamar.

Los vecinos acudieron a toda prisa. Los hombres se agruparon en la dehesa hablando en voz baja. Las mujeres se quedaron en la cocina, comentando lo asustadas que estaban y preguntándose quién podía haber hecho algo tan perverso.

—Esto no es cosa de negros —insistió Mamita.

Tony Fontaine buscó la presencia de huellas, pero la tierra estaba demasiado dura.

La señora Tarleton se llevó los potrillos para criarlos con leche de cabra y dijo que había un lugar especial en el infierno para quienes le pegaban un tiro a un caballo.

Cuando consiguieron armarse de valor, Sam y Will rodearon con cadenas las patas traseras de las yeguas y las arrastraron al cementerio de los animales.

El tiempo se caldeó, el hielo de la tierra se fundió y, aunque seguía durmiendo en el henil, como todos los plantadores del condado de Clayton, Will se pasaba los días arando y sembrando en los campos de algodón.

Antes del amanecer, Big Sam colocaba los horcajos y las guarniciones a los grandes y resistentes caballos de tiro.

—Hace fresquito esta mañana —decía Big Sam.

O bien:

—Mire, *Dolly* tiene una matadura.

Y a lo mejor Will decía:

—Parece que está mejorando el tiempo.

Pero ambos hombres raras veces decían algo más. Big Sam era el que siempre colocaba los horcajos. Y Will era el que siempre encendía la linterna del cuarto de los arreos y la apagaba cuando salían.

En cuanto clareaba lo suficiente para empezar a abrir surcos, bajaban las rejas de los arados y se pasaban el rato arando basta el mediodía, cuando dejaban descansar a los caballos y tomaban el almuerzo que Suellen les llevaba. Will nunca se cansaba de escuchar cómo era Tara antes de la guerra y Sam lo complacía describiéndole las barbacoas de Tara y la vez que Gerald O'Hara organizó una carrera de caballos por el camino de Jonesboro: «Todos los jóvenes apostaron y bebieron y fue un milagro que ninguno cayera y se matara.»

Y a veces recordaba: «La señorita Ellen era una buena cristiana, vaya si lo era, pero a veces el hecho de ser tan buena hacía que otras personas se sintieran incómodas. El amo Gerald tenía muy mal carácter. —Sam meneaba la cabeza—. El amo Gerald era como una tormenta de verano: te dejaba empapado y desaparecía. Sí señor, te dejaba empapado y desaparecía.»

Mientras Will daba caladas a su pipa, Sam le comentaba lo que hacían en la Ciudad de los Negros. Sam no aprobaba los métodos del reverendo Maxwell, el nuevo y joven predicador de la Primera Iglesia Baptista Africana. «Este chico no sabe estar en su sitio —decía Sam—, Nació en el Norte. Nunca lo han comprado ni vendido.»

Después de comer, se ponían en marcha y araban hasta el crepúsculo, cuando regresaban al establo y almohazaban y daban de comer a sus caballos. Will nunca entraba en la dehesa donde habían matado a sus yeguas.

Un domingo, al salir de la iglesia Rosemary y Beau Wilkes cabalgaron hasta

Doce Robles. Era un tonificante y fresco día de febrero en que todas las puntas de las ramas resplandecían con el rosado color de la nueva vida.

El abuelo de Ashley, el virginiano Robert Wilkes, había construido su plantación en un yermo. Sus negros talaron los árboles y quemaron o bien arrancaron los obstinados tocones en lo que después serían los campos de algodón de Doce Robles. A medida que prosperaba su plantación, Robert Wilkes fue añadiendo los edificios anexos, las dependencias de los criados y, finalmente, su mansión georgiana. Los jardines de Doce Robles fueron un proyecto de la vejez de Robert y un resultado de su deseo de toda la vida de domesticar la naturaleza.

Unos grandes magnolios crecían en las esquinas del jardín. Cornejos, árboles de Judea, cipreses de los pantanos y manzanos silvestres eran el telón de fondo de las plantas de flor perenne. Unos arbustos de espíreas ofrecían su sombra a los senderos del jardín y la rosaleda propiamente dicha —llena de perfumadas rosas de la variedad Bourbon— estaba rodeada por plantas de boj. Una arqueada pasarela china cruzaba una pequeña corriente bordeada de camelias y una espaldera de hierro cubierta de abelias daba acceso a un minúsculo parque adornado por una fuente.

Eso era lo que había antes de la llegada de Sherman.

El espacio reservado para que los coches pudieran dar la vuelta presentaba unas zonas más oscuras allí donde Ashley había quemado maleza. Había más maleza amontonada a la espera de una cerilla. Ella y Beau desmontaron y Beau echó a correr por un camino cubierto de rastrojos hacia donde se escuchaban cantos. Salieron a un claro donde había una fuente seca vigilada por un encabritado caballo de bronce de tamaño natural. Ashley estaba clavando un sable en la tierra junto a la fuente. Ajeno a su público, cantaba:

—*El amo corre, ja, ja.* —Apuñaló con la espada otro lugar del suelo de arcilla roja—. *Y los negritos se quedan, jo, jo.* —Se puso a cuatro patas y agitó el arma—. *¡Será que ya estamos en el cielo y en el día del jubileo!*

—¡Papá —lo llamó Beau—, ésa es la espada del abuelo!

Ashley levantó la vista sonriendo.

—Hola, Beau. No os había oído. Señora Ravanel, bienvenida a Doce Robles. —Limpiándose las manos en los pantalones, se levantó y señaló el sable—. Estoy buscando la caja de distribución. Nunca pensé que acabaría de fontanero. —Al ver que Rosemary contemplaba el caballo encabritado, Ashley explicó—: Lo compré hace años en Italia. Dijeron que era etrusco —añadió enarcando una escéptica ceja.

Beau extrajo la espada de la tierra y la limpió con hierba seca.

—Beau, el sable es una herramienta excelente para cortar leña o localizar válvulas de agua enterradas.

—¿Es que va usted a convertir sus espadas en rejas de arado? —terció Rosemary.

—Algo así. Mira, Beau, prueba con estas zarzamoras. Coge la empuñadura así. —El padre corrigió la postura del hijo.

Beau cortó un tallo de zarzamora a la altura del corazón de un hombre.

—Excelente, Beau. Mi profesor de esgrima lo hubiera aprobado. Señora Ravanel, cuánto me alegro de que me haya traído a mi hijo. ¿No quiere entrar en la casa? Beau, el sable lo llevo yo.

Un hilillo de humo salía de otra cabaña.

—Mose es más buen cristiano que yo. No verá usted trabajar nunca a Mose en el día del Señor, eso sí que no. —Con la agilidad de un muchacho, Ashley subió de un salto a su porche—. ¿No quiere entrar, señora Ravanel? Puedo ofrecerle una taza de té.

—Sólo si me llama Rosemary.

—Pues muy bien, Rosemary.

La vivienda de Ashley era una cabaña de troncos de una sola habitación, con una chimenea de piedra. Las ventanas brillaban de limpias y la cama estaba pulcramente hecha. Unos libros de horticultura cubrían la mesa. En el fregadero había un jarrón con espadañas.

—*Typha domingensis* —dijo Ashley—. Nuestros mirlos de ala roja anidan entre las espadañas.

Beau atizó el fuego, tomó el cesto de la leña y fue a por más.

—Es un buen chico —dijo Rosemary.

—Gracias a Dios, Beau se parece a su madre. —Ashley colgó un perol del gancho de los pucheros y lo movió hasta colocarlo sobre el fuego—. Esto tarda sólo un minuto, —Sin ninguna inflexión especial en la voz, añadió—: Encontré unas cartas en el escritorio de Melanie. No sabía que mi esposa tenía una fiel corresponsal. Se las devolveré si usted lo desea.

—Creo que en aquel momento… las cartas de Melanie me salvaron de la locura. Mi esposo Andrew… Fue, fue todo tan vulgar… —Rosemary se rodeó el cuerpo con los brazos—. Aquellos recuerdos tan horribles. No, no quiero mis cartas; quémelas, por favor.

Ashley contempló el fuego.

—Yo la quería mucho. Melly… está siempre a mi lado. —Ashley esbozó una repentina sonrisa—. Ella aprueba todo esto que estoy haciendo, ¿sabe?… La venta de los aserraderos, mi conversión en jardinero.

—¡Pues claro que lo aprueba!

Beau depositó el cesto de la leña en el hogar.

—Padre, ¿puedo ir a ver a Tío Mose y Tía Betsy?

—Estoy seguro de que les encantará tu visita. —Cuando el niño se retiró, Ashley explicó—: Tía Betsy es una cocinera prodigiosa y hace unas galletitas de avena exquisitas.

Cuando el perol empezó a silbar, Ashley vertió el agua en una manchada tetera con motivos chinos azules.

—La encontré medio enterrada debajo de un banco del jardín. Supongo que algún saqueador yanqui quería llevársela pero se le olvidó. Era de mi madre.

Mientras medía el té, Ashley preguntó como de pasada:

—¿Le ha dicho Scarlett que he intentado hacerle proposiciones?

—No, Ashley, por Dios. De ninguna manera.

La carcajada de Ashley fue de burla de sí mismo, de alivio y alegría.

—Me había medio convencido de que a Melanie le gustaría que nos casáramos. Doy gracias a la vigilante Providencia y al innato sentido común de Scarlett, que rechazó mi proposición. —Sacó dos tazas desparejadas.

—Ashley —musitó Rosemary—, ¿por qué me cuenta todo esto?

—Porque estoy cansado de los engaños. Jamás volveré a ocultar mis verdaderos sentimientos.

Al llegar la primera semana de marzo, Will Benteen y Big Sam ya habían terminado de arar los campos de la ribera del río y se habían trasladado a las tierras más altas. Como casi todos los hombres del campo, raras veces comentaban la belleza que los rodeaba, pero cada uno de ellos saboreaba el panorama que se contemplaba desde el terreno más alto, con Tara a sus pies.

Cada día al mediodía, Will bajaba a los campos del río para desmenuzar la tierra en sus manos y comprobar la temperatura.

Cuando vinieron las lluvias, interrumpieron su tarea y llevaron los caballos a los establos. El terreno de arcilla, húmedo, era demasiado pesado y no se podía arar.

—Entretanto aprovecharemos para arreglar las guarniciones —dijo Will—. De todas maneras, vamos muy adelantados.

La lluvia convirtió el camino de Jonesboro en una sopa de quingombó y, puesto que aquel domingo no podrían ir a la iglesia, Rosemary leyó los salmos en el salón mientras Big Sam y Dilcey entonaban vibrantes himnos baptistas. Los niños rezaron las oraciones que cada noche recitaban antes de irse a dormir y Scarlett cerró los ojos cuando Ella le pidió a Dios que trajera a papá Rhett a casa.

Señor, cuánto lo echaba de menos. No su ingenio, no su poder, no su presencia física… ¡lo echaba de menos a él!

A veces, en su solitaria cama, Scarlett se despertaba sobresaltada y prestaba atención, esperando oír la respiración de su esposo. Alargaba la mano sobre la colcha para dar unas palmadas al sitio donde debería estar Rhett.

Su piel era demasiado sensible, su oído dolorosamente agudo. Pegaba un respingo cuando oía ruidos inesperados, y oía a los visitantes en el sendero antes que nadie. Permanecía largos minutos de pie delante de la ventana con la mirada perdida.

—Dios mío —rezaba—, dame una nueva oportunidad…

Tío Henry Hamilton llegó cuando ya se habían lavado y guardado los platos de la cena. El mal estado del camino había hecho que el viaje de una hora desde Jonesboro durara cuatro. Tío Henry tenía frío y estaba empapado y su caballo de alquiler estaba exhausto. No podría regresar a la estación para coger el último tren.

—Siéntate junto al fuego y ya te encontraremos algo para comer, tío Henry —

dijo Scarlett—. Prissy, por favor, haz la cama del dormitorio de la parte anterior.

Mamita tenía una tarta de manzana en la despensa y pan de maíz y alubias pintas calentándose en el horno. Pork subió las sillas de montar de tío Henry al piso de arriba.

Alegrándose de poder cumplir las tareas para las que había sido preparado, Pork depositó los artículos de tío Henry en la mesilla y fue a por una jarra de agua.

Will entró frotándose las manos. El frío era tan intenso que helaba el camino, pero si tío Henry saliera al día siguiente a primera hora, podría efectuar un viaje rápido.

Reconfortado por la barriga llena y el fuego de la chimenea, tío Henry dobló cuidadosamente la servilleta en perfectos pliegues.

—Scarlett, ¿podría hablar contigo un momento… en privado?

Suellen, que esperaba poder enterarse de algunos chismes de Atlanta, abandonó el comedor a regañadientes.

Scarlett se angustió. ¡Oh, Dios mío, algo le había ocurrido a Rhett! ¡Henry iba a comunicarle alguna horrible noticia acerca de Rhett! Pero estaba diciendo no sé qué acerca de un incendio.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Qué incendio?

Tío Henry le dirigió una extraña mirada.

—Tu casa de Atlanta, querida Scarlett —le explicó por segunda vez—. Lo siento muchísimo. No pudieron salvarla. El capitán Mulvaney llegó diez minutos después de que se diera la alarma, pero sus hombres ni siquiera pudieron sacar los muebles.

—¿Mi casa… incendiada? —La mente de Scarlett se colapso.

—Siento ser portador de una noticia tan mala —dijo tío Henry—. Me temo, me temo de verdad, que Atlanta tardará mucho tiempo en volver a contemplar una mansión tan espléndida.

—¿Ha desaparecido?

—Los hombres de Mulvaney salvaron la cochera. —Tío Henry se inclinó en gesto confidencial—. Querida Scarlett, no quiero alarmarte, pero el capitán Mulvaney cree… —Carraspeó.

—¿Qué es lo que cree?

—No saldrá nada en los periódicos, querida. ¡De eso ya me he encargado yo!

—¡Tío Henry! ¿Qué intentas decirme?

—Scarlett, fue un incendio provocado.

Los niños, obligados a permanecer en el interior de la casa, estaban jugando ruidosamente en los peldaños de la entrada. Scarlett pensó: «Algún niño se va a caer y habrá llanto y gemidos.» Dejó que la irritación ahogara el alivio que sentía.

—La escalera labrada, las alfombras orientales, los escritorios, los libros de Rhett… ¿todo ha desaparecido? —Scarlett no pudo evitar que las comisuras de su boca se torcieran en una leve sonrisa.

Tío Henry frunció el entrecejo.

—Lo siento, Scarlett, no puedo compartir tu regocijo.

—Perdóname, tío Henry, pero tengo muchas deudas y Tara se me lleva hasta el último céntimo y aquella casa estaba asegurada contra todo riesgo.

Tío Henry se puso las gafas, sacó unos papeles del bolsillo de la chaqueta y los desdobló como alguien que ya conoce su contenido.

—Tenías un seguro con la Southern Benefit Insurance Company, la empresa de Edgar Puryear. ¿Tenías algún seguro con otra compañía?

—No. La Southern Benefit lo cubre todo.

Tío Henry lanzó un suspiro, volvió a doblar las pólizas y se las guardó en el bolsillo.

—En tal caso, querida, me temo que no hay ningún seguro. Edgar y la Southern Benefit Insurance Company han quebrado. En esta depresión, el de tu casa no ha sido el primer incendio provocado en Atlanta.

Scarlett arrugó la frente.

—Alguien está intentando destruirme.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quién…?

—No sé quién. —Scarlett meneó la cabeza para despejarse—. No importa. Henry, tú no puedes hacer nada. Vende el solar. ¡Un doble solar en Peachtree algo tiene que valer!

—Haré lo que pueda —dijo él.

No llovió la mañana que tío Henry emprendió el viaje de regreso a Atlanta y tampoco después. La tierra se calentó para satisfacción de Will. Los caballos de Tara estaban descansados y ansiosos de volver al trabajo.

El tercer sábado de marzo Will Benteen se dirigió a Darktown, la Ciudad de los Negros, para comunicar a los braceros de Tara que el lunes habría trabajo.

—El número habitual de braceros a tiempo completo. Veinte labradores, veinte sembradores. Empezamos al amanecer en nuestros campos del río.

El lunes antes del alba, Will y Sam cargaron semillas, arados de vertedera y arreos de repuesto en el carro largo. Aún estaba oscuro cuando condujeron los caballos de tiro por el tortuoso camino que sus pies se conocían de memoria. Hacía frío en el lugar donde se sentaron a esperar. Sam se quedó medio dormido mientras Will daba caladas a su pipa.

El cielo se aclaró, pero la niebla permaneció en suspenso sobre las tierras bajas. Los pájaros cantores despertaron y se pusieron a gorjear. Will dio unos golpecitos a la pipa para eliminar los restos de tabaco, saltó del carro, se desperezó y bostezó. Había tomado un buen desayuno como preparación para el trabajo de aquel día.

A las diez en punto, cuando Will Benteen se trasladó al galope a la Ciudad de los Negros, sólo encontró a mujeres y niños. Las mujeres le dijeron que sus braceros estaban enfermos en la cama o trabajando en Atlanta o visitando a los parientes.

Una esposa lo miró directamente a los ojos.

—Ya sabe usted lo que ocurre, señor Will —dijo.

—No, Sadie, no lo sé. Necesito plantar algodón y no tengo trabajadores. Sé que pago buenos jornales y creo que os he tratado con justicia. No, no sé lo que ocurre.

Suavemente pero con firmeza, la mujer le cerró a Will la puerta en las narices.

Los negros no querían ir a Tara y los vecinos de Tara tenían su propio algodón que plantar. Ashley se presentó en la plantación, pero Mose se negó a acompañarle.

—Yo soy un negro de Doce Robles. Yo sólo trabajo en Doce Robles.

Ashley Wilkes jamás había manejado un arado de vertedera, por lo que Will permaneció a su lado hasta que Ashley le cogió el truquillo. Dilcey había sembrado algodón y, aunque dijera que jamás había hecho «semejante cosa», lo mismo decía Prissy. Pork protestó, pero se colgó del cuello la bolsa de lona con las semillas y caminó detrás esparciéndolas en las superficiales zanjas que los labradores abrían en los caballones de algodón. Scarlett, Rosemary y Suellen cabalgaban detrás de los sembradores mientras sus caballos tiraban de unas tablas para cubrir las semillas.

No llovió.

Will dejó de dormir en el henil. Al finalizar el día, Will estaba demasiado cansado para oír los ladridos de *Boo.*

Mamita se levantaba a las cuatro de la madrugada para encender las estufas y preparar el desayuno. Después de desayunar, los hombres se reunían en el establo de los caballos. Pork dijo en voz baja:

—Gracias a Dios que el viejo amo Gerald no está vivo para ver lo que nos ha ocurrido.

Suellen le recordó a Will que nunca habían tenido ninguna dificultad para encontrar trabajadores hasta que «ciertos grupos» habían regresado a Tara. Mientras el carro bajaba al campo, Rosemary permanecía sentada con la espalda muy tiesa y los ojos cerrados, tratando de disfrutar de unos minutos más de sueño.

Al mediodía, el joven Wade les llevaba el almuerzo y se quedaba con ellos para irles a buscar agua para los trabajadores y los caballos. Mamita ordeñaba, recogía huevos, les echaba desperdicios a los cerdos y cuidaba de los niños más pequeños. Al anochecer, cuando los cansados trabajadores de Tara regresaban a la casa, Mamita ya los esperaba con la cena.

Cuando Rosemary leía las cartas de su hermano, los niños a duras penas podían mantener los ojos abiertos. Rhett comentaba en broma que había estado a punto de morir enterrado en la bodega de una goleta escocesa de pesca del arenque bajo una ondulante tonelada de peces.

Louis Valentine hizo una mueca.

—Mamá, ¿cuándo volverá a casa papá? —preguntó Ella.

El último domingo de abril amaneció con una temperatura templada y agradable. Las madreselvas y los calicantos perfumaban el aire. La pequeña Ella acompañó a Mamita a la vaquería, donde ésta arrojaba leche recién ordeñada a las bocas de los gatos del establo que esperaban al lado del taburete de ordeñar, formando una graciosa y expectante fila.

—¿Qué es aquello, Mamita? Al lado de la verja.

Mamita tomó a Ella de la mano.

—Cariño, tú ven aquí conmigo. No te acerques a eso.

La niña se desplomó presa de unas fuertes convulsiones.

Con la larga lengua cubierta de moscas y mostrando los blancos dientes en un gruñido de desafío, la ensangrentada cabeza de *Boo* colgaba del pilar de la verja.

A la hora del crepúsculo, Will se reunió con Sam a la orilla del río, donde los peces de la región estaban desovando. Aunque una oscura flotilla de aquellas grandes y huesudas criaturas ennegrecía los charcos, la caña de pescar de Sam descansaba a su lado en la orilla. A Will le crujieron las rodillas al sentarse.

—Me estoy haciendo viejo —dijo.

Un águila pescadora se abatió sobre el agua y volvió a levantar el vuelo con un ondulante pez en las garras.

—Siento lo de *Boo* —dijo Sam—. Quería mucho a ese perro.

—Humm. —Will encendió torpemente la pipa.

Al cabo de un rato, Sam añadió:

—Me han nombrado diácono de la Primera Iglesia Africana.

—Eso es muy importante —dijo Will.

—¿Usted cree que mentir es cuando uno no dice lo que sabe o sólo cuando dice directamente una mentira?

Will se salvó de contestar porque se le apagó la pipa. Al cabo de un rato, Sam añadió:

—Los negros están asustados. Por eso no vienen.

Will hizo una mueca y limpió la pipa dándole unos golpecitos sobre una roca.

—Imaginaba algo así. ¿Quién los ha asustado?

—¡Fíjese en este bribón! Apuesto a que este pez mide casi un metro.

—Vaya si es gordo.

Ambos hombres recordaron los peces de mayor tamaño pescados en el río Flint y se mostraron de acuerdo en que el de dieciocho kilos de Jim, el de los Tarleton, según el peso arrojado en la báscula de cerdos de Beatrice Tarleton, había sido el «más grande que jamás se haya pescado en aquella región».

—Yo siempre lo había pensado, señor Will —dijo Sam—. ¿Usted cree que es pecado que no lo diga?

Will pasó una ramita por el interior de la caña de la pipa.

—Eso creo, siendo diácono como eres.

—Ya sabía yo que sí —dijo Sam con abatimiento—. Vaya si lo sabía.

Will preguntó en voz baja:

—¿Los mismos tipos que nos estropearon la carne mataron nuestras yeguas y… —Will carraspeó— a *Boo?*

Sam lanzó un suspiro.

—Eso creo. El pequeño Willy, el del mercado de Jonesboro, los oyó bromear.

—¿Quién bromeaba?

—Aquel domador de caballos. Willy le oyó decir: «Me gusta la carne de cerdo sin sabor a mierda.» Pero al tío del domador de caballos (se llama Isaiah, como el profeta) no le gustó que fuera tan malhablado, no señor. Claro que el pequeño Willy fingió no haber oído nada. Son tres: el domador de caballos, Isaiah y aquel Archie Flytte de Mundy Hollow.

Will le preguntó cuál era el mejor cebo para aquella variedad de peces y si era cierto que lo mordían prácticamente todo. Después Will recordó lo mucho que la señora Tarleton admiraba a la yegua de tiro de Sam, *Dolly*, cuando era una potranca.

A su debido tiempo, Sam dijo:

—El domador de caballos y Archie Flytte son del Klan. Recorrieron todo el condado de Clayton después de la guerra. —Se estremeció—. Creo que Archie es capaz de matar a un negro nada más verlo. Fue Archie el que mató a aquel senador negro de allí abajo en Macon. ¡Lo ahorcó como si no tuviera la menor importancia!

Will se acercó con su caballo a la finca de los Tarleton.

La señora Tarleton soltó un bufido.

—¡Domador de caballos! ¡Josie Watling dice que es domador de caballos! Dice que ha estado en el oeste, donde tienen los caballos más difíciles. Es un arrogante mequetrefe. ¿Conoce a Jim Boatwright, el propietario de los almacenes de algodón? Jim tiene menos seso que el que Dios le ha dado a una oca. Tenía una potranca un poco salvaje, una potranca fogosa, justo la clase de caballo que nadie quiere tener. Cuando la potranca arrojó a Josie Watling por la testuz, Watling agarró una duela de barril y el muy insensato le sacó un ojo.

A la mañana siguiente, justo cuando acababan de dar las diez, Big Sam ató el coche de Scarlett a un poste delante del Palacio de Justicia. Scarlett lucía un severo vestido de talle alto y el sombrero que Rhett le había enviado por Navidad. Big Sam se apresuró a ayudarla a bajar.

—Sam, espérame aquí.

—Estaré en la ferretería, señorita Scarlett. El señor Will necesita unas abrazaderas de arado.

El despacho del sheriff se encontraba en el sótano del Palacio de Justicia y el aire se notaba más frío. Scarlett bajó los peldaños. Dentro, en la pared de detrás del

escritorio del sheriff, había un mapa del condado de Clayton, unos amarillentos carteles de hombres buscados y la obligatoria litografía de Robert E. Lee montado a lomos de *Traveller.* El sheriff Oliver Talbot se levantó para saludarla y, cuando Scarlett se presentó, le dijo que estaba encantado, encantadísimo. Conocía al esposo de la señora Butler.

—¿Sirvió usted con Rhett?

—No, señora. —El sheriff giró en redondo para mostrarle su brazo marchito—. Nací así, señora. Un poco desagradable, ¿verdad? —Talbot soltó una risita—. Mi mujer me dice: «Da gracias a Dios, Olly. Tu brazo malo te salvó de que te mataran en la guerra.»

—Mi plantación ha sido víctima de actos de vandalismo y los negros tienen miedo de trabajar para mí.

—Conocí también a su padre. Gerald O'Hara era un gran caballero. ¿De quién sospecha, señora Butler?

Scarlett le describió la escena de los jamones rodando cuesta abajo hacia el cementerio de animales y de un potrillo tratando de mamar de su madre muerta.

—Veintiocho jamones, dice usted. Dos yeguas. ¿Y un perro? —Talbot frunció el entrecejo—. Dígame qué negros lo han hecho y yo les enseñaré lo mucho que se han equivocado.

—No ha sido obra de negros, sheriff. Sólo unos blancos pueden ser tan perversos… los mismos que incendiaron mi casa de Atlanta. La residencia más bonita de Atlanta arrasada.

La sonrisa del sheriff se encogió.

—Señora Butler, no puedo hacer nada por lo de Atlanta. El sheriff de Atlanta es J. P. Robertson, Los actos de vandalismo no son propios de blancos.

Scarlett le mencionó los nombres de Isaiah y Josie Watling y de Archie Flytte, y añadió:

—Flytte me odia. Fue declarado culpable, ¿sabe? Archie asesinó a su mujer.

Talbot asintió con la cabeza.

—La pobre Hattie Flytte era pariente mía, señora Butler. Conocía a Archie antes de que lo enviaran a la cárcel y lo conozco ahora. El viejo Archie es un cliente muy difícil. Pero ¿destrozar su almacén de carne? Eso no es propio de Archie. En cuanto a los otros, Isaiah es un hombre piadoso y muy trabajador. Cuando todavía tenía su granja en Muddy Hollow… bueno, eso debió de ser allá por 1840 o 1841…

—Sheriff, por favor, guárdese sus afectuosos recuerdos para otros más interesados que yo en el tema. Mi familia tiene cierta importancia en este condado.

La sonrisa de Talbot desapareció como si jamás hubiera existido.

—Señora Butler, cualquier ciudadano blanco tiene importancia en el condado de Clayton. Conozco a estos chicos que usted menciona, y no son ángeles. Pero no los veo capaces de hacer nada de lo que usted dice que han hecho. Hay algunos negros desvergonzados que se la tienen jurada y yo le aseguro que pienso investigarlo.

Cuando Scarlett salió a la luz del sol, un apergaminado vejestorio estaba

apoyado en su coche. El hombre se tocó el ala del sombrero.

—Buenos días, señorita Butler. Soy Isaiah Watling y conocí a su marido cuando era el joven amo de la plantación Broughton. Tengo entendido que Butler está en Europa. —Hizo un gesto de desaprobación—. Algunas personas andan por ahí sin tomar precauciones. Cuando escriba a su marido, dígale que Isaiah Watling ha preguntado por él.

—Señor Watling, ¿qué pretende? ¿Por qué nos atormenta?

El hombre soltó una carcajada que sonó a graznido.

—Hay tormentos y tormentos, señorita Butler, pero los peores son los tormentos del infierno. —La apuntó con su huesudo dedo índice—. Archie dice que usted es Jezabel, pero no se parece a la Jezabel tal como yo la imagino.

—Si lo sorprendo merodeando alrededor de mi propiedad, mandaré que lo azoten.

—¿Que me azoten, dice usted, señorita Butler? —El hombre lo pensó—. Señorita Butler, a pesar de todos los azotes que he presenciado y he propinado en mi larga, larguísima vida, no puedo decir que eso haya servido alguna vez para arrancarle a un hombre una pizca de bondad. —Isaiah Watling entornó los párpados con regocijo—. Creo que me ha salido un chiste. Una pizca de bondad, muy bueno.

Enderezó la espalda y dio media vuelta para marcharse.

Scarlett miró alrededor en la desierta plaza y se estremeció de angustia.

—¿Dónde está Sam? Tenía que estar esperándome.

—¿Era ese negro suyo tan grandote, señorita Butler? Creo que se ha largado.

—Sam es un buen negro. No sería capaz de dejarme.

—Bueno, pues lo siento en el alma, pero se ha largado corriendo, señora. Y puede que no deje de correr hasta que esté muy lejos de aquí.

53
El telegrama

El telegrafista de la Georgia Railroad calculaba que no tendría ningún problema para enviar un telegrama a la atención de Rob Campbell en Londres, Inglaterra —contaban con un cable transatlántico—, pues sí, señora. Pero quizá se tardaría un poquito porque él jamás había enviado un telegrama a Londres, Inglaterra. Consultó su libro y soltó un silbido.

—Señora, eso va a costar un dólar la palabra.

Mientras escribía, Scarlett apretó con fuerza la pluma contra el cuaderno de mensajes: «Rosemary te necesita.» Le devolvió la pluma al funcionario, pero se la arrebató de nuevo y añadió: «Yo te necesito. Cariño, vuelve a casa.»

54
Glasgow

Tazewell Watling quería romper el maldito papel, pero volvió a guardarlo en el sobre y le dio al chico una moneda de seis peniques.

Éste se tocó el gorro con semblante preocupado.

—Señor, ¿lo entregará usted al señor Butler?

—Si lo encuentro.

Seis meses atrás, cuando Rhett Butler había entrado en el despacho de Nicolet y Watling, Tazewell casi no lo reconoció. Unas prendas antaño elegantes colgaban de su flaca figura. Su rostro era el de un anciano.

—¿Señor?

Rhett retorció el sombrero entre las manos.

—Me voy al extranjero, Taz. —Su cansada sonrisa parecía más triste de lo que jamás podría parecer una sonrisa—. El gran recorrido. Museos. Lugares históricos. Bellas artes. —Hizo una pausa—. No sé si querrías acompañarme.

Taz iba a contestar que octubre era el mes más movido del año: los barcos se acumulaban en el muelle de Nicolet y recibían tanto algodón que habían tenido que alquilar un segundo almacén. Pero contempló los marchitos ojos de su tutor y dijo:

—Pues claro que iré.

Aquel mismo día embarcaron en el vapor correo.

Belle le había escrito a Taz acerca de Rhett:

«Cariño, nunca lo había visto tan mal. Primero lo de Bonnie Blue, y después la señorita Melly. Habría sido difícil incluso si Rhett y la señorita Scarlett pudieran consolarse mutuamente, pero no pueden. Me temo que a Rhett no le queda mucha vida.»

Rhett jamás hablaba de aquello y ya estaban en el canal de Bristol de Inglaterra cuando mencionó a Melanie Wilkes por primera vez. Las aves marinas sobrevolaban y bajaban en picado sobre unas rocas blancas como la tiza.

—A la señorita Melly no se la podía engañar —dijo—. Melanie Wilkes nunca tuvo la menor duda acerca de ciertas cosas.

Tazewell apartó el rostro para no ver las lágrimas que surcaban el rostro de su tutor. No preguntó por su esposa. El hecho de que los labios de Rhett jamás pronunciaran el nombre de Scarlett le indicó al muchacho todo lo que necesitaba saber.

El botones del hotel de Londres deshizo el equipaje mientras Rhett permanecía sentado con las manos colgando entre las rodillas. Taz tenía intención

de visitar a los Campbell, pero su tutor dijo que estaba demasiado cansado para acompañarlo.

El muchacho pasó una agradable tarde renovando su amistad con la familia Campbell, pero cuando regresó al hotel, Rhett se había ido. El portero dijo que no había tomado un coche, sino que se había dirigido a pie a Mayfair.

—El caballero parecía un poco distraído —añadió—. Como si le rondara algo por la cabeza.

El sastre de Rhett no lo había visto y en los clubs de juegos de azar tampoco había estado. Por supuesto que conocían al señor Butler. ¿Se encontraba el señor Butler de nuevo en Londres?

Tres días después, con la misma ropa que llevaba al desaparecer, Rhett regresó al hotel, desaliñado y sin afeitar. Puede que hubiera dormido con la ropa puesta.

—Es inútil, Taz. No puedo olvidar. La bebida, el láudano, las mujeres… Jamás pensé que llegaría a maldecir mi memoria. —Se miró las manos—. Puedes regresar a Nueva Orleans si quieres. Te agradezco que interrumpieras tu trabajo para venir, pero…

—Te prepararé el baño —dijo Taz.

Rob Campbell les facilitó las necesarias cartas de crédito y se encargaría de hacerles llegar la correspondencia. Taz compró billetes para el vapor de Dieppe, se aseguró de que Rhett tuviera camisas limpias e incluso lo tentó para que comiera.

En diciembre, en París hacía un frío tremendo y su famosa luz era implacable. Rhett no conseguía entrar en calor. A veces, cuando salían, llevaba puestos dos abrigos.

Como habría hecho un hijo respetuoso con su frágil progenitor, Taz lo acompañó al Louvre, a Notre-Dame y a la Ópera Garnier. El muchacho charlaba por los codos durante los prolongados silencios. Cuando Taz hacía alguna pregunta directa, su antiguo tutor le contestaba amablemente, pero hacía muy pocas observaciones y se abstenía de cualquier sugerencia. No tomaba la iniciativa en nada.

Una tarde mientras paseaban por la rue de la Paix se cruzaron con unas emocionadas y jóvenes bailarinas de ballet que estaban entrando en una *maison de couture.* Taz saludó a las chicas quitándose el sombrero y comentó:

—Hay otras mujeres, ¿sabe?

—¡Cómo te atreves a decirme eso a mí! —Y se le encendieron los ojos de tal manera que Taz respingó hacia atrás.

El muchacho se despertaba en mitad de la noche y sorprendía a Rhett sentado junto a una ventana. La luz de la luna invernal le blanqueaba la cara.

Todas las semanas Rhett cumplía su deber de escribirles a los niños y le pedía a Taz que leyera las cartas antes de echarlas al correo.

—Simples comentarios de un turista de lo más vulgar y corriente —decía—. No quiero inquietarlos.

En sus cartas, los lugares de interés de París que Rhett había visitado sin

apenas darse cuenta se describían con cautivador detalle. Todos los días eran soleados. A Rhett le hacían gracia los famosos y truculentos cocheros y camareros de París que fingían no entender el francés criollo.

Las cartas de Taz a Belle eran también muy optimistas.

Rosemary escribió a la dirección de Rob Campbell diciendo que se quedaría en Tara «hasta que decida qué hacer con mi vida».

«Tu abuelo Watling ha venido un par de veces —escribió Belle a Taz—. A lo mejor, algún día conseguiré que se tome una taza de café conmigo.»

La compra de regalos navideños fue un suplicio. A pesar de que se registraban temperaturas bajo cero, Rhett sudaba con una chaqueta de *tweed* de Harris. Tras haber comprado los regalos de los niños, bajó del coche y entró en una sombrerería de la Place de la Concorde. No estuvo dentro ni cinco minutos.

Soltando un gruñido, volvió a derrumbarse en el asiento.

—Listo. Ya está hecho. Creo que ya no puedo hacer nada más, Taz. ¿Quieres encargarte de enviar todo esto?

Aquella noche Rhett desapareció del hotel. Estuvo una semana ausente, hasta que un gendarme y su capitán lo trajeron al hotel.

—No, *monsieur* —le dijo el capitán a Taz—. *Monsieur* Butler no ha cometido ningún delito. Pero arriesga su vida… —Hizo una pausa—. En Montfaucon, donde encontramos al caballero, los gendarmes van de cuatro en cuatro.

—¿Rhett?

Éste tuvo un acceso de tos. Tosía sin poderlo remediar, pero rechazó la ayuda de Taz con un gesto de la mano.

—¿Tal vez *monsieur* está enfermo? —apuntó el capitán de los gendarmes.

—Lo está—dijo Taz, entregándole al hombre veinte francos.

Si en París hacía frío, en Glasgow mucho más. Taz y Rhett se pasaron la noche de su llegada en el hotel Great Western, al otro lado de la estación ferroviaria de Gallowgate. No había mucha gente en el enorme comedor: un puñado de viajantes de comercio que aprovechaban para leer mientras cenaban solos, una pareja de ancianos que habían salido a celebrar algo con su nieto. Los ancianos hicieron muchas preguntas antes de pedir una botella del champán más barato.

Rhett picó un poco de comida y no bebió nada. Por la mañana, había desaparecido.

Taz visitó los hospitales de Glasgow y la cárcel central, donde lo enviaron al manicomio de Gartnavel.

Tras recibir el telegrama de Scarlett, Taz insertó un anuncio en el *Glasgow Herald:*

CUALQUIER PERSONA QUE APORTE
INFORMACIÓN SOBRE

EL PARADERO DEL SEÑOR RHETT BUTLER
—UN CABALLERO AMERICANO
DE MEDIANA EDAD, ALTO,
BIEN VESTIDO Y AL PARECER ENAJENADO MENTAL—
RECIBIRÁ UNA GENEROSA RECOMPENSA DEL SEÑOR
TAZEWELL WATLING EN EL HOTEL GREAT WESTERN.

Cuatro días más tarde, un preocupado cochero acompañó a Taz hasta una cervecería de una mísera barriada del East End de Glasgow.

—Es un poco peligroso —le advirtió el hombre—. Le aconsejo que tome precauciones.

El humo del carbón era tan espeso que a las cuatro y media de la tarde ya parecía plena noche. Las modestas casas de vecindad daban a una estrecha callejuela iluminada por el sucio círculo de luz de una farola de gas.

—Le pagaré cuando haya visto al señor Butler —dijo Taz.

El cochero rezongó.

—El dinero lo quiero ahora.

—Si quiere el dinero, esperará.

El cochero se quedó en su pescante, mirando arriba y abajo de la calle. Un gato maulló en un callejón.

—Le pagaré el doble si espera.

—No sé si esperaré. Dese prisa, por el amor de Dios.

En cuanto cruzó la puerta de entrada no señalada por ningún rótulo, a Taz le lagrimearon los ojos. El local estaba atestado de un denso humo azulado y apestaba a humanidad. Los hediondos efluvios habían teñido de marrón el techo de hojalata. Unos pesados taburetes se alineaban junto a la barra; había bancos junto a las mesas. El mobiliario era demasiado pesado para utilizarlo como arma.

En la parte de atrás del oscuro local, con su capa forrada de armiño, las pepitas de oro de los gemelos y la gruesa leontina de oro, Rhett ocupaba la cabecera de una mesa junto con cinco de los peores rufianes que Taz hubiera visto en su vida. El crimen ardía en sus ojos.

—Hola, Taz. Ven aquí que te voy a presentar. ¿No me habías preguntado por mi abuelo Louis Valentine? La plantación Broughton fue adquirida por ilustres personajes iguales a éstos.

—Pero bueno, ¿es que no va a seguir o qué? —dijo uno de los ilustres personajes, riendo entre dientes.

Rhett llevaba la ropa arrugada e iba sin afeitar, pero estaba sobrio y el vaso que tenía delante estaba intacto.

—Tengo un coche fuera, Rhett.

—La noche es joven, Tazewell Watling, y estoy discutiendo cuestiones de amor con unos filósofos escoceses. El señor Smith aquí a mi derecha afirma que las palizas habituales calientan el lecho conyugal. El señor Jones, este robusto caballero de cabello rubio como la arena, sustenta opiniones similares.

—No hay que permitir que se les suban los humos a la cabeza —aseguró Jones.

—Por supuesto que no —convino Rhett.

—Rhett, le he estado buscando por todas partes. —Taz le entregó el telegrama.

«Lo que no mata engorda», pensó Tazewell mientras su amigo leía el breve mensaje de Scarlett, y la frente se le perló de sudor.

Después, con su agilidad habitual, Rhett se levantó.

—En fin, caballeros, sintiéndolo mucho, todo lo bueno se acaba.

—Coño, pero ¿adónde va ahora? —protestó Smith.

Jones se levantó y se ladeo la gorra.

—Íbamos a pasarlo muy bien.

—Qué curioso, ya sospechaba yo que ésa era su intención —dijo Rhett riendo.

Jones bajó la mano y la levantó empuñando un palo. Algo afilado brilló en la mano de Smith. El tabernero soltó el trapo y se largó.

—Usted se va a quedar aquí con nosotros, señor. Sólo un rato.

Tazewell sacó el revólver de la chaqueta y apuntó como el que no quiere la cosa hacia el techo.

—Siento decepcionarle, señor, pero nuestro cochero no puede esperar.

—Vaya por Dios —dijo Rhett con aire divertido—, a ver si vamos a tener que regresar a pie al hotel. Buenas noches, amigos. Puede que volvamos a vernos.

El palo de Jones colgó inerte de su mano.

—Qué remedio, señor —dijo con una sonrisa torcida—. Vuelva cuando quiera, señor. Nos encantará verle.

Fuera, el cochero les hizo apremiantes señas, pero Rhett se dio unas palmadas en los bolsillos y frunció el entrecejo.

—Me he dejado los guantes.

—Por el amor de Dios, Rhett, ¿está usted loco?

Rhett se quedó perplejo un momento antes de esbozar su sonrisa de siempre.

—El amor es algo muy peligroso, Taz. Pone en peligro tu alma inmortal.

55
La sequía

El condado de Clayton estaba seco. La resistente hierba conocida con el nombre de bermuda estaba estrangulando con sus fuertes hojas las tiernas plantas de algodón. En ausencia de Big Sam y tras el regreso de Ashley a Doce Robles, Will Benteen empezaba a sembrar antes del amanecer, confiando en que, pese a la oscuridad, su caballo no se desviara de los surcos. En lugar de descansar al mediodía, Will seguía trabajando con otro caballo y aprovechaba para comer un poco de pan con queso mientras caminaba detrás del arado.

Pero el arado de Will no podía arrancar las malas hierbas que crecían en los caballones y tampoco impedir que las plantas de algodón crecieran con una separación de menos de veinte centímetros entre sí. El trabajo con la azada requiere manos humanas. Sólo Mamita, demasiado vieja, y Robert Benteen, de tres años, se libraban de las tareas que exigían agacharse.

Por centésima vez aquella mañana, Scarlett O'Hara sacudió la azada para eliminar la enredadera que había quedado prendida en ella.

—¡Wade Hampton Hamilton! Arranca las malas hierbas, no el algodón.

—Sí, madre.

Aunque había cortado las raíces de la planta, Wade volvió a colocarlas cuidadosamente en su sitio.

Scarlett cerró los ojos y se armó de paciencia.

—¿Todo bien, señorita Scarlett? —preguntó Dilcey.

—Si te pasaras menos rato hablando y más rato cavando con la azada —replicó secamente Scarlett—, muy pronto acabaríamos con este campo.

—¿Y eso cómo se puede hacer? —murmuró Wade como hablando para sus adentros.

Lo cual era una buena pregunta, pensó Scarlett, pero se abstuvo de decirlo.

Las escuálidas plantas de algodón languidecían detrás del pequeño grupo de cultivadores. Por delante de ellos las malas hierbas eran tan abundantes que a duras penas permitían ver el algodón.

La víspera, Will le había dicho a Scarlett que tendrían que abandonar la zona superior.

—No llegaremos allí con tiempo para evitar que las malas hierbas estrangulen el algodón, señorita Scarlett. De nada sirve que yo lo cultive. Mejor que cave aquí con el azadón junto con todos ustedes.

Louis Valentine Ravanel y Beau Wilkes compartían una hilera. En cambio, Wade tenía una para él solo como los mayores. Will Benteen trabajaba en dos.

Las nubes que surcaban perezosamente el cielo empujaban las sombras al otro lado de aquel minúsculo pedazo del mundo.

Aunque ya no iban a la iglesia de Jonesboro, interrumpían el trabajo al mediodía del domingo y los cansados niños subían en silencio al carro. En medio de la bruma del calor, se escuchaba el tintineo de las guarniciones de los animales.

—Vamos, *Molly* —murmuraba Will, y los cascos de la bestia pisaban ruidosamente la reseca tierra.

Al llegar al establo, los niños saltaban al suelo. Pork, Dilcey y Prissy se encaminaban hacia sus cabañas.

—Suellen, por favor, encárgate de lavar a los niños. Yo ayudaré a Will con los caballos.

—No creo que me haga falta ayuda, señorita Scarlett —decía Will.

—Pues yo creo que sí —contestaba Scarlett.

Rosemary se desconcertó momentáneamente al ver aquel vehículo negro delante de su casa. Seguro que lo había visto en otro sitio.

—Pero bueno, si es Belle Watling. Qué sorpresa.

Con su sencillo vestido a cuadros marrones, Belle habría podido ser una campesina que acudía de visita.

—Siento molestarla, señorita Rosemary, pero tenía que venir.

—Siempre me alegro de ver a una amiga de Rhett, Belle. ¿El tiempo está seco en Atlanta? Aquí nos estamos asando. Por favor, ¿no quiere entrar en la casa?

Belle vaciló en el umbral.

—La señorita Scarlett ha conseguido tener una auténtica casa —comentó.

—Pues sí. Pase, por favor. —Rosemary la acompañó al fresco salón. El sudor le había dejado la piel pegajosa—. ¿No quiere sentarse? ¿Le apetece un refresco? Tenemos suero de leche fresquito…

—Oh, no. No necesito nada. He venido sólo… para decirles a usted y la señorita Scarlett… —Dejó los guantes en el brazo del confidente, volvió a cogerlos y jugueteó con ellos. Después respiró hondo—. Señorita Rosemary, usted y yo hemos sido amigas, pero creo que la señorita Scarlett me odia. Lo que tengo que decir es importante y le agradecería que fuera a buscarla.

Rosemary salió al vestíbulo y llamó hacia lo alto de la escalera.

—¡Wade! Por favor, llama a tu madre. Dile que es importante.

Belle la corrigió:

—Dígale que es una cuestión de vida o muerte.

El muchacho bajó ruidosamente por la escalera de la parte de atrás. Rosemary le pidió a Mamita que llevara agua al salón.

Cuando Rosemary regresó al salón, Belle estaba contemplando el retrato de la repisa de la chimenea. Despertada bruscamente de su ensueño, comentó:

—Debía de ser una auténtica dama.

—Creo que la abuela del señor Butler se casó tres veces.

—Lamento haberme presentado sin invitación. —Belle se inclinó sobre las rosas que Pork seguía cogiendo cada día y añadió—: Tengo que regar mis rosas con agua de pozo. Y el agua de pozo no les sienta bien.

Cuando entró con una jarra y unos vasos, Mamita mantenía los labios apretados en una dura y severa línea. Rosemary se adelantó a su reproche:

—Gracias, Mamita. Los niños pueden comer en la cocina.

—Pobre señorita Ellen —murmuró Mamita—, debe de estar revolviéndose en la tumba…

Cuando entró en el salón, una desaliñada y sudorosa Scarlett se estaba desatando las cintas de la papalina que se ponía para protegerse del sol.

—¿Cuestión de vida o muerte, Rosemary? Ah, señorita Watling…

—Señora Butler, no habría querido molestarla, pero…

—Pues no hace falta que nos siga molestando. —Scarlett se apartó significativamente a un lado para que Belle pudiera retirarse.

—Pero… —protestó Rosemary.

La sonrisa de Scarlett era tan fría como el acero.

—Querida Rosemary, Louis Valentine está más sucio que el cañón de una chimenea. ¿No podrías encargarte de que alguien lo bañara?

—Scarlett, no creo que Belle hubiera venido desde Atlanta si no se tratara de algo muy importante.

Scarlett se apartó un sucio mechón de la frente, se acercó al aparador, destapó la licorera y escanció una copa de brandy. Se la bebió de un trago e hizo una mueca.

—Señorita Watling, perdone mis modales. Es que… no la esperábamos.

—Esto no es fácil para mí —dijo Belle, tomando un sorbo de agua—. Esta agua es mejor que la de la ciudad.

—Belle —dijo Rosemary—, ¿qué…?

Belle se pasó el frío vaso por la frente.

—Señorita Rosemary, hoy yo no estaría viva de no haber sido por Rhett Butler. Y lo más probable es que mi chico Tazewell también estuviera muerto.

—Señorita Watling —la interrumpió Scarlett—, llevo en el campo desde el amanecer. Voy sucia y tengo los nervios a flor de piel.

Belle apoyó la cabeza en el respaldo del confidente y cerró los ojos. Con voz apagada dijo:

—Papá le echa la culpa a Rhett de todas sus penas. Asegura que Rhett indujo a mi hermano Shadrach Watling a batirse en duelo con él y lo mató porque Shad había matado a Will, aquel supervisor del dique.

—Pero ¿de qué demonios está hablando? —repuso Scarlett.

—Papá ha estado pasando por aquí—dijo Belle con los ojos cerrados—. Todos los domingos a las diez en punto papá pasa por aquí.

Isaiah Watling subía por el camino de Belle sin fijarse en lo bien que ella cuidaba el césped, ni en las rosas, ni en las alegres petunias de las macetas de la ventana. Belle siempre tenía una cafetera y unos bollos preparados en el porche por si él quería tomar algo, pero él jamás tomaba nada.

—Buenos días, papá.

Siempre se presentaba solo. Dejaba a Archie y Josie allá en Mundy Hollow.

Se sentaba en la mecedora con los pies apoyados en el suelo para que la mecedora no se deslizara. Nunca se quitaba el sombrero.—Hija.

Pronunciaba la palabra como si no estuviera seguro de que ella lo fuera.

Isaiah nunca le preguntaba por su nieto, pero al parecer no le molestaba que Belle le leyera las cartas de Tazewell con sus descripciones de la garganta del río Severn, de Notre-Dame y el hipódromo de Longchamp, donde Taz y Rhett habían conocido al señor Degas, un pintor. « Yo pienso que una pintura tiene que asemejarse a lo que se pinta, ¿no crees?» (Belle se mostraba de acuerdo con las juiciosas opiniones de su hijo.)

—Imagínate, papá —decía ella—. En Francia tienen pistas de carreras como las que tenemos aquí.

Cuando Belle doblaba cada una de las valiosas cartas que recibía, su padre siempre le preguntaba:

—¿Dice el chico cuándo van a volver a casa?

—No, papá.

—Ahora Butler ya no se puede seguir escondiendo detrás de la señorita Elizabeth.

Permanecían sentados en aquel porche como cualquier padre y cualquier hija en el porche de una casa cualquiera una mañana de un domingo completamente normal. Belle tomaba un bollo.

A veces, Isaiah no abría la boca. Otras veces, recordaba la alquería de los Watling en Mundy Hollow y el nombre de todos los caballos y hasta el de aquel viejo lebrel al que tanto había querido su hermano Shad.

—Todos decían que la mermelada de bayas de saúco de tu madre era la mejor que jamás hubieran saboreado —decía—. Aunque a mí la mermelada de saúco no me hacía ninguna gracia especial.

Él, Josie y Archie vivían un poco más abajo, al borde del camino.

—Ahora el lugar que ocupaba la granja ya no es nada —decía Isaiah—. La casa y el establo se han caído, como si jamás hubiéramos vivido allí.

Isaiah había tratado de arrancarle a su hijo la maldad.

—Shad era muy duro de corazón —dijo Belle.

—Pero eso no significa que Rhett Butler tuviera que pegarle un tiro.

—Soy tu hija, papá.

—Lo he estado pensando. —La mecedora chirrió—. ¿Has considerado alguna vez la posibilidad de arrepentirte?

—Señorita Watling —la interrumpió Scarlett—. Su padre y su banda nos han aterrorizado y han asustado a nuestros braceros hasta obligarlos a marcharse. No sé qué motivos de queja imagina él que tiene contra mí.

—¡No tiene ninguno! El que la odia es Archie Flytte, pero papá no piensa nada malo de usted.

—Señorita Watling —dijo Scarlett—, ha dicho usted que era una cuestión «de vida o muerte»…

Belle posó su vaso de agua. Tomó sus guantes y los dobló.

—Nunca pensé que esto pudiera ser tan difícil —dijo en un suave susurro.

—Belle… —la apremió amablemente Rosemary.

—Señorita Rosemary, usted sabe lo que papá sentía por su madre. La consideraba una santa en la tierra. Señorita Scarlett, papá no tiene nada contra usted, pero durante mucho tiempo ha querido matar a Rhett, y ahora la señorita Elizabeth ha muerto y papá se ha juntado con ese Flytte y el primo Josie… mala cosa.

—Pero… —dijo Scarlett.

—Mientras Rhett se encuentre al otro lado del océano no pueden hacer nada y por eso los acosan a ustedes, para que le pidan que vuelva. —Belle parecía muy angustiada—. Cualquier cosa que usted haga, señorita Scarlett… por favor, no le pida a Rhett que regrese a casa.

56
Las tres viudas

Aunque la oficina de telégrafos de Jonesboro estaba cerrada el domingo, Scarlett interrumpió la cena del telegrafista y lo engatusó para que accediera a acompañarla a la estación ferroviaria. Una vez allí, el hombre puso en marcha toda su batería de instrumentos, se remangó, sometió a prueba la fuerza de su señal y envió matraqueando la desesperada advertencia de Scarlett al otro lado del Atlántico.

Scarlett se pasó todo el rato paseándose arriba y abajo hasta que oyó la ruidosa respuesta de Rob Campbell: «Rhett y Tazewell zarparon el jueves rumbo a Nueva York.»

—¿Se encuentra bien, señora? —le preguntó el telegrafista—. ¿No quiere sentarse?

—Envíe mi mensaje al St. Nicholas, al Astor House, al Metropolitan, el Quinta Avenida… ¡Por el amor de Dios, envíelo a todos los hoteles de Nueva York!

—Señora —repuso el telegrafista—, yo no conozco los hoteles de Nueva York. Nunca he estado en Nueva York.

Scarlett experimentó el impulso de abofetearlo por incompetente. Sentía ganas de llorar de rabia.

—Envíelo a los hoteles que le he mencionado —dijo, apretando los dientes.

Mientras regresaba a Tara, su mente empezó a dar vertiginosas vueltas. ¿Qué podía hacer? ¿Qué habría podido hacer una mujer?

Por el camino, no supo entre qué sitio y otro, refrenó su caballo. El cielo era azul. Oyó una curruca entre los arbustos del borde del camino. Con la misma claridad y frialdad con que jamás hubiera sabido alguna cosa, Scarlett supo que, si Rhett Butler fuera asesinado, ella también moriría.

Curiosamente, la dura sentencia que había dictado contra sí misma serenó su alma. La cabeza dejó de darle vueltas y comprendió lo que tenía que hacer.

Mientras Scarlett desmontaba, Rosemary corrió a su encuentro.

—¿Has advertido a Rhett?

Scarlett se quitó el sombrerito y meneó la cabeza para soltarse el cabello.

—Ya han zarpado. Cuando Rhett vuelva a Tara, los Watling le tenderán una emboscada.

Rosemary cerró los ojos un instante.

—¡Malditos sean!

—¡Sí, malditos sean todos! ¿Dónde están nuestros presumidos defensores varones cuando realmente los necesitamos?

En el salón, una alicaída Mamita les sirvió un té caliente. La casa estaba en silencio; los niños jugaban fuera bajo la suave luz del prolongado crepúsculo.

—Rosemary —dijo Scarlett—, nosotras dos somos muy distintas en muchos aspectos, pero las dos queremos a tu hermano.

Rosemary asintió con la cabeza.

—Y haríamos cualquier cosa que tuviéramos que hacer (cualquier cosa) para evitar que sufriera daño.

—Scarlett, ¿en qué estás pensando?

—Dos veces me he vestido de luto por unos maridos que murieron protegiendo a las mujeres sureñas. Aborrezco el luto. No pienso vestirme de negro por tercera vez por Rhett Butler.

Scarlett llenó las tazas de té y añadió crema de leche a la suya y azúcar a la de Rosemary. Cuando se la ofreció, la taza tintineó sobre el platillo.

—Tú, Rosemary Butler Haynes Ravanel, eres viuda como yo por partida doble. Cuando tus maridos se fueron a luchar, ¿te alegraste de verlos marcharse?

—¿Cómo? ¿Estás loca?

—Al contrario. Es posible que, después de tantos años, ya esté apartando a un lado la locura de los hombres. —Scarlett se acercó a la licorera y echó un saludable chorrito de brandy a su té—. Sí, lo sé, lo sé. Las señoras no beben brandy con el té. Pero, francamente, Rosemary, ya no me importa lo que hagan o dejen de hacer las señoras.

—Scarlett, dime qué te propones. ¡Por favor! ¡Te lo suplico!

Y Scarlett se lo dijo.

Lo primero que hizo Dilcey el lunes por la mañana fue calentar agua para que ellas se bañaran en la cocina. Scarlett primero y después Rosemary mientras aquélla se envolvía en una toalla y se secaba el cabello. La suciedad de su trabajo en el campo dejó el agua del baño teñida de gris. Mamita planchó unas enaguas mientras ellas, envueltas en sus toallas, permanecían sentadas la una al lado de la otra y Dilcey les trenzaba el cabello y se lo recogía en sendos moños.

Mamita se debatía entre la consternación ante lo que Scarlett pudiera estar tramando y el regocijo que sentía al ver la transformación que se estaba operando en ellas.

Los hombres habían sido desterrados de la casa y las damas, en camisa y ya peinadas, empezaron a buscar ropa en los baúles de Scarlett. Cuando ésta desdobló un vestido de seda rosa tornasolada, cayó al suelo una etiqueta: «Mme. Frére, calle Bourbon.»

—Dios mío —dijo Scarlett—, esto lo compró Rhett en Nueva Orleans. —Sostuvo el vestido contra la figura de Rosemary—. Te favorece la cara.

—Pero ¿y el corpiño? Scarlett, yo no estoy tan bien dotada…

—Dilcey le hará un retoque. —Scarlett soltó una risita—. ¿No te contó Rhett

lo que ocurrió la vez que asistimos al famoso Baile de la Cuarterona?

Mientras las damas se preparaban, Pork embridó los caballos de silla más hermosos de Tara. Los almohazó, les recortó las crines y las colas antes de atarlos a la rejilla de enganche para que Prissy les prestara las debidas atenciones. En el cuarto de los arreos, encontró dos polvorientas jamugas y dio unas reverentes palmadas a la más pequeña.

—Señorita Ellen —dijo Pork—. Todo ha cambiado en Tara. Y no para mejor.

Mientras trenzaba crines y colas, Prissy hablaba por los codos.

—Van a estar preciosas, ¿verdad? ¿Es que la señorita Scarlett y la señorita Rosemary van a una barbacoa? Por la manera en que se están arreglando, apuesto a que es ahí adonde van. Supongo que nosotros iremos también. —Dio un paso atrás para admirar su obra—. Voy a poner unas cintas en las crines y las colas. Pork, ¿qué color te gusta más?

—Para la señorita Scarlett, el verde —sentenció Pork con su autoridad de entendido.

El mercado de Jonesboro compartía un desvío con el matadero y el almacén de algodón de Maclver. Durante la cosecha, el algodón se subastaba en aquel lugar y, a lo largo de todo el año, los granjeros del condado de Clayton acudían allí para la compra y la venta de ganado. Los corrales y los toscos cobertizos del mercado lindaban con el desvío ferroviario. En el extremo sur del mercado se entregaban, pesaban, numeraban y encerraban en un corral todos los animales destinados a la venta hasta que, cerrando ruidosamente las puertas a su espalda, los conducían a través de los anchos pasillos del mercado a un recinto de treinta metros de diámetro rodeado por una firme valla de roble tan alta como un caballo. En los días de mercado, los negros se encaramaban a la valla mientras los blancos disfrutaban de la relativa comodidad de la tribuna abierta de madera. En el despacho de ventas situado bajo la tribuna, dos mujeres de adusto rostro aceptaban los pagos, restaban las comisiones del mercado y entregaban un resguardo para que el afortunado comprador pudiera retirar su animal. Al lado de la oficina de ventas había un cobertizo de madera donde una negra vendía lonchas de jamón y pan de maíz. En señal de respeto a los baptistas, la negra guardaba su botella de aguardiente bajo el mostrador.

En el mercado se mezclaban berridos, chillidos, balidos, cloqueos, relinchos, graznidos y rebuznos de mulos, caballos, cerdos, gansos y gallinas.

Aquel lunes por la mañana, la hierba reseca crujía bajo los pies y un polvo rojizo cubría el ganado, los corrales y la tribuna. Los sombreros de los hombres estaban teñidos de rojo y el aire olía a estiércol seco.

Los compradores que llevaban a cabo transacciones por cuenta de los carniceros de Atlanta vestían trajes de hilo y se sujetaban las corbatas con alfileres de oro. Pero casi todos los que estaban allí aquel día eran pobres hombres que habían acudido a vender un cerdo o comprar una vaca lechera a la que todavía le quedaran algunas temporadas. Algunos iban descalzos.

A la una, el mercado estaba lleno de gente. El ganado entraba en el cercado

de las subastas, el subastador lanzaba a gritos su sonsonete y el polvo permanecía en suspenso en el aire cual roja niebla.

Cuando aparecieron las dos damas, los perplejos granjeros empezaron a darse codazos. Un bobalicón se frotó los ojos y exclamó: «¡Caray!»

Unos parasoles de seda adornados con flecos protegían la delicada tez de las damas y unos guantes largos hasta el codo protegían sus delicadas manos.

Rosemary esbozó una cautivadora sonrisa.

—Oh, muchas gracias, señor.

El joven granjero que le abrió la verja jamás había oído una voz más dulce.

Eran la perfección de la feminidad del Sur, las damas que sus propias esposas, devastadas por el duro trabajo y los partos, jamás podrían ser. Por supuesto que no estaban cubiertas de polvo… ni una mota se habría atrevido a posarse en ellas. Sus ojos contemplaron con indiferencia al hombre que estaba atizando a una vaca enferma para que se levantara, unos terneros de tres días que llamaban a sus madres y un trabajador del mercado que fustigaba a un toro que se negaba a entrar en un cercado. Las damas jamás prestaban atención a estas cosas. Eran demasiado refinadas para eso. Los hombres se descubrían y sonreían a su paso.

Un hombre que había sido capataz de los Tarleton en tiempos más felices saludó diciendo:

—Buenos días, señorita Scarlett.

Y recibió una regia inclinación de su cabeza.

La noticia de la llegada de aquellas damas se difundió por todo el mercado y los hombres empezaron a dirigirse al cercado de las subastas como si estuviera a punto de subastarse un caballo o un toro de valor excepcional. Unos ganaderos que habían estado examinando las pezuñas de una borrica la dejaron suelta y unos negros que estaban lavando unos cerdos posaron los cubos en el suelo.

En la tribuna, los compradores de Atlanta permanecían sentados sobre cojines a la altura de los ojos del subastador, situado en el extremo más alejado del cercado.

Más arriba, en la última fila, Isaiah Watling dormitaba al sol mientras su sobrino Josie leía la novela de diez centavos de Ned Buntline *Los vigilantes de las praderas,* pensando que la pradera era justo el lugar donde debería estar él mismo. En la novela de Buntline, Buffalo Bill tumbaba de un solo disparo a un piel roja hostil desde un kilómetro y medio de distancia. Josie Watling se rascó la cabeza. Él nunca había disparado contra nadie desde tan lejos.

Jesse y Frank James estaban asaltando trenes. Josie Watling jamás había asaltado un tren. Josie Watling temía llevar demasiado tiempo en el Este y que, cuando regresara al Oeste, quizá no pudiera matar a un hombre desde un kilómetro y medio de distancia y tal vez ya no sirviera para asaltar trenes. Y en cualquier caso, ¿cómo hacía un hombre para asaltar un tren en marcha? ¿Cómo conseguías que se detuviera para poder asaltarlo?

Su tío Isaiah roncaba como un bendito y se lo había formado una burbuja de

saliva en la comisura de la boca. Isaiah solía comportarse como un tontaina. Lo único que lo mantenía vivo era Rhett Butler. Josie suponía que tan pronto liquidaran a Butler, Isaiah Watling podría morir en paz.

La idea de hostigar a la señora Butler hasta obligarla a pedir a su marido que regresara se le había ocurrido a Archie Flytte, que odiaba a los Butler con toda su alma. Tío Isaiah era demasiado piadoso para haber destrozado el almacén de carne, demasiado piadoso para haber asustado a los negros y demasiado piadoso para haberse cargado al maldito perro ladrador, pero cuando habían prendido fuego a aquella casa tan impresionante de Atlanta, Josie había tenido que apartar a rastras al viejo insensato, el cual se había quedado allí contemplando las llamas como si fueran su destino.

Josie regresó a la lectura de su libro. Buffalo Bill estaba entrando en una taberna donde unos forajidos se estaban repartiendo el botín de un atraco. «Se oían tiroteos en el aire», escribía Ned Buntline.

En el polvoriento cercado de las ventas, Archie Flytte estaba empujando al ganado mientras el subastador gritaba:

—¡Cien, una apuesta de cien se queda con todo! Ganado del señor Benson. Pónganles un poco de grasa a estos chicos y ganarán un montón de dinero con ellos. ¿He oído cien?

Los nerviosos animales se agitaban en medio del polvo mientras Archie los obligaba a moverse por aquí y por allá para que los posibles compradores pudieran verlos bien.

El polvo permanecía en suspenso en el aire. Los animales bramaban y sus pezuñas golpeaban el suelo mientras Archie gritaba: «¡So, vaca! ¡So, vaca! ¡Tira adelante!», y el subastador entonaba su cantinela. Las dos damas entraron al trote en el cercado de las ventas con sus caballos engalanados con cintas.

—Archie Flytte —dijo Scarlett, levantando la voz—. Quisiéramos hablar con usted y con sus… cómplices.

Archie frunció el entrecejo, dio un traspié con su pata de palo y a punto estuvo de perder el equilibrio. Libres de los empujones de Archie, los animales se retiraron al extremo del cercado.

—¡Señoras! —exclamó el subastador—. Por favor, señoras. Están interrumpiendo nuestra venta.

En respuesta a la osadía del subastador, Scarlett repuso en tono de guasa:

—No se preocupe, caballero. No lo entretendremos demasiado. Terribles injurias se han cometido contra nosotras y estoy segura de que usted, como caballero cristiano que es, querrá que se enderecen los entuertos.

Miró hacia la tribuna y saludó con la mano a los que reconoció.

—Muchos de ustedes conocen mi nombre de soltera, Scarlett O'Hara. Mi cuñada —con su mano enguantada de blanco señaló a Rosemary—, la señora Ravanel, es la viuda del coronel Andrew Ravanel, cuyo nombre conocen muy bien todos los patriotas sureños.

»Isaiah Watling, ¿es usted el que permanece al acecho allí arriba? Y usted,

señor, debe de ser Josie Watling. He oído hablar demasiado de usted.

Pasando de asiento en asiento, los Watling bajaron por la tribuna y saltaron por encima de la barrera al interior del cercado. El subastador hizo ademán de protestar, pero se abstuvo al ver que un comprador de Atlanta meneaba la cabeza.

—Archie Flytte, me alegro de que haya encontrado finalmente un trabajo adecuado. No estaba usted en su papel como cuidador de los niños de Melanie Wilkes. Me estremezco al pensar que alguien como usted pudiera permanecer a solas con unos niños inocentes. Isaiah Watling, ¿cómo hizo para ahuyentar a Big Sam? ¿Qué amenazas utilizó?

—¡Isaiah! —gritó Rosemary dando una suave palmada a su caballo para que éste diera un paso adelante—. ¿Ha matado a tiros unos caballos? ¿Ha asustado a unos negros? ¿Ha asesinado a un pobre perro? ¿Usted? ¿Qué habría pensado mi pobre madre Elizabeth de toda esta desgracia?

Cuando el viejo echó los hombros hacia atrás, los años se borraron y sus ojos brillaron como los de un milano.

—Su hermano mató a mi único hijo varón. Rhett Butler condenó a Shadrach Watling al fuego eterno del infierno.

—Es usted un embustero, Isaiah Watling —aseguró Rosemary—. Su hijo se batió con Rhett Butler en el campo de honor. ¿Cómo puede eso justificar el tormento de unas viudas y unos niños inocentes?

Scarlett se dirigió a los presentes:

—Señores, estas tristes criaturas mataron a tiros a dos yeguas que estaban amamantando sus potrillos, obligaron a huir a nuestros braceros, cometieron actos de vandalismo en nuestra propiedad y, para rematar su obra, asesinaron a nuestro fiel perro guardián. —Scarlett señaló con el dedo—. Díganos una mentira, Watling. Ante Dios y los hombres, ¡diga que es inocente!

—¡Muy bien, señorita Scarlett! —gritó un hombre desde la tribuna.

Cuando Josie se volvió para identificar al que había hablado, muchos hombres cruzaron la mirada con la suya. Algunos se levantaron mientras sus murmullos se iban convirtiendo en un inminente temporal.

Rosemary empezó a pasearse con su caballo por delante de la tribuna.

—Caballeros, estando yo en casa de la señora Butler, nos hemos visto asediadas y aterrorizadas por jinetes nocturnos. ¿Qué hombre tan cobarde puede cometer la bajeza de asustar a mujeres, niños y negros? ¿Qué es lo que harán después? ¿Asesinarán a mi hijo… al hijo del coronel Andrew Ravanel?

Dos jóvenes granjeros saltaron desde la tribuna al cercado.

—Mi hijo, Shadrach Watling, no…

—Capataz Watling —lo cortó Rosemary—, ¡tiene usted muy mala memoria! Su hijo Shadrach Watling era un bruto y un matón.

—¡Muy bien, señora Ravanel! ¡No deje que salgan bien librados de ésta!

Un fornido granjero saltó al cercado. Los hombres agarraron látigos de ganado y varas de ganadero. Otros hombres alargaron la mano hacia unos látigos y unas fustas. Josie Watling acarició la funda de su arma.

—¡Claro! —gritó Isaiah Watling—. ¡Claro! ¡Ustedes son tan fuertes y poderosos! ¡Ustedes los Butler son más orgullosos que nadie! Dejan en la ruina a quienes quieren, disparan contra quienes quieren, insultan a quienes les apetece y se alejan a caballo con toda tranquilidad! ¡Ustedes son los dueños de todo! —Apuntó con un dedo acusador—. ¡Ojo por ojo y diente por diente!

En aquel momento, cuando a Isaiah Watling le brillaba la saliva en los labios y sus enloquecidos ojos ardían como el fuego, Ashley Wilkes y Will Benteen hicieron su entrada en el cercado.

Rosemary emitió un jadeo.

—¡Os pido que os vayáis! —les gritó Scarlett—. ¡Por favor! ¡Esto lo estamos resolviendo nosotras!

Ashley cruzó el duro suelo de arcilla roja con toda su autoridad de comandante confederado. Sostenía la fusta en la mano.

—Ya basta, Scarlett —dijo—. ¡Nosotros vamos a arreglar las cosas!

—Oh, no, Ashley, nosotras…

Ashley azotó con la fusta el rostro de Archie Flytte.

—¡Nunca más te acercarás a Tara, grandísimo bribón! ¡Nunca más! De lo contrario, juro por Dios que…

Archie apenas había tenido tiempo de levantar el brazo cuando le cayó encima el segundo azote.

—¡Maldito miserable! ¡Nunca más te acerques a nosotros!

La fusta se enroscó alrededor del brazo levantado de Archie, el cual se lo llevó al pecho. Ashley tiró de la fusta para recuperarla, haciendo que Archie se inclinara hacia delante y cayera al suelo.

—¡Jamás volverás a molestar a las personas honradas! —rugió Ashley.

—¡No se preocupe! —Archie golpeó el pie de Ashley con su pata de palo y, cuando éste trastabilló, lo empujó y lo hizo caer.

Los caballos de las damas procuraban no pisotear a los hombres que rodaban bajo sus cascos, pero el de Rosemary no pudo evitar pisar con un casco trasero el tobillo de Ashley. Los animales a subastar, espantados, iniciaron una estampida y los granjeros saltaron precipitadamente por encima de la valla.

Archie rodeó la garganta de Ashley, que le golpeaba fuertemente con sus puños la espalda, pero las poderosas manos de Archie apretaban cada vez con más fuerza. Cuando Ashley trató de incorporarse y de rodar para ponerse de rodillas, el otro, a pesar de ser más viejo, no soltó la presa. Ashley aferró los fuertes dedos de su atacante para desprenderlos de su garganta, cuando Will Benteen los rodeó diciendo:

—Te voy a meter una bala en el cuerpo, Flytte. ¡Suéltalo o por Dios que te pego un tiro!

Cuando se oyó el disparo de Will, el caballo de Scarlett se encabritó y ella perdió el sombrero. Agarró las riendas con ambas manos y el caballo reculó hasta que sus cuartos traseros chocaron contra la valla de madera. Los hombres gritaban y las reses mugían.

—Vaya, que me aspen si no has matado a Archie Flytte —dijo Josie, arrastrando las palabras—. ¡Juro por Cristo que nunca pensé que alguien pudiera matar a Archie!

Scarlett miró a Will y, en medio de los mugidos y bramidos de las bestias, oyó su voz tan clara como la luz del día:

—¡No, por el amor de Dios! Tengo dos hijos.

—Bueno, Will, ¿y no crees que a lo mejor Archie también tenía hijos? —repuso Josie—. ¿Se te ocurrió preguntárselo?

El segundo disparo sonó más fuerte que el primero y a Scarlett la ensordeció fugazmente. Will soltó un gruñido, pero no fue un gruñido normal.

Rosemary trataba de calmar al caballo de Scarlett cuando Josie dijo:

—Tío Isaiah, tengo que largarme de aquí. Este tipo de trabajo no me va a llevar a ninguna parte. Por lo menos, con Jesse y Frank, cuando le pegas un tiro a alguien te pagan una recompensa.

57
La lluvia

Unas manos encallecidas depositaron cuidadosamente a Will y Ashley sobre unos sacos de forraje en el suelo del carro. Cubrieron la inmóvil figura de Will con una manta de caballo. Rosemary se arrodilló a su lado y lavó el rostro del inconsciente Ashley.

Algunos de los hombres que escoltaron a Scarlett y Rosemary hasta su casa eran granjeros que conocían desde hacía muchos años a Will Benteen o a los O'Hara, pero casi todos los demás eran simples holgazanes que no tenían otra cosa mejor que hacer.

—Después de matar a Will, ese Josie se acercó a mí con el arma todavía humeante. Cualquiera no se hubiera apartado de su camino. Vaya, le habría entregado mi caballo si me lo hubiera pedido.

—Ya tenían los suyos, Charlie. Un castrado ruano y una yegua baya.

—Ya sé que tenían caballos, Hank. ¿Acaso no estaba yo presente cuando Josie Watling le compró la yegua al señor Petersen? ¿No estaba yo allí?

—Pero ellos tampoco habrían querido tu caballo, hombre.

Sus triviales comentarios caían como sordos golpes en la mente febril de Scarlett. ¿Por qué habían ido allí Ashley y Will? Ella no había dicho nada acerca de su plan; tan sólo había explicado que ella y Rosemary irían a Atlanta. «A ver a los banqueros», había mentido.

Sólo Dios sabía cómo habían descubierto los hombres su verdadera intención y acudido en su ayuda.

Cuando el grupo llegó al sendero de Tara, Suellen y Dilcey salieron corriendo a su encuentro. Al ver el caballo sin jinete de Will, Suellen lanzó un grito.

—¡Will! ¡Oh, no! ¡No, mí querido Will!

Se acercó a toda prisa al carro, retiró la manta que cubría el rostro de su marido y se desmayó. Si Dilcey no la hubiera sujetado, la señora Benteen se habría desplomado en el suelo.

Los hombres dejaron de parlotear y ayudaron a la llamante viuda a entrar en la casa. Los niños y criados se congregaron impotentes en el porche. Prissy se puso a gemir.

Un herrador, que en otros tiempos había herrado los caballos de Gerald, le dijo a Scarlett:

—Tienen que pagar lo que han hecho. ¡Señorita Scarlett, basta con que usted dé la orden!

La rabia ante la estupidez de los hombres cegó a Scarlett por un instante. Apretando los labios, consiguió decir:

—Gracias. Gracias por su amabilidad. Mamita, llévate a los niños a la casa. ¡Prissy, ya basta de tonterías! ¡Prissy!

Mamita reunió a los niños como una gallina reúne a sus polluelos.

—Caballeros, si son tan amables de llevar nuestros caballos al establo y ustedes cuatro pudieran, por favor… acompañar a este caballero, el señor Wilkes, al salón.

—Tiene el tobillo machacado, señorita Scarlett —observó el herrador—. Supongo que le duele de mala manera.

—Supongo que sí —dijo ella.

Trasladaron a Will a la llamada caseta del manantial, una pequeña construcción que se solía levantar sobre un manantial para mantener la comida fresca, y lo depositaron sobre las frías piedras, al lado de unas jarras de leche.

—No, caballeros, no. Ya no vamos a necesitar más ayuda, gracias. Ya han hecho demasiado.

Los hombres no querían que su aventura terminara tan pronto y permanecieron allí veinte minutos más antes de marcharse.

Scarlett y Rosemary prepararon una cama para Ashley en el suelo del salón.

—¡Prissy! Busca una vieja sábana y córtala en tiras de unos… —Indicó con las manos una distancia de doce centímetros—. Así de anchas. Dilcey, ve a por agua caliente y jabón.

Cuando se quedó sola con Rosemary, Scarlett dijo:

—Pero ¿qué pretendían?

—Ashley tiene varias costillas rotas —dijo Rosemary—, y la garganta tan hinchada que casi se le ha cerrado. Creo que el tobillo también lo tiene roto.

Tras haber conseguido convencer a Suellen de que se tomara una dosis de láudano y haberla ayudado a acostarse, Mamita fue con Prissy a lavar el cuerpo de Will y vestirlo con su traje del domingo.

El joven doctor Bryan estaba empezando a darse a conocer y había tenido especial empeño en subrayar que, aunque era georgiano de nacimiento, había estudiado en Filadelfia. Redujo la fractura del tobillo de Ashley y preparó un emplasto de gaulteria para su garganta.

Todavía no muy ducho en la práctica de la medicina, el médico se mostró mucho más decidido a la hora de presentar la minuta.

—¿Diez dólares? Dios mío, doctor. ¿Dónde sirvió durante la guerra?

—Señora Butler —contestó el médico—, yo tenía trece años cuando terminó la guerra.

Al amanecer, Pork cavó la sepultura de Will Benteen en el pequeño cementerio de Tara.

—No es suficientemente profunda —dijo Scarlett—. Pork, eres el único

hombre que nos queda. Cava más hondo.

Cuando Scarlett regresó a la casa, Suellen Benteen la estaba esperando. El rostro de la hermana de Scarlett estaba hinchado de tanto llorar.

—Cuando mi Will me dijo que vendrías a Tara, yo le dije que entonces teníamos que irnos. «Tara será de Scarlett», le dije. «Ya no será nuestro hogar.» Le supliqué a mi Will que nos fuéramos. Le dije: «Mi hermana Scarlett siempre ha sido una fuente de problemas.» Me robaste a Frank Kennedy y conseguiste que lo mataran. Ahora también has conseguido que maten a mi Will. —Suellen rompió a llorar en desesperados sollozos—. ¿Qué voy a hacer sin Will? ¿Qué voy a hacer, Dios mío?

Scarlett subió al piso de arriba, donde, vestida todavía con sus arrugadas galas, se tumbó en la cama y durmió sin soñar hasta que abrió los ojos en medio de la clara luz matinal y todo acudió de nuevo a su memoria.

Años más tarde, Scarlett sólo recordaría fragmentos de los días sucesivos: el encargado de hacer el ataúd subiendo ruidosamente por el camino mientras el martillo brincaba en la plataforma del carro; los niños hablando en susurros delante de la puerta cerrada del dormitorio de Suellen. Las vecinas llevaron comida que nadie quería comer y los vecinos se encargaron de las tareas que hacía Will.

Rosemary cuidaba de Ashley detrás de la puerta cerrada del salón, mientras las numerosas personas que habían acudido a dar el pésame entraban en el comedor donde se había depositado el cuerpo de Will Benteen.

Una inexpresiva Suellen O'Hara Benteen recibía a los que trataban de consolarla. A su lado, Scarlett comprendió que unos vínculos vitales se habían cortado; a partir de aquel momento, ella y Suellen serían hermanas sólo de nombre.

Hacía mucho calor. Las rosas que cubrían profusamente el féretro no conseguían disimular del todo el olor.

Will Benteen era un baptista no practicante, pero, puesto que la única iglesia baptista de Jonesboro era la Africana, lo enterró el predicador metodista, quien después invitó a Scarlett al servicio del domingo siguiente.

—Yo soy católica —le dijo Scarlett.

—Me parece muy bien —contestó jovialmente el predicador—. ¡Aquí recibimos a todos los pecadores!

Después del entierro, Suellen Benteen y sus hijos se fueron a vivir a casa de tía Eulalie, en Charleston. Mientras el carro bajaba ruidosamente por el sendero, Scarlett fue al establo para dar de comer a los caballos. Con el cubo de cuero que Will y Sam habían utilizado durante tantos años, echó el forraje en la alargada gamella.

Las oscuras y lustrosas cabezas se inclinaron y mascaron como si nada hubiera ocurrido.

—¿Cómo puede Tara vivir sin Will?

Un caballo levantó la cabeza como si tratara de comprenderla. Agitó la cola y regresó a la comida. En silencio, unas ardientes lágrimas surcaron el rostro de Scarlett hasta que no pudo ver nada… nada en absoluto.

Cuando le bajó la fiebre, Ashley estaba demasiado débil para regresar a su casa. Hablaba en voz baja cuando le dirigían la palabra, pero no decía nada por propia iniciativa y jamás preguntaba por Will. Rosemary se sentaba con él en el oscuro y silencioso salón y le preparaba caldo y té flojo. Por motivos que nunca pudo comprender, Rosemary empezó a contarle cosas. Con su serena y pausada voz, identificando meticulosamente el año, el mes y las circunstancias, Rosemary Butler Haynes Ravanel le habló a Ashley Wilkes de la vez que había salido por la puerta de atrás de la casita de Franklin, Tennessee, sabiendo que el cuerpo tendido en el congelado jardín era el de su marido John.

—Sólo le quise cuando ya era demasiado tarde —añadió.

Le habló de su querida Meg; de lo mucho que le gustaban a Meg los caballos; sin embargo, uno de ellos la había traicionado.

—*Tecumseh* estaba asustado. ¿Cómo le puedes reprochar a un caballo que esté asustado?

Le habló de la vez que había encontrado las botas manchadas de sangre de Andrew. Eran unas botas inglesas de las que Andrew había estado muy orgulloso en otros tiempos. Le contó al silencioso Ashley unas cosas que jamás le había contado a nadie… ni siquiera a Melanie y a su hermano Rhett. Le contó lo sola que se había sentido en Broughton, donde había crecido. Le habló de lo mucho que había echado de menos a su hermano Rhett. Le habló de su poni *Jack.*

El despacho del sheriff Talbot era una fría habitación subterránea.

—¿Por qué no los ha detenido? —le preguntó Scarlett.

—¿A quién tengo que detener, señora Butler?

Scarlett deseó sacudir al sheriff para borrarle su imperturbable expresión. Respondió a través de los dientes apretados:

—¡A los Watling! ¡Isaiah y Josie Watling han asesinado a Will Benteen!

El sheriff empujó la silla contra la pared y se reclinó en el respaldo para mirar al techo cubierto de cagarrutas de mosca. Soltó un gruñido, se inclinó hacia delante y escupió en la escupidera.

—¿Y bien? —preguntó Scarlett—. ¿Cuándo va a detenerlos?

—Yo creo, señora Butler, creo sinceramente que hay dos maneras de ver la situación. Usted tiene su propia opinión y algunas personas tienen otra.

Ella parpadeó.

—¿De qué está usted hablando?

—Algunas personas dicen que fue el señor Wilkes quien inició la pelea.

—Mataron a tiros a mis caballos, me quemaron la casa de Atlanta y espantaron a mis braceros. ¡Querían asesinar a mi marido, sheriff!

—¿De veras? Yo siempre pensé que el señor Butler sabía cuidar muy bien de sí mismo. ¿Quién me dijo que su marido estaba en no sé qué sitio de Europa? No creo que los Watling hayan estado alguna vez en Europa… al menos nunca lo han dicho.

Talbot sacó del cajón una porra de cuero. Se levantó, tomó su sombrero de la rejilla de los sombreros y lo giró entre las manos.

—Señora Butler, algunas personas creen (y no digo que yo no esté de acuerdo con ellas) que Ashley Wilkes inició la pelea y que Will Benteen asesinó a Archie Flytte cuando Flytte le estaba ganando la partida a Wilkes.

—Ashley defendía Tara. Esos Watling…

—Creo que ya me lo ha dicho, señora Butler. Creo que me lo ha dicho varias veces. Pero nunca ha aportado ninguna prueba. —Se encasquetó el sombrero en la parte posterior de la cabeza y éste le enmarcó el rostro como si fuera un cuadro—. Señora Butler, no tengo ninguna intención de herir sus sentimientos, pero me inclino a creer que el señor Wilkes atacó a Archie Flytte sin que éste lo provocara y que, cuando Archie opuso resistencia, Will Benteen le pegó un tiro. Josie Watling mató a Benteen en un intento de salvarle la vida a Archie. Por lo menos así lo veo yo. Usted puede que lo vea de otra manera. —Se guardó la porra en el bolsillo del pantalón—. Y ahora, señora, tengo que irme a Darktown. Otro herido por arma blanca. Qué curioso, ¿verdad? Los negros se pinchan mientras que los blancos usan armas de fuego. ¿Será porque son más primitivos?

—Los Watling…

—Ya no van a molestarlas más, señora Butler. Los Watling han abandonado el condado de Clayton. Josie e Isaiah se largaron después de la pelea y nadie ha vuelto a verles desde entonces. Puesto que no había ningún Flytte dispuesto a enterrar a Archie, el condado se ha encargado de ello. —Se encogió de hombros—. Por lo que respecta a la oficina del sheriff, todo está arreglado. Archie ha muerto, Will Benteen ha muerto y los Watling se han largado. Josie Watling siempre bromeaba acerca de Jesse James. Decía que él cabalgaba con los hermanos James durante la guerra. —Abrió la puerta para cederle el paso a Scarlett—. ¿A que la próxima vez que tengamos noticia de los Watling nos dirán que se dedican a asaltar trenes? —El sheriff cerró) la puerta a su espalda y contempló el cielo sin nubes—. Pero qué seco está todo. Los Watling eran una buena familia —añadió—. Buenos trabajadores. Juro que Isaiah Watling estuvo a punto de matarse tratando de sacar algún provecho de aquella granja tan poco agradecida. Qué pena que cambien tanto las cosas… ¿verdad?

Cuando regresó a Tara, Scarlett bajó con su caballo a los campos del río. Los surcos de Will entre los caballones de algodón eran de suave arcilla roja. Ahora las malas hierbas los habían teñido de verde. La avena loca se enredaba en los

caballones donde las plantas de algodón, separadas entre sí por veinte centímetros de distancia, se volvían llenas de esperanza hacia el sol que las llamaba.

Antes del amanecer del día siguiente, Scarlett se dirigió al establo. Las guarniciones de trabajo eran tan pesadas que tuvo que arrastrarlas sobre la grupa del caballo, y el horcajo fue una auténtica pesadilla. Después trató de adivinar qué correas tenían que abrocharse y volvió a abrochar todo lo que pareció demasiado flojo o demasiado apretado.

Cuando entró en la casa, la gente de Tara se encontraba reunida en la cocina y los adormilados niños estaban desayunando con desgana. Scarlett tomó un poco de carne frita y comió sin sentarse.

—Ahora que Will se ha ido, tendremos que arreglárnoslas sin él. Dios sabe que hay mucho trabajo que hacer. Mamita, tú cuidarás de Ashley. Ella, cariño, tú te quedas aquí para ayudar a Mamita. No quiero que te dé uno de tus ataques. Todos los demás a los campos. Sí, Pork, ya sé lo que vas a decir: «¡Pero, señorita Scarlett, yo he sido un criado doméstico toda la vida!» —Lo imitó tan bien que hasta Pork esbozó una sonrisa.

Al principio hacía frío. Rosemary y los niños más pequeños trabajaban una hilera. Dilcey, Wade, Pork y Prissy se encargaban de una hilera cada uno. Scarlett se encargó del trabajo de Will: subir con el arado por un largo surco, bajar por otro, guiando un arado cuyas altas empuñaduras de madera se habían blanqueado a causa de las sudorosas manos de los hombres. El caballo conocía su trabajo y avanzaba tranquilamente, pero las empuñaduras del arado vibraban y se torcían. Cada vez que el arado tropezaba con una roca, las empuñaduras golpeaban las pequeñas manos de Scarlett, hasta que al final le dolieron las palmas.

El sol era el principal enemigo.

Unos ronzales de cuero descansaban sobre los hombros de Scarlett como si estuviera trabajando en equipo con el caballo. Tropezó y se torció los tobillos en la dura tierra. El sudor le escoció los ojos y la dejó medio ciega. El polvo que el caballo levantaba se mezclaba con su sudor y se le adhería a la cara.

Al mediodía se detuvieron a descansar bajo la sombra de los árboles del río. Cuando Scarlett se arrodilló y se echó agua fría a las mejillas y el cuello, el agua le bajó por los pechos. Rosemary se arrodilló a su lado.

—Qué buena vida os pegáis los plantadores de Georgia.

En la larga tarde, Dilcey se puso a cantar una canción que Scarlett conocía de toda la vida.

—*Es Long John* —cantó Dilcey.

Prissy contestó:

—*Es Long John.*

—*Se fue hace tiempo.*

—*Se fue hace tiempo.*

—*Mister John John.*

—*Mister John John.*

—*El viejo John de los ojos grandes. Oh, John John…*

Tropezando detrás del caballo, luchando con las empuñaduras del arado que se torcían, Scarlett respiraba al compás del antiguo ritmo africano.

Colocaron a Ashley sobre unas mantas dobladas, con el tobillo escayolado apoyado en la compuerta trasera del carro de Doce Robles. Los bellos ojos grises de Ashley se clavaron en los de Rosemary. —Gracias por… hablar conmigo.

—Aquel día en el mercado usted hizo todo lo que pudo… Ashley Wilkes terminó la frase:

—Por mi culpa mataron a Will.

El cielo se nubló la tarde que terminaron de cavar con la azada. Unas panzudas nubes de lluvia se acercaron por el horizonte.

Los sudorosos y polvorientos peones de Tara estaban bebiendo agua fría en el porche cuando dos jinetes aparecieron al fondo del sendero.

Scarlett se levantó de un salto como aguijoneada, corrió al interior de la casa y subió ruidosamente la escalera como si fuera una niña.

En su dormitorio, se quitó el tosco calzado de cuero, dejó amontonado en el suelo el vestido manchado de sudor, empapó en la jarra de agua un paño y se lavó brazos, cara y pechos. Después sacó un precioso vestido de seda verde del armario y se lo puso. No tenía tiempo para el corsé o los zapatos.

Una vez abajo, Scarlett salió descalza mientras un sonriente Pork tomaba las riendas de la montura de su marido.

Tenía unas profundas arrugas en las comisuras de la boca y debajo de los ojos. Scarlett ansiaba acurrucarse en sus brazos, pero no se atrevió a tanto.

—Pork, esto no es la segunda venida de Nuestro Señor. Es sólo el señor Butler que vuelve a casa.

Los ávidos ojos de Rhett la devoraron.

—Pensé que necesitabas un salvador.

—Tienes pinta de haber estado en el infierno.

—Hubo un par de días muy malos. —Su sonrisa era tan cálida y perspicaz como siempre.

Rhett se inclinó, tomó a Ella en brazos y se la apoyó en la cadera. Scarlett se adelantó impulsivamente, pero se detuvo en seco. ¿Cómo se atrevía a mostrarse tan confiada, tan segura de sí misma? Echó la cabeza atrás.

—¿Y qué tal París?

La cálida sonrisa de Rhett se transformó en aquella otra que tanto le atacaba los nervios a Scarlett y que ahora acabó en una carcajada… Los niños se rieron con él.

Una gota de lluvia. Otra. Las gotas de lluvia moteaban el seco sendero.

—Este caballero es Tazewell Watling. Puede que lo recuerdes.

—Mi acompañante en el Baile de la Cuarterona —dijo Scarlett a pesar de que

su corazón se rebelaba: «No. ¡No! Pero ¿qué me pasa? ¡Tendría que estar en brazos de Rhett!»

La lluvia le salpicó las mejillas.

Tazewell se ruborizó.

—Fui un insensato, señora Butler. Le pido que me perdone.

Tanto si era un insensato como si no lo era, ¿qué más le daba a Scarlett?

—Has estado tomando el sol —observó Rhett.

Scarlett se acarició nerviosamente las morenas mejillas.

—Tengo una tez que…

—Mi querido hermano… —Rosemary besó a su hermano en ambas mejillas—. Ahora que estás aquí, todo se arreglará. —Se volvió hacia el acompañante de Rhett—: Señor Watling, soy Rosemary, la hermana de Rhett. Me alegro mucho… me alegro muchísimo. Venga conmigo y le enseñaré dónde desensillar sus caballos.

—Dilcey —dijo Scarlett—, dile a Mamita que ha vuelto el hijo pródigo. Llévate los niños y dales un baño. Están muy sucios.

Louis Valentine estaba atrapando gotas de lluvia con la lengua fuera. Wade sonreía como un tonto. Cuando Rhett dejó a Ella en el suelo, la niña se agarró a sus piernas hasta que él le dijo:

—Ve a lavarte, cariño. Tu madre y yo tenemos que hablar.

La lluvia estaba mojando la frente y el pelo de Scarlett.

—Scarlett, amor mío, enséñame las manos.

Ella las escondió en las axilas.

—Dios mío, señora Butler. Cuánto me alegro de verla.

La tierra estaba tibia bajo los pies de Scarlett. Empapado, el vestido se le pegaba al cuerpo como un camisón. Se sentía tan dichosa que temió desmayarse y por eso levantó la barbilla en gesto de desafío.

—¿De veras, señor Butler? ¿No tenía usted tanta prisa por dejarme?

58
El glorioso Cuatro de Julio

A la mañana siguiente, Scarlett salió a la galería de Tara y se hizo visera con una mano para protegerse del sol. ¿Era un caballo lo que estaba viendo en los campos del río? Rhett estaba agachado junto un caballón de algodón, examinando las plantas. Al cabo de un rato, volvió a montar en su cabalgadura y subió por la cuesta hacia la alquería, tocándose el ala de su sombrero de plantador mientras cabalgaba.

—Buenos días, señora Butler —dijo—. Creo que podemos esperar otro día muy bueno.

—Yo creo que sí, señor Butler. —La sonrisa de Scarlett era lánguida y socarrona.

Más tarde, con la entusiasta ayuda de Wade Hampton, Rhett visitó las pocilgas de Tara, el almacén de la carne, la prensa para embalar algodón y los campos cubiertos de maleza de las tierras altas. Examinó los arneses del cuarto de los arreos. Wade le mostró el poste situado al lado de la vaquería donde Ella había descubierto la cabeza de *Boo* y juntos visitaron el sepulcro de Will Benteen.

Después de comer, Rhett se sentó en lo alto de la valla del corral mientras Rosemary y Taz sacaban uno a uno los caballos del establo.

Aquella noche, Rhett invitó a Wade Hamilton a participar en la cena de los mayores que Pork sirvió en el comedor. Wade se portó muy bien y apenas habló. Tazewell Watling demostró ser un ameno y nada presuntuoso narrador. Sus impasibles descripciones de la manera de reaccionar de los parisinos ante el francés criollo de *l'Americain* provocaron las risas de todo el mundo.

Mientras tomaban el café y la tarta de pacanas de Mamita, Scarlett le preguntó a Taz a cuánto se pagaría el algodón aquel otoño.

—Calidad regular de Sea Island: treinta centavos. Piedmont: de trece a dieciocho.

—¿Tan poco?

—Rhett se levantó—. Scarlett, cariño, quizá con vendría que me enseñaras los libros de Tara.

La luz permaneció encendida hasta muy tarde en el despacho de Scarlett.

Ella despertó de un sueño sin sueños cuando las pisadas de Rhett en el pasillo vacilaron al aproximarse a la puerta de su dormitorio. Su nombre se acercó flotando a la superficie de su soñolienta mente y ella estuvo a punto de llamarlo, pero Rhett pasó de largo.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, Rhett preguntó qué deseaba cada uno de ellos de Atlanta.

—Yo le acompañaré —dijo Tazewell—. Tengo unos regalos para mi madre.

Scarlett respiró hondo.

—Señor Watling, transmita, por favor, muchos recuerdos de mi parte a su madre. De no haber sido por la advertencia de Belle, mi esposo habría podido caer en una emboscada fatal.

Rhett soltó una carcajada.

—Vaya, vaya, señora Butler. Qué tremendamente previsible habría podido ser mi vida sin usted.

Cuando Wade se dispuso a retirarse, Rhett le dijo:

—Procura estar preparado en el establo dentro de diez minutos. No esperaremos.

Wade subió corriendo al piso de arriba.

—Rosemary me dice que los Watling han huido del condado —dijo Rhett volviéndose hacia Scarlett.

—Eso dice el sheriff Talbot. Rhett, me dijo que te conocía.

Cuando murió Bonnie Blue y luego Melanie, Rhett se había guardado el dolor para él solo, como si el dolor fuera lo único que le quedara. Ahora dijo en un susurro:

—Algún día te hablaré de Tunis Bonneau.

Scarlett y Rosemary los despidieron agitando la mano y después Scarlett se volvió hacia su amiga diciendo:

—Dios mío, ¿es posible que Rhett lleve aquí sólo dos días?

—Es que mi hermano puede ser bastante… tremendo.

—Ha cambiado, Rosemary. Es el mismo Rhett de siempre, pero distinto. Yo… yo vuelvo a sentirme como una doncella. —Hizo una pausa y añadió en un suave susurro—: ¡Rezo para que la vida vuelva a serme propicia!

—Por supuesto que lo será, querida.

—¿Lo crees de veras? ¡Dime que sí, por favor!

Sólo Louis Valentine, que ya dominaba seis de las siete antologías del McGuffy, sufrió una decepción cuando Rosemary canceló la clase de aquel día. Beau pidió acompañar a Rosemary a Doce Robles, pero ella le dijo que no, que ya iría cuando su padre se encontrara mejor.

Rosemary puso en un cesto una hogaza de pan de maíz, un estofado de carne con verduras preparado por Mamita y lo que quedaba de la tarta de pacanas de la víspera.

La lluvia había refrescado la campiña de tierra roja y los pájaros gorjeaban alegremente. Rosemary sonrió al pensar en su hermano y en Scarlett. Como de mutuo acuerdo, ambos interpretaban el papel de un hombre y una mujer

felizmente casados desde hacía mucho tiempo que jugaban el uno con el otro e intensificaban la tensión hasta conseguir que el aire chisporroteara entre ambos. La víspera, cuando Rhett había acompañado a Scarlett al comedor, el crujido de sus almidonadas enaguas había ejercido en él un efecto electrizante.

El modesto hogar de Ashley no resultaba demasiado acogedor.

La ropa sin lavar se amontonaba en un rincón y los platos sucios llenaban el fregadero. Los valiosos libros de Ashley estaban diseminados aquí y allá y la ropa de su cama ofrecía una evidente muestra de insatisfacción.

Rosemary abrió la puerta y las ventanas y canturreó mientras limpiaba. Cuando la estancia estuvo a su gusto, cortó unas rosas lila rosado para colocarlas en un jarrón al lado de su cesta de la merienda.

Salió al porche con el libro *Los jardines de Inglaterra* y se sentó con el fondo acústico del zumbido de una abeja, el gorjeo de una golondrina y el lejano golpeteo de un pájaro carpintero.

El sol le calentó el rostro mientras pasaba lentamente las páginas, deteniéndose en cada daguerrotipo coloreado a mano. Los jardineros imponen los valores humanos al desorden de la naturaleza pese a constarles que, al final, la naturaleza tiene que ganar la partida. La jardinería es una amable muestra de educación.

Cuando Ashley llegó, arrojó las riendas por encima de la cabeza del caballo, soltó la muleta que llevaba atada a la parte posterior de la silla, sacó el pie sano del estribo, lo pasó por encima del cuello del caballo y se deslizó por el flanco de la montura hasta llegar a la muleta y el pie sano.

—Como ve —dijo—, no estoy completamente inválido.

Caminando con un pie y con la muleta como un cangrejo, subió los peldaños de la cabaña.

No se había afeitado. Llevaba los pantalones manchados de arcilla roja. Contempló las rosas.

—La Old Pink Daily no es una flor de corte demasiado buena. Se le caen los pétalos.

—¿He de arrepentirme de haberlas cortado? —preguntó Rosemary.

Ashley se dejó caer en la silla y apoyó la muleta en el fregadero.

—Lo siento, Rosemary. No me encuentra usted en mi mejor momento. Mose me dice que ha vuelto Rhett. Será un alivio.

Rosemary se ató de nuevo las cintas del sombrero.

—Encontrará una tarta de pacanas en el cesto. Puede que le ayude a endulzar su estado de ánimo.

—Por favor, Rosemary, no se vaya. Perdóneme. No es mi intención incomodarla.

Ella vaciló.

—También hay verduras y pan de maíz cocido por Mamita.

—Siento debilidad por las verduras y el pan de maíz —dijo él—. Gracias, Rosemary. ¿No quiere quedarse un ratito? —Se frotó el sobaco dolorido a causa

del roce de la muleta—. Jamás había valorado la utilidad de tener dos piernas.

—Ashley, usted intentó ayudarnos y yo le estoy muy agradecida. Arriesgó su vida…

—Fui el causante de que mataran a Will Benteen.

—No diga eso, comandante Wilkes. Ni se le ocurra culparse.

Ashley hizo una mueca.

—Rosemary… querida y amable Rosemary, usted nunca ha estado harta de sí misma. Usted nunca ha rezado para tener el valor de acabar…

—¡Ashley Wilkes! ¿Hace falta que le recuerde que mi esposo se quitó la vida?

Él se cogió la cabeza con las manos y emitió un gemido.

Rosemary golpeó una escudilla con una cuchara y añadió con más dulzura:

—Coma, Ashley. Le pondrá hierro en la sangre.

Él así lo hizo y murmuró:

—Sabe a aro de tonel oxidado.

Ella sonrió al oír el jocoso comentario y pensó: «Por algo se empieza. Gracias, Señor.»Ashley nunca se suicidaría. Ashley Wilkes no ocultaba ningún temible secreto que pudiera devorarlo.

Cuando Wade y Rhett regresaron de Atlanta, aquél lucía su nuevo sombrero, encasquetado con la misma garbosa inclinación con que éste llevaba el suyo.

Taz se había quedado en la ciudad.

—Belle y Taz tienen que ponerse un poco al día —le dijo Rhett a Scarlett, y añadió—: Belle no les ha visto el pelo a los Watling. Cree que se han ido al Oeste. «El pobre papá no tiene casa.»

—Odio a aquel viejo insensato —dijo Scarlett.

—Las decepciones de toda una vida pueden hacer que un hombre se vuelva peligroso.

Aquella tarde, cuando los niños terminaron sus clases, Rhett preguntó:

—¿Quién quiere aprender a montar?

Los niños más pequeños trataron de gritar más fuerte que los demás. Rhett levantó una mano diciendo:

—Iremos al establo y yo os enseñaré, siempre y cuando vosotros hagáis exactamente lo que yo diga.

Scarlett palideció.

Rhett le acarició la mejilla.

—Cariño, ¿recuerdas lo mucho que Bonnie Blue quería su poni? Bonnie querría que nosotros lo recordáramos.

Rhett sentó a cada uno de los niños en un dócil caballo de tiro y condujo al animal alrededor del cercado con una cuerda muy larga.

—Ella, agárrate a las crines del caballo. ¡Beau, tienes que mirar hacia donde quieras que vaya tu caballo!

Scarlett entró de nuevo en la casa y se dirigió a su despacho. Encima del escritorio, atadas con la cinta de seda negra que solía utilizar para los documentos importantes, se encontraban las escrituras de sus propiedades de Tara y Atlanta.

En los lugares correspondientes se decía que los préstamos se habían saldado.

Scarlett se sostuvo la cabeza con las manos y rompió a llorar.

Por la mañana, Rhett se fue a caballo a Jonesboro y cruzó las vías del tren para entrar en Darktown. Refrenó su montura delante de la modesta vivienda del reverendo Robert Maxwell, al lado de la Primera Iglesia Baptista Africana. Ató el caballo a la valla de puntiagudas estacas y esperó hasta que un rollizo joven apareció en el porche de la entrada.

—Buenos días, reverendo Maxwell. ¿Cree que hoy nos va a llover?

El joven observó el cielo.

—No lo creo. Más bien no.

—Es posible. Soy Rhett Butler.

—Sí, señor. Ya me enteré de que estaba en la plantación Tara. ¿No quiere entrar? Precisamente mi esposa está preparando café.

El salón del reverendo disponía de un sillón de lectura, tres sillas de respaldo recto y un reloj New Haven en la repisa de la chimenea. El desnudo suelo de madera de roble y las ventanas de la fachada brillaban como espejos. Ambos hombres se sentaron el uno de cara al otro e hicieron algunos comentarios acerca del tiempo y las cosechas hasta que la señora Maxwell (que parecía muy joven para estar casada) depositó una bandeja de hojalata encima de una tercera silla colocada entre ellos.

Cuando Rhett le dio las gracias, la señora Maxwell se ruborizó y se retiró.

Los hombres se echaron crema de leche y azúcar en las tazas.

—El señor Benteen era un amo justo —dijo el predicador—. Ojalá hubiera muchos como él.

—Casi todos los plantadores tienen tan poca idea de lo que es el trabajo libre como los propios trabajadores libres —dijo Rhett.

—Es verdad, señor. Es verdad. —El joven asintió con la cabeza—. Es un nuevo mundo para todos nosotros.

—Mejor que el antiguo, espero.

El joven ladeó la cabeza por si le había pasado inadvertida alguna indirecta.

—Algunos blancos no lo esperan. —Miró a Rhett por encima del borde de su taza—. He oído hablar de usted, señor Butler. El reverendo Fields Prescott predicaba en mi iglesia.

—El reverendo Prescott es un gran predicador.

—A Dios gracias. Fields me dijo que usted le pegó un tiro a su yerno.

—Tunis Bonneau era mi amigo.

El joven predicador posó la taza.

—Eso es lo que dijo Fields. —Se pasó la mano por la cara como para apartar unas telarañas—. Rezo para que aquellos días tan terribles hayan terminado.

Se oía el tictac del reloj de la repisa de la chimenea.

—El reverendo Prescott me contó una historia muy curiosa —prosiguió

Maxwell—. Me dijo que usted le había comprado a su hija un barco de su propiedad… un barco hundido.

—El *Merry Widow* se hundió cuando estaba a mi servicio. —Rhett se inclinó hacia delante—. ¿Qué le dijo Fields Prescott de su hija?

—La señora Bonneau se ha ido a vivir a Filadelfia. Tiene un hijo, Nat, en quien pensar. —Maxwell se acercó a la ventana. Cuando se volvió, la luz del sol le aureolaba la cabeza y Rhett tuvo que entornar los ojos para distinguir su expresión—. Señor Butler, tal como seguramente ya sabrá, estamos pidiendo a la cámara legislativa escuelas normales negras para que nuestros hijos puedan ser educados por profesores negros.

Rhett posó su taza en la bandeja.

Maxwell añadió:

—Usted tiene muchos amigos poderosos. Le agradecería que hablara con ellos.

—Lo haré —dijo Rhett tras una pausa.

El joven predicador juntó las puntas de los dedos de ambas manos.

—Dígame, por favor, en qué puedo ayudarle, señor Butler.

Al romper el alba, Scarlett fue despertada do su sueño por unos cantos:

—*Long John, Long John / Hace tiempo se marchó.*

Los trabajadores de Tara estaban desfilando por el campo y sus siluetas se recortaban contra el trasfondo de la salida del sol. Tal como habían hecho tantas veces, en los años buenos y en los malos, estaban bajando a las tierras del río para distribuirse por los campos y empezar a trabajar.

Scarlett bajó corriendo a la cocina, donde Rhett y Rosemary estaban dando buena cuenta de un copioso desayuno en presencia de una radiante Mamita.

—¡Rhett, han vuelto! —exclamó Scarlett—. La gente de Tara ha vuelto.

—Pues sí, querida, ha vuelto.

—Pero ¿cómo?

Su marido se encogió de hombros.

—Nosotros tenemos trabajo que hacer y ellos tienen familias a las que mantener. Ya no hay motivo para que estén asustados. He dicho que les pagaríamos un poco más.

Scarlett se levantó.

—¿Más? ¿Más? Pero ¡si casi no ganan lo que les estamos pagando ahora! —Sin embargo, mientras hablaba, su dolorida espalda le recordó el duro trabajo con la azada y el arado y el esfuerzo de tener que agacharse a cada momento. Se burló de sí misma—: Supongo que Tara puede permitirse el lujo de pagar un poco más.

Cuando Taz regresó de Atlanta, él y Rhett convocaron una reunión de plantadores de algodón. Participaron Tony Fontaine y su hermano Alex, y Beatrice

Tarleton se presentó montada en el semental que había engendrado los potrillos huérfanos de Will. El señor MacKenzie, un áspero yanqui que se había dedicado a comprar plantaciones devastadas pagando diez centavos por dólar y que aún temía haber pagado cinco centavos de más, iba acompañado de la tímida señora Schmidt, la cual le preguntó a la señora Tarleton si sabía quién había perdido un castrado ruano que ella había visto cabalgar suelto por los campos.

Scarlett y Rhett los recibieron en la puerta. Cuando todo el mundo se hubo sentado en el salón, Rhett presentó a Taz.

—El señor Watling es socio de una empresa de comercio de algodón en Nueva Orleans.

—Vaya, vaya… —dijo Beatrice Tarleton—. Por fin consigo conocer al bastardo de Rhett. ¡Debo decirle, joven, que no se parece a su padre!

Acostumbrados a la franqueza de Beatrice, sus vecinos se echaron a reír. En cambio, los plantadores yanquis mantuvieron sus semblantes inexpresivos.

—Siento decepcionarla, señora —dijo jovialmente Taz—. Mi padre fue el coronel Andrew Ravanel. No sé si usted lo conoce.

—Me condenaré por mis pecados —dijo Beatrice reclinándose en su asiento.

—Sólo si el Señor no perdona a las viejas maleducadas —dijo Rhett desde el otro lado del salón.

Taz explicó que las cosechas se pagaban a precios muy bajos porque el mercado británico atravesaba un período de depresión y las fábricas de tejidos de Nueva Inglaterra sólo querían algodón bien embalado, de alta calidad y cuidadosamente desmotado.

Inmediatamente se formó una asociación de plantadores, con Rhett como presidente y Tony Fontaine como vicepresidente, Tazewell Watling recibió el encargo de hacer contratos para el desmotado y el almacenamiento por cuenta de la asociación.

Los peones removieron con la azada las tierras de abajo, donde se cultivaba el algodón, y sembraron las de arriba con avena. Tara empezó a parecerse de nuevo a Tara.

Rosemary pasaba casi todas las tardes en Doce Robles.

El domingo, Belle Watling fue a visitar a su hijo. Después de la cena, Taz la acompañó en coche a la estación del tren, dejando a Rosemary y su hermano en el porche. Los niños jugaban a los indios en el césped mientras las luciérnagas parpadeaban transmitiéndose sus crípticos mensajes.

—Aquí está todo tan tranquilo —dijo Rosemary.

—En una noche estival la campiña parece eterna.

El juego de los niños acabó entre risas.

—¿Piensas en Bonnie Blue?

Rhett permaneció en silencio un momento.

—Ojalá pudiera saber en quién se hubiera convertido Bonnie.

—Sí —dijo su hermana—. Mi Meg sería ahora una joven temerosa de no ser lo bastante guapa para pescar a un pretendiente. La vida es muy cruel, hermano.

Rhett sacó un cigarro de la pitillera.

—A veces pienso que si nuestra presencia en este mundo tiene algún propósito, éste es el de ser testigos de aquellos a quienes hemos perdido. —Cortó con los dientes el extremo del cigarro—. ¿Te estás viendo con Ashley?

—Ashley es un hombre muy bueno y amable.

Cuando Rhett encendió la cerilla, sus pómulos quedaron llamativamente perfilados.

—Supongo que sí. Pero ¿es el mundo suficientemente bueno para Ashley Wilkes?

Rosemary se sostuvo la barbilla con la mano.

—Ashley es el hombre que es… tal como tú eres tú, Rhett.

—Supongo. —Se inclinó sobre la barandilla para llamar—: Niños, ya es hora de entrar. Hora de rezar y de ir a la cama.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Scarlett se permitió el lujo de desperezarse. Las sábanas de hilo la acariciaban como un amante. La espera de Rhett era un tormento, pero un tormento delicioso. Un día, un día nada lejano…

Después del desayuno, Scarlett se llevó su café al porche de la entrada, donde Rhett estaba sentado en el columpio.

—Tus dalias son preciosas —comentó él.

—A mi madre no le gustaban. Ellen decía que las dalias eran «puro espectáculo».

Rhett rió.

—¿Acaso el deber de una flor no es el de ofrecer «espectáculo»?

—Quizá. Rhett…

Cuando él le acercó el dedo a los labios, un estremecimiento le recorrió la columna.

—No digas nada ahora. No lo estropees.

En los campos del río, las flores del algodón asomaban como copos de nieve entre el verdor.

—Quiero organizar una barbacoa. Como en los viejos tiempos —dijo Rhett—. Invitaremos a todo el mundo. ¿Recuerdas la barbacoa donde nos conocimos?

—No es probable que la olvide.

—Allí estaba yo, haciendo inocentemente la siesta, cuando de repente me incorporo y mis ojos se posan en la chica más encantadora que hubiera visto en mi vida. ¡Y ella va y me arroja un cacharro!

Scarlett deslizó la mano en la suya.

—Siempre lamenté mi falta de puntería —musitó.

Y ambos rieron de aquella broma tonta.

Se iniciaron los preparativos.

—Pero es que el Cuatro de Julio es una fiesta de la Unión —dijo Scarlett, poniendo reparos.

—Querida —contestó Rhett—. Ahora la Unión somos nosotros.

Rhett hacía planes como si ningún sureño pudiera poner reparos al hecho de que la barbacoa coincidiera con el aniversario del día de la caída de Vicksburg y la pérdida de Gettysburg.

Al parecer, Rhett había calibrado acertadamente los sentimientos de sus vecinos, pues nadie rechazó las invitaciones a Tara, e incluso Beatrice Tarleton preguntó si podía llevar consigo a su sobrina nieta, que se encontraba de visita en su casa.

Mamita y Dilcey recorrieron el gallinero cual si fueran las parcas. Rhett compró jamones. Se adquirieron tomates en huertos cercanos y lejanos; se recogieron lechugas y judías trepadoras y se sacaron patatas nuevas.

Ashley le pidió al violinista que había sido el principal ornamento musical de Doce Robles que dirigiera su orquesta.

—Sí, señor Wilkes. Así será todo como antes.

La estufa de Tara rugía a toda marcha hasta que Mamita se quejó de que la cocina estaba «más caliente que el infierno». Ella y Dilcey prepararon tartas de manzana, avena silvestre, pacanas y ruibarbo.

Rhett puso a los niños a batir helados que después se guardaron en unos altos recipientes en la heladera.

Puesto que llevaban años sin tocar juntos, los músicos de Ashley practicaron en Tara, gracias a lo cual los preparativos estuvieron amenizados por un violín, dos banjos y una mandolina.

El Cuatro de Julio amaneció frío pero sin nubes de lluvia en el horizonte.

Pork ya estaba con el coche en la estación de Jonesboro a la espera del tren del mediodía. La señorita Pittypat esbozó una radiante sonrisa de felicidad mientras escuchaba a Pork y Peter discutiendo acerca de cuál de ellos debería conducir el coche.

—Vaya —dijo Pitty—. ¡Justo igual que en los viejos tiempos!

Aunque en las invitaciones se indicaba las dos de la tarde, algunos invitados se presentaron antes del mediodía. Y, como es natural, se ofrecieron para ayudar. Pero, como también es natural, lo que hicieron fue estorbar.

Los vecinos subieron por el camino de Tara en desvencijados carros de granja. La alta burguesía de Atlanta había alquilado todos los carruajes de la cochera de Jonesboro.

Tía Pittypat estaba preocupada.

—Querido Rhett, ¿crees… bueno, crees que es absolutamente apropiado? Es el Cuatro de Julio y muchos de nosotros recordamos esta fecha con tristeza…

Cuando Rhett le dio un beso en la mejilla, la señorita Pittypat olvidó cualquier otra cosa que tuviera intención de decir.

Si hubo algún sureño que pusiera reparos al Cuatro de Julio, no lo dijo, y los plantadores yanquis que Rhett había invitado fueron lo bastante corteses como

para no recordar el pasado.

En una barbacoa campestre de una calurosa tarde en el condado de Clayton, Georgia, la guerra quedó total y definitivamente olvidada.

A las dos en punto, el reverendo Maxwell y su mujer subieron por el sendero con su austero coche baptista. Rhett lo recibió en el espacio reservado a los carruajes y se descubrió para saludar a la señora Maxwell.

—Cuánto me alegra que haya podido reunirse con nosotros, reverendo. Nos sentimos muy honrados.

El reverendo contestó:

—Gracias. He oído hablar mucho de su preciosa plantación.

—Ya conoce a Dilcey, naturalmente. Ella lo acompañará en un recorrido por todo esto.

El Cuatro de Julio y un ligero exceso de brandy se le subieron a la cabeza a Tony Fontaine, que se acercó a grandes zancadas a Rhett con los ojos encendidos de furia:

—¡Maldita sea, Rhett!

Rhett lo asió por los hombros.

—Tony, aquí todo el mundo ha venido a pasarlo bien. Me tomaría muy a mal que nos estropearas la diversión.

Tony no prestó atención a la sonrisa de Rhett y clavó la mirada en sus fríos e inteligentes ojos.

—¡Rhett, maldita sea! Es que simplemente no puedo…

—Pues entonces te vas. Lo siento en el alma. Me alegro mucho de que hayas venido.

—Pero ¡hombre, Rhett, maldita sea!

—Me alegro mucho de que hayas venido.

Y así, Tony Fontaine tuvo que irse a pesar de las protestas de su mujer.

Aunque todo el mundo supo lo ocurrido, nadie hizo el menor comentario. Los sureños educados nunca ven lo que no deben.

Para su consternación, MacBeth llevaba librea y, cuando Pork se lo recriminó, señalando que ya era hora de que los negros vistieran «como era debido», MacBeth le lanzó una sarta de improperios. Belle Watling lucía un vestido suelto que realzaba extraordinariamente su figura.

Ashley Wilkes y Rosemary describieron los jardines de Doce Robles con más detalle de lo que tío Henry necesitaba escuchar.

El humo de las barbacoas y una brisa procedente del río mantenían a raya los mosquitos. Los invitados hacían cola delante de las mesas del bufet.

—¿No le apetece un poco de jamón, reverendo? ¿Un trocito del final?

—Gracias, Dilcey.

Aquellos placeres estaban acrecentados por los recuerdos de anteriores ocasiones de mucho tiempo atrás.

Avanzado el crepúsculo, los hombres empezaron a pasarse con la bebida, por cuyo motivo Rhett pidió el coche del reverendo Maxwell.

—Señor Butler —dijo Maxwell—, le agradezco esta memorable velada.

Cuando el sol se ocultó detrás de las colinas, las mujeres se cubrieron con chales y los miembros de la orquesta afinaron sus instrumentos. Rhett y Taz trasladaron al césped lateral unas cajas con exóticas etiquetas.

—Vosotros quedaos en el porche —les advirtió Rhett a los niños—. Ella, Beau, Louis Valentine: si pisáis la hierba, tendréis que mirarlo todo desde el interior de la casa.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Wade.

—Sólo si haces exactamente lo que Taz y yo te digamos.

Los cohetes chinos se elevaron al cielo nocturno por encima de Tara, estallando y trazando franjas de luz que caían desde arriba como una lluvia. A cada explosión, los niños lanzaban gritos de entusiasmo:

—¡Oooh!

Ella se cubría los oídos y los mayores aplaudían.

Después del disparo de cada cohete, los niños corrían al césped para examinar los casquillos quemados y expresar su asombro ante el hecho de que algo tan vulgar pudiera contener unas estrellas tan bonitas.

El salón, el vestíbulo central y el comedor se convirtieron en el salón de baile que Ellen O'Hara le había pedido a Gerald. La orquesta se situó en la escalinata. Aunque Rosemary acostó a los niños más pequeños, a los pocos minutos éstos ya estaban atisbando a través de los balaustres.

Con su traje del domingo y su rígido cuello duro de celuloide, Wade perseguía a Tazewell Watling confiando en que ningún adulto le alborotara el cabello. Su tía abuela Pittypat le dijo mientras una lágrima surcaba su vieja y arrugada mejilla:

—¡Wade, eres el vivo retrato del querido Charles!

Bajo el retrato de la abuela de Scarlett, Beatrice Tarleton y Alex Fontaine estaban comentando el caso de un caballo suelto que varias personas habían visto cabalgar por el campo. La señora Tarleton no podía creerlo.

—Conozco todos los ruanos entre aquí y Jonesboro.

Las hijas de Beatrice estaban paseando por allí. Sus hijos, Brent, Stuart y Tom —fogosos pretendientes de Scarlett antes de la guerra—, ahora no eran más que unos tristes recuerdos.

Scarlett lanzó un suspiro.

Como si le leyera el pensamiento, Rhett le tomó la mano.

—Cariño, si aquí hay espíritus esta noche, quieren que seamos felices. ¿Me concedes este vals?

La pequeña orquesta mezclaba valses con movidos *reels* escoceses. Para consternación de los invitados más maduros, los músicos se negaron a tocar aquellas cuadrillas «de otros tiempos».

Tras haber bailado con su madre, Taz fue pareja de Polly, la sobrina nieta de

Beatrice, una tímida muchachita de cabello castaño.

Belle Watling resplandecía de placer.

—Mira a mi chico —decía a nadie en particular—. Señor, pero mira qué guapo está.

A su lado, Beatrice Tarleton inclinó la cabeza hacia ella.

—Señorita Watling —le dijo con voz ronca de emoción—, las cosas ya no son lo que eran.

—Yo…

—Y creo que así es mejor. No sé qué se creía la gente. Toda aquella inútil y mojigata respetabilidad. ¿Creíamos en serio que a Dios le importaba que un hombre echara un vistazo a nuestras piernas? Dígame, señorita Watling —Beatrice la miró a los ojos—, ¿todos los hombres son iguales?

Belle carraspeó y se dio unas palmaditas en el pecho.

—Ay, Dios mío —dijo. Y se inclinó confidencialmente—. Verá, hay hombres y hombres.

Ashley y Rosemary estaban sentados en el columpio del porche sin hablar de nada especial… pero disfrutando enormemente de su conversación.

Los postres se sirvieron en mesas colocadas sobre la hierba, pero, en cuanto cesó la brisa, hordas de mosquitos descendieron sobre los invitados y todo el mundo se llevó sus platos al interior de la casa.

Sentada en su sillón orejero de respaldo alto, la señorita Pittypat comentó con una mezcla de alegría y tristeza lo mucho que habría disfrutado Melanie de una velada como aquélla.

Cuando el violinista atacó *Soldier's joy,* Rhett le ofreció la mano a Scarlett.

—Rhett, he sido tan insensata…

—Ambos lo hemos sido.

El señor Butler acompañó a la señora Butler a la pista de baile.

«Cuando nos conocimos —pensó Scarlett—, yo era una niña. Rhett me ayudó a convertirme en lo que soy.»

—Querida —murmuró cortésmente él—, eso es un *reel* muy movidito, no un *two-step.*

Scarlett O'Hara Butler empezó a evolucionar vertiginosamente, girando como la muchacha que había sido, como la muchacha que anidaba en lo más hondo de su corazón. Dio vueltas y vueltas como una niña, como una muchacha, como una mujer con su hombre al lado, sintiendo cómo su rápida mano atrapaba la suya. Era tanto el amor que brillaba en los ojos de su marido que, por primera vez en su vida, Scarlett Butler no temió envejecer.

A medianoche, a pesar de las muchas protestas, la orquesta guardó sus instrumentos.

Rhett tenía preparado un tren especial en Jonesboro para sus invitados de Atlanta. Los vecinos más próximos se demoraban en el espacio reservado a los carruajes.

—Muchas gracias por haber venido —repetía Scarlett—. Seguro que vamos a

repetir.

Cuando la lámpara del último coche desapareció por el sendero, Rhett cerró la casa.

Scarlett encontró a Belle en el rellano de arriba. Lucía una preciosa bata de color de rosa.

—Creo que nunca he vivido un día más hermoso —dijo Belle—. Gracias, señorita Scarlett, por permitir que me quede.

Scarlett besó en la mejilla a la criatura rosa.

—Buenas noches, Belle.

En su dormitorio, Scarlett disfrutó del acto de desnudarse. Rhett acudiría a ella esta noche… el cosquilleo de su piel se lo aseguraba. Tarareando por lo bajo, se aplicó un poco de colonia detrás de cada oreja y por debajo de las suaves curvas del pecho.

Se puso un vaporoso camisón que Rhett no conocía. Scarlett se sentía como un valioso regalo.

Cuando descorrió las cortinas, la fría y azulada luz de la luna inundó la estancia.

Se arrodilló al lado de la cama y se santiguó. Le dio gracias a Dios por Tara, Ella y Wade y por todas las personas que la amaban. Le dio gracias por haber devuelto a Rhett a casa.

Entonces aspiró olor a humo.

59
Ha llegado mi día

Scarlett tosió y siguió tosiendo. Unas sombras se habían condensado en la base de la puerta de su dormitorio y un negro y grasiento humo se filtró y después irrumpió con toda su fuerza en la habitación, subiendo por el arrimadero de paneles de madera.

Desde la habitación de los niños Rosemary gritó:

—¡Fuego! ¡Dios mío! ¡Fuego!

Cuando Scarlett tocó el tirador de la puerta, se echó atrás con un jadeo. ¡Quemaba tanto como una estufa!

Entró Rhett, descalzo y sin camisa.

—El fuego está en la escalera —dijo en tono práctico—. Ayúdame a sacar a los niños.

¡Todo estaba ocurriendo con tanta rapidez! Cuando Rhett la tomó de la mano, Scarlett protestó:

—Pero ¡si no estoy vestida!

En la habitación de los niños, el humo flotaba perezosamente a través de la luz de la luna. Entre los juguetes y libros diseminados por el suelo, los niños permanecían sentados alrededor de Rosemary, la cual sostenía a Louis Valentine sobre su regazo. Con la misma frialdad de hierro de su hermano, Rosemary explicó:

—Tazewell ha ido a buscar a su madre.

—Buen chico —dijo Rhett, agachándose a la altura de los ojos de un niño—. Ella, ya tendrías que estar en la cama. ¿Qué estás haciendo despierta tan tarde?

Ella se cubrió la boca con la mano mientras su miedo se transformaba en risitas.

—Beau, ¿serás mi chico valiente? Esta noche necesito que seas muy valiente.

Beau se sonó ruidosamente la nariz.

—Contamos contigo, Wade Hampton Hamilton —dijo Rhett.

Al otro lado de la puerta, el fuego emitía un rugido semejante al de una gigantesca bestia que se abriera paso crujiendo entre la maleza. «¡Deprisa! —pensó Scarlett—. ¡Tenemos que darnos prisa!»

Rhett se volvió hacia un tembloroso Louis Valentine.

—¿Cuántos años tienes, Louis?

—Siete, tío Rhett.

—Llevas el nombre de un pirata, ¿lo sabías?

—Sí, señor.

—¡Rhett! —protestó Scarlett.

Él apretó la mano de su esposa sin apartar la mirada del niño.

—Pues entonces tendrás que ser tan valiente como un pirata. ¿De acuerdo, Louis Valentine?

—Sí, tío Rhett —graznó Louis Valentine.

—Muy bien. Porque cuando crucemos esta puerta, hará mucho calor y todo estará oscuro y dará mucho miedo. Iremos cogidos de la mano para que nadie se pierda o se quede rezagado. Scarlett encabezará la marcha y detrás la seguirá Wade y después Louis Valentine, Rosemary y Ella. Beau, tú tomarás la otra mano de Ella (no debes soltarla por ningún motivo) y yo tomaré tu otra mano y seré el último. Juntad las manos ahora. Muy bien. Agarraos lo más fuerte que podáis. ¡Agarraos bien fuerte!

Mientras Rhett hablaba, la habitación se llenó de humo y Ella empezó a toser. Scarlett rezó para que a la niña no le diera uno de sus ataques.

—Avanzaremos agachados por el pasillo por debajo del humo hasta la escalera de servicio, bajaremos a la cocina y saldremos fuera —añadió Rhett—. No tenéis que perder tiempo y, aunque tengáis miedo, deberéis fingir que sois valientes. No soltéis la mano que sujetáis en ningún momento. ¿Entendido?

Un desigual coro de síes. Ella ahogó un sollozo.

Hablando con el mismo tono tranquilo, Rhett añadió:

—Scarlett, cariño, toma la mano de Wade. Bien, vamos allá.

Aunque le castañeteaban los dientes, Scarlett tuvo arrestos para ironizar:

—Señor Butler, ¿está seguro de que éste es el camino al Salón de Baile Honeysuckle?

Rhett sonrió. Scarlett se recogió el camisón por encima de las rodillas y se arrodilló.

Rhett abrió la puerta que daba al pasillo y se encontró con una asfixiante muralla de humo negra entremezclado con siniestras y amarillas lenguas de fuego. Scarlett gateó por debajo de ellas. Cada tabla de madera del suelo estaba perfilada por la luz que se filtraba desde el piso de abajo; el techo había desaparecido en medio de una turbulenta negrura. Scarlett se notaba el cuello muy caliente. ¿Y si el cabello le estallaba en llamas? La distancia hasta la escalera de servicio era más larga de lo que ella recordaba. Gateó sin soltar la mano de Wade a su espalda y, cuando su precioso camisón le resbaló entre las rodillas impidiéndole avanzar, lo rasgó.

El fuego rugía como un oso enfurecido y le chamuscaba manos y rodillas. Scarlett casi no podía respirar y notaba resbaladiza la sudorosa mano de Wade.

La voz de Rhett tronó a través del fragor del fuego:

—¡Niños, no os soltéis por nada! ¡Agarraos con todas vuestras fuerzas!

—¡Quiero a mi mamá! —gritó Ella.

—Estoy aquí, cariño. Sigue gateando.

Scarlett tuvo un violento acceso de tos. Por delante vieron un rectángulo más oscuro: la caja de la escalera. Con la mano libre, Scarlett buscó a tientas el peldaño

superior, gritando:

—¡Estoy en la escalera! ¡Empiezo a bajar!

Tosía tanto que le parecía estar escupiendo trozos de pulmón. Aferrando la sudorosa y resbaladiza mano de Wade, Scarlett bajó de espaldas… dos, tres peldaños. Una corriente de aire fresco subía por la escalera, empujando el humo por encima de ella. Buscando con los dedos de los pies cada uno de los invisibles contraescalones, siguió bajando de espaldas por aquella estrecha escalera más oscura que la pez.

Desde muy arriba, Rhett gritó:

—¡Agarraos fuerte las manos! ¡Agarraos fuerte!

Cuando Wade dio un paso en falso y su mano se escapó de la de su madre, ésta bloqueó su cuerpo para que no cayera rodando.

—Perdón, madre —dijo el niño, con el mismo tono con que lo hubiera hecho Charles Hamilton.

En el pequeño vestíbulo que había en la parte exterior de la cocina, Scarlett trató de recordar si el pestillo estaba a la derecha o la izquierda. Desde arriba, Rhett gritó:

—¡Ya casi estamos! ¡Louis Valentine, los piratas nunca lloriquean!

La estrecha puerta se abrió de golpe y apareció Mamita en camisón y gorro de noche de percal.

La vieja negra dijo con expresión impotente:

—Scarlett, cariño. Esto es un incendio.

Scarlett empujó a Wade al frío interior de la cocina.

—Sí, Mamita, es un incendio. Toca la campana de la granja y despierta a todo el mundo.

Scarlett dirigió a Louis Valentine hacia la cocina y después entraron Rosemary y Ella, a continuación Beau y finalmente Rhett, que se escondía las manos chamuscadas en las axilas.

—¡Con lo preciosa que nos había salido la barbacoa! —dijo una perpleja Mamita—. ¡Llevábamos años sin hacer una igual!

—¡Oh, Rhett! —exclamó Scarlett—. ¡Tus manos, tus pobres manos!

—Me dejé los guantes en París —contestó él jovialmente.

Rosemary acompañó a los niños al patio mientras la campana de Mamita daba ruidosamente la alarma. La granja estaba oscura y tranquila. Cuando Ella se desplomó, Rhett la sujetó y la tomó en brazos. Los gorditos pies descalzos de Ella colgaban de sus brazos. La depositó sobre la hierba al lado de la caseta del manantial, diciendo:

—Pobre niña. Ha sido todo lo valiente que ha podido.

—Yo me quedaré con Ella —dijo Rosemary—. Wade Hamilton, por favor, vigila a los más pequeños.

Taz apoyó una escalera de mano contra el balcón de Gerald O'Hara, donde Belle estaba esperando. Las llamas parpadeaban en las ventanas del piso de arriba. El montante de Ellen O'Hara y las lámparas laterales despedían un blanco

resplandor. Al lado de la puerta principal había un bidón vacío de combustible. Scarlett aspiró olor a queroseno por debajo del humo de leña.

Estaba ardiendo la escalinata de la casa donde unas horas atrás la orquesta tocaba valses.

Rhett sujetó la escalera mientras Taz subía.

La hierba que había junto a la casa estaba chamuscada. Las plantas de boj no eran más que unos calcinados palillos. Como si unos espíritus estuvieran sentados en él, el columpio del porche se mecía chirriando.

Con su bata rosa tan intacta como su dignidad, Belle Watling bajó cuidadosamente por la escalera de mano, de escalón en escalón.

Los negros se acercaban corriendo a la casa.

—¡Tara! —gritó Dilcey—. ¡Tenemos que salvar Tara!

Scarlett pareció despertar de su estupor.

—¡Rhett! —gritó—. ¡Dios mío, Tara está ardiendo!

Y echó a correr hacia la puerta en el momento que estallaba el montante y el fuego se filtraba por la parte inferior del tejado del porche.

Rhett le rodeó el talle y la levantó en volandas.

—¡No! —le dijo con firmeza—. Ya es demasiado tarde.

Scarlett le propinó puntapiés en las espinillas.

—¡Tara no! ¡No quiero perder Tara!

—¡Por Dios bendito! ¡Y yo no quiero perderte a ti! ¡Nunca más!

Rhett la apartó de allí mientras las llamas estallaban a través de los plafones y por encima de la cumbrera del tejado.

El calor levantaba ampollas. Rhett, Scarlett, Tazewell y Belle retrocedieron hasta la seguridad del espacio reservado a los carruajes.

Scarlett lloró amargamente.

—Deberíamos haberlo intentado —dijo, golpeando con los puños el pecho de Rhett—. ¡Deberíamos haber hecho algo!

Las llamas rugían y las ventanas de Tara ardían como los ojos de Satanás. Cascos de caballo en el sendero: los vecinos. Demasiado tarde. Absolutamente tarde.

—Oh, Rhett—gimió Scarlett—. Es Tara… Tara—dijo, hundiendo el rostro en su hombro.

—Sí, cariño. Lo era.

La voz no era tan sonora como el fuego.

—Ha llegado mi día.

El andrajoso anciano llevaba unas ramitas prendidas en la barba. Su grasiento cabello estaba enmarañado. Se había acercado demasiado al fuego y tanto la pechera de la camisa como las mangas estaban chamuscadas aquí y allá. Sostenía en la mano una oxidada pistola de duelo de un solo disparo.

—Rhett Butler —dijo Isaiah Watling con voz apagada—. Ha llegado mi día.

Rhett apartó a Scarlett a un lado.

—Buenas noches, Watling. No tenías por qué incendiar la casa de mi mujer. Yo habría salido si me lo hubieras pedido.

—El fuego purificador… —murmuró Isaiah.

—No era necesario ningún fuego purificador —repuso Rhett—. Aunque yo no soy demasiado religioso. Seguro que tú sabes mucho más que yo acerca de fuegos purificadores.

El viejo hizo acopio del último residuo de energía que le quedaba y echó los hombros hacia atrás.

—Usted asesinó a mi hijo Shadrach. Por culpa de Rhett Butler, el joven amo de la plantación Broughton, hoy mi hijo arde en el infierno.

Castañeteando los dientes, Scarlett gritó:

—¡Usted! ¡Fuera de Tara! ¡Apártese de nosotros, viejo miserable!

—Isaiah, si yo no hubiera matado a tu hijo —dijo Rhett—, otro lo habría hecho, y tú lo sabes. Shad Watling no estaba destinado a morir en la cama.

—¡Y usted tampoco, pecador! —Con trémulas manos, el viejo Isaiah levantó la pistola.

Rhett se adelantó un paso.

—Dame la pistola, Isaiah.

Belle se acercó corriendo a su padre y le gritó:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Por favor! ¡Detente!

El pistoletazo no fue muy fuerte: un estallido no más sonoro que el ruido de un palillo al romperse. Belle Watling se estremeció. Sujetándose cuidadosamente la bata rosa para que nadie pudiera fisgarle las piernas desnudas, Belle se sentó en el montadero.

—Pobre, pobre papá —dijo Belle antes de morir.

60
Mañana es otro día

Tras haber pasado varios años muertas de curiosidad, la señora Meade y la señora Elsing visitaron finalmente el Chapeau Rouge. Lo consideraban un deber patriótico.

Nueve años después de la guerra, la historia confederada se había convertido en un resplandeciente y romántico mito. Ciertos espeluznantes acontecimientos que antaño habían puesto en un aprieto a dichas damas habían acabado desempeñando un importante papel en las leyendas de sus familias. Tal como les contaba la señora Elsing a sus nietos:

«Cuando los ocupantes yanquis de Georgia andaban ahorcando a hombres valientes a diestro y siniestro, la astucia de Belle Watling salvó a vuestro padre de la horca. ¡No lo podéis ni imaginar!»

El asombro de la señora Elsing ante la credulidad yanqui se renovaba cada vez que ella contaba el relato familiar.

«¡Los yanquis creyeron de veras que Hugh Elsing había sido protagonista de una reyerta en un burdel! ¡Imaginaos!»

Pero la leyenda es una cosa y un burdel es otra muy distinta, por lo que, cuando el coche se detuvo delante del conocido establecimiento, las damas estuvieron casi a punto de decirle al cochero que siguiera adelante. Lanzaron un profundo suspiro de alivio al ver que otros conocidos suyos, todos respetables ciudadanos, habían acudido a rendir su homenaje a la más célebre mujer caída de Atlanta.

A decir verdad, sufrieron una decepción. Más tarde, la señora Meade dijo a sus amistades:

—Pero ¡si hasta el salón de la señorita Watling parecía casi respetable!

La señora Elsing, que detestaba el decorado francés, no estaba de acuerdo.

—Demasiado artístico, querida. Excesivamente artístico.

El Chapeau Rouge no había cambiado desde los días en que los oficiales confederados retozaban en aquel lugar y los veteranos regresaban para hacer honor a los jóvenes que habían sido en otros tiempos. En una embarazosa asociación, tanto los respetables ciudadanos de Atlanta como los que no lo eran esperaron su turno en la acera bordeada por las perfumadas rosas de Belle.

MacBeth recibía tanto a los conocidos como a los desconocidos con el mismo impersonal saludo.

—Buenos días, señor. Buenos días, señora. Me alegro de que haya podido venir en un día tan triste.

Dentro, los curiosos que esperaban ver alegres cacatúas y exóticos flamencos, se encontraron con unos simples gorriones: las prostitutas de Belle vestidas de luto.

Varias respetables matronas habían trabajado allí durante la guerra. La esposa del señor Gerald D. había sido la pizpireta «señorita Susanna» y la conocida «l'il Flirt» era actualmente la esposa del señor William P. Sin embargo, ni por sus palabras ni por sus gestos, pudieron las prostitutas reconocer a sus antiguas compañeras.

Los empleados de la funeraria habían colocado cincuenta sillas de respaldo recto y trasladado el mobiliario del salón de Belle al piso de arriba. Habían dispuesto el féretro sobre un caballete y envuelto el catafalco con crespones negros, colocando las innumerables coronas y centros de flores de la mejor manera posible.

Belle había sido amortajada con un vestido de seda gris de corte anticuado. Su cabello suelto descansaba sobre un cojín de raso blanco y sus manos estaban cuidadosamente entrelazadas. Parecía una niña ataviada con el vestido de baile de su madre. Sobre el ataúd había una ancha cinta roja con la palabra AMADA en letras negras.

Con rostro ceniciento, Rhett Butler recibía los pésames.

—Sí, era una mujer extraordinaria. Sí, Belle significaba mucho para mí. Gracias por venir, Henry.

La señora Butler permanecía de pie al lado de su marido.

—Me alegro de que haya venido, abuelo Merriwether. Espero que compartan nuestro refrigerio. La cocina es por aquella puerta.

Scarlett presentaba al joven:

—El hijo de Belle, Tazewell Watling. El señor Watling es comerciante de algodón en Nueva Orleans. Un veterano confederado, sí.

Abrumado por el dolor, Taz recibía las condolencias de los desconocidos. Aunque daba cortésmente las gracias, las amables palabras no significaban nada para él. Lo que más lamentaba era algo que habría podido conseguir fácilmente: su madre por fin feliz en su soleado jardincito del Vieux Carré. ¡Cuánto se arrepentía de no haber guardado al menos una de las intrascendentes y apreciadas cartas de su madre!

Aunque los respetables ciudadanos de Atlanta se abstuvieron de participar en el fastuoso festín del funeral de Belle, los ciudadanos menos refinados y sus mujeres se reunieron en la cocina para dar buena cuenta de la carne asada, el jamón y el whisky. Todos se quejaban de la depresión nacional y se preguntaban cuándo se recuperaría Atlanta y volvería a ponerse en marcha. Y todos brindaron por la memoria de Belle, recordando sus actos de bondad para con ellos en sus momentos de mala suerte.

El reportero del *Atlanta Journal* escribió:

> Con grilletes de hierro en los pies y las manos esposadas, el padre de la mujer asesinada fue conducido al velatorio por el sheriff del condado de Clayton, Oliver Talbot. Los presentes contemplaron horrorizados cómo se acercaba al catafalco el barbudo patriarca que había arrebatado la vida a su propia hija. Ni la menor muestra de ternura paternal suavizó sus duros rasgos; no emitió ni el más mínimo gemido de dolor. Su dedo había apretado el gatillo fatal. Su hija había caído a sus pies, emitiendo lastimeros gritos. Pero si Isaiah Watling experimentó algún remordimiento, no lo dejó traslucir.
>
> ¿Qué pensamientos debieron de atormentar su obstinada mente? ¿qué febriles emociones debió de apagar su orgullosa voluntad? Se inclinó por un instante sobre el ataúd y le vieron arrojar algo en su interior.
>
> Sin embargo, su nieto, el señor Tazewell Watling de Nueva Orleans, advirtió el movimiento, recuperó el obsequio del anciano y, cuando se llevaban a Watling, se lo devolvió…

—Creo que se le olvida esto, señor. —Taz depositó el Nuevo Testamento en las manos esposadas de su abuelo.

—Yo nunca… —Con ojos llorosos, Isaiah observó el rostro de su nieto, humedeciéndose los labios con la lengua—. Nunca he sido dueño de mis actos…

Bajó la mirada y, cuando el sheriff Talbot tiró de él, el viejo lo siguió, obediente como un perro.

Rhett había convencido al renuente párroco de St. Andrew's de que permitiera a Belle Watling descansar en el cementerio más antiguo de la ciudad. El párroco eligió un lugar junto a la pared posterior donde la presencia de Belle no resultara ofensiva. Rhett dio unas palmadas a la llamativa lápida de un obispo anglicano.

—De todos modos, Belle nunca le tuvo simpatía al viejo Charley —comentó.

Y de esta manera, una hermosa mañana dominical, Ruth Belle Watling fue enterrada en el lugar de su último descanso. El rocío salpicaba la hierba. Las campanas de las iglesias llamaban a los cristianos a la oración. Con su campana repiqueteando alegremente, uno de los nuevos tranvías de Atlanta pasó por delante del cementerio.

Wade Hamilton y Ella Kennedy flanqueaban a Scarlett. Beau Wilkes y Louis Valentine Ravanel acompañaban a Ashley y Rosemary. El párroco leyó un texto de la liturgia anglicana. Los niños estaban impresionados. Louis Valentine restregaba los pies en el suelo.

Tazewell Watling lloraba.

El párroco se retiró tan pronto le fue posible. Unos negros con palas aguardaban a una respetuosa distancia.

Ashley Wilkes le dio la mano a Rhett.

—Lo siento, Rhett. Belle era una mujer extraordinaria. Me salvó la vida.

Rhett estrechó la mano del delgado hombre.

—¿Cuántos años hace que nos conocemos?

Ashley lo pensó.

—Nos conocimos en el sesenta y uno.

—Trece años. Curioso, parecen muchos más. ¿Qué tal marcha el jardín?

Ashley se animó.

—Maravillosamente bien. Ya he conseguido que mane la fuente. Tienes que pasarte algún día para verlo. —Tomó del brazo a Rosemary—. Tu hermana se está convirtiendo en una horticultura.

—¿Te has preguntado alguna vez, hermano, por qué los hombres fingen cuidar de las mujeres cuando, por regla general, ocurre justamente lo contrario? —preguntó Rosemary.

Rhett la besó en la frente.

Tazewell llevaba demasiado tiempo ausente de su trabajo y se fue enseguida a la estación.

Cuando los Butler llegaron a la casa de tía Pittypat, a Rhett le fallaron las fuerzas y subió a trompicones las escaleras. En el que había sido el dormitorio de Melanie Wilkes, Scarlett ayudó a su marido a desnudarse. Cuando lo acostó, a Rhett le castañeteaban los dientes y temblaba tanto que ella también se desnudó, se deslizó entre las sábanas y lo estrechó en sus brazos hasta que se quedó dormido.

Cuando las sombras de última hora de la tarde inundaron la habitación y el viento agitó el olmo que había al otro lado de la ventana, Scarlett despertó en brazos de Rhett.

«Tara», pensó Scarlett y sintió ganas de llorar, pero había llorado tanto que ya no le quedaban lágrimas. Se incorporó y se frotó los ojos con tal fuerza que vio estrellitas de colores.

—¡Tonterías! —anunció al mundo Scarlett O'Hara Butler.

Rhett murmuró en sueños mientras ella le apartaba el cabello de la frente y lo besaba en los labios.

—Será mejor que vaya a echar un vistazo a los niños —dijo Scarlett—. El café ya estará preparado cuando bajes.

Mamita y Ella estaban en la galería trasera quitando las hebras de unas judías. Pitty, Wade y Tío Peter habían salido al jardín.

—Las recogemos antes de que se pasen —dijo Mamita. Sus viejos dedos volaban—. ¿El señor Rhett se encuentra bien?

—Creo que sí. Estaba intentando acordarme, Mamita; ¿tú cuándo viniste a Tara?

—Dios mío, niña. Vine con tu mamá cuando ella se casó.

—¿Conociste a Philippe Robillard?

Mamita apretó los labios en aquella obstinada línea tan propia de ella.

—Mamita, ahora están todos muertos. La verdad ya no puede hacer daño a nadie.

—Cariño, tú no has vivido tanto como yo. La verdad puede hacer daño siempre que se cuenta. —Y reconoció a regañadientes—: A mí nunca me gustó el amo Philippe. Era un hombre temerario.

—¿Como Rhett?

—¿El señor Rhett temerario? —Una carcajada hizo estremecer las generosas carnes de Mamita—. El señor Rhett nunca ha sido temerario con las personas a las que ama.

Todo había cambiado, Todo lo que Scarlett había querido, todo lo que antes deseaba… había cambiado por completo.

¿Podría ella, como Ashley, recrear una versión de lo que era la vida antes de la guerra? ¿floridas azaleas y glicinias cubriendo artísticamente las ruinas? Soltó un bufido.

Puede que ella y Rhett reconstruyeran Tara. O puede que se dedicaran a viajar durante algún tiempo. Había muchos lugares que Scarlett jamás había visto. Quizá se irían a Yellowstone a ver aquellos Prodigios Naturales: agua caliente brotando de la tierra con la precisión de un reloj. ¡Dios mío!

En semejante estado de ánimo saludó a su marido cuando éste bajó.

—¡Buenas tardes, cariño! —le dijo.

Rhett enarcó las cejas.

—¿O sea que soy tu cariño?

—Sabes que sí. Rhett, por favor, no vuelvas a burlarte de mí.

Su guasona sonrisa se esfumó.

—Nunca más, querida. Prometido.

Cada uno contempló el alma del otro. Los ojos de ella eran verdes; los de él, oscuros.

—La vida ha vuelto a hacernos daño —dijo Rhett.

—¿Un daño peor que los que ya hemos sufrido?

—No. Supongo que no.

Y soltó una carcajada, cogió a Scarlett entre sus brazos y bailó con ella a ritmo de vals por la cocina, cubriéndola de besos para regocijo de Ella y consternación de Mamita.

—¡Señor Rhett! ¡Señor Rhett, lo está desordenando todo!

Rhett Butler esbozó su sonrisa de siempre y dijo:

—Esposa, eres la mujer más cautivadora del mundo.

—Vaya, señor Butler —dijo Scarlett—. Cuántas sorpresas depara la vida, ¿verdad?

PERO ESTO DESDE LUEGO NO FUE

EL FIN

Agradecimientos

Esta insólita colaboración se inspiró en la imaginación de dos narradores muy distintos y en la historia de aquel emocionante y terrible período que convirtió Estados Unidos en lo que es hoy en día. Como Margaret Mitchell, me he tomado algunas libertades con la historia. Los historiadores de la guerra de Secesión observarán que he atribuido algunas hazañas del confederado John Hunt Morgan al coronel Andrew Ravanel. El general Morgan no era Andrew Ravanel y no sobrevivió a la guerra. De igual manera, los historiadores cubanos fecharán el asalto del general Narciso López varios años antes de lo que yo he hecho aquí. Como la de bahía de Cochinos y la de Iraq, la invasión del general López utilizó buenos motivos para ocultar motivos veniales y, como éstas, fracasó. A López se le administró garrote en La Habana y sus piratas americanos, salvo uno, fueron fusilados. Éste le pidió al comandante español el envío de una carta al todavía poderoso senador Daniel Webster, que él firmó como «su sobrino que le quiere». Su hábil estratagema me sonó mucho a Rhett Butler.

Quiero dar las gracias a los que ayudaron a *Rhett Butler.*

En Georgia:

Paul Anderson
Hal Clarke
Las Colecciones Especiales de la Universidad de Emory y Henry
Atlanta History Center
Hofwyl-Broadfield Plantation Historie Site

En Nueva Orleans:

Penny Tose
Henri Schindler Arthur Carpenter. Colecciones Especiales y Archivos de la Universidad de Loyola
Lousian State Museum e Historical Center
Howard Tilton Memorial Library de la Universidad de Tulane
Historical New Orleans Collection, William Research Center

En Charleston:

Nick Butler
Dana y Peggy McBean

Dr. J. Tracy Power
Capitán Randy Smith
Peter Wilkerson
Dr. Stephen Wise
Library Society de Charleston
Historical Society de Carolina del Sur
Preservation Foundation de Charleston y personal de las casas de Nathaniel Russell, Aiken-Rhett y Edmondston-Alston

En otros lugares:

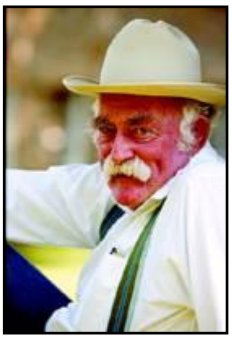
Thomas Cartweight y
Cárter House Museum, Franklin, Tennessee
International Museum of the Horse en el Kentucky Horse Park
Alderman Library de la Universidad de Virginia
Leybum Library de la Universidad de Washington & Lee
Jennifer Enderlin de St. Martin's Press

Y especialmente a mi querida Anne, cuyo ánimo jamás flaqueó.

* * *

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

DONALD MCCAIG



Donald McCaig (Montana, EE. UU.1940) es autor de *Jacob's Ladder*, definida por *The Virginian Quartely* como «la mejor novela sobre la guerra de Secesión jamás escrita». Tanto su obra de ficción como de no ficción le han supuesto la fidelidad de sus lectores y el reconocimiento de la crítica. Entre otros premios, obtuvo el Michael Shaara Award for Excellence in Civil War Fiction y el Library of Virginia Award for Fiction. Sus libros han sido traducidos a 14 idiomas. Fue elegido por los herederos de Margaret Mitchell para escribir *Rhett Butler*.

RHETT BUTLER

Atractivo, rebelde, seductor, indómito. Casi un caballero… Gracias a la maestría narrativa de Donald McCaig entramos en la vida y la época del renegado y fascinante Rhett Butler, que en esta ocasión es protagonista indiscutible. Su infancia en la plantación, la rebeldía que le lleva a ser desheredado por su padre, el inflexible Langston Butler, y luego expulsado de la academia West Point, los orígenes de su relación con Madame Belle Watling, la oposición a la guerra civil y su posterior participación en la misma, y el origen de su fortuna como comerciante en California, son sólo algunos de los episodios que cubre esta novela épica. Y sobrevolándolos a todos, la profunda historia de amor con Katie Scarlett O'Hara, la testaruda, caprichosa, frívola y apasionada mujer cuya vida se verá inextricablemente unida a la suya mucho más allá de lo que ninguno de los dos estaría dispuesto a admitir.

Tras doce años de gestación y autorizada por los herederos de Margaret Mitchell, la publicación de *Rhett Butler* representa un evento cultural internacional. El retrato de uno de los personajes más apasionantes de la historia de la literatura universal renace gracias al talento de McCaig. Esta novela convertirá en realidad los sueños de los miles de lectores marcados de manera indeleble por *Lo que el viento se llevó.*

* * *

© Rhett Butler
DONALD McCAIG
Traducción de Mª Antonia Menini
Título original: *Rhett Butler's People*
1ª edición: marzo 2008
© 2008 by The Sun Trust Bank, as Trastee of Trusts created by Stephens Mitchell under certain instraments dated November 5,1975, and under the will of Stephens Mitchell.
© Ediciones B, S. A. 2008 Printed in Spain
ISBN: 978-84-666-3652-0
Depósito legal: B. 4.379-2008

FREELIBROS